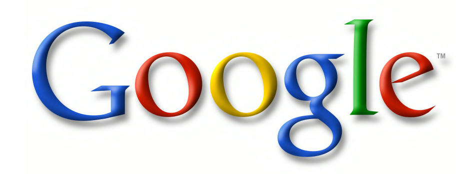
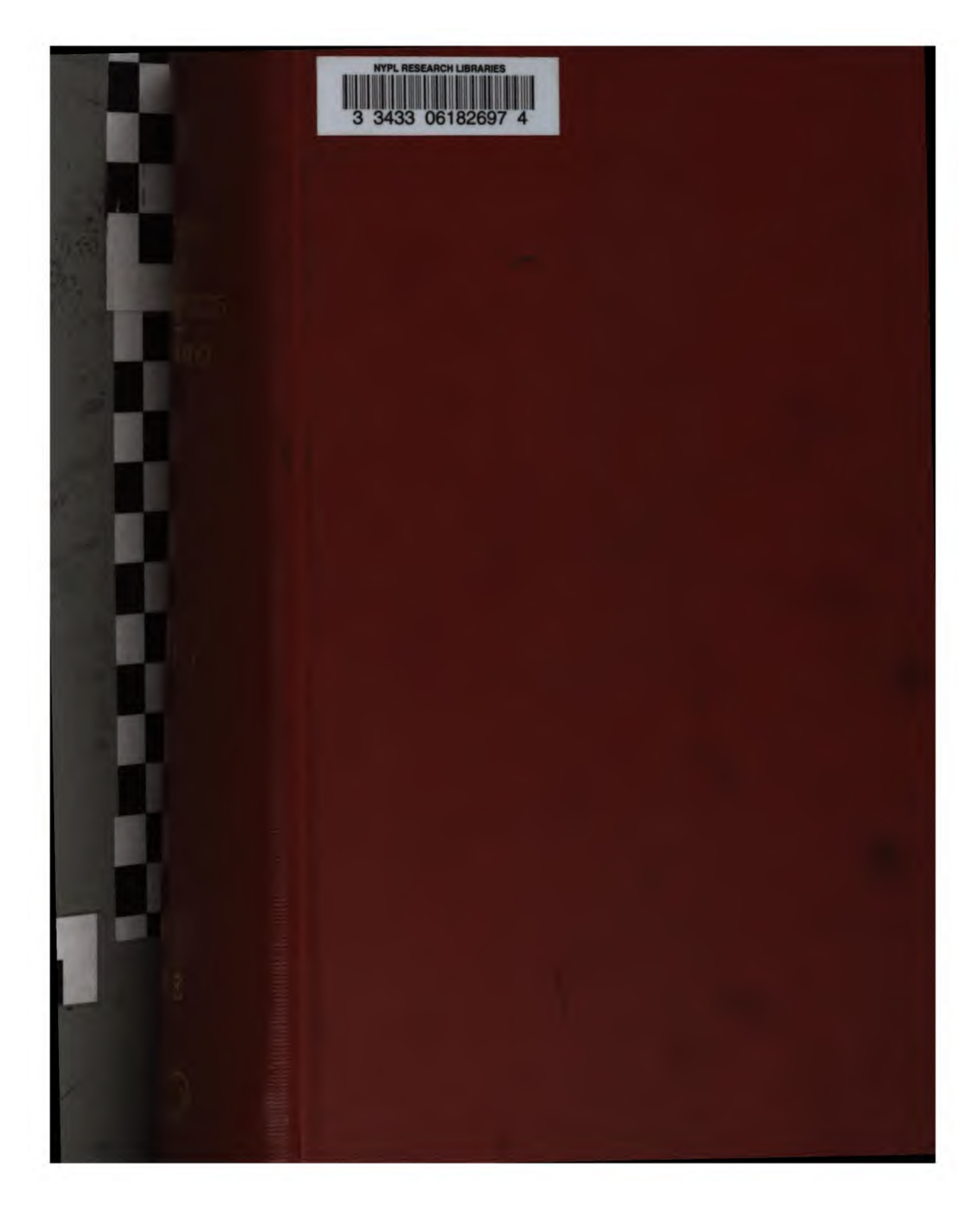
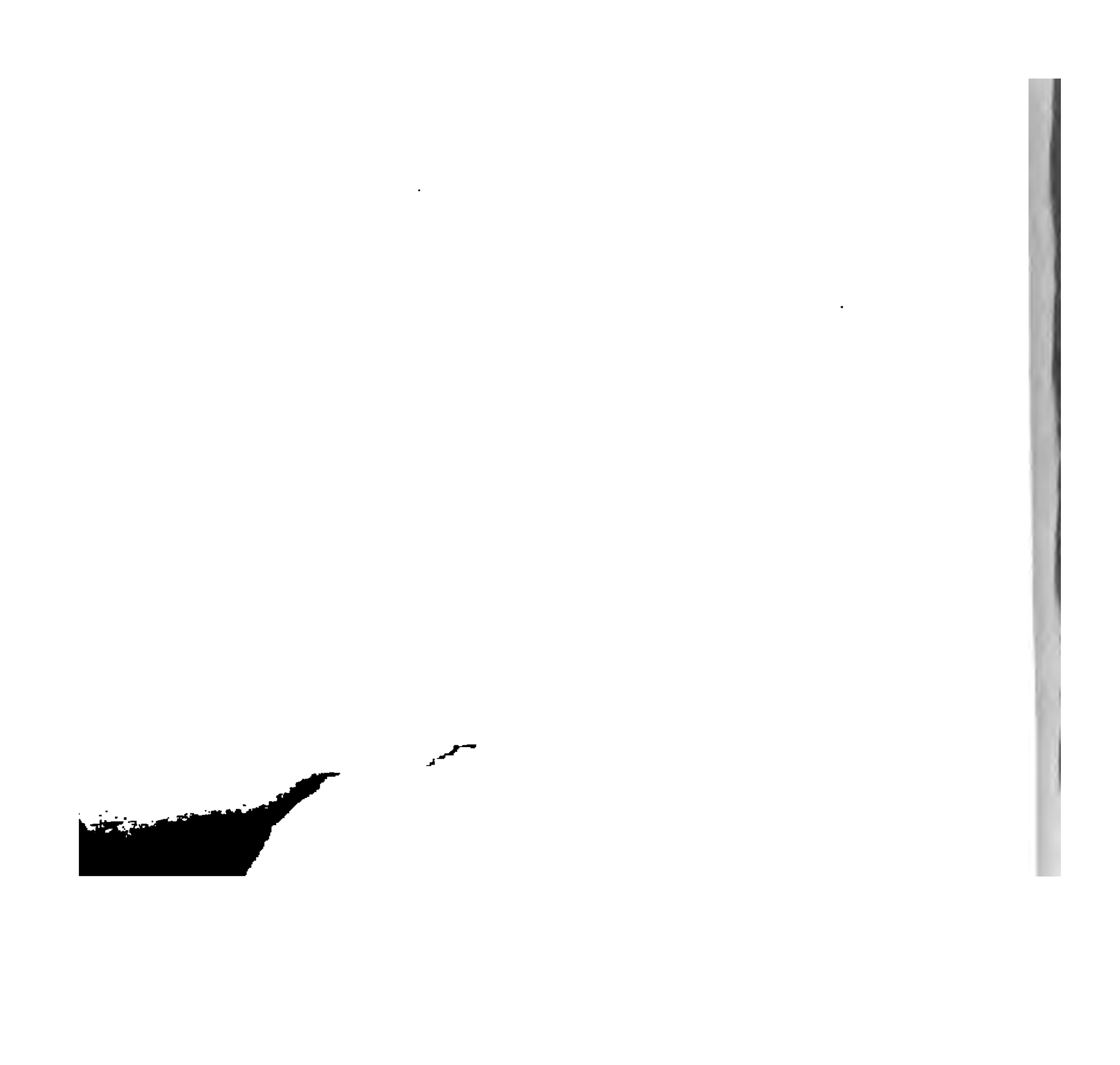



NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 06182697 4





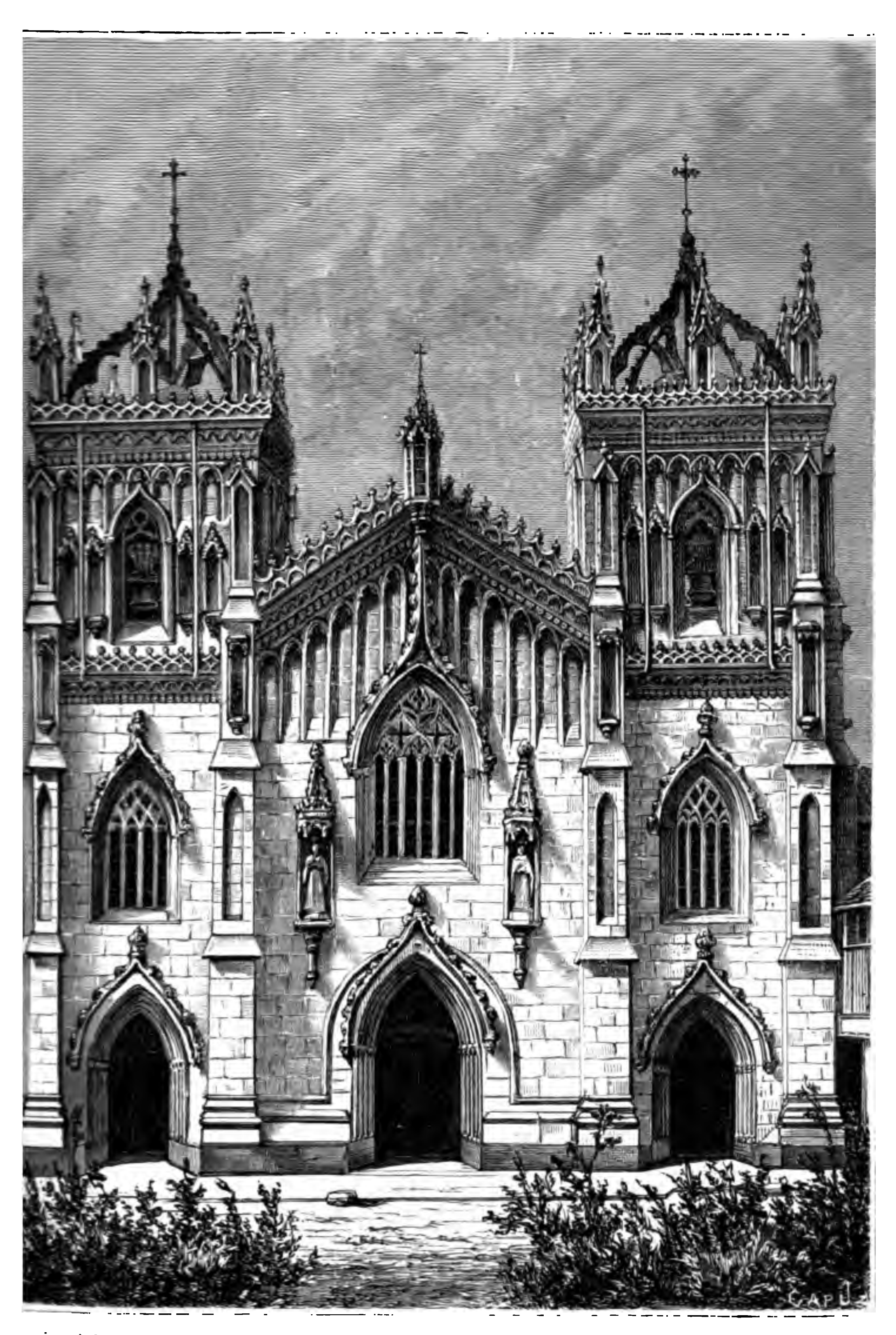
HISTORIA

DE LOS PP. DOMINICOS

EN LAS ISLAS FILIPINAS

Y EN SUS MISIONES DEL JAPON, CHINA, TUNG-KIN Y FORMOSA.

HISTORIA
DE LOS PP. DOMINICOS
EN LAS ISLAS FILIPINAS
Y EN SUS MISIONES DEL JAPON, CHINA, TUNG-KIN Y FORMOSA.



[illegible] de la Iglesia conventual de Santo Domingo de Manila, reedificada despues del terremoto del 3 de Junio de 1863 siendo Provincial el M. R. P. Fr. Domingo Tresserra.

Á LA GLORIOSA VIRGEN MADRE,

REINA DEL SANTÍSIMO ROSARIO.

SEÑORA:

Antes de pisar el suelo filipino los venerables fundadores de la Provincia, que por tantos títulos es vuestra, colocaron sus trabajos bajo vuestros auspicios amorosos. Reunidos en la capital del nuevo Mundo en 1586, y próximos á trasladarse á los países más remotos, con el fin de propagar en ellos el reino de vuestro Hijo amantísimo, creyeron que ante todas cosas debian elegiros por Patrona de su obra. Y en efecto, en las *Ordenaciones primordiales* que establecieron en 17 de Diciembre de aquel año, como su base y fundamento, dieron á esta Provincia el glorioso título de vuestro *Santísimo Rosario.* Animados con la poderosa proteccion que esperaban de vuestra piedad, luégo que llegaron á Manila dieron principio á sus tareas apostólicas, y con ella vencieron mil y mil dificultades, para plantear el estandarte de la Cruz entre naciones bárbaras y propagar la luz brillante de la fe en donde una densa niebla tenía sumergidos á sus infelices habitantes en las tinieblas de la ignorancia y del error.

Pero las islas Filipinas eran un campo demasiado reducido para el ardiente celo de aquellos apostólicos varones; habian renunciado generosamente las comodidades de la madre patria para llevar la palabra de salud á los infieles, y no podian permanecer tranquilos en Manila, cuando veian en su alrededor reinos muy extensos y poblados de paganos, que ignoraban todavía la doctrina de la fe. Sin abandonar los bosques de Luzon, miéntras unos se ocupaban en desmontarlos y cultivarlos, otros, atravesando tempestuosos mares, se presentaban con la mayor intrepidez en Japon, en la Formosa, en Camboja, en China y en Tung-Kin, procurando, como laboriosos y fieles operarios, sembrar en todas partes la semilla del santo Evangelio y renovar los tiempos apostólicos, con su desprendimiento de los bienes temporales, con su ardiente celo por la gloria de Dios, con su valor heroico en sostener la verdad que predicaban; sufriendo un gran número de ellos prisiones, destierros, tormentos, y la misma muerte en medio de suplicios espantosos.

La tierra, sin embargo, que tantos varones eminentes han procurado cul-

AL LECTOR.

En cuatro partes se habian publicado los hechos gloriosos de los hijos de la *Provincia del Santísimo Rosario* que han tenido lugar en estas regiones asiáticas, desde que á ellas aportaron en 1587 hasta 1765, y conforme á este método deberian ahora publicarse los restantes en una quinta, como prosecucion de las primeras. Mas esto sería dar á los lectores una historia incompleta, y privarles de las noticias que en aquéllas se contienen.

En efecto, la primera, escrita por el Ilmo. Sr. D. Diego Aduarte hasta el capítulo LV de su segundo libro, y proseguida hasta el fin por el venerable P. Fr. Domingo Gonzalez, con la segunda, que compuso el P. Fr. Baltasar de Santa Cruz, habian sido impresas en Zaragoza el año de 1693, y de ellas apénas habia cuatro ejemplares en las islas Filipinas. Poco ménos sucedia con la tercera y cuarta, escrita aquélla por el P. Fr. Vicente Salazar, y ésta por el Ilmo. Sr. D. Fr. Domingo Collántes, á excepcion de los sucesos referidos en los diez y ocho primeros años, que, como dice el mismo autor, lo fueron por el P. Fr. Luis Sierra. La reimpresion de estas cuatro partes, ademas de que sería muy costosa, su lectura en el dia ofreceria muy poco interes, ora por la diversidad de su estilo, ora por su demasiada difusion. Esto me ha movido á presentar la *Historia* de la Provincia en toda su integridad, compendiando las noticias que nos trasmitieron los autores referidos desde el principio hasta el indicado año de 1765, en que la dejó el Ilmo. Collántes, y en seguida proseguirla bajo un mismo método hasta los tiempos más recientes. Esta idea ya trataba de realizarla el citado autor de la cuarta parte, lo que no hizo, tal vez, por haber sido promovido poco despues á la silla de Nueva Cáceres.

Sin embargo de lo dicho, para escribir la historia de lo acontecido en el dilatado espacio de ciento ochenta años, de que hablan las cuatro partes referidas, no me he limitado á las noticias que en ellas se refieren; para mayor exactitud he procurado consultar cuantos documentos existen todavía en los archivos del convento y colegios de Manila, y los escritos que se han publicado hasta nuestros dias relativos á los sucesos de las islas Filipinas y sus misiones. Aun he llevado mis trabajos más allá de lo que pedia la historia particular de una provincia religiosa; la primera parte da principio con la funda-


THE NEW
PUBLIC
107609
AND

PROTESTA DEL AUTOR.

En cumplimiento de los Decretos del Santísimo Padre Clemente VIII y de cualquiera otras determinaciones canónicas, protesto: que cuanto se contiene en esta Historia perteneciente á las materias de que hablan los expresados Decretos, no merece más crédito que el de una persona privada que escribe de buena fe. Protesto asimismo que cuando se refieren como hechos milagrosos los que no están aún autenticados legalmente, ó llamo mártires á los que no lo son cánonicamente, no es mi ánimo prevenir el juicio infalible del Romano Pontífice; tan sólo expreso el parecer *privado* y piadoso de graves escritores que así lo expresan.

NOTICIAS PRELIMINARES

Á LA

HISTORIA DE LA PROVINCIA DEL SANTÍSIMO ROSARIO

DE FILIPINAS.

SECCION PRIMERA.

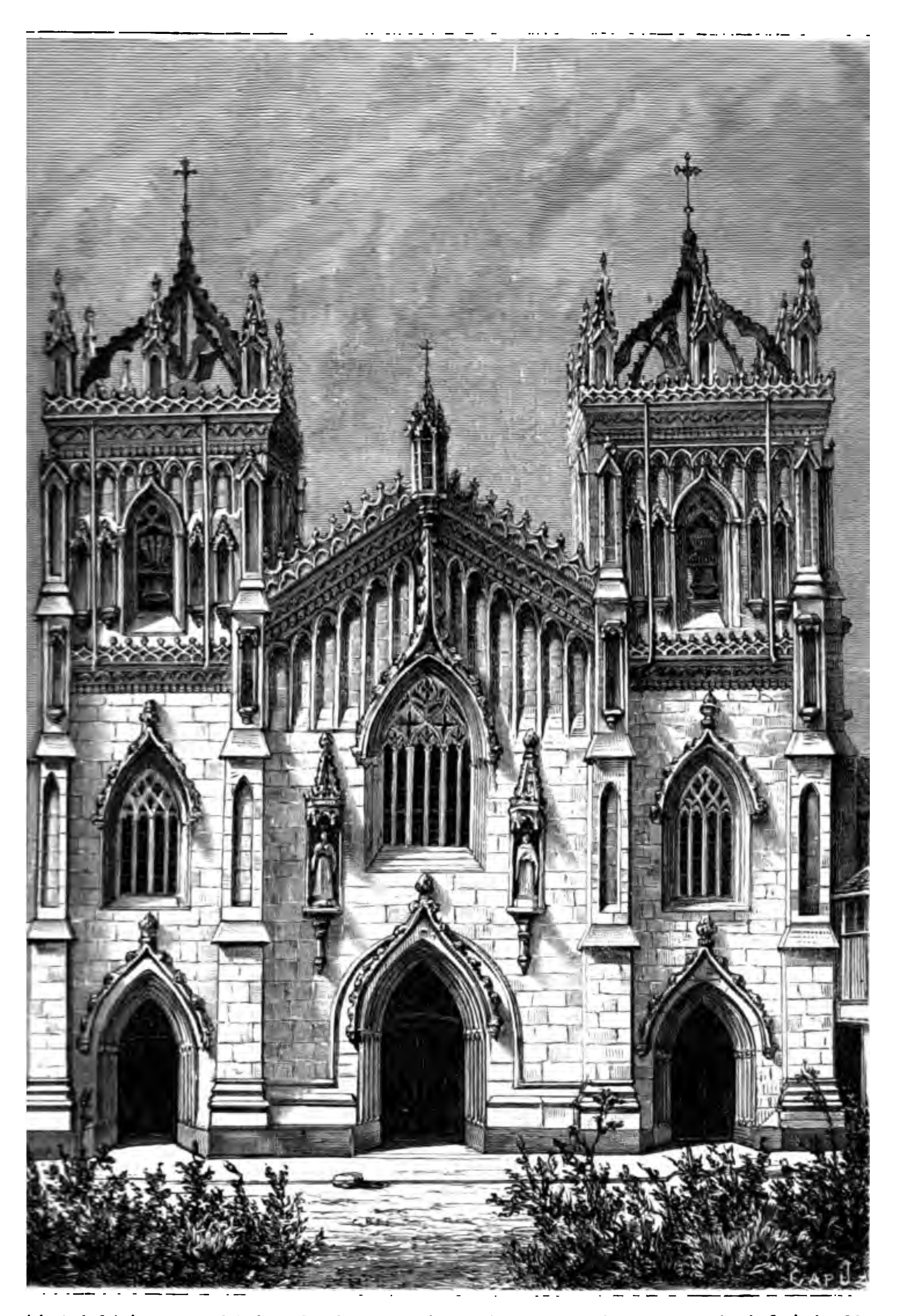
GEOGRAFÍA Y ESTADO DE LAS ISLAS FILIPINAS.

Situacion.—Clima.—Montes y llanuras.—Rios y lagos.—Aguas termales.—Volcanes.—Minerales.—Vegetales.—Reino animal.—Poblacion.—Razas.—Estadística.—Parte política y administrativa.—Parte eclesiástica.

Forman las islas Filipinas uno de los archipiélagos más notables que se conocen en el orbe. Situadas en la zona tórrida, entre los 5° 30′ y 22° 40′ latit. N. y 123° 40′ y 132° 20′ longit. E. del meridiano de Cádiz (1), gozan de la posicion más ventajosa. El número de ellas es difícil designarlo; pasan sí de ciento, y si se toman en cuenta las pequeñas é islotes, hay quien las hace subir á mil. Las más notables, mayores y menores, habita-

(1) Siguiendo nuestras observaciones, dice el P. Buzeta, las Filipinas se hallan comprendidas entre los 120° 40′ y los 130° 37′ longit. E. del meridiano de Madrid, con una latitud comprendida entre los 5° 9′ y los 21° 3′. La longitud de Este á Oeste de las Filipinas en su parte meridional, formada por las islas de *San Juan*, *Mindanao* y *Palauan*, consta de más de 180 leguas, y la latitud, desde las islas de *Serangan*, en el extremo S. E., hasta las *Bascbi* septentrionales, como de unas 320.

Apénas se encuentran dos autores acordes en fijar los límites de este archipiélago.



cio de la Iglesia conventual de Santo Domingo de Manila, reedificada despues del terremoto del 3 de Junio de 1863 siendo Provincial el M. R. P. Fr. Domingo Tresserra.

cion de la Provincia del *Santísimo Rosario*, y con ella sola el lector casi nada puede saber de lo que pasó en las expresadas islas hasta entónces. Para llenar este vacío, he creido oportuno dar en compendio una noticia de la topografía y estado del país, así como tambien de la historia de los sucesos más notables que acontecieron en las mismas, desde la expedicion de Magallánes hasta la llegada de nuestros fundadores á Manila. Y á fin de que la lectura fuese más amena y variada, he procurado interpolar los sucesos más notables que se han verificado aún en lo político, los que no han sido enteramente ajenos de la Provincia; porque en casi todos ellos han tenido alguna parte, ora activa, ora pasiva, algunos religiosos de la misma. El que tratára en el dia de dar á luz una historia general de Filipinas, con dificultad podria presentar suceso alguno memorable, que no se halle en los once libros y puntos preliminares de la presente.

Excusado es hablar ahora de la gran dificultad que se me ha ofrecido para referir los sucesos de los últimos setenta y seis años. Sus noticias, si se exceptúan las que existen en las actas de los Capítulos provinciales, Consejos de Provincia, y algunas relaciones de hechos aislados, ha sido indispensable recogerlas de una multitud innumerable de cartas y papeles sueltos, que, cuando se escribieron, no pensaban ciertamente sus autores que habian de servir para la prosecucion de la *Historia*. El trabajo que para coordinarlas ha sido necesario emplear, sólo el que se ha ocnpado en dar á luz esta clase de escritos podrá justamente apreciarlo. Esto mismo podrá ser un motivo poderoso para inducir al lector á usar de indulgencia acerca de los defectos que notáre.

ADVERTENCIA.—Las censuras y aprobacion de toda la obra se pondrán en el último tomo.

OTRA.—Aunque se ha procurado dejar íntegro el texto del autor, con todo, en algunas cosas principalmente de las siguientes *Nociones preliminares*, se ha arreglado á las condiciones actualmente existentes por lo que hace á la division territorial y administrativa de las islas en su parte civil y eclesiástica.

NOTICIAS PRELIMINARES

Á LA

HISTORIA DE LA PROVINCIA DEL SANTÍSIMO ROSARIO

DE FILIPINAS.

SECCION PRIMERA.

GEOGRAFÍA Y ESTADO DE LAS ISLAS FILIPINAS.

Situacion.—Clima.—Montes y llanuras.—Rios y lagos.—Aguas termales.—Volcanes.—Minerales.—Vegetales.—Reino animal.—Poblacion.—Razas.—Estadística.—Parte política y administrativa.—Parte eclesiástica.

Forman las islas Filipinas uno de los archipiélagos más notables que se conocen en el orbe. Situadas en la zona tórrida, entre los 5° 30′ y 22° 40′ latit. N. y 123° 40′ y 132° 20′ longit. E. del meridiano de Cádiz (1), gozan de la posicion más ventajosa. El número de ellas es difícil designarlo; pasan sí de ciento, y si se toman en cuenta las pequeñas é islotes, hay quien las hace subir á mil. Las más notables, mayores y menores, habita-

(1) Siguiendo nuestras observaciones, dice el P. Buzeta, las Filipinas se hallan comprendidas entre los 120° 40′ y los 130° 37′ longit. E. del meridiano de Madrid, con una latitud comprendida entre los 5° 9′ y los 21° 3′. La longitud de Este á Oeste de las Filipinas en su parte meridional, formada por las islas de *San Juan*, *Mindanao* y *Palauan*, consta de más de 180 leguas, y la latitud, desde las islas de *Serangan*, en el extremo S. E., hasta las *Baschi* septentrionales, como de unas 320.

Apénas se encuentran dos autores acordes en fijar los límites de este archipiélago.

das y sujetas al gobierno de S. M. Católica en todo ó en parte, son las siguientes: Luzon, Mindanao, Mindoro, Sámar, Panay, Leyte, Cebú, Negros, Paragua, Basilan y Joló, las cuales ocupan una extension considerable. Entre las menores pueden reputarse Bohol, Calamianes, Batanes, Babuyanes, Masbate, Catanduanes, Siquijor, Tablas, Romblon, Sibuyan, Burías, Polilio y Ticau, y las Marianas, con otras de menor extension. Su clima y sus producciones naturales son muy variadas. Están muy distantes todavía de contener la poblacion de que son capaces, y para formar una idea más exacta de su topografía, sería necesario visitarlas, tanto en sus playas como en su interior, lo cual es absolutamente impracticable, particularmente por lo que toca á las mayores. Sus numerosos rios, sus impenetrables bosques, la insalubridad de la atmósfera en los países montuosos, y las tribus salvajes y carnívoras que hay en muchas partes, serán en todo tiempo una dificultad insuperable para poderlas perfectamente describir. Daré, sin embargo, una noticia de lo más notable que hasta ahora se ha podido averiguar.

Clima.—No se experimentan por lo general en ninguna de las islas Filipinas calores sofocantes, á pesar de que el sol pasa dos veces perpendicularmente por su suelo (1). Las brisas y monzones atemperan la

(1) Segun observaciones aproximadas, el termómetro suele fijarse:

	REAUMUR.	CENTÍGRADO.	FAHRENHEIT.
de Noviembre á Marzo	18,0 = á 22,0:	22,5 = á 27,5:	53,0 = á 81,9.
de Marzo á Junio	23,0 = á 27,0:	28,8 = á 33,8:	84,0 = á 93,9.
de Junio á Noviembre	20,0 = á 25,0:	25,0 = á 31,2:	57,0 = á 88,3.

atmósfera, y las lluvias, que suelen durar desde Junio hasta Noviembre, constituyen una larga primavera. Sólo en los meses de Abril y Mayo es el calor algo molesto, con motivo de las calmas que hay en este tiempo; pero áun entónces está muy léjos del que se suele experimentar en muchas provincias de España en los meses de Julio y Agosto. En Manila, en donde molesta más que en otras partes por razon de los edificios de piedra y murallas, rara vez pasa de los 92 grados en el termómetro de Fahrenheit (1); sus efectos tampoco suelen ser muy molestos, porque casi siempre se traspira, y por otra parte, rara vez suelen faltar los vientos de la mar cuando su actividad debiera ser mayor. Las monzones, ó vientos periódicos, nunca faltan en las islas; la del sudoeste, que en Manila se llama vendaval, suele empezar por Julio y acaba á fines de Octubre, la cual sopla con gran furia y trae lluvias (2). La del nordeste principia regularmente por Noviembre, y termina en Febrero ó Marzo; los tiempos intermedios los ocupan brisas variables y ligeras. El cambio

---

(1) Suponiendo que Manila tiene una latitud norte de 14°=36′ (Monsieur de La-Lande le da solamente 14° 30′), el sol cortará su vertical el dia 29 de Abril y el dia 13 de Agosto, pasando, por lo tanto, perpendicular sobre la ciudad. Por lo mismo, su dia máximo será el dia 21 de Julio, teniendo de duracion 12 horas y 55′, y de noche 11 horas y 5′, incluyendo en éstas los crepúsculos; y el dia mínimo el 22 de Diciembre, con una duracion de solas 11 horas 5′, y 12 horas 55′ de noche, con los crepúsculos, y será la noche mayor.

El Sr. Cuarteron fija los puntos de la catedral de Manila, comparada en su longitud con San Pedro de Roma, en esta forma: lat. N. 14° 35′ 7″, longitud E. 108° 27′ 35″, en un apéndice á su obra italiana *Spiegazione é Traduzione dei* XIV *quadri relativi alle Isole*, etc.

(2) Hace algunos años que se nota bastante irregularidad en estas monzones, particularmente desde el gran terremoto del año 1863.

de las monzones no se verifica regularmente sin estrepitosos movimientos subterráneos ó atmosféricos, que suelen ser funestos. Las tronadas que preceden á los vendavales son espantosas: despiden las nubes muchos rayos y lluvias furiosas, aunque de poca duracion. El vapor que se levanta entónces de la tierra, seca y llena de grietas, causa enfermedades, como dolores de cabeza, etc., y despues de las tronadas se siguen las calmas, que molestan. El otro cambio de monzon por lo comun termina con huracanes ó tifones, llamados aquí *baguios* (1), los que suelen derribar los árboles más corpulentos, y dejar la campiña desolada y las poblaciones destrozadas. Afortunadamente su mayor duracion no suele pasar de seis ú ocho horas, y su radio no es de mucha extension; á veces en pocos dias se experimentan dos ó más en unos mismos lugares. El que aconteció en Manila en 1831 destrozó casi todos los buques que se hallaban en bahía, y arrojó muchos de ellos á la playa. En Cavite la fragata *Union*, buque de 600 toneladas, fué arrojada encima de la muralla que se estaba fabricando. En la ciudad fueron desencajados muchos balconajes de madera y conchas, y las planchas de plomo que cubrian la Aduana, que se acababa de construir, fueron arrancadas, y arrojadas á gran distancia en todas direcciones.

No fué ménos violento el que aconteció en la costa

(1) Baguio es un fuerte viento acompañado de lluvia. Suele durar 24 horas, variando cada tres ó más de direccion, de modo que en las 24 recorre todas las direcciones de la brújula. El año de 1865 ha sido fecundo en baguios, pues casi en todas las islas se han experimentado dos ó tres, los que han causado desgracias y pérdidas de mucha consideracion.

de Cagayan el dia 7 de Octubre de 1845: todos los pueblos, Pamplona y Buguey por una parte, hasta Gattáran por la otra, fueron enteramente destruidos, sin haberse librado los techos de las iglesias y conventos. Pereció en ellos mucha gente é infinitos animales; sólo en Camalaniúgan murieron doce personas y muchas más quedaron mal heridas. Los campos y los montes quedaron arrasados y abrasados como si hubieran sido incendiados. Durante el huracan se sintió temblar la tierra fuertemente y cayeron muchos rayos. Nueve pueblos quedaron destruidos, y sus infelices habitantes en la mayor miseria, la cual poco despues fué en gran parte aliviada, ora por la caridad del alcalde y de los curas, ora por el donativo gratuito que dió la Provincia del Santísimo Rosario y su colegio de Santo Tomas, de la cantidad de cuatro mil pesos, con otros tres mil que la Real Hacienda facilitó de las cajas de comunidad. Muchos otros huracanes podriamos citar, que, tanto en la mar como en tierra, han causado desgracias y pérdidas, que difícilmente se pueden calcular.

Las lluvias son en Filipinas copiosas: en Manila, sin embargo de no ser el punto en donde llueve más, se han hecho experiencias, que han dado 98 pulgadas por una lluvia media anual (1). En los montes del interior, particularmente en los del N. de Luzon, suele caer

---

(1) Esto se escribió cuando en Manila llovia más que en la actualidad. Segun observaciones practicadas en un quinquenio, el término medio de la lluvia caida anualmente son unas 74 pulgadas. En el año de 1860 llovió 86, miéntras que en 1864 llovió apénas 61, y si algun año llueve más, ya se considera como extraordinario en lluvias.

granizo alguna vez; pero el agua nunca llega á congelarse, ni áun en los meses de Diciembre y Enero, en los cuales se suele experimentar un frio penetrante y muy sensible, aunque en algunos puntos se la experimenta con principios de congelacion en su superficie. En estos meses, como los cuerpos no traspiran como en tiempo de calor, hay más enfermedades, particularmente en la clase de españoles, de los cuales mueren muchos (1). Sin embargo, las enfermedades más co-

---

(1) Es observacion que hacen los estadistas y geográficos, de que bajo los trópicos la estacion del invierno es la ménos favorable para la vida. Aunque muchas sean las causas que contribuyen á fijar la mayor ó menor mortandad en un país, con todo, los datos de defunciones comparados con los estados de almas y de nacimientos suelen ser considerados como barómetro de la salubridad de un clima dado. Segun esto, Filipinas en su generalidad debe ser considerado como un país bastante sano. Hay mucha variedad entre los autores en fijar el término medio de la mortandad anual en Europa, y miéntras unos lo fijan en 1 por 33, otros lo extienden hasta 1 por 43. En una memoria ó sea *Ensayo físico descriptivo de la provincia de Bataan*, para la cual proporcionó muchos datos el inteligente y observador D. Iñigo Azaola, se dice «que es cálculo generalmente admitido que en Filipinas de 21 personas nace 1, y de cada 39 muere 1, cuyo cálculo es bastante aproximado al que hemos hecho en vista de los datos suministrados por los *estados* de diez años de las corporaciones religiosas; pues aunque no han dado un resultado igual á aquél (nacidos 1 por 22 $^{8}/_{10}$; muertos 1 por 36 $^{7}/_{10}$), no dudamos en llamarle aproximado á aquél, principalmente en cuanto á defunciones, porque están incluidos los años pasados en que reinó el cólera en casi todo este archipiélago, y además porque el número de defunciones es mucho más exacto que el de almas. De esperar es que, extendida la vacuna en las islas con buenos vacunadores, sea el resultado de defunciones más favorable, por ser muchos los que mueren en la infancia por las viruelas.

Las muertes en la clase de españoles son más, pues segun los datos de defunciones de este distrito municipal salen á 1 por 21 en el año de 1865, si es cierto lo que se dice, que hay unos 5.150 de la clase de españoles, sin contar los mestizos, pues han sido unas 240 las defunciones; pero como se cree más exacto el número de defunciones que el de vivos, en cuyo número se queda corta la estadística, se cree tambien que es bastante excesivo el número comparativo de defunciones. En España, en el quinquenio de 1858-62, resultaron las defunciones, segun la estadística, 1 por 36, y en las capitales de provincia 1 por 28; y en el año 1863, 1 por 34, y 1 por 24 en las ca-

munes son la disentería y la tísis, que provienen del contínuo calor, que altera é irrita el estómago. Por lo demas, la suavidad del clima, la bondad de los alimentos, el verdor y lozanía de los campos, con la abundancia de todo lo que puede apetecer el gusto, constituyen á estas islas uno de los países más agradables del mundo conocido.

MONTES Y LLANURAS.—Son las Filipinas, por lo general, bastante montuosas: la isla de Luzon está cortada de várias cordilleras, habitadas solamente de salvajes. El monte Mariveles, que está situado á mano izquierda de la entrada de la bahía de Manila, es uno de los más elevados (1) y da principio á una cordillera que se prolonga hasta Bolinao, de la provincia de Zambales, dejando una depresion en frente de Balanga y otra en Llana-Hermosa. Al pié de esta cordillera por el E. están las provincias de Bataan, Pampanga y Pangasinan, confinantes por el mismo punto con las de Nueva Écija, Bulacan y Tondo, que, con la de Cavite, situada á la otra banda de la bahía, forman unas llanuras muy extensas, que dan muy ricas producciones de arroz, azúcar y añil. Desde la provincia de la Laguna y Tayabas van saliendo otras cordilleras, de las cuales la principal va discurriendo por toda la contra-

---

pitales. Siendo así que los datos que se han presentado de aquí son del distrito municipal, no hay grande diferencia con España, áun cuando el número 5.150 se considere exacto; y si bien es verdad que algunos españoles se van á *morir* á España, habiendo contraido aquí la enfermedad mortal, con todo se puede tal vez considerar esta rebaja en las defunciones como recompensacion de la rebaja que puede haber en el cómputo de los habitantes.

(1) Le dan de 3.900 á 4.800 piés de elevacion sobre el nivel del mar.

costa hasta el cabo de Engaño, al N. de Luzon. De ella salen varios ramales, en los cuales se elevan los encumbrados montes de San Cristóbal (1) y Maquíling en las márgenes de la Laguna de Bay; y desde Baler la de los ilongotes, que separa las provincias de la Nueva Écija y Nueva Vizcaya, la cual se prolonga de E. á O. hasta San Fabian, en el golfo de Lingayen. De aquí sigue su arranque ladeando las provincias de la Union é Ilocos Sur y Norte, terminándose al N. de Luzon entre el cabo de Bojeador y Cabicúngan. Entre estas cordilleras están las extensas llanuras que forman las provincias de Cagayan y Nueva Vizcaya, regadas por el Magat y el grande Ibanag, con quien se junta en Gamú. Al O. de estas dos provincias está el país de los infieles de várias naciones todas bárbaras, que habitan en las faldas de los montes y orillas de los rios y esteros, en donde suele haber valles y llanuras de poca extension. En el interior del país llamado de los igorrotes está el monte Polac, el más elevado del N. de Luzon, porque, segun dicen los infieles que han estado en su cumbre, se divisan de allí las dos costas de la isla, esto es, la de Nueva Écija y la de Ilocos. Otro monte hay bastante elevado en la cordillera del O., llamado Tanglo, en frente de Santo Tomas y de Agoo. Al pié de esta cordillera están las llanuras de la Union y de Ilo-

(1) El llamado San Cristóbal, dice el P. Félix Huerta, en su por más de un concepto interesante *Estado geográfico*, etc., de su Religiosa provincia de PP. Franciscanos, viene á ser como un desprendimiento del elevado Banájao, midiendo éste, segun el mismo, 7.030 piés con 7 pulgadas sobre el nivel del mar. Otros le dan algo más, y otros algo ménos. Al Maquíling le dan algunos 3.446 piés sobre el nivel del mar.

cos Sur y Norte, de poca anchura; pues la mayor no pasa de una legua, aunque detras de ella se hallan dos bastantes considerables en el Abra, Dingras y Piddig.

RIOS Y LAGUNAS. — Los rios principales de Luzon tienen su orígen en la cordillera del monte Caraballo, entre las provincias de Nueva Écija y la Nueva Vizcaya, y en el país de los igorrotes. Los más considerables son los de Cagayan, Pampanga, Abra y de Vigan, en Ilocos Sur. El primero, llamado Ibanag, sale de aquella cordillera por la parte en donde están los ilongotes, y corre hácia el N. En Carig ya es considerable, y de allí sigue su curso por el Difun, pasando por los pueblos de Camarag, Angadanan y Cauayan. En Gamú se le junta el Magat, de no ménos caudal, y riega en seguida lo restante de la Nueva Vizcaya (1) y Cagayan (recibiendo en Nassiping las aguas del Rio Chico ó de Itaves) (2), hasta el mar de China, desaguando en Aparri por una anchurosa desembocadura, que tiene por lo ménos milla y media de extension. El de la Pampanga nace en la opuesta vertiente de la misma cordillera, en frente de Pantabangan y Carraglan de Nueva Écija, y tiene un curso á la inversa de aquél, esto es, de N. á S. En Cabanatuan recibe las aguas de otro

---

(1) Ántes de erigirse la provincia de la Isabela, formada de parte de las de Cagayan y Nueva Vizcaya, por Real órden de 31 de Marzo de 1856, era verdad que el *Rio Grande* desde Gamú regaba *lo restante de Nueva Vizcaya;* mas ahora se debe entender *lo restante de la Isabela.*

(2) El *Rio Chico* tiene dos orígenes principales: el uno viene del centro del partido de Itaves, y el otro más al poniente, que es el llamado propiamente *Rio Chico.* Ambos se juntan un poco al N. de Giat, denominándose entónces *rio de Bangag,* hasta juntarse con el *Rio Grande,* denominado tambien *el Tajo,* al N. O. de Nassiping.

rio llamado Chico, pasa por Arayat, San Luis, San Simon y Apalit. En Calumpit se le junta el caudaloso rio Quingoa, y despues de haber regado las llanuras de Agonoy, desagua por várias bocas en la bahía de Manila. El del Abra sale del monte Polac, pasa por las cordilleras que habitan los buries y busaos, se le juntan otros rios en la llanura de aquel nombre, sale por una rara abertura cerca de Santa Catalina, y luégo desagua en la mar. En sus grandes avenidas rebosa hasta Vigan, en donde toma dos direcciones que forman las barras de Dile y de Pandang. Otros rios hay en la isla de Luzon y en las otras islas del archipiélago, cuyo curso sería largo describir. Los más notables son: en la de Luzon el Agno en Pangasinan, Amburayan en Ilocos, el Pasig en Tondo, y el Orani que divide la Pampanga de Bataan.

Hay ademas en Filipinas grandes lagos, algunos de los cuales dejan de serlo en tiempo de secas. La laguna llamada de Bay tiene más de treinta leguas de bogeo, y es navegable en todas direcciones. La de Bombon en Batangas es tambien de mucho fondo y grande extension. Los lagos de Agonoy en Bulacan, de Candaba y Canaren en la Pampanga, y el Mangabol en Pangasinan, tambien tienen muchas leguas de bogeo en la estacion de lluvias, porque reciben las aguas de varios rios que no pueden desaguar por sus cauces naturales, con motivo de la poca elevacion del terreno, resultando de ahí que á veces se inundan provincias enteras. En tiempo de secas se visten de hermosísimas praderas que sirven de pasto para los animales, y se hacen grandes pescas de *dalag*, particularmente en el

Mangabol, que conservan desecado como bacalao. Tambien en la isla de Mindoro hay un gran lago, y dos en la de Mindanao.

Aguas termales.—En várias partes de Luzon abundan las aguas minerales y calientes. Las más conocidas son las del pueblo de Mainit, conocido con el nombre de los Baños, situado al pié del Maquíling, en la playa de la laguna de Bay. Los PP. Franciscanos, que administran en lo espiritual el pueblo, tenian en él antiguamente un hospital muy bien montado, cuyo edificio existe todavía en el dia, que ya sólo sirve para los soldados enfermos de Manila (1). A una media legua de distancia se hallan muchos manantiales de agua caliente de várias temperaturas, y el más caudaloso, que sale al pié del hospital, tiene el calor en sumo grado. En la provincia de Albay tambien hay aguas termales, cuya virtud no es tan conocida; pero no hay duda que podria producir los mismos resultados que las de la laguna de Bay. Otros muchos manantiales hay en estas islas, cuyas virtudes y aplicaciones no son áun bien conocidas.

Volcanes.—Tres son en el dia los volcanes que hay al S. de la isla de Luzon, y uno en Babuyanes. Hubo antiguamente otros muchos en Tayabas y Batangas, y tambien en el N. de Luzon, cuyos cráteres son lagunas ó están cubiertos de altas y espesas arboledas. El mayor y el que despide casi siempre llamas es el Mayon (2), en la provincia de Albay: el monte en

(1) Hoy dia ya no existe tampoco en tal concepto.
(2) Dicen que tiene 1.628 piés de elevacion sobre el nivel del mar.

cuya cumbre está el cráter tiene la figura de un pilar de purificar azúcar, de mucha elevacion. Su base tiene algunas leguas de circunferencia (1). Se descubre desde el mar á gran distancia, y es de mucha utilidad para los marinos que navegan desde las Américas á Filipinas. Otro se descubre no muy distante de aquél en la misma provincia de Albay, llamado Bulusan, el cual humea sin interrupcion, y de vez en cuando arroja llamas. Lo mismo sucede en el de Taal, de la provincia de Batangas; mas éste ha tenido erupciones espantosas, que han consternado á toda la provincia. Segun las observaciones del farmacéutico D. Víctor Lopez, que lo visitó personalmente, su cráter es ovalado y tiene sobre dos millas de diámetro. En su centro hay una laguna que baña el muro de la banda del Sur, y deja libre la mitad de su terreno, que es llano y sólido. Entre éste y la laguna hay un gran trozo en estado de reciente ignicion. La cantidad de azufre que allí se halla es inmensa. En el terreno libre del cráter existe un cubo de pórfido de veinte á veinte y cinco piés cuadrados. El muro es por todas partes perpendicular, y por el N., que es de mayor elevacion, tiene doscientas toesas de altura, con ciento y cincuenta por la parte más baja. Otras notabilidades dejó escritas aquel diligente oficial, que podrian ser muy útiles si se aprovechasen.

Los montes y crestas de las provincias de Manila, Batangas, Laguna, Cavite y Bulacan, muestran que hubo en otro tiempo muchos más volcanes y erupcio-

---

(1) Bogea unas catorce leguas, dice el P. Huerta.

nes que ahora, porque todos ellos se componen de cenizas y lavas volcánicas. Á una milla al O. de Indan, provincia de Cavite, hizo la provincia del Santísimo Rosario, en 1847, una mina entre los rios Zamboc y Jabo, á una profundidad de treinta y dos metros en la parte más elevada de la loma intermedia, para dirigir las aguas del primero al segundo, y regar con ellas su hacienda de Naic; y en su fondo se hallaron varios maderos, unos en estado de descomposicion, y otros enteros todavía. En el medio de la loma se hizo un poco, y en toda su altura hasta el fondo de la mina se ven capas volcánicas, y se ignora la profundidad de la base sobre la cual están asentadas. Habida consideracion á su estructura geológica, es muy verosímil que todo aquel terreno fuese mar, del cual dista aquel punto muy cerca de tres leguas. Esta sola observacion nos manifiesta las grandes revoluciones que ha sufrido esta parte de Luzon, causadas, á no dudarlo, por la violencia del fuego interior, que todavía subsiste en sus entrañas. De aquí provienen los temblores que se experimentan, los que algunas veces han sido muy funestos. De algunos se hará mérito en el decurso de esta *Historia;* ni de ellos podríamos prescindir, en cuanto que han causado en várias ocasiones grandes destrozos en los edificios de Manila y otros pueblos de nuestra administracion.

MINERALES.—Hay en Filipinas muchos y ricos minerales que no se benefician. Se halla oro, hierro, cobre, iman, piedra cuadrada, ulla y azufre en abundancia. Sólo en Paracale y en el centro del país de los igorrotes se saca el primero de las entrañas de la tierra,

pero de un modo muy imperfecto, sin arte ni conocimientos. Las minas de aquel pueblo eran ya famosas cuando Legaspi se posesionó de la isla de Luzon. Juan de Salcedo las visitó por la primera vez en 1571, y desde entónces sólo algunos naturales se han dedicado á explotarlas en la superficie de la tierra. Los igorrotes de Pancutcutan, pueblo situado en las faldas del E. del monte Polac, benefician las suyas de Acopan, Apayao y Locio, con otras ménos considerables. Las poseen algunos principales de su nacion, y las explotan por medio de esclavos, extrayendo una tierra colorada, que contiene el oro en granos de quilates muy subidos. Los trabajadores se iluminan con teas de pino, que llenan de humo las minas á poco tiempo de trabajar en ellas, y les impide la faena. Cuando pierden la veta, ó desaparece de su vista, hacen algunos sacrificios al *nono*, segun su bárbara y confusa creencia, y en seguida bajan los más inteligentes para encontrarla. La mayor parte del oro que aquellos bárbaros bajan á las provincias de Pangasinan, Union é Ilocos Sur, es de estas imperfectas minas, sin que se hayan agotado en muchos siglos.

Pero no son éstas las únicas que hay en Filipinas: muchos rios conducen con sus aguas, en las grandes avenidas, arenas de este metal tan estimado, y muchos pueblos se dedican á recogerlas y lavarlas. El rio Agno, el de San Jacinto, el de San Fabian, el de Aringay, el de Baoan y el del Abra las conducen á las provincias referidas, que confinan con el igorrotismo. El de Abulug, en Cagayan, las tiene en abundancia, y en Aparri habia un lavadero que producia mucho á los indios.

En otras provincias de Luzon hay rios que conducen arenas del mismo mineral á las llanuras, lo cual indica que en las entrañas de los montes por donde pasan abunda el oro. En Caraga y Misamis se halla en laminillas en la superficie de la tierra, y los naturales no se toman otra pena para beneficiarlo que lavar un pedazo de tierra, y recoger el que se descubre á su vista. En Calamianes tambien se halla. En Mindoro y otras partes hay vetas descubiertas, y se puede asegurar, segun la expresion de Basco, que todas las islas Filipinas están engastadas en oro. A pesar de la grande apatía de los indios al trabajo, y de los modos imperfectos de que usan para beneficiarlo, no baja de doscientos mil pesos anuales el valor del que se coge, cuya ley varía de los 16 á 22 quilates. Esto no obstante, el pueblo en Filipinas que se dedica á recoger oro, suele ser miserable: la mejor mina son los campos bien cultivados.

El hierro es otro mineral que se da en mucha abundancia, especialmente en Luzon. Se halla en várias partes de Cagayan, en Nueva Vizcaya, en Santa Ines, al N. de San Isidro, y en las faldas de la cordillera de Jayabahan, en Morong de la Laguna de Bay, y sobre todo en los montes del E. desde Silihan hasta San Miguel de Mayumo. Es tan rica y abundante la veta de este mineral en los montes de Angat, que se descubre en la superficie de la tierra, y con la mayor facilidad se funde y suaviza. Hay mineral de hierro en otras partes; pero cuando no se benefician las minas de oro por falta de brazos y capitales, no es de extrañar estén olvidadas las de hierro.

En los montes de los igorrotes se halla mucho cobre de muy buena calidad, del cual hacen varios utensilios mal forjados (1). Tambien lo hay en abundancia en la isla de Masbate. En Camiguing y cabo de Engaño se halla el iman. En Bangui existe la piedra cuadrada, sembrada en una especie de pizarra. El azufre abunda en el volcan de Taal y en las islas de Masbate y Camiguing. La hulla se halla tambien en abundancia en várias partes, pero no es tan buena como la que viene de Inglaterra. Tal vez en lo interior, si sus minas se explotasen, sería mejor que el que ahora se descubre en la superficie de la tierra. Pero en todo caso sería una ventaja si los vapores de Manila se surtiesen de este combustible, aunque fuese algo inferior al extranjero. En 1834 se remitieron al Ministerio de Fomento por este superior Gobierno 139 ejemplares de minerales y rocas (2).

VEGETALES.—Sobre el reino vegetal de estas islas se han escrito ya varios tratados curiosos, y sin embargo, su historia todavía está muy atrasada. No hace mucho que el R. P. Fr. Manuel Blanco, ex-provincial de Agustinos, dió á luz la *Flora Filipina*, que, á no dudarlo, es la obra más completa que en su clase, hasta el presente, se ha escrito en Filipinas. Trata la materia de un modo científico, segun el sistema de Linneo, y puede ser de mucha utilidad para la medicina é histo-

(1) Son ya famosas las minas de cobre de Mancayan, en el distrito de Lepanto, que beneficia la sociedad denominada Cántabro-Filipina, cuyo cobre es ya conocido y apreciado en los mercados de Europa.

(2) Puede verse la lista en el cuaderno IX de las *Memorias históricas y estadísticas de Filipinas*, publicadas por el Sr. Arenas.

ria natural. Yo al presente haré mencion tan solamente de algunos árboles y plantas principales á fin de que pueda formarse algun concepto de la riqueza de estas privilegiadas islas.

Entre sus innumerables vegetales hay muy pocos que se parezcan á los del mundo antiguo. El pino, entre los árboles, es, á no dudarlo, el más parecido y de la misma calidad: se halla en grande abundancia en el centro del país de los igorrotes, y su madera sólo sirve para fabricarse estos bárbaros algunas chozas y casas mal formadas, é iluminarse con su tea. Tambien hay cepas silvestres, particularmente en Batanes, muy parecidas á las europeas: dan uvas negras bastante dulces, pero pequeñas y de mala calidad. Se hallan en várias partes de las islas árboles tan altos y corpulentos, que asombran al espectador. Del guijo se fabrican canoas de una sola pieza, de veinte y cinco varas de largo y dos de ancho. De la narra, madera de mucha duracion, algo parecida á la caoba, se sacan tablas para hacer mesas de una sola pieza, de dos varas de ancho y siete de largo. De las mismas dimensiones se saca á veces del Alintatao, madera de mucha dureza y de color amarillento, parecido al de la paja. El molave es incorruptible y excelente, así para edificios como para buques; es algo vidrioso, pero de mucha solidez y fácil de labrar. El tíndalo, especie de narra de color negruzco, el mangachapoy y el banabá, para tablazon, tambien son excelentes, así como el yacal para tirantes, vigas y soleras de las casas. Hay ébano, aunque muy pequeño; pero en cambio se halla en abundancia el camagon, que recibe el mismo brillo, es negro con vetas amari-

entas, y de él se fabrican los muebles más lujosos y : gusto. El sibucao ó palo campeche se da en todas artes, y forma uno de los artículos más considerables el comercio de las islas.

Se hallan muchas especies de palmas: las principales on el coco, de cuya fruta se saca vino, agua y aceite. ste para luces es preferible al de olivo: es oloroso, aro y medicinal. La bonga, ó areca, es mucho más elgada que el coco: su fruta es muy parecida á los dáles, y su interior, que tiene el gusto de bellota, sirve ara el betel ó buyo, como lo llaman en Manila. El arí es corpulento, y de sus hojas se hacen esteras decadas y preciosas, sacos para conducir arroz, sombreos y otros utensilios. Su tronco molido sirve para coier y es muy parecido al sagú. Del agua que le sacan ortándole el cogollo se hace una especie de azúcar iuy moreno, pero muy estimado por ser medicinal. n los buques y edificios se consumen muchas madeis en las islas; pero áun existen muchos bosques en onde no ha entrado todavía el hacha del trocero.

Las especies de cañas que se dan en Filipinas so iuchas y de excelente calidad. El *cauayan toto* de lc galos, ó caña espina, como lo llaman los españole rece hasta veinte y cinco ó treinta varas de altura, ene de diámetro ocho pulgadas. Se cria en matas rupos reunidos, y de ellas salen ramas con espir ie parecen arboledas encumbradas. Otra especie iña, muy parecida á ésta, es el *cauayan quiling* ó c iacho: crece lo mismo que aquélla, pero es algo elgada y torcida, aunque tiene la carnosidad más g ; de suerte que una caña de cinco pulgadas de

metro apénas tiene en el centro la cavidad de una. Es tan dura, que de ella se forman travesaños para asegurar los tablones ó piso de los andamios, y una tira de una cuarta parte, algo adelgazada, de dos varas de largo, sirve para llevar un hombre el peso de ocho ó diez arrobas en sus extremidades. Ambas sirven para fabricar las casas de los indios, sus techos, pisos y paredes; para formar puentes, cercos y andamios, con otra multitud de usos que sería difícil enumerar. Hasta los palos de los paraos, que son embarcaciones muy capaces, y pueden conducir más de cuarenta hombres, se hacen por lo regular del *cauayan*. Otras hay más cortas y delgadas, pero de mucha más dureza. La más parecida á las que se dan en España es la *bojo*, tanto por su sencillez, cuanto por la forma de los cañaverales; aunque tambien las hay que tienen los nudos á una vara de distancia, y de ellas hacen los igorrotes de la Nueva Vizcaya lanzas arrojadizas, endurecidas sus puntas con el fuego.

De la caña es hermano el bejuco, por su semejanza y uso, aunque es macizo y poroso en su interior. Se produce en los bosques como las enredaderas, y los hay de várias especies. El comun y el palasan son los más largos: el primero sirve para amarrar las cañas, empacar fardos y cajones, formar enrejados de aparadores, pisos de catres, sillas y otros utensilios, hacer sombreros, salacots (1), de que usan los indios, y otros muebles exquisitos. Del palasan se hacen maromas para amarrar

---

(1) Especie de sombrero grande, de forma redonda y convexa.

buques de cabotaje y asegurar las balsas de los rios; los hay que crecen más de cien varas, con sola una pulgada de diámetro. Ademas de los bejucos hay otras muchas enredaderas, que sirven para los mismos usos. En Cagayan con una de ellas se aseguran las campanas en las torres, sin que jamas llegue á romperse. Tambien las hay muy medicinales, y entre éstas es muy conocido el *macabuhay*, que es de unas tres líneas de grosor, y de color verde. Es más amarga que el acíbar; se curan con ella las tercianas más rebeldes, calenturas y tabardillos, y es eficaz remedio contra la ponzoña. Otras muchas plantas hay en Filipinas, con las cuales los naturales del país se alivian de sus males sin necesidad de médicos científicos ni boticas.

Sin embargo de que los filipinos tienen mucha diversidad de frutas, son pocas las acomodadas al paladar del europeo. La manga es, sin contradiccion, la mejor de todas ellas. Suele tener de largo escasamente un geme. Es algo aplastada, y de figura recorvada por la punta á manera de un corazon; de color muy amarillo, y de olor bastante fuerte, muy parecido al de la brea. El árbol que la produce es muy copado y corpulento, y no hay quizás en Europa árbol frutal que se le parezca. Es mucho mayor que las higueras, algarrobos y nogales.

De la familia de los plátanos se hallan muchísimas especies, y de ellas las hay de sabor muy agradable. De una de ellas sale el abacá, el renglon de comercio más rico y productivo de las islas. Se saca de las pencas que forman su tronco desde la raíz hasta las hojas, cuyos filamentos, semejantes á los de la pita, sirven para

hacer cuerdas y maromas. De los mismos se fabrican tejidos y ropas de várias especies, desde las guinaras hasta el más fino y delicado sinamay, muy parecido á la piña. Los *chicos*, algo parecidos á los nísperos en su tamaño y color, tambien son fruta delicada, así como los lanzones, que se dan en grandes racimos en los troncos de sus árboles. La piña, aunque la hay en abundancia, no es tan dulce y suculenta como la de Java y Singapore. Se dan muy buenas, sin embargo, en los montes de Bataan. En éstos y en los de Ilocos Sur se da tambien la lechía, muy parecida á la de China: es tan dulce y suculenta como ésta, pero de mucho menor carnosidad; de suerte que apénas cubre su pepita. La nanca, entre todas las frutas filipinas, es la que más llama la atencion del europeo. Las hay que pasan de tres palmos de largo y uno y medio de diámetro. En lo exterior es verde, y está llena de puntas romas algo blandas, y en su interior tiene muchas pepitas, que cocidas se parecen á las castañas. Su carne es amarilla, muy dulce, de un olor muy fuerte, pero muy indigesta. Tambien hay abundancia de naranjas, cajeles y limones, y éstos, aunque más pequeños que los reales, son más suculentos y de un ácido más fuerte.

Los vegetales más útiles y productivos de las islas, ademas del abacá, son el arroz, la caña dulce, el añil y el algodon. El arroz se da en todas partes, y lo hay de várias calidades, algunas de las cuales son más finas, blancas y sabrosas que el de Valencia. El que llaman de monte se siembra como el trigo, y el llamado bacal por los tagalos se da en ménos de dos meses. El comun, y del que hay tambien várias especies, se siem-

bra en tierras bajas y requiere siempre mucha agua. Si las lluvias no escasean, la cosecha es segura, á no ser que la destruya la langosta ó las inundaciones. En tierras buenas produce regularmente el arroz cincuenta por uno de su semilla. Este arroz de *tubigan* ó de regádío, se siembra primeramente en almácigas, y cuando tiene media vara de altura se planta en la tierra preparada, que por lo regular está cubierta de agua. Esta operacion se hace regularmente por Agosto en tierra de tagalos, y se corta por Diciembre. Es el arroz el verdadero pan de los indios filipinos: lo comen cocido con agua solamente, y sin ella lo conservan hasta veinte y cuatro horas.

La caña dulce sería suficiente por sí sola para llenar de riqueza las islas Filipinas. La hay de tres calidades por lo ménos: la que llaman los tagalos *tubu zambale* crece hasta seis y ocho varas, es más blanca que las otras, y el zumo no tan dulce. Esta caña la plantan los indios para mascarla, á que son en extremo aficionados. La colorada es la mejor para el beneficio del azúcar; es más corta y delgada que aquélla, más dura y compacta, y el zumo más dulce y abundante. La blanca, que tambien se beneficia, es muy parecida á la segunda en la perfeccion, y en algunas partes la prefieren. La caña de azúcar, plantada en buenas tierras y beneficiada con buenas máquinas, puede producir un ciento por ciento al cosechero. Está regularmente un año en la tierra, y se beneficia en las islas desde Febrero hasta Junio.

El tabaco es otro de los vegetales más productivos é importantes de estas islas. Ha sido importado en el

país por iniciativa del Gobierno, y es la produccion más rica para las rentas del Estado. Lo hay de várias clases y de calidades muy distintas, segun las condiciones del terreno y los diferentes modos de beneficiarlo y cultivarlo. En algunas partes se produce tan bueno como el más rico y aromático de la misma isla de Cuba. Aunque se da en muchas provincias de este archipiélago, y pudiera producirse en todas ellas, sin embargo en ninguna es tan general y beneficioso su cultivo como en las de Cagayan y la Isabela. Mejorada su elaboracion, dirigido con inteligencia su cultivo, y dada una administracion bien comprendida, sería el ramo de riqueza más fecundo é inagotable que se conoce universalmente en toda la industria agrícola. Su siembra en la actualidad, y el procedimiento general de su cùltivo, está en perfecta armonía con la paciencia prolija de estas razas. Ante todo se preparan y limpian los terrenos de toda maleza extraña, y terminada ya con todo esmero esta operacion preparatoria, se introducen los granos en la tierra á cierta profundidad. A su tiempo se hace el trasplante, que suele ser cuando la hoja se eleva como una cuarta sobre la superficie de la tierra, y entónces se forman cuadros separados por surcos, que se cortan á distancias convenientes, para dar salida al agua en la estacion de las lluvias. Cuando la planta del tabaco se desenvuelve de la tierra, y desplega ya sus hojas á cierta elevacion determinada, hay que registrarlas diariamente una por una en las primeras horas de la mañana, para limpiarlas de un gusano que las acomete con frecuencia, y las destruye totalmente si se abandonan á sí mismas. A esta operacion asisten las

mujeres, que son las que llevan la mayor parte del trabajo en el beneficio de esta planta, á las que tambien se asocian los niños mayores de cuatro años. Es inmensa la escala de los detalles minuciosos y de todas las operaciones que constituyen el beneficio del tabaco desde el trabajo de la siembra hasta su entrega y depósito en los almacenes públicos.

El añil es otra planta de rica produccion. Crece en algunas partes hasta dos varas de altura; tiene mucho ramaje; las hojas finas, pequeñas y ovaladas, parecidas á las de las lentejas, y la semilla en vainillas encarnadas. Se corta el arbusto ántes de que eche la semilla; se pone en grandes tinas llenas de agua, y se deja en fermentacion por espacio de veinte y cuatro horas. Despues trasladan el zumo á otra más pequeña ó á un estanque, lo baten y lo hacen precipitar con cal. Del fondo sacan en seguida una pasta azul, que forman en ladrillos, y disecado es el precioso índico, tan estimado en las tintorerías. Los chinos prefieren el tintarron, que es el mismo zumo del añil ántes de coagularse, que colocan en tinajas y se lo llevan en champanes.

La planta del algodon tambien se da en muchas partes de las islas. Crece hasta vara y media, pero no prospera en donde llueve muy temprano. Los capullos en donde está el algodon, si se mojan, se llenan de gusanos y se pierden. En Ilocos, que es tierra bastante seca, se produce bien, y es muy estimado en Europa el de esta provincia. Lo hay tambien de árbol; pero sólo sirve para llenar las almohadas, y no para tejer, porque tiene la fibra demasiado corta y de poca consistencia. El café y el cacao se dan tambien en estas is-

las, y el primero en abundancia y de excelente calidad; pero como las otras producciones se logran con más facilidad, no ha llegado todavía este renglon al estado de prosperidad que es de desear. En Mindanao se da asimismo la canela, pero no es tan fina como la de Ceylan.

Reino animal.—Las producciones de los tres reinos naturales son en Filipinas muy ricas y variadas: para describirlas clara y distintamente sería necesario emplear muchos volúmenes, que podrian formar una parte muy interesante de la historia natural, lo cual es ajeno de mi objeto y superior á mis conocimientos. En órden á los animales, no hay en estas islas cuadrúpedos feroces y dañinos, como leones, tigres, panteras, osos, lobos, etc. Los únicos que dañan á los hombres, al verse acosados, son los jabalíes y búfalos silvestres, ó carabaos cimarrones; y sin embargo, los cristianos é infieles los cazan con destreza. El carabao, á pesar de ser más corpulento que los mayores toros de Europa, y de mayor ferocidad, es á veces derribado de una lanzada que le da el cazador á carrera tendida de caballo. Tambien hay en Filipinas abundancia de venados, que se cogen con redes, perros y caballos, llevando el jinete una lanza, que tira á la vez á gran distancia sin errar. Los pueblos que más se dedican á la caza de estos animales son los de la Nueva Écija y Vizcaya. Luégo que los cogen los disecan á los ardores del sol, y venden á buen precio sus carnes y sus cueros, que constituyen un artículo muy lucrativo de comercio con la China. En los bosques hay gatos de algalia y de otra especie llamado alamid, que con el auxilio de membranas pasa

de un árbol á otro, á distancia de treinta á cuarenta piés. Hay monos de diferentes castas. Suelen ir á manadas, y cuando son muchos acometen al que trata de incomodarlos. En Mindanao los hay enteramente blancos y tambien negros, pero su color por lo comun es pardo y algo ceniciento. Tambien hay ratones de várias especies, y en tanta abundancia en algunas partes, que destruyen en una sola noche una sementera de trigo ó la cosecha del cacao. Ambos artículos se dan muy bien en la Nueva Vizcaya, y con motivo de estos animales se han tenido que abandonar. Entre los domésticos se cuentan búfalos y toros, carneros, cabras, cerdos, caballos, perros y gatos. Los caballos y los toros son oriundos de los peninsulares, aunque algo más pequeños; pero éstos son muy mansos, y aquéllos poco nobles, aunque de mucha resistencia.

Hay reptiles de muchísimas especies: muchas culebras, y entre ellas las hay de un veneno muy activo. El *dahum-palay*, *tangacybiya* y *balabag* de los tagalos, matan con sus mordeduras, sin dar tiempo muchas veces á la cura. Me han asegurado que la última es larga sólo de dos piés, da saltos á ocho y diez varas de distancia, y daña por las dos extremidades: es una especie de lombriz, de color muy aplomado. La que en la Nueva Vizcaya llaman *tuna* tiene tambien un veneno muy activo: es mortífera su mordedura, y tiene cuatro patas muy pequeñas. La que llaman *saud* los tagalos y *bova* los españoles crece hasta veinte varas de largo y más de un pié de gueso. Estos culebrones carecen de veneno, pero enroscados de medio cuerpo en un árbol, arrebatan con la cola á un venado, lo suben

y lo devoran. Algunos indios las cuidan en sus casas, y venden su excremento á los chinos, que lo pagan muy bien para ciertas medicinas. La *iguana* es una especie de lagarto, que suele crecer hasta una vara: á proporcion es más delgado que los del mundo antiguo, pero mucho más ligero: los indios comen sus huevos y sus carnes, que dicen ser comida delicada. Habitan en los bosques, y tambien en las casas, en donde son muy útiles, porque, sin hacer daño á la gente, se comen los ratones, culebras y demas insectos; pero en donde están ellas no puede haber gallinas. El *chacon* es otra especie de lagarto, más parecido al de Europa que la *iguana*, pero mucho más pequeño y oscuro. Canta con frecuencia, particularmente por las noches: tiene la voz muy gruesa, ronca y torpe. Hay tambien otra especie de lagarto más amarillo, con membranas, con cuyo auxilio pasa de un árbol á otro. Tambien se conoce la sagita volante. Hay muchas lagartijas, algunas de las cuales cantan; cien piés, alacranes, tarántulas y muchas especies de arañas, con otra multitud de reptiles difícil de enumerar.

La volatería no es muy abundante en Filipinas. Se hallan, sin embargo, muchas aves desconocidas en Europa. La *pagala*, que se halla en los rios y lagunas, es bastante corpulenta; algunas de ellas crecen hasta cinco piés de alto. Las que yo he visto en Calamba no pasan de dos piés, sin contar con la cabeza, y son mucho mayores las grullas, que crecen más de cuatro: son cenicientas y tienen una mancha encarnada en la cabeza. Se halla el *casili*, ó cuervo marino, mucha diversidad de patos, y el pavo real en la Paragua. El *ca-*

lao se cria en los bosques, y tiene el pico y la cabeza muy disformes. Hay abundancia de cuervos y muchas especies de palomas silvestres, y entre ellas de colores muy hermosos: hay una que tiene en el pecho una mancha de color de sangre, que parece una herida recien hecha, por lo que la llaman comunmente *de la puñalada*. Tambien hay un ave singular, parecida á la golondrina, llamada por los naturales *salangan*, cuyo nido forma uno de los artículos de comercio de las islas. Es de una materia glutinosa, dura y trasparente, que los chinos comen como cosa regalada y muy alimenticia. Hay várias especies de loros y otras aves de plumaje muy hermoso, pero son pocas las que tienen el canto agradable. Tambien hay muchas especies de murciélagos: algunos tienen rabo como los ratones. Los llamados *paniquis* son de una magnitud disforme, tienen más de una vara de la una á la otra punta de sus alas. Los hay enteramente negros, rojos y manchados: sus pieles son muy estimadas por su finura en Europa, y sus carnes lo son todavía más en Filipinas. El pavon, que es del tamaño de un pollo regular, echa unos huevos rojos y largos, mayores que los de gallina; los entierra debajo de las arenas, sale el pollo por sí solo, y en seguida se echa á volar. Entre las aves domésticas se halla el pavo, la ánade, el pato, la gallina y la paloma. Es admirable el método que usan los indios de Pateros y Taguig para empollar los huevos de los patos. Los echan en grandes cauas, especie de calderas, entre la cáscara del grano de arroz, y sólo con el calor lento del fuego los hacen nacer y los crian á millares. Les forman sus casas cerca del rio; los ali-

mentan con unos caracolillos que sacan en abundancia del mismo rio ó de la laguna de Bay. Salan los huevos sin abrirlos, cuya habilidad han aprendido de los chinos, y los venden á buen precio. La cría de los patos es la subsistencia principal de estos pueblos.

Es imposible describir y ni siquiera enumerar las especies principales de insectos, con alas y sin ellas, que hay en estas islas. Las abejas se crian en los bosques sin cuidarlas. Las hay de dos ó tres especies, y tal vez podrian abastecer de cera á todas las iglesias de las islas é iluminacion de muchos particulares. La miel es poco estimada, sin duda porque abunda el azúcar. La langosta á veces destruye los arrozales y deja como abrasados los mismos cañaverales. Se levanta una nube de ellas, que cubre el sol. Para el indio es comida muy sabrosa, y la comen frita ó cocida con vinagre. Las hay de várias clases, y se halla en los guayabales una especie de ellas, cuyas alas y color se confunden con las hojas de este árbol, de las que se alimentan. Tambien hay muchas especies de moscardones de colores muy vistosos y brillantes, y unos escarabajos con un cuerno en la cabeza, que tienen más de dos pulgadas. Se descubre con frecuencia un gran número de lucernas volantes de mucho resplandor, que trasforman los árboles, en cuyas ramas voletean, en grupos hermosísimos de luz, que se divisan en medio de la oscuridad á una gran distancia. Pero quizás no hay país en donde más abunden las mariposas. Las hay de bellísimos colores y de una magnitud verdaderamente monstruosa. Se hallan hormigas de várias especies y tamaños, y en tanta abundancia, que en las casas es preciso aislar con agua

los dulces y comida para evitar que se apoderen de ellos al momento. Las hay de cinco líneas de largo. Muchas algo menores: crian en las ramas de los árboles, en donde forman grandes bolsas para depositar sus huevos, los que comen los indios de algunas provincias como alimento delicado. El *anay*, que en la India es conocido con el nombre de hormiga blanca, es el insecto más dañino de las islas: penetra por las paredes, corroe las maderas, á excepcion de algunas privilegiádas por su amargo como el molave y la narra, y destruye en pocas horas un aparador de ropa. En los campos levanta unos mogotes de tierra de la altura de una vara y más, en donde forma sus casillas. En el fondo está la que llaman reina, que es una especie de gusano de pulgada y media de largor. Nadie diria que este insecto fuese la madre del anay, y sin embargo, él produce los huevos á millares, y si se le mata, queda destruido el enjambre. Esta clase de hormigas son blancas y rojizas, á excepcion de la cabeza, que es algo negra. Siempre andan cubiertas por un camino que ellas mismas se hacen de lodo. Si se las deja descubiertas, son devoradas al momento por las hormigas ordinarias, sus enemigas implacables. Con las tenacitas que tienen en su boca corroen la ropa y las maderas de la mayor dureza, las que humedecen ántes para ablandarlas. En las primeras aguas salen muchas aladas, que vuelan cerca de la luz hasta que las alas se les caen. Hay tambien anay negro, muy parecido al blanco en su figura, pero no es dañino como éste.

Poblacion y division territorial.—Todo el territorio filipino sujeto al Gobierno está dividido en

corregimientos, comandancias y provincias, muchas de las cuales ocupan parte de una misma isla, y otras una entera. Segun el nuevo reglamento, hay provincias de entrada, ascenso y término, y todos los alcaldes deben ser letrados, y las servidas por gobernadores militares deben tener tenientes, tambien letrados, para la administracion de justicia. Todos estos jefes, así alcaldes como gobernadores, están subordinados inmediatamente al Gobernador y Capitan General de las islas en lo gubernativo, y á la Real Audiencia en lo judicial. Instruyen las sumarias y sentencian hasta la definitiva, debiendo consultar sus sentencias en lo criminal con la Audiencia; pero se puede apelar de sus providencias á la Real Audiencia, ó recurrir al Gobernador Capitan General en los asuntos gubernativos ó militares.

Puede considerarse la poblacion de Filipinas en advenediza é indígena. En la primera clase se comprenden los españoles con los demas europeos y americanos de la casta blanca, chinos y oriundos de entrambas castas; y en la segunda la malaya civilizada, la malaya independiente ó infiel, y la negra oceánica. Los europeos y americanos blancos, con los oriundos de los mismos, no pasan de veinte y cinco mil. Los chinos son como diez mil, y los mestizos de estos extranjeros y de Indias ascienden á unos ciento y veinte y cinco mil. Los llamados naturales, que son los civilizados y cristianos de la casta malaya, no bajan de tres millones, y los independientes, inclusos los mahometanos de Joló y Mindanao, son más de un millon y medio. Por manera que toda la poblacion del archipiélago, por un cálculo aproximado, es de cinco millones y medio de

habitantes. Su verdadero censo no se puede saber con toda exactitud, porque, ademas de ocultar los pueblos civilizados á muchos individuos, nadie ha podido penetrar en las muchas rancherías de salvajes que hay en Luzon, Joló y Mindanao, y las estadísticas que se poseen en detall no están conformes en sus datos (1).

Españoles.—Pocos son los europeos, si es que hay alguno, que pasan á Filipinas con la idea de establecerse en el país, á excepcion de los religiosos. Los más viven en Manila y sus arrabales, y se dedican al comercio. Los hay tambien en el ejército, ya oficiales, ya soldados; aunque soldados rasos solamente los hay en la brigada de artillería, compuesta toda de europeos. Muchos son empleados de Hacienda y en las administraciones de gobierno y justicia. Viven por lo regular un tiempo dado en las islas, y procuran reunir un capital, ó aspiran á un grado, ó á un retiro ó cesantía decorosa, que les asegure un futuro bienestar, en recompensa de haber dejado la madre patria y de sus servicios en estas tierras. Algunos, sin embargo, se casan en las islas, y á sus hijos, ó los mandan á España ó al extranjero, lo que hacen pocos; ó siguen alguna carrera, como la de la milicia, la eclesiástica, del pilotaje, etc. Muchos tienen empleos en las oficinas de Gobierno, Hacienda, Estancadas; bastantes se dedican al comercio, y si se realizan los deseos del Gobierno, de mejorar los estudios, poniendo carreras de aplicacion, para

---

(1) Al fin del primer tomo se pone un estado de la division territorial, que comprende tambien la parte administrativa tanto civil como eclesiástica; y se rectificará el censo de la poblacion en sus respectivos lugares.

lo cual mucho ha contribuido y tiene que contribuir mi Corporacion (1), se les abrirán nuevas carreras á que puedan dedicarse. Gozan todos estos de las mismas consideraciones que sus padres.

Chinos.—Éstos son los verdaderos urones de las islas: trabajadores á la par que viciosos, llevan por lo comun una vida miserable y no conocen otro dios que el interes. A pesar de que son muy orgullosos, se abaten y envilecen por el lucro, porque la codicia es su pasion predominante. Su principal ocupacion es el comercio: toman dinero á un quince y veinte por ciento, pagan al Gobierno un tributo muy crecido, y sin embargo, muchos se enriquecen. De sus tiendas se proveen los españoles y naturales, no sólo de Manila y sus contornos, sino tambien de las provincias más distantes de las islas. En esta parte nadie puede competir con ellos, por su grande economía y por su sistema de asociacion. Los más de estos extranjeros son de la provincia de Fo-kien y partido de Chincheu; pero tambien los hay de Macao, que se dedican á la herrería, carpintería y zapatería. Se les deja vivir libremente en su infidelidad, pero les está prohibido el ejercicio de su falsa religion; sin embargo, practican muchas supersticiones en sus casas, particularmente en los entierros, fiestas de año nuevo y otras de su culto. Son pocos los que se convierten, y raros los que se hacen cristianos por una verdadera conviccion. Los más piden el bautismo con el fin de habilitarse para contraer matrimonio con

(1) Mucho se ha adelantado ya en esto, de lo cual se tratará en otro lugar.

indias ó mestizas cristianas, ó para tener algun padrino que les patrocine en sus ganancias y negocios. Muchos, despues de haber hecho su fortuna, abandonan sus hijos y mujeres, y regresan á su patria para reunirse con las consortes que dejaren en su infidelidad, ó morir como sus antepasados. Más de una vez han sido funestos á las islas, y las muchas trabas que el Gobierno pone á su entrada es la verdadera causa de no haber muchos millares más en ellas. No faltan especuladores que opinan por la libre entrada de estos extranjeros, para poblar el país y fomentar la agricultura, sin considerar las fatales consecuencias que podria producir un número excesivo de ellos en donde no pudiesen vigilarlos las autoridades. La circunstancia de no venir con sus mujeres trae como consecuencia la sodomía entre ellos á la que son muy inclinados, y la prostitucion de las mujeres cristianas, lo que debe el Gobierno, como católico, celar y evitar.—En la actualidad habrá unos cuarenta mil en todas las islas.

MESTIZOS.—Los beneficios que las islas reportan de esta laboriosa casta de mestizos de sangley, así denominados los que traen su orígen de chino é india, es la única ventaja que resulta de la venida de los chinos. Son generalmente graves, generosos, económicos, limpios y astutos: se dedican al comercio, á la agricultura y á las artes. Saben conservar lo que adquieren, y en las fiestas, casamientos y entierros gastan con mucha profusion. Son los verdaderos potentados del país, y los que dan el dinero adelantado á los indios, regularmente con interes para cobrarse en la cosecha. Tienen en sus casas muchos santos de marfil ricamente adorna-

dos, y son muy afectos á funciones de iglesia. En la clase de mujeres las hay muy piadosas, que por lo regular son más activas que los hombres, y tienen gran talento, tanto para manejar sus intereses, como para acrecentarlos con seguridad. Su vicio dominante es el juego, en el cual así mujeres como hombres aventuran muchas veces su fortuna.

NATURALES.—Con este nombre son conocidos en las islas todos los filipinos cristianos sujetos al Gobierno y procedentes de la casta malaya. Su carácter no puede bien definirse; en todo son extremados, y cuantos han querido describir sus cualidades se han quedado cortos. El que más ha dicho en la materia ha sido el Agustiniano fray Gaspar de San Agustin, á quien se atribuye una larga carta que anda manuscrita, conocida con el nombre de *cuadraginta*. En ella, sin embargo de asegurar que los habia tratado por espacio de cuarenta años, confiesa ingenuamente que todavía no llegó á conocerlos, aunque no estamos conformes con todas sus apreciaciones. Otro P. Agustino ha impreso, no hace mucho, un folleto sobre las islas Filipinas, en el cual, hablando de estos naturales, hace una ligera descripcion de su carácter, que me parece bastante exacta, si bien muy diminuta. «El indio indígena de orígen malayo, dice, es de color de cobre, bien formado, pelo negro, largo, barbilampiño, indolente, apasionadísimo de la música y del baile hasta el extremo, y más apasionado del gallo, su compañero inseparable y su amigo predilecto: viven mucho, pues algunos llegan hasta los ciento y veinte años, si bien no son comunes estos ejemplos de longevidad. No se cuida del

porvenir, ni se calienta la cabeza en pensar mucho. A cualquier hora y adonde quiera duerme como si fuese en blanda y mullida cama. Si tiene un peso ó ciento, eso gasta; y sino, se conforma, sin que se le apriete el corazon. Pide cuanto necesita, aunque despues cueste trabajo el cobrarle; pero los hay muy puntuales. Gusta de lucir, y si tiene con qué, viste con lujo. Su traje ordinario es un calzon y una camisa con un pañuelo en el cuello ó en la mano, y su rosario. Los *principales* usan ademas una chaqueta: el traje de fiesta es de la misma forma que el de trabajo, pero de piña, de seda y de mucho más lujo, con un sombrero. Las mujeres, que generalmente tienen esbeltos cuerpos, usan de una breve camisa de sinamay ó piña, ó lienzo blanco ó azul, con bordados ó sin ellos, segun sus posibles, enagua blanca de coco ó muselina interior, saya de algodon ó de seda rayada, chinelas bordadas de oro y plata, ó lisas, y pañuelo al cuello, bordado ó liso, llevando sobre el traje principal ó enagua, un *tapis* (especie de refajo) de algodon rayado ó de seda que le ciñe el cuerpo. En Visayas y otros puntos, fuera de las provincias tagalas, no usan del tapis, y visten casi al estilo de España, con su mantilla y saya suelta. En muchos pueblos y en Manila las que viven en beaterios, para ir á las funciones de iglesia usan de una especie de mantilla negra muy decente; otras usan sólo un pañuelo. Los indios tienen el talento en el ojo ó en la mano; pues son excelentes imitadores, buenos músicos, pintores, talabarteros, y sobre todo buenos marineros, especialmente en Visayas. No carecen de valor, mucho más cuando el español va al frente y los anima. Éstos son

los caractéres principales; pues para definir al indio se ha escrito mucho, y mucho pudiera yo decir.» La calidad del traje que se describe en esta relacion, por lo que toca á las mujeres, sólo puede convenir á las mestizas de Manila y sus arrabales, porque fuera de ella, rara es la india que usa la saya, ó tapis de seda, ni camisa de piña, y ninguna el pañuelo en el cuello al estilo de las europeas, sino tirado en el hombro ó en la cabeza. Pudiera añadirse que muchas usan, particularmente en los dias festivos, de ricos rosarios de coral y oro en el cuello, aretes tambien de oro, y peinetas de carey guarnecidas de oro, con mucho bordado en los tapis, camisas y pañuelos, aunque sean de algodon: el tapis lo usan en todas las provincias de Luzon. Son las indias fecundísimas, pues cuentan muchas de diez á doce hijos, sin que la muchedumbre les apure, por pobres que sean. Los que tienen más hijas, más ricos se consideran, porque al casarlas, en vez de dotarlas, reciben la dote que debe darles el marido, ó exigen de éste en muchas partes servicios personales por mucho tiempo ántes de entregarle la hija por esposa. Al indio filipino ni le sobra ni falta, porque no sabe conservar, y se provee fácilmente en sus necesidades; vive sin cuidados y muere resignado. Aunque bastante perezosos para el cumplimiento de sus deberes, inclusos los deberes religiosos, hay, con todo, algunos, principalmente entre las mujeres, que son muy buenos cristianos y se entregan con fervor á los ejercicios de piedad. La escasez de ministros contribuye mucho á que en lo general no sean tan exactos en el cumplimiento de sus deberes; pues el indio es dócil, si bien bastante indolente. Sus

pueblos se pueden llamar agrícolas; algunos se dedican á la pesca, á la navegacion, al comercio, á las artes, á la milicia, y pocos en proporcion á las letras.

INFIELES DE LA CASTA MALAYA.—Son todavía numerosas las tribus de salvajes que pueblan las partes montuosas de las islas Filipinas, y viven en la infidelidad: todas las cordilleras desde San Fabian, sito al E. del golfo de Lingayen, hasta la contra-costa de Valer, y los montes que median entre Cagayan, Nueva Vizcaya, Union, ó Ilocos Sur y Norte hasta la mar, están habitadas de naciones bárbaras, las más independientes, que no conocen más gobierno que el de sus valientes ó ancianos. Los más conocidos son los igorrotes, tinguianes, apayaos, mayoyaos é ilongotes. En Cagayan dan á todos los infieles de los montes que tienen á la vista el nombre de *calinga*, que significa enemigo. Muchos pueblos que ahora en nada se distinguen de los que fueron reducidos en los tiempos de Legaspi, y están sujetos al Gobierno, se han formado de aquellas naciones, que en el dia son áun feroces y crueles. Todas ellas tienen sus peculiares caractéres, si bien poco conocidos todavía, por el poco roce que tienen con los pueblos cristianos. Haré una breve reseña de los más principales, á saber: de los tinguianes, igorrotes é ilongotes.

TINGUIANES.—Los infieles y cristianos reducidos de esta nacion ocupan los montes y llanuras del Abra, hasta el pueblo de Candong, en Ilocos Sur. Antiguamente eran muy temibles, porque acosaban á los pueblos cristianos y asaltaban á los pasajeros; mas en el dia son pacíficos, reconocen al Gobierno, á quien pagan

tributo, y se nota muy poca diferencia entre ellos y los cristianos de los pueblos de la costa. En las plazas de Narvacan y Vigan los hay que trafican con frecuencia con los cristianos, sin que les interese mucho la religion. A primera vista parecen descendientes de chinos: son bien formados, más blancos que los demas indios, dotados de mucha viveza y suspicacia, pero ni tienen el ojo rasgado como aquellos, ni se les parecen en sus usos y costumbres. El traje de los varones es un pantalon blanco, bastante apretado, que les llega hasta media pierna solamente, una chaqueta del mismo color, pero sin cuello, y una especie de turbante de corteza de valete suavizada, ó un salacot como los de los indios. Las mujeres, ademas de la camisa corta como la de las indias, pero rayada por lo regular, llevan una especie de manta blanca, que les llega desde la cintura hasta las rodillas, que les sirve de saya y tapis á la vez: en los brazos llevan enroscados muchos avalorios, y en la cabeza un sarto de los mismos, que pasándoles por encima del cabello por la frente, les sujeta el moño por detras con alguna gracia. No dan culto á divinidad alguna conocida, ni tienen templos, ni efigies: toda su religion consiste en practicar algunas supersticiones, que suelen ir acompañadas de la embriaguez, como todas sus fiestas. Sus matrimonios no son indisolubles entre ellos, pues se descasan y vuelven á casarse con la misma facilidad que los igorrotes, sus vecinos. Tienen sementeras de arroz y de maíz, y los hay bastante acaudalados, porque suelen ejercer el contrabando del tabaco, que compran á los igorrotes y lo venden á los cristianos, sus vecinos. El lujo de los ricos

consiste en presentar muchas tinajuelas embarnizadas llenas de *basi*, especie de vino que sacan de la caña dulce, con el cual se embriagan fácilmente. Bailan al compas de una especie de sonaja de laton ó cobre, que tocan con la palma de la mano, puesta en el cuello, y su movimiento es sólo con las puntas de los piés, los que mueven con gran velocidad y suavidad al mismo tiempo. El hombre muestra con las manos á la mujer un tapis extendido, y ésta un pañuelo de la misma forma al primero. Nada tiene de agradable este baile, y sin embargo, se fatigan mucho los danzantes.

Las rancherías de los tinguianes, más inmediatas á las de los bárbaros guinaanes, cuya nacion habita en los montes situados al E. del Abra, suelen estar en contínua guerra con ellos, y son una barrera, como los gaddanes de Nueva Vizcaya respecto de los mayoyaos, para que no bajen impunemente á molestar á los cristianos. Algunos están confederados con ellos y les pagan su tributo, sin embargo que tambien lo pagan al Gobierno, porque prefieren tolerar esta doble carga que abandonar sus posesiones. Hace ya más de dos siglos que se convirtieron muchos individuos de esta nacion, de los cuales se formaron los pueblos de Banguet y Tayom, con el celo de los PP. Agustinos y de un venerable misionero de la órden, compañero del obispo, llamado P. Fr. José Polanco, que murió con opinion de santidad en la mision, el año de 1679; pero desde entónces quedó paralizada la conversion de los tinguianes hasta el año de 1822, en que la emprendió de nuevo el célebre Agustiniano P. Fr. Bernardo Lagos, quien redujo á la fe á un gran número de ellos, y

formó los pueblos de la Paz y Pidigan en el Abra, el de la Nueva Cobeta cerca de Santa María, con el de Santo Tomas y otro barrio en la jurisdiccion del pueblo de Candong. Últimamente se ha erigido el Abra en Alcaldía, cuya cabecera se ha colocado en Bucay, y con las diligencias y celo de los PP. misioneros Agustinos se hacen algunas conversiones, habiéndose formado otro pueblo, llamado San José. En las elecciones de ministros de justicia que hizo el Alcalde de Ilocos Sur en 1844 tuve la satisfaccion de asistir á algunas de ellas, y observé que los gobernadorcillos de estos infieles, al recibir la vara de manos de aquel jefe, en vez del juramento que hacen los cristianos, de administrar justicia, proferian la siguiente imprecacion: *Un mal aire me toque, el rayo me mate y el caiman me coja dormido, si no cumpliere con mi deber*. Todos sus juramentos son imprecativos y suelen cumplirlos fielmente.

IGORROTES.—El país de estos bárbaros propiamente dicho tiene su principio en los montes situados al N. de Pangasinan, sigue por el E. hasta los últimos pueblos de la Nueva Vizcaya, y por el N. hasta en frente de Candong. En seguida se hallan otras naciones bárbaras, que pueden considerarse como fracciones de aquélla, entre Cagayan, Abra é Ilocos Sur y Norte, hasta el fin de las cordilleras que terminan en el mar, entre Bangui y Cabicungan. Las más nombradas son la de los guinaanes, que habitan en frente de los tinguianes, y la de los apayaos, que ocupan los montes de Santa Rita hasta Cagayan. Los gaddanes tambien deben mirarse como nacion distinta de los mayoyaos, sus enemigos implacables, que ocupan las llanuras y

faldas de los montes al O. de la Nueva Vizcaya. Los igorrotes propiamente dichos tienen sus principales rancherías en las sierras más altas, detras de la primera cordillera que se halla al E. de la Union y primeros pueblos de Ilocos Sur, cerca de las minas de oro de Pancutcutan, á las faldas del monte Polac, el más elevado del N. de Luzon. De allí, como centro de su país, bajan á Nueva Vizcaya, Pangasinan, Union é Ilocos Sur, y se comunican con los de otras rancherías más distantes. Son por lo comun los igorrotes bien formados, algo más blancos que los naturales civilizados de las costas, de cara redonda y juanetes abultados, particularmente los burios, con la circunstancia de tener el ojo algo rasgado como los chinos. Tienen un idioma diferente del que hablan los cristianos de las llanuras, aunque la matriz del que hablan todos ellos es la misma; lo que prueba que los igorrotes y los naturales civilizados son de una misma casta. Su religion consiste en practicar algunas ceremonias supersticiosas, para tener buenas cosechas, fortuna en sus viajes, dicha en los casamientos, y lograr la salud de los enfermos y felicidad de los difuntos. En algunas rancherías creen en la trasmigracion de las almas, y tienen vanas observancias en el canto de los pájaros; pero generalmente su primer cuidado lo ponen en venerar á los difuntos, en lo cual se asemejan á los chinos, atribuyéndoles el bien y el mal que acontece, por cuyo motivo les hacen sacrificios por medio de algunos viejos y viejas, que fingen estar los difuntos en sus cuerpos. No tienen templos, ni altares, ni ídolos, ni sacerdotes, y se puede asegurar como cosa cierta que toda su religion

se reduce á ciertas niñerías y grandes comilonas. Dice el P. Fr. Francisco Antolin, misionero de la Órden, que trabajó muchos años en Ituy, en un copioso manuscrito que dejó sobre estos infieles, que en cierta ocasion dijeron los igorrotes á los cristianos lo siguiente: «Las fiestas de los cristianos nada valen, porque todo cuanto hacen se reduce á hacer mucho ruido con campanas, tambores y escopetas, yendo cada uno en seguida á comer lo que tiene en su casa. Pero no sucede así en las fiestas de nuestros principales, pues sin hacer tanto ruido, son de más gusto y provecho: matan los animales de diez en diez para comerlos, y todos beben hasta quedar embriagados, y esto suele durar á veces muchos dias.» Hé aquí los actos principales de la religion de estos bárbaros, que puede convenirles en propiedad el nombre de ateos prácticos, cuyo fin es su vientre, sin cuidarse de lo que les ha de suceder despues de esta vida.

Carecen absolutamente de letras y escrituras. Sus cómputos los hacen con las lunas y soles, valiéndose de nudos hechos en unos cordelitos, como lo hacian los americanos. Su gobierno es por lo comun patriarcal. Cada parentela suele componer una ranchería, regida por los ancianos ó por los más valientes de la nacion, que hacen el oficio de jueces, cuyas sentencias se reducen á comer y beber á costa del culpado. El adulterio de la mujer y el estupro se castiga en muchas rancherías con la pena capital: más de una vez se ha verificado enterrar viva á la mujer embarazada que ha tenido una fragilidad siendo soltera. La poligamia no está en uso entre ellos, pero no tienen por indisoluble

el matrimonio. Si la mujer es estéril, enferma, perezosa ó de mal genio, la abandonan fácilmente y toman otra; pero el que la desecha tiene que pagar una multa á sus parientes, que rara vez baja de dos carabaos. El adulterio tambien es causa de repudio, y la parte culpada tiene que pagar la multa. Sus casas son bajas y asquerosas: los principales, sin embargo, suelen tenerlas algo espaciosas, fabricadas de tablas de pino, cuya madera es muy abundante en su país. Su traje se compone de una mala faja para cubrirse las partes naturales, con una manta de algodon, que rara vez se lava. El cabello se lo cortan á manera de cerquillo encima de las orejas, y llevan casi siempre descubierta la cabeza. No conocen la cortesía; son en todo muy groseros y pedigüeños sempiternos. Duermen encima de una piel, andan siempre descalzos, y rara vez se bañan. Los que bajan á los pueblos de la Union y Pangasinan están llenos de suciedad, siendo hasta asquerosos, y parece que acaban de salir de un hospital. Tienen sin enterrar mucho tiempo á sus difuntos, y para que la corrupcion no les moleste, les sacan los intestinos por el orificio, ó los abren y despues los salan y los exponen á los ardores del sol para disecarlos. Los tienen sentados durante el tiempo de sus honras, que consisten en comerse toda la hacienda del difunto en su presencia. Las armas predilectas de los igorrotes son la lanza y el campilan, que es una especie de cuchilla á manera de sable, corto y ancho por la punta. Los mayoyaos hacen lanzas arrojadizas de palos y cañas tostadas en sus puntas, y generalmente todos los igorrotes, para defenderse de sus enemigos, é impedir que

penetren en sus rancherías libremente, clavan en el suelo puntas de cañas tostadas, abren pozos que cubren con malezas, y arman unas trampas que al pisar un cordelito escondido en el suelo, disparan dos dardos que atraviesan al que tocan. Los infieles fronterizos suelen ser los que se comunican con los pueblos cristianos, y no permiten que los del interior pasen libremente por sus tierras. El oro que éstos sacan de sus minas pasa regularmente por dos ó tres manos, y lo mismo sucede con los animales y ropas, con que lo cambian los primeros. Los que bajan á Nueva Vizcaya se incomodan si se les habla de religion: á las instancias de los PP. misioneros contestan francamente que ellos tambien tienen su dios y almas de los difuntos que les guardan, y que su religion consiste en buscar oro, viajar y comerciar para comer y saciarse. Algunos han opinado que descienden de los chinos; pero tan léjos están ellos de pensarlo, que conservan entre sus fábulas la tradicion de haberse ahogado todos los hombres en una grande inundacion, y que sólo se salvaron un hombre y una mujer en el encumbrado monte Polac, de quienes dicen que descienden todos los que componen su nacion.

Los que habitan en las sierras fronterizas á los pueblos cristianos de Nueva Vizcaya son conocidos con los nombres de yauas, yumanguies, panipuyes, iliabenes, itinos, altabanes, quianganes, bugueyes, mayoyaos y gaddanes. Los iliabenes poseen entre todos la singular habilidad de fabricar excelentes cuchillos, lanzas y campilanes de pedazos de sarten, ó cauas y rejas de hierro colado, sin más instrumentos que dos piedras,

que la una les sirve de martillo y la otra de yunque. Los itinos hacen tambien buenos calderillos de cobre colorado que sacan de sus minas. Los mayoyaos, que habitan al N. de Nueva Vizcaya, á la otra banda del Magat, son feroces y crueles: han estado casi siempre en guerra con los cristianos é infieles que no son de su nacion, particularmente con los gaddanes, sus vecinos. Tienen el bárbaro placer de cortar las cabezas de los vencidos é incautos que sorprenden, en torno de las cuales bailan con grande algazara en sus pueblos, y colocan como trofeos en sus casas. Sus casamientos, siembras y siegas se celebran regularmente con cabezas. Sus rancherías, situadas en las faldas de montes escarpados, contienen muchos habitantes y tienen buenas sementeras de arroz y de camote, que riegan con ímprobo trabajo. En 1847 se les obligó á reconocer al Gobierno y desistir de sus hostilidades. El año siguiente bajaron sus principales á Manila con el Gobernador de la provincia y uno de nuestros misioneros para prestar obediencia al Gobierno. En 1849 recibieron dos padres misioneros en sus pueblos, para quienes fabricaron casas para principiar su conversion; pero nada se ha podido adelantar en tres años, á pesar de que no tratan mal á dichos misioneros. Lo mismo sucede, á corta diferencia, con los quianganes, que habitan al O. de aquéllos, entre los cuales hay otros dos misioneros, porque, como gente bárbara, deben ante todas cosas aprender á obrar como racionales (1).

---

(1) Del estado actual de nuestras misiones entre esos infieles se dará cuenta en su lugar respectivo de esta *Historia* de nuestra provincia.

Por la parte de Ilocos y al N. de los igorrotes se siguen los buries, busaos, guinaanes, iletapanes, calaoas y apayaos, entre los cuales deben contarse los mandayas. Todas estas naciones tienen sus usos y costumbres diferentes, y sólo convienen en pintarse el cuerpo de muchas y várias maneras, segun el capricho de cada uno de sus pueblos.

Ilongotes.—Estos bárbaros, con sus vecinos, los italones por una parte, y los ibilaos por la otra, ocupan los montes situados al E. de Nueva Vizcaya entre Bambang y Bayombong. Los padres Franciscanos se dedicaron á su conversion; pero el fruto no correspondió á sus fatigas. Son muy reducidas ya estas naciones, y de ellos se han convertido muchos, especialmente de los ilongotes é italones. Los ibilaos son más inconstantes, y nunca se presentan con la cara descubierta: de todo el mundo se recelan, y son cobardes y traidores. Tiran la flecha con destreza, suelen incomodar á los pasajeros del monte Caraballo, están en guerra casi siempre con los negritos, y mutuamente se van aniquilando. Los montes en donde habitan son ásperos y muy poblados de arboleda. Se produce en ellos muy bien la caña dulce y otros vegetales, como en las llanuras. Recogen mucha cera, que dan las abejas en los troncos de los árboles, y tiñen de encarnado el bejuco, cuya habilidad ha sido hasta ahora para ellos un secreto, que á nadie han querido revelar.

Desde la llegada de los españoles á Filipinas se han hecho muchas tentativas para reducir el igorrotismo á la obediencia del Gobierno; pero todas han tenido funestos resultados. El oro de sus minas ha sido un ali-

ciente poderoso para internarse en sus pueblos, y los agravios que han hecho en todo tiempo á los fieles súbditos de la Majestad católica han sido causas muy suficientes para sujetarlos con las armas; mas la fragosidad del terreno que habitan, la falta de salud que allí experimentan los de las llanuras, y la escasez de habitantes que lo ocupan, los ha hecho inconquistables hasta hoy. ¿Qué interes pueden ofrecer al conquistador unos hombres que, al verlo cerca de sus pueblos, lo abandonan todo, y se remontan á las eminencias sólo á ellos accesibles? ¿Qué utilidad puede esperarse de un país que apénas ofrece la poblacion de cien vecinos en muchas leguas de viaje, por cerros, valles y rios la mayor parte del año intransitables? Hé aquí la mayor seguridad de estas tribus, que en el dia son tan bárbaras como la primera vez que las visitaron los españoles, hace ya cerca de tres siglos. Benguet, sitio muy ameno, era uno de los más poblados del país de estos bárbaros, cuando Galbey lo visitó en 1829, y sin embargo, apénas llegaban á quinientos sus vecinos. Se estableció despues allí un fuerte con una respetable guarnicion que sirviese de barrera para los pueblos cristianos, de freno para toda su nacion, y principio de sujecion; pero esta medida sin misioneros que pudiesen contener las demasías de la tropa y suavizar las costumbres de los bárbaros, sólo ha podido conseguir el primer fin. El resultado ha sido que aquella poblacion, que por ser de igorrotes podia llamarse numerosa, ha quedado reducida á muy pocas chozas miserables. Otra prueba de la inutilidad de las expediciones militares sin PP. misioneros, nos ofrece el mismo Galbey en 1837, siendo

gobernador interino de las islas D. Pedro Antonio Salazar. Entró en diferentes puntos del igorrotismo en Ilocos, Pangasinan y en lo que ahora es Nueva Vizcaya: celebró tratados de paz con los principales de sus pueblos, particularmente con los mayoyaos y quianganes de los montes vecinos á la última provincia; fundó presidios en sus mismas rancherías, y el resultado fué ninguno. Gastó el erario mucho, los indios cristianos padecieron mucho tambien, murió mucha tropa por las enfermedades, tanto de la clase de soldados como de sargentos y oficiales, y al fin los presidios se tuvieron que abandonar, y los bárbaros han hecho despues más asesinatos que ántes.

Ninguna época se ha presentado más halagüeña para la reduccion de los infieles igorrotes que la del gobierno de D. Manuel Arandia, en 1755. El alcalde mayor de Pangasinan, D. Manuel Arza, con motivo de las muchas tropelías que aquellos bárbaros estaban cometiendo impunemente en su provincia, particularmente en los del partido llamado de Ilocos, que ahora pertenece á la provincia de la Union, prohibió estrechamente su comunicacion con los cristianos de los pueblos de su jurisdiccion, y se dispuso á entrar en su país con una division de dos mil hombres, con el fin de sujetarlo. Habiendo algunos igorrotes infringido el bando del Alcalde, fueron presos y se les confiscó el oro que traian á vender. El provincial de Agustinos, Fr. Manuel Carrillo, estaba á la sazon visitando á los religiosos de su Órden en aquel partido, y tenía deseos de reducir á la nacion igorrota por medio de sus misioneros á la fe, y miéntras se ocupaba de este negocio interesante, se le

presentaron por escrito algunos principales de sus pueblos, pidiéndole misioneros para instruir á los suyos en el catecismo; que fuesen puestos en libertad los presos y se les devolviese el oro confiscado. La primera peticion no parecia muy sincera, en atencion á las dos últimas; sin embargo, aquel superior, despues de haber obtenido de los suplicantes algunas protestas favorables á su fin, les ofreció enviarles misioneros, y escribir al Superior Gobierno de las islas para lograr las gracias que pedian. Algunos de los mismos igorrotes, ya instruidos en las verdades de nuestra santa fe, fueron enviados á Manila con los despachos del dicho P. Provincial Carrillo, que fueron honrosamente recibidos. Arandia les ofreció cuanto pedian, y despues de haber accedido á que se bautizasen en Tondo algunos de ellos, de los cuales fueron padrinos las primeras notabilidades de la capital, fueron despachados con muchas gracias y regalos. Su vuelta al pueblo de Agoo aconteció á la sazon en que otros principales de su nacion estaban asimismo recibiendo el bautismo, miéntras otros muchos, que pasaban de ciento, estaban aprendiendo el catecismo. Estos sucesos debian de llenar á todo el igorrotismo de un extraordinario entusiasmo religioso, y el P. Carrillo llegó á persuadirse que era llegada ya la hora de su salud. Sin pérdida de tiempo designó á dos celosos misioneros de su Órden para dar principio á la deseada conversion en los mismos pueblos de los bárbaros, que sin dificultad los recibieron, y en breve se ofrecieron á recibir el Santo Sacramento del Bautismo mil setecientos sesenta y siete, de veinte y siete rancherías que nombra el mismo Provincial en una rela-

cion que dió á luz y se imprimió en Madrid el año de 1756, en la cual aseguraba que en otras muchas rancherías se manifestaban las mismas disposiciones. Pero desgraciadamente todo aquel entusiasmo se desvaneció como el humo, porque, ora por falta de constancia, ora por la emulacion de otras naciones, ora, en fin, por la escasez de misioneros, aquella mision que tanto prometia, quedó reducida á la nada, sin que se hubiese podido conseguir establecer un solo pueblo cristiano en aquel país ingrato.

No es posible reducir á los salvajes á vida cristiana ántes de reducirlos á vida social. Lo segundo es absolutamente imposible miéntras no se les obligue á vivir en las llanuras ó en pueblos formados, en donde se les pueda adoctrinar y amansar. Para ambas cosas se han tocado siempre dificultades insuperables, porque no es fácil arrancarlos de las rancherías en donde han nacido ó han sido enterrados sus mayores. No han sido, sin embargo, enteramente infructuosas las diligencias que han practicado los PP. misioneros de los pueblos inmediatos á sus montes: en el dia el país de los infieles está más reducido. A mediados del siglo pasado nuestros religiosos redujeron á la fe y á la obediencia del Gobierno todas las llanuras del Difun de la Nueva Vizcaya, cuyo país, ocupado por las naciones Yogat y Gaddan, habian sido intransitables hasta entónces. Las inmediaciones de Ituy y Paniqui, en la misma provincia, estaban pobladas de igorrotes, que en el dia son todos cristianos, y muchos pueblos de Ilocos Norte y Sur, Abra, Union, Pangasinan, Nueva Écija, Nueva Vizcaya y Cagayan, se han formado, ó enriquecido

considerablemente, con los individuos de várias naciones de infieles convertidos á la fe. En la actualidad cuasi todos los infieles de la casta malaya están á gran distancia de los pueblos sujetos al Gobierno.

NEGROS.—No sólo en Luzon, sino tambien en las Visayas se hallan los verdaderos negros occeánicos que forman una casta diversa enteramente de las demas que se conocen en el mundo descubierto. En Filipinas son conocidos por los españoles con el nombre de *negritos*, y por los naturales con los de aetas, itas, etas, bahigas, etc., segun las provincias en cuyas cercanías habitan. Verosímilmente son los primitivos habitantes del país. En nada se parecen á los de la casta malaya en sus facciones, color, cabello, costumbres y modo de vivir. Hasta su dialecto es distinto del que hablan las naciones procedentes de aquella casta; mas como los que bajan á los pueblos hablan el idioma de los indios, no falta quien duda si tienen idioma propio, aunque en sus danzas cantan de un modo ininteligible: mas parece que aullan que no que cantan. En el pelo no todos son iguales: algunas tribus lo tienen algo lacio, pero el de la generalidad es crespo, como el de los de África, aunque no tan negro. Tampoco el color del cuerpo es tan atezado, pero mucho más que el de los naturales de la casta malaya. Tienen la boca más ancha que lo regular, y más distante de la nariz, que es pequeña, y en algunos afilada. Cuasi todos tienen patillas, y algunos no carecen de barba. Su traje es una miserable faja que les cubre sus vergüenzas, y las mujeres cuando bajan á los pueblos cristianos suelen cubrirse los pechos con otra hecha de algodon ó corteza

de valete. Son de muy limitada inteligencia, aunque en algunos se descubren señales que indican más que regular talento, si lo cultiváran. Su casta puede reputarse por la última de la especie humana; su mismo físico tiene todos los caractéres de una raza salvaje y degradada: ellos mismos tienen una idea tan baja de sí, que dicen que no son hombres ni *gente*, sino *aetas*. Habitan entre bosques en la cordillera del O. de la bahía de Manila, desde Mariveles hasta Pangasinan; en las faldas de una y otra banda, de la que atraviesa la isla de E. á O. desde San Fabian hasta Valer; al O. de algunos pueblos de Cagayan, y en la otra cordillera desde el Cabo de Engaño hasta Tayabas; en los montes de San Mateo y Camachin; en algunas partes de las provincias del Sur; en una palabra, los hay en casi todos los montes de Luzon, reunidos en pequeñas tribus con relaciones entre sí, particularmente los cercanos de una misma cordillera. No tienen más vivienda que unas malas chozas debajo de los árboles, y á veces algunas ramas enredadas para evitar de algun modo los efectos de la intemperie. Los más duermen donde les coge la noche, y cuando tienen frio, ó la humedad es muy grande, encienden hogueras y se revuelcan en la ceniza caliente. No se dedican á la agricultura y se mantienen de raíces silvestres, hojas de árboles y reses que la casualidad les presenta á tiro de flecha; en tiempo de lluvias padecen mucho, y se pasan dias enteros sin probar otra cosa que hierbas. Para la caza de los jabalíes, ó cerdos montaraces, tienen unas flechas, cuyas puntas de hierro sólo se sujetan con la caña por medio de unos fuertes cordelitos, de los cuales se des-

prenden al entrar en el cuerpo de la fiera, la que luégo queda presa en los matorrales, y el cazador se libra fácilmente de sus colmillos, que son temibles cuando se conoce herida. Su gobierno consiste en dejar á cada uno en la más completa libertad, y en la observancia de algunas prácticas que han heredado de sus mayores: una de ellas es el comerse de comun las reses grandes que coge algun particular. No se ve entre ellos señal alguna de religion, como no sea alguna práctica que indica su creencia en la inmortalidad del alma. Sus matrimonios se solemnizan con algunas fiestas brutescas, que no merecen la pena de referirlas. La ceremonia esencial consiste en hacer dar una vieja algunas cabezadas á los desposados entre sí, diciendo algunas veces las siguientes expresiones: «Produzca el hombre, produzca la mujer», muy propias para designar el fin primario del enlace, en lo cual apénas se diferencian de las bestias. En algunos puntos se van extinguiendo notablemente, como sucede en los montes de Bataan, efecto de la vida miserable que llevan, y de que faltan mujeres, pues no pocas las compran las indias tagalas para su servicio. Éstas se mezclan á veces con los indios, y los mestizos que de ellas nacen no tienen el pelo crespo, y hay quien dice que su fisonomía es mejor que la del tagalo mismo.

Sus tribus se trasladan de una parte á otra con la mayor facilidad, pero no se apartan jamas á gran distancia del distrito que sus antepasados ocuparon. La muerte de cualquier individuo de la tribu es suficiente causa para hacerles variar de domicilio, y como no tienen muchos muebles, casas ni sementeras, no les da

mucha pena abandonar el sitio que ántes ocupaban. Los que habitan en las cercanías de los pueblos cristianos son esclavos voluntarios de éstos. Por un poco de arroz ú otra friolera les traen de gran distancia cera, maderas, cañas y bejucos. Todos tienen sus padrinos, que les dan hospedaje cuando bajan á los pueblos, cuyo beneficio no es poco favor en atencion á la asquerosidad que se descubre en sus cuerpos, cubiertos por lo regular de hérpes y empeines. Desde que los misioneros españoles empezaron la conversion de los naturales de las islas, trataron tambien de reducir á los de esta casta degradada; pero ninguno hasta ahora se ha podido gloriar de haber tenido por mucho tiempo una sola tribu sujeta y reunida, para enseñarle la vida civil y cristiana. Si se les habla de religion, oyen con la mayor indiferencia cuanto se les dice; contestan siempre con niñerías, y su última respuesta es, que sus antepasados vivieron como ellos y que los quieren imitar en la muerte. Muchos cristianos tienen la maña de comprar chiquillos y chiquillas de esta casta para bautizarlos y servirse de ellos como de esclavos; pero los más se vuelven á los montes cuando han llegado á la pubertad. Entre los pangasinanes ya es proverbio que los hijos de los negros son como los gallos de monte, que en sabiendo volar, aunque hayan nacido de huevos empollados por gallinas caseras, se marchan á los bosques (1).

ESTADÍSTICA.—*Parte política y administrativa.*—

(1) En 1868 y 69 se contaban unos 13.000 de la casta de negritos, reducidos ó conocidos; pero pocos serian cristianos.

Todas las islas Filipinas sujetas al Gobierno español, con las Marianas, están bajo el cuidado de un jefe militar, que al cargo de Gobernador Superior Civil reune los de Capitan General, de Vice-patrono régio, de Presidente de la Real Audiencia con otros de ménos entidad; y á él solo están confiadas la seguridad y defensa del país; motivo por que su autoridad es de algun modo ilimitada en ciertos casos. Para el debido desempeño de estos interesantes cargos tiene várias oficinas, un asesor y un auditor de guerra, á cuyos pareceres suele conformar sus resoluciones: por manera que estos dos letrados, particularmente el asesor, son los verdaderos gobernadores de las islas (1).

En cada pueblo hay un gobernadorcillo, á quien los indios llaman capitan, con varios tenientes y alguaciles, que le ayudan en el desempeño de sus atribuciones, que consisten en decidir los asuntos de poco interes, mantener el buen órden en el pueblo, castigar con multa ó arresto á los culpados, formar las primeras diligencias sobre graves delitos, cuidar de la conservacion de las obras públicas, puentes y caminos en donde no hay oficiales públicos destinados á este objeto (2), y publicar las órdenes que le comunica el Alcalde. Los gobernadorcillos de los pueblos de Filipinas vienen á ser los alcaldes pedáneos de la Península. El empleo

---

(1) Hoy ya no existe el cargo de asesor, desde que se creó el Consejo de Administracion, que absorbe sus atribuciones. Ni es el Capitan General Presidente de la Audiencia, sino del Consejo de Administracion y del Ayuntamiento.

(2) Hoy están estas obligaciones á cargo de los llamados inspectores de caminos y obras públicas.

de todos estos ministros es electivo y dura un año solamente. Su eleccion se hace hácia el fin de cada año por la clase de los llamados principales, y los confirma el Alcalde ó el Superior Gobierno. Hasta el año de 1847 fueron los electores del gobernadorcillo los doce cabezas de *barangay* (1) más antiguos con el saliente. El electo presentaba una lista de los tenientes y demas oficiales subalternos, y los confirmaba el Alcalde en el acto si eran de su satisfaccion. Mas en dicho año el gobernador D. Narciso Clavería varió este método antiguo por un bando, publicado el 5 de Octubre del expresado, que contenia 25 artículos, de los cuales el 3.°, 4.°, y 6.°, prescribian lo esencial de las futuras elecciones (2).

Hé aquí su contenido: «Artículo 3.° Estas elecciones ó propuestas se harán por una junta, que se compondrá del gobernadorcillo saliente y de doce vecinos, »que se sortearán, la mitad de entre los capitanes pasa»dos, y de los que, habiendo sido cabezas de *barangay* »por espacio de diez años consecutivos, hubiesen deja»do de serlo sin mala nota; estos seis en calidad de »principales; y la otra mitad de entre los que fuesen ca»bezas de *barangay* en ejercicio al tiempo de la elec»cion.» «4.° Para poder ser elector, se necesita, ademas »de pertenecer á una de las tres clases sobredichas y

(1) *Barangay* es un grupo de tribunales compuesto de 50 familias, como se dirá más adelante.

(2) Por reales órdenes de 19 y 28 de Agosto de 1862 se han introducido algunas variaciones en el decreto de 1847. Los gobernadorcillos duran dos años: la eleccion se hace al 1.° de Abril, ménos en las provincias cosecheras de tabaco; en provincias distantes solamente no lo confirma el Superior Gobierno.

»expresadas en el artículo anterior, tener un oficio ó »modo de vivir conocido; no estar impedido ó entre»dicho judicialmente, por incapacidad física ó moral; »no ser de los que en sus casas acostumbran tener jue»gos prohibidos, ó de los que hayan sido penados por »reincidencia en este detestable vicio; no estar proce»sado criminalmente ni haber sido sentenciado á penas »corporales, aflictivas ó infamantes, sin haber obtenido »rehabilitacion; no ser deudor á los caudales munici»pales ó de la Hacienda pública; no ser deudor que»brado; no haber concurrido á junta clandestina con »objeto de ganar votos para las elecciones, ni haberlos »solicitado con dádivas ó promesas, para sí, sus parien»tes ó para otras personas. Tampoco podrán ser electo»res los criados de los alcaldes mayores, gobernadores, »tenientes de gobernadores y curas párrocos, ni los sir»vientes de las iglesias.» «6.º Sorteados, como va dicho »(artículo 5.º), los doce electores, sin que contra ellos »se hubiese hecho objecion alguna, ó resuelta ésta, se»gun se dispone en el art. 10, y desocupada la sala de »todos los demas que entraron en suerte, se procederá »á la propuesta para gobernadorcillo en la forma si»guiente: El jefe de la provincia, ó quien en su defec»to presida el acto, despues de una alocucion sencilla, »análoga al objeto de que se trata, entregará á cada uno »de los doce electores y al gobernadorcillo saliente, ó »por falta de éste al teniente mayor ó primero, una pa»peleta segun el modelo número 1.º, en que diga: «Fu»lano de tal, capitan pasado, cabeza de *barangay* que »ha sido, ó que lo es, propone para gobernadorcillo en »el año próximo *de tanto*, del pueblo de *(aquí el nom-*

»*bre del pueblo)* á N. N. *(aquí los nombres y apellidos de* »*dos individuos que se han de proponer)*»; y hecha, la en»tregará al Presidente, quien, reunidas todas las pape»letas en la forma indicada, y sin expresar en ellas, por »pretexto ninguno, primero ni segundo lugar, sino sólo »los nombres y apellidos de los dos propuestos, proce»derá inmediatamente al escrutinio, y en seguida á la »publicacion del resultado de la votacion, con expre»sion del número de votos que cada uno haya obteni»do; debiendo entenderse propuesto en primer lugar, y »ocupar el mismo en la terna, aquel á cuyo favor hu»biese resultado mayoría, y el segundo el que tenga »más votos despues de él. En caso de empate se repe»tirá la votacion entre los empatados solamente, para »ver quién debe ocupar el primero y segundo lugar, y »no resultando tampoco mayoría, decidirá la discordia »el que presida el acto.» El tercer lugar lo ocupará siempre el gobernadorcillo saliente, con el cual y los dos propuestos del modo dicho se formará la terna que se ha de remitir al Superior Gobierno.

Por estas disposiciones se ha hecho la esencial variacion de quitar el derecho exclusivo que tenian los doce cabezas de *barangay* más antiguos, con el gobernadorcillo saliente, y trasmitirlo á todos los gobernadorcillos pasados y cabezas de *barangay*, exentos de las notas que se prescriben en el art. 6.°, una de las cuales es, ser criado del alcalde ó del cura del pueblo, ó sirviente de sus iglesias, y quitar el de ser elegido á los que no son cabezas de *barangay*. Con esto se ha tratado, á no dudarlo, de conservar la libertad de los electores, que podria coartarse de algun modo por la in-

fluencia de aquéllos. Pero no se ha tenido presente que con esta medida se minora el prestigio, especialmente de los curas, y que las iglesias estarán en adelante, por lo regular, peor servidas; porque ningun cabeza ni gobernadorcillo pasado querrá prestar estos servicios, que los miraban casi en todas partes como los más honoríficos, que requerian hombres de mucha probidad, particularmente los oficios de fiscal, de sacristan mayor, maestro de cantores, mayordomos de los curas y otros. Ademas, no siendo estas elecciones más que propuestas, que puede desechar el Superior Gobierno, pudiendo echar mano del tercero que no ha sido propuesto, y perpetuarlo en el empleo, ¿por qué tantas trabas y precauciones? (1).

Las cabezas de *barangay* forman la verdadera aristocracia en Filipinas. Cada uno suele tener 45 ó 50 tributos, que constituyen otras tantas familias bajo su cuidado, en cuyo barrio está precisado á residir. Debe cobrarles el tributo y entregarlo al gobernadorcillo ó alcalde mayor de la provincia, bajo su responsabilidad, garantida con fianzas. Cuidar del buen órden y armonía de las familias de su *barangay*, repartir entre sus individuos los servicios personales y pecuniarios con

(1) Algunas variaciones ó modificaciones se han introducido posteriormente en este reglamento, ademas de las citadas; pero no es nuestro objeto el enumerarlas. Sobre las atribuciones de los gobernadorcillos se dió el decreto de 21 de Diciembre de 1861 sobre el modo de cumplir sus deberes. La Real Audiencia en várias ocasiones, y tambien por reales órdenes se les han fijado sus atribuciones en la parte de justicia. Para conocer las atribuciones y deberes de los gobernadorcillos en el ramo principalmente de justicia, puede consultarse el *Manual del gobernadorcillo*, escrito por D. José Feced, inteligente y celoso alcalde mayor, siéndolo de Albayen 1867.

que deben concurrir para el bien comun del pueblo, y transigir las diferencias que se susciten entre ellos.

Esta institucion, mucho más antigua que la sujecion de las islas al Gobierno, ha merecido siempre las mayores atenciones. En un principio eran las cabecerías hereditarias, y constituian la verdadera hidalguía del país; mas en el dia, si bien en algunas provincias todavía se trasmiten por sucesion hereditaria, las hay tambien de eleccion, particularmente en las provincias más inmediatas á Manila, en donde han perdido su prestigio y son una verdadera carga. En las provincias distantes todavía se hacen respetar, y allí es precisamente en donde la autoridad tiene ménos que hacer, y el órden se conserva sin necesidad de medidas coercitivas; porque todavía existe en ellas el gobierno patriarcal, por el gran respeto que la plebe conserva aún á lo que llaman aquí *principalía.* Están exentos de pagar el real tributo, con sus mujeres é hijos primogénitos, y en las iglesias suelen tener un lugar de preferencia. Abusan con frecuencia del prestigio que gozan en las provincias lejanas; pero deben ser protegidos por la autoridad, porque de otra suerte sería muy difícil á sus jefes gobernar un solo pueblo sin el auxilio de la fuerza (1)

PARTE ECLESIÁSTICA.—No se permite en Filipinas

(1) Por el reglamento de 20 de Diciembre de 1863, art. 16, no son admisibles á los cargos de gobernadorcillos y tenientes de los mismos, ni podrán formar parte de la principalía, salvo si la gozasen por juro de heredad, los indígenas que no supiesen hablar, leer y escribir el idioma castellano, á los 15 años de establecida una escuela en el pueblo respectivo. Como en muchas provincias miran esos destinos como onerosísima carga, en ellas puede esta disposicion producir un efecto contrario al que se intenta.

el ejercicio de otra religion que el de la católica apostólica romana, á excepcion de algunos puntos de las Visayas, sujetos nuevamente, en donde se ha garantido el de la mahometana. Los primeros misioneros que principiaron á anunciar el cristianismo en estas islas fueron los padres Agustinos, que acompañaron á Legaspi en 1565 (1). A ellos se siguieron los PP. Franciscanos, los de nuestra Órden, los de la Compañía de Jesus, y finalmente, los Recoletos ó Agustinos descalzos. Sin embargo de que no faltaron desde un principio sacerdotes del clero secular que los coadyuvaron, particularmente en las cercanías de Manila, no se dedicaron como aquéllos á las misiones de intento. Don Juan de Vivero fué el primero que pasó á Cebú, ántes de haberse establecido el gobierno de Manila, y poco despues el fundador de la Misericordia, los cuales obtuvieron destinos en la misma capital. Para fundar y sostener una mision entre salvajes no bastan el celo y la virtud; es necesaria una corporacion que pueda reemplazar los misioneros y mantener un sistema uniforme y sostenido que le dé la fijeza indispensable; y sobre todo un gran desprendimiento de los intereses temporales, para no hacerse odioso el misionero á los miserables que trata de ganar para el cielo.

Fundada la iglesia de Manila en 1581, como matriz y cabeza de todas las islas Filipinas, fué tambien creado su cabildo, mantenido, como su prelado, á expensas del erario. Luégo se erigió esta iglesia en silla

(1) No se hace mencion aquí de los que vinieron con Magallánes, porque no llegaron á establecerse definitivamente por entónces.

arzobispal y metropolitana, se dividieron las islas entre ella y tres obispados sufragáneos, tales como existen en el dia (1).

Tanto en el arzobispado, como en los obispados sufragáneos hay un provisor, un secretario, un promotor fiscal y algunos notarios, sin más renta que las obvenciones de la curia y derechos de la secretaría, que son muy pocos (2). Concede ademas S. M. á cada uno de los prelados dos capellanes de honor, ó de sólio, con cien pesos de estipendio anuales. En las causas eclesiásticas, tanto civiles como criminales, del metropolitano, por concesion especial de Gregorio XIII, se apela al obispo más cercano, como delegado apostólico, y si las dos sentencias son conformes, queda la causa definitivamente terminada, sin recurso á otra parte; y si no lo son, se puede apelar á otro obispo, tambien el más cercano, y la sentencia de éste es tambien en tal caso irrevocable. En sede vacante gobierna el cabildo en el arzobispado, y en los sufragáneos el diocesano más cercano. Tanto el Arzobispo como los obispos sufragáneos gobiernan la diócesis con sólo el real nombramiento,

(1) Últimamente se ha creado el obispado de Jaro, en la isla de Panay. Véase el estado que se pone al fin de este tomo, donde se consignan las provincias que comprende su administracion, con los pueblos y número de almas que corresponden á cada diócesis.

(2) Por real órden de 1.º de Julio de 1860 se señalan 3.000 pesos anuales al Provisor y 2.000 pesos al Fiscal de la curia del arzobispado de Manila; si son prebendados, disfrutarán, ademas de su prebenda la mitad de estos sueldos. Igualmente por real cédula de 18 de Agosto de 1853 se dispone que el cargo de provisores se provea necesariamente en las sufragáneas en individuos del cabildo metropolitano, y puede en ellos proveerse el de secretario, de acuerdo siempre con el Arzobispo; en cuyos casos, para las distribuciones y demas consideraciones personales, se les considerará como presentes en el cabildo.

ántes de recibir las bulas pontificias, ora por algun pr vilegio especial, del cual no es fácil dar razon, ora p la costumbre, en lo que convienen los autores de I dias. En todas las provincias tienen los señores ordin rios sus vicarios foráneos, facultados para dispensar muchos casos, comunicar á los curas párrocos de s distritos respectivos las órdenes de los obispos, y de empeñar las comisiones que especialmente les comete

Los curatos y misiones son servidos por clérigos s glares y religiosos de las cuatro Órdenes, que tien sus conventos principales en Manila. Los que deb proveerse por sacerdotes del clero secular se dan p concurso ú oposicion. A este fin pasan circulares l diocesanos, y en los dias designados examinan por s sinodales á los que se presentan, y son admitidos. E seguida, de acuerdo con los mismos sinodales, forma las ternas y las elevan al Sr. Vice-patrono, el cual eli uno y lo presenta al mismo Ordinario, para que le de pache la canónica institucion. El mismo método observa respecto de los curatos confiados á las corp raciones religiosas, á excepcion de las oposiciones; pu basta que los nombrados estén examinados y teng licencias de confesar para que puedan obtener la cu de almas y la canónica institucion (1).

---

(1) Por real cédula de 19 de Octubre de 1852 se restableció la Co pañía de Jesus en estas islas. Por real órden de 10 de Marzo de 1858 dispuso que se estableciese en Manila una casa de la dicha Compañía Jesus con destino á las misiones de Mindanao. Por real órden de 10 de tiembre de 1861 se declara que á los Jesuitas pertenece exclusivamente planteamiento y desarrollo sucesivo de las misiones vivas en la isla de M danao, y que deben encargarse de la administracion de los curatos y doct nas ya reducidos por los Agustinos recoletos, á medida que éstas vayan

Desde el principio de la reduccion de las islas Filipinas hasta fines del siglo pasado, los regulares habian administrado á los indios, como simples misioneros, sin exámen, canónica institucion ni visita de los diocesanos, y si bien aquéllos procedian en virtud de privilegios pontificios, éstos, no obstante, se miraban privados de una de sus prerogativas principales. Ántes de erigirse obispado alguno en las islas, ya trató el Arzobispo de Méjico de nombrar un delegado, que ejerciese sobre ellos su jurisdiccion relativamente á la cura de almas; pero fué contradicha por los mismos, y se mantuvieron en su posesion hasta los tiempos del arzobispo de Manila D. Basilio Sancho de Santa Justa y Rufina, y del gobernador Anda. De aquí se originaban competencias poco edificantes, y S. M. tomó la medida de entregar los curatos al clero secular. Pero esto no agradó á los que gobernaban en Manila, porque habia en ello muchos y graves inconvenientes si llegaban á faltar los religiosos. Por esto se suspendieron las Reales disposiciones que trataban de la secularizacion de los curatos, y se obligó á los regulares á servirlos con la canónica institucion, sujetos á las leyes del patronato de las Indias. El Sr. Anda fué el ejecutor de esta disposicion, causando al efecto muchos sinsabores y disgustos á los que habian sido la causa prin-

---

cando, y se faculta á la provincia de San Nicolas de Recoletos para administrar los curatos de la provincia de Cavite ú otros que hubiere servidos por el clero indígena, al paso que vayan tambien vacando. Esta determinacion ha dado motivo á várias cuestiones y ocasionado várias disposiciones posteriores, quedando ella en pié. Hay, pues, ahora cinco Órdenes religiosas que administran en este archipiélago.

cipal de su elevacion. Este gobernador queria que los curatos de las islas estuviesen servidos por los regulares; pero los queria curas, y sujetos en un todo al rigor del patronato.

SECCION SEGUNDA.

IDEA GENERAL HISTÓRICA.

PRIMERA ÉPOCA HASTA LA TOMA DE MANILA POR LEGASPI.

Magallánes.—Su empresa.—Descubrimiento del estrecho que lleva su nombre.—Vicisitudes de su navegacion.—Descubrimiento de estas islas.—Llegada de Magallánes á Cebú.—Su muerte.—Serrano es nombrado en su lugar jefe de la expedicion.—Su muerte alevosa con otros compañeros.—Le sucede en el mando Juan Carballo.—Su tratado con Almanzor en la isla de Tidore.—Regreso á España de la fragata Victoria al mando de D. Sebastian del Cano.—Nueva expedicion á las Molucas bajo la conducta del general Loaysa.—Otra expedicion á las Molucas, organizada en Acapulco, al mando de D. Álvaro Saavedra.—Muerte de Saavedra.—Tratado de paz con los portugueses, y nueva línea divisoria de sus posesiones.—Várias otras expediciones al mar del Sur.—Nueva expedicion á las islas Filipinas al mando de Villalobos.—Muerte de este jefe.—Nueva expedicion á estas islas al mando del general Legaspi, por órden de Felipe II.—Urdaneta.—Nueva posesion de las islas Filipinas por el adelantado Legaspi.—Sus primeras operaciones y tratados en las islas Visayas.—Se establece despues en Cebú como centro y base de sus operaciones.—Regreso á Nueva España y á la córte del P. Urdaneta.—Su vuelta á Nueva España y su muerte.—Llegada á Cebú del navío San Jerónimo, procedente de Méjico.—Horrores y desgracias de su viaje.—Nuevos proyectos de hostilidad por parte de los portugueses.—El gobernador portugues de las Molucas se presenta en Cebú con una escuadra disputando á Legaspi sus derechos sobre las islas Visayas.—Es rechazado en el terreno de las negociaciones y de las armas.—La escasez de víveres obliga á Legaspi á trasladar el campo á la isla de Panay, al mando de Salcedo.—Ovacion de Legaspi en la isla de Panay.—Libra sus costas de piratas.—Expediciones con este objeto.—Primera expedicion á Manila al mando de D. Martin Goiti.—Sus tratados con el régulo llamado Raja Matana.—Alevosía y hostilidades de Solmian su sobrino.—Su derrota y escarmiento por los españoles.—Regreso de Goiti á la isla de Panay.—Fundacion de la villa de Cebú por Legaspi bajo la denominacion del Santísimo Nombre de Jesus.

I.

Entre las inmensas posesiones con que la divina Providencia se dignaba enriquecer en otro tiempo á nuestra católica nacion, ocupan un lugar muy distinguido

las islas Filipinas, descubiertas en 1521 por el insigne é intrépido marino Hernando Magallánes, protegido por D. Cárlos I de España y V de los emperadores de Alemania de este nombre, en los principios de su reinado glorioso. Los españoles ya empezaban entónces á poblar el continente americano, y tenian noticia del mar del Sur, descubierto en 1513 por Vasco Nuñez de Balboa, uno de los primeros pobladores del Darien, y se procuraba con empeño hallar algun estrecho por donde se pudiese navegar desde España por la via del poniente á las Indias Orientales, que ya los portugueses explotaban con éxito feliz. Algunos extranjeros habian intentado sin efecto este paso deseado; el mismo Colon hizo várias tentativas al intento, luégo que vió no ser Lipangas ni el Catay las islas de Cuba y Haiti; mas la gloria de este descubrimiento importante estaba reservada á Magallánes. No faltan escritores portugueses que lo culpan de haber hecho traicion á su país, sin hacerse cargo de que ántes de pasar á ofrecer sus servicios á la córte española, habia propuesto el proyecto á su rey D. Manuel, de quien fué altamente desairado. El rey D. Cárlos, por el contrario, no ménos deseoso de atraer á su nacion el comercio lucrativo de Oriente, que de promover su gloria con nuevos descubrimientos, escuchó benignamente al intrépido marino, y lo envió á su Consejo para que en él expusiese francamente las razones en que fundaba su grande pensamiento.

Habia trabajado Magallánes en Mauritania, y navegado por espacio de siete años por las Indias en tiempo del famoso capitan D. Alonso de Alburquerque;

tenía relaciones íntimas con Abreu y Serrano, que habian reconocido las islas de Java, Bali, Sumbava, Madura, Solon y las Molucas, por cuyas memorias, y por lo que habia observado él mismo, estaba este jefe convencido de que estas islas, con otras del Pacífico, se extendian hasta las inmediaciones de la América del Sur, y que se podria navegar hácia ellas por la via del poniente, atravesándola por algun estrecho, de que tendria ya noticias, que habia más allá de las costas del Brasil, cuyo país habia sido casualmente descubierto en 1500 por D. Pedro Álvarez Cabral. El Rey, segun el parecer de su Consejo, despues de haber oido la oposicion de Portugal, que no le hizo fuerza, aprobó el proyecto original de Magallánes, y desde luégo lo condecoró con el hábito de Santiago, honor muy distinguido en aquel tiempo. Se extendieron en seguida las instrucciones que debian observarse, y dispuso S. M. que se aprestasen en Sevilla cinco naves al efecto, con la gente necesaria y víveres para dos años.

El dia 10 de Agosto de 1519 dejó Magallánes aquella capital, y el 2 de Octubre principió á surcar el Océano, dejando en espectacion á todas las naciones europeas, que dudaban del éxito feliz de esta grande empresa. Despues de haber tenido algunos vientos favorables, muchas calmas y fuertes temporales, el dia 13 de Diciembre dió fondo en la gran bahía de Geneyro, en donde hizo escala hasta el dia 27, en que zarpó y se dirigió hácia el polo antártico. Al llegar á la bahía de San Julian le fué preciso invernar, por el rigor de la estacion. Prosiguiendo despues del invierno su viaje, dobló el cabo de las Vírgenes, y al llegar á

los 53 grados de latitud austral, el dia 4 de Noviembre de 1520, empezó á descubrir el grande estrecho que ha inmortalizado su nombre. La pequeña escuadra española se metió entónces con la mayor intrepidez por este sitio desconocido y peligroso, y el dia 27 del mismo mes salió al anchuroso mar del Sur, que no habia sido surcado todavía por ninguna nave europea. Las contradicciones y disgustos que Magallánes tuvo que sufrir hasta llegar á este punto deseado, no es fácil descifrarlos: toleró tormentas espantosas y frios rigorosos: los víveres se le acabaron, se rebeló la tripulacion de una nave, que regresó á Europa por la costa de Guinea, y se le perdió otra en el estrecho, aunque la gente se salvó; pero el gozo de ver ya superadas las dificultades mayores le hizo olvidar este cúmulo de males.

Habiendo dejado este estrecho, prosiguió con tres buques solamente la derrota hácia el N. O. hasta llegar á unas islas, que llamó Desventuradas, por el poco refrigerio que en ellas encontró, y luégo siguiendo en derechura hácia donde suponia las Molucas, objeto principal de su jornada, el sábado de la Dominica de Pasion descubrió un grande archipiélago, á que dió el nombre de San Lázaro, por la oportunidad del dia que la Iglesia celebraba. Visitó de paso las islas que ahora se apellidan Marianas, y él llamó de los Ladrones, y en seguida navegó hasta los 11 grados de latitud N. y descubrió la punta más austral de Samar, llamada de Guiguan, de cuyos habitantes fué bien recibido. Por algunos utensilios de los indios conoció que ya no estaba muy distante de las islas que buscaba. De allí pasó

á Mindanao, en cuyas costas hizo algunas ligeras detenciones; y al llegar á Butuan, pueblo muy considerable de Caraga, se detuvo algunos dias para celebrar la fiesta de la Pascua. Sus primeras diligencias fueron levantar un altar al verdadero Dios, en el que se celebró la primera misa en aquel solemne dia; y en seguida plantó una cruz en la eminencia de un montecillo cercano á la playa, cuya ceremonia fué acompañada con muchas lágrimas de gozo por aquellos piadosos navegantes, porque consideraban que la verdadera religion empezaba desde aquel dia á poseer un país dominado hasta entónces por el error y la barbarie.

Aquí debieran empezar las glorias del intrépido marino y sus dignos compañeros, si no tuvieran la desgracia de verse precisados á tratar con pérfidos isleños, cuyo carácter no conocian todavía. De Mindanao pasó Magallánes, acompañado de un régulo que en Limasava se le mostró muy complaciente, á la isla de Cebú, y el dia 1.º de Abril de 1521 fondeó en la ensenada de Mandave. No intentaba fijar su residencia en este punto, porque el objeto principal de su expedicion era llegar á las Molucas; pero la buena acogida que halló entre los cebuanos le indujo á detenerse entre ellos algun tiempo, y celebrar su convenio amistoso con Hamabar, que los regía. Admirado este régulo de las imponentes ceremonias de la religion de los recien llegados á su isla, mostró deseos de hacerse cristiano, y al efecto, algo instruido en sus misterios y doctrina, se bautizó con algunos principales. Quizá no se procedió en este punto con la prudencia que un asunto tan grave requeria, porque no podian los cebuanos en tan

breve tiempo conocer el espíritu de nuestra santa religion; pero se debe respetar su buena intencion. Magallánes se entendia con ellos por medio de un morisco cristiano, llamado Enrique, procedente de Sumatra, que habia llevado consigo á Europa, porque hablando el malayo, que entienden fácilmente los naturales de estas islas, le servia de intérprete.

Pero no todos los régulos cercanos trataron con iguales muestras de afecto á Magallánes. Calipulaco, que dominaba en la pequeña isla de Mactan, no sólo se negó á sus requerimientos, sino que ademas tuvo valor para desafiarlo. Aquel, ora para dar una prueba de gratitud á su aliado Hamabar, con quien estaba en guerra el segundo, ora para humillarlo, admitió el desafío y se presentó en su isla con cincuenta compañeros. La muchedumbre de isleños enemigos y la fragosidad de un país desconocido debian advertirle el grave riesgo á que se exponia; pero confiado indiscretamente en su valor y superioridad de las armas españolas, peleó sin las precauciones oportunas, y pagó su imprudencia con la vida. El combate, no obstante, fué reñido: murieron en la refriega muchos isleños; pero Magallánes fué atravesado de una lanza enemiga, de cuya herida cayó luégo desmayado, y murió en el campo de batalla. Murieron tambien otros seis españoles, que no quisieron abandonar al capitan, y los demas se retiraron, persuadidos de que fuera temeridad insistir en la demanda. Murió Magallánes..... el intrépido marino, cuya memoria, sin embargo de sus infortunios, será siempre celebrada por los españoles amantes de su patria como uno de sus héroes famosos.

Aconteció este suceso lamentable el dia 27 del mismo mes y año (Abril de 1521), en que aportó la pequeña escuadra española á Cebú, y en seguida Juan Serrano fué nombrado de comun acuerdo jefe de la expedicion (1).

Este nuevo capitan, en cuyo valor confiaron los expedicionarios su seguridad y suerte, no tardó en ser víctima de la perfidia malaya, que no habia podido prever. El intérprete Enrique, como ya no ignoraba la mala disposicion de Hamabar, por los recelos que le inspiraban los nuevos aliados, muerto su amo, propuso vengarse de una ofensa que un español le hizo de palabra. Con este fin persuadió al régulo que, si queria librarse de los extranjeros que tenía en su puerto, supuesto que ya no existia el capitan con quien habia celebrado sus tratados, les ofreciese un convite, y que durante el bullicio de la mesa podria deshacerse de ellos á su salvo. El régulo, como sabía por la experiencia que los españoles no eran inmortales, aceptó el pérfido consejo. Con este fin dijo á Serrano que, deseoso de festejarlo por la eleccion de jefe y capitan que habia hecho su gente en su persona, queria darle un convite, y le rogó se dignase aceptarlo, bajando con su gente á su palacio. Serrano, como no tenía motivos de recelarse de Hamabar, y persuadido ademas que no convenia desairarlo, para asegurar su alianza, creyó que

(1) Parece que el 26, y no el 27. El P. Buzeta pone la muerte de Magallánes en 26 de Agosto. El nombrado jefe de la expedicion no fué Serrano, sino Eduardo (a) Duarte de Barbosa, primo de Magallánes, tanto, que Serrano tuvo por temeridad el que Barbosa hubiese aceptado el convite.

no debia negarse á sus deseos. Bajó, pues, el dia designado á Cebú con veinte y cinco compañeros; entró con ellos en donde estaba dispuesto el convite, y cuando estaban más desprevenidos, sin haber notado seña de la traicion premeditada, vieron salir de improviso á los asesinos, que les quitaron la vida cruelmente. Sólo el capitan pudo desprenderse de sus manos, y se fué precipitadamente á la playa para pedir auxilio á los que habian quedado en los buques; pero temerosos éstos de alguna nueva traicion, se hicieron sordos á sus gritos, y el desgraciado fué despedazado á su vista.

Entónces Juan Carballo fué nombrado capitan de la expedicion, y á la prudencia de este jefe se debe el éxito que tuvo, que no fué tan desgraciado é infeliz como era de temer. El atentado cruel de aquel régulo merecia ciertamente un castigo ejemplar; pero los ofendidos no se hallaban en disposicion de ejecutarlo por entónces, porque ya eran pocos y áun no habian llegado al fin de su viaje. En su vista echaron á pique una nave, y salieron de Cebú con la Trinidad y la Victoria. Desde allí tomaron la derrota hácia las Molucas; costearon la grande isla de Borneo, y despues de haber hecho algunas detenciones en sus puertos navegaron hasta el dia 8 de Noviembre del mismo año, en el cual aportaron á Tidore, una de las islas que buscaban, de cuyos habitantes fueron perfectamente recibidos. La circunstancia de haber muerto los tidores á otro Serrano, amigo del malogrado Magallánes, por haber favorecido á los malayos, á quienes odiaban, y la noticia de que los españoles estaban bien provistos de mercaderías europeas, para cambiarlas con

las producciones del país, los movieron á tratarlos como amigos, con cuya proteccion esperaban rechazar las vejaciones que ya padecian de los aventureros portugueses. Se hicieron amigos de Almanzor, reyezuelo de la isla, y del de Bachian, su deudo; celebró con ellos un tratado, por el cual se reconocian vasallos de los reyes de Castilla; y desde luégo se abrieron las comunicaciones entre los habitantes de la isla y los nuestros, á cuyos almacenes traian en abundancia el clavo que buscaban, porque á la sazon era la cosecha principal de esta droga, tan apreciada en aquel tiempo.

Cargados los dos buques de las especerías de Tidore, Bachian y Gilolo, trataron los expedicionarios españoles de regresar á la Península. En la primera organizaron ante todas cosas una factoría, en donde se quedaron algunos individuos, y recibieron en los buques algunos marineros de la misma isla, trece de los cuales, con diez y ocho españoles solamente, llegaron con la Victoria á Sevilla, por el cabo de Buena-Esperanza, al mando de D. Sebastian del Cano, el dia 8 de Diciembre de 1522 (1), despues de tres años dos meses y seis dias de haber dejado las costas de España. La Trinidad, bajo el mando de D. Gonzalo de Espinola, debia regresar al mismo punto por el estrecho de Magallánes; pero desgraciadamente ántes de salir de las Molucas fué apresada por los portugueses de Ternate, que se consideraban como dueños exclusivos del comercio de la especería. Don Sebastian del Cano, á

(1) Entró en Sanlúcar de Barrameda el 6 ó 7 de Setiembre del dicho año 1522, segun muchos historiadores.

su llegada, fué condecorado con muchas gracias y mercedes, y S. M. le dió por armas un globo de plata con esta inscripcion: *Hic primus geometres: Hic primus circumdedit me*. Sus compañeros tambien fueron premiados, segun el mérito de ellos, y se dió á la viuda de Magallánes una renta vitalicia. Hasta la nave Victoria se guardó mucho tiempo en Sevilla, por haber sido la primera que dió la vuelta al mundo y condujo á España las especerías de Oriente, que habia sido el principal intento de Colon en sus expediciones y proyectos.

II.

Portugal hizo, desde luégo, las más vivas y enérgicas protestas, alegando que el comercio de las Molucas le pertenecia exclusivamente, por caer, segun decia, en su demarcacion. Su rey dió al propio tiempo las instrucciones más severas al jefe que tenía en Malaca, para que los españoles fuesen perseguidos y arrojados de aquellas partes, y se posesionase cuanto ántes de aquellas islas, con cuyos régulos no habian tenido los portugueses hasta entónces más que tratados de comercio. Desde esta época data la rivalidad, que ha existido entre las dos naciones hasta ahora. Nunca cesaron los portugueses de perseguir á los españoles que osaban penetrar en alguna parte de las Indias Orientales, sin exceptuar á los misioneros, que sólo trataban de propagar la luz del Evangelio; y á esta animosidad debe atribuirse la preponderancia que llegaron á tomar los holandeses en la India, porque los portugueses ni

podian por sí solos conservar sus posesiones, ni querian admitir en ellas á los españoles, siempre temerosos de que tuviesen que partir con ellos sus ganancias.

El Rey de España tambien dispuso por su parte que se aprestase en la Coruña otra armada, para proseguir por la via del Poniente y estrecho de Magallánes el intento que lo habia movido á proteger á este desgraciado navegante. En su consecuencia se equiparon en aquel puerto siete buques bien provistos de géneros y vituallas, con cuatrocientos hombres escogidos. Don Gonzalo Jofre de Loaysa fué nombrado general, y D. Sebastian del Cano su teniente, quien debia sucederle, en caso de muerte, en el gobierno de la expedicion. Se agregó tambien á ellos el célebre Urdaneta, que le prestó grandes servicios, como marino inteligente. El 2 de Setiembre de 1525 (1) se hicieron á la vela con direccion al estrecho referido, y navegaron con felicidad hasta Enero del siguiente, en cuyo mes pasó la escuadra al mar del Sur, y sólo una nave se perdió, por haber varado en aquel paso peligroso y desconocido todavía. Desde allí siguieron sin novedad la derrota de la primera expedicion, atravesaron felizmente las aguas apacibles de aquel mar, que con razon se le da el nombre de Pacífico, hasta que llegaron al archipiélago, al que dió Magallánes el nombre de San Lázaro; pero aquí les sobrevino un furioso temporal, que dispersó las naves de la expedicion, las obligó á seguir el viento, y todas, á excepcion de la Capitana,

---

(1) En Junio ó Julio de 1524 salió de la Coruña, y en Mayo de 1525 entró en el mar del Sur.

se perdieron. Murió tambien el General, y luégo Don Sebastian del Cano, á quienes sucedió Martin Iñiguez de Carquizano, que llegó al fin, en 31 de Diciembre del mismo año (1), á las Molucas.

El Rey habia autorizado á Loaysa para celebrar confederaciones con los reyezuelos de Tidore y otras islas del Moluco, y establecer colonias y factorías en los territorios donde los portugueses no las tuviesen formalizadas ni perteneciesen á su demarcacion, cuyo derecho en manera alguna queria infringir; la cual, segun el convenio celebrado en Tordesillas, venía á ser imaginaria; porque en él sólo se designaba el punto de la ruta que cada una de las dos naciones habia de seguir en sus expediciones. Partiendo Portugal por la via del Oriente, y España por la del Poniente, podia muy bien verificarse que saliendo á la vez dos buques por estas rutas llegasen igualmente á las Molucas. De aquí procedian las competencias y disputas, y en realidad ninguna de las dos naciones podia alegar mejor derecho de preferencia que la posesion legítima de los países que se cuestionaban.

Carquizano fué recibido por los tidores con las mayores muestras de afecto: estos isleños miraban ya entónces á los españoles, no sólo como amigos, sino tambien como á defensores, porque los portugueses los perseguian por haber celebrado tratados de comercio y amistad con los de la expedicion de Magallánes. Aquel

(1) Á El Cano sucedió Toribio Alonso de Salazar, que falleció poco despues, y sucedióle Carquizano. En 31 de Diciembre de 1526 arribaron á Tidor en las Molucas.

jefe, sin embargo del mal estado de su gente, confiado en la que todavía esperaba de los demas buques de la escuadra, se decidió á dar auxilio á sus aliados, como debia; pero las enfermedades que los suyos habian contraido en los pasados contratiempos no le permitieron ponerlos en campaña. Sólo tenía ciento y cincuenta hombres, debilitados y enfermos, y las fuerzas portuguesas ya eran á la sazon muy considerables en la India. Estas circunstancias le obligaron á fortificarse en un punto de la isla, y allí estuvo aguardando el socorro que la Providencia se dignase depararle.

Cortés, segun las providencias que habia recibido de su rey, aprestó el año siguiente de 1527 (1) una pequeña escuadra de tres buques, al mando de Don Álvaro de Saavedra, para reforzar la de Loaysa, cuyo fin desgraciado áun se ignoraba. Salió de Acapulco este jefe el mismo año, y por Enero del siguiente llegó sin novedad á las de los Ladrones, de las cuales se posesionó en nombre de la corona de Castilla. Siguió en seguida su derrota hasta Mindanao, en donde supo la desgracia que habia acontecido á la escuadra de Loaysa, por medio de algunos españoles de la misma, que halló refugiados en algunos pueblos de sus costas. Prosiguiendo luégo su viaje hácia las Molucas, llegó sin novedad especial á la isla de Tidore, en donde halló todavía los restos de la escuadra que iba á reforzar. Su presencia alentó de tal manera á los españoles del presidio, que trataban de vengar las vejaciones y moles-

---

(1) En 31 de Octubre de 1528 salió del puerto, al mando de D. Álvaro (Alonso le llaman otros) de Saavedra.

tias que habian recibido de los portugueses; mas él, que nada favorable podia prometerse de las hostilidades, sólo trató de carenar sus buques y regresar con las especerías que se habian recogido, á Nueva España. El 30 de Mayo se hizo á la vela, y no pudo llegar á los Ladrones, porque despues de muchas calmas tuvo vientos contrarios que le obligaron á regresar á la misma isla de Tidore, en donde ya fué recibido con las armas de los portugueses. Entónces se vieron los españoles en la necesidad de defenderse, y sostuvieron una guerra desigual hasta Mayo de 1529, en cuyo tiempo, reducida su escuadra á una débil nave, emprendió por segunda vez el regreso á Nueva España; mas á los 26 grados de altura una recia enfermedad le quitó la vida en pocos dias. Al ver los españoles que su navegacion cada vez se les hacia más difícil, y perdidas las esperanzas de poder llegar al puerto deseado, se vieron en la necesidad de regresar á las Molucas y acogerse á la clemencia de sus rivales. En medio de sus infortunios tuvieron el consuelo de saber que las diferencias sobre las Molucas se habian arreglado entre España y Portugal, y que los españoles que se hallaban en aquellos países debian regresar á la Península por la via de la India. Entre ellos se hallaban Hernandez de la Torre y Andres de Urdaneta, que se habian distinguido por sus conocimientos náuticos en aquella expedicion desgraciada, los cuales llegaron con otros compañeros á España el año de 1536.

Otras expediciones que se habian enviado desde España y América, en demanda del comercio oriental, tuvieron igual suerte que las ya referidas; las cuales al

fin animaron á Cárlos V, ya emperador de Alemania, á transigir con Portugal, y cederle el derecho que su nacion tenía sobre las Molucas, por la suma de trescientos cincuenta mil ducados. Esta cesion no fué, sin embargo, absoluta, sino por via de empeño, pues podia la corona de Castilla recuperar aquel derecho devolviendo igual suma. Entónces se imaginó otra línea divisoria, ora para dirimir las competencias que pudieran suscitarse, ora para no privarse la España de las nuevas posesiones que podia adquirir por su via del Poniente, y su principal intento fué reservar las islas del Moluco á los portugueses solamente. Pero los españoles no quedaban satisfechos de esta transaccion, porque creian que el mejor medio de que podia echar mano la nacion para resarcirse de las pérdidas pasadas era proseguir las expediciones al Oriente por su antigua ruta, supuesto que ya estaba descubierta, y no era conveniente que los portugueses frecuentasen exclusivamente los países de donde se extraian las preciosas drogas aromáticas. Mas el Emperador se mantuvo firme en su propósito, persuadido de que podrian obtenerse iguales resultados enviando nuevas expediciones á otras islas no comprendidas en la demarcacion de Portugal. Con este fin se procuró averiguar si por la California, ó mar Pacífico del N., habia paso para llegar hasta el gran Catay ó China, en donde se suponian muchas preciosidades, que los mahometanos extraian por la via de Malaca. El primero que trató de realizar esta idea fué el famoso Cortés, el cual envió al intento várias escuadrillas hácia aquella parte, y él mismo con una de ellas llegó al golfo de California, llamado de las

Perlas, que tambien se llamó en un principio el mar Rojo de Cortés. Su contemporáneo, Pedro de Alvarado, organizó tambien otra escuadra en prosecucion del mismo fin, y cuando ya estaba para hacerse á la vela, murió de improviso en Palisco. El primer virey de Nueva España, D. Antonio de Mendoza, dando cumplimiento á los deseos y disposiciones de la córte, envió tambien algunas expediciones al mar del Sur desde el año de 1539. En una de ellas, despachada el año de 1542, iba el piloto D. Juan Rodrigo Cabriolo, el cual con dos naves solamente se remontó hasta los 44 grados de latitud N.; pero la violencia de los frios y falta de víveres le obligaron á retroceder y regresar á Nueva España.

Poco despues envió aquel virey á D. Ruiz Lopez de Villalobos á las islas del Poniente (1), llamadas así

---

(1) Que tambien se llamaron desde entónces Indias Occidentales. Curioso es el saber lo que se entiende por Indias Orientales y Occidentales, y por donde pasa el meridiano que las divide. Advierte el erudito Morelli que el nombre mismo de *Indias* es muy vago, tanto entre los antiguos como entre los modernos. Mas para nuestro objeto basta notar, con el mismo Morelli, que por *Indias Orientales* se entendia comunmente por los portugueses, desde el cabo de Buena Esperanza, todas las regiones comprendidas al Oriente; pero tenía que haber alguna demarcacion ó línea divisoria. El citado Morelli, en su *Fastus Novi Orbis* (ordin. 156, not. II), dice á este propósito que «por »donde precisamente se deba tirar la línea de demarcacion no está determi»nado, *nondum definitum est.* Con todo, cita á Herrera (*Descripcion de las »Indias Occidentales*, cap. XXVI), quien dice: Indias del Poniente son todas »las islas y tierra firme comprendidas en la demarcacion de Castilla y Leon, »al fin *occidental* de la dicha demarcacion, cuya línea pasa por la otra parte »del mundo por la ciudad de *Malaca.*» Esto tal vez no aclara del todo el punto; pero es lo cierto que, segun el derecho de Indias (ley 33, tít. XIV, libro I, *Rec. Ind.*), el Japon y las Indias Occidentales (al poniente ciertamente de la América, por donde venian los descubridores españoles), cuya denominacion de Indias Occidentales, dada á Filipinas por nuestro derecho índico, concuerda con várias bulas de sumos pontífices, que así las llaman. Segun esto,

las Filipinas desde la expedicion de Magallánes, con el fin de fundar establecimientos en algunas de ellas. Para llevar á efecto esta expedicion se aprovechó de la escuadra que habia dispuesto Alvarado, compuesta de tres naves de alto bordo, de una galeota y un lanchon ó fusta. Ademas de la marinería y gente de servicio, iban en ellas trescientos setenta y cuatro hombres con semillas y lo necesario para fundar establecimientos, cuatro religiosos Agustinos y cinco sacerdotes del clero secular, en calidad de capellanes; pero en las instrucciones se prevenia al General, segun las órdenes que tenía de la córte el Virey, que no debia tocar en las Molucas ni otras islas comprendidas dentro de la demarcacion de Portugal. Esta escuadra salió del puerto de Natividad (1) el dia 1.º de Noviembre de 1542; halló en el discurso del viaje muchas islas, á las cuales dieron nombres, y sin haber tenido otra pérdida que la de la fusta, llegó al archipiélago de San Lázaro. Como no hallaban en parte alguna lugar acomodado para fundar los establecimientos proyectados, empezaron

---

se comprenderán por Indias Occidentales, cuyo descubrimiento pertenecia á los españoles, desde trescientas setenta leguas al Occidente de la isla de San Antonio en el Cabo-Verde hasta la línea que pasa por Malaca, segun Herrera citado. Ésta parece ser la demarcacion que se inferia del convenio de Tordesillas, celebrado entre España y Portugal en 7 de Junio de 1494, y de várias disposiciones pontificias; pero las muchas disputas y dificultades que opusieron los portugueses, como se ve en lo que queda referido y se dirá en esta *Historia*, dieron lugar á otros convenios, quedándose finalmente los españoles en estos mares en la actualidad, por no haber hecho caso de las islas que les pertenecian en el Pacífico, con lo que se comprende en el archipiélago filipino, segun la nota 1.ª, hablando de la extension de Filipinas, tomada del Padre Buceta. Puede verse al citado Morelli (ordin. 10) y las otras á que en la dicha se refiere.

(1) Otros dicen *Juan Gallego*.

allí á tener consultas y disputas acerca de la derrota que habian de tomar para no infringir las instrucciones de Mendoza, y al fin, contra el dictámen del piloto D. Antonio Conzo, que habia navegado con Saavedra, y que queria siguiese la escuadra hasta los once grados de latitud, se sotaventaron de tal suerte, que ya no pudieron coger á Guiguan, como querian. Empero las noticias de la expedicion de Magallánes les sirvieron para dirigirse á Cebú, Mactan ó Mindanao. Sin embargo, hasta el dia 2 de Febrero de 1543 no pudieron coger tierra en la última, á excepcion de la galeota, que aportó en Abuyoc y Tandaya de la isla de Leyte, é hizo un buen acopio de víveres. Anclada la escuadra en la costa oriental de Mindanao, entre Caraga y el cabo llamado de San Agustin, hallaron la tierra inhabitada, y luégo empezaron á enfermar de escorbuto. Entónces pensó Villalobos en trasladarse á la punta más al N. de la isla, en donde los indios parecian muy pacíficos, y la tierra abundante; pero, sin embargo de que estuvieron muchos dias porfiando con el viento, no pudieron doblar la punta y se vieron en la necesidad de detenerse en la parte del Sur. De allí, al ver que las enfermedades y contratiempos se iban sucediendo, se trasladaron á una isleta, llamada Sarangan, situada en la misma costa del Sur de Mindanao. Aquí sembraron algunas sementeras de maíz, para entretener el tiempo, miéntras procuraban adquirir noticias de las tierras en donde pudiesen establecer una colonia española, y evitar las disensiones que los portugueses de las Molucas pudieran suscitarles; pero no tardaron en descubrir embarcaciones con emisarios de

los mismos, requiriéndoles que dejasen inmediatamente aquella isla, por ser de la demarcacion de Portugal. La respuesta de Villalobos fué, que en manera alguna trataba de perjudicar á su derecho, pues que tenía órden de su rey de no establecerse en las Molucas, y poder bastante para hacerlo en las partes que caian en la demarcacion de Castilla.

Por la respuesta de este general, y por la que dió despues Legaspi en Cebú, parece que entrambos ignoraban los límites de la nueva demarcacion, porque ninguno de los dos queria infringir los tratados celebrados entre los soberanos de España y Portugal, y sin embargo, creian que las islas del Poniente (llamadas Filipinas en esta expedicion de Villalobos, en contemplacion al príncipe D. Felipe, hijo del Emperador) caian fuera de la demarcacion trazada por el último convenio, la cual, segun Herrera, debia pasar de polo á polo por las islas de los Ladrones. Unos y otros procedian de buena fe, á no dudarlo, y los españoles llegaron á posesionarse formalmente de las expresadas islas, dejando á los portugueses pacíficamente en las Molucas, hasta que se unieron las coronas. En estas embarcaciones portuguesas habia algunos indios de Tidore, que se entendieron con los españoles en secreto, y los invitaron á que fuesen á su isla, para librarlos de la opresion en que los portugueses los tenian; pero Villalobos desechó sus pretensiones, porque se le habia prevenido lo contrario.

Entre tanto despachó este jefe uno de sus buques para la Nueva España, con el fin de dar noticia al Virey del mal estado de su gente, y descubrimientos he-

chos en su expedicion; pero no pudo pasar de los treinta grados de altura, más allá de las Ladrones, porque habiendo padecido allí una tormenta, se vió precisado á regresar á Filipinas. Los demas, despues de ocho meses de aguardar en Sarangan con pocos adelantos, salieron con intento de establecerse en Cebú ó en otra isla inmediata; pero las corrientes y los vientos contrarios los arrebataron á otra parte, y toda la escuadra se vió luégo en el mayor conflicto, porque los víveres se les iban acabando, con pocas esperanzas de remedio. Entónces Villalobos, contra el voto de los demas, se determinó á pasar á las Molucas con el único fin de reponerse de sus necesidades y averías en Tidore. Para justificarse mandó al escribano de la armada que le diese un testimonio en que constase no haber en sus naves otros víveres que un poco de arroz, el que, distribuido á dos onzas por cabeza en cada veinte y cuatro horas, sólo podia durar escasamente veinte dias, sin esperanzas de poder hallar otro socorro en las islas que dejaban. Con este documento se creia asegurado de la responsabilidad que pesaba sobre él; pero los pareceres singulares siempre suelen ser funestos. La escuadra llegó, en efecto, sin dificultad, el 24 de Abril de 1544 á Tidore; pero fué mal recibida, como era de suponer, por los portugueses, posesionados de la isla. Convencidos, sin embargo, de la necesidad que habia obligado á los nuestros á esta verdadera arribada, no les hacian mucha fuerza en un principio, para que se marchasen; pero no tardaron en requerirlos y amenazarlos, hasta que llegó á dicha isla un capitan humano, que cortó las diferencias, y permitió que los españoles se repu-

siesen de sus necesidades hasta que se marchasen á otra parte.

En esta ocasion observaron los expedicionarios de Villalobos una novedad muy digna de notarse. Celebraban la fiesta de San Márcos un dia despues que los portugueses de la isla, y por de pronto estaban en la persuasion que éstos tenian la cuenta del calendario equivocada; mas luégo habiendo examinado el punto con demostraciones astronómicas, hallaron que, sin embargo de la diferencia de un dia, todos llevaban bien la cuenta, porque este dia se gana ó se pierde, segun por donde se navega á dicho punto. Esta misma cuenta se llevó en Filipinas hasta el año de 1844, en el que, para uniformar su calendario con el de los que navegan á las Indias Orientales por la via del Oriente, se suprimió, de acuerdo de las dos autoridades, el dia de San Silvestre de dicho año. Con esta novedad se borró un perenne testimonio, que manifestaba haber sido los españoles los primeros que pasaron á la Oceanía por la via del Poniente.

III.

Villalobos, durante el tiempo de las treguas que los portugueses le otorgaban, se apresuró á enviar un buque á Nueva España para pedir algun refuerzo al Virey, porque de otra suerte ya no podia ni siquiera regresar de su desgraciada expedicion, cuanto ménos establecerse en las islas del Poniente. El buque salió

cargado de canela y otros efectos que se habian recogido en Mindanao; pero no tardó en regresar al mismo punto, impelido por los vientos. Noticioso entre tanto el virey de la India portuguesa de la llegada de los nuestros á Tidore, envió sin pérdida de tiempo sus apremiantes órdenes á su capitan de las Molucas para que los echasen inmediatamente de todas aquellas islas, de grado ó por fuerza. Con esto Villalobos se vió en el mayor conflicto, porque ni podia defenderse, ni sus buques estaban en disposicion de hacer un viaje peligroso, y en su vista, se vió en la dura necesidad de ponerse á discrecion de sus contrarios. Los portugueses se posesionaron de sus buques, y él con los restos de la expedicion se embarcó en uno portugués, con intento de regresar desde allí á la Península; pero no pasó de la isla de Amboino, en donde, no pudiendo soportar tantas contradicciones y reveses, cayó enfermo gravemente, de resultas de una melancolía muy profunda, que en breve lo condujo al sepulcro. Allí tuvo el consuelo de ser asistido por el apóstol de las Indias, San Francisco Javier, cuyos consejos saludables, si bien consiguieron resignarlo, no fueron eficaces para curarle; porque al fin, vencido por la enfermedad, murió poco despues en la misma isla de Amboino.

Con la muerte del General la gente de aquella expedicion se fué cada uno por su parte. Los religiosos Agustinos intentaron ir, desde allí, al imperio de China para predicar en él el santo Evangelio; pero los portugueses no se lo permitieron, porque no eran de su nacion, y se vieron precisados á embarcarse para Europa. Por Agosto de 1549 llegaron á Lisboa, habiendo

mpleado siete años en su malhadada expedicion. No ıé, sin embargo, infructuosa su mision, porque con ıs consejos saludables consolaron muchas veces á la ente, y fueron como exploradores evangélicos de las las, en donde sus hermanos debian empezar, despues e pocos años, á predicar y propagar la doctrina de la : á los gentiles.

Con esta desgraciada expedicion terminaron los co- atos del emperador Cárlos V, dirigidos á posesionarse e las Molucas é islas del Poniente, para atraer el opu- nto comercio de las especerías á España, y propagar ı ellas la verdadera religion. Magallánes, como se ha sto, hizo con mucha gloria su viaje hasta la isla de ebú, en cuyas cercanías pereció por el honor y lustre : las armas españolas; y aunque su escuadra tuvo el sgraciado fin que ya queda referido, una de sus na- s, sin embargo, logró dar la vuelta al mundo por la imera vez, y decidir, con las noticias adquiridas, á ıestros católicos monarcas á posesionarse de los paí- s que la divina Providencia les tenía reservados. oaysa y Saavedra adelantaron poco más que Maga- ınes en sus descubrimientos: sus fuerzas hubieran do suficientes para enseñorearse del Moluco y robus- cer el derecho que daba á su nacion el convenio de 'ordesillas; pero entrambos tuvieron la desgracia de legar al fin de su carrera con los buques destrozados r su gente aniquilada. Villalobos, por último, cuando enía todas las probabilidades de secundar los intentos lel piadoso Cárlos V, tuvo el desconsuelo de sufrir una erie de desgracias imprevistas, sus naves en poder de ıs rivales, y sometido él mismo á merced de un dés-

pota virey; último esfuerzo de aquel monarca poderoso, que con tanto empeño queria enarbolar el estandarte de la Cruz en estas partes, y participar del lucrativo comercio de Oriente.

El Sr. D. Felipe II, con la corona de España, heredó tambien el celo de su digno padre por la propagacion del Evangelio. Las islas Filipinas, que habian sido así denominadas por su respeto cuando áun no habia empuñado el cetro de Castilla, debian ser, por consiguiente, el objeto predilecto de su religiosa ambicion. Desde la desgraciada expedicion de Villalobos estaba abandonado el proyecto, tantas veces procurado y nunca felizmente obtenido, de conducir á España las especerías del Oriente por la via del Poniente, y propagar al mismo tiempo la religion de Jesucristo entre los isleños, á quienes los sectarios de Mahoma con las relaciones mercantiles reducian á su ley. El nuevo monarca no podia ignorar los sucesos referidos, y persuadido que de mandar otras expediciones á sus islas no perjudicaba á los derechos de Portugal, y que de ellas podrian resultar grandes utilidades á la religion y al Estado, propuso á su Consejo en 1558 que se tratase en él seriamente si sería ó no conveniente enviar otras expediciones á las referidas islas. El Consejo estuvo por la afirmativa, y en su consecuencia el 2 de Setiembre del mismo año expidió S. M. una cédula real, dirigida al virey de Nueva España, don Luis de Velasco, ordenándole que sin pérdida de tiempo dispusiese lo conveniente para la reduccion de las islas del Poniente. Este católico virey, no ménos celoso por la gloria de Dios que por los servicios del Monarca, vis-

ta la cédula real por el real acuerdo, trató de realizar sin pérdida de tiempo cuanto S. M. le ordenaba, aunque no pudo despachar la ya organizada expedicion, prevenido por la muerte. Sin embargo, no por esto desistió el Gobierno del proyecto. En Navidad se fabricaron dos navíos, un pequeño galeon y un patache; se juntaron cuatrocientos hombres con valientes y expertos capitanes, y se manifestó al P. Urdaneta que era voluntad del Rey, explicada en otra real carta, que acompañase aquella expedicion. Este religioso era varon de grandes prendas, y el más á propósito para dirigir con sus conocimientos y consejos la jornada. En la expedicion de Loaysa habia dado pruebas de su gran pericia en la náutica: estuvo algunos años en los países orientales, y se habia conducido siempre con prudencia en los reveses de aquella desgraciada expedicion. Era uno de los pocos que habian regresado á la Península cuando se arreglaron los negocios sobre las islas del Moluco entre España y Portugal; y habiendo regresado á Nueva España, desengañado de lo que puede dar el mundo, recibió el santo hábito de Padres Agustinos en la capital de Méjico. El Rey tenía noticias muy circunstanciadas de su mérito, y cuando determinó enviar su primera expedicion á las islas sobredichas, le escribió aquella carta, en la que le rogaba y encargaba que se embarcase en las naves que habian de salir para su descubrimiento, por la experiencia que tenía de aquellos países. El P. Urdaneta, sin embargo de su avanzada edad, no dudó hacer un costoso sacrificio, por la esperanza que tenía de que sus servicios podrian redundar en honor de su nacion y gloria de

Dios. Su provincial le dió cinco sacerdotes compañeros de su Órden, y los seis fueron destinados desde entónces para propagar la luz brillante de la fe en las islas Filipinas.

El capitan de la expedicion, con el título de general de mar y tierra, era D. Miguel Lopez de Legaspi, natural de Zumárraga, en Guipúzcoa, hombre de gran prudencia y valor, cual se requeria para el éxito feliz de la empresa. En él depositó el gobierno de la Nueva España la confianza de S. M., y no tuvo por qué arrepentirse de esta eleccion. El dia 21 de Noviembre de 1564 se hicieron á la vela (1), siguiendo el derrotero que habia llevado la escuadra de Villalobos hasta la distancia de cien leguas. Entónces abrió el general un pliego cerrado que contenia una órden de la Real Audiencia de Méjico, por la que se le prevenia que la jornada debia ser á las islas Filipinas, ú otras inmediatas á las mismas, que no estuviesen fuera de los límites de la demarcacion de la corona de Castilla, lo cual daba claramente á entender que no se tenía noticia de la línea divisoria que debia pasar por Marianas, ó que ya estaba olvidada. No era de este parecer el P. Urdaneta: habia propuesto al virey difunto que la expedicion se dirigiese á la Nueva Guinea, y en esta persuasion estaba hasta que vió las instrucciones dirigidas á Legaspi; pero ya entónces no podia retroceder, y tuvo que conformarse con lo mandado. Desde entónces se dispuso que el patache, como buque más pequeño, na-

---

(1) En el puerto de Navidad.

vegase al frente de los demas, para descubrir los bajos é islotes que hubiese en unos mares tan poco conocidos; mas á los cuatro dias de viaje abandonó á los demas y se fué á Mindanao. Su capitan era D. Alonso de Arellano, y su piloto un mulato llamado Lope Martin: como sabian que en aquella isla abundaba la canela, posponiendo el honor y la lealtad á la codicia, desertaron con ánimo de regresar á Nueva España, ocultando su maldad. Allí supieron la feliz llegada de Legaspi á Cebú, y sin embargo de que la tripulacion queria presentarse, los más culpados se mantuvieron firmes en su desercion, temerosos de perder sus intereses y la vida al llegar á la presencia de Legaspi. Esta nave volvió en efecto á Nueva España, y fué la primera que hizo el viaje redondo desde las islas Filipinas hasta allí, por lo cual los desertores todavía pretendian se les premiase, ántes de haberse descubierto su delito.

Las otras naves siguieron su derrota sin la guía del patache, y al llegar á las Ladrones fondearon en Guahan. Aquí refrescaron los víveres, y Legaspi volvió á tomar posesion de estas islas en nombre de la corona de Castilla, por cuyo motivo se le confirió despues el título de adelantado de las mismas, sin embargo de que ya lo habia hecho Saavedra mucho ántes. Sus naturales no rehusaban comunicar con los recien llegados y conducirles víveres en cambio de algunos efectos de Europa; pero luégo cometieron una maldad, que Legaspi castigó ejemplarmente. Los marineros solian pasearse por la playa sin que les aconteciese cosa alguna; mas luégo un grumete perdió la vida en manos de los

bárbaros, que lo mataron á lanzazos, dormido debajo de unos palmares. Legaspi, noticioso del suceso, mandó desembarcar alguna tropa, que vengó la maldad de los isleños. Poco despues de este suceso, á principios de Febrero, levaron anclas, y el 13 del mismo mes descubrieron las primeras islas Filipinas, y reconocieron luégo las costas de Samar y Leyte en demanda de los pueblos de Abuyoc y Tandaya, cuyos habitantes habian recibido bien á los españoles que ántes habian aportado en sus islas. Mas en esta ocasion ni quisieron darles víveres, ni recibirlos en sus pueblos. Legaspi, sin embargo, los dejó en paz y se dirigió á la isla de Bohol, en donde tuvo igual recibimiento; lo que no dejó de llamarle la atencion. Estando la armada fondeada todavía en frente de esta isla, se les acercó un buque de moros de Borneo: Legaspi les envió un bote para reconocerlos, mas habiendo despreciado los requerimientos y opuesto resistencia, fué luégo apresado con seis hombres solamente, porque habiendo muerto el capitan de una bala, los más se escaparon con un parao, ó embarcacion pequeña del país, más ligera que el bote de los nuestros. Entre los moros que no pudieron ó no quisieron escaparse, habia el piloto de su embarcacion y el factor de uno de los reyes de su isla, que luégo fueron de grande utilidad para Legaspi, particularmente el primero. Preguntados por intérprete sobre la calidad de sus personas y motivos de la resistencia que habian hecho, se sinceraron con franqueza: contestaron que eran de la grande isla de Borneo; que habian hecho aquel viaje con licencia y en interes de su rey para contratar con la gente de Mindanao, y que

si se habian resistido, fué porque juzgaban que los querian apresar. Legaspi, oida su respuesta, creyó que debia tratar con deferencia á estos hombres, y desde luégo los dió por libres, devolviéndoles su buque y cargamento.

Agradecidos los borneos por un favor que ya no esperaban, no tuvieron dificultad de satisfacer á todas las preguntas que Legaspi les hacia. Le manifiestan, en primer lugar, que sus mercadurías consistian en oro de su isla, benjuí para perfumes, hierro, ropas bastas y pintadas, de algodon, que extraian de la India, cuchillos y lanzas de acero, calderas y sartenes de hierro colado, armas de fuego, sonajas de cobre á manera de cazos aplastados, platos y tinajuelas de porcelana, cuyos efectos se fabricaban en Siam, China y Malaca, y los cambiaban por cera, pimienta, mantas gruesas, oro en polvo, esclavos y unos caracolillos de la mar, llamados sigais, que en algunas partes de la India servian y áun sirven de moneda. Los nuestros les mostraron sus efectos de Europa, que consistian en tafetanes, lienzos y paños de lana, espejos, abalorios, cascabeles y otras cosas de adorno, y en su vista les aseguraron que estas cosas en aquellas islas serian poco estimadas. Despues les sacaron algunas monedas y barras de plata de la Nueva España, las que apreciaron mucho, y los mismos empezaron á cambiarlas por algunas cosas que hacian falta á la armada, asegurándoles que aquella mercadería era de mucha estima en todas las regiones asiáticas. Como Legaspi trataba de enviar uno de sus buques á la Nueva España con canela, les preguntó tambien si por allí se hallaria esta droga en abundan-

cia, á lo cual le contestaron que en Mindanao la hallaria, así como tambien oro, pimienta y otros artículos de estimacion; y que á un pueblo de la misma isla, llamado Botuan, iban las embarciones mercantes de Luzon, que solian traer efectos de la China. Tambien averiguó que á pocas leguas de allí estaba la isla de Cebú, con cuyos habitantes tanto los moros de Borneo como los de Manila hacian buen comercio. Esta noticia fué muy satisfactoria para Legaspi, porque habia resuelto fijar su residencia en donde Magallánes habia aportado el primero de los navegantes europeos.

IV.

Faltaba todavía averiguar la verdadera causa de la esquivez y enemistad que le habian mostrado los pueblos de Leyte y Bohol, huyendo unos y recibiendo otros á los suyos con las lanzas, cuando le constaba por relaciones fidedignas que eran muy humanos. Los borneos, que no ignoraban estos hechos, le dijeron que no era de extrañar los hubiesen recibido y tratado como á enemigos, por que hacia como cosa de dos años que los europeos de las Molucas habian venido con ocho buques bien armados á Bohol y otros puntos, en donde al principio fueron amigablemente recibidos; pero que despues cometieron robos y asesinatos, llevándose cautivos á muchos de estos infelices. Legaspi no quiso dejar la isla de Bohol sin haberse sincerado y dejar bien asentado su buen nombre entre unos pueblos cuya

amistad le interesaba en gran manera. Ante todas cosas dijo á los borneos que ellos no eran los europeos de las Molucas, sino súbditos de otro rey, que los habia enviado para el bien de estas islas, y que, por consiguiente, no se les podian imputar en manera alguna aquellas tropelías, cometidas tal vez para hacerles odiosos, y esquivar á los naturales del país de su amigable trato. Luégo le rogó que desengañase en su nombre á Sicatuna, reyezuelo de la isla, del error en que estaban sus vasallos de mirarlos como europeos de las Molucas, y que no temiese en tratar con ellos; pues debia estar seguro que ningun daño les habian de hacer. Los borneos se ofrecieron desde luégo á ser mediadores de la paz que Legaspi deseaba entablar con Sicatuna, y al efecto el principal de ellos bajó á tierra y se vió con este régulo, dándole razon de cuanto el General le habia manifestado. Sin embargo de la amistad que mediaba entre el moro y Sicatuna, éste se portó en un principio con gran desconfianza; temia alguna traicion y nuevos daños, porque no podia persuadirse que la gente de Legaspi fuese diferente de los portugueses, que ántes los habian tan injustamente maltratado. Condescendió al fin, y prometió que celebraria paces con los europeos de los buques que tenía en frente de su isla, siempre que uno de sus principales bajase á sangrarse con su hijo. Esto era un juramento, cuya ceremonia consistia en echar en un vaso lleno de agua algunas gotas de sangre de los que celebraban el tratado, y beberla en seguida. Legaspi no tuvo la menor dificultad en aceptar esta propuesta, y desde luégo envió á uno de los suyos á la isla, acompañado del borneo,

para practicar la diligencia que propuso Sicatuna, encargándoles que dijesen á este régulo que deseaba fuese en persona á saludarle en sus naves. La ceremonia de la sangre se llevó á efecto sin la menor dificultad, y desde aquel momento se consideró Sicatuna como aliado de los nuestros. No depuso, sin embargo, toda su desconfianza; porque cuando trató de embarcarse para satisfacer á los deseos de Legaspi se detuvo en la playa, y envió á éste un recado haciéndole decir que bajase él primero á su isla sin acompañamiento de gente armada. Pero el General le hizo contestar que representando la persona de un monarca poderoso, no le era permitido desamparar la escuadra que le habia confiado; que si tenía verdadera voluntad de ser amigo, podia sin recelo subir á su navío, y que en todo caso le enviaria para su satisfaccion á dos hombres de los suyos, y otros tantos moros de Borneo sus conocidos. Entónces Sicatuna ya se determinó á presentarse á Legaspi en su navio, de quien fué honrosamente recibido y tratado. Luégo le manifestó que por entónces no trataba de otra cosa que tener relaciones con su gente, recibir comestibles y efectos de la isla, en cambio de otros que él traia de Europa, y que nadie de los suyos les habia de hacer la más pequeña violencia. El régulo accedió sin dificultad á cuanto le propuso; le dió satisfaccion de su desconfianza, y le confirmó la noticia que le habian dado los borneos sobre que los portugueses de las Molucas, dos años ántes, le habian hecho traicion y causado muchos daños. Estas relaciones amistosas proporcionaron á Legaspi cuanto habia menester para remediar las necesidades que padecia la escuadra,

porque los boholes empezaron desde entónces á conducirle víveres, y le franquearon sus maderas para la carena de los buques.

Entre tanto trató Legaspi de averiguar la posicion y estado de Cebú y de las islas más vecinas. Á este fin despachó con uno de sus buques el piloto mayor de la escuadra, á quien acompañó el piloto borneo, que era muy inteligente y estaba perfectamente enterado de la situacion de todas ellas. Al salir le fijó cierto número de dias dentro de los cuales debia regresar; pero los vientos contrarios y las corrientes no le permitieron terminar la comision en el tiempo prefijado. Su tardanza inquietó al General, y pidió á Sicatuna enviase una de sus embarcaciones para averiguar el paradero de su buque; mas éste no tardó en presentarse sin haber sido visto de aquélla. Este reconocimiento produjo los buenos resultados que Legaspi podia prometerse: en vista de las informaciones del piloto, trató en una junta si sería conveniente establecerse en la capital de la isla de Cebú, y fijar allí su residencia como centro de sus operaciones. La junta resolvió la parte afirmativa, y en su consecuencia la escuadra levó anclas y se presentó en frente de Cebú.

El dia 27 de Abril de 1565, dos meses y medio lespues de haber llegado la escuadra á las primeras isas Filipinas, fondeó en la ensenada de Mandave, y uégo requirió el General pacíficamente al reyezuelo le Cebú. Tupas, que era el nombre de este principal, o recibió mal á los enviados de Legaspi; les contestó n todo conforme á sus deseos y les aseguró que el dia iguiente iria personalmente á visitarle en sus naves;

pero entre tanto determinó asegurar cuanto tenian los suyos en la poblacion, y oponerse con las armas al desembarque de los españoles que tenía á la vista. La mala fe de este régulo fué luégo descubierta, porque los nuestros desde las naves observaban que los cebuanos trasportaban á toda prisa por mar y tierra sus haberes á otras partes. No faltaron en la escuadra hombres animosos que representaron al General la necesidad de llevar á efecto el desembarque cuanto ántes, y castigar la doblez con que Tupas procedia; mas aquel prudente jefe, que trataba de asegurar la dominacion española en estas islas con modos humanos y pacíficos, tuvo paciencia de aguardar inútilmente que el régulo cumpliese espontáneamente su palabra. Al dia siguiente le envió una comision, presidida por el P. Urdaneta, que tenía el título de protector de indios, el cual le hizo presente la falta de no haber dado cumplimiento á su promesa, y volvió á requerirlo que dentro de dos horas se presentase sin falta al General para celebrar amistosamente un tratado, y que si se negaba á su requerimiento, le dijese francamente los motivos que tenía para ello. Disculpóse Tupas, pretextando que no habia ido á visitar al General por cortedad y miedo; pero que de nuevo prometia que iria dentro del plazo señalado. Se pasaron las dos horas y no compareció; se repitió el requerimiento y todo fué en vano, porque aquel régulo sólo trataba de ganar tiempo y burlar la buena fe del General. Éste, sin embargo, tuvo suficiente calma para enviarle una cuarta comision, la que ya fué recibida con las armas. La poblacion de Cebú ya estaba á la sazon exhausta de gente: sólo habian

quedado los varones de armas tomar, que reunidos en un gran número de pequeñas embarcaciones y grandes pelotones en la playa, trataban de recibir hostilmente á nuestra gente. Áun entónces no quiso Legaspi usar de violencia con los imprudentes cebuanos, sin oir el voto de los capitanes de la escuadra, los cuales unánimemente decidieron que se hallaban en el caso de rechazar la fuerza con la fuerza.

Esta medida, aunque violenta, estaba apoyada en la justicia: el honor nacional habia sido vulnerado por la doblez y mala fe con que habia procedido el jefe de Cebú: la gravísima injuria que este pueblo habia hecho á la escuadra del malogrado Magallánes no estaba todavía satisfecha ni vengada. La perfidia de Hamabar, que con capa de amistad habia quitado la vida cruelmente á Serrano y compañeros cuando sólo trataban de refrescar sus víveres é ir á las Molucas, es uno de aquellos casos que justifican la declaracion de guerra contra cualesquiera soberanos; y Legaspi en esta ocasion podia castigarla, ó pedir una satisfaccion condigna; y sobre todo, el modo hostil con que ahora reciben á sus enviados lo provocaba á la guerra, la que no debia ni podia rehusar, siendo bastante poderoso para dejar en buen lugar el pabellon victorioso de Castilla. Ordenóse, pues, el desembarque: los buques se pusieron en órden de batalla, echáronse los botes á la mar, y la gente armada se fué acercando bien prevenida á la playa. La sola artillería de los buques fué bastante para despejar el campo, porque los cebuanos, al ver los estragos de las balas, llenos de un pánico terror, se pusieron en precipitada fuga; de suerte que la tropa á

su llegada ya no halló enemigos que les hiciesen resistencia. Los mismos indios en su retirada, llenos de despecho, incendiaron á Cebú, y los españoles salvaron muchas casas, de las que se posesionaron como cosa abandonada. De esta suerte quedó Legaspi en un momento dueño de aquella poblacion, provocado por sus mismos habitantes á una guerra, que trataba seriamente de evitar.

En una de las casas que se preservaron del incendio se halló una imágen preciosa, que representaba el niño Dios. Era de una tercia de alto con camisa de volante, ropa de damasco colorado y un gorro flamenco de velludo: llevaba en la mano una esfera y en el cuello una crucecita colgada de una cadena de oro. Hallóla un afortunado marinero vizcaíno, llamado Juan Camus, al registrar la casa, metida en una caja de pino y liada con una cuerda de cáñamo, materia que no se halla en el país. El gozo de que se hallaba poseido el piadoso marinero al descubrirla, no es posible describirle; aunque la caja estuviera llena de piedras preciosas, no pudiera expresarse con mas satisfaccion y alegría. Una novedad tan rara debia de llamar precisamente la atencion de los presentes: en su vista se hincaron todos de rodillas delante de la imágen prodigiosa, la adoraron llenos de una santa emocion, y dieron gracias al Señor, que de esta suerte se dignaba consolarlos, endulzando sus fatigas, sufridas por la gloria de su nombre. No se pudo averiguar de positivo cómo y cuándo adquirieron los cebuanos esta prenda de amor; pero es verosímil la llevasen á esta poblacion los primeros españoles de la expedicion de Magallánes. Ni hace fuer-

za el dicho de los indios, que despues aseguraron haberla poseido de tiempo inmemorial; porque los cuarenta y cuatro años que habian transcurrido desde entónces, eran suficientes para borrar de su memoria el tiempo y circunstancias de su adquisicion. Puede ser tambien que los cebuanos ocultasen de propósito estas mismas circunstancias, para que no se les privára de un tesoro, que sin conocerlo apreciaban. Sin embargo de las súplicas que despues hicieron á Legaspi para que les devolviese la sagrada imágen, no fueron atendidos. El Santo Niño fué considerado como propiedad de la armada, y Legaspi, como general de ella, lo entregó á los PP. Agustinos que lo acompañaban, quienes lo colocaron desde luégo en una iglesia subsidiaria, que luégo se fabricó bajo la invocacion del Santísimo Nombre de Jesus. Su invencion fué el mismo dia en que los españoles se posesionaron de Cebú; esto es, el dia 28 de Abril de 1565.

V.

Sin embargo de que los cebuanos abandonaron su poblacion, huyendo de los nuestros, de noche solian hacer sus correrías y molestar á los centinelas que velaban por la seguridad del campamento. Fiados en la escabrosidad y maleza del terreno, se insolentaban de tal suerte, que una vez consiguieron pegar fuego en los cuarteles que se habian levantado para la tropa. Entónces mandó el General arrasar las arboledas y

malezas en derredor del campamento, y construir u fuerte de empalizada, cuyas sencillas diligencias fuero suficíentes para precaver los daños que podian medit: los enemigos, los cuales, refugiados entre tanto en l cercanos bosques, padecian muchas privaciones y m lestias. La obra del fuerte se principió el 8 de May dia en que celebra la Iglesia la aparicion de San Mi guel, cuya circunstancia, con la de llamarse con est nombre el General, motivó el haberse dado este mis mo nombre á la nueva poblacion.

Algunos principales de Cebú, al fin, fueron depo niendo el miedo, y acercáronse al campamento, mos trando deseos de confederarse con los nuestros. Cuan do se les echaba en cara las hostilidades nocturnas, la atribuian á otros enemigos; y al proponer las amista des, les hacia contestar Legaspi que no podia con cluirse cosa alguna miéntras no se presentase Tupas su señor. Despues de muchas instancias y demandas se presentó al campamento uno de los principales, qu dijo ser hermano de este régulo, y aseguró al General que á la sazon estaba muy léjos de allí, pero que n tardaria en presentarse, siempre que se le diese un sal voconducto y se le perdonase lo pasado. Legaspi, qu no aspiraba á otra cosa, accedió á sus propuestas, y l dió cuantas seguridades podia desear; pero el régulo cuya mala fe le hacia cada vez más receloso, no se re solvia á cumplir lo prometido, hasta que, al fin, com pelido por las instancias repetidas de los suyos, com pareció á la presencia de Legaspi. Iba acompañado d Tamoyan y otros principales de la isla, y fué recibid de aquel jefe con agrado: le dijo, sin embargo, qu

extrañaba en gran manera hubiese tardado tanto tiempo en cumplir lo que tantas veces habia prometido, puesto que hasta entónces ningun agravio habia recibido de su gente, y sólo se trataba de asegurar la paz, que á todos convenia.

Contestóle Tupas que él tambien deseaba por su parte estar en paz con ellos y celebrar tratados amistosos, y que no habia comparecido ántes por temor. Entónces dirigió Legaspi á todos la palabra y les habló así: «No podeis ignorar ¡oh cebuanos! lo que sucedió en tiempo de Hamabar, soberano de la isla, con los españoles de la expedicion de Magallánes. Éste era un general que venía, como yo, en nombre de mi rey; fué recibido como amigo, y prendado aquel régulo de su amable trato, recibió su religion, con muchos de los suyos, prometiendo por un tratado guardar fidelidad al Rey de España. Magallánes murió luégo, peleando como bueno contra los enemigos de Cebú, y ¿cómo correspondisteis á las finezas de vuestros aliados? Léjos de consolarlos por la pérdida de su amado general, asesinasteis luégo alevosamente á Serrano, que le habia sucedido en el mando (1) con veinte y cinco compañeros. Mas yo, si bien pudiera ahora castigar un atentado tan atroz, no trato de vengar injurias pasadas, sino tan solamente de que renoveis el tratado que ántes celebrasteis con Magallánes. Ni creais que os recuerde vuestros yerros para confundiros con su memoria, sino para que conozcais el valor de la clemencia, y sepais

(1) Ya se ha indicado que, segun otros autores, no fué Serrano sino Barbosa el jefe que sucedió á Magallánes en el mando.

apreciar el perdon que os ofrezco en nombre de mí rey, os mostreis rendidos á este soberano, y le profeseis amor y lealtad. Pagaréis un escaso reconocimiento, y yo os admitiré debajo de su poderosa proteccion.» Escucharon los cebuanos muy atentos la arenga de Legaspi; se excusaron de la deslealtad de sus antepasados, que les habia recordado, echando la culpa á sus autores; le agradecieron el perdon, y le ofrecieron desde luégo pagar el conocimiento que les pedia, segun sus fuerzas. Luégo añadió Legaspi que convenia se determinasen los precios de los comestibles que necesitaba para el abasto de su gente, con el fin de evitar contiendas y disgustos, y les señaló tres dias para que deliberasen de comun acuerdo lo que más les importaba, y despues no alegasen ignorancia de lo que habian ofrecido. De esta suerte se terminó la primera conferencia. Tupas y los principales de Cebú dieron á entender al General que les parecia bien cuanto les habia dicho, y le prometieron volver á darle la última respuesta dentro del plazo señalado.

Se ignora lo que los cebuanos resolvieron al separarse de la presencia de Legaspi; pero lo cierto es que se pasaron los tres dias aplazados, sin que Tupas ni otro alguno de aquellos principales compareciese, figurándose quizás que los españoles, á quienes no podian rechazar, hostigados por la necesidad, al fin abandonarian á Cebú. Entre tanto sucedió un lance lastimoso, que contribuyó en gran manera al desenlace del asunto principal. Un gentil-hombre de Legaspi, paseándose, contra su órden, fuera del campamento, fué atravesado por una lanza enemiga; le cortaron inme-

diatamente la cabeza, y se la llevaron embarcados, sin ser vistos ni sentidos. Luégo que Legaspi tuvo noticia de este atentado, envió al maestre de campo D. Mateo del Saus con una partida de soldados, para averiguar el caso y castigar á los culpados. Dirigióse hácia donde se habian refugiado los agresores; pero á su llegada sólo halló en unas chozas miserables siete mujeres, que prendió y llevó al campamento. Ésta fué la única satisfaccion que se pudo tomar de aquel asesinato; pero la prision de estas mujeres fué un medio poderoso para establecer las paces entre los españoles y naturales de la isla.

Durante la ausencia del maestre de campo, Legaspi se quedó en el real, y dispuso que los gentiles-hombres le hiciesen la guardia para el decoro y seguridad de su persona. Esta disposicion era muy justa y natural, y, sin embargo, ellos sintieron vivamente que se les exigiese un servicio á que no estaban acostumbrados, y no faltó entre ellos quien tuvo el descaro de decir al General que hacer la guardia era más propio de lacayos que de gentiles-hombres. Este jefe sintió, como era natural, tamaño insulto, pero creyó que por entónces debia disimular, para evitar mayores males. No fué de este parecer el maestre de campo; porque, noticioso del suceso, procuró que se disolviese aquel cuerpo, y los que lo componian fuesen agregados á las demas compañías de soldados, supuesto que en su concepto sólo les servia de lujo aquel título. Esta medida exasperó de tal manera á aquellos hombres insolentes, que se precipitaron en su vista á cometer un atentado, que pudiera haber sido la ruina de todo el campamento; por-

que incendiaron la casa en donde se habia quedado el General, que, como construida de materiales combustibles, cerca de los reales almacenes, todos los haberes de la armada estuvieron en inminente peligro de perderse. Desde luégo se sospechó quiénes pudieran haber sido los culpados; en su consecuencia se practicaron diligencias, y dos individuos del cuerpo suprimido fueron probados criminales, y expiaron, como incendiarios, su delito en la horca para escarmiento de los demas.

Poco despues de este suceso deplorable envió Legaspi uno de sus buques á la Nueva España, con el fin de pedir más gente y dar cuenta de sus descubrimientos al superior Gobierno. Nombró cabo mayor de él á su nieto, D. Felipe de Salcedo, y encargó la derrota y direccion del viaje al padre Fr. Andres de Urdaneta Zarparon de la ensenada de Cebú el dia 1.º de Junio del mismo año, y habiéndose remontado hasta los 36 grados por las islas de los Ladrones, el 30 de Octubre llegaron sin novedad especial al puerto de Acapulco La noticia de su llegada, y la relacion que hicieron verbalmente de los sucesos de la escuadra, causaron mucha sensacion en la capital del Nuevo Mundo, porque nada se sabía aún de estos hechos. En su vista se repicaron las campanas en señal de regocijo, cuya práctica se continuó despues por mucho tiempo, siempre que llegaba á Nueva España algun galeon de Filipinas. El P. Urdaneta prosiguió su viaje hasta la córte; entregó al Rey la correspondencia de Legaspi y le dijo de palabra cuanto deseaba saber de su larga expedicion. Á su llegada, D. Alonso de Arellano, capitan

del patache que habia desertado de la escuadra de Legaspi, estaba en la misma córte negociando recompensas por haber sido el primero que dió la vuelta á Nueva España desde las Filipinas; pero su maldad fué desde luégo descubierta con las relaciones de Legaspi é informes de aquel distinguido religioso. En su vista, fué metido desde luégo en una cárcel, y despues enviado á Nueva España bajo partida de registro, con órden de que fuese enviado á Legaspi para que lo castigase. El P. Urdaneta, concluidos sus negocios, volvió á la ciudad de Méjico, y terminó sus dias entre los hermanos de su Órden, con opinion de gran virtud.

Legaspi en Cebú, no desviándose un paso de la senda que le habia trazado su gran prudencia, se hacia querer de sus mismos enemigos. Una de aquellas mujeres que prendió Saus cuando salió para castigar el asesinato del gentil-hombre, le suplicó que le permitiese ir con su criada para llamar á su marido, asegurándole que sin falta volveria. Sin embargo de que no parecia cuerdo el fiarse de la palabra de una mujer que no se hallaba con la libertad suficiente, el General le otorgó lo que pedia, y conociendo por su aire que no era ordinaria, le encargó que procurase hacer saber á Tupas que lo estaba aguardando. Cumplió la india, en efecto, su palabra, y dió satisfaccion á los deseos de Legaspi, pues Tupas no tardó en enviarle un moro que sabía la lengua malaya, para que le comunicase por su medio lo que bien le pareciese, y dijese al mismo tiempo lo que pedia por el rescate de las presas. Legaspi recibió muy bien al emisario, y le dijo que estaba muy sentido de Tupas y principales, ora por

no haberle cumplido la palabra de volver á su presencia dentro de los tres dias designados, ora por la muerte alevosa que habian cometido en uno de sus gentiles-hombres. Por lo que tocaba á la libertad de las mujeres, le aseguró que se la otorgaria, tan pronto como la paz se asentase, sin ninguna clase de rescate, y que entre tanto estarian bajo su cuidado, bien tratadas. Se despidió el moro de Legaspi, y no tardó en volver al campamento con dos principales cebuanos, llamados Maquiong y Catipan, de los cuales el primero era marido de una de las presas, y padre de otras dos. Habiendo á su llegada pedido audiencia á Legaspi, se le presentaron y le dijeron que, noticiosos del buen trato que se daba á las presas, entre las cuales tenía el uno á su mujer y dos hijas, estaban muy agradecidos; y que supuesto no queria permitirles se fuesen á sus casas, que á lo ménos no les negase á ellos el consuelo de estar entre los suyos. Legaspi, en vista de una accion tan noble y generosa, accedió gustoso á sus deseos y procuró ganarles el afecto. Por este medio consiguió el prudente General lo que no pudiera con las armas, porque aquellos principales, vencidos por los beneficios que recibian con frecuencia de los españoles, empezaron á cobrarles aficion, y luégo allanaron el camino para terminar las negociaciones de la paz.

Maquiong fué el primero que se ofreció á ser amigo de los españoles y súbdito de su gobierno, y Legaspi le dijo entónces francamente que era necesario establecer la paz, llevando á efecto las propuestas que ántes les habia hecho. Desde entónces este principal y su compañero Catipan se constituyeron mediadores

tre el General y los principales de Cebú. El dia si-
iiente volvieron á su alojamiento llevando á un hijo
: Tupas, y le dieron cuenta del buen estado del ne-
xcio. Entónces Maquiong se quedó en el campamen-
ı con el nuevo compañero, sin duda con el fin de
acerle observar que los españoles no eran tan fero-
ɛs como creian, y Catipan volvió á verse con el ré-
ulo para decidirlo á que aceptase las proposiciones
e Legaspi. No se cumplieron en este dia sus deseos;
ias el régulo, ya determinado, envió á Legaspi cuatro
ombres, asegurándole que el dia siguiente se le pre-
:ntaria, lo que al fin cumplió, acompañado de algu-
os principales y sesenta hombres de respeto, como
uardia de honor. El General lo recibió sin muestras
e resentimiento, pero con la gravedad que la visita
eclamaba, y dirigiéndole en seguida la palabra, le dijo:
Extraño es ¡oh Tupas! el poco aprecio que has hecho
e la amistad y perdon de los agravios que te habia
frecido en nombre de mi rey: me has mirado con la
esconfianza de enemigo, y has preferido las molestias
incomodidades de la fuga á la compañía de los que
emos venido de lejanas tierras para colmaros de feli-
idad y gloria. Habla, en fin con claridad: elige entre
ı guerra y la paz; y sin embargo de que repetidas
eces me has provocado á lo primero, todavía tienes
iempo para meditar acerca del partido que más ven-
ajoso te parezca.» Enterado Tupas del lacónico dis-
:urso de Legaspi, le contestó, por medio de intérprete,
que siempre habia tenido voluntad de concluir los tra-
tados comenzados; que su tardanza en presentarse más
habia procedido de vergüenza que de malicia; porque,

sin embargo de que no rehusaba pagar el reconoc miento que le habia anunciado, la necesidad que p decian sus vasallos le ponia en el caso de faltar compromiso, y que, finalmente, hablándole con claridad que le inspiraba la confianza con que lo tr taba, debia decirle que siempre habia temido á gente; pero que ya estaba convencido que la paz amistad con él era el partido más ventajoso que pod adoptar, y que en su consecuencia desde aquel m mento él y sus vasallos se colocaban bajo la proteccic de su monarca, y le prometia por sí y sus descendie tes guardarle lealtad. Legaspi admitió desde luégo los cebuanos la sujecion que ofrecian por medio Tupas, su señor, á la corona de Castilla, y para firmeza de un hecho de tanta gravedad se extendier por escrito los conciertos con las formalidades neces rias. Sentimos carecer de este documento important que sería, á no dudarlo, un rico ornamento para historia de las islas Filipinas.

Desde aquel dia los cebuanos entraban y salian co frecuencia en el real ó campo de los españoles, y l principales repetian sus visitas á Legaspi, atraidos m bien por los regalos que les hacia que por el afec que en la apariencia le mostraban. La visita más in teresante de que hablan las historias antiguas de l islas, fué sin duda la que le hizo la mujer del régul llevaba en su comitiva muchos deudos y principal de la isla, que de dos en dos iban entrando en la e tancia del General. Detras venía la señora, cercada d mujeres bien vestidas con faldellinas y mantas bord das con flores muy vistosas; llevaban en la cabeza un

adornos curiosos hechos de palma fina, con guirnaldas de flores naturales con mucha gracia. Tenian, ademas, en los piés y muñecas una especie de argollas, y en los dedos anillos de oro abrillantado, de quilates muy subidos. Todos entraban cantando, á excepcion de la señora, que andaba con mucha gravedad, apoyada sobre los hombros de dos niños. El General la recibió con la afabilidad posible, la obsequió como convenia, la convidó á su mesa, y despues la regaló muy buenas ropas y dos sartos de perlas finas, con otros adornos de buen gusto. Al fin de la visita salió con el mismo órden que habia guardado en la entrada, muy satisfecha y prendada de la fineza y obsequios de Legaspi.

Luégo que los cebuanos empezaron á tratar amigablemente con los nuestros, tambien los padres misioneros procuraron dar principio á la propagacion del Evangelio. Ante todas cosas hicieron admirar á los infieles la majestad del culto é imponentes ceremonias de nuestra santa religion, y luégo les hablaron de la ley santa del Señor, cuya doctrina admiraban, y no pocos mostraron poco despues deseos verdaderos de abrazarla. Pero el ejemplo de los que habian recibido el santo sacramento del Bautismo en tiempo de Magallánes los hizo cautos, y en su vista anduvieron con mucha circunspeccion en esta parte en un principio, administrando solamente las aguas de salud á los que daban pruebas de perseverancia con las obras. Una sobrina de Tupas, ofrecida por este régulo á Legaspi para el servicio de su casa, fué la primera que tuvo la dicha de ser regenerada. Este jefe quiso tener el gusto de apadrinarla, y le puso el nombre de Isabel,

por ser éste el de su mujer difunta; procuró solemn zar el acto con muchas demostraciones de regocijo, luégo él mismo dotó á la nueva ahijada y la casó c Andres, calafate de la armada.

VI.

El mayor trabajo que á la sazon afligia á Legas era la escasez de víveres que su gente padecia: hab ya algunos meses que se hallaban en Cebú, y los n turales de la isla, á pesar de los ricos retornos que l ofrecian, no trataban de llevar comestibles al rea táctica de que habian echado mano los que los ma daban, á fin de que los españoles los dejasen. Pero fin, lo que no pudieron conseguir de los que ya er considerados como amigos, lo consiguieron de un moros cuyo país todavía ignoraban. Eran éstos un mercaderes de Luzon procedentes de Manila, que entónces era córte de los rajáes que dominaban en s costas, los cuales, noticiosos de la llegada de los nue tros á Cebú, y de los ricos cambios que tenian, apresuraron á llevarles arroz y otros comestibles. L gaspi los recibió á su satisfaccion, les tomó todo el a roz á precios subidos, y consiguió por este medio q le condujesen más cantidad de este cereal de la isla Panay, no distante de Cebú, en donde abundaba. De de entónces concibió Legaspi el proyecto de traslad su campo á Manila, en atencion á ser país más abu dante, y á la escasez de víveres que experimentaba

Cebú. Con este fin, al despedirse los moros mercaderes, encargó á Mahomat, uno de ellos, que dijese de su parte al jefe de Manila que pensaba enviarle una embajada para celebrar con él tratados amistosos.

A consecuencia de esta escasez de víveres, que tanto afligia al General, se apoderó el descontento de algunos hombres inquietos, que deseosos de aliviar los males que todos padecian y mejorar de posicion, trataron de fugarse con uno de los buques de que se componia la pequeña escuadra española. Su intento era robar lo que pudiesen, barrenar los demas buques para que no pudiesen perseguirlos, y refugiarse en Francia, que siempre solia estar en guerra en aquel tiempo con España. La conspiracion fué descubierta un dia ántes del aplazado para llevarla á efecto, por haberla delatado un veneciano, llamado Juan María, uno de los principales conjurados. Legaspi, en su vista, prendió á los culpados, los encausó, y resultando criminales Pablo Hernandez, Pedro Prim y Jorge Griego, los dos últimos el dia siguiente amanecieron ahorcados; el primero se fugó, pero luégo la necesidad le obligó á entregarse, y sufrió la misma pena. Castigados los cabezas de la conspiracion, desistió el General de las pesquisas comenzadas; pero hizo una arenga delante de todo el campamento, afeando como convenia un atentado que podia destruir las esperanzas que de tantos sacrificios hechos hasta allí debian prometerse.

El ejemplar castigo ejecutado en las personas de aquellos criminales, si bien produjo por de pronto los efectos deseados, no fueron estos, sin embargo, de larga duracion, porque no habia sido posible todavía



remediar el mal que habia motivado la conspiraci de aquellos infelices. En efecto, otros mal content que no sabian resignarse en la adversidad presente, t maron una nueva insurreccion, con intento de aba donar el campo de Cebú y pasarse á los portugue del Moluco. Hallábanse al frente Juan Nuñez Carrio Miguel Gomez y un tal Chaves, los cuales, practic das las diligencias oportunas, tambien fueron ahorc dos. Con estos castigos, al parecer severos, pero m saludables, atendidas las apremiantes circunstancias que todos se hallaban, atajó el General el contagio q iba cundiendo en su campo, y aseguró la tranquilid y salud de los demas. El rigor que desplegaba Legas contra los principales criminales, hermanado con clemencia en los demas, contribuyó en gran mane al éxito feliz que tuvieron sus empresas; porque gente que tenía á la sazon era en extremo necesa para hacerse respetar de los isleños entre quienes h bitaba, y por otra parte no convenia tolerar la ins bordinacion.

Entre tanto, con sus pocas fuerzas disponibles, L gaspi se iba suavemente apoderando de los demas pu blos de Cebú é islas circunvecinas, unas veces forza por la necesidad, y otras llamado por sus mismos h bitantes, que se sometian espontáneamente á su g bierno para que los defendiese de la tiranía de ot enemigos. De este sistema de conquista, sin derran sangre ni oprimir con vejaciones á los pueblos, obtenia el objeto deseado, porque los amigos se le m traban más afectos y los vencidos más sumisos. En u de estos lances envió al capitan D. Martin Goiti

cien hombres contra unos pueblos que molestaban á sus aliados de Cebú, en cuya expedicion fué tan afortunado este jefe, que de paso, sin echar mano de la fuerza, consiguió que otros muchos pueblos reconociesen el Gobierno; pacificó á los pueblos enemigos sin haber muerto un solo hombre, y regresó con dos embarcaciones cargadas de comestibles al campo de Cebú. Toda esta isla á los pocos meses ya estaba sometida á la obediencia de Legaspi, á excepcion de los pueblos de Mactan y Gabi, que se mantenian en su independencia. Sus habitantes, persuadidos de que eran impotentes para oponerse hostilmente á las armas españolas, se dispersaron, y persuadieron á los de otros pueblos desafectos que no sembrasen aquel año, para que de esta suerte los españoles se viesen en el caso de marcharse de su isla, impelidos por el hambre. Un hecho semejante refieren las historias de los indios de Haiti, que contribuyó en gran manera á su despoblacion, sin que por esto los españoles pereciesen. Lo mismo sucedió, á corta diferencia, en Cebú, porque Legaspi, noticioso de la necedad de los isleños, se proveyó de víveres á tiempo, y la malicia de aquellos seductores recayó sobre todos sus paisanos.

El mismo Goiti fué enviado poco despues con sesenta hombres á los pueblos de Aboyoz y Cabalian; por medio de los cambios que llevaba, consiguió en breve un acopio muy considerable de arroz, y sujetó de paso aquellos pueblos, cuyos habitantes no se resistieron á reconocer el gobierno español. No fué ménos feliz el maestre de campo en su expedicion á Mindanao, porque, sin embargo de que su viaje fué más

largo de lo que se habia calculado, regresó á Cebú c
más de mil fanegas de arroz, y aseguró á Legaspi q
todos los pueblos de Butuan, isla de Negros y Pan
reconocian su gobierno y habian ofrecido pagar trib
to anual de todo lo que tenian.

El capitan Juan de la Isla tambien habia salido
Cebú, como los anteriores, en demanda de arroz: il
convoyado por el segundo; mas luégo se dividiero
andando cada uno por su parte, para dar cumplimie
to á las disposiciones de Legaspi. Cuando ya trata
de regresar á su destino, y andaba por aquellas isl
buscando al compañero, descubrió un galeon c
bandera española, que habia sido enviado desde Ac
pulco para reforzar la escuadra y gente de Cebú. E
el navío San Jerónimo, cuyos sucesos lastimosos
pueden omitirse sin hacer injuria á la historia. Su via
desde allí á Filipinas fué una serie no interrumpi
de desgracias, ocasionadas por la imprevision y mal
cia de los hombres. Su capitan, ó cabo mayor, e
D. Pedro Sanchez Pericon, y su sargento mayor d
Juan Ortiz de Mosquera, los cuales, al salir de Méji
para embarcarse, ya estaban enemistados. Desgraci
damente éste, poco despues de haberse hecho el nav
á la vela, contrajo amistad con el piloto Lope Marti
aquel mulato que, habiendo desertado con el patac
de la escuadra de Legaspi, era enviado en esta ocasi
á la presencia de este jefe para que lo castigase,
por consiguiente estaba en disposicion de comet
cualquiera atentado. A los pocos dias de viaje, Mo
quera, que ya habia tenido varios disgustos con Pe
con, determinó asesinarlo. Combinado con otros d

'ados, entró de noche en la cámara de este capi-
lesgraciado, y lo asesinó atrozmente con su hijo,
ando en seguida sus cuerpos palpitantes á la mar.
s de ruborizarse el asesino por un delito tan atroz,
la desfachatez de publicarlo por sí mismo á la
e, añadiendo que tenía motivos para ello, y que
. razon de su conducta en Cebú; pero no tardó en
r el atentado. El mulato en cuyo arrojo confiaba,
u verdugo. Dueño el asesino del mando del navío,
emistó con éste y trató de asegurarlo; mas no
á efecto su intento, porque se lo estorbaron sus
os. Resentido éste de la conducta de Mosquera,
ibió el proyecto de vengarse, y para conseguirlo
concilió con él, y despues le persuadió que con-
hacer una justificacion en forma de lo ejecutado
os asesinados; porque decia que la gente estaba
ntenta; que al efecto debia dejarse prender; que
omo piloto mayor, le formaria la sumaria á su
accion y lo declararia libre. El incauto se dejó
nar por el pérfido mulato, el cual por modo de
a, como decia, lo mandó ahorcar en el penol
verga mayor, sin darle tiempo para confesarse,
o él habia hecho con los desgraciados Pericones.
onstituido el mulato dueño absoluto del navío, su
dente Ocampo, despues de haber arrojado á la
el cuerpo de Mosquera, arengó á la gente, y le
, en nombre de aquél, que su intento no era ir á
ú, sino á otra parte, en donde podrian hacer más
ito su fortuna, y que si alguno no se determinaba
guirles, lo pondrian en una isla cercana á Cebú
que desde allí pudiese incorporarse fácilmente con

Legaspi. Tal fué la propuesta del mulato por medio de Ocampo; pero su intento y el de sus cómplices era otro. La memoria de sus delitos lo tenía inquieto; sabía que en llegando á la presencia de Legaspi sería severamente castigado, y no podia estar tranquilo en medio de muchos leales, que detestaban su conducta. Llegaron poco despues á una de las islas, llamada de los Barbados, que estaba inhabitada, y el mulato dijo que debia fondearse, porque el navío necesitaba de carena; su verdadero fin era abandonar en ella á los leales, y él marcharse con los de su partido en donde no pudiesen ser castigadas sus maldades; pero Dios dispuso que cayese, con los suyos, en el lazo que habia armado para perder á los primeros. Con el fin de ocultar su designio, los traidores bajaron á la isla, el mulato, Ocampo y otros secuaces, con algunos de aquéllos: el capellan, que era un virtuoso sacerdote, llamado Juan Vivero, habiendo penetrado la trama urdida, por algunas expresiones que habia oido, alusivas al intento; libre de los principales cabezas de motin, persuadió á Rodrigo del Angle, contra-maestre del navío, que se pronunciase por el Rey. Bartolomé de Lara, que habia cooperado al asesinato de los Pericones, lo ayudó, persuadido de que despues se le daria el mando del navío; arengaron á la gente, levaron anclas y llamaron á los leales, que estaban en la isla, para que se reembarcasen cuanto ántes, porque el navío proseguia su viaje. Con esto, sólo se quedaron en la isla el mulato y Ocampo, con algunos de los rebeldes, que probablemente perecerian allí de hambre, porque ya no se supo más de ellos. Todavía no se

terminaron con este acertado golpe las tragedias; porque Lara, al ver que no se le daba el mando del navío, empezó á sembrar cizaña entre la gente para sublevarla y llevar á cabo el proyecto del mulato; pero Angle lo prendió y lo mandó ahorcar como asesino del capitan Pericon é hijo. De esta suerte la paz se consolidó en el navío, y se prosiguió el viaje hasta las islas Filipinas, adonde llegaron sin víveres y con el navío estropeado. Finalmente arribaron á la primera isla que descubrieron, en donde los indios les negaron toda suerte de auxilio, porque no tenian cambios para pagarlos. En este infeliz estado los halló Juan de la Isla, quien inmediatamente dió cuenta á Legaspi del suceso, y éste les envió una fragata, que llevó á remolque el galeon hasta Cebú. Informado el General de los sucesos del viaje, encausó al escribano Zaldibas, y lo mandó ahorcar como cómplice tambien del atentado cometido contra los Pericones, reprendió á los demas culpados y premió á los leales.

A fines de Noviembre de 1566, solícito Legaspi para que no faltáran víveres en el campo de Cebú, envió al sargento mayor D. Luis de la Haya con dos fragatillas á recoger el arroz, que los pueblos amigos habian ofrecido por el reconocimiento. Al mismo tiempo despachó tambien al maestre de Campo á la costa de Mindanao, para recoger canela por cuenta del erario, con intento de remitirla á la Nueva España en la primera ocasion. El viaje del segundo no tuvo el mejor éxito, por haberle sobrevenido un temporal fuera de puerto, que lo puso en grave riesgo de perderse; pero descubrió algunas naves dispersadas por el mismo tem-

poral. Eran de una escuadra portuguesa, mandada p el capitan D. Gonzalo Pereira, cabo mayor de l Molucas, enviado por el Virey de la India para expel á Legaspi de todas las islas Filipinas. No llegó Perei á Cebú en esta ocasion, porque no habiendo podi reunir todos los buques de que se componia su escu dra, se vió precisado á regresar á las Molucas. El ai siguiente envió el mismo capitan dos embarcacione Cebú, con una carta dirigida á Legaspi, escrita des los mares del Moluco, con fecha del 25 de Mayo 1567. En ella le decia, en términos generales, q suponia casual su llegada á Cebú, en donde se hab fortificado para defenderse de la gente del país; que año anterior, noticioso de esta novedad, habia det minado hacerle una visita con el fin de socorrer por ser aquella isla comprendida en la demarcacion Portugal, y que se holgaria mucho de que al deja en su regreso á España pasára por las Molucas, co lo habian hecho las escuadras anteriores, enviadas p Cárlos V á las islas del Poniente. Legaspi, por no f tar á la urbanidad, contestó á Pereira en los mism términos; pero sin concederle ni negarle lo que é daba por asentado en su carta. Sin embargo de que portugueses de la comision hacian alarde de la pa buena correspondencia que deseaban tener con los pañoles de Legaspi, se averiguó por algunos enfern que bajaron á la poblacion para curarse, que en Molucas se estaban haciendo grandes preparativos p arrojarlos de las islas Filipinas, y que Pereira s aguardaba la respuesta de Legaspi para llevar á c la expedicion premeditada, en el caso de no favore

us intentos; lo que no pudo verificar en aquel año, r estar ya muy adelantada la estacion.

A principios de este mismo año habia Legaspi elto á enviar al maestre de campo á Mindanao en manda de canela, para apresurar la salida del patae San Juan, que debia hacer viaje á Nueva España. compañaban á Saus en esta ocasion unos ochenta ombres, y una fragatilla mandada por el sargento ayor Juan de Morones. Las compras fueron muy lices, porque en breve tiempo se recogieron cuarenta uintales por lo ménos de aquella droga, y se hubiean acopiado muchos más, si no faltáran los cambios rescates. Pero el buen suceso de los cambios motiaron la muerte de aquel valiente militar, que acontetió en el viaje, ántes de llegar á la isla de Cebú. Estaba tacado de una fuerte calentura, y algunos compañeros, educidos por el portugues Martin Hernandez, contranaestre del patache, conspiraron contra su vida para poderarse del buque y cargamento. El doliente tuvo lgunos indicios de la traicion premeditada, y en su ista hizo llamar á D. Juan de Morones y le encargó jue dejando la fragata se hiciese cargo del patache. Esta oportuna providencia, si bien salvó lo que se inentaba, no libró de la muerte al que la diera. Don Juan de Morones, posesionado del mando del patache, veriguó el hecho de que Saus tenía sospechas solaente, y en su consecuencia mandó ahorcar á Martin Iernandez, que ántes de espirar lo confesó. Sin emargo de haberse ocurrido al mal que se trataba de rtar, el maestre de campo no por esto se alivió de dolencia; ántes bien la misma pesadumbre que le

causó la memoria de la deslealtad é ingratitud de conspiradores, le agravó las calenturas, que le quita la vida en medio de la expedicion. La muerte del j mer maestre de campo de las islas Filipinas fué n sentida de los verdaderos españoles del campo de Ce y particularmente de Legaspi, que tenía bien proba sus apreciables prendas de valor, patriotismo y leal El capitan D. Martin Goiti fué nombrado en su lug y luégo se apresuró la marcha del patache con el pr cipal intento de pedir nuevos socorros al Virey Nueva España.

El dia 27 de Julio de aquel año se hizo el pata á la vela, y el 20 de Agosto inmediato aparecieron la ensenada de Cebú dos galeones, que reconoci llenaron á todos de contento: eran españoles, habian sido enviados desde Acapulco con un b refuerzo de soldados, municiones y pertrechos j reforzar el establecimiento de Cebú, y venía en de ellos, de regreso, D. Felipe de Salcedo, nietc Legaspi, con un hermano de solos diez y ocho a llamado D. Juan del mismo apellido, que desj llegó á ser el héroe que más se distinguió en el cubrimiento y sujecion de las islas Filipinas. Con auxilio ya no temia Legaspi la llegada de Pereir áun se alegrára que apareciera cuanto ántes para d una leccion y humillarlo; pero no compareció cua se le aguardaba, y presumiendo que habria desis del empeño, se resolvió á despachar la capitana, gada de canela, para la Nueva España, á cargo d mismo nieto D. Felipe. Se hizo en efecto este bu á la vela, y navegó sin novedad hasta las islas de

Ladrones; mas aquí, estando fondeado en Guahan, le sobrevino el 15 de Agosto un fuerte temporal, que lo arrojó sobre la costa, en donde se estrelló. El rico cargamento de canela se perdió, pero la gente se salvó, la que, sin embargo, pereciera en manos de los bárbaros ó acosada por el hambre, si la necesidad no les inspirára una traza para librarse del conflicto. Aprovechando los pedazos de la nave destruida, formaron una embarcacion capaz sobre el batel que se conservó intacto, y con él llegaron sin novedad á la ensenada de Cebú, precisamente cuando Pereira estaba amenazando el campo de Legaspi.

VII.

En efecto, el dia 17 de Setiembre de 1568 apareció el capitan de las Molucas en frente de Cebú con cuatro galeones, dos galeotas, cuatro fustas y más de veinte embarcaciones de menor porte, que conducian á su bordo setecientos hombres aguerridos con muchos auxiliares molucanos y malabares. Al principio aparentó Pereira que su venida era pacífica, pero no tardó en causar á nuestro General desazones y disgustos con disputas y etiquetas impertinentes. Legaspi procuraba con prudencia evitar un rompimiento por su parte; pero estaba al mismo tiempo determinado á no abandonar el campo miéntras le quedase un soldado. Todas las disputas entre ambos capitanes versaban sobre la demarcacion que habia designado Alejandro VI, á

fin de que no se confundieran las posesiones ultran rinas que Portugal y España adquiriesen. Pereira taba empeñado en sostener que la isla de Cebú y demas circunvecinas caian bajo la demarcacion Portugal, y Legaspi sostenia con firmeza lo contrar Por la bula Alejandrina ciertamente nada se pod concluir, porque sin faltar los españoles á su conte nido podian llegar á dichas islas por la via del ponien te, como lo realizaron, sin perjudicar al derecho qu asistia á Portugal, así como éstos podian haberlo ve rificado sin perjuicio del derecho que favorecia á l nuestros. Resultaba, pues, que la cuestion debia reso verse por la primacía de los descubrimientos, y p esta parte Legaspi debia triunfar, porque está fuera duda que los portugueses no habian pasado de l Molucas cuando Magallánes celebró tratados en non bre de Castilla con el soberano de Cebú. Si Perei en sus disputas hubiera alegado el último conven celebrado entre Cárlos V y el rey de su nacion, en caso sus razones hubieran sido concluyentes; pero, s gun parece, ni Pereira ni Legaspi tenian presente es convenio, porque todos estaban en la inteligencia q con él sólo habia cedido la España el derecho que pr tendia tener sobre las islas del Moluco, de las que Po tugal no habia áun entónces tomado posesion. El r sultado de la primera conferencia fué, que al fin d redondamente Pereira á Legaspi que se marchára c su gente de Cebú, y se fuese con su armada á las M lucas, para auxiliar á su nacion en la guerra que ha á los infieles; lo cual, decia que todo redundaria servicio de Dios, nuestro Señor. Esta conferencia

tuvo en la capitana de la escuadra portuguesa, y luégo volvió Pereira la visita á Legaspi. En la playa fué recibido honrosamente; oyeron juntos el santo sacrificio de la misa y luégo fueron á la morada de Legaspi. Despues de la comida volvió Pereira á suscitar la cuestion sobre la demarcacion Alejandrina; pero tampoco en esta vez adelantó más que en la primera. Desde este dia ya no volvió Pereira á ver la cara á Legaspi, ni lo trató sino por cartas. Pero eran éstas tan frecuentes y tan apremiantes al principio, que Legaspi apénas tenía tiempo para contestar á ellas. Tres meses se mantuvo el capitan portugues con su escuadra en frente de Cebú, sin que intentára la toma de la poblacion en todo este tiempo, sino dos veces, si bien en ambas fué rechazado con valor. Legaspi tomaba sus disposiciones por la parte que Pereira trataba de atacar, y éste tenía por insultos las prevenciones naturales de aquél. Era tal la simpleza del jefe portugues, que llegó á decir á Legaspi, en un oficio, que bien podia excusar los parapetos y reparos que iba levantando, porque ántes de atacarlo le pasaria un aviso. Mas un dia en que habia determinado hacer el desembarque, al acercarse á los parapetos su escuadra, le envió Legaspi algunas balas sin aguardar lo avisase, y al ver que recibia más daño en sus naves del que él podia hacer en los parapetos, se retiró adonde no pudiesen alcanzarlo. Entónces trató de bloquear el campo de Cebú, hasta que al fin, desengañado de la inutilidad de sus esfuerzos, ofreció la paz á nuestro general con algunas condiciones, que fueron rechazadas, porque con ellas trataba en realidad de salir victorioso sin haber todavía peleado.

Ante todas cosas, con el fin de tantear la disposici
é intentos de Legaspi, le envió un padre jesuita q
tenía de capellan en su escuadra. Éste, al llegar al car
po de Cebú, visitó á los padres Agustinos, y les hab
acerca de las proposiciones que deseaba Pereira fues
aceptadas ántes de retirarse á las Molucas, rogándol
que no se negasen á ser mediadores de la paz. Lué
se presentó ante Legaspi, y le dijo francamente q
Pereira estaba inclinado á ofrecerle la paz, porque
repugnaba derramar la sangre española. El General
contestó que no la rehusaba; pero que ante todas co
propusiese las condiciones con que se la queria ofrec
y que en su vista determinaria lo que le pareciese n
conveniente. No tardó en volver el jesuita con la r
puesta de Pereira, que se reducia á dos proposicio
solamente, á saber: 1.ª, que Legaspi le diese cien s
dados españoles para auxiliarlo en la guerra que ha
á los régulos de Achen y Ambon, enemigos decla
dos de Portugal; y 2.ª, que se levantase en Cebú u
columna ó padron con las armas de su reino. Lega
contestó á lo primero que no tenía inconveniente
concederle los cien soldados españoles que pedia p
los fines indicados, siempre que dejase en Cebú alg
nos rehenes de su satisfaccion, para que concluida
guerra le fuesen restituidos al momento; y á lo segu
do, que le parecia impertinente la propuesta, cuan
sólo se trataba de arreglar la paz entre los dos, y no
asentar derechos: que en las córtes se podria venti
aquella cuestion, y si se decidiese en favor de Port
gal, entónces podria levantar á su placer cuantos p
drones le pareciese. No salió muy satisfecho el emi

rio de Cebú; se despidió, sin embargo, cortésmente, y Pereira, leida la respuesta de Legaspi, le escribió que habia variado ya de pensamiento, y que los cien soldados españoles no le hacian falta. Despues celebráronse las pascuas de Navidad con bastante alegría; los dos jefes se hicieron mutuamente sus regalos, y luégo la escuadra portuguesa se hizo á la vela para las islas del Moluco, dejando pacíficamente á los españoles en las Filipinas.

Desembarazado el General del importuno Pereira, mejoró la posicion del campo de Cebú, y procuró al mismo tiempo adelantar los intereses de la corona, extendiendo cada dia más sus posesiones y consolidando sus derechos. La constancia en llevar á efecto los planes prudentemente combinados, y la destreza con que solia manejar sus escasas fuerzas lo hacian cada dia más temido de los enemigos de Cebú. El ódio inveterado que muchos pueblos, áun de una misma isla, se tenian entre sí, y las guerras intestinas con que mutuamente se aniquilaban, contribuyeron poderosamente á la felicidad de sus empresas. Los amigos pedíanle auxilio para vengar los agravios de otros pueblos más fuertes, los cuales, con la direccion y superioridad de las armas de los nuestros, se miraban invencibles. De esta suerte, pueblos, por otra parte poderosos, no se desdeñaban de humillarse y sacrificar su antigua independencia para colocarse bajo los auspicios del gobierno, paternal y poderoso al mismo tiempo, de Legaspi.

La escasez de víveres que cuasi siempre se experimentaba en Cebú era lo que más ocupaba la atencion del General. Los apuros en que se vió en esta parte

durante la presencia de Pereira, le hicieron adver que no era aquel punto la posicion más ventajosa pa formar el cuartel general de sus operaciones militar Por otra parte observaba que los pueblos más distante que no habian recibido tantos favores como los cebua nos, eran más generosos y mostraban más afecto á lo suyos que los últimos, que sólo deseaban verlos fuer de su isla para negarles la obediencia, que con tan repugnancia les habian prometido. Sabía que Pana abundaba en arroz, que su gente era muy dócil y tr table, y que desde allí podria con más facilidad acuc á otras partes, sin el cuidado siempre apremiante de l víveres. En su consecuencia, obtenido el voto de la ju ta, á la cual solia proponer los asuntos de alguna tra cendencia, trasladó el campo á la expresada isla de P nay, bajo el cuidado de su nieto D. Felipe, en don por de pronto levantó unos pequeños fuertes de emp lizada para la defensa de su gente. Apénas asentó esta isla sus reales, se le presentaron algunos princip les, pidiendo los auxiliase contra otros que no cesab de inquietarlos. Desde luégo accedió á sus deseos y breve terminó las diferencias, quedando los enemig humillados, y los amigos se le mostraron más agrad cidos y afectos.

Entre tanto Legaspi estaba trabajando en Cebú pa despachar á Nueva España el patache San Lúcas; nieto D. Felipe (1) debia mandarlo, y para que faltára en el nuevo establecimiento de Panay un suje

(1) Algun autor le llama sobrino.

de toda su satisfaccion, envió en su lugar al otro nieto, hermano de aquél, que sin embargo de su poca edad era hombre de valor y gran prudencia. Apénas D. Felipe se habia hecho á la vela, regresó al mismo puerto de Cebú por haber visto un buque grande no léjos de allí. Era el galeon San Juan, que venía de Acapulco con soldados y dos PP. Agustinos. Despachado por segunda vez aquel patache, se trasladó Legaspi á Panay, en donde los principales de la isla lo recibieron con extraordinarias demostraciones de afecto. En seguida se dispuso para castigar las tropelías que hacia por aquellas cercanías una escuadra de piratas compuesta de borneos y joloanos, aunque no fué necesaria su presencia, porque Goiti salió con nueve embarcaciones desde Cebú en su alcance, y con sólo dos de ellas, con que pudo alcanzar á los enemigos ya fugitivos, apresó cuatro de sus embarcaciones con su gente, cuyos despojos repartió al llegar á Cebú entre los que le habian acompañado. Con esta sola accion el nombre español ya fué temido de aquella clase de canalla, y más respetado de los indios pacíficos.

Poco despues, dos principales de Aclan é Ibahay, pueblos de la misma isla de Panay (1), se presentaron á Legaspi, quejándose de las violencias y tropelías que recibian de los indios de Mindoro, muy dados á la piratería en aquel tiempo; y como este jefe se habia propuesto proteger á todos los que estaban colocados bajo la proteccion de su gobierno, desde luégo despachó

(1) Son puntos en la provincia de Capiz, de la isla dicha de Panay.

Era conocido con el nombre de raja Matanda, ó Viejo, el que á la sazon tenía el señorío de Manil Por su avanzada edad habia confiado las riendas del g bierno á un sobrino suyo, llamado raja Soliman, jóv emprendedor, orgulloso é inquieto. El maestre de ca po de Legaspi á su llegada fué recibido amigableme te de entrambos, y celebró con ellos tratados amist sos, con las ceremonias acostumbradas para su may firmeza. En esta conformidad estaban las cosas, cua do llegó Salcedo á la misma capital, de retirada Batangas, adonde habia hecho una ligera excursior cuya provincia estaba alarmada é inquieta. Pero r Soliman, á quien no agradaba la vecindad de nues gente, no tardó en romper las amistades con un hec indiscreto, y declararse abiertamente contra ellos. P meramente trató de cortar las comunicaciones de indios con los nuestros, á quienes conducian víve por los preciosos cambios que les daban; luégo inte asesinar á dos españoles que se estaban paseando tr quilamente por la playa, y por fin acabó con decla la guerra á la escuadra.

Al N. O. de Manila, en la desembocadura del Pásig, donde ahora está el castillo de Santiago, ten los señores mahometanos un fuerte de maderos, m tados por doce piezas de artillería regular (1). R Soliman desde allí mandó batir á la escuadra espa fondeada en la bahía, y no satisfecho del poco efe

(1) Hay quien opina que esta especie de baluarte revelaba en su const cion al genio europeo, y que un artillero portugués dirigia la defensa de fuerte, siendo víctima por fin del asalto de los españoles.

que pelear hasta entónces. Salcedo formó su gente, y luégo requeria de paz á los cercados; mas éstos, que se miraban suficientemente asegurados, se burlaron de sus proposiciones. Entónces dió órden para el asalto, que no fué difícil para su gente valiente y aguerrida. Los más decididos pasaron el foso con embarcaciones, rompieron algunos palos de la estacada y despejaron con las balas el paso á los demas. Llenos de pavor los enemigos, se retiraron, el pueblo fué tomado y Salcedo dictó la ley á los vencidos. Por de pronto les impuso una buena multa, les señaló un tributo anual, y luégo regresó con los suyos, cargados de despojos, victorioso á Panay.

Despues de este feliz suceso, al ver Legaspi su campo bastante asegurado, y sujetos ya á su gobierno cuasi todos los pueblos de Visayas, trató de posesionarse de la grande isla de Luzon, la más extensa, rica y poderosa de las Filipinas. Con el fin de dar principio á su proyecto grandioso, llamó á Goiti, que con su familia se hallaba en Cebú, y le ordenó que acompañado de su nieto D. Juan capitanease una expedicion que ya tenía organizada en Panay para hacer una visita al soberano de Manila. En las instrucciones que le dió, se le prevenia que ántes de atacar á los que le opusiesen resistencia, los requiriese siempre con la paz, y excusase todo rompimiento hostil en cuanto estuviese de su parte. Salió Goiti con Salcedo de Panay á mediados de Abril ó principios de Mayo de 1570, acompañado de ciento y treinta españoles y muchos indios amigos de las Visayas. Al descubrir la isla, se dirigió con el grueso de la expedicion hácia la bahía de Manila.

Era conocido con el nombre de raja Matanda, ó el Viejo, el que á la sazon tenía el señorío de Manila. Por su avanzada edad habia confiado las riendas del gobierno á un sobrino suyo, llamado raja Soliman, jóven emprendedor, orgulloso é inquieto. El maestre de campo de Legaspi á su llegada fué recibido amigablemente de entrambos, y celebró con ellos tratados amistosos, con las ceremonias acostumbradas para su mayor firmeza. En esta conformidad estaban las cosas, cuando llegó Salcedo á la misma capital, de retirada de Batangas, adonde habia hecho una ligera excursion y cuya provincia estaba alarmada é inquieta. Pero raja Soliman, á quien no agradaba la vecindad de nuestra gente, no tardó en romper las amistades con un hecho indiscreto, y declararse abiertamente contra ellos. Primeramente trató de cortar las comunicaciones de los indios con los nuestros, á quienes conducian víveres por los preciosos cambios que les daban; luégo intentó asesinar á dos españoles que se estaban paseando tranquilamente por la playa, y por fin acabó con declarar la guerra á la escuadra.

Al N. O. de Manila, en la desembocadura del rio Pásig, donde ahora está el castillo de Santiago, tenian los señores mahometanos un fuerte de maderos, montados por doce piezas de artillería regular (1). Raja Soliman desde allí mandó batir á la escuadra española fondeada en la bahía, y no satisfecho del poco efecto

(1) Hay quien opina que esta especie de baluarte revelaba en su construccion al genio europeo, y que un artillero portugués dirigia la defensa de este fuerte, siendo víctima por fin del asalto de los españoles.

de las balas, despachó algunas embarcaciones pequeñas, armadas con falconetes, capitaneadas por el mismo, con el fin de batirla más de cerca. Goiti, sin embargo de este improvisado ataque, ni se amilanó, ni creyó que debia mantenerse á la defensiva solamente. Dispuso desde luégo que Salcedo maniobrase en los buques, y él se dirigió hácia el fuerte con la gente más valiente y decidida, con intento de tomarlo. Hizo el desembarque cerca de las mismas baterías, y mandó disparar á sus arcabuceros sobre los artilleros. Salió esta disposicion tan acertada, que á las primeras descargas cayó el capitan del fuerte con otros artilleros, y aterrados los demas, se dieron á la fuga. Posesionado de este interesante punto, mandó cargar á Soliman, que lo estaba aguardando con su gente. Trabóse entre los dos un combate porfiado; pero al fin, no pudiendo resistir los mahometanos las descargas de la gente de Goiti, abandonaron el campo de batalla y se decidió la victoria por los nuestros. Raja Matanda no tuvo parte en las alevosías del sobrino, pues aseguran las historias antiguas de las islas que durante el combate siempre tuvo una bandera blanca enarbolada, y que ninguno de los suyos se mezcló con la gente que mandaba Soliman. Sin embargo de que Goiti triunfó completamente en este dia, y pudiera imponer la ley á los vencidos, creyó que por entónces debia disimular la ofensa recibida. Se apoderó, no obstante, de las piezas, las condujo á sus buques y en seguida se retiró al puerto de Cavite, porque tampoco pudiera con la poca gente que tenía conservar la capital, estando en guerra con los partidarios del arrojado Soliman. En aquel puerto re-

frescó sus víveres, hizo alianza con los principales oprimidos por el gobierno del jóven Soliman, que disponia despóticamente de sus bienes y personas, y luégo regresó con toda su escuadra á Panay á dar razon de su expedicion al General.

Durante la ausencia de Goiti, llegó á Cebú Juan de la Isla con tres galeones enviados de la Nueva España y un buen refuerzo de soldados para consolidar y adelantar las conquistas comenzadas: traia despachos de la córte concernientes á la sujecion y gobierno de las islas, y el título de adelantado de las islas de los Ladrones en favor de Legaspi, por haber sido el primero que tomó posesion de ellas en la forma ordinaria Tambien se encargaba á este jefe que procurase poblar de españoles las provincias sujetas, y repartirlas en encomiendas entre los que más se hubiesen distinguido Celebráronse con públicos festejos las mercedes que S. M. habia hecho á Legaspi, y luégo dispuso que e mismo Isla regresase con dos galeones de los tres en que viniera. Entre algunas cosas curiosas que Legasp remitió á la córte en esta ocasion habia doce planta de canela.

Con el nuevo socorro de gente y municiones, ya no dudó Legaspi que era llegado el momento en que podia marchar sobre Manila; pero ántes de ausentarse de Visayas quiso dejar organizada la primera colonia de las islas, á fin de que no se malograsen las ventaja que con tantos trabajos y afanes se habian conseguido hasta entónces. Mandó en su consecuencia publicar un bando, en que anunciaba la próxima ereccion de una villa española en Cebú, é invitaba á establecerse en

ella á las familias que quisiesen. Cincuenta solamente se presentaron al efecto, y con ellas se dió principio á la nueva fundacion el dia 1.º de Enero de 1571, que se denominó del Santísimo Nombre de Jesus, en memoria de la imágen del Santo Niño que se habia hallado en aquel sitio. Luégo se edificó un fuerte para la seguridad de los nuevos colonos, y Legaspi, arreglados los negocios de la nueva villa, regresó al campo de Panay.

SECCION TERCERA.

SEGUNDA ÉPOCA, DESDE LA TOMA DE MANILA POR LEGASPI HASTA LA FUNDACION DE LA PROVINCIA DEL SANTÍSIMO ROSARIO EN 1587.

Legaspi se posesiona de esta capital.—Un moro desafía á los españoles y muere en Bancusay.—Fundacion de la ciudad de Manila.—Muerte de raja Matanda.—Sujecion de Taytay y Cainta.—Sujecion de la Laguna y viaje de Salcedo á Paracale.—Sujecion de Bétis y Lubao.—Se sublevan algunos pueblos de Visayas, vejados por los encomenderos.—Expedicion de Salcedo á Cagayan, y su vuelta por la contra-costa.—Muere Legaspi y le sucede Lavezares.—Expedicion de Goiti á Pangasinan é Ilocos, y pacificacion del rio del Vicol.—Viaje de Salcedo á Vigan, y llegada del corsario Li-ma-hon.—Manila es atacada por Sioco, su general.—Es atacada con todo su ejército, y huye su escuadra de la bahía.—Sublevacion de raja Soliman y Lacandola.—Expedicion mandada por Salcedo contra Li-ma-hon.—Sitio del corsario y su fuga.—Llega á Manila el gobernador Sande, y muere Salcedo.—Pacificacion de algunos pueblos de Camarines.—Expedicion á Borneo.—Sujecion de Mindanao, y utilidad de los PP. misioneros.—Llegan á Manila los PP. Franciscanos.—El Arzobispo de Méjico nombra sus delegados á las islas Filipinas.—Llega á las islas el Gobernador Ronquillo.—El primer obispo de Filipinas.—Hecho escandaloso de un encomendero.—Pacificacion de Cagayan.—Expedicion desgraciada á la isla de Ternate, y muerte de Ronquillo.—Le sucede su sobrino.—Gobierno de Vera.

I.

A principios de Abril de aquel año ya estaba prevenida la escuadra que debia salir para la proyectada expedicion. Se componia de veinte y siete buques, entre mayores y menores, que conducian doscientos ochenta españoles y muchos más indios fieles de Visayas, particularmente de Panay. Sus principales cabos

eran el maestre de campo D. Martin Goiti y los capitanes D. Juan de Salcedo, D. Andres Ibarra y Don Luis de la Haya, bajo la direccion y mando del Adelantado, que quiso capitanear personalmente esta famosa expedicion. El dia 15 de aquel mes dejó la escuadra las costas de Panay, é hizo escala en la isla de Mindoro, con el fin de aguardar los buques que se habian extraviado, de resultas de un fuerte viento que tuvieron ántes de llegar á este punto. De paso se procuró que sus pueblos se sometiesen al gobierno, y se libró con su auxilio un champan de chinos mercaderes, que estaba para naufragar en las costas de la isla, en la cual, segun la bárbara costumbre del país, hubieran perdido sus mercaderías y la libertad. Desde entónces han sido conocidos estos extranjeros por los españoles de las islas con el nombre de Sangley, de la voz china *Sang-lay*, que significa tratar y contratar; porque preguntados quiénes eran, contestaron en su propio idioma con la indicada expresion, queriendo decir que eran viajeros mercaderes. La generosidad de Legaspi, que los salvó graciosamente con todos sus haberes, admirada por aquellos chinos, dió principio al comercio lucrativo entre su país y la capital de Filipinas, que se ha continuado hasta nuestros dias sin interrupcion. Desde Mindoro pasó la escuadra de Legaspi á Cavite, en donde hizo una ligera detencion para carenar algunos buques que habian padecido averías en el viaje, y sin embargo de que allí fué reconocida por los emisarios de los rajaes de Manila, no tardó en presentarse en frente de esta capital, y luégo entró sin oposicion por el Pásig, que baña sus murallas. Sus habitantes, al

ver una escuadra tan numerosa, á cuyas fuerzas no podian resistirse, á imitacion de los naturales de Cebú ocultaron sus haberes y pegaron fuego á las casas; mas luégo, convencidos de que los recien llegados venian de paz, se tranquilizaron y apagaron el incendio.

Fondeada la escuadra, se presentaron á Legaspi raja Matanda y Lacandola, régulo de Tondo, cuyo pueblo forma en el dia uno de los extramuros de Manila. El General los recibió con mucho agrado, aunque extrañó la ausencia del jóven Soliman, y manifestó su reparo á los dos régulos. Temia con razon que se le castigára por los desafueros cometidos contra Goiti el año anterior; pero asegurado del perdon, los mismos régulos ofrecieron á Legaspi que el dia siguiente se le presentaria. Compareció en efecto Soliman con los régulos, y Legaspi, sin hacerle cargo de la traicion pasada, manifestó á los tres el objeto principal de su venida, la necesidad de celebrar un tratado con las formalidades de estilo. Desde aquel dia juraron los tres régulos guardar fidelidad á nuestro católico monarca, y Legaspi los recibió bajo la real proteccion de su gobierno. Sin embargo, despues se supo que Soliman se confederó con Lacandola para expeler de su país á los recien llegados tan pronto como se les presentase algun lance favorable á sus designios, cuya mala fe disimuló Legaspi con prudencia, si bien estuvo siempre á la mira para que no llevasen á efecto su intento.

Arreglados los asuntos entre los rajaes de Manila y régulo de Tondo con el gobierno, Legaspi se apresuró á tomar posesion del sitio de Manila, cuya ceremonia se verificó el dia 19 de Mayo del mismo año

de 1571 (1), y dió las providencias necesarias para levantar un fuerte en donde estaba el de los rajaes. Mandó tambien proseguir la estacada que éstos habian empezado; edificó un palacio para sí, una iglesia con su convento para los PP. Agustinos que lo acompañaban, y las casas necesarias para los españoles de la escuadra. La noticia de estos sucesos memorables no tardó en publicarse, y en su vista se fueron presentando los principales de los pueblos más inmediatos á Manila, con el fin de reconocer el nuevo gobierno y asegurar su amistad.

Entre éstos habia un valiente moro que, acaudillando una partida de Pampangos de Agonoy y Macabebe, se habia presentado en Tondo para inducir á Lacandola á sublevarse. Legaspi tuvo noticia de su llegada, aunque ignoraba su objeto, y áun creia que habia venido á presentarse, como lo habian hecho otros muchos. En esta persuasion le envió dos españoles, para que le dijesen de su parte que podia ir á visitarlo sin recelo, y que no dudase de conseguir su amistad. Cuando el moro entendió el mensaje, se levantó enfurecido, desenvainó el alfanje, y blandiéndolo con tono amenazador, dijo

---

(1) Dia de Santa Potenciana, celebrándose una misa solemne en honor de la Santa, que en tal concepto fué declarada patrona de estas islas, y lo es por los báguios. Segun tradicion, en el mismo dia se halló milagrosamente la imágen de Nuestra Señora de Guía, que es muy venerada en esta ciudad. Dícese que la halló un soldado de Legaspi entre unas palmeras, llamadas aquí *pandan*, y le edificaron una capilla ó ermita en el sitio en que fué hallada, llamado ahora pueblo de la Ermita: aquella capilla ó iglesia fué en un tiempo parroquia de españoles. Se cree haber sido el primer santuario de esta isla de Luzon. Destruida la iglesia, que era suntuosa, por un terremoto, y luégo derribada hasta los cimientos despues de la guerra de los ingleses, despues de 1762, nada queda de aquel edificio.

en voz alta: «El sol me parta por el medio, y caiga yo en desgracia de mis mujeres para que me aborrezcan, si fuese en algun tiempo amigo de los españoles.» Dicho esto salió del aposento y añadió: «En la barra de Bancusay os espero.» Enseguida saltó por la ventana para hacer alarde de valor, y fué á incorporarse con su gente, que estaba reunida en aquel sitio, distante poco más de una milla de Manila.

Cuando Legaspi supo la disposicion y desafío del pampango ordenó al maestre de campo que sin pérdida de tiempo fuese á encontrarlo con una partida de soldados. Salió Goiti el mismo dia, embarcado con ochenta hombres de su satisfaccion, y se presentó en Bancusay, en donde efectivamente estaban los pampangos en disposicion de batirse, capitaneados por aquel moro. El combate se trabó; pero fué de corta duracion, porque habiéndose adelantado el capitan de los contrarios para animarlos, cayó herido mortalmente de una bala, y en su consecuencia volvieron las popas á los nuestros y se pusieron en precipitada fuga, habiendo perdido en su retirada mucha gente, perseguidos por los vencedores. El éxito feliz que tuvieron las armas españolas en este dia consolidó en gran manera el gobierno de Legaspi, porque desanimó al mismo tiempo á Soliman y Lacandola, dispuestos á sublevarse si los pampangos hubieran salido victoriosos. La mala fe del régulo de Tondo no dejó de traslucirse en esta ocasion; porque entre los prisioneros se hallaron un hijo suyo y dos sobrinos. Legaspi, sin embargo, no se dió por entendido, y se los devolvió generosamente sin ninguna suerte de rescate. Con esta sola vic-

toria los pueblos que todavía se mantenian indecisos, sabido el resultado, se apresuraron á ofrecer sus homenajes al afortunado General. En breve se vió Manila constituida reina de una gran comarca, y su gobierno con poder bastante para subyugar á los pueblos más altivos, que ántes estaban en contínua guerra.

Legaspi ya no dudaba que Manila habia de ser la capital de las islas Filpinas, y por lo mismo se apresuró á concluir las obras comenzadas para erigirla en ciudad de la colonia. Los edificios se fabricaron por entónces de madera, caña y paja, al estilo del país, segun las circunstancias permitian, y al mes de haberse comenzado ya eran habitables. Para la nueva ereccion nombró el General dos alcaldes ordinarios, doce regidores, un alguacil mayor y un escribano, y el dia 24 de Junio del mismo año hizo la ceremonia de fundacion con las formalidades necesarias. Dejóle el nombre que tenía de Manila (1) y la constituyó metrópoli de la Nueva Castilla, nombre que dió á la isla de Luzon. S. M. confirmó despues las disposiciones de Legaspi, honrando á su ciudad con los títulos de *Noble y siempre leal*, y concediéndole todos los privilegios de que gozan las capitales de reino, á cuyo fin expidió dos cédulas reales en 21 de Junio de 1594 y 19 de Noviembre de 1595.

Establecida ya la capital, sólo faltaba proseguir los

(1) Los naturales la llaman aún ahora *Maynila*, compuesto de *May* y un árbol llamado *Nilad* ó *Nilar*, que quiere decir un lugar en donde hay muchos de estos árboles. El nombre científico de este árbol es *Ixora*. Véase al P. Blanco en su *Flora de Filipinas*, verb. *Ixora Manila*.

descubrimientos de Luzon, y apaciguar algunos pueblos de pampangos con los tagalos de Taytay y Cainta. Ambas cosas hubieran podido terminarse mucho ántes; pero Legaspi no queria valerse de las armas sino cuando la necesidad lo exigia; porque no queria derramar la sangre humana para engrandecer á su nacion. La falta de víveres que ya se padecia en la ciudad, la obligó á enviar al maestre de campo con alguna gente y embarcaciones á los pueblos amigos de la Pampanga que respetaban á Lacandola, en donde sabía que abundaba el arroz, encargándole que de paso procurase sujetar á los amotinados. Goiti hizo luégo un buen acopio de aquel grano, que remitió á la capital, y fué obedecido en muchas partes sin mucha resistencia. En esta pequeña expedicion lo acompañaron Soliman y Lacandola, traza de que se habia valido el General para que fuese, con la presencia de éstos, más respetado de los pueblos; pero estos régulos secundaron tan mal los deseos del jefe de Manila, que sigilosamente incitaban á los desafectos á la oposicion y resistencia. Las disposiciones hostiles de los de Bétis, que por entónces no se pudieron sujetar á la obediencia del Gobierno, dieron bastante fundamento á las sospechas que se tenian de su mala fe, las que se confirmaron con la fuga clandestina del segundo cuando Goiti estaba tomando providencias para batirlo; pero Legaspi, al verlo en Tondo sin permiso, lo prendió y lo tuvo detenido hasta que Goiti intercedió por él á su llegada, y en seguida le confiscó quince piezas de artillería, con el doble fin de castigar su falta y consolidar la paz jurada. Esta medida, al parecer severa, refrenó á los demas

;uró la dominacion española en Manila, á pesar de
ıala disposicion de aquel régulo.
'or este mismo tiempo enfermó gravemente el an-
ıo rajá, señor de Manila y su comarca, y no quiso
rir sin abrazar la religion de los españoles, á quie-
siempre habia mostrado mucho afecto. Parece que
eñor quiso premiarle en aquella hora los interesan-
servicios que habia hecho á la causa de la fe, pues
ia facilitado su predicacion en sus dominios, y per-
lido á los que le obedecian á que la abrazasen. Ins-
do suficientemente en sus misterios y doctrina, y
vencido de la necesidad del bautismo para llegar á
ener la felicidad eterna, se lo administró á su solici-
el virtuoso sacerdote D. Juan Vivero, que habia
ado de la Nueva España á Cebú con la nao San Je-
imo. Despues de algunos dias se le agravó la enfer-
dad, y al fin muy resignado entregó su alma en ma-
del Señor. La muerte de este régulo fué muy sen-
ı de los españoles, y particularmente de Legaspi,
en perdió en él, no sólo un amigo, sino tambien un
ıcipe pacífico, cuya buena voluntad y diligencias
tribuyeron mucho á la facilidad con que se posesio-
sin derramar una gota de sangre, de la comarca de
nila. Se honró en seguida la memoria del difunto con
solemne funeral, segun las ceremonias de la Iglesia,
ue ya pertenecia; cuya funcion admiraron los natu-
s que la presenciaron porque todavía no habian visto
acto semejante. En su enfermedad, Legaspi le pro-
ió poner en posesion del señorío de Manila á su
ino Soliman, como él se lo habia suplicado; cuya
nesa fué religiosamente cumplida, ordenando al

efecto que todos los naturales de la comprension d
sus dominios lo reconociesen como su natural señor
le prestasen la debida obediencia. Agradecido el jóve
rajá á las finezas de Legaspi, renovó su promesa
guardar fidelidad á su gobierno, lo que cumplió d
rante la vida del Adelantado.

Si se medita seriamente sobre la conducta de Lega
pi en el descubrimiento y sujecion de las islas Filij
nas, se echará de ver que no ejercia sobre los natu
les subyugados más que un dominio de proteccion.
las Visayas ayudaba siempre á los amigos, y sujeta
solamente con las armas á los que los ofendian, y á
despues de subyugados no les exigia más que un
conocimiento en especie, á que se obligaban. La pe
dia y mala fe de Lacandola fué castigada solame
con pena de arresto y privacion de su artillería, p
que así lo reclamaban el bien y la conveniencia de
paz; pero ántes y despues ejerció su señorío entre
suyos, lo mismo que los régulos de Cebú y de M
nila. Por fin, á peticion de éste confirmó el que ob
nia en su sobrino, y robusteció la sujecion que le
bian sus vasallos, mandando que le obedeciesen. Es
jefes son los principales que existian en aquel tiem
en Filipinas: los demas, ó no eran sino cabezas de *b*
rangay, aliados en naciones, ó unos tiranos, que
hacian respetar por la única ley del más fuerte, de cu
sistema de gobierno se originaban guerras intestin
con que se aniquilaban. En atencion á esto, sin de
pojar Legaspi á los antiguos soberanos de sus legítim
derechos, exigia de los pueblos el vasallaje, que
reputado por muy justo, atendido el derecho que

Vicarios de Jesucristo habian otorgado á nuestros católicos Monarcas, por el bien de la humanidad y por la propagacion de la religion cristiana, conforme al precepto de nuestro divino Redentor: *Euntes in mundum universum, prædicate Evangelium omni creaturæ;* lo cual no es posible entre bárbaros sin el freno de una autoridad humana y poderosa. Con esta conducta tan prudente, constantemente sostenida, adquirió el gran Legaspi, para la corona de Castilla y para la Iglesia, la posesion de las riças y populosas Filipinas.

Cuando en Manila se honraba la memoria del benemérito Matanda, tuvo Legaspi la feliz noticia de haber llegado á Cebú dos galeones con soldados y seis religiosos Agustinos. En seguida ordenó que fuesen trasladados á la capital, y dispuso que el maestre de campo trajese su familia, porque ya debia estar en ella de asiento.

Entónces todavía los moros de Taytay y Cainta se mantenian independientes de la obediencia del gobierno de Manila, y convenia sujetarlos. Legaspi, arreglando su conducta á las instrucciones que tenía del católico Monarca, en las que se disponia que excusase en lo posible las batallas, y procurase atraer con medios pacíficos á los naturales de las islas á su obediencia y al gremio de la fe, habia invitado várias veces á aquellos habitantes á que se sujetasen; mas ellos, abusando de su condescendencia, atribuian á debilidad y cobardía la prudencia y bondad del General; y pasando áun más adelante, se insolentaron de tal suerte, que llegaron á desafiarlo, é incitar á los pueblos ya sujetos á que se sublevasen. Confiados en sus fortificaciones y per-

trechos se creian invencibles, porque todavía no habia entrado en campaña sino con los indígenas, á quiene impunemente oprimian. Ya causaban indignacion Legaspi estos moros con sus repetidas insolencias, quien al fin forzaron á que les enviase una partida d valientes para que los sujetasen por la fuerza. La jornada fué confiada á Salcedo, su nieto, á quien hizo la prevenciones oportunas, que llenó á su satisfaccion Embarcado este valiente jóven con su gente, subió po el Pásig hasta descubrir el pueblo de Cainta, cuyo habitantes ya estaban prevenidos y dispuestos á opone una vigorosa resistencia. Dispuestas las embarcacione y soldados en órden de batalla, intimó la rendicion los cercados, ofreciéndoles la paz y el perdon; pero l contestaron, insolentes, que no querian paz con los españoles de Manila. Entónces ya no le quedaba má arbitrio que abandonarlos ó batirlos.

El pueblo de Cainta, distante media jornada solamente de Manila, estaba á la sazon defendido por l naturaleza y por el arte. Situado á la orilla de un ric tenía muy buenas estacadas terraplenadas, con torreones montados de artillería gruesa, que defendian s entrada. Por la banda de tierra habia en su alrededc cañaverales muy compactos entretejidos con bejucos malezas, que componian una especie de muro impenetrable, fosos llenos de agua y una estacada en su circunferencia. Sus habitantes estaban bien armados y dispuestos, y no creian que los nuestros pudiesen penetrar en su recinto. La primera diligencia que practicó Salcedo, despues de los requerimientos, fué mandar á su alférez que reconociese toda la cerca, el cu

averiguó que á la otra banda de un riachuelo estaba más débil que en otra parte, y que por allí podia penetrarse con más facilidad. En vista de lo cual ordenó que desde el rio se batiesen los torreones, en los cuales estaba la defensa principal de los del pueblo, y él con una partida de soldados se dirigió hácia el riachuelo anunciado, previniendo á los que batian los torreones no desistiesen de la carga hasta que él se hallase posesionado de la poblacion. A su llegada rompió la estacada; se abrió portillo con el fuego de sus arcabuceros, y los moros, al ver la tropa que entraba sin retroceder un paso, se dieron á la fuga, abandonándoles el pueblo. Como Salcedo habia conseguido ya el principal objeto, no se cuidó de perseguirlos. Desde luégo se apoderó de la artillería, demolió los parapetos, y en seguida se echó sobre Taytay, que no estaba ménos fortificado que Cainta. Sus habitantes, desanimados con la noticia de la suerte que habia cabido á los de este pueblo, no trataron ya de resistirse, y en su consecuencia recibieron de paz al vencedor. Éste no les impuso otras condiciones que las de entregar la artillería, demoler los parapetos y someterse á la obediencia del Gobierno. Todo se efectuó entónces mismo, y los de Cainta no tardaron en presentarse y someterse. Luégo regresó Salcedo con su gente victoriosa á Manila, en donde recibió los honores del triunfo.

Las prendas relevantes del jóven capitan decidieron á Legaspi á confiarle otra jornada de mayor importancia todavía que la pasada. Hay al E. de Manila, á media jornada de distancia, un gran lago, conocido con el nombre de Laguna de Bay. En sus riberas habia mu-

chos pueblos que áun no reconocian el Gobierno. Tra tó, pues, el General de reducirlos á su obediencia po medios pacíficos, á cuyo fin se resolvió á enviarles á su nieto, acompañado de un religioso anciano, llamad Fr. Alonso de Alvarado, que tambien se habia hallad en la expedicion enviada sobre Cainta y Taytay. Salieron de Manila con una galeota y doce caracoas bien montadas, y al llegar á la Laguna se dirigieron al pueblo que da nombre al gran lago, que á la sazon era la capital de la comarca. Salcedo, á su llegada, trató de atraer á los principales á la paz y amistad que deseaba pero, como estaban ya preocupados con motivo de la relaciones que tenian ántes con los moros de Tayta y Cainta, lo recibieron con las armas. Por de pront no les hizo violencia; pero trató el negocio con el religioso que lo acompañaba, y de comun acuerdo se resolvió éste á bajar, y convencer á dichos principale con razones que admitiesen la paz que se les proponi Ocho dias tardó el religioso en triunfar de la tenaz resistencia que le oponian; pero al fin admitieron á Sa cedo con los suyos, y se sometieron á la obediencia d Gobierno. Con el ejemplo de Bay, los demas puebl ya no opusieron resistencia, y á los pocos dias tod los habitantes de las riberas del gran lago se ofrecier á pagar su reconocimiento á Manila.

Terminada tan felizmente la pacificacion de la L guna de Bay, se determinó Salcedo á visitar las mi de oro que le aseguraron habia en Paracale, pueblo Camarines Norte. Ántes de emprender un viaje largo y peligroso, por no estar aún sujeto el país, co sultó su proyecto con Legaspi, su abuelo, el cual

sólo aprobó su pensamiento, sino que ademas le envió personas de confianza que le acompañasen. Con su respuesta favorable despachó la escuadrilla para la capital, y él se internó con ochenta hombres solamente hácia el S. E. con algunos guías que sacó del pueblo de Bay. Estos, ora fuese por ignorancia, ora por malicia, lo encaminaron por el pueblo de Majayjay por senderos muy difíciles, y en él halló á sus habitantes prevenidos, que trataron de impedirle el paso con las armas; pero él con su intrepidez allanó las dificultades y se apoderó del pueblo. Entónces trató de recorrer los pueblos más cercanos; pero los halló desiertos, porque su gente amedrentada se habia refugiado en los vecinos montes. Despues de algunos dias de fatigas y trabajos infructuosos un indio le desengañó, asegurándole que por allí no podia irse á Paracale. En vista de esto regresó á Bay; despachó la gente que tenía enferma para Manila, y con cuarenta compañeros emprendió por otra parte la marcha hácia el pueblo deseado. A los pocos dias llegó á Malapang, y de allí por la contracosta prosiguió su viaje hasta llegar á Paracale. Con el aviso que los habitantes de Camarines, ó rio del Vicol, habian recibido de los de la Laguna, ya estaban con las armas en las manos para oponerse á su entrada; mas él se atrincheró en aquel pueblo, se defendió bizarramente de los ataques de los indios, y logró visitar las minas, objeto principal de su expedicion. Legaspi entre tanto estaba muy solícito por su tardanza, y por haberse dicho en Manila que habia muerto en el viaje. En tal concepto se determinó á enviar á Paracale alguna gente embarcada, la que á su llegada halló fe-

lizmente vivo á Salcedo con los suyos, si bien muy debilitados y enfermos. Entónces se embarcaron los más para Manila, y el jóven capitan con pocos compañeros atravesó los montes otra vez hasta la Laguna de Bay, en donde se embarcó para Manila, de cuyo gobernador y habitantes fué recibido con las mayores demostraciones de alegría. Salcedo en esta expedicion averiguó que la realidad de las minas de Paracale no correspondia á la exagerada fama de la abundancia del metal, y estudió al mismo tiempo la situacion del país, para reducirlo á la obediencia del Gobierno.

Entre tanto el maestre de campo, vuelto con su familia de Cebú, se ocupaba en pacificar los pueblos más belicosos de la Pampanga, que por la mala fe de Lacandola estaban aún en su independencia, con perjuicio de los pueblos amigos, á quienes molestaban. Ya dejamos dicho que en su primera expedicion halló muy prevenidos á los de Bétis, cuyo pueblo, por no haber sido entónces humillado, persistia más tenaz é insolente. Era, pues, ya necesario hacerlo entrar por el camino de los demas tan pronto como se ofreciese algun lance favorable. Éste se presentó al fin, con motivo de una queja que dió al General contra los de Bétis un principal amigo, haciéndole presente los agravios que de ellos habia recibido, y suplicándole que lo auxiliase para reprimir sus insolencias. Legaspi, que nunca se negaba á proteger á los adictos, destinó al efecto una partida de soldados al mando del maestre de campo, cuya expedicion se ofreció á dirigir el mismo principal que habia elevado la queja al Gobierno, y sus medidas fueron tan acertadas, que introdujo la

tropa en el pueblo enemigo, sin ser vista ni sentida. Bien quisieran los enemigos defenderse; pero con el desórden consiguiente á la sorpresa, sólo pensaron en poner en salvo sus personas, abandonando el pueblo á merced de la tropa de Manila. Goiti ya no trató de perseguirlos, porque no dudaba que, convencidos de su flaqueza é impotencia, abrazarian el partido de la paz, que desde luégo les propuso, como se verificó, quedando así más agradecidos y obligados á la generosidad del vencedor. En su consecuencia se sometieron á la obediencia del Gobierno, entregaron sus falconetes al jefe de la tropa y demolieron ellos mismos los terraplenes que habian levantado para su seguridad. En seguida se dirigió la tropa hácia el pueblo de Lubao, que tambien se habia mantenido independiente hasta entónces; pero noticiosos sus vecinos de la suerte que habian sufrido los de Bétis, sin embargo de las muchas prevenciones que tenian hechas para defenderse, abrieron al momento sus puertas al vencedor y se sujetaron á las mismas condiciones.

II.

Concluida felizmente la paz con los pueblos y provincias más cercanas á Manila, y sujetas casi todas las Visayas á la obediencia del Gobierno, repartió Legaspi en encomiendas á los indios tributantes entre los capitanes que más se habian distinguido, segun las instrucciones que habia recibido de la córte. El intento del

Rey era, no tanto premiar el mérito de los conqu
dores, cuanto atender al bien de los mismos ir
como soberano y protector. Los encomenderos d
mantener á los pueblos de sus distritos respectivc
la obediencia del Gobierno, defenderlos de la tiran
los principales, civilizarlos é instruirlos en la verd
religion por medio de los PP. misioneros, á qu
debian mantener á sus expensas; y en recompensa
lizarse del reconocimiento moderado que los prin
les habian de pagar. Esta sábia y paternal medida,
atendidas las circunstancias del tiempo, era la me
más prudente que podia adoptarse, fué muy p
convertida por algunos hombres codiciosos en n
fero veneno, que iba empeorando la suerte de lo
dios, que el piadoso Soberano estaba empeñad
mejorar. Decididos á hacer su fortuna ántes de ti
á costa de los infelices indios que les habian sid
comendados, empezaron á mortificarlos con in
exacciones, con las cuales el paternal cuidado con
debian atenderlos fué muy pronto violento y ab
Los indios de algunas partes, cansados ya del yug
sufrian, se pronunciaron contra sus opresores,
consecuencias hubieran sido muy funestas, si e
no se hubiera atajado cuanto ántes. En la mism
de Panay, cuyos indios habian sido siempre tan a
al gobierno de Legaspi, en Bohol y Marinduqu
taron algunos encomenderos y soldados, y no ta
en propagarse el incendio á otras partes, si Legasp
prudencia no lo apagára en sus principios. Al e
no habiendo podido dejar la capital, comisionó a
pitan D. Luis de la Haya, quien á su llegada apa

á los indios sublevados, castigó á los culpados y dió muy oportunas providencias para corregir los males y abusos que eran el orígen del descontento de los indios. El comisionado de Legaspi regresó muy satisfecho á Manila, creyendo haber desempeñado felizmente su delicado cargo; pero en realidad dejó la raíz del mal en todo su vigor, porque no pudo arrancar la codicia, que era la verdadera causa del general descontento. Los PP. Agustinos, que ya por este tiempo tenian muy adelantadas sus misiones, particularmente en las Visayas, se tenian que fatigar mucho más en contener á los indios, que se marchaban á los montes, huyendo de la tiranía de sus encomenderos, que en reducirlos á la verdadera religion. Con la fuerza moral de la palabra y vida ejemplar adelantaban más seis ú ocho misioneros que todo el poder de las armas españolas; porque, si bien lograban éstas con la fuerza contener los primeros movimientos, no podian conservar la paz en su ausencia. Es cosa averiguada que, sin el auxilio de aquellos varones apostólicos, todas las ventajas de Legaspi se hubieran desvanecido como el humo, y hubiera sido necesaria mucha tropa para conservar algunos puntos de las islas, sin lograrse el objeto principal que se propusieran nuestros católicos monarcas en la adquisicion de estas ricas posesiones. Desde entónces se procuró entablar entre los indios de las islas un sistema de gobierno paternal, que sin echar mano de la fuerza sino cuando la necesidad imperiosa lo exigiese, los conservarse en la fidelidad debida á Dios y á su rey.

Ya entónces el bizarro nieto de Legaspi se hallaba restablecido de los padecimientos sufridos en su expe-

dicion de Paracale. Su briosa juventud, su patriotisı y su amor á la gloria de nuevos descubrimientos le ‹ terminaron á emprender una jornada más difícil to‹ vía y más arriesgada que las anteriores. Nada ó m poco se sabía hasta entónces de las provincias situa‹ al N. de Luzon. Sólo se tenía alguna noticia muy cc fusa de que existian por aquellas partes muchos pı blos de distintos idiomas, con quienes algunos mo de Manila solian contratar, viajando á sus provinc por mar en ciertas épocas del año. Salcedo, pues, tr: de reconocer toda la costa, hasta el grande rio Iban: que riega la extensa provincia de Cagayan, y desag en el mar de China al N. de la isla. Obtenido el p‹ miso de Legaspi, hizo disponer algunas embarcacion buscó gente de su satisfaccion, y con cuarenta y cin soldados solamente que le facilitó, se hizo á la vela dia 20 de Mayo de 1572. Desde luégo costeó la pı vincia de Zambales, reconoció sus pueblos sin la m nor contradiccion, y al llegar á Bolinao, halló un b que de chinos mercaderes, que se habia apoderado un principal y varios indios del pueblo, con intento aplicarlos á los trabajos de la mar, ó venderlos como ‹ clavos. Salcedo, que ya miraba á todos los naturales la isla como colocados bajo la proteccion de su gobi‹ no, arrebató la presa de manos de los chinos y la pı en libertad. Este generoso hecho, que no tardó en ‹ vulgarse, cautivó de tal manera el corazon de los zaı bales, que desde luégo se sometieron á la obedien del Gobierno. Despues de algunos dias de descan prosiguió la escuadrilla su derrota hasta Pangasin: en donde fué bien recibida de los pueblos situados

costa, y asistida con abundancia de víveres, sin la
nenor dificultad. No sucedió así en los pueblos de lo
nterior, porque luégo que Salcedo trató de visitarlos,
: opusieron resistencia, y como no trataba de sujetar-
s con la fuerza, se retiró á sus embarcaciones y pro-
iguió su viaje hácia el N. de la isla. En breve recorrió
odas las barras de la costa de Ilocos, sin hallar oposi-
ion, hasta que llegó á Vigan, pueblo situado en las
márgenes del gran rio llamado del Abra, distante hoy
los millas de la mar. Sus habitantes le disputaron la
ntrada con las armas; pero rechazados, se retiraron á
antay, que se halla en una loma á la otra banda de
u rio, dejando sus casas y haberes á merced de los es-
añoles vencedores. Salcedo no trató de perseguirlos,
i molestó á los que no se habian escapado, y esta con-
ucta, nunca practicada entre bárbaros, hizo regresar á
s prófugos al pueblo, persuadidos de que no debian
r enemigos ni hombres malos los que tan benigna-
nente les trataban. Vueltos ya pacíficamente á sus ca-
s, Salcedo celebró amistad con ellos, y despues de
lgunos dias de escala prosiguió la navegacion hasta el
o de Laoag. Aquí halló una grande poblacion, cuyos
abitantes lo recibieron hostilmente. Se opusieron á su
sembarque con las flechas, y no desistieron de mo-
starlos, á pesar de los requerimientos pacíficos que
les hizo por intérprete, hasta que se les desalojó de
ribera con la mosquetería. Estuvieron los españoles
Salcedo muchos dias en las cercanías de Laoag, sin
e los indios quisiesen recibirlos ni suministrarles ví-
res; y en una ocasion se vió el capitan en un con-
to, en que por poco pierde la cabeza. Hallábase en

la playa con los suyos muy tranquilo, cuando desd
léjos lo provocó un indio, blandiendo la lanza en ad
man de desafiarlo. Salcedo, deseoso de humillar su in
solencia, lo atacó armado de espada y rodela, y le de
alojó sin dificultad del sitio en donde se hallaba. Lle
vado Salcedo de su natural ardor, persiguió al indio e
su fuga, sin precaverse del lazo que los enemigos l
tendieran. Éstos, en efecto, estaban emboscados en e
sitio adonde lo condujo el primero con su fingida fuga
y el incauto capitan se vió de improviso cercado de u
gran número de ellos, de cuyas manos no le era fác
evadirse. Por de pronto se arrimó á una peña, y logr
defenderse con el auxilio de su rodela de las much
flechas que le tiraban. Ya tenía rota la defensa y est
ba en extremo fatigado, cuando afortunadamente lleg
á socorrerle el alférez Hurtado con algunos hombre
y lo libró de la chusma enemiga, que de otra suert
no tardára en degollarlo. Por fin, arrepentidos los in-
dios de haber desechado los primeros requerimientos
de Salcedo, despues de algunas escaramuzas, en las que
siempre llevaban la peor parte, le dieron satisfaccion y
celebraron paces y amistad con él, asistiéndole desde
entónces con generosidad, hasta que se despidió de
ellos. Cansada ya la gente de Salcedo con tantas cor
rerías, y temerosa de doblar el cabo N. de la isla, de
que ya no estaban muy distantes, con sus débiles em
barcaciones, dió á entender al capitan que no gustab
de continuar la comenzada expedicion. Éste por d
pronto no tuvo más remedio que conformarse, porqu
la gente descontenta no es la más á propósito para acc
meter grandes empresas. En su vista, se determinó re

gresar á Vigan embarcado, y ordenó á su alférez que con algunos hombres reconociese por tierra los pueblos de la costa, y que de paso procurase reducirlos buenamente á la obediencia del Gobierno.

A los pocos dias llegó Salcedo á Vigan, de cuyos habitantes fué bien recibido, y desde luégo determinó hacer un fuerte en una eminencia cercana, para la seguridad de los suyos, y facilitar con esta salvaguardia la sujecion de la comarca. Esta obra se principió á la llegada de Hurtado, sin oposicion por parte de los naturales del país. Luégo volvió á tratar de la prosecucion de su viaje, y no fué al principio más feliz en esta ocasion que en Laoag, porque la mayoría de su gente mostraba la misma repugnancia. Pero resuelto á llevar á cabo su proyecto, determinó que el alférez se quedase en el fuerte de Vigan con veinte y siete de los descontentos, y que los demas le siguiesen hasta el rio Ibanag, los que al fin se conformaron y se hicieron á la vela. La navegacion fué muy feliz, porque á poco doblaron el cabo N. de la isla, llamado Bojeador, y no tardaron en descubrir algunos cagayanes en la barra de un rio. Salcedo queria reconocer la tierra mediante su auxilio; pero luégo que la escuadrilla se dirigió hácia ellos se escaparon precipitadamente. Al fin se determinó á proseguir la derrota hácia el E. A pocas horas de viaje, despues de este lance, descubrió la barra de otro rio, y en la playa unos salineros, que lo aguardaron y recibieron con agrado. Suplicóles que le hiciesen el favor de llamar al jefe de su pueblo, con quien deseaba hablar, y accediendo á sus deseos, no tardaron en aparecer unos veinte valentones, armados con lanzas y ro-

delas, que con despejo preguntaron á los nuestros quiénes eran y qué buscaban por allí. Salcedo les dijo por intérprete que deseaba ver al principal á quien obedecian, porque debia tratar con él algunos asuntos de grande importancia. Oida la propuesta se despidieron, y á poco volvieron con la contestacion, y dijeron que los ancianos del pueblo no querian que su principal bajase á la playa. Despues de muchos ruegos, seguridades y demandas, al fin se presentó el régulo muy bien acompañado, pero Salcedo no pudo lograr que fuese á bordo de su embarcacion. Al ver tanta desconfianza en aquella gente, que por otra parte no le pareció mal intencionada, se resolvió á bajar con algunos de los suyos á la playa, para ver si podria entrar en relacion con su pueblo. Fuése desde luégo hácia donde lo aguardaba el principal, y trató de darle un abrazo en señal de amistad; mas como el bárbaro no entendia esta clase de caricias, y figurándose, por el contrario, que trataba de prenderlo, se fugó precipitadamente con su gente. Con esto volvió Salcedo á embarcarse, y prosiguió la navegacion hasta el rio que buscaba, del cual ya no estaba muy distante, porque, segun todas las apariencias, y por el nombre de Tulag, ó Tular, que el intérprete dió al lugar, sería, á no dudarlo, la barra del rio que ahora se llama de San Juan, ó Abulug.

En la corta travesía que luégo tuvieron que hacer se vieron en el mayor conflicto: navegaron por espacio de tres horas felizmente; mas á la entrada de la noche les sobrevino un viento duro que los constituyó en los últimos apuros. Se les abrió la popa de una embarca-

ion; tuvieron que echar al agua la carga más pesada de otra, y cuando ya estaban á pique de perderse, el Señor, á quien llamaron de todo corazon, los consoló, calmando el viento y las olas : de suerte que al amanecer ya estaban cerca de la barra llamada hoy de Aparri, por donde desagua aquel caudaloso rio. Luégo se metieron por sus desconocidas aguas, y dieron fondo al lado de una isleta que formaba el mismo rio, á la vista de un pueblo, que debió ser el de Camalanyugan; porque el de Aparri áun no existia. Salcedo, segun costumbre, requirió de paz á sus vecinos, quienes por de pronto no la rehusaron, mas luégo dieron á entender que trataban de recibirlo con las armas. Desde luégo empezaron á levantar una estacada en la ribera, y se fué reuniendo mucha gente en ademan de defenderse y disputar á los nuestros la entrada. Éstos estuvieron fondeados allí algunos dias, sin atreverse á efectuar el desembarque, porque no estaban, por su corto número, en disposicion de batirse con los prevenidos cagayanes; lo que movió á Salcedo á desistir por entónces de sus requerimientos, satisfecho ya de haber llegado al punto deseado. Luégo se hizo á la vela hácia el Cabo de Engaño que dista pocas leguas de allí, y navegando por la contra-costa de lo que ahora es Nueva Écija, fué á parar al puerto de Piapi, cerca de la Laguna de Bay. Allí dejó las embarcaciones con su gente, y con solos cuatro compañeros atravesó los montes y salió á Paete, donde se embarcó en una débil canoa para ir por agua hasta Manila.

Cuando parecia al intrépido Salcedo que ya estaba al fin de su larga expedicion, le aconteció un lance que

lo constituyó en los últimos apuros. Al hallarse en el medio del gran lago, una ola volcó la canoa que le conducia. Los indios bogadores se salvaron á nado, y él que carecia de esta habilidad, no tuvo más arbitrio que agarrarse del casco, y colocarse en las manos de la divina Providencia. Afortunadamente, cuando ya estaba medio desmayado, pasaron por allí unos moros amigos de Manila, que lo salvaron y lo llevaron en seguida á la casa de un encomendero adonde iban. Aliviado ya de esta avería, volvió á embarcarse á fin de presentarse cuanto ántes en la capital, para dar cuenta á su abuelo de los sucesos de su expedicion y descansar de sus trabajos. Pero en Taguig, cuando apénas habia dejado las aguas de la Laguna, tuvo la fatal noticia de su fallecimiento, y penetrado del más vivo sentimiento, entró en Manila ocultamente, sin dejarse ver en muchos dias.

La nueva capital se tenía por dichosa de verse colocada bajo el paternal y sabio gobierno de su ilustre fundador. La corona de Castilla adquiria todos los dias nuevos brillos con la obediencia que por sus afanes y cuidados le prestaban muchos pueblos de diferentes lenguas y naciones. La religion verdadera por su celo abrigaba nuevos hijos en su seno, para derramar sobre ellos sus benéficos influjos; las Filipinas todas por su vigilancia caminaban con rápido progreso en pos de la verdadera luz que las habia de iluminar un dia, para que pudiesen en verdad apellidarse cristianas. Entónces, cuando el aspecto de todas estas islas se presentab tan risueño, cortó la fatal Parca el hilo de la vida pacífico conquistador, al insigne adelantado D. M

guel Lopez de Legaspi. Los mismos indios á quienes habia subyugado mostraron notable sentimiento por su muerte, porque ya no ignoraban las ventajas que habian reportado con el cambio de gobierno. Su muerte aconteció el dia 20 de Agosto de 1572, de resultas de una grave desazon que le causó una persona distinguida de su campo, con motivo de sus indiscretas pretensiones. Pasó de esta vida á la eterna sin haber podido recibir los últimos auxilios de la religion; pero dejó muy asegurada la opinion de haber llegado felizmente al fin de su carrera, porque se confesó generalmente y recibió el cuerpo sacrosanto de Señor el dia de la Asuncion de la Vírgen, cinco dias ántes de su fallecimiento.

III.

Muerto Legaspi, el factor del Rey, el maestre de campo y demas oficiales registraron sus papeles para ver lo que se hallaba dispuesto relativo á la persona que le habia de suceder en el gobierno de las islas, y hallaron una provision de la Real Audiencia de Méjico, en la cual se ordenaba que el maestre de campo don Mateo del Saus debia sucederle en primer lugar, y por su falta el tesorero D. Guido de Lavezares. Dióse cumplimiento á lo dispuesto en este documento, é inmediatamente fué reconocido el segundo jefe superior de Filipinas, por haber fallecido el primero.

Luégo que Lavezares se hizo cargo del supremo cargo, trató de llevar á cabo las empresas de su digno an-

tecesor, y consolidar las reducciones que Salcedo habi comenzado á sus expensas en las provincias de Zambales, Pangasinan é Ilocos. Parecia regular que la gloria de esta obra se reservára á su primer descubridor puesto que por ella habia hecho el más generoso sacrificio; pero la envidia, que suele atropellar los derechos más sagrados, desconceptuó al jóven héroe en la opinion del nuevo gobernador. Salcedo sufrió resignado los desaires, y Lavezares no tardó en conocer la ponzoña que destruia sin motivo su buen nombre. Entre tanto la sujecion de aquellas provincias lejanas fué confiada al maestre de campo D. Martin Goiti, quien á este fin se hizo á la vela de Manila con veinte y tres embarcaciones bien provistas, con las cuales el 18 de Diciembre del mismo año de 1572 dobló el cabo Bolinao, entró en Lingayen, visitó los pueblos de la costa, con los de la provincia de Ilocos, y cobró el reconocimiento que ántes habian ofrecido, sin haber hallado oposicion en parte alguna, porque Salcedo con su buen comportamiento le habia allanado el camino. Desde esta fecha data la noticia que se tiene de la existencia de las minas de oro que hay en el país de los igorrotes, porque Goiti ya compró á estos bárbaros una considerable cantidad de este metal que bajaban de sus montes. Con esta sola expedicion, y la que habia hecho ántes D. Juan de Salcedo, quedaron aquellas provincias definitivamente sometidas á la obediencia del Gobierno.

Por Julio del año siguiente, reconciliado ya Salcedo con el anciano Lavezares, mereció la confianza de ser nombrado por este general pacificador de Camari

s, que habia reconocido en la expedicion á Paracale. lió de la capital con diez y ocho embarcaciones, para nducir ciento y veinte soldados, con mayor número : indios amigos y las provisiones necesarias para el aje. Subió por el rio Pásig y navegó hasta el Sur de Laguna, en donde arregló la marcha por el mismo mino que habia andado en la citada expedicion, y spachó las embarcaciones para Manila. No dejó de ner algunos encuentros con los indios ántes de llegar rio del Vicol; pero de todos salió con lucimiento. ı tierra que debia sujetar era muy extensa y mon-osa, su gente belicosa y con poca disposicion de so-eterse á la obediencia de un gobierno extranjero. La osicion que algunos pueblos le habian hecho ántes s tenía en gran cuidado; pero con la humanidad y udencia que habia heredado el capitan de su ilustre uelo, sin cometer violencias ni estorsiones venció to-s los obstáculos. Humilló á los pueblos más belico-s de toda la provincia, consiguió que reconociesen al obierno, y para tenerlos más sujetos, fundó una villa pañola cerca del rio del Vicol, llamada Santiago de bon, habiendo regresado victorioso á la capital á los ıco meses de ausencia.

Entónces Lavezares se determinó á presentarse en Visayas, para visitar personalmente las islas de Pa-y, Cebú y Bantayan, con motivo de las repetidas ejas de los indios contra los encomenderos y solda-s de quienes eran molestados con frecuencia; pero el io de estos infelices sólo duró el tiempo que el jefe ıvo entre ellos, porque la codicia de los primeros y necesidades de los segundos por la misma causa

quedaban en todo su vigor. De aquí tambien dimana ban los disgustos de los PP. misioneros; porque los indios se volvian á los montes despues de haberlos reducido á poblado con trabajos indecibles, figurándose estos isleños que los misioneros hacian causa comun con sus codiciosos opresores. Vuelto Lavezares de Visayas, y sujetas las provincias de Camarines, Pangasinan é Ilocos, repartió algunas encomiendas entre los españoles beneméritos que más se habian distinguido A Salcedo se las dió en Ilocos, y lo nombró justicia mayor de la provincia; recompensándole así de algun modo los servicios distinguidos que habia prestado á la patria, adquiriéndole aquellas provincias populosas.

Por Enero de 1574 salió de la capital con alguna gente para Vigan, de cuyos habitantes fué honrosamente recibido. Luégo tomó posesion de sus encomiendas, y en virtud del oficio que el gobernador le habia conferido, fundó la villa Fernandina en la misma poblacion de Vigan. Dió en seguida las disposiciones necesarias para levantar una iglesia, casa Real y fortaleza, y finalmente nombró oficiales subalternos para su policía y buen gobierno. Ocupado en estas obras, se vió precisado á despachar una galeota con indios y soldados á una encomienda que tenía en Sinait distante unas seis leguas de la villa, con el fin de hacer algun acopio de víveres para aliviar á los de Vigan que trabajaban en los edificios que se estaban fabricando. Cuando la embarcacion ya no estaba muy distant del referido pueblo, fué de improviso atacada por l escuadra de un corsario poderoso. Los soldados se re sistieron con valor; pero al fin, oprimidos por la mu

chedumbre enemiga, fueron todos pasados á cuchillo. Salcedo no tardó en saber esta triste novedad, y temeroso de que los enemigos entrasen en la nueva villa, se dispuso del mejor modo posible para defenderla con las armas; pero sus preparativos sólo sirvieron para mostrar á sus vecinos que no faltaba valor á los españoles para defenderlos, porque la escuadra del corsario pasó de largo hácia el S., en donde está la capital, y Salcedo, penetrando su intento, embarcó su gente y le siguió por la retaguardia.

Era este corsario el famoso chino Li-ma-hon, natural de la provincia de Cui-tam, el cual desde jóven se mostró muy inclinado al ejercicio de las armas, y dió á conocer muy pronto que á su tiempo sería el azote de sus paisanos. Constituido capitan de una partida de foragidos, se apoderó de algunos buques fondeados en un puerto, y de ladron quedó trasformado en pirata. Su escuadra cometia toda suerte de atrocidades, é infundia el terror en los mares que infestaba. Várias veces se apoderó de los buques de sus perseguidores, y su poder se hacia cada dia más temible. Cansado el Emperador de perseguirlo sin provecho, trató de capitular con él, y al efecto le envió comisionados ofreciéndole el perdon si queria presentarse; mas él, despreciando la clemencia del Monarca, degolló á los enviados. Este atentado indignó al Emperador de tal manera, que lo mandó perseguir con ciento y cincuenta embarcaciones, tripuladas con cuarenta mil soldados. Esta formidable escuadra lo acosó por todas partes, y temeroso al fin de caer en manos de sus perseguidores, se determinó á dejar aquellos mares y refu-

giarse en algun país distante de su patria. Por unos chinos mercaderes que apresó, procedentes de Manila, supo el estado de las islas Filipinas, se enteró de sus riquezas, de la condicion de los naturales del país y del corto número de españoles que las tenian dominadas. Estas noticias le parecieron muy acomodadas á sus miras; por lo que se decidió á tomar por fuerza la metrópoli, y en seguida posesionarse de las islas, para coronarse señor de todas ellas. Escogió para el efecto setenta y dos embarcaciones, las que montó de su mejor artillería con dos mil hombres aguerridos, sin contar con las mujeres y la marinería necesaria. Con esta armada se presentó el corsario en la bahía de Manila para posesionarse de esta capital, á fines de Noviembre de 1574.

Como práctico pirata, no ignoraba el valor de las sorpresas para conseguir el fin de la campaña. Así que, tan luégo dobló la punta de Capones, envió por delante seiscientos hombres escogidos, capitaneados por su general Sioco, natural de las islas de Japon, soldado muy valiente, de quien se valia el corsario para realizar las empresas más difíciles. Este cuerpo de vanguardia, con que se habia prometido sorprender la capital de Filipinas, fué costeando de noche la bahía con embarcaciones más pequeñas por la provincia de Cavite hasta llegar á Parañaque, creyendo ser la plaza que trataban de tomar. Descubierto el error, fueron caminando por la playa, llevando sus embarcaciones á la sirga hasta Manila, que al fin fué sorprendida. Los indios de Malate ya los habian visto; pero como decian que eran moros de Borneo, no fueron creidos cuando dieron el

ıviso, por ser fuera de tiempo. Pero Sioco no tardó en legar, y entró al frente de los suyos en la plaza por el itio en donde está ahora la puerta Real, sin hallar opoicion. La primera víctima de estos foragidos fué el maestre de campo D. Martin Goiti, que todavía estaıa en cama. Los soldados de su guardia se defendieron con valor, pero fueron oprimidos por la muchedumbre le los agresores. Los enemigos en seguida pegaron fuego á la casa, y Goiti, al saltar por la ventana, fué al nomento acuchillado. A la gritería de los chinos se sobresaltó la vecindad, y Lavezares, al frente de los esañoles, que se fueron replegando en el fuerte, dió las lisposiciones necesarias para la defensa. Con su pequeo escuadron se defendió bizarramente de los enemigos, ue, formando sobre el fuerte una media luna, tratan de asaltarlo. Mas á la sazon llegaron los valientes apitanes D. Alonso Velazquez, Amador de Arisan y Gaspar Ramirez, que con su gente batieron á los chios en todas direcciones. Al ver los estragos que su·ian de las balas, se desanimaron y se retiraron hácia ı playa, en donde habian dejado sus bateles. En seguia se reembarcaron, llevándose los cadáveres que pujeron recoger, y se fueron á dar cuenta á Li-ma-hon le su derrota. Aconteció este suceso memorable el dia le San Andres del referido año de 1574.

Cuando el corsario entraba en la bahía con su escuara orgullosa, creyendo que Sioco ya era dueño de Maila, éste se retiraba confuso para encontrarlo en Cavi·, en donde enterró algunos muertos. Este jefe atribuia desgracia al cansancio de la gente, y prometió á su ñor que repetiria el asalto al tercer dia y lo pondria

en posesion de la ciudad. Esta corta demora contribuyó en gran manera á la salvacion de nuestra gente, porque Lavezares tomó desde luégo las disposiciones más enérgicas para la defensa de la plaza, y mandó despacho á los españoles, que no estaban léjos, para que se presentasen cuanto ántes. Trabajó la gente con calor en mejorar los parapetos, se montaron todos los cañones disponibles, y entre tanto llegó Salcedo con su gente. Este valiente y activo capitan, que, como se ha dicho, seguia tras la escuadra del corsario, al llegar á la bahía de Manila supo que aquél estaba en Cavite. Entónces acercó su escuadrilla á la costa, navegó por frente de Bataan y la Pampanga, y llegó á tiempo á la plaza con cincuenta y cinco españoles, sin ser visto del corsario. Su presencia animó en gran manera á los demas; todos lo miraban como el salvador de la ciudad, y el Gobernador lo abrazó amorosamente, confiriéndole desde luégo el honroso título de maestre de campo, que vacaba por la muerte del malogrado Goiti.

El dia 2 de Diciembre por la madrugada se supo en Manila que Li-ma-hon estaba levando anclas, y luégo apareció su numerosa escuadra que fondeó en frente de la plaza. Para entusiasmar su gente, é infundir má terror á la ciudad, disparó un fuerte cañonazo en su nave capitana, que fué correspondido por las dema con tres tiros. Llamó entónces á los cabos de su tropa y les arengó con energía. Les trajo á la memoria la hazañas pasadas, las victorias conseguidas, el valor d sus guerreros, las escasas fuerzas españolas de Manil la imposibilidad de regresar á su país, y la necesidad colocar su señorío en la tierra que tenian á la vist

Concluida su arenga, acordó inmediatamente el asalto á las órdenes del citado Sioco, quien, al despedirse, le aseguró que le pondria la plaza en sus manos ó moriria en la demanda.

Estaba persuadido el orgulloso japonés que á su vista desaparecerian los españoles como el viento, y reduciria la ciudad á un monton de escombros; pero salieron vanas sus necias esperanzas. Con mil quinientos hombres hizo sin oposicion el desembarque; los dividió en tres columnas, y dispuso que la una se quedase en la playa de reserva, que la otra recorriese la orilla del Pásig, y él con la tercera entró á sangre y fuego por el mismo sitio que la vez primera. Abrasó el convento de PP. Agustinos; degolló á cuantos indios caian en sus manos, y colocado en frente de la fortaleza, desafiaba á los españoles á que salieran para pelear con él á campo raso. Cansado al fin de aguardar, se acercó á las trincheras, se batió valerosamente con los nuestros, y hasta consiguió que algunos de los suyos asaltasen y entrasen en el fuerte. Entónces los españoles hicieron prodigios de valor; quitaron la vida á cuantos habian entrado en el cerco, y jugando la artillería felizmente, hicieron estragos horrorosos en los que ya estaban á tiro de metralla. Los enemigos, sin embargo, se iban acercando á las trincheras; pero pagaban con la vida su arrojo temerario. Intentó Sioco repetidas veces el asalto, pero siempre fué rechazado con valor. Al ver Li-ma-hon, que se prolongaba el combate más de lo que esperaba y que su gente se iba replegando en la playa para coger los bateles, que él habia retirado de intento, bajó personalmente con cuatrocientos hombres

de refuerzo para reanimar á los demas; pero todos sus esfuerzos se frustraron. Sioco habia muerto, y los chinos, aterrados, preferian perder la vida en la playa á vista de su jefe que volver á las trincheras. ¡Tal era el pánico terror que se habia apoderado de aquellos foragidos, que poco ántes se consideraban invencibles! El corsario al fin se convenció de que los españoles eran otra clase de gente muy diversa de la que habia batido hasta entónces, y se reembarcó con la tropa que le habia quedado. En su retirada recorrió la playa hasta Parañaque, cuyo pueblo abrasó, robando y degollando á cuantos indios encontraba; y vuelto á sus naves, se hizo á la vela hácia media noche, para ir á ocultar su ignominia á otra parte.

Luégo que Manila se vió libre de tan terrible enemigo, y al considerar los españoles el gran peligro de que se acababan de librar, dieron gracias á Dios y al apóstol S. Andres, de quien se creian especialmente protegidos. En su consecuencia lo eligieron patron de la ciudad, y se ha procurado perpetuar la memoria del beneficio recibido hasta hoy, celebrando este triunfo con una fiesta aniversaria, que tiene el doble carácter de cívico-religiosa. En seguida se procuró reparar en lo posible los daños sufridos, y se confirmó en Salcedo el nombramiento de maestre de campo, ó sea de la segunda autoridad de las islas Filipinas, que ya le habia sido conferido á su llegada. Despues se trabajó en apagar el fuego de la rebelion, que Lacandola y Soliman habian encendido y atizado durante la campaña. Estos régulos, cuando los nuestros se batian como fieras contra el comun enemigo, que no perdonaba á los

indígenas, creyeron que habia llegado ya el momento favorable que aguardaban para recobrar su antigua independencia, faltando vergonzosamente á la fe de los tratados que habian jurado observar. Mataron aquel dia á los indios más adictos al Gobierno, sin perdonar siquiera á los inocentes sacristanes que los PP. Agustinos tenian en su iglesia de Tondo. Rechazado el corsario, léjos de apresurarse á reparar su falta, se obstinaron en su rebelion. Al intento se marcharon para refugiarse en los sitios más seguros, al frente de algunos principales y muchos indios de la plebe que habian envuelto en su perfidia; pero este nuevo despropósito era efecto de su mala conciencia, temiendo con razon ser castigados por su falta de fidelidad en el crítico momento en que más peligraba el Gobierno. Así lo creyeron los mismos á quienes estaba confiada la seguridad de todos, y al efecto se trató de no reducir á los rebeldes á la desesperacion, si se les perseguia con las armas. El P. Fr. Jerónimo Marin, prior de Tondo, que, á no dudarlo, hubiera sido víctima de la perfidia si no se hubiera escondido, empezó las negociaciones con los prófugos, las que se concluyeron felizmente con la promesa que les hizo Salcedo de perdonarlos si se presentaban al momento. Con esta seguridad depusieron los rebeldes las armas, y dieron á Lavezares várias excusas de su pronunciamiento vergonzoso, quien les otorgó el perdon ofrecido en nombre de S. M.

Entónces se tomaron providencias para perseguir á Li-ma-hon y desalojarlo de Pangasinan, en donde se habia constituido soberano. Despachó al efecto Lavezares órdenes á Camarines, Panay y Cebú, disponien-

do que toda la tropa disponible se presentase cuanto ántes en la capital, y se invitase á los indios más adictos para auxiliarla en la próxima campaña. De aquella provincia no tardó en llegar el capitan Cháves con sesenta y cinco españoles, y á su tiempo fueron llegando los demas de las Visayas. Con estos refuerzos se pudieron destinar doscientos y cincuenta soldados españoles para la proyectada expedicion, sin quedar abandonada la ciudad, á los cuales se agregaron mil y quinientos indios fieles de Visayas, ademas de la gente destinada para la maniobra de las embarcaciones, que no bajaban de sesenta. El encomendero D. Estéban Rodriguez de Figueroa se distinguió en esta ocasion por su patriotismo, pues se presentó á Lavezares con seis embarcaciones de su propiedad, armadas y tripuladas con doscientos indios valientes, conducidos á su costa. El Provincial de los PP. Agustinos no quiso faltar en esta famosa expedicion, llevándose de compañero al Padre Fray Martin de Rada. Salcedo por su parte, á quien se confió esta jornada, tomó la precaucion de llevarse á Lacandola con algunos de sus parientes y amigos, y un chino muy inteligente que sirviese de intérprete. Hasta el 22 de Marzo no pudieron hacerse á la vela: costearon sin novedad la provincia de Zambales, é hicieron escala en Bolinao. Aquí se informaron circunstanciadamente de lo que necesitaban saber, y Salcedo formó el plan de ataque que le pareció más oportuno para el logro del intento deseado. Dejarémos por un momento á la escuadra española en Bolinao, para referir lo que los chinos ejecutaron desde su salida de Manila.

IV.

de Diciembre se marchó el corsario de la ba-
a capital, desesperado y furioso por haber sa-
de su empresa. Formó, sin embargo, el pro-
: fundar en otra parte de las islas su colonia y
cipio á su soñado imperio. En su retirada pro-
mbuir á los indios de las costas en la falsa idea
ra no habia más españoles en Manila, por ha-
uerto, segun aseguraba, en el asalto que habia
sta capital. Con esta maliciosa estratagema re-
los incautos, y no dejó de causar daños, que
harto funestos en Mindoro; porque los natu-
sublevaron, y prendieron á los PP. misioneros
aban de reducirlos á la fe, á quienes tuvieron
os en el monte, con intento de matarlos tan
como se confirmase la noticia. Costeó despues
ncia de Zambales, dobló el cabo Bolinao, y
do por el golfo de Lingayen, entró con su es-
por la desembocadura del rio Agno, fondeando
gua de distancia de la mar entre Salasa y San
Hizo luégo el desembarque en una isleta que
l expresado rio con un brazo que viene de Lin-
levantando allí un fuerte de empalizada para su
d. En lo interior fabricó algunas casas de ma-
ra él y sus principales capitanes, y en otro re-
ien cercado de una fuerte estacada, defendido
él, levantó otras casas y pabellones para la gen-
aria. Creyéndose bastante asegurado, se declaró

señor absoluto del país, y como tal se hacia obedecer; pero su reinado no fué de larga duracion, como verémos.

Resuelto Salcedo á dar al enemigo el primer ataque ántes de que pudiese prevenirse, manda zarpar de Bolinao y fondear tras una isleta tres leguas distante solamente del sitio que éste ocupaba. Desde allí mandó al capitan D. Juan de Ribera con dos hombres á reconocer el rio, y practicada esta diligencia, salió el 30 de Marzo ántes de amanecer, entrando, sin ser visto de los chinos, en el rio, cuya boca cerró por la parte más estrecha. En seguida efectuó el desembarque, levantó apresuradamente un baluarte y colocó en él algunas piezas. Al salir el sol, las obras más precisas ya estaban acabadas, y desde luégo se propuso sorprender al enemigo y abrasarle la escuadra. Con este fin mandó al capitan Ribera que con su gente se acercase á su fuerte, y que al mismo tiempo los capitanes Chacon y Cháves con los suyos y ocho embarcaciones se apoderasen de los buques enemigos, y que en seguida condujesen algunos de ellos al campamento para obstruir la parte más profunda de la barra, y diesen fuego á los demas. El plan se llevó en todas sus partes á efecto: á los primeros tiros de la compañía del primero, los marineros chinos abandonaron los champanes para refugiarse en el fuerte, y los capitanes que debian apresarlos se apoderaron de todos ellos sin la menor dificultad. Muchos de los prófugos perdieron la vida en manos de la gente de Ribera ántes de entrar en el recinto. Entre tanto sólo Cháves se quedó en los champanes, y Chacon salió con los suyos en auxilio de Ribera, cuya

ente ya estaba fatigada; pero con el nuevo refuerzo tacaron á los enemigos con tanto entusiasmo, que se poderaron del primer cerco, en donde estaba el campamento del corsario. Entónces los soldados é indios, odiciosos del botin, empezaron á desordenarse para poderarse de lo que los chinos habian abandonado en us casas; mas éstos entre tanto, replegados en el fuere, se aprovecharon del desórden de los nuestros y les esalojaron del recinto. Muchas veces la codicia del oldado malogra el éxito de los planes sabiamente cominados de los más diestros capitanes, y les quita la ictoria de las manos. Los soldados de Salcedo experimentaron en esta ocasion cuánto es esto verdad. Avergonzados, sin embargo, de la ventaja de los chinos, volvieron sobre sí, se reanimaron mutuamente y continuaron con nuevos bríos el ataque. En tan buena ocasion llegó el capitan Hurtado con dos barriles de pólvora y cincuenta hombres de refuerzo. Entónces, rechazando al enemigo, recobraron lo perdido, incendiaron sus pabellones, les batieron en sus trincheras, y se apoderáran de su fuerte si tuvieran los instrumentos indispensables para escalarlo. Chacon, que hasta entónces habia estado custodiando los champanes, al ver que el combate se prolongaba más de lo que esperaba, se resolvió á incendiarlos y acudir con su gente en auxilio de los demas. El combate fué terrible, porque los chinos, atrincherados, se batian á la desesperada; y su obstinada resistencia, el ardor del sol, el humo de las naves y pabellones enemigos fatigaron de tal suerte á los nuestros, que se vieron precisados á desistir del combate y retirarse. Lleváronse á varios hombres y

mujeres que cogieron prisioneros en los pabellones champanes, y se presentaron al campamento muy ca sados, pero con ánimo de repetir la carga otro dia.

Salcedo no quedó todavía satisfecho ni con la qu ma de las naves enemigas, ni con los estragos caus dos á los chinos. El intento principal era rendirlos acabarlos, y persuadido de que esto no podia cons guirse sin el auxilio de la artillería, se apresuró á si tuarla cerca del fuerte para batirlo con más segurid pero esta diligencia tan precisa fué tardía; porque Li ma-hon aquella misma noche reparó sus parapeto montó la artillería gruesa y se preparó para rechaz enérgicamente los ataques que temia de los nuestro Por la mañana, sin embargo, quedó sorprendido ver tan cercana la batería española: indeciso acer del partido que habia de tomar, suspendió por entó ces la campaña. Viendo Salcedo que no hacia ningu maniobra para defenderse, aprovechó las treguas y o denó al intérprete que le escribiese una carta exho tándole á que se entregase á discrecion, porque de es suerte sería bien tratado. Contestóle con orgullo el co sario «que preferia la muerte á entregarse de este mod que él no rehusaba la paz; pero que si debia llevarse efecto, se marchasen los españoles á Manila, y qu luégo él y sus capitanes, con los deudos, irian á bes las manos al Gobernador y hacerle el debido acat miento.» Entónces aquel jefe le hizo escribir otra car en su nombre, asegurándole que no saldria de allí si llevarlo por delante. Pero no por esto se acobardó corsario, pues sin contestarle por escrito, le hizo dec «que no era hombre á quien las amenazas asustaban

Así se pasó aquel dia sin haberse disparado un cañonazo; mas en el siguiente, en que la artillería de los nuestros ya estaba en disposicion de operar, empezó á batir el fuerte enemigo con bastante resultado. Los chinos correspondian con igual y áun con mayor ventaja, por tener en mejor disposicion su artillería. Al ver Salcedo que las balas enemigas podian causar daños á los nuestros, que trataba de evitar, retiró los cañones, y se resolvió á tener sitiado al enemigo ínterin consultaba á Lavezares si queria que se tomase el fuerte por asalto, ó aniquilar á los chinos por el hambre. El Gobernador le envió más fuerzas y le escribió que procurase concluir cuanto ántes la campaña. Salcedo, en su vista, se apresuró á dar el último asalto; pero halló tantas dificultades en su ejecucion, que se vió precisado á desistir, á pesar suyo, de su empeño y continuar con el asedio, dando al mismo tiempo una satisfaccion cumplida al Gobernador, con el parecer unánime de todos los capitanes de su campo.

El sistema que adoptó Salcedo era ciertamente el más prudente: en los asaltos debian perecer por precision muchos soldados españoles, que hacian mucha falta para conservar las islas; Li-ma-hon, por otra parte, se veia cada vez más apurado y acosado por el hambre, lo que obligaba á muchos de los suyos á pasarse al campo de los nuestros, sin esperanzas de socorros. La situacion era la más apremiante, y sólo le quedaba el arriesgado medio de fugarse, lo cual parecia imposible á Salcedo; porque por tierra debia perecer á manos de los españoles y de los indios á quienes habia tiranizado, y por agua no habia, al parecer, sali-

da, pues no tenía buques, y la bocana del rio estab bien guardada. Mas él, en sus apuros, halló recurso para burlarse de la seguridad con que los nuestros esperaban triunfar completamente.

Durante el asedio del corsario, llegaron al campo de Salcedo dos buques chinos á cargo de Pe-sung-aumon, enviado por el virey de la provincia de Fo-Kien con un salvo-conducto del Emperador para Li-ma-hon en el caso de quererse presentar. El emisario tuvo ántes una conferencia con el jefe de los nuestros, y luégo habló con el corsario, á quien entregó en propia mano los despachos. Se ignora lo que hablaron entre sí; pero Aumon salió muy satisfecho de su presencia, y después se fué para la capital con intento de verse con e Gobernador. Éste le aseguró que Li-ma-hon, muerto ó vivo, sería entregado á su emperador tan pronto como cayese en manos de la tropa; y con esta confianza regresó á la provincia de Fo-Kien con los prisioneros que se habian cogido al corsario, entre los cuales habia algunas mujeres principales, que él habia arrebatado del seno de sus familias.

Los PP. Agustinos quisieron aprovecharse de esta ocasion para introducir la luz del Evangelio en el imperio de China. Con este fin se embarcaron con Aumon los PP. Fr. Martin de Rada y Fr. Gregorio Marin, en calidad de embajadores de Manila, acompañados de dos españoles solamente. El 12 de Junio de 157 salieron de Manila, y el 5 de Julio llegaron al puerto de Tiong-so-song. Fueron tratados con mucha distincion en todos los pueblos del tránsito hasta Hong-chia en donde estaba el Virey, á quien entregaron los des-

pachos del Gobernador de Filipinas, en los cuales le daba cuenta de la llegada del corsario á la isla de Luzon, de los daños que habia causado en sus pueblos y del aprieto en que lo tenian con los suyos. Leyó aquel jefe con mucha atencion los despachos, dió las debidas gracias á los embajadores por los importantes servicios que habian hecho en Manila á su nacion en la causa del corsario, y les dió regalos para el Gobernador y luégo trató de despacharlos. Terminados los negocios de la embajada, los religiosos le pidieron permiso para quedarse en su provincia, con el fin de predicar y propagar la religion de Jesucristo; pero tuvieron el desconsuelo de oir que no estaba en su mano otorgarles la gracia que pedian, porque siendo un asunto de mucha gravedad, debia ante todas cosas consultarlo con el Emperador. Esto, en buenos términos, equivalia á una negativa absoluta, por lo cual aquellos celosos misioneros se resolvieron á regresar á Filipinas. El 2 de Agosto se hicieron á la vela, y hasta el 28 de Octubre no llegaron á la capital de Filipinas, en donde supieron con la mayor sorpresa que Li-ma-hon se habia escapado con los suyos, dejando burlados y confusos á sus sitiadores.

La fuga del corsario se verificó de un modo verdaderamente ingenioso. Con los restos de los champanes abrasados y sumergidos en el rio, fabricó algunas embarcaciones dentro de su fuerte, por medio de las cuales salió de su encierro. Los españoles, que no ignoraban sus trabajos, redoblaban la vigilancia en la barra del Agno, que desde un principio tenian bien asegurada, ignorando que más arriba de donde hoy está el

pueblo de Salasa, tenía el mismo rio otro brazo, qu desagua en Dagupan, tres leguas más al E. de aqué lla. Por otra parte, el fuerte del corsario estaba alg distante de la ribera, y no parecia fácil echar los ba ques al agua. Pero él, á manera de un tigre encerrad á quien se comparaba, se procuró salida á fuerza trabajo. Terminada la obra de sus embarcaciones, man dó abrir una gran zanja (segun tradicion de los pan gasinanes, en una sola noche), por la cual las echó rio Agno muy temprano, de donde salieron por l barra de Dagupan á la mar, sin ser vistas de los nues tros hasta que ya estaban navegando á remo y vela pc el golfo. El P. Gaspar de San Agustin supone, contr la dicha tradicion, que los chinos no acabaron en u solo dia los trabajos de la zanja; pues dice que con l misma tierra que sacaban, formaban parapetos, en don de colocaban sus cañones, para alucinar á los sitiado res; que el dia de la salida, con embarcaciones peque ñas y muchas luces hicieron un falso ataque al camp de Salcedo, y que entre tanto las demas realizaron s salida. Sin embargo de la mucha fe que merece est autor, que es uno de los más antiguos de las islas, e preciso confesar, en obsequio de la verdad, que su re lacion en este punto no es probable, atendida la situa cion del punto que los chinos ocupaban. Existe toda vía en el dia el canal, que llaman de los Chinos y d Li-ma-hon (que yo he visitado), en la punta de la isl que forma dicho rio con el brazo que pasa por Lin gayen, cortándole en una punta, á dos millas más aba jo de este pueblo. El canal se parece á un estero, co várias direcciones, poblado en sus riberas de nipales,

todavía es navegable para embarcaciones chicas en plena mar. Tal vez ya habria entónces alguna comunicacion por agua desde el fuerte de los chinos (cuyo punto fijo se ignora) hasta el rio, y que en la noche de la fuga lo profundizarian; lo cual no sería muy difícil, atendida la calidad del terreno, que es anegadizo, y la construccion de los buques chinos, que no tenian quilla y pueden navegar en una vara de fondo. Si su fuga hubiera sido por la barra que hoy se llama de San Isidro, la relacion del P. Gaspar sería más fundada; pero en este caso hubieran sido aprendidos ántes de salir al rio Agno, en cuya barra estaba el campo español con más de setenta embarcaciones, y no se conforma con la tradicion que asegura haber sido su salida por Dagupan.

Grande fué por cierto la sorpresa de los nuestros al ver las embarcaciones de los chinos navegando á toda vela en alta mar. Ya no fué posible perseguirlos, porque se hallaban á una gran distancia, y sus buques eran mucho más ligeros. En el fuerte, que luégo fué reconocido, se hallaron muchos muertos, que habian sido víctimas, tal vez, de la crueldad del tirano Lima-hon, para aligerar la carga. Muchos de los chinos de esta expedicion se salvaron por tierra con la fuga, y no faltan autores que opinan que algunas rancherías de igorrotes que hay en el dia en los montes más cercanos de Pangasinan y Union descienden de aquéllos. Lo cierto es que Li-ma-hon vino á Filipinas con algunos millares, y se marchó con muy pocos individuos, Salcedo sin pérdida de tiempo recorrió por mar las costas de Ilocos, para ver si podria alcanzar todavía

al corsario; pero hasta la villa Fernandina no halló sin
rastros de su ferocidad, con muchos muertos de su gen-
te. Li-ma-hon no se detuvo en toda aquella costa sin
el tiempo más preciso para recoger víveres, y más tar-
de se supo que fué á parar á la isla de Ta-cao-ti-ca
para carenar sus buques, y que perseguido por el vi-
rey de la provincia de Fo-Kien, trató de refugiarse e
Siam, en donde su rey no quiso recibirlo, temeroso d
la vecindad de un hombre tan famoso. Ésta fué la pri
mera y última noticia que se tuvo en Manila del cor
sario, despues de haberse escapado de las manos de lo
nuestros.

Vuelto Salcedo de la villa Fernandina, halló en Ma
nila de gobernador á D. Francisco Sande, nombrad
en interinidad por el Virey de Nueva España, que ha
bia tomado posesion de su interesante cargo el dia 2
de Agosto de 1575, á satisfaccion de Lavezares,
quien pesaba ya demasiado tanta carga. Salcedo le di
cuenta de su expedicion, y trató de retirarse á Nuev
España, en donde tenía dos hermanos, á cuyo fin l
pidió el permiso competente. Sande, informado de su
prendas, si bien accedió á sus deseos, lo hizo con har
to sentimiento, porque en realidad era el hombre d
más valía é importancia que á la sazon habia en Fili
pinas. Obtenido el permiso, volvió á dicha villa co
el fin de realizar sus intereses; pero á poco de habe
llegado fué atacado de unas fuertes calenturas, que l
condujeron al sepulcro. Murió con mucha humilda
y poseido de sentimientos piadosos, habiendo pedid
perdon á todos de las faltas que hubiese cometido. E
Manila habia hecho testamento, y sólo tuvo que aña

ıs cosas en su codicilo, disponiendo por una
ɜspecial que el remanente de sus bienes se
fielmente entre los indios de su encomienda
Aconteció su muerte el dia 11 de Marzo
á los 27 años de edad, y su cuerpo fué en-
ı el convento de los PP. Agustinos de Ma-
do de su abuelo D. Miguel Lopez de Le-

ɾo gobernador procuró con mucho empeño
los descubrimientos de las islas, y reducir á
ıles á la obediencia de su gobierno. Con este
desde luégo al capitan Cháves al rio del Vi-
narines. Salcedo habia adelantado mucho la
; pero como áun no habia suficientes fuerzas
en las islas, ni misioneros que con la fuerza
la persuasion apaciguasen á los indios, los
principalmente, Baao y Bula hicieron mucha
al nuevo conquistador. Al fin, con valor, cons-
paciencia realizó los deseos del Gobierno, y
el primero de aquellos pueblos, por disposi-
ınde, la ciudad de Nueva Cáceres, que des-
rigió en silla episcopal del mismo nombre.
ɾ otros servicios interesantes, muerto Salcedo,
corado con el título de maestre de campo
ıe Filipinas.

V.

se ofreció á Sande una expedicion muy glo-
gobierno, que realizó con la mayor facilidad.

Portugal, durante el reinado de D. Sebastian, habia decaido mucho de su antiguo esplendor, y en la India eran ya sus armas muy poco respetadas, por estar demasiado repartidas sus posesiones. Poseia muchos puntos de grande importancia, es verdad; pero sus régulos, especialmente los de las Molucas, estaban en la más completa independencia, y sólo se valian del favor de los europeos, particularmente portugueses, para hacerse la guerra y aniquilarse mutuamente. Las guerras de Mauritania tenian á los portugueses muy ocupados, y por fin fueron allí completamente derrotados por los moros con su rey, que pereció en la batalla. Al desgraciado D. Sebastian sucedió su tio el cardenal D. Enrique, por no haber dejado ningun hijo, y luégo la corona de Portugal se reunió con la de Castilla en 1580 por derecho hereditario, reinando todavía en España el Sr. D. Felipe II. Como las Molucas estaban ya poco ménos que abandonadas, este previsor monarca habia ordenado al Gobernador de Filipinas que se apresurase á reconquistarlas, y con este fin reunió Sande una escuadra respetable para sujetar al reyezuelo de Ternate, la que sólo sirvió para reponer á Sirela, rey desposeido de Borneo. Este soberano se habia presentado en Manila ofreciendo vasallaje á la corona de Castilla, con tal que se le auxiliase contra un hermano suyo, que, segun decia, le habia usurpado el trono. Sande, en vista de la queja, y persuadido de la legitimidad de su derecho, accedió á su solicitud, y se resolvió á destinar á este fin la escuadra que debia ir á las Molucas, sin abandonar por esto el objeto principal. El mismo Gobernador quiso mandar personalmente esta famosa ex-

pedicion, que se componia de cuatrocientos españoles, más de mil y quinientos indios para el manejo de la flecha, y unos trescientos borneos que Sirela tenía de toda confianza. Las embarcaciones que debian conducirlos pasaban de cuarenta, y sus principales capitanes eran D. Estéban Rodriguez de Figueroa, D. Juan de Morones, D. Antonio Saavedra y D. Amador de Arrian. En treinta dias llegaron á Borneo, y desde luégo la gente de Sirela se adelantó para dar aviso á sus adictos, á fin de que se reuniesen á sus poderosos aliados. La escuadra de Manila navegó por el gran rio que conduce á la capital, y no fondeó hasta que se halló en frente del palacio, del cual fué desalojado inmediatamente el intruso. Éste, sin embargo, trató de oponerse á las fuerzas del hermano, auxiliado por algunos portugueses que tenía á su servicio; pero no tardó en verse abandonado de los suyos y precisado á refugiarse en los montes. Los portugueses, por buena composicion, tuvieron que retirarse á la India. Sirela quedó en pacífica posesion de su gobierno, agradeció á los españoles el beneficio recibido, y juró con sus principales guardar fidelidad al Rey de España. Sande, contra el parecer de los capitanes del ejército, ya no quiso por entónces proseguir la expedicion hasta las islas del Moluco, y en su consecuencia dispuso el regreso para las islas Filipinas, sin haber producido tantos gastos más utilidad para la corona de Castilla, que la gloria de tener un vasallo coronado, que al fin volvió á perder otra vez el cetro que los españoles habian mal asegurado en sus manos.

Llegado Sande á Manila, al ver tantas fuerzas reuni-

das, sin poder ir á las Molucas aquel año, quiso aprovecharlas para sujetar la gran isla de Mindanao y la pequeña de Joló, cuyos habitantes no cesaban ya entónces de molestar á los súbditos del gobierno españ con depredaciones, quemas y cautiverios. Comision al efecto á D. Estéban Rodriguez de Figueroa, el cua á su llegada fué recibido con poca resistencia, y redu jo fácilmente á los principales pueblos de entramb islas á la obediencia del Gobierno. Mas, como no de ni guarnicion, ni misioneros que consolidasen la con quista; muy pronto se malograron sus trabajos, porq aquellos pueblos, que ya profesaban la secta de Maho ma, volvieron á su antigua independencia, y á ejerc la piratería como ántes. Tan cierto es que los españo sin el auxilio de los PP. misioneros jamas hubiera llegado á poseer pacíficamente las islas Filipinas: hu bieran derramado, sí, torrentes de sangre y sujetad á los pueblos más civilizados de las costas y llanuras; pero ni la obediencia forzada que les exigian hubiera sido duradera, ni hubieran llegado á reducir á los que se hallaban diseminados por los bosques, sin sociedad ni sujecion, los cuales formaban entónces la mayoría de los indígenas procedentes de la casta malaya.

Pero lo que más ha honrado á los misioneros españoles de las islas ha sido el teson con que constantemente se han opuesto á las vejaciones é injusticias d algunos hombres codiciosos é inmorales, que por desgracia de la humanidad no han faltado algunas vece Á los principios tuvieron que lidiar con los encomenderos, y cuando desaparecieron éstos, lo han tenid que hacer con otros, destinados para el gobierno y pa

cificacion de los indígenas, y que abusaban á veces de su autoridad y de su fuerza. Esta pugna ha causado más disgustos á los celosos misioneros, que trabajaban en la propagacion de nuestra santa fe entre los indios, procurándoles su dicha y bienestar. Algo se ha dicho ya de la materia en este histórico bosquejo, y se verá más adelonte que el mal cundia é iba en aumento. No es esto una mancha para el Gobierno español, siempre celoso y vigilante del bien de los que á su obediencia se reducian, ni tampoco en general de los hidalgos españoles que han formado la clase de jefes de provincias, pues muchos han tratado á estos naturales como padres y protectores de ellos, y me complazco en dejarlo consignado.

Durante el gobierno del Sr. Sande se fundó en Filipinas la apostólica provincia de San Gregorio Magno, de los PP. Franciscanos. El destino de sus primeros fundadores era ir á predicar el Evangelio á las islas de Salomon y Nueva Guinea, que los españoles en aquellos tiempos empezaban á reducir; mas estando su mision esperando por momentos en Sevilla la salida de las naves que debian conducirla, el Rey varió de pensamiento y la destinó á las islas Filipinas, en donde habia tantos pueblos que convertir y tanta escasez de operarios. Por Julio de 1576 se hizo á la vela de aquella capital, y despues de un viaje muy penoso, en el que murieron algunos misioneros, que fueron reemplazados en la Nueva España, llegó á Manila, compuesta de solos diez y seis, el dia 24 de Junio de 1577. En esta ciudad fueron honrosamente recibidos de las autoridades y vecinos, y los PP. Agustinos, que hasta entón-

ces habian sido solos en las islas, los hospedaron como hermanos en sus conventos de Tondo y de la capital, ínterin se les estaba disponiendo casa propia. Luégo fueron destinados á las provincias de Ilocos, Pangasinan, Camarines, Laguna de Bay, Panay y Cebú, segun su cronista (part. 1.ª, lib. II, cap. XVIII), en donde empezaron sus misiones. Segun el mismo, llegaron estos Padres á Manila en el tiempo de la mayor necesidad de operarios evangélicos; porque asegura que no habia más en Filipinas que diez religiosos Agustinos, á quienes era absolutamente imposible convertir y conservar en la fe á los naturales de las islas, que ya entónces estaban casi todas descubiertas y sujetas á la obediencia del Gobierno.

Hasta entónces habian usado los PP. Agustinos de la facultad *omnímoda* en todos aquellos casos en que no se requiere órden episcopal, concedida por la Santidad de Adriano VI á los religiosos misioneros ocupados en la conversion del Nuevo Mundo; y los mismos fueron jueces delegados de la Silla Apostólica, segun los privilegios concedidos por Paulo III. Ninguna duda se habia ofrecido acerca de estos puntos, habiendo ejercido siempre su delegada facultad los expresados religiosos cuando la necesidad y utilidad de las misiones lo pedian; mas el Sr. Arzobispo de Méjico, como diocesano más inmediato de los dominios españoles, empezó á perturbarlos en el uso de estas facultades con el nombramiento de juez delegado que despachó en favor de dos sacerdotes seculares, para que ejerciesen su jurisdiccion en todas las islas Filipinas. Los PP. Agustinos se opusieron á esta disposicion, que infringia sus más

terminantes privilegios, y se presentaron desde luégo al Gobernador, para que, como vice-patrono regio, los amparase en sus derechos. Luégo que se terminó aquella competencia, el provincial de Agustinos renunció el cargo de juez delegado de S. S. en la persona del padre Custodio de la provincia de San Gregorio, y éste lo ejerció hasta la llegada del primer obispo de las islas, que sucedió pocos años despues.

El gobierno de D. Francisco Sande fué uno de los más tranquilos y gloriosos de las islas. Procuró este jefe la reduccion de muchos pueblos, contuvo los excesos de los encomenderos, protegió paternalmente las misiones, y cuando se estaba disponiendo para sujetar las islas del Moluco, llegó á Manila D. Gonzalo Ronquillo, nombrado por S. M. gobernador propietario de esta capital é islas Filipinas, que tomó posesion de su cargo en Abril de 1580. Una de las primeras disposiciones de su gobierno fué reunir á los chinos, que ya entónces venian á millares á Manila tras del oro de la Nueva España, bajo los cañones de la fuerza en Bay-bay, entre el rio Pasig y el pueblo de Tondo, vigilados por un alcaide. Con esta medida tan prudente, se precavian las inquietudes que podian causar diseminados, y se evitaban al mismo tiempo los escándalos que con sus idolatrías clandestinas podian causar á los neófitos, poco cimentados todavía en la fe. Luégo se vió en la necesidad de reponer al rey Sirela en su trono de Borneo, del que habia sido despojado otra vez por su hermano, protegido por algunos portugueses descontentos, capitaneados por un tal Brito. El capitan Ribera fué á desempeñar esta importante comision,

que concluyó en breve tiempo felizmente y luégo regresó á Filipinas con su gente.

En Marzo del año siguiente de 1581 llegó á Manila el Ilmo. Sr. D. Fr. Domingo Salazar, de nuestra Órden, consagrado primer obispo de todas las islas Filipinas. Con él llegaron tambien una mision de Franciscanos, los cuatro primeros jesuitas, dos sacerdotes y dos coadjutores, que fundaron en Manila, y un religioso de nuestra Órden, que fué provisor del ilustrísimo prelado y misionero de Bataan (1). Poco despues de haber tomado posesion de su iglesia, se dedicó á la reforma de las costumbres, y trató de remediar varios abusos que la costumbre autorizaba; lo que le causó más de una vez disgustos muy pesados. Mas no por esto dejaba de aplicar el cauterio cuando lo exigia la dolencia. En vista de los males que por sí solo no podia remediar, echó mano de los medios que la disciplina eclesiástica ofrece; y al efecto convocó un sínodo, al que asistieron los religiosos y clérigos más doctos y celosos de las islas, y se trataron algunos puntos de grave importancia para el mejor gobierno de la iglesia y misiones de las islas.

Más tarde causó alguna turbacion á los PP. misioneros con motivo de haberlos querido sujetar á la visita; pero como su pretension procedia de un verdadero celo por el cumplimiento de su deber, desistió de su empeño tan luégo como conoció los pareceres de los religiosos doctos de la Nueva España, en que pro-

---

(1) Llamábase P. Fr. Cristóbal de Salvatierra, hombre muy docto.

baban la exencion de los misioneros regulares, y la legitimidad de sus facultades y privilegios, en órden á la administracion de los sántos sacramentos á los indios, y conversion de los infieles, con independencia de la autoridad diocesana. Esta pretension, que despues renovaron algunos obispos de las islas, ha dado mucho que hacer á las provincias religiosas de las mismas, á cuya organizacion parecia más conforme el carácter de misioneros que de párrocos; hasta que por fin aceptaron y recibieron dicha visita diocesana, interviniendo al efecto el acuerdo de la Santa Sede. Nadie que tuviese noticia de las virtudes eminentes de este venerable obispo de Manila, y del afecto con que miraba á los PP. misioneros, hubiera dicho que con esta medida trataba de causarles la menor inquietud, ni perjudicarles en sus derechos; porque sabía que eran dignos de todas las atenciones, por el celo infatigable con que procuraban la propagacion del Evangelio. No pudo tener en esta parte otras miras que salvar las preeminencias de la dignidad episcopal y la tranquilidad de su delicada conciencia, pareciéndole que hallándose presente el Ordinario, á quien se podia recurrir, debia cesar la potestad delegada: por esto, áun los que podian mirarse como partes hacen justicia á la sana intencion con que procedia en el asunto.

El 21 de Diciembre del mismo año de su llegada erigió la iglesia catedral, en virtud de una bula de Gregorio XIII; le dió constituciones y ordenanzas peculiares y la tituló de la Purísima Concepcion. Creó su cabildo, compuesto del dean, cuatro dignidades y otras tantas canongías, dotadas por el Real erario, cuya ren-

ta, así como la del Arzobispo, ha variado con e
po. La fábrica, que se principió en este año, y s
durante el gobierno de D. Gomez Perez Dasm
se arruinó con los temblores de la noche de Sa
dres en 1645, y se volvió despues á levantar c
solidez y elegancia (1).

VI.

Los males que los PP. misioneros deploraron
que se repartieron en encomiendas los indios tri
tes, y que tantas lágrimas de sangre hicieron de
en otro tiempo á los religiosos de la Órden en
española, si bien habian sido remediados en parte
fueron totalmente, y volviendo á reproducirse c
fuerza, necesitaban de una mano poderosa para
cazmente reprimidos. Abusando algunos encon
ros de esta merced del Soberano, no podian tol
saludables amonestaciones de aquellos á quienes
confiada la defensa de estos pueblos. Uno hal
Mindanao, llamado Blas de Laserna, que era t
tragado en sus costumbres como duro é inh
con sus encomendados; y por consecuencia er
migo de los PP. misioneros; que no podian tole
escandalosos hechos. Este, pues, tan mal españo
peor cristiano, se estrelló con un religioso Agus
dió harto que sentir al prelado de Manila. Cans

(1) En la actualidad se halla en ruinas por efecto del terremoto
Junio de 1863.

oir las amonestaciones de aquél, que no cesaba de advertirle su deber de tratar con humanidad á sus encomendados, ampararlos, darles buen ejemplo y procurar que aprendiesen la doctrina cristiana, segun S. M. le prevenia, léjos de seguir sus consejos, hacia de propósito lo contrario, con el fin de apurar su paciencia, tratando como esclavos á los indios y viviendo públicamente amancebado con una india. Obstinado siempre más en sus excesos, llegó por fin el caso en que el P. misionero creyó que debia echar mano de las armas que la Iglesia le habia confiado; y en su consecuencia, despues de las amonestaciones oportunas, le excomulgó públicamente. Esta saludable medicina, léjos de aprovechar á un enfermo que ya estaba desahuciado, lo precipitó á rebelarse contra el juez, maltratándole delante de los indios. Noticioso el Obispo del atentado de Laserna, procedió criminalmente contra él, y lo hizo traer á la capital para juzgarlo y castigarlo segun el resultado de la causa. Ronquillo, que no guardaba la mejor correspondencia con el prelado, en vez de auxiliarlo, como debia, favoreció la obstinacion del criminal. Instado por los amigos de Laserna, se volvió contra todos los PP. misioneros para causar más sentimientos al prelado, adoptando medidas odiosas que tendian á sujetarlos al favor que los encomenderos quisiesen dispensarles. Pero no faltaron tampoco hombres justos entre los mismos encomenderos, que disuadieron á este jefe de llevar á efecto aquellas sugestiones, saliendo en defensa de los PP. misioneros, sin los cuales, no dudaban afirmar que ninguno sería capaz de recoger los frutos de sus encomien-

das. Por entónces se serenó algun tanto la borrasca, porque Ronquillo desistió de sus intentos; pero no por esto cesaron los disgustos, porque su causa todavía subsistia. El Provincial de Agustinos, en vista de los males que se seguian á la causa de la fe, y padecimientos de los PP. misioneros de su obediencia, se embarcó para Méjico, y de allí se presentó al Rey en nombre de su provincia, manifestándole la injusticia con que se les perseguia, y la necesidad de abandonar las islas, para lo cual le pedia desde entónces el permiso competente para regresar con todos ellos á la Nueva España. S. M., enterado de sus quejas, le escribió una Real carta, con fecha 18 de Junio de 1582, por la cual le ofrecia el remedio deseado y lo animaba á la perseverancia. Al mismo tiempo escribió otra á Ronquillo, mandándole la más rigorosa observancia de las cédulas reales despachadas en beneficio de los indios, y que tratase con amor y suavidad á los religiosos, y les ayudase en su empresa para llevar adelante la civilizacion cristiana de estos países.

Por este mismo tiempo empezó á reducirse á la obediencia del Rey la gran provincia de Cagayan, que hasta entónces sólo habia sido visitada de paso en sus playas por el valiente y laborioso D. Juan Salcedo. La empresa se confió al capitan D. Pablo Carrion, con motivo de la llegada de una escuadra de japones, mandada por el corsario Tayfusa (1), á las playas de la desembocadura del rio Ibanag. Salió aquel jefe de Manila con los auxilios que se conceptuaron necesarios de

---

(1) Tayzufu le llama la 4.ª parte de nuestra *Historia*.

gente y municiones, acompañado del P. Fr. Cristóbal de Salvatierra, religioso de la Órden, compañero y provisor del obispo de las islas, y un religioso Agustino, segun afirma el P. Gaspar de San Agustin. El éxito de la jornada correspondió á las esperanzas de Ronquillo, porque los japones, despues de un tenaz combate, fueron desalojados, y Carrion se quedó en la provincia para sujetarla á la obediencia del Gobierno. Fundó la ciudad de la Nueva Segovia en el pueblo de Lal-lo, como se dirá más largamente, tratando de la entrada de nuestros religiosos en la misma provincia, para reducirla al gremio de la fe.

Otra expedicion se hizo durante el gobierno de Ronquillo, cuyo funesto resultado abrevió la carrera de su vida. Habia en aquel tiempo un decidido empeño en Manila para posesionarse de la isla de Ternate, la más considerable de las Molucas; porque se temia con mucho fundamento que tanto ella como sus adyacentes cayesen en manos enemigas, y de allí extendiesen su poder á las islas Filipinas, que todavía no estaban suficientemente aseguradas. Para esta jornada se aprestaron tres galeones de guerra y cincuenta caracoas (1) perfectamente pertrechadas, que debian conducir trescientos soldados españoles, y mil quinientos indios de las provincias más belicosas de las islas. Salió la escuadra de Manila, pasando por Borneo, con el doble objeto de limpiar la travesía de los muchos piratas que la infestaban, y hacer escala en la isla de Muriel para asegurar á sus naturales en la obediencia

(1) Caracoas, una especie de esquifes ó embarcaciones ligeras.

de D. Pedro de Lima, su gobernador. De allí pasó dificultad á la de Ternate; se hizo el desembarque lizmente, se asestó la artillería contra la capital, y se batió con mucho acierto. La plaza hubiera caido m pronto en manos de los nuestros, si la malignidad d clima no pelease contra ellos. En breve se apoderó d campo el berben, enfermedad endémica de esta is con la cual se hinchan los que la contraen, se les e torpecen los miembros, y en llegando al corazon mu ren al momento. Al ver los cabos que ya no tenian tercera parte de la gente disponible, resolvieron, comun acuerdo, levantar el sitio y regresar con los e fermos á Manila, como lo efectuaron, abandonan por entónces la empresa.

Ronquillo se afectaba demasiado por los reveses q sufria: las medidas que tomaba eran, al parecer, m acertadas, y sus intenciones sanas; pero los resulta solian por lo regular ser infelices. El mal éxito q tuvo la costosa expedicion á la isla de Ternate, las i terminables disensiones entre misioneros y encome deros, y otras desazones que tuvo en su gobierno, causaron una profunda melancolía, que le quitó la vi á los seis meses, despues de haber gobernado tres añ solamente. Parece que las desgracias no le dejaron de cansar ni siquiera en el sepulcro, porque miéntras estaban celebrando sus exequias en la iglesia de p dres Agustinos en Marzo de 1583, se incendió el c tafalco, se abrasó el templo y, comunicándose el fue á la poblacion, en breve redujo á cenizas las dos te ceras partes de la ciudad.

Entre los papeles del difunto se halló una céd

real, en la que se disponia que por su fallecimiento, pasase el gobierno de estas islas, en interinidad, á su sobrino D. Diego Ronquillo, quien tomó desde luégo posesion de su destino, y empezó á gobernar con el mayor acierto. Su primera disposicion fué mandar que la nao despachada para Acapulco, que habia arribado á las costas de China, prosiguiese su viaje, en el cual consistia entónces la suerte de los vecinos de Manila. Auxilió á los portugueses de las Molucas, que se hallaban en el mayor conflicto, por todas partes acosados, y pacificó muchos pueblos de las islas de su mando, que se habian sublevado con motivo de los excesos que algunos encomenderos cometian. Este mal, de tan difícil remedio y de tanta trascendencia, fué el que más llamó su atencion, pues dictó al momento las más sérias y prudentes providencias, con las cuales muchos de los pueblos sublevados volvieron á la obediencia del Gobierno, en provecho de los mismos que los habian esquivado con sus inoportunas é injustas exigencias. Su gobierno fué demasiado corto para que con su influjo las islas Filipinas pudiesen llegar al colmo de su prosperidad, como deseaba; pero las esperanzas de los buenos españoles se fundaban en el gobernador propietario que le sucedió, y llegó á Manila en Mayo de 1584.

Era este ilustre español D. Santiago de Vera, cuyo gobierno fué muy pacífico y glorioso. Trajo la comision de fundar la Real Audiencia, cuya jurisdiccion debia comprender las islas Filipinas y Molucas (1), y

(1) Véanse las Reales Cédulas de 5 de Mayo de 1583 y 25 de Mayo de 1589, que forman la ley 11, tít. xv, lib. ii de la *Recopilacion de Indias.*

con él llegaron los primeros oidores D. Melchor Ar valo y D. Pedro Rojas, ambos licenciados en der cho, y el fiscal de S. M., D. Gaspar de Ayala. Fu dóse el tribunal segun las instrucciones que S. M. h bia dado al nuevo Gobernador, y desde luégo empe á funcionar conociendo en los asuntos contencios civiles y criminales, á excepcion de los de patronat militares y gubernativos, que se reservaron al Gobe nador.

No tardó Vera en saber los desórdenes que algun encomenderos impunemente cometian, en perjuicio la pública tranquilidad, y deseoso de remediarlos, apl có su atencion á este interesante punto. El Obispo, qu habia llorado tantas veces estos males, por los dañ que resultaban á la fe de sus ovejas, procuraba est mular su celo en esta parte. Afortunadamente hab recibido el Prelado una Real cédula en la que S. M despues de haber hecho una reseña de los abusos ref ridos, le rogaba y encargaba que tuviese particul cuidado en ver y atender que se cumpliese lo orden do y lo que en adelante se ordenáre en beneficio los indios; mandando en la misma á los vireyes y go bernadores que castigasen con rigor á los trasgresor de las disposiciones despachadas en beneficio de lo mismos. A consecuencia de los excesos indicados, pro cedió el Gobernador contra D. Bartolomé de Lede ma, encomendero de Abuyoc, y algunos otros mu culpables, á quienes quitó las encomiendas. Desde en tónces el aspecto de las islas ya se presentaba más r sueño, porque los demas se moderaron, y los ministr del santo Evangelio ya podian trabajar con más sati

faccion en sus misiones. A los tres años de haber llegado el Sr. Vera á Manila, llegaron tambien los fundadores de la *Provincia del Santísimo Rosario*, á cuya historia voy á dar principio, sin omitir en ella los sucesos más notables de las islas, que han tenido alguna relacion con sus individuos y misiones.

PLAN GENERAL

DE LA

HISTORIA DE LA PROVINCIA DEL SANTÍSIMO ROSARIO

DE FILIPINAS.

Dada la idea general histórica de los tiempos que precedieron á la fundacion de la *Provincia del Santísimo Rosario* en estas islas, vamos á concretar la narracion al desenvolvimiento de los hechos que constituyen propia y especialmente su historia, sin omitir, como ya queda indicado, las conexiones que aquéllos puedan tener en el país con la marcha y desarrollo comun de los sucesos que pertenecen al dominio de su historia general.

DIVISION.—Para seguir con mayor claridad y desembarazo la marcha de los acontecimientos que van á ser el objeto de nuestra sencilla narracion, dividirémos esta *Historia* en once libros, bajo el programa siguiente.

El primero da principio con la fundacion de esta Provincia por los años de 1587, y concluye con el capítulo provincial celebrado en 1602, en que se acordó enviar misioneros de la Órden al imperio del Japon.

El segundo comprende desde esta fecha hasta el capítulo provincial celebrado en el año de 1619, y da razon de los trabajos, persecuciones y martirios de aquella cristiandad; bien así como de la fundacion de várias casas de la Órden en esta Provincia.

El tercero continúa los sucesos de la persecucion cristiana en el Japon, habla de nuestra primera mision de Formosa y de las cuestiones de competencia suscitadas entre las autoridades de estas islas.

El cuarto comprende la historia del orígen y persecuciones primitivas de nuestra mision en China, la sublevacion de los sangleyes en Manila, y las tentativas de los holandeses para apoderarse de estas islas.

El quinto continúa hablando de los trabajos y vicisitudes de nuestras misiones de China y Formosa; refiere la nueva sublevacion de los chinos en el Parian, y el resultado de las famosas controversias sobre los ritos de China.

El sexto comprende el orígen y primeras persecuciones de nuestra mision del Tung-kin, los trabajos y la administracion espiritual de la provincia de Zambales por nuestros misioneros, y las disidencias del señor Pardo con la Real Audiencia.

El séptimo trata de nuestras misiones en Cagayan, de los progresos de nuestra mision en el Tung-kin, gestiones del Sr. Camacho sobre la visita diocesana de los curas regulares en estas islas, y persecucion cruel de nuestras misiones en el Tung-kin.

El octavo se refiere á las nuevas gestiones entabladas sobre los ritos de China, y confirmacion de los decretos anteriores sobre dichas controversias, al alzamiento de

Cagayan, y á los progresos de las misiones en estas islas.

El noveno da principio con los grandes trabajos de nuestros misioneros en el país de los Isinayes; habla del proyecto y resultado de la traslacion de los Batanes á la provincia de Cagayan, y de las persecuciones y martirios de nuestros misioneros en China. Concluye con la toma de Manila por los ingleses.

El décimo trata de los males y perturbaciones que dejára en pos de sí la guerra de los ingleses, habla de los procesos incoados sobre los mártires de China y Tung-kin; del arreglo definitivo de los pueblos de Batanes, y de la devolucion de los curatos á los regulares, que los habian dejado al clero con motivo de la visita diocesana.

El undécimo se refiere al estado floreciente de la mision de Tung-kin, despues de las pasadas persecuciones. A continuacion reseña otra cruenta persecucion en aquel reino; habla de los edictos contra la religion cristiana y nuestros misioneros en la China, de la insurreccion de Novales, y de los mártires que fueron víctimas de la sangrienta persecucion en el Tung-kin, por los años de 1838, 39 y 40.

Estos once libros se dividirán, á su vez, en breves períodos, que, condensando los hechos en grupos determinados, habida consideracion al tiempo, al lugar, á las personas y demas afinidades especiales que puedan ligarlos entre sí, seguirán sin dificultad y sin violencia el curso natural de los sucesos que se irán desenvolviendo á nuestra vista, á medida que se avance en el campo circunscrito de esta historia. Ha parecido

más conveniente acomodar la narracion á esa relacion y afinidad más ó ménos compleja de los hechos, que á un método cronológico rigorosamente exacto. Mas como quiera que no era dable el prescindir absolutamente de la razon de los tiempos, ni seguir demasiado léjos el encadenamiento de las cosas en un órden determinado de sucesos, perdiendo tal vez de vista el resto del panorama que se debe ir desenvolviendo simultáneamente en el curso de esta obra, ha sido necesario alguna vez cambiar repentinamente las decoraciones de la escena, para reanudar todos los hilos de la narracion histórica.

El apéndice no entra en este plan general.

HISTORIA

DE LA

PROVINCIA DEL SANTÍSIMO ROSARIO

DE FILIPINAS.

LIBRO PRIMERO.

PRIMER PERÍODO.—COMPRENDE LA FUNDACION DE ESTA PROVINCIA Y LOS PRIMEROS TRABAJOS DE LOS MISIONEROS, HASTA EL PRIMER CAPÍTULO PROVINCIAL, CELEBRADO EN 1588.

CAPÍTULO PRIMERO.

El Sr. obispo Salazar parte con una mision de religiosos de la Órden para Manila, y mueren casi todos en el viaje.—El P. Fr. Juan Crisóstomo es enviado desde Méjico á Madrid y Roma para organizar la fundacion de la provincia.—Es despachado favorablemente por el General de la Órden y por el Papa.—Halla dificultades en Madrid á su proyecto.—Sus motivos.—Obtiene finalmente el permiso de S. M. para embarcar una mision.—Su viaje hasta Sanlúcar.—Contradicciones que padecen los primeros fundadores.—Llegan á Vera-Cruz y enferman en la Puebla.—Son tentados en Méjico á fijar allí su residencia, y el P. Alonso Sanchez trata de impedir la prosecucion de su viaje.—El Virey permite que se embarquen hasta veinte.—Ordenaciones primordiales de la provincia.—Se embarcan tres de los fundadores para Macao y quince para Manila.—Viaje de los primeros.—Fundan un convento en aquel puerto y son expelidos para Goa.—Dos de ellos prosiguen su viaje hasta España, y el uno funda un colegio en aquella capital.—Viaje de los quince.—Padecen una tormenta ántes de llegar á la bahía de Manila.—Su entrada en esta capital.—El señor Obispo los hospeda en su palacio.—Primera fiesta de nuestro Santo Rosario.

1. Gobernaba santamente la iglesia de Manila su primer obispo, el Ilmo. Sr. D. Fr. Domingo Salazar, cuando nuestros religiosos llegaron á las islas Filipinas para

fundar la provincia del Santísimo Rosario. Aquel prelado habia sido promovido á esta silla por el piadoso rey D. Felipe II, á la sazon en que negociaba asuntos importantes en favor de los indios de Nueva España, como protector de ellos. Habia aceptado la nueva dignidad, forzado por las circunstancias, y con la esperanza de emplear el resto de sus dias en beneficio de infieles y cristianos nuevamente convertidos. Noticioso de la miés abundante que habia en su Iglesia y de la escasez de operarios, sus primeras diligencias se encaminaron á procurarse algunos religiosos celosos de la Órden, para destinarlos á la conversion de los gentiles que abundaban todavía en el vasto país de esta su jurisdiccion. Obtuvo, en efecto, una lucida mision, con la cual se embarcó alegremente en el nombre del Señor; pero en la navegacion se apoderó la peste de la nave que los conducia, y murieron casi todos ántes de llegar á Nueva España. Los que sobrevivieron, enfermos y desanimados; no se atrevieron á proseguir el viaje hasta Manila (1). Sólo el P. Fr. Cristóbal de Salvatierra acompañó al Ilmo. Prelado, á quien sirvió despues de provisor de la diócesis y de gobernador en su ausencia.

2. No perdió el Sr. Salazar las esperanzas de ver á sus hermanos radicados en las islas Filipinas, porque habiendo consultado sus nobles sentimientos con los Padres que regian la provincia de Méjico, halló entre ellos la más favorable acogida. Desde luégo se determinaron

---

(1) Sólo sobrevivieron dos, como se dirá más adelante; y de estos dos el uno era el mismo P. Salvatierra. Sólo, pues, se quedó uno en Nueva España por enfermo, y éste fué el P. Fr. Jerónimo García.

á nombrar un hábil religioso que pasára á las córtes de Madrid y Roma para negociar la fundacion de una provincia religiosa, cuyo principal objeto habia de ser propagar la fe en las islas Filipinas y reinos circunvecinos. Éste fué el P. Fr. Juan Crisóstomo, hijo del convento de San Pablo de Sevilla, en quien se reunian las circunstancias que una comision tan espinosa requeria. Se le dieron los despachos necesarios y cartas del Obispo, y entregado en manos de la divina Providencia salió de Nueva España, con direccion á la Península, en 1581. Puesto en la córte, trató del importante fin á que habia sido enviado, y cuando sus negocios presentaban el aspecto favorable que podia prometerse, se partió para Italia. En Bolonia halló al maestro de la Órden, que lo era á la sazon el reverendísimo P. Fr. Pablo Constable de Ferrara, á quien comunicó el fin de su llegada y los despachos que llevaba. Halló en S. Rma. la disposicion que debia esperar, porque bien informado de las bases, sobre las cuales habia de cimentarse la proyectada fundacion, le otorgó cuanto pedia. En 14 de Julio de 1582 despachó el Rmo. sus letras de oficio, autorizando al P. fray Juan Crisóstomo para reunir una mision de treinta religiosos de las provincias de España, y fundar conventos é iglesias en las islas Filipinas, é imperio de China, bajo el tenor de vida con que fué instituida la provincia de Santiago de Méjico: concediendo á esta provincia que fundasen, los mismos privilegios que los antiguos generales de la Órden habian concedido á aquellas, á excepcion de no poder por ningun caso ni pretexto retener, ni impedir sus letras ni preceptos, ni

apartarse de la llana obediencia y cumplimiento de los mismos. Tambien lo nombraba su vicario con las facultades de que gozan los provinciales de la Órden, autorizándole para poder comunicar el mismo cargo á otro religioso, en caso de muerte ú otro impedimento; prohibiendo en las mismas á los provinciales, presidentes de los conventos, y á cualesquiera religiosos de su obediencia, con precepto formal y pena de excomunion mayor *latæ sententiæ*, el que pudiesen impedir al expresado vicario general y religiosos que eligiere de su santo propósito, ni les molestasen de manera alguna.

3. Obtenida la licencia del maestro general de la Órden, se trasladó el P. Crisóstomo á Roma para la conclusion de sus negocios. A su llegada visitó al cardenal protector de la Órden, y luégo tuvo una larga conferencia con la Santidad de Gregorio XIII, que á la sazon regía la Iglesia, quien le otorgó un breve, con fecha 15 de Setiembre del mismo año, en el cual concedia indulgencia plenaria á todos los religiosos que se embarcasen para la provincia que habia de fundar en las Indias Orientales, y facultad de ser absueltos una vez por cualesquiera sacerdotes deputados por sus prelados para oir confesiones de todos sus pecados y censuras reservadas á la Santa Sede, y de todas las irregularidades en el fuero de la conciencia. Dióle otras muchas gracias y reliquias preciosas, y lo despidió con su apostólica bendicion.

Entre tanto falleció el Rmo. Constable, y temeroso el P. Crisóstomo de que se ofreciese alguna dificultad en la ejecucion de sus despachos, procuró por medio del cardenal protector que S. S. los confirmase, lo que

obtuvo sin la menor oposicion, con la circunstancia de haber extendido á su provincia los mismos privilegios de que gozaban las de Méjico y Chiapa. El Vicario general de la Órden, que abundaba en los mismos sentimientos que el Rmo. difunto, aprobó tambien la concebida fundacion, y dió á su vicario una carta muy piadosa, á fin de animar á los religiosos que quisiesen alistarse para llevar á cabo una empresa tan conforme al espíritu de la Órden.

4. Despachado el P. Crisóstomo á medida de su gusto, trató de trasladarse á Madrid, en donde creia que poco le quedaria que hacer; pero el éxito no correspondió á sus deseos. ¿Quién pensára que, despues de haber obtenido sus despachos tan favorablemente, ora de S. S., ora de la cabeza de la Órden, habia de hallar oposicion á su proyecto en la córte española? Los misioneros que á la sazon ya trabajaban en las islas no podian atender á todas las conversiones comenzadas: el Gobernador estaba convencido de que sin el auxilio de un mayor número de religiosos no era posible mantener á los indios sumisos á su rey; el Obispo clamaba por la venida de nuevos operarios; y sin embargo, al llegar el procurador de la provincia á la córte, halló todos los pasos obstruidos para llevar á cabo sus santas pretensiones. Se le denegó el permiso que solicitaba para embarcar religiosos de la Órden y mirando como desesperado el negocio, se retiró á su convento, resuelto á terminar allí su trabajada vida. No estuvo, sin embargo, ocioso en Sevilla: por disposicion de su prelado se dedicó á la instruccion de los novicios, y entre tanto no cesaba de pedir á Dios se dignase allanar las

dificultades que los hombres oponian á la obra, que conceptuaba muy útil á su santo servicio. Sus ruegos fueron sin duda atendidos en el tribunal de la clemencia divina; porque, movido por un impulso interior, ignorando todavía que el estado de sus cosas hubiese cambiado de aspecto, se presentó de nuevo á la córte, y en breve consiguió cuanto ántes se le habia denegado.

5. No es difícil adivinar cuáles fueron los motivos que entorpecieron en Madrid los negocios del P. fray Juan Crisóstomo. Las Filipinas habian sido muy costosas al erario, sin esperanzas de poder cubrir en mucho tiempo lo que anualmente se expendia para su conservacion. Enviábanse soldados, oficiales y PP. misioneros á costa del Estado, y los políticos, que sólo atendian á los intereses de la tierra, miraban con indiferencia la propagacion del santo Evangelio en unos países tan remotos. El Monarca piadoso, por el contrario, estaba empeñado en conservar y mejorar unos dominios que tantos afanes habian costado á su solicitud; y si bien bastáran sus deseos para vencer la oposicion de sus ministros, las comunicaciones encontradas que se recibian de Manila dejaban problemática la cuestion sobre si convenia enviar nuevos misioneros á las islas. El Obispo, el Gobernador y las dos corporaciones religiosas existentes (1) instaban por un número mayor de operarios evangélicos; pero algunos españoles, parti-

(1) Eran ya tres las corporaciones religiosas que existian en estas islas, si por corporacion pueden contarse dos solos jesuitas que habia á la sazon en Manila.

cularmente de aquellos que poseian encomiendas, á cuyos excesos se oponian los misioneros, lo repugnaban; y la Real Audiencia, neutralizando los partidos, aconsejaba que las remesas de misioneros fuesen moderadas. En esta pugna estaban los negocios de las islas cuando el P. Crisóstomo llegó de Roma á Madrid.

6. A pesar de los obstáculos que los cortesanos opusieron al P. Fr. Juan Crisóstomo, obtuvo el Real permiso para embarcar una mision de veinte y cuatro religiosos que reunió de las provincias de España, ocho de los cuales eran del convento de Valladolid, y entre ellos se contaban dos lectores actuales de teología y dos de artes. La cédula Real en favor de los nuevos misioneros fué despachada en Tortosa á 30 de Mayo de 1685, y son dignos de notarse los términos con que S. M. se expresaba. Hablando en ella con el Gobernador de Filipinas, le decia: «El P. Fr. Juan Crisóstomo, de la Órden de Santo Domingo, va á esas islas, y lleva veinte y cuatro religiosos de su Órden, con el fin de plantarla en ellas, y gran deseo, segun me han significado, de ocuparse en la doctrina y enseñamiento de los naturales é idólatras que no tienen conocimiento de nuestra santa fe católica; y para esta tan santa y apostólica empresa se han movido muy ejemplares y doctos religiosos, como tengo relacion que lo son los que van en esta compañía; y porque mi voluntad es ayudar para conseguir el fin de su pretension tan piadosa, y de tanto celo del servicio de nuestro Señor, y propagacion de su santa ley evangélica, os mando les ayudeis, honreis y favorezcais, consolándolos y animándolos mucho á la perseverancia, para que

se haga fruto, y el demonio no pueda poner estor en ello.» Con este favor del católico Monarca, y confi dos, sobre todo, en el auxilio del cielo, empezaron nuevos misioneros su viaje desde sus conventos á Se lla, para embarcarse en las naves de la flota que se taban aprestando para el puerto de Vera-Cruz.

7. Desde luégo empezaron á observar estos apost licos varones el método de vida que despues habian practicar en sus destinos; hacian el viaje á pié, ped limosna en donde no habia conventos para hospeda fundaban la cofradía del Rosario en las parroquias no la tenian, predicaban la divina palabra, y derran ban por todas partes el olor de sus virtudes. Cuand P. Crisóstomo los vió juntos en Sevilla, admirado ver una comunidad tan respetable de sabios y vene bles religiosos, y penetrado de sus humildes sentimie tos, no pudo ménos de avergonzarse en regirla, y en vista abdicó el oficio de vicario general en la perso del P. Fr. Juan de Castro, que habia sido provinc en Chiapa y Guatemala. Este venerable anciano, ménos humilde que aquél, no pudo resolverse á re bir sobre sus hombros una carga por otra parte honrosa, hasta que á ruegos de los demas la admit sujetándose á la voluntad de la cabeza de la Órden, cuya virtud obraba el P. Fr. Juan Crisóstomo, que lo disponia; el cual se reservó el trabajo de las ne ciaciones, que para personas recogidas, en tales c cunstancias no dejan de ser muy engorrosas.

8. La mision estuvo reunida en Sevilla hasta la p xima partida de la flota. Pasaron despues los religio á Sanlúcar, en donde celebraron con gran devocion

fiesta solemnísima del Córpus, y el dia designado se dispusieron para embarcarse en el navío que el P. Crisóstomo habia fletado al efecto. En esta ocasion, parece que el Señor quiso probar la constancia de los que se mostraban tan celosos para la gloria de su nombre. En Sanlúcar se embarcaron en un pequeño buque, para trasladarse á bordo del navío que estaba fondeado en la bahía de Cádiz, habiendo enviado por delante el equipaje en otra embarcacion del mismo porte. Apénas se hicieron á la vela, les sobrevino un viento muy duro, que les obligó á saltar á tierra, y desde allí hicieron su viaje á pié hasta el Puerto de Santa María. El barco que llevaba el equipaje, no habiendo podido vencer el viento, regresó al puerto de Sanlúcar, sin ser visto de los PP. misioneros. Creyendo éstos que habia hecho su viaje, volvieron á embarcarse y se presentaron al navío que los habia de conducir á Nueva España; pero los oficiales, al ver que no llevaban provisiones ni equipaje alguno, no quisieron admitirlos, á pesar de sus protestas, y los afligidos misioneros se vieron precisados á regresar, harto desconsolados, al puerto de donde habian salido. Para su mayor pena y desconsuelo, aquella misma tarde la flota levó anclas y se hizo á la vela, quedando ellos en el puerto con pocas esperanzas de poder realizar por entónces sus deseos.

9. El que no estuviese revestido de la conformidad y celo de estos venerables, hubiera desde luégo abandonado la empresa; porque, segun el juicio de los hombres, parecia imposible que por entónces pudiesen proseguir su comenzada expedicion; más ellos se pusieron en manos de la divina Providencia, redoblando sus ora-

ciones para que el Señor proveyese de remedio, si s
mision habia de ceder en mayor gloria de su nombr
Para mayor prueba de su celo tuvieron en aquellos di
otra clase de tentacion más temible aún que la pasad
porque se la veia revestida con capa de piedad. El ade
lantado de Castilla, Duque de Medina-Sidonia, ha
biendo tratado algunas veces con nuestros misionero
les habia tomado un singular afecto, y al verlos aho
tan desconsolados, les propuso que si era de su gust
les fundaria un convento con las rentas necesarias e
alguna de sus villas, para que allí pudiesen dedicarse
la santificacion propia y á la de sus vecinos. Nada má
conforme al fervor de aquellos religiosos que una pro
posicion tan ventajosa; pero como habian abandonad
ya todas las comodidades de la patria para entregars
exclusivamente á la conversion de los infieles en lo
países más remotos, agradecieron al Duque la merced
y le significaron que Dios proveeria de remedio. Veri
ficóse segun sus esperanzas, porque á los tres dias vie
ron regresar uno de los navíos de la flota, para reco
ger unas anclas que habia dejado en Cádiz por olvido
¡Admirable disposicion de la divina Providencia! En
tónces se embarcaron sin la menor oposicion, y ha
biendo recogido el navío lo que le faltaba, se hiz
con nuestros misioneros á la vela el dia 17 de Juli
de 1586.

10. Luégo que dejaron el puerto, echaron de ver la
incomodidades que habian de sufrir en el viaje; porqu
como el buque no estaba preparado para conducir
tantos pasajeros, lleno como estaba de efectos mercan
tiles, apénas tenía sitio para su tripulacion. Sin embar

go, nuestros fervorosos misioneros toleraban con santa resignacion estas molestias, y áun se alegraban en sufrirlas, porque las miraban dirigidas al glorioso fin de su empresa. Desde el primer dia arreglaron el método de vida que habian de guardar en la navegacion; señalaron las horas más acomodadas para el rezo y oracion, y determinaron el tiempo necesario para el estudio y descanso corporal. Acomodaron la mesa, compuesta de dos largos tablones, encima de cubierta; tenian lectura durante la comida, y observaban el más rígido silencio, segun las constituciones de la Órden. Toda la tripulacion miraba con asombro la regularidad y ejemplo de aquella comunidad santa, y por su respeto cesaron bien pronto las blasfemias y palabras torpes, tan frecuentes entre la marinería. En las pocas horas que se detuvieron en Canarias, el P. Vicario General celebró el santo sacrificio de la misa y administró la comunion á los demas, cuyo acto, ejecutado con devocion y modestia religiosa, edificó á todos los presentes. Ántes de llegar á la isla de Ocoa, en donde el capitan determinó hacer aguada, les aconteció un lance que los puso en gran consternacion. Al preparar los marineros el batel para saltar á tierra, se les incendió el alquitran, y la llama se propagó inmediatamente al castillo y á las jarcias. Este suceso inesperado llenó de un pánico terror á cuantos iban en la nave, sin saber qué partido habian de tomar para librarse de la última ruina. Afortunadamente ocurrió al P. Cobo echar una manta mojada encima del caldero, con cuya diligencia cortó la llama, y los demas pudieron fácilmente acudir á otras partes, y apagar el fuego, que todavía no ha-

bia tomado mucho cuerpo. Libres del peligro, rindi ron las debidas gracias al Señor, y no pudieron mén de ponderar la grave tribulacion en que se habian v to. En esta isla hallaron á los restantes buques de flota, que sin duda estaban aguardando á esta nave zagada; cuya circunstancia no permitió á los religio lavar su ropa, porque luégo se hicieron á la vela prosecucion de su viaje. En aquella travesía sufrier recios temporales, que pusieron á la flota en el may conflicto. En uno de ellos la nave que conducia á nue tros misioneros perdió el bauprés, y al izar la vela ma yor, se rompió la verga y mató á un jóven pasajer que afortunadamente se habia confesado el dia ante rior. Al llegar á Vera-Cruz, hallaron faltar el naví cuyos oficiales no habian querido recibir á la mision c Cádiz, habiendo desaparecido en aquellos temporale Los religiosos, al saber la triste novedad, adoraron re didos las disposiciones de la divina Providencia, y t butaron infinitas gracias al Señor por haberse digna librarlos de la muerte por unos medios tan ajenos los juicios de los hombres.

11. Fondearon, pues, en Vera-Cruz el dia 29 Setiembre, y se hospedaron en el hospital, por no h ber otro lugar más acomodado para ellos en el puer Allí fueron tratados con mucha caridad y alegría sus vecinos, quienes á porfía se esmeraban en ob quiar á los nuevos misioneros. Descansaron en e puerto algunos dias, sin dejar sus acostumbrados ej cicios, y luégo emprendieron el viaje para Méjico. la Puebla de los Ángeles fueron caritativamente re bidos por sus hermanos en el convento de la Órde

pero como no habia local suficiente para todos en esta santa casa, el provincial los repartió en otras á solicitud de sus prelados. Entónces sucedió que los que se habian conservado tan robustos entre las privaciones y peligros de la mar, empezaron á enfermarse y decaer en su salud. Murieron tres de la mision, y los demas recuperaron la salud con el cuidado de los religiosos del convento. Restablecidos ya perfectamente, prosiguieron su viaje hasta Méjico, en donde fueron asimismo recibidos con extraordinarias demostraciones de afecto, particularmente por los Padres de la provincia de Santiago, quienes miraban como hija la provincia que iban á fundar en Filipinas. Tambien allí fueron repartidos en varios conventos, cuyos prelados tenian un placer especial en obsequiar á los recien llegados; pero si en la Puebla hallaron enfermedades que les quitaron la salud, en Méjico fueron combatidos contra su vocacion y llamamiento. No faltaban en esta capital personas que habian vuelto de Manila, las cuales, para cohonestar su inconstancia, vilipendiaban el país que habian abandonado, y ensalzaban á la vez las proporciones y ventajas que ofrecian las Américas. A estas voces desconsoladoras se agregaban las noticias que otros descontentos escribian desde las islas adonde los nuestros iban á fundar, y estas voces y noticias, confirmadas de palabra por una persona grave que acababa de llegar de Manila, comprometieron el fervor y el ardiente celo de los fundadores de la provincia del *Santísimo Rosario.*

12. La escala que los misioneros destinados para las islas Filipinas solian hacer en la capital del Nuevo Mun-

do era un motivo poderoso para que muchos desistiesen de la prosecucion de su viaje. Allí solian ponderarles las ventajas de la tierra, la escasez de misioneros y los muchos infieles que podian convertir; por otra parte, las molestias sufridas en el viaje de mar y tierra hasta allí solian acobardarlos cuando reflexionaban que sólo estaban en la mitad de la carrera. El caso llegó á ser de tanta trascendencia, que S. M. se vió precisado á prohibir por repetidas cédulas que los religiosos destinados á las islas Filipinas se quedasen en las provincias de Nueva España. Nuestros venerables fundadores tropezaron con este mismo escollo, aunque es diverso el modo con que lo refieren diversos historiadores. El Ilmo. Aduarte (lib. I, cap. VI) asegura «que algunos de los nuestros se desanimaron, particularmente por unas persuasiones de una persona religiosa que habia venido de Manila, porque contó tales cosas de aquella tierra, que algunos, llamándose á engaño, juzgaron por pecado proseguir en el viaje, asegurándolas que les sería imposible entrar en la gran China (como algunos deseaban), y que en Filipinas no eran necesarios por ser muy corta la tierra, y convertirse muy pocos de sus habitantes.» Esta persona religiosa (no era de nuestra Órden), que nuestro historiador no designa, se halla consignada con su nombre y apellido en la historia que el P. Fr. Antonio Remasal escribió de Chiapa y Guatemala, y siendo este historiador contemporáneo y extraño á la provincia del *Santísimo Rosario*, merece entera fe en esta parte, y más que otro autor que escribió sobre este punto, regido por unos manuscritos, los cuales hacen poco fa-

vor á quien trata de vindicar, por la falta de exactitud en las palabras que pone en su boca; pues dice que la persona religiosa de quien habla el Sr. Aduarte, en una conferencia que tuvo con el P. Fr. Juan Volante en Madrid, decia «que haria mucho escrúpulo y áun engaño si dijese que S. M. haga gasto sin provecho; porque sé muy cierto, añadia, que cuando los setenta frailes fueron de aquí con mucha costa del Rey, y llegaron á la Nueva España, donde hay muchos que vienen de Filipinas, y les desengañan de la verdad de lo que allá pasa, y es muy contrario de lo que V. R. imagina, se han de hallar muy confusos, y los cuerdos no han de pasar adelante, y S. M. allí no los habia menester, ni de ordinario hacen nada, sino quedarse en los conventos de entre españoles, y volverse, como yo lo he visto dos veces: la una fueron á costa de S. M. cuarenta frailes con un obispo, y ninguno quiso pasar á Manila; y el año pasado hallé yo á otros tantos que habian ido con otro religioso su comisario.» Y más adelante supone que la república de Manila pedia á S. M. que les hiciese la merced que, «estando en la estrechura en que estaban, no les cargase de nueva religion, sino que los que se hubiesen de enviar fuesen de los que ya tenian allá hecha la costa de conventos, y que los que fuesen, en ninguna manera saliesen para China, por los grandes daños que esto causaba á las mismas islas y á la China.» Dice luégo en los capítulos siguientes que «el Sr. obispo Salazar iba acompañado con una mision de cuarenta religiosos, y que ninguno de ellos pasó á Filipinas, ni viajó con él hasta Manila»; no pudiendo ignorar que el P. Fr. Cristóbal

de Salvatierra no se quedó en Nueva España, ni regresó á la Península; que la mision no era de cuarenta, sino de solos veinte, y que no se quedaron en Méjico ni se negaron á ir á Filipinas, sino que casi todos murieron en el viaje; que mal podia pretextar la república de Manila, para que S. M. no les enviase nueva religion, la estrechura en que estaba, cuando nada de ella exigian los religiosos para sus iglesias y conventos, sino tan sólo recibir con accion de gracias lo que quisieran darles de limosna; y que, por fin, la ida de algunos á China ni podia ser dañosa á este imperio, ni mucho ménos á las islas Filipinas. Oigamos ahora al P. Remasal.

Este ilustre religioso, en el lib. II, cap. VII, número 2 de la historia citada, habla de la mision que de España se llevó el obispo Salazar en estos términos: «Pidió licencia para llevar allá religiosos de la Órden, y diósela para veinte que escogió, todos moradores del convento de Salamanca, y los catorce, hijos de la casa, religiosos ancianos, y los que no lo eran tanto como los más antiguos, grandes estudiantes y aventajados en religion. Dió peste en el navío en que iban estos religiosos con el Obispo, y en la mar, ántes de llegar á Méjico, murieron los doce..... Viéndose el obispo sin sus religiosos, y que de todos ellos sólo quedaron vivos Fr. Jerónimo García y Fr. Cristóbal de Salvatierra, su compañero, procuró en Méjico otros religiosos», de la mision que llevó el P. Fr. Juan Crisóstomo, que es lo que el P. Sanchez halló en Méjico.

13. Las ordenaciones de que habla el P. Remasal, son las primordiales de la provincia del *Santísimo Ro-*

sario. Las compuso, en efecto, el P. Vicario General Fr. Juan de Castro, poco despues de haber llegado á Nueva España, con el consejo y parecer de los padres más graves y prudentes, como base y fundamento del método de vida que habian de observar los hijos de esta apostólica provincia en sus ministerios y misiones. Despues de una exhortacion patética y elegante, robustecida con textos oportunos de la Sagrada Escritura, doctrina de los Santos Padres y ejemplos de la historia eclesiástica, se hace una reseña de los votos religiosos, y en seguida se establecen algunos documentos importantes para facilitar la observancia necesaria de aquéllos. Este precioso documento está animado de un espíritu verdaderamente apostólico, y por lo mismo no pudo ménos de merecer la aprobacion de la cabeza de la Órden. Lleva la fecha de 17 de Diciembre de 1586, y lo firmaron los veinte religiosos que se ofrecieron á pasar á Filipinas (1).

14. Vencidos ya los embarazos que en Méjico se opusieron á los fundadores de la provincia, é instando la partida de los buques que debian conducirlos, se juntaron el dia de San Matías de 1587, les hizo el Vicario General una plática enérgica, y de nuevo se ofrecieron al Señor para trasladarse á las regiones asiáticas, con el fin de propagar su sacrosanta religion. De los veinte misioneros se quedaron por entónces dos en Méjico con un hermano lego: el P. Fr. Juan Cobo

(1) En el archivo de provincia se conserva un ejemplar, firmado de puño y letra del V. P. Fr. Juan de Castro. Fueron aprobadas por el Rmo. P. maestro Fr. Juan B. de Marinis, en 4 de Agosto de 1668, por su autoridad, y por autoridad especial apostólica que tenía para ello.

para la expedicion de algunos negocios importantes relativos á la mision, y el P. Fr. Juan Crisóstomo por enfermo. De los restantes diez y ocho, tres fueron destinados á Macao para fundar en este puerto un convento que sirviese de escala para los misioneros que habian de pasar á predicar el evangelio en China, y los quince debian embarcarse para las islas Filipinas. Despidiéronse por fin de sus caritativos bienhechores, les dieron afectuosas gracias por las finezas que de ellos habian recibido durante su mansion en aquella capital, y luégo se pusieron en camino para el puerto de Acapulco, en donde habia un galeon y un patache dispuestos á salir, éste para Macao, y aquél para Manila. Los misioneros que fueron encargados de la espinosa comision de fundar convento en Macao, eran los padres Fr. Antonio de Arcediano, Fr. Alonso Delgado y Fr. Bartolomé Lopez, cuyos hechos y trabajos voy á referir concisamente.

15. El dia 3 de Abril se hicieron á la vela en el patache *San Martin*, confiado al capitan D. Lope de Palacios. Su viaje fué tranquilo hasta las costas de China; mas aquí les asaltó un furioso temporal que los arrojó sobre la playa, en donde se hizo pedazos el patache y se perdió el cargamento. La gente se salvó como por milagro, y los religiosos fueron recibidos con mucha humanidad en casa de un chino principal, que los trató con mucho afecto y confianza. En una sala espaciosa levantaron un altar, y ofrecieron al Señor el incruento sacrificio del Cordero sin mancilla. El infiel no cesaba de admirar las augustas ceremonias de nuestra sagrada religion y santidad de vida de sus huéspe-

des. Fiados éstos en las buenas disposiciones que mostraba su bienhechor, le propusieron que, si le parecia bien, se quedarian en su casa con el fin de predicar la religion del Dios del cielo, y dar noticia de su santa é inmaculada ley á los naturales del país; mas el infiel, no atreviéndose á conceder lo que pedian, les contestó que gustoso accederia á sus deseos si el Virey de la provincia les otorgase su permiso, y que haria las diligencias necesarias para obtenerlo; pero que entre tanto podrian trasladarse á Macao con los demas compañeros de viaje, y allí les daria cuenta del resultado. Así salieron nuestros religiosos de aquella tierra, dejando acreditada nuestra sacrosanta religion, pero al mismo tiempo engañados.

16. En Macao fueron recibidos y consolados por los PP. Agustinos, que ya tenian casa en este puerto; pero tan luégo como las autoridades tuvieron noticia de su llegada y proyecto que llevaban, empezaron á temerlos, dando cabida á los recelos que siempre tuvieron los portugueses de los castellanos. Celebraron al efecto várias juntas, en las cuales los pareceres fueron varios: los más exaltados opinaban que convenia echar cuanto ántes á los recien llegados de la ciudad, porque tras los religiosos, decian, vendrán los seglares y nos quitarán el puerto, ó su comercio. La mayoría, sin embargo, adoptó la medida de que podian fundar convento en hora buena; pero que debian atenerse á la disposicion que tomase el Virey de la India, á quien se daria cuenta en la primera ocasion. Con esta precaria garantía fundaron nuestros religiosos un convento, bajo la invocacion de Nuestra Señora del Rosario, en

el solar de unas casas que habian sido del Provisor (
obispado, el cual les hizo donacion, con la carga
celebrar por su intencion las tres misas de Navid:
Levantada una iglesia con la decencia que las circu
tancias permitian, empezaron á ejercer su minist
rio, predicando al pueblo con frecuencia, y sus serm
nes eran oidos con gusto de aquellos cristianos, qu
nes no cesaban de alabar á Dios por haberles envia
tan santos misioneros. Los informes que los portugu
ses de Macao enviaron al Virey no serian sin duda f
vorables á nuestros religiosos, por la simple circun
tancia de ser castellanos, á pesar de que todos obed
cian á un mismo soberano, pues aquel jefe desaprol
la nueva fundacion, y dispuso que los religiosos fues
enviados cuanto ántes á la metrópoli de Goa, cu
órden fué ejecutada sin pérdida de tiempo, con sen
miento de nuestros misioneros y lágrimas del puel
fiel, que les habia cobrado un singular afecto. Los r
ligiosos portugueses de la Órden que luégo fuero
Macao, se apoderaron del convento que los hijos
la provincia del *Santísimo Rosario* fundaron, y sin e
bargo de haber sido declarado el derecho de los nu
tros, y decretada su devolucion por varios capítu
generales de la Órden, hasta hoy no se ha verifica
porque el gobierno portugues siempre se ha opuest
la entrega.

17. En Goa, á pesar de las preocupaciones del V
rey, nuestros misioneros de Macao fueron trata
como nacionales, y su virtud y talento merecieron m
pronto la confianza de ambas autoridades. El P. A
cediano, teólogo muy hábil y perito, aprovechando

favor que le dispensaban el Arzobispo y el Virey, emprendió la fundacion de un colegio para los religiosos de la Órden, bajo la invocacion del Angélico Doctor, que despues ha sido el consuelo del estado eclesiástico de aquellas posesiones. En él explicó con mucho aplauso los seis años que permaneció en esta capital, siendo el oráculo á quien todos consultaban. Desde allí envió á la córte á los PP. Delgado y Lopez, sus compañeros, con el fin de negociar la devolucion del convento é iglesia de Macao, cuyo asunto lo detenia únicamente en la capital de la India portuguesa; pero nada de cuanto alcanzaron en su favor llegó á efectuarse. Cansado el P. Arcediano de esperar, y llegando á desesperar del buen éxito de sus deseos, trató de retirarse á su convento para terminar en él pacíficamente la carrera de la vida. Mas allí, sin pensarlo ni pretenderlo, fué nombrado lector de teología, y al fin murió en Santo Tomas de Ávila en 1599, en cuyo tiempo falleció tambien en el convento de Atocha el P. Fr. Bartolomé Lopez. El P. Fr. Alonso Delgado no cesó de trabajar por la provincia á que pertenecia; porque despues de haber insistido en su demanda, concluido el capítulo general celebrado en Venecia en 1593, reunió en la Península una mision de veinte y cuatro religiosos, que condujo hasta Méjico, en donde pasó á mejor vida, como en su lugar verémos.

18. Si los tres misioneros que fueron á Macao pasaron trabajos peligrosos al fin de su viaje, los quince que se embarcaron con direccion á las islas Filipinas los tuvieron que sufrir mucho mayores desde que se hicieron á la vela. El 6 de Abril del dicho año 1587

dejaron el puerto de Acapulco, estacion demasiada adelantada para navegar por aquellos mares. A los pocos dias se les maleó el rancho, y tuvieron que pasar el viaje con solas habas y garbanzos. Pero no sentian nuestros misioneros estas privaciones, porque al fin eran comunes, y muy análogas al espíritu de mortificacion y penitencia que habian profesado. Lo que más afligia á sus corazones piadosos eran las discordias y disensiones que luégo se suscitaron entre los magnates del navío; estaban en contínuas alarmas, y traian dividida la tripulacion, sin que ni los ruegos, ni las exhortaciones, ni las lágrimas de nuestros venerables misioneros fuesen capaces de mover la voluntad de aquellos tercos é imprudentes. Algunas veces se les vió fortificados, los unos en el castillo de popa y los otros en el de proa, dispuestos á batirse con las armas, como enemigos irreconciliables. En fin, aquel viaje llevaba todas las trazas de ser tan desgraciado como el del galeon San Jerónimo, en donde fueron asesinados los Pericones, y sucedieron las escenas desastrosas de que hablan las historias de Filipinas. Desesperanzados nuestros misioneros de lograr la paz con sus palabras, acudieron con sus oraciones al Señor, del cual al fin fueron oidos en su misericordia; porque, mediante su auxilio poderoso, reconciliáronse los ánimos, y se restableció la buena correspondencia en el navío. Todos conocieron la eficacia de la oracion, que habia obrado esta especie de prodigio, y los mismos seglares no dudaban confesarla, atribuyéndola á la virtud de nuestros venerables misioneros.

19. En el archipiélago filipino les sobrevino de improviso una tormenta furiosa que los colocó en los úl-

timos apuros, no tanto por la violencia de los vientos, cuanto por la situacion peligrosa del lugar. Las innumerables islas de este mismo archipiélago, las corrientes encontradas y el peligro de caer en manos de los bárbaros, eran motivos muy fundados para temer un fin funesto, aunque se libraron de ser sepultados en el profundo de las aguas. Mucho tiempo les duró la incertidumbre de salvarse, caminando el navío hácia su ruina, sin que el tiempo mejorase. Perdieron los masteleros el palo de mesana, la vela de trinquete y otras, quedándoles tan sólo la mayor, con la cual apénas el timon podia gobernar. Cuando vieron que el naufragio era ya inevitable, toda la gente del navío, religiosos, españoles, capitan y marineros, acudieron al Señor, de quien sólo esperaban el remedio, prometiéndole hacer una procesion de disciplina si los llevaba á puerto de salvamento. No era posible que Dios se hiciese sordo á los ruegos de sus siervos, y á los de tantos hombres atribulados; cesó, pues, el temporal, las olas se apaciguaron, y el dia siguiente (21 de Julio) entraron en la bahía de Manila y fondearon en el puerto de Cavite (1). Con este último trabajo parece que el Señor quiso acabar de purificar el celo de aquellos venerables misioneros, y castigar los muchos pecados que en la navegacion se habian cometido; pues todos entraron en el puerto compungidos, olvidando las discordias pasadas, y muy obligados á las misericordias de Dios, por quien se reconocian salvados del naufragio.

---

(1) Por esto fué elegida Santa María Magdalena por patrona de esta provincia.

20. El Sr. Obispo, luégo que supo la llegada de nuestros misioneros, mandó á Cavite á un sobrino que tenía, para darles la bienvenida en su nombre y conducirlos cuanto ántes á Manila; lo que verificaron el dia del apóstol Santiago de 1587. El recibimiento que se les hizo en la ciudad fué imponente: el gobernador y capitan general D. Santiago de Vera, con lo más noble y lucido de la plaza, los acompañó desde la puerta hasta la iglesia mayor, en donde el Obispo con el clero y sagradas religiones los estaba aguardando para darles su pastoral bendicion. Al tender la vista el Prelado sobre sus hermanos, y al ver á este precioso coro de venerables misioneros, no pudo reprimir los afectos de su enternecido corazon, derramando copiosas lágrimas de gozo. Llévalos despues á su palacio; y dando en seguida lugar al desahogo, miéntras los abrazaba amorosamente, les decia: «¿Es posible que mis ojos hayan llegado á ver en estos países tan remotos á los hijos de mi Santo Patriarca? ¡Bendito sea Dios, que así se ha dignado consolarme! ¡Ya por fin tengo en mi casa á mis hermanos, por quienes tanto habia suspirado!» Así hablaba aquel prelado virtuoso, colocado en medio de los fundadores de la provincia del *Santísimo Rosario*, de quienes se constituyó desde entónces su más decidido protector. Luégo fueron felicitados de las demas autoridades, de las órdenes religiosas que habia en la ciudad, del clero y españoles, mostrando todos con sus palabras y afectos cuán distantes estaban de pensar lo que les habia atribuido el P. Alonso Sanchez.

21. En el palacio quedaron hospedados hasta la fiesta de nuestro Santo Patriarca, regalados del Obispo se-

gun le permitia su pobreza, y con el afecto que se deja entender. Para celebrar aquella fiesta por la primera vez en Filipinas, suplicaron al Prelado les cediese la iglesia catedral, y les permitiese defender algunas conclusiones, análogas al ministerio apostólico á que debian dedicarse. Nada más conforme á sus inclinaciones y deseos, y en su consecuencia la fiesta se celebró con la mayor solemnidad. Por la tarde del mismo dia el P. Fr. Miguel de Benavides presidió el ejercicio literario que sustentó el P. Fr. Pedro de Soto, quien mostró en esta ocasion, con sus sábias y eruditas soluciones, que habia en Filipinas quien podia defender con dignidad la verdad y pureza de nuestra santa fe. No tuvieron nuestros venerables fundadores este acto literario para ostentar erudicion, sino para dar á entender que, sin embargo de ser los indios á quienes debian enseñar, gente ignorante entónces y de cortos alcances, no debian olvidar las letras ni menospreciar la sabiduría, porque sabian que cuanto más rudo es el discípulo, mayor habilidad se requiere en el maestro que lo ha de instruir. Era ademas esta práctica muy conforme á las costumbres de aquellos tiempos, en que tanto florecia el estudio de las sagradas letras.

CAPÍTULO II.

Los fundadores de la provincia se trasladan al convento de N. P. San Fr
cisco, en donde son tratados con mucha caridad.—El Vicario General
destina á las misiones.—Fundacion del convento de N. P. Santo Domin
de Manila, y circunstancias extraordinarias que mediaron al efecto.—P
meras provincias donde se han establecido nuestros celosos misioneros.-
Preocupaciones supersticiosas en la provincia de Bataan.—Su desaparicio
y su remedio.—Frutos de nuestros religiosos en esta capital.—Se reedific
la iglesia várias veces.—Limosnas para este objeto.—Imágen milagrosa de
nuestra Señora del Rosario.—Conversion de su escultor.—Devocion ex-
traordinaria de los fieles hácia ella.—Milagro con que alargó la vida á un
devoto.—Prodigios que obra hasta hoy por su vestido.

22. Celebrada la fiesta de nuestro Santo Patriarca, trataron los fundadores de la provincia de hospedarse en otra parte hasta que tuviesen casa propia, porque no les parecia bien molestar por más tiempo al Prelado en cuyo palacio no podian estar con desahogo, por no haber en él capacidad suficiente, ni poderse practica los ejercicios religiosos con el recogimiento y liberta que convenia. Los PP. Franciscanos, sus hermanos, le cedieron muy gustosos una parte del convento, en don de los trataron con amor y caridad. Era á la sazon cus todio de la provincia de San Gregorio el B. P. Fr. Pe dro Bautista (1), que despues padeció martirio glorio so en el Japon, y guardian de la casa el V. P. Fr. Vi cente Valero, religioso adornado de aquellas virtude que hacen á los santos amables á Dios y á los hom bres. Bajo el amparo de tan grandes prelados es de su poner que nuestros religiosos no echarian de ménos e afecto y el cariño con que les habia tratado el Obispo

(1) Está ya canonizado.

Poco despues trató el P. Vicario General de repartir á sus hermanos en los ministerios que les habia designado el Prelado. Entónces los españoles ya tenian en obediencia á la mayor y mejor parte de las islas. Los pueblos más civilizados reconocian el gobierno de Su Majestad, y los encomenderos les cobraban el tributo. Sólo faltaban obreros para desmontar las malezas de la gentilidad, y suavizar las costumbres de los muchos indios que, diseminados en sus bosques, sólo obedecian por temor, sublevándose con el menor pretexto. Las provincias más cercanas de Manila estaban entregadas al cuidado de los religiosos Agustinos y Franciscanos, sin dejar por esto de acudir á otras más remotas. Con sus apostólicos esfuerzos no dejaba de adelantar la obra del Señor, pero con aquella lentitud que les permitia el corto número de individuos que contaban entrambas religiones. Eran éstos tan escasos, que segun asegura el P. Mansilla (autor contemporáneo que trabajó en las islas Filipinas) en el cap. LV del libro que compuso sobre la propagacion del Evangelio en estas partes, citado por el P. Remasal, lib. II, cap. VII, núm. 7 de su historia, «los PP. Agustinos eran siete ú ocho, los Franciscanos descalzos doce ó catorce, y los PP. de la Compañía dos sacerdotes y un lego.»

Era natural que los primeros misioneros procurasen convertir á la fe aquellos indios que habitaban en pueblos ya formados, y que ménos repugnancia mostraban en recibirla; de suerte que, si bien podia de algun modo afirmarse que el santo Evangelio habia sido predicado en todas las provincias de las islas, habia, no obstante en casi todas ellas muchos pueblos y par-

tidos de una extension inmensa, cuyos habitantes
habian aún oido la palabra de salud. Pangasinan y
gayan, y áun el partido de Bataan, que fueron el
tro en donde nuestros primeros misioneros ejerci
su ardiente celo, podian contarse entre ellas. En
taan, que á la sazon era un partido gobernado pc
alcalde mayor de la Pampanga, aunque á la lleg
de nuestros religiosos habian entrado para predica
fe algunos PP. Agustinos, Franciscanos y áun Cl
gos, estaba la reduccion tan imperfecta, que apéna
habia organizado su evangelizacion. En Pangasinan
taban sus vecinos todavía más lejanos de la fe, no ta
por la falta de ministros que se la predicasen, cua
por la resistencia que la oponian con la mayor tenaci
Desde la expedicion que hizo D. Juan de Salcedo
las provincias del Norte de la isla en 1572, hasta la
trada de nuestros misioneros, habian sido visitados
algunos religiosos Franciscanos, Clérigos y Agusti
pero las ventajas que habian obtenido entre ellos
de tan poca importancia, que los últimos en 1587
adoctrinaban el pueblo de Lingayen, á la sombr
los españoles que residian en el presidio de esta c
cera. El Sr. Obispo no ignoraba la mucha pobla
que en esta provincia existia, sujeta casi toda al
bierno y no podia desentenderse de procurar su
version luégo que tuvo á su disposicion misio
animosos que se le ofrecieron. Hé aquí por qué Pa
sinan y Bataan fueron los partidos que se confiaro
provincia del *Santísimo Rosario*, luégo que llegaro
primeros fundadores á Manila: de la misma suerte
confió poco despues la extensa provincia de Cag

23. Designadas las provincias que nuestros misioeros debian reducir á la verdadera religion, los juntó l P. Vicario General, y les encargó que encomendaen al Señor el acierto de la eleccion que pensaba haer de ellos, para destinarlos al ministerio apostólico.)espues de esta diligencia les hizo una plática muy ervorosa, los animó á la empresa, y en seguida nomró á los sujetos que habian de pasar á Pangasinan y Bataan. A ésta destinó al P. Fr. Juan Ormaza de anto Tomas, con los PP. Fr. Alonso Ximenez, fray 'edro Bolaños y Fr. Domingo de Nieva, que todavía ra diácono. A Pangasinan envió al P. Fr. Bernardo Navarro de Santa Catalina, con los PP. Fr. Gregorio le Ochoa, Fr. Juan de Castro, su sobrino, Fr. Pedro le Soto, Fr. Márcos de San Antonino y Fr. Juan de a Cruz, quedándose él en Manila con los PP. fray Miguel de Benavides, Fr. Diego de Soria, Fr. Juan Maldonado y el hermano Fr. Pedro Rodriguez. Estos quince campeones de la gracia fueron los que dieron principio á la provincia del *Santísimo Rosario* en Filipinas, empezando los unos las tareas apostólicas entre indios, y los otros trabajando en el ministerio de las almas en la capital, edificando á la vez el convento principal y su iglesia.

24. En Setiembre del mismo año en que nuestros religiosos llegaron á Manila, tomaron posesion de los campos espinosos en donde debian trabajar, y en el mismo tiempo el P. Vicario General y compañeros se ocupaban en las obras indicadas. Pero ¿con qué medios cuentan estos venerables para realizarlas? Ellos no poseen rentas, y han formado el plan de no tenerlas á

no exigirlo así la necesidad. Con los indios no tie
que contar, y los españoles son todavía pocos, y é
afanados en reunir una fortuna que les asegure su
turo bienestar. Pero los que todo lo han abandon
por amor á Jesucristo, se han entregado al mis
tiempo á la divina Providencia, y no dudan que
Señor es su herencia. En efecto, al principio sólo c
taban con la caridad del señor Obispo, cuyas ren
eran tan escasas, que con ellas no podia socorrer á
hermanos como deseaba. Mas luégo tuvieron tan
bienhechores, que nunca les faltaron los auxilios ne
sarios para llevar á cabo las costosas obras que se v
ron precisados á edificar. La mayor dificultad que p
la ereccion de iglesia y convento se les ofreció, era
falta de solar en donde pudiesen cimentarlos. En M
nila habia á la sazon poco terreno, y áun éste ya
taba ocupado por los conventos é iglesias de las o
religiones, cuarteles, oficinas y casas de españoles. S
se veian en su contorno algunas lagunas y sitios p
tanosos que cubria la marea, y se inundaban con
avenidas del caudaloso Pasig. Esto era lo que más a
gia por entónces al Obispo, que deseaba con más án
que nuestros religiosos el dar principio cuanto ánt
las obras proyectadas. Sin embargo, no por esto se c
animó el Ilmo. Prelado, pues hablando en una ocas
con el P. Vicario General le dijo: «Consulte V. R
negocio con Dios, y yo haré lo mismo; y no d
que su divina Majestad nos dará medios para efect
las obras que deseamos levantar.» El mismo dia, co
si ya hubiese obtenido del Señor lo que le habia su
cado, salió de su oratorio muy de noche, y dijo al

ordomo de palacio que buscase trescientos pesos para omprar un pedazo de terreno, en donde se habian de dificar la iglesia y convento para sus hermanos; pues sa cantidad era la que su dueño queria se le diese. El nayordomo, que siempre andaba alcanzado, pues apénas recibia el tercio de la renta del Obispo cuando se eia precisado á repartirla á los pobres, le dijo llanamente que ni tenía ni sabía de donde debia sacar aquel inero. No se alteró por esto el Prelado, pues luégo alló la suma indicada sin que se supiese de dónde la abia sacado, y volviendo entónces á llamar al mayorомо, se la entregó, diciéndole que fuese á verse con D. Gaspar de la Isla, y le comprase el terreno que estaba terraplenando en la orilla del rio por aquel dinero. Nadie tenía por bueno este sitio para levantar en él los edificios proyectados. El Obispo, sin embargo, con la mayor seguridad lo adquirió con este fin, y el dia siguiente encargó al citado mayordomo y capellan que con una cruz, estola y agua bendita fuesen á bendecirlo y tomar posesion de él en su nombre; lo que verificaron el dia 16 de Agosto de 1587, embarcados en canoa, y en seguida lo donó á nuestros religiosos para los fines indicados.

Desde luégo se dió principio á las obras verdaderamente colosales en aquel tiempo, y se trabajó en ellas con tanta rapidez, que el dia 1.º de Enero del año siguiente de 1588 ya estaban concluidas. Entónces se pasó á bendecirlas; se les dió por patron y titular á nuestro P. Santo Domingo, y luégo las ocuparon nuestros religiosos, despues de haberse despedido de los PP. Franciscanos, y agradecido la caridad con que los

habian tratado hasta entónces. El primer superior esta casa, á quien se dió entónces el nombre de V rio solamente, fué el P. Fr. Diego de Soria, sujet más digno para cimentar la observancia regular en convento que habia de ser la norma y el modelo penitencia en un país tan relajado. Los vecinos de M nila se aficionaron desde luégo á nuestros religiosos una manera particular; frecuentaban su iglesia, y socorrian con tal generosidad, que en mucho tiem no hubo cocina abierta en el convento. En estos ac de beneficencia y caridad se distinguió el capitan d Francisco Rodriguez, con cuyo socorro contaban d riamente nuestros religiosos del convento; pero ta bien el Señor, complacido de la misericordia que u ba con sus siervos, la usó con él, dándole fruto bendicion de que habia carecido en diez años que vaba de casado; lo que tanto él como su consorte bian deseado en gran manera; y despues, reconoci no dudaban afirmar que habian obtenido este benef por la liberalidad con que habian socorrido á los dres del convento. Tambien fueron especiales b hechores de esta santa casa doña Ana de Vera, c sorte del maestre de campo D. Pedro Chaves, d María de Céspedes, doña María Perez, el capitan (tillo y otros que no nombra la historia; pero á qui hasta hoy tiene muy presente la comunidad para comendarlos á Dios en sus oraciones, agradecida á beneficios que prestaron á los primeros fundadores

25. Aunque los primeros edificios de iglesia y vento se edificaron de madera, y los adornos de a lla eran pobres, no por esto se dejaban de celebra

funciones más lucidas, ni el Señor era ménos servido, porque no se paga tanto de la magnificencia de los templos, cuanto de la simplicidad y pureza con que es adorado, segun la posibilidad de nuestras fuerzas. Era ya entónces este pobre templo un verdadero santuario, que los fieles frecuentaban con gran devocion, y el fruto que nuestros religiosos recogian con sus confesiones y sermones eran visibles en toda la ciudad. Llegó á ser tan notable la reforma de costumbres en esta capital, que un vecino de categoría de la misma, escribiendo al capitan Chacon, que era gobernador de la Nueva Segovia, le decia: «Han llegado á Manila algunos PP. Dominicos, y la ciudad parece un monasterio.» Así podia llamarse ya entónces en comparacion de lo que habia sido ántes; porque muchas personas visibles y de nota, que se confesaban con nuestros religiosos, guardaban una vida muy conforme á las máximas del santo Evangelio, habiendo abandonado el lujo y la vanidad con que habian escandalizado á sus vecinos. A esta direccion han llamado algunos rigidez, como si los confesores pudiesen contemporizar con los caprichos de sus penitentes, cuando son contrarios á la ley santa del Señor. Desgraciadamente subsiste aún por nuestros dias en muchos esta preocupacion, que por otra parte nos hace mucha honra.

26. No tuvieron nuestros religiosos el consuelo de disfrutar por largo tiempo de sus primeros edificios, pues como construidos de malas maderas y con demasiada rapidez, empezaron luégo á mostrarse ruinosos. A los dos años ya se desplomó el techo de la iglesia, aunque sucedió esta desgracia á puertas cerradas, y se

preservó lo más precioso que habia en ella. Este suc
lo comunicó Dios de antemano á un santo novicio
convento, quien, al saber que su divina Majestad
lo habia decretado, le suplicó que, supuesto era ine
table la ruina, no permitiese que en ella pereciese p
sona alguna, y se preservase el sagrario en donde
taba reservado el Santísimo, y la imágen de Nues
Señora del Rosario. Todo se verificó así como el no
cio lo habia suplicado, pues hallándose en oracion
el P. Vicario General, á quien tan sólo habia comu
cado la revelacion, miéntras los demas religiosos
convento estaban en la mesa, se desplomó el techo
la iglesia, y quedó el altar de la Vírgen cubierto
manera de un pabellon y guarda-polvo, sin que
santa imágen ni el sagrario recibiesen daño algu
Cuando los vecinos de Manila tuvieron noticia
suceso, admirados de la providencia del Señor, ve
raron con más devocion aquella sagrada imágen, p
servada de un modo que parecia prodigioso, y por es
cuando se hizo la que ahora existe de cara y manos
marfil, suplicaron al Prior que colocára la primera
algun sitio en donde pudiesen prestarle sus obsequi
Se cumplieron á su tiempo sus deseos, porque se col
có en la fachada de la iglesia, en donde persevera ha
hoy, y se ilumina todas las noches. Segun el dictám
de la prudencia humana, parece que el Vicario Gen
ral, con la noticia anticipada que tuvo del suceso, d
biera de haber separado el Santísimo, la imágen de
Vírgen y cuanto estaba á riesgo de dañarse, y no de
estos objetos preciosos pendientes de la contingen
de un milagro; mas el Señor quizás permitió este d

cuido, para dispertar la fe y la devocion de los habitantes de Manila.

27. Parece natural que nuestros religiosos debieran afligirse, al verse sin iglesia y sin medios para repararla; mas no sucedió así, porque se resignaron con la divina voluntad, se tuvieron por muy dichosos al ver que nadie habia perecido, y habian quedado sin lesion los tesoros inestimables del Santísimo é imágen de la Vírgen. Esperaban en el Señor, que así como les habia sido tan propicio para levantar la iglesia arruinada, no les faltaria en las obras que se resolvieron á empezar con más perfeccion. En efecto, á los pocos dias de haber dado principio á otra iglesia más capaz, sólida y más hermosa, enfermó de peligro el capitan D. Domingo de Mendiola, el cual, llamando al Prior, le dió la tercera parte de sus bienes para costear la parte del edificio que habia de ser capilla de Nuestra Señora del Rosario. Doña María Perez, consorte del capitan Rodriguez, murió tambien por entónces, y dió para la obra dos mil pesos, sin otra carga que la de encomendarla á Dios; lo cual ha cumplido siempre fielmente el convento, nombrándola expresamente en los sufragios que se aplican para los bienhechores de la Órden. Tambien el capitan Castillo dió una gruesa cantidad para el mismo fin, y no faltaron las limosnas de otros bienhechores hasta que la obra llegó á su perfeccion. Se hicieron ademas en el convento dos grandes dormitorios con las oficinas necesarias, y á los tres años, esto es, el dia 9 de Abril de 1592, ya estaban las obras acabadas.

28. Con estos nuevos y fuertes edificios parecia que

no tendrian nuestros religiosos necesidad de ocupa en otras obras en mucho tiempo, mas á los once ai el dia 30 de Abril de 1603, aconteció en Manila incendio espantoso, que los redujo á cenizas. En ocasion sucedieron algunos casos muy notables. Exi en el refectorio del convento un retrato de nues P. San Francisco, y habiendo sido pasto de las llan cuanto habia en su alrededor, se preservó el lienzo retrato. Tambien se preservaron los papeles de la c cina del comisario del santo oficio, siendo así que abrasaron unos papeles heréticos que estaban en mesa de la misma. De la iglesia sólo se salvaron Santísimo y la imágen de la Vírgen, lo cual no d de ser un consuelo poderoso para nuestros afligidos ligiosos, que se vieron reducidos á una pequeña pa del convento, preservada por el Señor para la nece ria vivienda de sus siervos. Cuando se trató de reed car las obras destruidas, se creyó conveniente hacer iglesia con bóveda de piedra, con el fin de preserva de otros acontecimientos semejantes: para esto fué p ciso levantar el edificio desde los cimientos, porque otra suerte no hubiera podido sostener la gran m que la habia de cubrir. Diez años se emplearon en obra, que costó más de cincuenta mil duros; pero sa un templo verdaderamente grandioso. Este edificio pe severó sin novedad hasta el año de 1645, en cuyo tien po se desplomó la bóveda del cuerpo principal, c motivo de los grandes temblores que acontecieron dia de San Andres de este año. Todavía subsistia la crucero y presbiterio despues de la catástrofe prime pero quedó muy resentida y maltratada en los que

cedieron á los tres años, el dia de San Bernardo. Entónces se trató de reedificar de nuevo la iglesia, y como la inconstancia del terreno no ofrecia la seguridad suficiente, se levantaron con mucha solidez tres naves, y se cubrieron de teja con bóveda de madera bien labrada y dorada, en cuyas obras se expendieron más de cuarenta mil duros, que la caridad y devocion de los fieles facilitaron. Este edificio se ha burlado de las vicisitudes de los tiempos, pues ha llegado hasta nuestros dias en un estado sólido y perfecto (1). La nave mayor tiene 50 varas de largo y 14 de anchor, y las colaterales con el mismo largor. Tiene cinco arcos en cada lado y diez encima, que dan salida á las tribunas. El crucero es irregular, pues le faltan algunas varas para que sea cuadrado, y el presbiterio es muy capaz desde que lo alargó el Ilmo. Sr. Arechederra. Añadiósele despues una capilla para Nuestra Señora del Rosario, á la mano izquierda del crucero, ó sea al lado de la epístola. Esta capilla es hermosa y perfecta, pues tiene las dimensiones proporcionadas á su altura, con ventanas en el centro de sus paredes y en la bóveda, que tambien es de madera. El coro de la iglesia está colocado sobre dos arcos rebajados á la altura de las naves colaterales. Tiene una sillería de tíndalo, madera de mucha duracion, semejante á la narra; pero á los pocos años toma el color de ébano.

29. La imágen de Nuestra Señora del Rosario que

---

(1) En el horroroso terremoto de 1863 se desplomó casi toda la iglesia, y se reedificó posteriormente bajo otro órden de arquitectura, como se dirá en el apéndice.

se venera en su capilla, fué regalada por el caballe
D. Luis Perez Dasmariñas, gobernador que fué int
rino de las islas: tiene de alto siete palmos, cara y m
nos de marfil. Es obra de un chino infiel, bajo la
reccion del capitan Hernando de los Rios, que desp
se ordenó de sacerdote, y salió cual se podia dese
Está labrada con tal primor, que áun despues de do
cientos y cincuenta años, conserva una majestad e
cantadora, sin embargo de haber perdido mucho de
primitivo brillo. Los prodigios que la Vírgen ha obr
do por su medio la han hecho muy famosa, y los fi
les imploran su amparo amoroso en los tiempos m
calamitosos. Era tal la fe que el artífice tenía en
imágen, que solia decir, estando avecindado en Iloc
que no recibiria el bautismo sino en su presencia;
que al fin verificó, con gran consuelo de su alma
alegría de los que asistieron al acto.

30. Es la capilla de Nuestra Señora del Rosario
Manila uno de los santuarios más venerados de las i
las, y no hay festividad más concurrida que la llama
Naval, que anualmente se celebra en la primera do
minica de Octubre y su octava. Son muchas las comu
niones que en su altar se administran en estos dias, y
serían áun más numerosas si en la capital y sus extra-
muros hubiese suficientes confesores. Sus devotos se han
mostrado en todos tiempos muy generosos en enrique-
cer á la sagrada imágen de preciosas joyas, mostrándo-
le así de algun modo su agradecimiento. Pocas son las
personas que no hayan experimentado sus misericor-
dias, si la han invocado con amor, pues los prodigios
que ha obrado son sin número, y muchos están juri-

dicamente comprobados por el Ordinario, segun las formalidades de la presente disciplina. Serian necesarios volúmenes enteros para referir los conocidos, lo que no permite la brevedad de la historia. Hablaré, no obstante, del que aconteció en 1613 en favor de don Francisco Lopez, retratado por disposicion del arzobispo de Manila D. Fr. Miguel Serrano, despues de haber sido comprobado por el dean de su cabildo don Francisco Gomez de Arellano, mediante la deposicion de diez testigos fidedignos y contestes.

Era Lopez un español de costumbres estragadas, pero devoto al mismo tiempo de Nuestra Señora del Rosario. Iba á las fuerzas de Ternate en una de las galeras que en dicho año despachó el gobernador don Juan de Silva, bajo las órdenes de D. Fernando de Ayala, y al doblar la punta de Calavite en Mindoro, les sobrevino un recio temporal que arrojó las galeras á la costa. Los españoles y forzados salvaron las vidas á nado; y los segundos, al verse en la isla, se determinaron á salvar tambien su libertad. Aquéllos trataron de perseguirlos; mas éstos, habiéndose apoderado de un cerro escabroso, despeñaron á sus perseguidores, quienes perecieron miserablemente en los derrumbaderos. Entre estos desgraciados se hallaba D. Francisco Lopez, el cual, al verse á las puertas de la muerte, y acordándose en aquel terrible trance de sus costumbres depravadas, llamó de todo corazon á la Santísima Vírgen del Rosario, y le suplicó que le alcanzase un verdadero arrepentimiento de sus culpas y sacerdote con quien pudiese confesarse. No salieron fallidos sus deseos, porque la Vírgen, no pudiéndose mostrar indife-

rente á los ruegos de su devoto, le oyó piadosa y le conservó milagrosamente la vida, hasta que hubo oportunidad de proporcionarle lo que pedia. A los tres dias de este suceso lamentable, pasó por allí otra galera que llevaba un capellan: los vientos no le permitieron pasar más adelante, y el capitan mandó atracar y saltar á la isla, precisamente en el punto en donde estaba el moribundo Lopez. Al oir éste las voces de la gente, llamóla en su auxilio, y un soldado llamado Gonzalo Salcedo, habiendo percibido sus lastimeras voces, se acercó al sitio de donde salian, y luégo vió al infeliz cubierto de heridas hediondas en várias partes de su cuerpo. Quedó Salcedo asombrado en su presencia, pues le parecia imposible que un cuerpo humano tan horriblemente maltratado estuviese animado, cuando ya era pasto de gusanos. Llamó el soldado al cirujano y compañeros, quienes trataron de aliviar al moribundo; pero su cuerpo ya no era susceptible de los remedios del arte: su vida se conservaba milagrosamente para recibir el beneficio de la absolucion sacramental, y esto era únicamente lo que Lopez deseaba. Acercóse entónces el P. capellan, que era un religioso Franciscano llamado Fr. Pedro de los Cobos; le oyó en confesion, le absolvió de sus pecados, declarando el paciente que por intercesion de la Vírgen del Rosario se habia conservado vivo hasta entónces; y despues de haber pedido perdon á todos de sus excesos y escándalos, entregó su alma al Criador.

31. La misma celestial Señora que se dignó obrar este prodigio quiso dar á entender de algun modo que habia usado de su gran misericordia en favor de su de-

voto Lopez, mediante su sagrada imágen del convento de Manila. Hé aquí cómo refiere este hecho el ilustrísimo Sr. D. Fr. Diego Aduarte, lib. I, cap. XII de la primera parte de su historia: «Una señora llamada doña Ana de Vera, entre otras devociones que tenía, acudia de ordinario á vestir esta santa imágen, mudándole los vestidos segun el tiempo y las festividades lo pedian. Viniendo, pues, una vez á este santo ejercicio acompañada de otras mujeres devotas, vieron que unas sandalias que el Niño Jesus tenía puestas, tenian algun lodo y arenas, y áun parecian estar algo gastadas, como de haber servido en lugares ásperos y lodosos, de que quedaron espantadas; y creció su admiracion cuando vieron la basquiña de la Madre Santísima por el ruedo y un palmo en alto húmeda, lodosa y rozada: caso que, por ser nueva la basquiña y estar el tabernáculo enjuto y seco y en lugar eminente, les dió que pensar y dijeron: ¿Qué es esto, Señora? ¿Por dónde habeis andado? Y vos, Señor, ¿de qué se os han enlodado las sandalias? ¿Cómo las teneis tan gastadas? ¿Os habeis acaso segunda vez ido perdido, y vuestra Santísima Madre habrá ido á buscaros, que estais Hijo y Madre tan llenos de humedad y arena? Pero ¿quién duda que habréis ido á hacer alguna obra digna de vuestras manos? Avisaron al prior del convento, que admirado del caso, mandó guardar la saya, y el P. Fr. Bernardo de Santa Catalina, que tambien habia acudido, guardó las sandalias por inestimable reliquia; y por no poder imaginar lo que podria ser, dejaron al Señor el descubrirlo cuando fuese servido, que, como obra suya, la manifestó despues de algunos años.» Refiere en seguida el

prodigio obrado en favor de Lopez, y concluye el suceso en estos términos: «Celebróse mucho este milagro cuando se comprobó el año de 1621, y recorriendo la memoria y contando los tiempos, se halló que era éste, cuando la imágen de Ntra. Sra. del Rosario de este convento se halló con la saya mojada, y las sandalias del Santísimo Niño con arena, rozadas y gastadas, como de quien habia caminado mucho y por áspero camino; que el salvar á una alma distraida cuéstale á Dios mucho sudor y cansancio, pero en siendo en honra de su Santísima Madre todo se facilita.»

El que lea y examine este hecho con superficial filosofía lo reputará por un absurdo; pero será otro su juicio, si se hace cargo que Dios suele acomodarse en su modo de obrar á nuestra débil y limitada inteligencia, practicando circunstancias que á veces nos parecen impertinentes, pero que en realidad son muy propias para movernos hácia su amor y alabar su gran misericordia. Las sagradas letras nos ofrecen con frecuencia ejemplos de igual naturaleza, segun el fin que la Majestad Divina se proponia en sus obras. Lo cierto y positivo es, que esta saya y sandalias se han conservado hasta hoy como reliquias preciosas, y que por su medio ha obrado la Vírgen una multitud innumerable de prodigios en favor de sus devotos, particularmente de las mujeres que se hallan de parto peligroso, librándolas con solo su contacto. A su tiempo se referirán las victorias religiosas que en 1646 reportaron las armas de Manila contra una escuadra holandesa, mediante el patrocinio de Ntra. Sra. del Rosario.

CAPÍTULO III.

Estado del partido de Bataan.—Fatigas de nuestros religiosos en su reduccion. —Muere el P. Bolaños, uno de ellos.—Reseña de su vida.—Progresos en las nuevas conversiones.—Acredítase la ley de Dios y el bautismo.—Reducen los PP. misioneros las muchas rancherías del partido en pueblos. —Mala disposicion de los pangasinanes para reducirse á la fe.—Ídolo llamado Ana-gaoley.—Enmudece el demonio.—Trabajos de nuestros misioneros.—Inocencia vindicada.—Empiezan los pangasinanes á convertirse.—Razon y motivo.—Caso prodigioso de un bautismo.—Casipit y su conversion.—Cambio radical de esta provincia obrado por la religion y por la fe.—Resurreccion de un difunto.—Otro caso prodigioso.

32. Miéntras en Manila trabajaban nuestros religiosos en las obras de iglesia y convento y en la reforma de costumbres, el P. Fr. Juan de Ormaza con sus venerables compañeros adelantaban en Bataan la conversion de sus vecinos. La topografía del país nada favorecia en aquel tiempo á sus tareas apostólicas, y la manera con que se habia procurado hasta entónces propagar la luz del Evangelio en el país, ofrecia nuevos embarazos y dificultades á estos primeros misioneros de la Órden. En una lengua de tierra llana, de seis leguas de N. á S., y poco más de media de E. á O., habia como setecientos habitantes diseminados en treinta pueblos ó rancherías, colocadas en tierras anegadizas y cruzadas de varios arroyos, que hacian intransitable el terreno. Era, pues, Bataan un punto de muchísimo trabajo, y poco el fruto que de él se podia esperar; por lo que no es extraño que no perseveráran los misioneros que habian entrado en este partido ántes de la llegada de los nuestros. Pero no era esto lo que más afligia á estos celosos operarios; porque, por

una sola alma que ganáran para Dios dieran por bie empleadas sus fatigas. Lo más espinoso que les ofreci el ministerio era la poca y embrollada religion que e el país hallaron. Al principio, por la docilidad que veia en los indios y falta de experiencia, ignoraban la gra vedad del mal que inutilizaba sus trabajos; mas luégo que los conocieron, hallaron que apénas habia entre ellos quien estuviese penetrado de la verdad de nuestra sagrada religion. Eran, los ya bautizados, cristianos á medias solamente, que confundidos con los gentiles, sólo se distinguian de ellos por el nombre; pues practicaban las mismas supersticiones, y en nada se diferenciaban en las obras de los mismos. Hubo sacerdote de los que ántes los habian visitado, que cometió la imprudencia de bautizar en várias ocasiones á cuantos se le presentaban, contentándose con dejar el nombre que les imponia escrito en una lista, abandonándolos despues entre sus padres y familias, que los educaban en la infidelidad. De aquí resultaba que la religion hacia pocos progresos entre ellos, y la gran dificultad que hallaron nuestros religiosos en discernir á los cristianos de los gentiles; porque muchos negaban el bautismo recibido para librarse de sus cargas, y otros afirmaban que ya estaban bautizados, para que no se les administrase el Santo Sacramento. Con la predicacion de fra Domingo de Nieva, que siendo el más jóven de nuestros primeros misioneros, aprendió más pronto el idioma, empezaron á conocer los indios la fealdad de s ficciones y la verdad de nuestra fe. Descubierto ya mal, se procedió á proveer de remedio competente, pr curando que se bautizasen en secreto los que, siendo a

infieles eran tenidos por cristianos; y se apartasen de su errado proceder los que, siendo aún cristianos, preferian ser tenidos por gentiles. De esta suerte, sin mengua de la reputacion de nadie, en breve tiempo desembrollaron aquel intrincado laberinto, y separaron la zizaña del buen grano.

33. El aumento de las nuevas conversiones acrecentaba las fatigas de aquellos celosos misioneros; pues alentados con el fruto de sus trabajos apostólicos, andaban de dia y de noche de pueblo en pueblo, en medio de las lluvias y de un sol abrasador, entre lodazales y pantanos, ora descalzos de pié y pierna, ora embarcados en débiles canoas, buscando, como el buen Pastor, la oveja perdida, sin reparar en los peligros é incomodidades consiguientes á un estado tan pobre y desprovisto. El P. Fr. Pedro Bolaños, anciano de sesenta años de edad, no pudo soportar por mucho tiempo el peso de tan penoso ministerio, de suerte que á los pocos meses enfermó de gravedad, y se vieron precisados sus hermanos á llevarlo á la enfermería del convento de nuestro P. S. Francisco de Manila, por no estar todavía concluido el que nuestros religiosos fabricaban en la misma capital. Padecia dolores de vientre tan agudos, que le hacian prorumpir en altos gritos. Allí fué cuidado con mucha caridad, y despues de haberse aliviado, volvió al mismo ministerio, en donde hacia mucha falta; pues sin embargo de que no podia predicar ni confesar, por no saber el idioma de los indios, instruia á los niños, enseñándoles á leer y escribir, é imponiéndolos en el canto eclesiástico para alabar á Dios en la iglesia. Con el cariño y afabilidad

con que trataba á los pequeños, los grandes se aficio
naban á los PP. misioneros y á la doctrina que les en
señaban. Vuelto á Bataan, no tardó en recaer en l
misma enfermedad, la cual en breve le colocó á la
puertas del sepulcro. Por segunda vez fué llevado
Manila, y asignado al convento de nuestro P. Sant
Domingo de esta capital, espiró despues de la celebra
cion del primer capítulo provincial.

Era el P. Bolaños hijo del convento de Nuestra Se
ñora de la Peña de Francia, y noticioso de que se re
unian religiosos de la Órden para fundar una provin-
cia en Filipinas, se sintió interiormente inspirado para
ir con los que ya estaban alistados para tamaña em-
presa. Habiendo consultado sus deseos con algunos pa-
dres graves de su convento, le disuadieron del intento,
juzgando que por su avanzada edad más serviria de es-
torbo que de alivio á los restantes compañeros. Con
este parecer no se resolvia á dar su nombre, y estando
en sus incertidumbres lo animó el P. Arcediano, repre-
sentándole que en una provincia nueva podian ser muy
útiles religiosos ancianos, porque con su buen ejem-
plo podian servir de norma para los jóvenes que en ella
debian admitirse y educarse. Con las razones y persua-
siones del P. Arcediano se acabó de resolver; siguió
los primeros fundadores, y trabajó no poco en el par
tido de Bataan, pasando despues á mejor vida, pa
recibir allá en el cielo el premio de sus trabajos.

34. Sabido en Bataan el fallecimiento del ejempl
y laborioso anciano, fué notable el desconsuelo q
tuvieron los pocos misioneros que allí trabajaban. P
su falta se acrecentaron sus fatigas, pues se vieron p

cisados á suplir los servicios que él habia prestado á la mision, cuando apénas tenian lugar para desempeñar los altos cargos del ministerio apostólico. El que más se distinguia en estas ocupaciones era el jóven diácono, que tenía que predicar, enseñar el catecismo, y averiguar los enredos en materia de supersticiones, matrimonios mal habidos, usuras y tiranías, que los poderosos ejecutaban contra los desvalidos. Ordenado ya de sacerdote, y asociado con otro jóven llamado Fr. Juan de la Cruz, empezó á confesar á los nuevos cristianos, y esta diligencia produjo desde luégo los más felices resultados. La embriaguez era tan general y frecuentada cuando llegaron á este partido nuestros primeros misioneros, que parecia imposible poderla desterrar de sus costumbres; pero su celo halló un arbitrio de tanta eficacia, que con él, sin necesidad de usar de violencia, consiguieron el efecto deseado. Dispuso, pues, el P. Vicario provincial, como superior de la mision, que los ebrios de nadie fuesen visitados ni recibidos en las casas: con esta especie de excomunion los más culpados empezaron á conocer su mala posicion, y avergonzados luégo por verse de algun modo separados de los vecinos más honrados, cobraron horror insensiblemente á un vicio que los hacia tan despreciables. Despues la predicacion y las exhortaciones amorosas produjeron finalmente los más felices resultados; pues áun los que ántes eran tenidos por los más inclinados á este brutal vicio, se hicieron capaces de recibir los Santos Sacramentos, y toda la provincia le cobró horror, habiendo sido despues una de las más sobrias de las islas.

La idolatría se exterminó con el desprecio. Un viejas, llamadas *catalonas*, eran las sacerdotisas, las cu les tenian buen cuidado de conservar sus prácticas r dículas, que ejercian con ciertos instrumentos en l sitios más ocultos, por la cuenta que les tenía. Los mi mos cristianos, ignorantes de la fe que habian recibi en el bautismo, encubrian á estas malas mujeres, y l misioneros no pudieron descubrir este abuso hasta de pues de mucho tiempo. Al fin lograron apoderarse d los idolillos é instrumentos supersticiosos, y no fué necesario practicar más diligencias, para que los cristiano é infieles los despreciasen, que entregarlos á los muchachos de la escuela, los cuales los arrastraron con algazára, y luégo los entregaron á las llamas. Con ésto, y con castigar á las viejas mentirosas, no se habló más de idolatrías en todo el partido de Bataan.

No fué tan fácil el remedio acerca de las usuras, esclavos y solucion de las deudas legalmente contraidas; porque estando tan arraigada la injusticia, y no habiendo en el partido rigor suficiente en las autoridades, los ricos se burlaban de los pobres, los poderosos de los débiles y los deudores de sus acreedores. Sin embargo, no por esto perdieron nuestros religiosos las esperanzas de remediar aquellos males; porque al fin, con el auxilio del Señor y la gracia de los Sacramentos, pudieron conseguir que los culpados conociesen su enormidad y los fuesen detestando.

35. El Bautismo era tenido al principio por much indios de Bataan, como un mal que creian habia d hacerlos infelices. De aquí resultaba, que muchos d los que se bautizaban por respetos humanos al ver

libres del P. misionero, se lavaban la cabeza para quitar el crisma y óleo de los catecúmenos, con el fin de precaverse de los males que temian. Esta preocupacion perniciosa desapareció muy pronto del partido, cuando sus naturales fueron ilustrados con la doctrina de la fe.

El demonio quedó tambien muy pronto despojado del tiránico dominio que ejercia entre estos infelices, en grave perjuicio de sus almas y haciendas; pues el que ántes solia afligirlos de várias maneras como esclavos suyos, despues los dejaba libres con la simple vista de algun P. misionero.

Todas estas ventajas eran frutos de la predicacion y celo de los PP. misioneros, á quienes el Señor solia consolar tambien con algunos hechos, en los cuales se mostraba de un modo especial su admirable providencia. Entre varios casos que refiere el Ilmo. Sr. D. fray Diego Aduarte, que lo comprueban, es digno de admirarse lo que aconteció al P. Fr. Juan de Ormaza, estando presente el Sr. Obispo en el partido. Reparó el misionero en una ocasion, que pasaba por frente de la casa una vieja infiel, que en su concepto no podia vivir mucho. Compadecido de su alma, la llamó y le habló de la religion cristiana, y de la necesidad que tenía de abrazarla para alcanzar la vida eterna. Escuchó la vieja con atencion y docilidad al misionero, y movida sin duda por la gracia, accedió gustosa á abrazar lo que le proponia. Le ordenó entónces que asistiese diariamente á la iglesia cuando se instruia en el catecismo á los demas, y no negándose la vieja, fué inscrita en el número de los catecúmenos. Despues de algunos dias de puntual asistencia faltó la catecúmena, y el P. misio-

nero, sin advertir su falta, leyó, despues de la misa
alta voz la lista de los catecúmenos; y no constándo
asistencia de la vieja, envió á su casa un muchacho
llamarla. No tardó éste en volver con la noticia de
la catecúmena se estaba muriendo. Entónces fué á v
el misionero, y como si aguardase solamente la gr
del Bautismo para salir de esta vida, recibió las ag
saludables y en seguida espiró. El Obispo y los de
que tuvieron noticia del suceso, dieron gracias al
ñor y adoraron los juicios de su admirable providen
Con esta clase de sucesos endulzaba el Señor las f
gas de sus siervos, y aquellos indios llegaron á for
en breve una de las cristiandades más bellas de las is
por su docilidad y observancia de la ley santa que
bian abrazado.

36. Acreditada ya entre estos neófitos la palabra
salud, trataron nuestros misioneros de reducir sus m
chas rancherías á pueblos formales, con el fin de
ministrarles con más facilidad el pasto espiritual y
señarles á vivir como fieles súbditos del Rey. Eligie
desde luégo como centro de sus apostólicas tareas
pueblo de Abucay, en donde estaban de asiento, y
él observaban á la vez la regularidad del claustro co
en el convento más bien organizado. De allí acudi
á las necesidades de los cristianos, arreglaban su po
cía, componian sus discordias, les administraban
Santos Sacramentos y les imbuian en las máximas
gradas del santo Evangelio. Más tarde se fué subdi
diendo el partido en varios ministerios, por razon
mayor número de fieles. En la actualidad son siete
que cuenta este partido, erigidos por nuestros relig

sos y confiados al cuidado de la provincia del *Santísimo Rosario*, á excepcion del pueblo de Nuestra Señora del Pilar, que lo fué en la época en que lo administró el clero secular, si bien formado de una parte de Balanga, ministerio que ya entónces contaba muchos años de existencia. La totalidad de cristianos asciende en el dia al número de veinte y nueve mil seiscientos cincuenta y cuatro (1), que todos estarian todavía sumergidos en las tinieblas del error, si el celo de los padres misioneros no los ilustrára con la luz brillante de la fe.

37. El mismo año de 1587 entraron en Pangasinan los seis primeros religiosos de la Órden que nombró el P. Vicario general, para convertir á sus feroces habitantes. Dista esta provincia de Manila unas treinta leguas hácia el Norte en la misma isla de Luzon. Tiene por límites en el mismo punto el mar y la provincia de Ilocos, y recientemente la de la Union; al S. la de Pampanga, al E. la Nueva Écija y montes de los igorrotes, y al O. los de la provincia de Zambales. Nuestros misioneros fueron recibidos por sus habitantes como era de esperar de unos bárbaros, á quienes el demonio habia persuadido de antemano que no recibiesen la religion que los españoles tratáran de predicarles. Aquellos apostólicos varones, sin embargo, confiados en el auxilio del Señor, entraron sin el menor recelo en sus pueblos, y se hospedaron al principio en una casita de caña y nipa que les ofreció el encomendero Jimenez del Pino. En seguida levantaron una

(1) Hoy asciende ese número á 37.068.

pobre iglesia en el pueblo de Binalatongan, conoci ahora con el nombre de San Cárlos, cuyo ministe fué el primero que se recibió como casa de la Órd en el capítulo provincial de 1588.

38. Apénas los PP. misioneros levantaron la señ de nuestra Redencion en frente de su iglesia, el d monio alborotó á los habitantes del país para que cua to ántes los arrojasen de toda la provincia. La tiran que el padre de la mentira ejercia entre estos infelic indios era espantosa, y el culto con que se hacia ad rar muy parecido al que le tributaban los pueblos d otras provincias de Luzon. Tenian unos templos mi serables, dedicados á un ídolo llamado *Ana-Gaoley*, e cual daba sus respuestas por medio de unas mujere llamadas *Managanito*, que eran las que hacian el ofi-cio de sus sacerdotisas. Vestian un traje especial par servirle, y le ofrecian aceites, ungüentos, olores y per-fumes en unos vasos primorosos, y despues de la ofrendas les daba sus respuestas en un retrete acerca d lo que le consultaban. Cuanto el ídolo ó el demoni pedia por medio de estas diabólicas mujeres le era con-cedido sin reparo, aunque fuese la vida de muchos ino-centes, como á veces sucedia. Todo el poder de u enemigo tan temible quedó desvanecido con la llegad de nuestros religiosos, sin que diese más respuestas las ilusas mujeres, por más esfuerzos que hicieron co el fin de aplacarlo.

39. Bien pudieran los pangasinanes haber salido d su error al ver la impotencia de un dios á quien l cruz y la presencia de seis hombres habian enmud cido y atado; argumento que fué suficiente para co

vertir al sacerdote de un templo de Apolo, en donde se habia hospedado San Gregorio Taumaturgo; mas estos bárbaros ni tenian la luz ni capacidad suficiente para deducir la consecuencia que debia resultar de aquel antecedente; pues léjos de respetar á los PP. misioneros, como superiores y más poderosos que su ídolo, se irritaron contra ellos y se determinaron á matarlos. Mas el Señor, que velaba por su conservacion, no permitió que los bárbaros realizasen su designio depravado. Faltó á los pangasinanes el valor para deshacerse de nuestros misioneros por medio del acero; pero desde luégo adoptaron la medida de agotar su celo y paciencia, negándoles el sustento más preciso y cuanto habian menester para cubrir las necesidades de la vida; medio terrible en un país extraño, cuyos naturales no conocen el interes ni la codicia. Sufrian aquellos celosos misioneros con heroica resignacion la tenacidad y los malos tratamientos de los pangasinanes, y como no ignoraban cuál era el autor de la guerra que les hacian, aunque delante de los hombres procuraban disimular su afliccion, pedian, no obstante, al Señor en sus oraciones que remediára con su poder los males que sufrian, y ablandára la dureza de aquellos infelices, á quienes el demonio cerraba la puerta de su salvacion.

40. En aquellos dias azarosos aconteció á los afligidos misioneros un suceso, que á los ojos de los hombres era de sí suficiente para malograr los sacrificios que hasta entónces habian hecho en beneficio de los indios. Sucedió, pues, que una mujer principal, siendo soltera, apareció embarazada, la cual, segun sus bárba-

ras costumbres, debia ser enterrada viva con el có
plice de su delito. La india, instigada sin duda por
padre de la mentira, dijo que el autor de su desgra
era el P. Fr. Bernardo de Santa Catalina, superio
vicario provincial de la mision. Los indios, que pro
saban un ódio mortal á este misionero porque proc
raba con más eficacia su conversion, como ya estab
predispuestos, creyeron al momento la calumnia, y s
más averiguacion salieron muchos de ellos para pre
derlo y ejecutar en él la pena acostumbrada. No se a
teró al verlos el virtuoso misionero; ántes bien, lué
que supo el motivo y fin de su venida, procuró ant
todas cosas sosegarlos con blandura, y les dijo que é
daria cuenta de su persona. Logró con sus persuasione
calmar á los alborotados indios; se hizo acompañar á
la casa de la mujer embarazada, y al verla la preguntó
si sabía en qué tiempo habia cometido aquella falta.
La culpada, sin prever la consecuencia de la respues-
ta, confesó llanamente lo que se le pedia: entónces el
P. misionero manifestó que en aquel tiempo habia
estado ausente del lugar en donde ella habia cometido
su pecado, y los indios, no pudiendo replicar, lo deja-
ron, quedando más acreditada su virtud. No por est
depusieron estos bárbaros el ódio mortal que tenian
los PP. misioneros, porque los miraban como enemi
gos de su culto y preocupaciones, por más chocante
que pareciesen á la luz de la razon.

41. Nadie mejor que el Ilmo. Sr. D. Fr. Migue
de Benavides podia saber lo que pasaba en Pangasinan
en aquel tiempo; ni es de presumir exagerase los he-
chos, cuando daba razon de su iglesia á la Santidad

de Clemente VIII. Voy á trasladar algunas de las cláusulas de la relacion, tales como se hallan en la historia del Ilmo. Sr. Aduarte: «Los milagros, dice, con que se han convertido estas gentes, han sido la vida de los ministros; aunque tampoco han faltado milagros, porque el Señor de cuando en cuando ha descubierto su poderosa mano. Fueron allá (á Pangasinan) al principio seis religiosos de la dicha Órden de Predicadores, y. viéndolos los indios, luégo les preguntaban cuándo se habian de ir: no veian la hora de echarlos de sí y de su tierra, y como los aborrecian, no habia remedio que les diesen de comer, ni por su dinero; y así padecieron por espacio de tres años muchos trabajos; pero corrian parejas la rebeldía de ellos y la paciencia de los padres. Sobre esto cayeron enfermos de ellos cinco, y lo estuvieron cinco meses; pero al cabo de ellos, sin médicos, ni medicinas, ni regalos, fué Dios servido de darles la salud. Eran tales los tratamientos que les hacian los indios, sin tratar de convertirse ninguno de ellos á nuestra santa fe, que teniendo noticia de ello el Sr. Obispo de estas islas D. Fr. Domingo Salazar, á peticion de muchos capitanes españoles, quiso que los religiosos les dejasen y se saliesen de entre ellos; los cuales eran realmente la más mala gente y más fiera y cruel que habia en la tierra; gente indómita, y que sus fiestas eran cortarse la cabeza unos á otros; pero el prelado que entónces era de la Órden no quiso convenir en ello, ántes dijo: Esos indios tan malos, quiero yo que los conviertan mis frailes. Despues de tres años, en los cuales sólo bautizaron algunos niños (que las niñas no las querian dar), comenzaron á creer á los

religiosos, y fué el principio que el Señor tomó pa ello, que como vieron los indios el modo de vivir los frailes, los ayunos y penitencias que hacian, su p ciencia en los trabajos, y que no solamente no les h cian mal alguno, ántes acudian á sus necesidades, c menzaron á ablandarse y creer lo que les decian (Aduarte, lib. I, cap. XXI.) No puede darse un test monio más brillante de los padecimientos y dificult des que nuestros misioneros experimentaron en la co version de los pangasinanes; testimonio que tanto p la calidad de la persona que lo escribió, cuanto por del Papa á quien se dirigia, y tiempo en que se hiz merece toda fe.

42. Es á la verdad un grande desconsuelo para lo predicadores del Santo Evangelio el hallar tanta durez y pertinacia en aquellos á quienes procuran reducir gremio de la fe, principalmente cuando éstos despre cian altamente el tesoro inestimable de la doctrina qu se les predica en nombre del Señor, y aquéllos no pue den vislumbrar el fin de sus trabajos y afanes. En est casos es preciso revestirse de una constancia heroica, recordar la máxima consoladora del Apóstol: que hombre planta y riega, pero que Dios es quien da incremento. Nuestros venerables misioneros exper mentaron á la letra esta verdad entre los pangasinane pues plantaban y regaban la semilla evangélica, sin q medrase, en la estéril tierra de aquellos empedernid indios, hasta que Dios, mediante el extraordinario a xilio de su gracia, satisfecho de las penas y oracion de sus siervos, ablandó la dureza de los indios, y en pezó á hacer fructificar de un modo maravilloso

palabra. Más habia de un año que nuestros misioneros estaban en aquella provincia, sin haber podido conseguir ninguna clase de ventajas, ni lograr siquiera que los indios oyesen sus sermones. ¡Tal era la repugnancia que tenian á la nueva religion! Cansado el P. Vicario provincial de aguardar inútilmente, le pareció que ya era tiempo de romper el silencio y procurar que los esquivos indios los escuchasen. Aprovechando el favor que le facilitaba D. Juan de Vera, indio principal, que por haber estado algun tiempo en Manila ya era cristiano, y de un hermano suyo que gobernaba el pueblo, se determinó á ir por las casas y pedir que los indios le entregasen los niños para administrarles el santo sacramento del Bautismo, ya que los grandes estaban empeñados en rechazar un dón tan precioso. Por este medio fué Dios servido de conceder á este celoso misionero que comenzase á recoger las primicias de la fe; pero áun fué necesario que su divina Majestad obrase un milagro.

En efecto, cerciorado el misionero que en una de las casas que tenía á la vista habia una criatura de poca edad, subió á ella, acompañado del V. P. Fr. Luis Gandullo, la pidió para administrarle el bautismo, y los de la casa, que ya la habian escondido, le aseguraron que allí no habia criatura alguna. Pero ésta desmintió por sí misma el dicho de sus padres, porque levantando la cabeza en su mismo escondite, fué vista por el compañero del Vicario, y hablándole en lengua española, le dijo: «Vén, hijo mio, que no sabes el valor del bien que pierdes escondiéndote del santo sacramento del Bautismo.» ¡Cosa maravillosa! Con esta invitacion, que

el niño naturalmente no podia entender, salió y se acogió á los brazos de este venerable misionero, quien lo abrazó con ternura y le llevó á la iglesia, en donde lo bautizó sin repugnancia de sus padres, que no pudieron ménos de conocer que la mano de Dios habia obrado este milagro. Con este y otros casos extraordinarios se fué ablandando la dureza de aquellos fieros corazones, y empezaron á respetar á los PP. misioneros, que con tanta paciencia insistian en convertirlos á la fe.

43. La mudanza que el Señor obró en algunos principales que regian á la plebe, contribuyó en gran manera á la conversion de toda la provincia. Entre ellos se distinguió uno de Magaldan, llamado Casipit: habia sido ántes tan enemigo de la fe, que hallándose en una ocasion un padre Franciscano en su pueblo, habia determinado asesinarle: con este fin ya le tenía derribado en el suelo, y consumára, á no dudarlo, su delito, si otros indios más prudentes no se lo estorbáran. A la llegada de nuestros misioneros todavía no estaba domada esta fiera; ántes bien hacia tal oposicion á sus proyectos, que se presentó en Manila para que el gobierno dispusiese que saliesen de su pueblo, habiendo ántes ofrecido la mitad de su hacienda al encomendero, á fin de que lo ayudase para lograr su necia pretension. Este Saulo perseguidor no tardó en convertirse en otro Pablo, apóstol de su nacion. El Señor, para ablandarlo, convirtió primeramente á su mujer mediante las celosas diligencias del P. Soto, el cual, persuadido de que su conversion habia sido milagrosa, la llamó Gracia en el Bautismo. Estando la neófita bien impuesta en la

doctrina de la religion que tan de véras habia abrazado, no tardó en procurar la conversion de su marido, y éste empezó tambien á escuchar con poca repugnancia las exhortaciones piadosas de su consorte. Convirtióse al fin, y abrazó de véras la religion que tanto habia odiado. Fué siempre muy constante y fiel á su primera vocacion, y con sus exhortaciones y ejemplo indujo á otros muchos á que pidiesen el bautismo. A su conversion se siguió la de tres hijas que tenía y de toda su familia, que era numerosa. Luégo empezó á manifestar á Dios su agradecimiento, dando muchas limosnas para hermosear su casa, y atender á la subsistencia de los PP. misioneros. Costeó el retablo mayor de la iglesia, contribuyó con una suma muy considerable para levantar los colaterales, y nunca dejó de ser su más fiel y constante bienhechor. Su casa, que ántes habia sido el asilo de la supersticion, fué convertida en un verdadero oratorio, en donde sólo se trataba de servir al verdadero Dios. De esta y otras conversiones verdaderamente milagrosas, resultó el gran respeto que tuvieron luégo los pangasinanes á los PP. misioneros y su doctrina, entrando por el camino real de la Iglesia, y convirtiéndose en un pueblo fiel y fervoroso, habiendo sido ántes tan rebelde á la gracia como dócil á las instigaciones del demonio.

44. Luégo que los pangasinanes empezaron á recibir la fe, ellos mismos procuraron desterrar la idolatría, que por tantos años habia dominado en su país, y á fin de que los PP. misioneros no dudasen de su sinceridad, les descubrian los secretos y les suministraban medios para que la verdad triunfase completamente del error.

En efecto, muchos principales cristianos y catecúm nos que de véras habian abrazado la doctrina de la les decian sin rodeos: «Es necesario, padres, que pa convertir á todos los habitantes de esta provincia, quiteis de una vez todo lo que tienen deputado pa el culto del demonio.» Como los PP. misioneros n deseaban otra cosa, desde luégo adoptaron el consej y se resolvieron á llevarlo á efecto con la prudencia y precaucion que un asunto de tanta trascendencia re- queria. Era tal el temor que la preocupacion habia infundido en el corazon de los pangasinanes acerca de las cosas deputadas á su antiguo culto, que no ha- bia entre ellos quien se atreviese á tocarlas; mas lo PP. misioneros entraron á su vista en los sitios qu ellos tenian por sagrados, y sacaron cuanto habia en ellos, para desengañarlos. Los utensilios de sus supers ticiones consistian casi todos en piezas de loza fina, tambien tenian un gran número de tinajas llenas d vino muy añejo, del cual sólo hacian uso las sacerdo tisas, y á ningun otro era permitido probarlo ni tocar lo. Destruidas todas estas cosas, la muchedumbre abri los ojos á la luz de la verdad; quedaron los indios con vencidos de la inutilidad de lo que siempre habian mi rado con respeto, y desde entónces se entregaron si dificultad á la instruccion del catecismo.

Dispuestos los catecúmenos como convenia para re cibir el santo sacramento del Bautismo, procuraban lo PP. misioneros dar un realce especial á las imponent ceremonias que la Iglesia tiene señaladas para la ad ministracion de tan augusto sacramento cuando se l de conferir á los adultos. Para ello solian escoger l

vigilias de Pascua y Pentecostés, en cuyos dias aparecian en las iglesias todos los catecúmenos dispuestos, y se les reengendraba con gran solemnidad á la vida de la gracia.

Vencidas las primeras dificultades, creció de tal manera aquella cristiandad naciente, que muy pronto se vió libre la provincia de infieles, pues nadie se podia resistir al influjo poderoso de la gracia para recibir la doctrina de una ley predicada por tan dignos ministros como eran aquellos celosos y ejemplares misioneros. En una relacion que escribió en 1612 el padre Fr. Bernardo de Santa Catalina, verdadero apóstol de los pangasinanes, se explicaba en estos términos: «Con el gran cuidado que tienen por acá nuestros religiosos de vivir, como hijos de nuestro Padre, en la observancia regular y celo de las almas, han vencido gentes indómitas, que no habia quien se pudiese avenir con ellas, y son ahora como unos mansos corderos, grandes cristianos: de los niños recien nacidos y bautizados tiene ya esta provincia de Pangasinan diez mil en el cielo: con estas partidas se va aumentando el número de los predestinados.» Así, despues de muchas amarguras, empezaron á probar aquellos misioneros las dulzuras y consuelos de la gracia, cogiendo á manos llenas los frutos preciosos de sus apostólicas tareas con los muchos hijos que reengendraban para Dios y su Iglesia.

Binalatongan fué por mucho tiempo el centro de sus operaciones; pues de allí salian recorriendo los pueblos comarcanos, enseñando, predicando y publicando con la mayor solemnidad el santo Evangelio. La segunda iglesia que edificaron fué la de un pueblo inmediato,

llamado Gabon, que ha perdido ya su existencia, incorporado con el de Calasiao, y sólo se ha conservado su nombre en un barrio no distante del convento de éste, en el camino que va á Magaldan. Su casa, sin embargo, se halla aceptada en el primer capítulo provincial celebrado en 1588.

45. Decia el Ilmo. Sr. D. Fr. Miguel de Benavides á su Santidad que no faltaron milagros en Pangasinan á los principios de su conversion; y en efecto, el Sr. Aduarte (lib. I, cap. XXIII) refiere algunos casos que comprueban lo que aquel prelado venerable afirmaba. No se obraron ciertamente con la frecuencia que en la primitiva Iglesia; pero no faltaron los suficientes para que estos indios conociesen que nuestros misioneros les predicaban una religion divina. En Calasiao se puede muy bien asegurar que empezó la conversion de sus vecinos por medio de un milagro. Estaba allí el P. Fr. Alonso Montero muy afanado en predicar las verdades de nuestra santa religion y la necesidad del bautismo á los indios: en esta sazon le dijeron que en un campo distante de la iglesia habia muerto una criatura sin bautismo. Al oir el celoso misionero una nueva tan poco agradable, se afligió en gran manera, y como si el Señor le hubiese inspirado lo que habia de suceder, lleno de fe, suplicó á los circunstantes con empeño que le trajesen aquella criatura muerta ó viva. Obedecieron los indios á su voz; se presentaron en donde estaba el cadáver, y pidiéndolo en nombre del misionero á sus padres, lograron fácilmente lo que sólo servia á éstos de estorbo. Serian las doce de la noche cuando los indios llegaron al convento, y apénas estuvo

la criatura en presencia del P. misionero empezó á dar señales de vida; abrió los ojos, y parecia que dispertaba de un profundo sueño. Entónces se le administraron las aguas saludables del bautismo, y desde luégo empezó á mejorar hasta que recobró perfectamente la salud. Creció la criatura afortunada, y vivió muchos años como buen cristiano, dando siempre buen ejemplo á los demas. Su vida era la admiracion de todos, y no era conocido por otro nombre que por el de *resucitado*. Es lamentable el descuido de nuestros primeros misioneros en practicar aquellas diligencias que son indispensables para la calificacion de un hecho milagroso. En este caso no consta, es verdad, por diligencias jurídicas que los enviados por el P. misionero hallasen á la criatura muerta; mas las circunstancias con que lo refiere aquel ilustre historiador, y los efectos saludables que produjo, colocan el hecho sobre la esfera de las leyes de la naturaleza.

46. Daré fin á este capítulo con otro caso prodigioso, para que conste que el Señor no dejaba de mostrar de vez en cuando su admirable omnipotencia en testimonio de su fe. Uno de aquellos primeros misioneros, al pasar en una ocasion por una calle para administrar la confesion á un enfermo, fué llamado para que subiese á una casa en donde habia una cristiana que estaba padeciendo los dolores de parto más terribles. Diez dias habian trascurrido con peligro de morir juntamente con el feto, y al ver al P. misionero en su presencia, animada de una viva fe, le suplicó que le leyese el Santo Evangelio. El misionero accedió gustoso á los deseos de la neófita; rogó á los circunstantes que reza-

sen entre tanto algunas oraciones, y él leyó en alta voz el evangelio de San Juan: *In principio erat Verbum.* Al llegar á las palabras: *Et Verbum caro factum est*, se oyó llorar á la criatura, que acababa de nacer buena y salva, sin que la madre hiciese en el acto demostracion alguna de dolor. Los presentes, en su vista, no pudieron ménos de admirarse y confesar la eficacia de las oraciones de la Iglesia. De esta suerte se iba acreditando y propagando la doctrina de la fe, y los PP. misioneros eran respetados de una gente que al principio los miraba con horror. No es ménos admirable la seguridad con que andaban éstos de un pueblo á otro, solos y desarmados, cuando áun eran tan aborrecidos; pero tambien es preciso confesar que el Señor, por cuya gloria trabajaban, los guardaba por medio de una virtud superior, como los mismos indios llegaron á entenderlo. Lo cierto es que siempre anduvieron de esta suerte entre ellos, miéntras los españoles no podian dar un paso sin gran riesgo si no andaban bien acompañados y armados.

«Otros muchos milagros podrian ponerse aquí (concluye el mismo Ilmo. autor), que se dirán despues, tratando de muchos religiosos de gran virtud que esta provincia ha tenido, y muchos más son los que se callarán, por haberlos ocultado sus autores.» Y puedo añadir que lo dicho basta para manifestar la gran predileccion con que el Señor ha mirado á la nacion pangasinana, la que ha perseverado hasta nuestros dias profesando con fervor la doctrina de la fe, tal como se la predicaron los primeros fundadores de la provincia del *Santísimo Rosario.*

SEGUNDO PERÍODO.

COMPRENDE DESDE EL PRIMER CAPÍTULO PROVINCIAL, CELEBRADO EN 1588, HASTA EL NUEVO Y VOLUNTARIO VASALLAJE PRESTADO POR LOS HABITANTES DE ESTAS ISLAS Á LA CORONA DE ESPAÑA Á ÚLTIMOS DEL SIGLO XVI.

CAPÍTULO IV.

Llegan á Manila otros cuatro religiosos de la Órden.—Primer capítulo provincial en 1588.—Patronato de Santa María Magdalena.—Aceptacion de las primeras casas de la provincia.—Muere el P. Fr. Gregorio de Ochoa.—Primera visita del provincial Fr. Juan de Castro.—Llegan otros religiosos, y se da principio al ministerio de los chinos.—Fundacion del hospital de San Gabriel.—Idem de la iglesia y convento de Binondo.—Viaje del P. Provincial y Fr. Miguel de Benavides al imperio de China.—Sus trabajos, y regreso á Manila.—Gobierno y visita del P. Fr. Juan Cobo.—Muerte del V. P. Fr. Juan Crisóstomo.

En 1588 llegaron á Manila cuatro religiosos de la Órden, que deben reputarse entre los fundadores de la provincia del *Santísimo Rosario.* El P. Fr. Juan Crisóstomo debia pasar á Filipinas en esta ocasion, por hallarse ya algo aliviado de sus males, y en efecto se puso en camino para el puerto de Acapulco; mas en Tissa recayó en su enfermedad, y se vió precisado á quedarse en Nueva España por entónces, con harto sentimiento de no poder seguir á sus hermanos. Los religiosos que llegaron eran, en primer lugar, el P. fray Juan Cobo, de quien dijimos que se habia quedado en Méjico el año anterior para la expedicion de los negocios de la nueva fundacion. No hubiera sin duda dejado por entónces la ciudad, si el Virey no le hiciera fuerza por un hecho que hace mucho honor á su vir-

tud. Como verdadero hijo de nuestro Santo Patriar reprendia en la cátedra sagrada los vicios dominan sin dirigirse á personas y sin temor á respetos hum nos. Mas aquel magnate, que quizás era el más c pable, no sufria que los predicadores de la verdad cum pliesen con su deber sagrado. En su consecuencia en vió á Filipinas á nuestro Fr. Juan Cobo y al P. fra Luis Gandullo por igual motivo, en calidad de dester rados, cuya pena aceptaron con accion de gracias, por que, ademas de serles muy honrosa, era muy confor me á sus deseos. Con ellos se embarcaron tambien P. Fr. Juan García y el hermano Fr. Juan Deza. Po Febrero se hicieron á la vela en un pequeño y mal acon dicionado galeon, que naturalmente debia irse á piqu en cualquier mediano temporal que les aconteciese. N les faltó este trabajo, y los restantes pasajeros no duda ron en atribuir su salvacion á las oraciones de estos ve nerables misioneros, en particular á las del P. Fr. Lui quien tuvo una revelacion de la Vírgen Santísima, ase gurándole que no habian de perecer en él. Pasaron sin embargo, muchos sustos, y llegaron á Manila án tes que la provincia celebrase su capítulo provincia cuyo acto se habia diferido por la noticia anticipad que tuvo el Vicario General de su próxima llegada.

47. Entónces se trató de dar la última sancion á l nueva provincia. El Vicario General aguardaba impa ciente la nueva eleccion, con la esperanza de dejar cargo que estaba desempeñando desde que la misio se reunió en Sevilla, no para librarse del trabajo, sin con el piadoso fin de hallarse expedito para dedicars exclusivamente á la conversion de los infieles. Convo

có, pues, á los PP. que debian gozar de voz activa para la eleccion de prior provincial, y al efecto designó el dia 12 de Junio de 1588. En dicho dia se juntaron todos los PP. que pudieron reunirse en el convento de nuestro P. Santo Domingo de Manila, y eligieron definidores á los PP. Fr. Diego de Soria, prior del mismo, Fr. Juan Cobo, Fr. Juan de Santo Tomas, vicario de Bataan, y Fr. Bernardo de Santa Catalina, vicario de Pangasinan; todos religiosos excelentes y dotados de una virtud nada comun. Despues se procedió á la eleccion de provincial, y no dudaron los vocales en prolongar el gobierno de la provincia en la persona del padre vicario general Fr. Juan de Castro, que, sin embargo de que no faltaban sujetos que podian obtener con mucha dignidad la prelacía superior de la provincia, como en efecto despues la obtuvieron, en aquellas circunstancias pareció el más apto para regir una corporacion á la cual habia dado el sér. Salió, pues, canónicamente electo provincial, y ésta fué la tercera vez que recayó en él la carga de esta prelacía, pues habia sido ya provincial dos veces en Chiapa y Guatemala. Esta primera asamblea, que en calidad de capítulo provincial celebró la provincia del *Santísimo Rosario*, si bien contaba todavía muy pocos individuos, fué, no obstante, una de las más respetables que se han celebrado hasta ahora. Los vocales eran religiosos venerables, y dotados de un celo extraordinario por la gloria de Dios. No reinaba entre ellos la ambicion de dominar; sólo se trataba de dar á la provincia un prelado que la rigiese dignamente, y adelantase la obra comenzada para llevarla á su debido complemento. Por esto,

acabado el capítulo, sólo tuvieron motivos de alabar Dios, y no pensaron en otra cosa que en volver á s trabajosos ministerios.

48. Poco tuvo que hacer el definitorio en sus sesic nes, porque no habia abusos que corregir ni exces que enmendar. En las ordenaciones primordiales, qu de comun consentimiento se habian establecido en Mé jico dos años ántes, se prevenia lo que los PP. misic neros debian practicar para desempeñar fielmente ministerio de las almas, y cumplir con los deberes d un perfecto religioso: ahora sólo restaba aceptarlas inculcar su observancia, lo que hicieron en el princ pio de sus actas. Se dió tambien á la provincia el gl rioso título de *Nuestra Señora del Rosario*, colocándo bajo el amparo de su poderoso patrocinio, y se nom bró por segunda patrona á la discípula amada del S ñor, Santa María Magdalena, como asegura el ilustr simo Aduarte; aunque en sus actas no se hizo mencio especial; se infiere, sin embargo, de una denunciacio que se hizo en el capítulo provincial celebrado en 160 por estas palabras terminantes: *Denuntiamus, div Mariam Magdalenam patronam fuisse, et esse hujus no træ provinciæ ab initio suæ fundationis, licet actenus n fuerit litteris mandatum; et si necesse est, illam denuo nostram patronam eligimus.* Se declaró que en la pr vincia no se admitiesen curatos, ni sus religiosos a ministrasen á los indios ligados con el vínculo de ju ticia, sino que toda su obligacion debia depender ún camente de la caridad, por manera, que debia siemp de quedar á su arbitrio dejar los ministerios cuan bien les pareciese; dando aviso de antemano á los s

ñores ordinarios, para que entre tanto pudiesen proveer á sus ovejas de ministros. Esta saludable disposicion se observó por el dilatado tiempo de dos siglos, hasta que por autoridad real, fundada en breves pontificios, se obligó á todas las corporaciones religiosas de las islas á recibir la institucion canónica para administrar los pueblos que no conservan el nombre de misiones, como se dirá en su lugar.

49. En este capítulo provincial se aceptaron las cinco primeras casas que se habian fundado hasta entónces, á saber: el convento de nuestro P. Santo Domingo de Manila, la casa de Binalatongan, la del partido de Bataan ó de Abucay, la de Gabon, la cual luégo fué incorporada con la de Calasiao, y la de Nuestra Señora del Rosario de Macao. Se amonestó en seguida á todos los religiosos aplicados al ministerio de los indios que tratasen á estos neófitos con mucha caridad y espíritu de mansedumbre, como á hijos muy amados; mostrándoles el amor que les debian, no sólo con palabras, sino tambien con obras; y que si alguna vez se viesen precisados á castigarlos no lo hiciesen con sus propias manos, sino por medio de otros, «con el fin (dicen los PP.) de que no se convierta en furor la paternal correccion que se hiciere.»

La ereccion de la provincia del *Santísimo Rosario*, y la eleccion de provincial recaida en la persona del padre Fr. Juan de Castro, fueron confirmadas en el capítulo general celebrado en Venecia el año de 1592: y el Rmo. P. Maestro general de la Órden, Fr. Hipólito María Vecaria escribió una carta de oficio á la primera, en la cual, entre otras cosas, daba noticia á sus

religiosos del gran placer que los PP. definidores habian tenido por la ereccion de una provincia dedicada á un fin tan elevado y tan conforme á los fines de la Órden, asegurándoles al mismo tiempo, para su satisfaccion, que no se habia dado á la prensa la confirmacion de ella en sus actas por olvido de los que habian corrido con la impresion.

50. Poco despues murió el P. Fr. Gregorio de Ochoa, uno de los primeros misioneros que fueron enviados á la conversion de los pangasinanes. Era hijo del convento de San Pablo de Valladolid, en donde vivió algunos años con grande ejemplo de virtud. Sus conversaciones sólo eran de Dios, ó dirigidas á su gloria, de suerte que le disgustaba cualquiera otra, que miraba como ajena de su estado. Luégo que llegó á su noticia que se trataba de fundar una provincia en Filipinas, dedicada á la conversion de los infieles, se alistó entre los primeros fundadores, con los cuales llegó á Manila en 1587. Destinado por el Vicario General á la mision de Pangasinan, enfermó luégo de peligro por los malos tratamientos de sus feroces habitantes. Como no era fácil que recobrase la salud en donde no se le podia tratar con ninguna clase de regalos, lo enviaron sus hermanos á Manila, en donde se restableció; mas cuando trataba de arreglar una gramática para facilitar á los principiantes el estudio de la lengua de aquella provincia, recayó en la misma enfermedad, de la cual no estaba todavía bien curado; y satisfecho el Señor de sus servicios, le dió la muerte de los justos, para premiarle, como es de creer, sus merecimientos en la gloria.

Hácia el mismo tiempo debió de fallecer el P. Bolaños, misionero de Bataan, del cual ya se ha hecho mencion; no habiendo podido suceder su muerte ántes del primer capítulo provincial, como supone el ilustrísimo Sr. D. Fr. Diego Aduarte, por hallarse asignado en sus actas al convento de nuestro P. Santo Domingo de Manila, en donde debió morir, y no en el de San Francisco; pues no es probable que pasase su enfermedad en casa ajena, cuando la propia estaba ya concluida y habitada.

51. Concluido el capítulo, y vueltos los vocales á sus respectivos ministerios, trató el provincial de visitar personalmente las misiones de Pangasinan y de Bataan. El fin de su visita no era ciertamente corregir abusos, porque no los habia; sino alentar á sus amados súbditos y dirigirlos en sus tareas apostólicas, como tan perito en ellas, por los muchos años de experiencia que tenía. Empezó su visita por Bataan, y quedó muy satisfecho de los progresos de la mision, admirando la gran docilidad de aquellos habitantes, y la aficion con que se dedicaban á la instruccion del catecismo. De allí pasó á la provincia de Pangasinan, y observó que las noticias que corrian por Manila de las fatigas y padecimientos de sus hijos eran todavía diminutas, y les faltaba mucho para manifestar lo que realmente sucedia. Los vió habitar en chozas miserables en una de las provincias más húmedas y destempladas de las islas en aquel tiempo; sin tener apénas con qué alimentarse, ni medicinas con que aliviarse de los achaques consiguientes á una vida tan austera y trabajosa. Contemplaba gozoso la fuga del demonio de aquella tierra, que

por tanto tiempo habia tiranizado, y fué testigo de muchas maravillas, en vista de las cuales no pudo ménos de conocer que, á pesar de la tenacidad con que aquellos indios se oponian á la fe, no estaba léjos el dichoso dia de su completa reduccion. Consoló á los religiosos, los animó á la perseverancia, y lleno de esperanzas, regresó á la capital, en donde no le faltaba que hacer en beneficio de las almas y gloria de Dios.

52. No tardó, despues de su visita, en recibir un nuevo consuelo con la llegada de cuatro venerables religiosos, entre los cuales se contaba el P. Fr. Juan Crisóstomo, que tanto habia trabajado para llevar á efecto la provincia del *Santísimo Rosario*, á quien al fin dió el Señor el consuelo de ver su obra más adelantada de lo que podia prometerse. Los restantes eran los PP. fray Francisco de la Mina, Fr. Tomas Castellar y Fr. Alonso Montero: los tres habian sido ya ministros de la Nueva España, y el primero habia trbajado con mucho fruto por el largo tiempo de cuarenta años. Éste fué destinado al partido de Bataan, y los otros dos á la provincia de Pangasinan. El P. Fr. Juan Crisóstomo, como más anciano y achacoso, se quedó en Manila cuidando de los chinos, que habian sido confiados á la provincia del *Santísimo Rosario*.

Este ministerio fué uno de los primeros que el señor Obispo de Manila entregó á nuestros religiosos luégo que llegaron á las islas. Ántes de proceder á esta diligencia invitó á los superiores de otras provincias religiosas; pero ninguno se determinó á cargar sobre su corporacion un cuidado tan difícil, y que á la sazon era de muy poca utilidad, por el escaso número que de

esta nacion se convertia á la fe. No negaré que ya entónces se hubiesen dedicado algunos religiosos de otras órdenes á la conversion de estos extranjeros; pero está fuera de duda que á la llegada de los nuestros no habia un solo sacerdote á quien estuviese confiado este cargo, y se ocupára en ello de intento; pues entónces sucedia, con poca diferencia, lo que en el dia, en que, por regla general, tan sólo se bautizan los que tratan de casarse ó juzgan que con la nueva religion mejorará de suerte su fortuna. Con el permiso del Obispo y asenso del Sr. Vice-patrono el gobernador D. Santiago de Vera, se hizo cargo la Provincia de este ministerio, y el Vicario General destinó á su cuidado á los PP. Fr. Miguel de Benavides y Fr. Juan Maldonado, quienes tomaron posesion de él por Setiembre de 1587. Desde luégo se aplicaron al estudio del difícil idioma de la gente que debian administrar; y sin embargo de la avanzada edad de ambos, no tardaron en predicarles é instruirles en el mismo, habiendo administrado el santo sacramento del Bautismo á tres de los recien catequizados, el dia de los Reyes de 1588.

53. La primera iglesia que se edificó para el cuidado de los chinos estaba cerca del convento de nuestro P. Santo Domingo de Manila, en el sitio donde está ahora el baluarte llamado de San Gabriel, y se le dió por tutelar al glorioso San Pedro Mártir. Allí tuvo principio el hospital del Santo Arcángel, que despues de várias traslaciones, duró el dilatado tiempo de dos siglos. En él se cuidaban los chinos enfermos, á quienes al principio se suministraban los alimentos necesarios desde la enfermería del convento. El año siguiente

de 1588 se trasladaron estos edificios más allá del Parian, quedando este pueblo chino entre el convento y el hospital, que desde entónces fué conocido con el solo nombre de San Gabriel. Esta variacion no fué casual, ni obra exclusiva de los hombres; porque, oponiéndose algunos religiosos á que se mudase el santo patron, echaron suertes entre los nombres de varios santos, y por tres veces salió el de San Gabriel, manifestándose de esta suerte la voluntad de Dios en un asunto que parecia de tan poca importancia. Entónces el P. Fr. Juan Maldonado fué substituido por el insigne P. Cobo, quien acompañó al P. Benavides en los trabajos de este ministerio, y se dedicó singularmente al cuidado de los enfermos con el auxilio del hermano Fr. Pedro Rodriguez. A la hora de la muerte no habia chino que no pidiese y aceptase el bautismo que se le proponia, y por esta via empezó la conversion de esta gente de una manera asombrosa, de suerte que no tardó en formarse una cristiandad interesante. Por los años de 1597, con motivo de un incendio que sucedió en el Parian, se abrasaron los edificios de la iglesia y hospital, y nuestros religiosos empezaron luégo á reedificarlos con más perfeccion y solidez, levantándolos de piedra, cuando ántes eran de tabla y nipa; pero la ciudad se opuso á la prosecucion de estas obras, considerándolas peligrosas á la seguridad de esta plaza por la poca confianza que los chinos inspiraban al gobierno de las islas. Por esta causa sólo se levantaron unos débiles tabiques, asegurados con maderas, que eran sostenidas por pilares. La obra de este hospital, que á la sazon se levantó, llegó á servir; pero fué de corta du-

racion, y como la provincia tenía un decidido empeño en conservar un establecimiento de tanta importancia, el año siguiente de 1598 lo trasladó á la isla de Binondo, al lado del Pasig, que la separa de Manila. Allí permaneció en un estado más ó ménos imperfecto, hasta que por último en 1774 fué suprimido por un auto de la Real Audiencia de las islas, como se dirá en su lugar.

54. Con la traslacion del hospital quedó suprimida la iglesia del Parian, y los religiosos dedicados á la enseñanza de los chinos se trasladaron á la de Binondo, fundada en 1596 bajo la misma invocacion del Santo Arcángel para los chinos convertidos, á quienes el caballero D. Luis Dasmariñas habia cedido la expresada isla de Binondo, con el fin de tener á los cristianos de su nacion separados de los infieles; pues con su vecindad y comunicacion no era fácil evitar las muchas supersticiones que los chinos suelen practicar, burlando la más cuidadosa vigilancia de las autoridades. Al mismo tiempo, y con el mismo fin, edificaron nuestros religiosos otra casa é iglesia en el sitio de Baybay, extramuros de Manila, bajo la invocacion de Nuestra Señora de la Purificacion; la cual era como aneja de aquélla, y las dos constituian el ministerio de los chinos. Baybay estaba situado entre Tondo y el Pasig, hácia la banda de la playa. Esta administracion fué largo tiempo disputada á la provincia del *Santísimo Rosario* por los PP. Agustinos, primeros doctrineros del expresado Tondo, hasta que por fin quedó agregada á Binondo por la famosa transaccion que se celebró en 1613 entre esta provincia y la del Santísimo Nom-

bre de Jesus. El año siguiente, por disposicion del capítulo provincial que en él se celebró, fué su iglesia suprimida, y los religiosos que la cuidaban trasladados á la casa de Binondo, con cuyo pueblo ha formado una sola parroquia desde entónces, si bien ha estado casi siempre su administracion á cargo de un religioso, especialmente destinado á este objeto.

55. Este ministerio era considerado por la provincia del *Santísimo Rosario* como la llave que le habia de franquear la entrada al imperio de China, para predicar en él la doctrina del santo Evangelio. En él los religiosos más doctos y celosos se instruian en el idioma y costumbres de aquellos extranjeros, y procuraban adquirir relaciones dirigidas al santo fin que intentaban. El mismo provincial Fr. Juan de Castro, sin embargo de los muchos años de edad que ya contaba, era el que más lo deseaba. No sabía, es verdad, el idioma de los chinos, requisito indispensable para que pudiese surtir algun efecto favorable su mision; mas tenía á su lado un celoso é insigne misionero que ya lo poseia. Era éste el P. Fr. Miguel Benavides, con quien trató seriamente de hacer una tentativa en la provincia de Fo-kien, de donde son la mayor parte de los chinos que van á sus negocios á Manila. Con este intento, concluida la segunda visita de su provincia, se vió con el Obispo y Gobernador, les habló de su proyecto, y obtuvo de los mismos el permiso competente para llevarlo á efecto. Faltaba, no obstante, quien quisiere conducirlos; porque en China está rigorosamente prohibida la entrada á cualesquiera extranjeros, y los conductores son siempre castigados con severidad,

si tienen la desgracia de caer en manos de los gobernadores. El fervor, no obstante, de dos neófitos que habian sido bautizados en Manila, venció esta dificultad, que parecia insuperable. Llamábase el uno Tomas Sey-guan y el otro Francisco: el primero habia recibido el santo sacramento del Bautismo de manos del Sr. Obispo Salazar, habiendo sido apadrinado por el Sr. Gobernador D. Santiago de Vera y su sobrina doña Ana; el segundo era hombre rico y de mucha influencia entre los suyos: de suerte que todos estaban confiados en que, con el favor de estos cristianos, se allanarian los obstáculos que se pudiesen ofrecer á su llegada. Pero las disposiciones de la divina Providencia eran otras.

El Provincial, ántes de salir de las islas Filipinas, nombró por su Vicario al P. Fr. Juan Cobo, para regir á la provincia en su ausencia, y trató al mismo tiempo de enviar á la córte de Madrid al P. Fr. Diego de Soria, para desempeñar el cargo de procurador general de la provincia. Por Mayo de 1590 se hicieron á la vela, llegaron felizmente á las costas de Fo-kien, y registrado el buque que los conducia por la marina del Gobierno, fueron desde luégo asegurados y conducidos presos, con Tomas Sey-guan, á la ciudad de Hai-teng, en donde fueron depositados por de pronto en una pagoda dedicada á Neo-ma, diosa de la mar, á quien los chinos navegantes tienen gran veneracion. En este lugar inmundo se vieron precisados los venerables misioneros á celebrar la fiesta de Pentecostés, y despues de muchos dias fueron presentados al juez superior, reputados por espías. Puestos de rodillas, como

reos, en su presencia, sufrieron un breve interrogatorio, contestando á las preguntas el P. Benavides. Este celoso misionero no tuvo reparo en asegurar al orgulloso juez que su entrada en el imperio tenía por objeto predicar y enseñar á la gente del país la verdadera religion, en la cual se halla solamente, con exclusion de toda otra, la felicidad eterna de las almas. En esta audiencia no fueron los venerables presos maltratados; pero tuvieron el desconsuelo de averiguar la mala disposicion de los infieles entre los cuales se hallaban, para recibir la luz de la verdad. Cuando el juez entendió que unos extranjeros habian ido á su país para enseñar á sus compatriotas una nueva religion, sólo dijo que no tenian razon, y en seguida mandó que los devolviesen al lugar de su depósito.

56. Despues de la primera audiencia no estuvieron muchos dias nuestros venerables misioneros en la pagoda; porque habiendo sobrevenido luégo una grande inundacion, se llenó de agua el pavimento, y se vieron, con este incidente, precisados á abandonar un asilo tan poco agradable, refugiándose á una mala garita que habia no léjos de allí en la muralla. Con las incomodidades causadas por los vientos y las aguas, y con las privaciones consiguientes á un estado tan aflictivo, enfermó de gravedad el anciano Provincial, y para su consuelo movió Dios el corazon de un gentil que habia estado en Manila, quien pidió al juez que le permitiese tener hospedados en su casa á los dos presos. Obtenido el permiso, trató á nuestros venerables con esmero, y les proporcionó todas las comodidades que podian desear en un país infiel. En la mejor pieza de

la casa que les designó exclusivamente para su vivienda, levantaron un altar, y en él celebraban el santo sacrificio de la misa con extraordinario consuelo. El juez procedia entre tanto con rigor contra los capitanes que los habian conducido, y esto era lo que más atormentaba á nuestros venerables. Tomas Sey-guan, que era el principal, fué condenado á azotes y á servir en la milicia, cuya pena es la mayor que en China puede sufrir un hombre honrado. Nuestros misioneros, sabida la sentencia, se interpusieron con el mayor empeño para que se revocase, ofreciéndose á sufrirla en sus personas, en atencion á haber sido ellos los autores de la causa; mas el juez, si bien perdonó á Tomas la pena de azotes, admirado de la caridad de los intercesores, ejecutó la más penosa, cual era la de servir en la milicia en clase de soldado. Sin embargo, el fervoroso neófito se conformó resignado con la pena, creyéndose dichoso de sufrirla, por habérsela impuesto con motivo de haber procurado que el nombre del Señor fuese conocido en su país.

57. Luégo que el juez llegó á penetrarse de la virtud y candidez de los venerables misioneros, y vió la gran conformidad con que sufrian sus trabajos, empezó á tratarlos con blandura, convencido ya de que no podian ser espías, como ántes presumia, unos hombres de costumbres tan puras y sencillas. Mas entónces un perverso, al ver la deferencia con que los trataba, atribuyendo á cohecho lo que sólo procedia de su buen natural, lo acusó á otro juez superior, inventando al efecto un escrito, en el que se aseguraba que los presos habian sido efectivamente enviados como espías de

Luzon. La suspicacia de los chinos, la poca integridad y mucha codicia de estos jueces, y la falta de medios que tenian los venerables presos para defenderse de una impostura tan maliciosamente combinada, pusieron el negocio en un estado deplorable. El P. Benavides, que defendia en persona la inocencia de entrambos, se esforzaba con todo su talento en manifestar el único fin que los habia conducido al país; pero el juez apreciaba mucho más los cargos del falso acusador que las razones alegadas en contrario. El venerable Provincial, por otra parte, no estaba ocioso, pues encomendaba desde su retrete el negocio al Señor, quien al fin se dignó consolar á sus afligidos siervos en su tribulacion. A su divino auxilio se debió sin duda el desenlace de la trama, que la malevolencia y la astucia habian urdido contra la inocencia y el candor de estos venerables misioneros. En una de las muchas idas y venidas que el P. Benavides hacia al tribunal, se le hizo encontradizo un desconocido, y le preguntó que adónde iba y cuál era el negocio que traia entre manos. Iba el religioso á satisfacer á sus preguntas, cuando el mismo lo interrumpió, añadiendo que ya estaba de todo enterado, y que la defensa de su causa era muy sencilla, pues sólo consistia en suplicar al juez que le mostrase el escrito presentado contra él y su prelado, el que hallaria sin firma, y por lo tanto ninguna fe podia merecer en aquel tribunal superior; porque, si fuese cierto lo que en él se afirmaba, no debia ocultar su nombre el autor, puesto que ningun peligro corria su persona en dar la cara contra dos indefensos extranjeros. Con la insinuacion del desconocido bienhechor halló el P. Benavides

la solucion de la dificultad; porque, adoptando sus consejos, extendió en debida forma un escrito, que visto por el juez lo absolvió de la demanda, y dió luégo por terminado el asunto.

58. Sucedió al P. Benavides, durante el litigio, un caso extraordinario, que le mostró de un modo muy patente el auxilio con que el Señor y su Madre Santísima lo estaban protegiendo. Habia presentado un escrito en caractéres sínicos, y estaba concebido con tal perfeccion y maestría, que el juez no pudo persuadirse fuese el firmante su autor, y áun llegó á sospechar que una mano oculta agitaba el negocio. Como el padre negaba este cargo, le mandó que compusiese otro escrito de igual naturaleza en su presencia. No dejó de conocer aquél la gran dificultad que en la ejecucion se ofrecia, pues él mismo estaba admirado de haber salido tan feliz en el primero. Entónces suplicó al juez se sirviese concederle algun plazo para meditar acerca de lo que habia de hacer: poniéndose desde luégo de rodillas, rezó una parte del rosario y pidió á la Vírgen lo amparase para salir felizmente del conflicto. Acabada su breve oracion, arregló el papel, echó mano del pincel que sirve de pluma á los chinos, y empezó á trazar los caractéres en presencia de todos con tanta ó mayor facilidad que ántes. Esta prueba acabó de inclinar al juez en su favor, y no pudo ménos de conocer que los acusados procedian sin malicia y eran inocentes. Dispuso, sin embargo, que debian salir cuanto ántes del imperio, por no ser permitida la entrada á extranjero alguno, segun las leyes, sin autorizacion superior. Con esto quedaron nuestros venerables misioneros

convencidos de que todavía estaba cerrada en este grande imperio la puerta para entrar en él la luz brillante de la fe, por los juicios inescrutables del Señor, que graciosamente confiere este precioso dón á quien le place. En la primera ocasion se dispusieron para regresar á Filipinas; y dejaron, no sin dolor, á este país ingrato, sacudiéndose el polvo de sus calzados, segun el consejo del Señor. Tuvieron una feliz navegacion hasta Manila, en donde fueron recibidos con imponderable gozo de sus hermanos, que con impaciencia deseaban tener alguna noticia favorable de unas personas tan amadas.

Durante la ausencia del P. Provincial y compañero, el P. Fr. Juan Cobo gobernó la provincia con el celo y tino que era de esperar, en atencion á sus bellas prendas personales; pero su principal cuidado, y lo que más ocupaba su solicitud, era el ministerio de los chinos, que á la sazon tan lisonjeras esperanzas prometia para propagar el Evangelio en su nacion. Al ver que no podia por sí solo llevar el peso de un ministerio tan costoso, llamó en su auxilio al laborioso jóven Fr. Domingo F. Nieva, que con tanto celo habia trabajado en Bataan, y destinó al mismo tiempo al hermano fray Pedro Rodriguez para el cuidado de los chinos enfermos de San Gabriel, en donde trabajó con mucha caridad y fué un instrumento fiel de las misericordias del Señor. Visitó tambien las misiones de Pangasinan y de Bataan, consoló á sus hermanos, que tan gloriosamente trabajaban en la conversion de los infieles, y los animó á la perseverancia. En este partido dispuso que se reuniesen á los pueblos de Samal y Abucay algunas rancherías que habia en sus alrededores, y en las más dis-

tantes dió las providencias necesarias para que en ellas se levantasen hospitales, en donde los enfermos pudiesen ser aliviados y asistidos con los auxilios espirituales competentes.

59. Por este mismo tiempo falleció el venerable padre Fr. Juan Crisóstomo, satisfecho el Señor de sus merecimientos. Tuvo el consuelo de ver en su vejez, como otro Simeon, cumplidos sus deseos de pasar á mejor vida fundada ya y muy adelantada la provincia, por la cual habia trabajado tantos años con celo infatigable. Perteneció este venerable misionero á tres provincias: á la de Andalucía, de donde era hijo; á la de Méjico, en cuyas misiones pasó lo más florido de su vida religiosa, y á la del *Santísimo Rosario,* que fundó, y todas ellas pueden gloriarse con razon de haber poseido un hijo muy ilustre. Cuanto queda referido acerca de la fundacion de la provincia es suficiente para formar el elogio más completo de su mérito; y si bien es cierto que no tuvo el gusto de asistir con sus hermanos en las primeras tareas apostólicas que emprendieron en las islas Filipinas, no por esto desmerece el glorioso nombre de fundador de ella. Se quedó enfermo en la capital del Nuevo Mundo en 1587, sufriendo resignado esta terrible prueba de su celo; en el siguiente, no restablecido todavía, se puso en camino para Acapulco, y tambien se frustaron sus deseos; en el de 1589 llegó por fin á su apetecido término, más bien para ser testigo de los copiosos frutos que su preciosa planta producia, que para cooperar al apostolado de sus hijos. En el poco tiempo que vivió en la provincia, ya que por sus achaques y vejez no le fué po-

sible trabajar entre los indios, se dedicó con mucha caridad á la asistencia de los chinos enfermos, en cuyo hospital pasó el resto de su trabajada vida. Aquí su espíritu acabó de purificarse en el crisol de los trabajos, porque toleró una terrible enfermedad, en la cual parece que el Señor le hizo purgar los defectos que son inseparables de la condicion humana, con el fin de premiarle en seguida sus merecimientos en la gloria. Murió, ó más bien dejó de existir en este valle de miserias, el año de 1590, y su memoria ha quedado siempre muy imprèsa en el corazon de los verdaderos hijos de la provincia del *Santísimo Rosario.*

CAPÍTULO V.

Llega á Manila el gobernador D. Gomez Perez Dasmariñas, y suprime la Real Audiencia de las islas. — Sus competencias con el Obispo. — Conducta que en ellas observan nuestros religiosos. — El Obispo se resuelve á presentarse personalmente en la córte. — Su viaje. — Trata sus asuntos con el Rey. — Divididas las islas en un arzobispado y tres sufragáneos, es nombrado arzobispo del primero y muere ántes de recibir las bulas. — Reseña de su vida. — Celebra la provincia su capítulo en 1592, y el P. Fr. Alonso Jimenez es electo provincial. — Sus disposiciones acerca de las vicarías. — Muerte del P. Fr. Juan Castro, y reseña de su vida. — Embajada del Emperador de Japon al gobierno de Manila. — Intrigas de Foranda. — Se celebra en Manila una junta, y el P. Fr. Juan Cobo es nombrado embajador. — Su llegada al Japon y nuevas intrigas de Foranda. — Infieles relaciones de algunos sujetos acerca de esta embajada. — El P. Cobo desempeña felizmente su comision y muere en su regreso. — Vuelta de Foranda á Manila.

60. Por Mayo de 1590 llegó á Filipinas su gobernador el caballero D. Gomez Perez Dasmariñas, cuyo nombramiento habia procurado el P. Alonso Sanchez. Sólo faltaba á este ilustre personaje la moderacion debida á su genio colérico, para llenar perfectamente el interesante cargo que S. M. le confiára; pero este solo defecto le hizo cometer por desgracia excesos indisculpables, y lo indujo á romper la buena armonía con el virtuoso Obispo de Manila. Trajo una buena porcion de tropa para la seguridad y firmeza del gobierno de las islas, y una real disposicion para suprimir la Audiencia de Manila, la que llevó á efecto con general sentimiento del país. Esta providencia fatal fué uno de los amargos frutos que produjo la mision que llevó el P. Alonso Sanchez á Madrid, y por desgracia el señor Obispo fué el que más sintió sus consecuencias; porque hallándose Manila tan distante de la córte, faltando el contrapeso de aquel tribunal superior, el Go-

bernador se constituia en un soberano casi independiente, de cuyos fallos no podia apelarse más que al Consejo de las Indias. Por esto se suscitaron luégo competencias entre las dos autoridades, que Dasmariñas decidia siempre en favor de su jurisdiccion. Para adoptar esta medida se habia alegado como causa principal la necesidad de una respetable guarnicion para la plaza de Manila, cuyos gastos podian suplirse de algun modo con el sueldo que se daba á los magistrados y demas oficiales del tribunal; como si el gran Felipe II fuese de tan mezquino corazon, que por esto dejára abandonados á sus amados súbditos á un sistema de administracion y de gobierno ménos conveniente. Sin embargo, la medida se llevó á efecto, porque así lo creyó mejor el Consejo de Indias, alucinado por las representaciones de aquel inexperto enviado, y desde luégo se tocaron los inconvenientes de un paso tan poco meditado. Era Dasmariñas tan nimio en sostener lo que miraba como propio de la autoridad Real, que por ella, á pesar de sus sentimientos religiosos, no reparaba en deprimir la jurisdiccion eclesiástica; y como el Obispo no tenía en Filipinas á quien pudiese apelar, sufria humillaciones con frecuencia contra su divina é indisputable autoridad; pues la fuerza triunfaba siempre de la razon y la justicia.

61. Nuestros religiosos, como era natural, participaban de las penas que afligian al Prelado, las que lloraron por mucho tiempo en el silencio, á fin de no empeorarlas con su positiva resistencia. Pero al fin creyeron que no podian mantenerse indiferentes abandonando á un padre y protector á quien tanto debian, sin

incurrir en la odiosa nota de ingratos. Resueltos, pues, á defenderlo con todos sus esfuerzos dentro de los límites que dictaba la prudencia, tomaron la iniciativa, procurando ante todas cosas el remedio de los males por las vias conciliadoras de la paz. Entablaron al efecto negociaciones eficaces, propusieron honrosas transacciones, y practicaron cuantas diligencias les sugerian la caridad y el saber; pero en vano, porque Dasmariñas, parapetado con la Real autoridad de que se hallaba revestido, creia que no debia retroceder sin mengua de la misma, aunque se atravesasen consideraciones de personas respetables. Convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, pasaron á defender la verdad y la justicia con la publicidad que estaba á sus alcances, sin temor de las duras pesadumbres que podia causarles su absoluto antagonista. Los ecos y la voz de su conciencia llegaban á oidos de este jefe, y sin embargo de que solia prorumpir en amargas quejas, nunca se atrevió á usar de violencia contra ellos, porque por otra parte tenian buen cuidado, como virtuosos, de no traspasar los límites de la moderacion. El que más se distinguió en la defensa del Obispo fué el P. Fr. Diego de Soria, y sin embargo, este insigne religioso siempre mereció las atenciones y elogios de Dasmariñas.

62. Duraron estas disensiones miéntras estuvieron juntos en las islas Dasmariñas y el anciano Salazar; y los males que éste deploraba eran de tanta gravedad, que juzgó necesaria su presencia en la córte para remediarlos, á pesar de que ya rayaba en los ochenta años de edad. Resuelto, pues, á emprender un viaje tan largo y penoso, pidió á la provincia del *Santísimo Ro-*

sario le asociase al referido P. Fr. Diego de Soria; pero Dasmariñas, temiendo quizás las diligencias que éste deberia practicar contra sus disposiciones, le negó el pasaporte, si bien lo concedió despues al P. Fr. Miguel de Benavides, que fué sustituido al primero. Por esta via S. M. llegó á conocer el mérito de este sabio y virtuoso misionero, y no tardó en elevarlo sucesivamente á las sillas de Nueva Segovia y de Manila. El Gobernador no podia ménos de temer la presencia del Prelado en Madrid, y para que tuviese allí quien pudiese defenderlo, nombró por su apoderado al Agustiniano Fr. Francisco de Ortega. El Obispo, ántes de partirse, arregló los negocios de su diócesis, y nombró por su gobernador al P. Fr. Cristóbal de Salvatierra, su provisor y compañero.

63. En 1591, diez años despues de haber gobernado santamente sus ovejas, se hizo á la vela el ilustrísimo Prelado, con no poco sentimiento de dejar á su esposa en una ausencia tan larga, si bien estaba en la firme confinza de volver á consolarla con el remedio de los males que sufria. Desde Manila hasta el puerto de Acapulco no tuvo más novedad que un grave susto, motivado por la caida en el mar de su amado compañero el P. Fr. Miguel de Benavides. Pero en este lance se patentizó tambien la gran privanza de que su Ilustrísima gozaba ante la majestad de Dios. Advertida la desgracia, se practicaron desde luégo las diligencias oportunas; pero fueron éstas tan tardías, que de nada aprovecháran si el Sr. Obispo no procurára por otra parte el remedio; porque cuando el piloto tuvo noticia del suceso, ya estaba él caido más de tres cables cum-

plidos del navío por la popa. Áun entónces la turbacion que era consiguiente á un suceso tan grave é inesperado retardó la echada del bote al agua, de suerte que ya quedaban muy pocas esperanzas de remedio. Entónces el Obispo se arrojó á los piés de una imágen de Nuestra Señora, en extremo afligido, y fué su oracion de tanta eficacia, que sin otra diligencia tuvo luégo el consuelo de ver á su amado compañero, mojado y maltratado, pero vivo, en su presencia. Inclinóse en seguida encima de una caja, y dió gracias al Señor y á su Madre Santísima por un favor tan señalado, habiendo quedado todos asombrados del suceso.

Tambien en la ensenada de Campeche les aconteció otro suceso digno de consignarse en la historia. Al llegar á este sitio peligroso, asaltóles con efecto un temporal tan furioso, que arrojó de improviso el navío sobre una cala, en la que quedó varado y profundamente inclinado á una banda. La tripulacion, que desde luégo se tuvo por perdida, se apresuró á saltar cuanto ántes á la playa, creyendo con razon que el casco muy luégo sería destrozado por la furia de las olas que sobre él se estrellaban. Mas el Obispo, puesta la confianza en Dios, se quedó en él con un solo sacerdote que lo acompañaba; y habiéndose puesto inmediatamente en oracion, el navío, sin haber recibido daño alguno, se enderezó ántes de haber subido la marea. Los que habian saltado á tierra, admirados de un suceso que no podian ménos de considerarlo milagroso, se reembarcaron al momento, y se hicieron á la vela con direccion á la Habana, en donde se hallaba una flota que debia salir luégo para Cádiz. La nave que condu-

cia al Obispo se incorporó con ella, y en breve llegó á su destino sin haberle sucedido otra novedad en el viaje.

64. La noticia de la llegada del Obispo de Manila no fué grata en un principio á los oidos de S. M.; pero luégo que estuvo enterado de los motivos que lo habian conducido, se alegró en gran manera, y se manifestó muy dispuesto á otorgarle cuantas medidas propusiese en bien de su iglesia. Allí conoció el Prelado virtuoso el grave daño que habia hecho el P. Alonso Sanchez con sus proyectos peregrinos, los que fueron combatidos victoriosamente en varios escritos que presentó al Real Consejo de las Indias, auxiliado por el celoso y sabio P. Fr. Miguel de Benavides; algunos de los cuales se conservan todavía en el archivo del convento de Manila. Entre otras cosas, consiguió que se restableciese la Real Audiencia de Manila, y se dividiesen eclesiásticamente las islas Filipinas en cuatro diócesis, erigiéndose en arzobispado la silla de Manila, para la cual fué propuesto á la Silla Apóstolica el mismo obispo Salazar. Tambien obtuvo de la piedad del católico Monarca que los prebendados de su iglesia fuesen mejor dotados, y que se despachasen algunas providencias para atajar los abusos y excesos de los encomenderos; abusos que ellos sostenian con empeño como legítimas costumbres, en grave perjuicio de los indios y desdoro del nombre español.

65. Ya estaba aprobada por el Papa la ereccion de las cuatro sillas episcopales en las islas Filipinas, y se aguardaban las nuevas bulas en favor del Sr. Salazar para metropolitano de Manila, cuando el Señor, satis-

fecho de los merecimientos de este prelado virtuoso, lo llamó para sí, coronando sin duda tantos méritos con el premio de la gloria. Miéntras estaba trabajando con escritos y palabras en la córte en favor de sus ovejas, le asaltó la postrera enfermedad, que no tardó en conducirlo al sepulcro, terminando su larga y trabajada vida con la muerte de los justos. Con motivo de sus exequias sucedió un hecho sorprendente, que hace mucho honor á la piedad del gran Felipe II: en el mismo dia debian celebrarse las del Arzobispo de Toledo, y los grandes, segun costumbre, debian asistir á entrambas. Perplejos sobre lo que debian practicar, elevaron á S. M. una consulta acerca de lo que debian hacer en aquel caso, y el piadoso Monarca, sin atender á las grandes preeminencias del Primado, determinó que honrasen con su asistencia al prelado más pobre y más modesto. En vista de esta resolucion soberana, asistieron á las honras del Sr. Obispo de Manila. De esta suerte quiso el Señor que fuese glorioso el sepulcro de este prelado venerable, que habia sido tan amante de la humildad y la pobreza.

66. El Ilmo. Sr. D. Fr. Domingo Salazar fué uno de los prelados más insignes que han tenido las iglesias de las Indias. Nació en la Rioja y tomó el santo hábito en el convento de San Estéban de Salamanca. Fué contemporáneo y condiscípulo de los sabios maestros Fr. Domingo Bañez y Fr. Bartolomé Medina, á quienes no era inferior en el talento y en la contínua aplicacion á los estudios. Pudiera haber obtenido la nombradía y honores que la cátedra proporcionó á estos grandes hombres, si los deseos de ocupar su vida en

otra clase de trabajos más penosos no se
A este fin, abandonando las esperanzas
y aplicacion le ofrecian, se trasladó á la
Santiago de Méjico, con el objeto de
conversion de los infieles, que tanto abun
lla sazon en el vasto Nuevo Mundo. P
su inclinacion, lo destinaron sus prelad
y como religioso observante, se conform
tad de aquellos á quienes debia obedec
dar pruebas manifiestas de su extrao
pues luégo mereció ser condecorado
maestro en sagrada teología, última
que puede aspirar un religioso domin
A pesar de esto, como no habia pasad
tólica provincia para obtener honores
descendió al fin con sus deseos, que er
dicar exclusivamente á la conversion
fué destinado á la provincia de Guai
bajó con mucho celo y mucho prov
Allí redujo á muchos infieles al re
defendió con pecho invencible á l
se de vejaciones é injusticias. De a
ladado á la Florida en donde padec
y despues de muchos años fué ll
Méjico para desempeñar los car
vento de la Órden y de vicario
al mismo tiempo el Santo Ofi
título de su primer consultor.
años, empleados gloriosamente
los infieles, ora en los difere
la Órden en la capital del Nu

que su muerte no podia estar distante, fué enviado á la córte como protector de indios, para allanar dificultades que se ofrecian con frecuencia en órden á la conversion y gobierno de los mismos. En Madrid desempeñó su grave comision con la energía que habia heredado de su hermano en el hábito, el célebre Fr. Bartolomé de las Casas, clamando siempre y procurando el remedio de los males que afectaban á sus amados protegidos. Sus diligencias é instancias no producian, sin embargo, el éxito feliz que se habia prometido, y no tardó en ser nombrado para primer obispo de las islas Filipinas.

67. Si se pára la consideracion en las intrigas que suelen reinar en las córtes, no es difícil inferir cuál fuese el objeto de los que propusieron á S. M. tal eleccion; pero tambien es preciso confesar que en Manila, á la sazon, era absolutamente necesaria la presencia de un prelado que reuniese las circunstancias del padre Salazar. Colocado en la capital de las islas Filipinas, no tardó con efecto en descubrir los males de que adolecia su iglesia. Sus habitantes se habian hallado hasta entónces sin pastor, sujetos en lo espiritual á los padres misioneros solamente, que si bien muchos de ellos estaban revestidos de un celo verdaderamente apostólico, no tenian en su mano los medios necesarios para contener los abusos que eran consiguientes al primitivo órden de cosas, habida consideracion á la distancia que separa estas provincias de la metrópoli. Con estos abusos tan sensibles se vió precisado á lidiar el Ilmo. Prelado con notable riesgo de la vida; pues se ofrecieron á su celo varios lances peligrosos y difíciles, en los que

campeó su valor y prudencia de un modo admirab Tuvo disgustos á su llegada con motivo de la vis diocesana que trató de plantear; pues la miraba cor un deber anejo á la dignidad episcopal, y á la que se habian allanado los ministros evangélicos del Nue Mundo.

Pero es preciso confesar que en esta parte el ce del Prelado no fué del todo discreto, porque los regı lares se hallaban á la sazon competentemente autoriz dos para ejercer el ministerio de los indios sin ese r quisito, y pedia la equidad y la prudencia contemp rizar con ellos, pues eran los únicos que con sus trab jos y fatigas mantenian y acrecentaban la grey de J sucristo en toda la extension de las islas Filipinas. Si medita, no obstante, sobre las circunstancias que ro deaban al Prelado, no será difícil descubrir los motivo que pudieron inclinarlo á suscitar una cuestion tan de licada. En las islas habia excesos que corregir, y los pa dres misioneros no tenian el vigor suficiente para ex terminarlos: la autoridad diocesana era sin duda má poderosa y más fuerte para conseguir aquel designio pero al mismo tiempo era indispensable que gozase de prestigio. Tampoco debe omitirse que el Sr. Obispo no procedia en sus determinaciones graves sin consejo: ha cia mucho aprecio de los dictámenes del P. Alonso Sanchez, y no es de creer que se apartase de su opi nion en este asunto. Así lo juzga el autor de la *Histo ria universal de Filipinas*, part. II, cap. XV, núm. 10 en donde, hablando del asunto, dice: «No es muy ex traño tuviese el P. Alonso Sanchez la mayor parte d las disensiones con los Agustinos, pues, como dice

carta del Obispo al Pontífice, con él consultaba todos los negocios, casos y dificultades.» El mismo P. Gaspar de San Agustin, sin embargo de ser parte en la materia, habla del Sr. Salazar con el mayor respeto, no dudando en apellidarle santo muchas veces, y atribuyendo aquellas disensiones á su timorata y escrupulosa conciencia, la que pronto se aquietó, dice, al ver los pareceres de los PP. Cruz y Aguirre, residentes en la Nueva España, á quienes consultó S. Ilma. desde Manila. Su buen corazon lo engañó en haber depositado tanta confianza en aquel padre, que no tardó en causarle gravísimos disgustos; y puede asegurarse que sus proyectos fueron la causa de su viaje á la córte; viaje superior á sus debilitadas fuerzas en una edad tan avanzada.

68. Sucedió su dichosa muerte el dia 4 de Diciembre de 1594, la que fué muy sentida de cuantos tuvieron el gusto de tratarlo. La provincia del *Santísimo Rosario* fué la que más debió llorarla; pero se consolaba con la esperanza de que no la dejaria abandonada en la presencia de Dios el que tanto se habia esmerado por su prosperidad viviendo en la tierra. Su cuerpo fué enterrado en la iglesia del convento de Santo Tomas de Madrid, en donde se celebraron sus exequias, y su memoria jamas se borrará del corazon de los verdaderos hijos de esta Madre agradecida, que con el fin de perpetuarla hace de él mencion especial en las actas de sus capítulos provinciales. El epitafio que se colocó en su sepulcro explica en compendio las virtudes en que se distinguió este venerable é ilustrísimo prelado. Dice, pues, así: *Hic jacet D. Fr. Dominicus de*

Salazar Ordinis Prædicatorum, Philippinarum Episcopus, doctrina clarus, verus religiosæ vitæ sectator, suarum ovium piissimus Pastor, pauperum Pater, et ipse verè pauper. Obiit, 4 die Decembris anno 1594.

69. Volvamos ahora á reanudar el hilo de nuestra narracion. Terminado el cuatrienio del P. Fr. Juan de Castro, se procedió á nueva eleccion. Á este fin se juntaron los vocales en el convento de nuestro P. Santo Domingo de Manila el dia 19 de Abril de 1592, y eligieron al P. Fr. Alonso Jimenez, que era á la sazon prior del expresado convento. Seglares y religiosos celebraron tan acertada eleccion, porque consideraban al electo muy digno de ocupar empleos más honrosos. Entónces se estrenó la nueva iglesia de piedra que nuestros religiosos edificaron despues de haberse arruinado la primera, cuyo acto dió más realce á este capítulo provincial. En ella se defendieron públicamente algunas conclusiones teológicas relativas á los abusos que los PP. misioneros debian impugnar y exterminar, y se decidieron puntos muy interesantes, con el fin de que los religiosos de la provincia del *Santísimo Rosario* fuesen de un mismo parecer y sentencia en asuntos que afectaban al ministerio de las almas. En particular se ventiló con mucha erudicion el gravísimo punto relativo á la obligacion que tienen los misioneros de las islas de residir entre los indios que les estaban encomendados, á fin de poderles adoctrinar personalmente; y se probó de una manera incontestable que no podian en conciencia abandonarlos con frívolos pretextos; condenando á culpa grave á los que practicasen lo contrario, en atencion á la escasez de sacerdotes que

pudiesen sustituirles. Este pensamiento fué á la sazon muy oportuno para evitar que los misioneros abandonasen el ministerio de los indios al ver que no podian lograr los adelantos que les dictaban sus deseos y su fervoroso celo por la salvacion de las almas. Es constante que ni todos los judíos á quienes predicaba Jesucristo, ni todos los atenienses que oyeron á San Pablo en el Areópago se convirtieron. Es una verdad innegable que en la conversion de los infieles el hombre es sólo instrumento de la gracia. Su mision en esta parte se reduce á sembrar la buena semilla en su campo respectivo, y á regarla con su celo, su caridad y su constancia. A Dios corresponde el incremento y desarrollo, segun el pensamiento del Apóstol.

En este capítulo provincial se adoptó la máxima de que fuesen de poca duracion las vicarías: por esto vemos en el título de *Absolutiones* que se absuelve al sub-prior del convento de Manila y á todos los vicarios de las casas, reeligiéndolos de nuevo ó trasladándolos á otras casas, al arbitrio de los PP. definidores. Al presente todavía se pone esta fórmula y se observa esta práctica en las actas de los capítulos. Tambien se dispuso en el título *Ordinationes* que todos los religiosos sacerdotes celebrasen diez misas por cada difunto de la provincia; pero se nota al mismo tiempo que esta disposicion habia de durar tan solamente hasta que hubiese siete casas erigidas; pues en este caso, debiendo de ser mayor el número de individuos, sólo quedarian obligados á celebrar seis, como se ha practicado hasta nuestros dias.

70. Poco despues de la celebracion de este capítulo

perdió la provincia al célebre P. Fr. Juan de Castro, su principal fundador, columna y sosten de la regular observancia de la misma, la que le ha merecido justamente el glorioso título de *Santo*. Sintieron mucho los religiosos, como era natural, un golpe tan sensible, pues todos le miraban como un padre amoroso, que con su prudencia, doctrina y santidad de vida habia elevado la nueva fundacion á un estado floreciente. Era natural de la ciudad de Búrgos é hijo de hábito del convento de San Pablo de la misma. Desde los principios de su vida religiosa dió muestras especialísimas de lo que habia de ser, pues se entregaba de un modo singular al estudio de la virtud y de las letras, y cuando su convento podia ofrecerle una cátedra para condecorarlo á su tiempo con los honores con que la Órden suele premiar el mérito de sus hijos aplicados, él se trasladó al Nuevo Mundo para dedicarse á la conversion de los infieles, á pesar de la fuerte oposicion que su padre y su familia le hizo á fin de que no se ausentára de su patria. En Guatemala trabajó hasta su última vejez, ora en el ministerio apostólico, ora en los oficios que la Corporacion le conferia, habiendo desempeñado por dos veces la honrosa prelacía de provincial. Despues de haber honrado por dilatados años su provincia, fué enviado á la córte con el fin de obtener de S. M. la decision de varios asuntos en beneficio de los indios, y concluida felizmente su comision, se retiró á su convento primitivo de San Pablo de Búrgos, á fin de disponerse para la última partida. Tal era su ocupacion cuando el P. Fr. Juan Crisóstomo proyectó la fundacion de la provincia del *Santísimo Rosa-*

rio y principió á reunir algunos religiosos para el efecto. Con esta novedad se reanimó su celo por la gloria de Dios y propagacion del Evangelio, y persuadido de que áun podria ser de alguna utilidad en la proyectada fundacion, se alistó con los primeros religiosos de la Órden que se determinaron á pasar á Filipinas. Desde su convento hizo el viaje á pié hasta Sevilla, y aquí se vió en la precision de hacerse cargo de la presidencia y vicaría general de los demas, á quienes desde entónces dirigió y condujo á la tierra deseada, desempeñando los oficios de Moisés y de Josué. Nombrado en Manila primer provincial, tuvo el consuelo de presenciar los progresos que hacian sus amados hijos y hermanos en el ministerio apostólico, y deseoso de allanarles el camino para conducir la fe al imperio de la China, hizo un viaje con la mayor intrepidez, como queda dicho, á la provincia de Fo-Kien, en donde padeció grandes trabajos. Sin embargo de que habia recibido una Real Cédula, por la cual S. M. lo nombraba obispo de Vera-Paz, tuvo la modestia de ocultar á sus hermanos esta Real gracia, y, sin aceptarla, prosiguió en sus acostumbrados ejercicios religiosos hasta la última enfermedad. Persuadido ya de que su hora era llegada, se retiró al hospital de San Gabriel, con el fin de morir pobre entre los pobres. Allí la enfermedad siguió su curso, y al fin, entre los brazos y lágrimas de sus hermanos, entregó plácidamente su dichosa alma en manos del Señor.

Por este mismo tiempo se vió Manila en un conflicto: su gobernador, que tanto habia molestado al santo obispo Salazar y religiosos de la Órden que lo

habian defendido, se vió en la necesidad de buscar entre ellos el remedio, quienes, por el bien de la ciudad y de las islas, perdieron con este motivo á uno de sus más ilustres y graves cohermanos: el hecho es el siguiente.

71. Taycosama, poderoso emperador de las islas de Japon, envió una embajada á Filipinas, por medio de la cual pedia nada ménos que ser reconocido como señor de ellas, á quien debian rendirle sus moradores vasallaje, con la arrogante amenaza de destruirlas en el caso de negarse su gobierno á sus imperiosas exigencias. No era desconocido en Manila el genio guerrero del monarca japonés, su orgullo y su poder, la proximidad de su imperio y el arrojo de sus tropas, valientes y aguerridas. Estas circunstancias, atendido el corto número de españoles que habia en Manila á la sazon, la poca ó ninguna confianza que se tenía aún en los indios, y la imposibilidad de obtener nuevos socorros, era de sí suficiente para infundir el terror y el espanto en el ánimo de todos, persuadidos de que si aquel poderoso emperador llegaba á efectuar sus amenazas, la ruina de las islas sería inevitable, si por otra parte no las salvaba Dios por medio de un prodigio. Y es la verdad que ni Dasmariñas ni los españoles á quienes gobernaba se creian bastante fuertes para resistir á tan formidable adversario, sin que por eso estuviesen tampoco dispuestos á condescender con las exigencias de aquel monarca. No quedaba, pues, otro medio, en tal estado de cosas, que optar entre la esclavitud ó la muerte. Para deliberar en situacion tan apremiante se formaron juntas, se emitieron pareceres, se consulta-

ron los medios más prudentes, y por fin se resolvió que convenia entretener al orgulloso soberano por medio de otra embajada, con la cual se debia procurar ganar su voluntad, y entablar solamente relaciones amistosas de comercio entre Manila y Japon, sin acceder á su propuesta.

72. Las pretensiones de Taycosama habian sido promovidas por un japonés llamado Foranda Kiemon, quien tuvo la rara habilidad de triunfar y hacer por algun tiempo su fortuna con embustes. Este malvado habia perdido sus caudales juntamente con la fe, que habia recibido en el bautismo, y tenía suficientes noticias del estado de Manila por el largo tiempo que habia estado tratando con los españoles de esta capital. Era muy amigo de Laxevadono, uno de los privados de Taycosama, y por su medio pensó salir de la miseria, proponiendo á este soberano la sujecion de las islas Filipinas á su corona; cuya propuesta no podia ménos de hallar en él la más favorable acogida, en atencion á su carácter dominante y ambicioso. Presentóle al efecto un memorial, en que le pintaba á su modo la situacion de Filipinas muy acomodada al éxito feliz de su proyecto: le decia que estas islas estaban bien pobladas de gente acostumbrada al trabajo, sujeta á unos extranjeros que se llamaban castellanos, á los cuales pagaban tributos los naturales del país en oro, cera, mantas de algodon, y otros géneros; que los dominadores eran pocos y casi desarmados, quienes no podrian resistirse á su poder; y concluia asegurándole que, si era de su gusto, él mismo iria en persona á intimarles que le rindiesen obediencia y vasallaje. El memorial

tuvo la acogida que Foranda podia prometerse, porque, persuadido el ambicioso emperador que de esta suerte podria fácilmente extender sus dominios, se determinó á enviar á Filipinas una embajada, que confió al mismo Foranda, á quien dió una carta para el gobernador de dichas islas, en la que se esforzaba en ponderar sus conquistas, su valor y el poder de su imperio; manifestándole tambien que trataba de conquistar la China y reino de Manila, y que habia suspendido el último proyecto por las noticias que tenía del buen trato y acogida que en esta capital se daba á sus vasallos. En atencion á esto, decia que se habia limitado á enviarle una honrosa embajada y proponerle que le reconociese como señor de las islas, sin demora; pues de lo contrario enviaria sus ejércitos para destruir y asolar toda la tierra. Estas arrogantes letras iban acompañadas de una catana ó sable al estilo de Japon, con la siguiente inscripcion: *Gui-Hoc-Can;* cuyo significado se interpretaba por un perito, bajo de juramento, en estos términos: «Ahí te envio esa muestra de amor fraternal: pasa la mar, para que sujeto me reconozcas.» Por manera que la señal misma de afecto que Taycosama enviaba á Dasmariñas, mostraba su altivez y arrogancia, diciendo en compendio lo que se leia en su larga carta.

73. Despachado Foranda de la córte, se encaminó hácia Nangasaqui para embarcarse, y presentarse en Manila; mas en aquel puerto no le faltaron amigos que, noticiosos de las pretensiones del monarca japonés y del genio de los españoles, le manifestasen que con los despachos imperiales que llevaba se exponia á dejar la cabeza en aquella capital, si no procuraba algun

salvo conducto para templar de algun modo la dureza con que en ellos se expresaba Taycosama. Con este fin procuró Foranda algunas cartas de los PP. Jesuitas que estaban á la sazon en Nangasaqui; mas el P. Valignano, visitador de la Compañía, se excusó modestamente, y no accedió á sus deseos en este particular. Con esta repulsa ya no se atrevió Foranda Kiemon á presentarse en Manila á desempeñar la embajada, que él mismo habia procurado; se fingió enfermo, y la confió á otro Foranda, su sobrino y factor, que no corria tanto riesgo como él. Tales fueron los principios del suceso que consternó al gobierno y habitantes de Manila en 1592.

La medida que en las juntas se habia adoptado era ciertamente la más prudente y acertada; pero faltaba quien se encargase de una mision tan delicada y peligrosa. No halló Dasmariñas entre los seglares un sujeto que reuniese las circunstancias que eran indispensables para salir bien del compromiso, y le buscó entre los religiosos de la provincia del *Santísimo Rosario*, la cual no dudó en sacrificar en esta ocasion á uno de sus hijos más ilustres para la salud comun de Filipinas. Éste fué el P. Fr. Juan Cobo, religioso sabio y virtuoso, y dotado al mismo tiempo de un valor inalterable, del cual ya habia dado muestras en repetidas ocasiones. El Provincial, á quien se habia dirigido Dasmariñas, sin embargo del riesgo que llevaba esta grave comision, mandó al expresado religioso que la aceptase, y éste, que no tenía otra voluntad que la de su prelado, se sujetó humildemente y se conformó con el mandato.

74. Vencidas las dificultades que se habian ofrecido en el asunto, trató Dasmariñas de despachar la embajada con el decoro que pedia el honor nacional. Escribió una carta á Taycosama, y le mandó una docena de dagas y otras tantas espadas de regalo, presente muy análogo al que él mismo le habia enviado por medio de su embajador anteriormente. En la carta hacia una sencilla relacion de la llegada de su embajador con un escrito en su nombre, de cuya realidad dudaba, por no haber venido á Manila una persona autorizada, como convenia á su majestad imperial; y que con el fin de certificarse le enviaba al P. Fr. Juan Cobo, como su lugarteniente, quien por la embajada recibida, en el caso de ser real y verdadera, le haria el debido acatamiento, sin apartarse, empero, de la intencion y obligacion que tenía á su rey y señor, á quien daria cuenta, para que S. M. se dignase resolver lo que fuese de su mayor agrado; que finalmente le enviaba algunas cosas de regalo, las que no dudaba serian de su gusto, y que el P. embajador tenía las convenientes instrucciones para informarle acerca de lo que S. M. imperial deseaba saber. De esta suerte daba salida ingeniosamente á los apuros en que se hallaba, y podia prevenirse en el caso de que Taycosama tratase de efectuar sus amenazas. Con este despacho salió de Manila el P. embajador por Julio de 1592, acompañado de D. Lope de Llanos, capitan de infantería. La navegacion no fué pesada, pues sin haber tenido contratiempos llegó la embajada en breve tiempo al puerto de Satzuma, en donde la estaba aguardando el intrigante Foranda Kiemon. De aquí pasó el P. embajador por agua á Nan-

gasaqui, y luégo emprendió por tierra su viaje hasta Nangoya, en donde estaba Taycosama. Foranda, que lo acompañaba, trató de llevar á cabo sus enredos con nuevos embustes é intringas, y á este fin trataba de persuadir al P. embajador que las dagas y espadas que el Gobernador de Filipinas enviaba á su emperador no eran un regalo que le pudiese ser muy grato, y que en su lugar le aconsejaba que le presentase mil pesos en moneda acuñada. Mas el P. embajador, que penetró desde luégo sus intentos, se negó abiertamente á tal propuesta; pues debia estar en la inteligencia de que no era un reconocimiento lo que Dasmariñas enviaba, como él queria dar á entender, sino un presente, de costumbre en semejantes casos. No falta quien diga que Foranda, sin embargo de la repulsa que le dió el P. Cobo, se procuró por otra parte algunos pesos, y que los entregó en nombre del segundo en señal de vasallaje; mas esta noticia carece de verosimilitud y fundamento.

75. En Nangoya fué recibido el P. Cobo con las atenciones debidas á su carácter: fué obsequiado y regalado, y á su tiempo desempeñó la embajada, entregando á Taycosama los despachos y regalo del Gobernador de Filipinas, que aquél recibió con muestras de afecto, y despues de haber sido recibido en algunas audiencias especiales y obsequiado del monarca, fué despachado favorablemente para Manila.

Esta embajada ha sido la piedra de escándalo en que han tropezado algunos historiadores que han escrito del Japon, fundados en el texto del P. Luis Guzman, autor á quien no juzgamos imparcial en la materia.

Los portugueses, sin duda con buena intencion, tenian un vivo empeño en tener ellos solos misioneros de su país en el imperio del Japon, y bastaba que cualquiera religioso que no fuese portugues pusiese los piés en el país, para alebrestarse por su llegada, y culparlo de los males que sufrian. Cuando el P. Cobo entró en el Japon, ya los PP. Jesuitas habian sido extrañados por un decreto imperial; de suerte que la persecucion mas furiosa que habian sufrido aquellos dignos ministros del Señor desde su entrada en el imperio, dió principio en 1587. Sin embargo, el P. Guzman pone todo su empeño en exagerar los males de la Compañía y de la cristiandad de este imperio, con motivo de las embajadas de Manila. Quiere suponer, segun el cronista de la provincia de San Gregorio (part. 3.ª, lib. II, cap. VII, núm. 70), que á la llegada del P. Fr. Juan Cobo á Nangasaqui habia cierta diferencia entre dos castellanos que estaban ya en Japon y portugueses, y que á pesar de haber querido los PP. mediar con su acostumbrada caridad, valió poco, no obstante, su autoridad para el teson de los portugueses; y que entónces se enconaron los castellanos contra religiosos y seglares, quejándose á Taycosama del agravio, é informándole que los padres se mantenian en Japon, contra sus decretos. No hay duda que si aquellos castellanos obráran de tal suerte, como sin fundamento asegura, se portáran inicuamente; pero no se pára en una acusacion tan odiosa: quiere todavía que los males que se agravaron sobre aquella infeliz iglesia fuesen en parte consecuencia de la embajada del P. Fr. Juan Cobo, por suponer que este embajador se llevó de Nangasaqui á Nangoya

á uno de aquellos castellanos agraviados, que se quejaron ante el Emperador, quien por ello se alteró de tal manera, que, dice, escribió al Gobernador de Manila otra carta tan arrogante y llena de amenazas como la primera; que amenazó de muerte á los portugueses, y que les quitó los gobernadores que tenian cristianos, poniéndoles uno gentil en su lugar; de todo lo cual deduce como consecuencia legítima que este mal, y los demas que le siguieron, fueron producidos por la embajada de Manila. De suerte, concluye el Padre Guzman, que de toda esta embajada no se siguió otro fruto ni provecho sino la destruccion de aquella iglesia y casa de Nangasaqui, y el desconsuelo universal de aquella cristiandad.

76. Es necesario tener una venda en los ojos, para no ver la ligereza que dirigia la pluma de este escritor, quien parece se propuso hacer un panegírico de los portugueses, y condenar cuanto no era conforme á sus miras. Cotejado su relato con lo que dice el Ilmo. señor Aduarte, podrá formarse un juicio más exacto de la fe que en la materia merece su aseveracion; pues, segun éste, el P. embajador, no sólo no abogó por los castellanos contra sus contrincantes los portugueses de Japon y PP. Jesuitas, sino que, como caritativo y celoso misionero, intercedió por éstos, á fin de que pudiesen habitar libremente en el imperio y reparar las iglesias destruidas; ni es de presumir obrára de otra suerte un sujeto que por su extraordinaria virtud ocupa un lugar muy distinguido en las crónicas de la provincia del *Santísimo Rosario*. Igual equivocacion se advierte en el P. Colin, lib. III, cap. VI, fundado en los

escritos del citado P. Luis de Guzman, pues dice «que no teniendo el P. Cobo intérprete de la lengua por su parte, fué necesario que para tratar los negocios lo fuesen Foranda Kiemon y su padrino, el valido del Emperador, que le dió la mano para sus embustes; y que como éstos daban á la carta y palabras del embajador las traducciones que les eran más favorables, y al gusto del Emperador más conformes, les hizo éste tanto agasajo y honras á los embajadores; porque lo que llegó á entender fué la obediencia, el reconocimiento y vasallaje, que él deseaba, de los españoles.» (*Crónica de la provincia de San Gregorio*, parte 3.ª, lib. I, capítulo VII, núm. 116.)

De esta suerte desfiguraba los hechos el citado historiador, porque las embajadas que de Manila se despachaban para las islas de Japon no eran conformes á las pretensiones de los portugueses, empeñados en mantener un absoluto exclusivismo en el Japon. Pues bien; si, segun el P. Guzman, el P. Cobo pasó por Nangasaqui; si allí fué informado por los castellanos de las disensiones que tenian con los portugueses, y si uno de aquéllos lo acompañó á Nangoya, ¿cómo se hace creible que el embajador se presentase ante el Emperador sin un intérprete de su entera confianza? Si, segun el P. Colin, fueron los embajadores tan agasajados y honrados del Emperador porque entendió que se le concedia lo que habia pretendido, ¿por qué, entónces, segun el P. Guzman, se portó con tanta aspereza, tanta arrogancia y soberbia? Pero oigamos al Ilmo. Aduarte, autor contemporáneo, que podia estar perfectamente informado de estos hechos.

77. «Supo, dice, el P. Juan representarles bien la grandeza, magnificencia y riquezas de nuestro rey, la fortaleza de sus soldados, y cuán poco era Japon en su comparacion; que con muy poca gente habia conquistado un nuevo mundo; cosas bien ajenas de las que el Emperador solia oir, que son todas lisonjas y superioridades, sin que haya quien se atreva á hablar jamas de otra manera; pero como las que el padre le decia eran tan manifiestas, y las veia puestas en práctica en la Nueva España, en Filipinas y en la India, que es lo que él conoce, templóse algo y dijo: que cesaria de su intento si los españoles de aquellas islas le diesen cada año algun presente en párias y reconocimiento de algun vasallaje. A lo cual el padre respondió que primero darian las vidas que tal hiciesen; que bien podrian ser muertos por ser pocos, pero no vencidos, ni sujetos en la tierra á otro que á su rey legítimo y natural; que si Japon queria su amistad, se la harian muy buena y la guardarian con gran fidelidad; pero que no esperase más de ellos por ningun caso.» (Lib. I, capítulo XXXIII.) Prosigue luégo el mismo Ilmo. autor que, léjos de indignarse Taycosama con esta respuesta tan contraria á sus intentos, le cayó en gracia, agasajó al embajador, le convidó á su mesa y le hizo grandes favores; que en su vista se adelantó el P. Cobo á rogarle se dignase levantar la mano de la persecucion que habia declarado á los PP. jesuitas, y permitiese reparar sus iglesias, que habia mandado destruir; que todo cuanto le pidió se lo concedió gustoso, y lo despidió favorablemente. Sea lo que se quiera de la exactitud de esta relacion, la cual está fundada, sin embargo,

en los documentos más verídicos, de cuya verdad no se puede dudar, ni se dudaba por nadie cuando el señor Aduarte escribia su historia, lo cierto es que el padre embajador se dispuso con la mayor celeridad para regresar á Filipinas, y dar á sus compatricios la feliz noticia del buen despacho de su embajada; y que Foranda, más perito en la navegacion de aquellos mares, aguardó el buen tiempo para presentarse en Manila como embajador de Taycosama, con el fin de dar la última mano á los negocios que aquél habia dejado en buen estado. Ahora bien; si Foranda interpretó en sentido contrario la carta del Gobernador de Filipinas y discursos del P. embajador; si persuadió á Taycosama que aquél convenia en que los españoles le prestasen la obediencia que de ellos pretendia; si habló de otra suerte con el mismo embajador, dándole á entender que el Emperador quedaba satisfecho con las relaciones amistosas que aquél le proponia, ¿cómo fuera posible que se atreviese á presentarse ante el Gobernador de Fipilinas en persona, cuando ántes se habia fingido enfermo, temeroso de perder la vida por la propuesta indiscreta de su emperador? Las relaciones, pues, de los PP. Guzman y Colin son inverosímiles, carecen de fundamento, se destruyen por sí mismas y son opuestas á noticias más imparciales, que los demas autores graves y contemporáneos nos han legado.

78. Alegre el P. Cobo con el resultado feliz de su mision, salió de la córte y se presentó en Nangasaqui con los despachos necesarios. Entre tanto escribió y entregó por precaucion una carta á Foranda, en la que daba noticia á las autoridades de Manila de los sucesos

de la embajada, y luégo se embarcó en un tiempo peligroso para llegar cuanto ántes á las islas Filipinas; pero desgraciadamente le asaltó sin duda algun furioso temporal, que estrelló, como se cree, su embarcacion sobre las costas de la Formosa, en donde pereció con los que lo acompañaban. Esto es lo que se conjetura de su desgracia, pues nada se pudo saber de positivo, despues de su salida de las islas de Japon.

Por Abril de 1593 llegó Foranda á Manila con el carácter de embajador de Taycosama; cuya noticia alteró en gran manera á sus vecinos, pues nada todavía se sabía del resultado que habia tenido la embajada del P. Cobo; mas el contenido de la carta de este religioso con su verdadera firma templó el vulgar rumor, estando ya persuadidos que la embajada habia surtido los más felices resultados. Pero la extraordinaria tardanza en llegar el P. embajador enlutó de algun modo la alegría general, y se trató con disimulo á Foranda, porque ya no se ignoraban en Manila sus intrigas, y convenia tambien no dar á Taycosama motivo alguno de disgusto, pues su enemistad pudiera ser funesta á las islas y al comercio que muchos de sus vecinos ejercian en Japon. La provincia del *Santísimo Rosario* fué la que más perdió en esta desgracia, porque quedó privada de un hijo cuya ciencia, prudencia y santidad de vida la honraban sobremanera, particularmente en una época en que poseia un número tan escaso de sujetos. El Sr. Aduarte asegura que algunos religiosos de gran virtud tuvieron privadas revelaciones, en las que se les manifestó que el P. Fr. Juan Cobo habia pasado á gozar de Dios, sin expresar las circunstancias de su muerte.

CAPÍTULO VI.

Dasmariñas organiza una expedicion para posesionarse de las Molucas, y es asesinado por los chinos de su galera en el viaje.—Observacion acerca de su muerte.—Le sucede en el gobierno su hijo D. Luis, y envia al P. fray Luis Gandullo á China para recuperar lo que los asesinos de su padre habian robado.—Frutos de su viaje.—Llegan á Manila algunos mandarines chinos.—Junta intermedia de 1594.—La administracion espiritual de Cagayan es entregada á la provincia.—Conquista final de Cagayan por Carrion.—Su combate con unos corsarios japones.—Guiab y sus dos hermanos.—Sujecion de la provincia.—Los PP. Agustinos en la Nueva Segovia.—La dejan, y entran en su lugar los nuestros.—Primeros misioneros de la Órden que dan principio á la predicacion del santo Evangelio en sus pueblos.—La sacerdotisa Fulangan desaparece en Cabicungan.—Conversion de Siriban.—Primeros bautismos en Lal-lo.—Tratan los de Abulug de expeler á los PP. misioneros.—Se convierten por último á la fe.—Tenaz resistencia de los de Camalanyugan.—Conversion de Siguiran.—Prestan espontánea obediencia al Rey, nuestro señor, mediante las diligencias de nuestros religiosos.—Relacion del Sr. D. Fr. Miguel de Benavides.

79. Luégo que D. Gomez Perez Dasmariñas despachó su segunda embajada al soberano de Japon, mediante la persona del santo mártir Fr. Pedro Bautista, de quien se hablará despues, trató de realizar su gran proyecto, premeditado mucho ántes, sobre la conquista de los Molucas. Al efecto habia juntado mil soldados, cuatrocientos pampangos arcabuceros, y mil indios de Visayas entre lanceros y flecheros, con cuatrocientos chinos para el remo y la marinería necesaria. Debian conducirlos un galeon, algunas fragatillas de particulares, várias galeras y otros buques de menor porte; por manera que se componia la escuadra de cien buques regulares, capaces de atravesar aquellos tempestuosos mares. En Otong estaba D. Estéban Rodriguez de Figueroa con el mejor tercio de las tropas, y en

Cebú, con otro tercio, D. Luis Perez Dasmariñas, hijo del Gobernador, el cual debia salir de Manila con el resto del ejército, que debia incorporarse con la gente de entrambas. Éste, contra el parecer de los prudentes, quiso capitanear personalmente la compañía, persuadido quizá de que no habia por entónces un militar en Filipinas á quien pudiese confiar una escuadra tan crecida. Salió del puerto de Cavite el 17 de Octubre de 1593 con una hermosa galera, acompañado de algunos religiosos y españoles, y conduciendo la caja para el pago de la tropa. Las demas embarcaciones se hicieron al mismo tiempo á la vela, y navegaron todas al principio con viento favorable; pero no tardó en declararse un leste furioso, que fatigaba á los bogadores sin provecho. La capitana, sin embargo, más ligera y mejor provista que las demas, se adelantó más de lo que convenia, hasta que, advertido el atraso de las otras embarcaciones por el Gobernador, dió fondo junto á la punta de Santiago, en la costa de Batangas. Aquí los chinos bogadores fraguaron una conspiracion, que desbarató los planes de esta grande empresa. El proyecto de los desleales no dejaba de ser arriesgado, porque, sin embargo de ser los traidores en número mayor que los españoles, estaban éstos bien armados y eran gente de valor; mas la codicia envalentonó á los primeros, y la demasiada confianza perdió á los segundos. Para realizar su traicion aprovecharon el silencio de la noche, y miéntras los incautos españoles estaban entregados al descanso, se armaron de todas armas, sin dar lugar á que éstos se juntasen ni pudiesen defenderse. Sorprendiéndolos, pues, en lo más profundo de su sueño, em-

pezaron á decapitarlos, asesinando á cuantos se les oponian. A la gritería y confusion que eran consiguientes á la sorpresa, despertó el Gobernador, y al sacar la cabeza por la escotilla se la partieron de un sablazo. Al verse herido mortalmente se retiró al camarote, cogió el libro del rezo de su Órden (era caballero del hábito de Santiago), y abrazado con una imágen de la Vírgen, espiró. Quedaron con vida un P. Franciscano, el secretario del Gobernador y algunos otros, que lograron evadirse de las manos de los traidores á nado ó con el bote, bien así como los que se habian mantenido encerrados bajo de cubierta, á quienes perdonaron los sublevados, satisfechos con el rico botin de que se habian hecho dueños. Consumado ya el atentado, dirigieron la proa los traidores hácia las costas de Zambales é Ilocos, para refugiarse en su país y gozar el fruto de su perfidia. Mas su impericia ó los vientos los condujeron á Cochinchina, en donde el Rey y sus magnates los despojaron del botin.

Esta desgracia desanimó á los capitanes del ejército, porque, al verse sin cabeza ni dineros, no se atrevieron á proseguir la comenzada expedicion, y en su consecuencia regresaron con sus buques á Manila. Aquí tuvo lugar á la sazon una pequeña competencia acerca del sujeto en quien debia recaer el gobierno de las islas: algunos estaban empeñados en reconocer al licenciado Rojas; mas la eleccion ya estaba hecha por el difunto en la persona de su hijo D. Luis, en virtud de una Real disposicion que habia recibido, cuyo documento se halló en un baulito que habia depositado en poder del P. Agustino Fr. Diego Muñoz. Con esto se ter-

minó la competencia, y D. Luis Perez Dasmariñas tomó posesion de su gobierno el dia 3 de Diciembre del mismo año.

80. Sentimos como es debido la desgraciada muerte del valiente, del noble y leal D. Gomez Perez Dasmariñas, pues ha sido uno de los gobernadores que más han ilustrado el nombre español en las islas Filipinas; pero tuvo como hombre sus defectos. Se dejó llevar más de una vez de su genio colérico, y la supremacía del gobierno temporal le deslumbró y no le dejó ver como era debido la superioridad del espiritual en los asuntos que competen á la jurisdiccion eclesiástica; faltas que empañaron su gobierno, por otra parte glorioso. Ya dejamos dicho que la poca conformidad con el Sr. obispo Salazar motivó graves competencias, que obligaron á este prelado virtuoso á emprender un viaje á la córte en su avanzada edad de ochenta años. Ahora veamos el distinto fin que la divina Providencia tenía reservado á uno y otro. Éste salió victorioso ante la persona del Monarca de todos sus empeños, y acabó en paz sus dias con la muerte de los justos; fué honrada y obsequiada su memoria por el Rey y por la grandeza de la monarquía con preferencia al que es mirado como primado de la misma, y su venerable cuerpo fué depositado como convenia á su carácter en el templo del Señor. Su desdichado antagonista, por el contrario, tuvo la desgracia de ser asesinado un año ántes, sin que su cadáver pudiese ser honrado con sepultura eclesiástica, pues fué arrojado á la mar. La diferencia es muy notable, y sin necesidad de andar en busca de milagros, no hay inconveniente en afirmar

que la Justicia divina quiso de algun modo reparar en este mundo los agravios que habia recibido en la persona de su representante en la iglesia de las islas, sin que por esto sea visto prejuzgar el fin eterno de entrambos, que, piadosamente hablando, es de creer sería cual se debe desear.

81. Luégo que el nuevo gobernador arregló los asuntos de su mando, trató de averiguar el paradero de los asesinos de su padre, rescatar lo que pudiese de lo robado, y pedir en donde convenia una satisfaccion condigna de tamaño atentado. En Manila se ignoraba todavía el lugar adonde habian aportado los traidores; pero se presumia que, siendo naturales del partido de Chin-chen, estarian allí refugiados. Al efecto se determinó enviar al Virey de la provincia de Fo-kien, á cuya jurisdiccion pertenece aquel distrito, á su sobrino D. Fernando de Castro, acompañado del venerable padre Fr. Luis Gandullo, religioso de la Órden, con otro hermano de la misma, quienes debian entregarle una carta para el Emperador y otra para él, entrambas dirigidas al deseado fin. La salida no sufria demora; pero el tiempo no era el mejor para efectuarla, con motivo de los nortes que suelen dominar con furia por aquellos mares desde Noviembre hasta Marzo. Por esta misma causa, en vez de ir directamente á la provincia de Fo-kien, se vieron precisados á tocar en la de Quan-tung, confinante con aquélla al O. del imperio. Los guarda-costas los tuvieron desde luégo por piratas, y como tales los prendieron y los llevaron ante el Virey de la provincia, el cual, enterado del motivo de su arribada y fin de su viaje, los absolvió; si bien escuchó

con mucha frialdad la queja que le dieron contra los asesinos, por si acaso se hubiesen refugiado en algun punto de su jurisdiccion. A este jefe entregaron la carta dirigida al Emperador, y porque en su entrega no guardaron las enfadosas ceremonias que se acostumbran en el país, se irritó en gran manera contra ellos, prohibiéndoles fuesen á verle otra vez, y previniéndoles que dentro de quince dias se debian ausentar de su provincia. Sin embargo, el P. Gandullo, mediante cierta suma que le facilitó el favor de un amigo, consiguió que se revocase esta órden, y se practicasen las pesquisas que el caso requeria, para ver si se podrian hallar los asesinos que buscaban.

82. No fué del todo infructuoso el viaje de este venerable misionero á la provincia de Quan-tung, pues habia en su capital varios cristianos, que habiéndose escapado del poder de los portugueses de Macao, vivian allí como apóstatas, sin acordarse de la religion que profesaban, y él procuró reducirlos al verdadero camino de su salvacion. Predicóles várias veces sobre lo que más les convenia, y si bien los más le escuchaban enternecidos, familiarizados ya con su mal estado, se quedaron, no obstante, en su obstinacion, habiéndose determinado cuatro ó cinco de ellos solamente á presentarse á sus amos y vivir como debian. Allí el venerable misionero cayó enfermo de peligro; pero fué Dios servido de restituirle la salud con una extraña comida de cangrejos que se le antojó, y luégo se fué al puerto de Macao con los cristianos prófugos que se determinaron á seguirle. Aquí fueron honrosamente recibidos de los portugueses sus vecinos, y despues de

refrescar sus provisiones se partieron para Chin-ch
En esta ciudad no adelantaron más en las pesquisas q
en Quan-tung, y vista por D. Fernando la inutilid
de sus esfuerzos, trató de regresar á Filipinas. Con
el celo del P. Gandullo por la propagacion del Eva
gelio habia sido el primer móvil que lo habia decidi
á emprender este viaje, tanteó algunos medios para v
si sería posible entablar una mision en el país, pero t
vo el desconsuelo de averiguar la extraordinaria repu
nancia que tenian los gobernadores de que se qued
sen extranjeros en el imperio. Ya que le era preci
regresar á Filipinas, preguntó si sería asequible un pe
miso de la autoridad para el efecto deseado, y los ma
darines inferiores, siempre sedientos de dinero y di
puestos á comprometer el honor por el interes, le si
nificaron que era cosa fácil dando alguna suma por
chapa ó licencia. El misionero no tuvo inconvenie
te en franquear la suma pedida para facilitar el fin q
tánto deseaba la provincia, y en seguida recibió un p
pel escrito en caractéres que él no entendia; mas lu
go que se lo interpretaron, halló que la licencia sólo
extendia á que podia comprar víveres en la ciudad d
rante su permanencia en la misma. Con este chasco
acabó de convencer que áun no era tiempo de intr
ducir en este ingrato imperio la ley santa del Seño
Entre tanto los asesinos de Dasmariñas andaban erran
tes por Cochinchina y reinos circunvecinos, y m
tarde fueron habidos algunos de ellos por el gobiern
de Macao, los que, remitidos á Manila, expiaron en l
horca su perfidia; pequeña satisfaccion por un delit
tan atroz y de tan funestas consecuencias.

83. Poco despues de haber llegado á Manila el padre Gandullo, aparecieron en la bahía de la misma capital embarcaciones chinas con algunos mandarines, los cuales visitaron por dos veces al Gobernador, sin haberse podido traslucir el verdadero fin de su viaje. Esta novedad, con las circunstancias de la traicion de los chinos que asesinaron al malogrado Dasmariñas, é indiferencia con que los vireyes de Quan-tung y de Fo-Kien trataron á los comisionados del gobierno de las islas, hizo concebir sospechas sobre si habria algun plan entre los chinos (que á la sazon eran en gran número en la capital y sus alrededores) contra el gobierno español: sospechas que se hacian más creibles, en atencion á que los champanes apénas traian efectos de comercio. Sin embargo, no por esto temió el Gobernador sorpresa alguna, porque tenía la ciudad bien guarnecida, y con los recursos necesarios para oponerse á cualquiera tentativa. Con este motivo, y la incertidumbre que se tenía del buen éxito que podria tener la segunda embajada enviada á Japon, no se llevó á efecto por entónces la expedicion organizada para sujetar las islas del Moluco.

84. Estos acontecimientos alarmantes fueron quizá el motivo principal porque la provincia del *Santísimo Rosario* omitió en 1594 la celebracion del capítulo intermedio en el tiempo designado; pero como era muy conveniente celebrar estas religiosas asambleas cuando la corporacion no estaba aún perfectamente organizada, el Provincial, con el parecer de los PP. más notables de la misma, se determinó á convocar una junta que pudiese suplir las veces de aquél, para el 14 de

Diciembre del expresado año. En ella se aceptaron las actas del capítulo general que se habia celebrado en Venecia el año de 1592, con algunas glosas acomodadas á las circunstancias del país y estado excepcional de la provincia. Se decidieron tambien en la misma junta muchos puntos relativos á la uniformidad que sus religiosos debian observar en la administracion de los santos sacramentos, y se hicieron algunas ordenaciones que muestran el espíritu de fervor que animaba á los pocos religiosos de que se componia á la sazon la provincia del *Santísimo Rosario*.

85. Estando los padres en la junta se les presentó personalmente el gobernador interino de las islas, don Luis Perez Dasmariñas, manifestándoles la gran necesidad que habia de ministros evangélicos en la provincia de Cagayan, pues hasta los españoles que guarnecian la ciudad de la Nueva Segovia estaban sin sacerdote que les confesase y celebrase el santo sacrificio de la misa, y les rogó se hiciesen cargo de su administracion. Muchos indios de aquella provincia reconocian ya, por otra parte, el gobierno de S. M. Católica, y pagaban su tributo á los encomenderos, sin que se hubiese tratado hasta entónces de adoctrinarlos en la verdadera religion, por falta de PP. misioneros. Nuestros religiosos, que no deseaban ménos propagar la luz del Evangelio que el piadoso Gobernador, si bien se alegraron en el alma de una propuesta tan acomodada á sus intentos, sentian, no obstante, la falta de sujetos para llevarlo á efecto; porque era indispensable fundar misiones en su extenso territorio, y sostenerlas, lo cual no les era posible por entónces. Accedió, sin embargo,

á los deseos del celoso Dasmariñas, enviando desde luégo al intento á dos excelentes religiosos, para que, como exploradores evangélicos, tomasen posesion de la tierra y preparasen el camino á otros misioneros que aguardaba la provincia, y pensaba destinar para la conversion de los muchos pueblos y naciones que habitaban al norte de Luzon, sumergidos en las tinieblas de la gentilidad.

86. La provincia de Cagayan habia sido reconocida por la primera vez en algunos puntos de su costa, por el célebre conquistador D. Juan de Salcedo el año de 1572, como ya queda indicado en su lugar. Entró en los rios de Cubicungan y Abulug, y por último requirió á los indios que habitaban en las riberas del grande Ibanag, que casi baña toda la provincia, y es, sin contradiccion, el más caudaloso de las islas, al cual llamaron Tajo los primeros españoles que fundaron la ciudad de Nueva Segovia. No estaban los cagayanes por entónces en disposicion de obedecer á unos extranjeros que no conocian todavía, ni Salcedo tenía elementos para subyugarlos con las armas; por esto desistió de proseguir en sus requerimientos amistosos, y con harto peligro de la expedicion se hizo á la vela y los dejó en su independencia; luégo dobló el cabo de Engaño, desde cuyo punto navegó por la contra-costa hasta el puerto de Piapi.

87. Cagayan quedó independiente hasta el año de 1581. En esta época dió principio su conquista con motivo de la llegada de un corsario japonés, llamado Tay-fusu, que se creyó trataba de enseñorearse de sus costas. Don Gonzalo Ronquillo, que á la sazon gober-

naba estas islas, noticioso del suceso, trató seriamen de desalojar de ellas al corsario, y al mismo tiemp sujetar toda la provincia á la obediencia de S. M. E héroe á quien se confió tamaña empresa era el capitan D. Pablo Carrion, quien se hizo á la vela en la bahía de Manila en dicho año, al frente de una pequeña escuadra, compuesta de algunos buques y sesenta y seis soldados españoles solamente, á los cuales se agregaron ocho en Bolinao y cuarenta en la villa Fernandina. Tambien estaban á sus órdenes algunos indios fieles, y por capellan de la escuadra iba el P. Fr. Cristóbal de Salvatierra, compañero y provisor del señor Obispo de Manila, como asegura el Ilmo. Sr. D. Fray Diego Aduarte. Se agregó igualmente á esta expedicion un P. Agustino, llamado Fr. Francisco Rodriguez, segun el P. Gaspar de San Agustin. Hechas las detenciones necesarias en los puntos indicados, siguió la escuadra su derrota hácia el cabo de Bojeador, y despues de haberlo doblado felizmente, descubrieron un buque japonés, que se vieron precisados á batir. Los corsarios opusieron una resistencia inesperada, y por el valor que desplegaron, aunque al fin vencidos, dieron á entender á sus contrarios que eran otra clase de guerreros de los que hasta entónces habian conocido en las islas. Este incidente fué muy útil á los nuestros, porque les instruyó acerca de las trazas que tenian para pelear sus adversarios, y en su vista tomaron las precauciones necesarias para salir victoriosos. Vencido el buque japonés, siguió la escuadra su viaje hácia el Este de la isla hasta la barra del gran rio Ibanag, en donde estaba con los suyos Tay-fusu. Afortunadamente hizo su en-

trada nuestra escuadra en medio de la noche sin ser vista, y en seguida dispuso Carrion levantar un pequeño baluarte de fagina con una estacada, montado por dos piezas y un pedrero. Tay-fusu no tardó en tener noticia de la cercanía de la escuadra española; pero no la creia ya internada en el rio. Por la mañana, cuando la aurora empezó á disipar las tinieblas de la noche, reparó el corsario con asombro que las naves españolas estaban fondeadas no muy léjos de las suyas, y desde luégo reunió su gente, la puso en órden de batalla y se dispuso á batir á los nuestros en su fuerte. No creian sin duda los japones hallarlos prevenidos, y sin embargo, fiados más de lo que les convenia en su valor, dieron principio á un combate desigual. Ellos atacaban con alfanje y rodela, y los nuestros, ademas del sable y lanza, tenian cañones y buenos arcabuces; de suerte que, al acercarse los japones á la estacada recibieron una carga, en la que muchos de ellos perecieron. En su primera embestida mataron al valiente D. Martin de Saldivia é hirieron á D. Gonzalo de Heredia; pero desconfiados de poderse apoderar del fuerte por aquella parte, lo atacaron por la otra, en donde estaban las piezas cargadas de metralla, las que disparadas, como suele decirse, á quema-ropa, hicieron en ellos estragos horrorosos. El campo quedó cubierto de cadáveres, y advirtiendo los pocos enemigos que quedaban el riesgo que corrian de insistir en su demanda temeraria, se retiraron á sus buques, levaron anclas y se hicieron á la vela, dejando á los nuestros señores de la tierra. Murieron en esta accion cuatro soldados españoles, y á los pocos dias otros dos, de los nueve heri-

dos que llevaron á la villa Fernandina para curarlos. Carrion dió cuenta en seguida á Ronquillo del éxito feliz de la jornada, y su noticia llenó de júbilo á los vecinos de Manila. Se premió á los que más se distinguieron en esta heroica accion, se dió una encomienda al capitan, y se le ordenó que no regresase á la capital hasta que la provincia reconociese su gobierno.

88. Carrion, con la órden terminante de Ronquillo, emprendió desde luégo la conquista de una provincia belicosa, pero dividida en partidos, que se aniquilaban. Habia en ella á la sazon un guerrero muy famoso, llamado Guiab; hombre de gran estatura, de muchas fuerzas y valor, que con trescientos hombres que tenía muy adictos y aguerridos, imponia la ley á los pueblos y los tiranizaba á su salvo. Noticioso de la llegada de los nuestros, y del modo con que habian derrotado á los japones, quedó poseido de asombro y de terror. Ponderáronle el órden que guardaban en la pelea, su valor, la blancura de sus rostros, la singularidad de sus vestidos, las guarniciones de hierro que llevaban, y al fin, que tenian unos palos, con los cuales arrojaban rayos para matar á quien querian. Esta noticia, que debia alebrestarlo, le hizo entrar en reflexion y tomar un partido razonable. Desde luégo se determinó á entablar con ellos amistad, les envió por delante algunos comestibles de regalo, y en seguida se presentó como amigo en su campo. Los vecinos pueblos, al ver las diligencias que Guiab estaba practicando, juzgaron, no sin fundamento, que los intentos del que hasta entónces los habia tiranizado no eran otros que de tenerlos más sujetos y rendidos, con el favor de los guerreros que

ya consideraban invencibles. En tal concepto procuraron desacreditarlo, y manifestar á Carrion, que siempre habia procedido con doblez, que era un tirano, que los tenía oprimidos, y que ellos preferian prestar obediencia al gobierno español que estar por más tiempo bajo la influencia de un hombre á quien justamente odiaban.

89. Aquel capitan, falto de experiencia, acogió con ligereza las quejas, tal vez exageradas, de los enemigos del guerrero, quienes no deseaban otra cosa que librarse de un rival á quien temian. Es cierto que Guiab era un tirano que se hacia respetar por su valor; pero, ¿acaso era otro el principio de autoridad reconocido por los pueblos cagayanes? Si el capitan de nuestra gente hubiera conservado la amistad que de tan buena fe, parece, le ofrecia aquel jefe, hubiera seguramente reducido la provincia con más facilidad y sin derramar sangre; mas él creyó que debia anteponer la sujecion que unos pueblos, al parecer sencillos y pacíficos, le ofrecian, á la correspondencia amistosa de un valiente que tenía ya por sospechoso. En su consecuencia se declaró la guerra entre Guiab y Carrion, cuyas fuerzas no tardaron en batirse. Éste, ademas de los soldados españoles, contaba con los indios enemigos de aquél, y el resultado no podia ser dudoso. En efecto, despues de algunos combates, Guiab cayó en las manos de los nuestros, y Carrion lo mandó ahorcar, en pena de las muchas vejaciones que habia causado á los pueblos en el largo tiempo de su despótico dominio. Con esto pensaba el capitan que la provincia quedaria desde entónces sujeta á su gobierno; pero sus cálculos en esta parte se frustraron; pues los cagayanes, libres ya del enemigo

que los habia oprimido, se negaron á la obediencia prometida, y en seguida se dispusieron á disputarles la tierra con las armas, cuyos resultados hubieran sido muy funestos para las armas españolas, si la providencia no les proporcionára una buena coyuntura, de la que Carrion se supo aprovechar con más acierto.

90. En los pueblos de la costa habia dos hermanos poderosos, pero tan mal avenidos, que, olvidando los deberes de la sangre, se hacian la más cruda guerra. Tuliao, uno de ellos, logró en una ocasion sorprender al otro hermano, y no atreviéndose á matarlo ni dejarlo en libertad, lo encerró en una jaula, en donde lo tuvo por mucho tiempo asegurado. El infeliz prisionero, cansado de sufrir esta penosa afrenta, suplicaba al hermano que lo librase de un estado tan ignominioso, ó le quitase de una vez la vida, que ya no podia soportar. Consiguió al fin su deseada libertad, y en vez de mostrarse agradecido á su hermano vencedor, se resolvió á vengar los ultrajes recibidos, declarándole la guerra, cuyos sucesos eran varios y crueles cuando Carrion entró en Cagayan. El partido que temia sucumbir imploró el auxilio de los nuestros, con el cual triunfó de sus contrarios; pero todos reconocieron desde luégo la autoridad del jefe que representaba la persona de S. M. en la provincia. Sólo así pudieron terminarse las guerras intestinas con que mutuamente se aniquilaban los infelices cagayanes, y franqueárseles la puerta para entrar en el seno de la religion y de la Iglesia, que paulatinamente los trasformó de lobos carnívoros en mansos corderos, muy sumisos á la voz del buen Pastor.

Luégo que aquellos pueblos reconocieron al gobierno español, se dió principio á la fundacion de la ciudad de la Nueva Segovia en el pueblo de Lal-lo, tres leguas distante de la mar, en la ribera derecha del rio Ibanag. Levantaron un fuerte, edificaron una iglesia y los PP. Agustinos se hicieron cargo de su administracion. El P. Gaspar de San Agustin quiere suponer que desde allí acudian los religiosos de su provincia á la conversion de otros pueblos: éstos serian, á no dudarlo, sus deseos, y tal vez lo probarian, atendiendo el celo de los primeros misioneros de las islas; mas el resultado no corresponderia á sus esfuerzos, porque cuando en 1596 entraron definitivamente nuestros religiosos en esta provincia, ni hallaron fuera de la ciudad iglesias, ni capillas, ni cagayanes bautizados. Aquellos primeros misioneros más bien fueron capellanes de tropa ocupada en pacificar los indios, que ministros apostólicos de éstos, establecidos en aquella provincia para llevar á cabo su completa evangelizacion y catequismo. El Ilmo. Aduarte, que hablaba de lo mismo, asegura que habia oido á los que lo presenciaron, y visto por sus ojos, que á la llegada de los nuestros hacia mucho tiempo que ya no habia religiosos Agustinos en la ciudad, por haberla abandonado, convencidos de la inutilidad de su ministerio, por las guerras y vida corrompida de muchos. «Estando, dice, los religiosos juntos en esta ocasion (de la junta intermedia referida), entró el Gobernador, que entónces era don Luis Perez Dasmariñas, y les representó la necesidad grande en que estaban los españoles en la ciudad y provincia de la Nueva Segovia, sin sacerdote que los con-

fesase, cuanto ménos quien enseñase y predicase el Santo Evangelio á los indios naturales de ella, que habiendo ya muchos años que estaban sujetos á S. M. y pagaban tributo á sus encomenderos, nunca habian tenido quien les predicase la fe, y se estaban tan ciegos é infieles como si nunca hubieran reconocido por rey á un príncipe católico» (1). Y más abajo añade: «El sacerdote que en aquellos primeros lances acompañó á los españoles fué el P. Fr. Cristóbal de Salvatierra, de la Órden de nuestro Padre Santo Domingo, que fué el primer sacerdote que aquellos indios vieron; y aunque, por no saber la lengua, no trató de su conversion, no dejó de hacerles mucho bien, yendo á la mano á los soldados para que no les hiciesen tantos agravios, que excusarlos todos era imposible: volvió presto á Manila, que era necesaria allí su persona, y fueron á aquella provincia religiosos de nuestro Padre San Agustin, y vivieron en la nueva ciudad con los españoles; mas no trataron del ministerio de los indios, pareciéndoles que áun no estaban de sazon, por andar muy alborotados con las guerras, como en las demas partes de las Indias se ha hecho. El modo de proceder de los soldados y vecinos que por este tiempo allí residian, era tan poco cristiano, y las exhortaciones de los sacerdotes hacian en ellos tan poco efecto, que tomaron por buen consejo dejarlos en sus disensiones; pues no querian la paz que les persuadian, y una no-

(1) Ya se dice despues la causa por que se retiraron de allí los PP. Agustinos, y nos complacemos en consignarlo, para que conste siempre que no fué por su voluntad ni por falta de celo, que lo tenian bien acreditado.

che, sin ser sentidos, los dejaron y se fueron. Mucho tiempo vivieron sin sacerdote, sin sacramentos y sin doctrina, y tan descuidados de Dios y de sus almas, que dejaban pastear las vacas en la iglesia, y una tabla de Nuestra Señora que en ella habia quedado estaba llena de telarañas, sin que hubiese quien en esto reparase, como gente olvidada de sus almas. En esta necesidad estaba aquella provincia, cuando el noble y devoto gobernador D. Luis Perez Dasmariñas pidió en la junta dicha se enviasen religiosos que siquiera administrasen los sacramentos á los españoles.» (Lib. I, cap. XXXIV.) Tal es el cuadro lastimoso que presenta este gravísimo autor de la provincia de Cagayan, ántes de que nuestros religiosos entrasen en ella para reducirla al gremio de la fe; cuya relacion debe tenerse por verídica, en atencion á la virtud de su autor y tiempo de que hablaba; habiendo llegado á Manila en 1595, cuando se confió la conversion de ella á la provincia del *Santísimo Rosario.*

91. Los primeros religiosos de la Órden que fueron enviados á la Nueva Segovia en virtud de lo dispuesto por los PP. de la junta de 1594, fueron los PP. fray Diego de Soria y Fr. Tomas Castellar, ambos misioneros de prendas relevantes; siendo el primero á la sazon prior del convento de Manila y despues segundo obispo de aquella ciudad, y el segundo vicario de Pangasinan. El estado en que hallaron la provincia era verdaderamente deplorable. En su vista, no trataron por entónces de fundar mision alguna, y sólo procuraron aprender el idioma, y reconciliar los ánimos de aquellas gentes, que tanta necesidad tenian de ministros.

Permanecieron entre ellos medio año, hasta que desanimados y sin esperanzas de poder conseguir los altos fines que se habia propuesto la provincia, se resolvieron á salir de un país en donde creian inútil su presencia, como lo habian hecho los PP. Agustinos. Ya estaban en el pueblo de Pata, último de la provincia por la parte del O., con intento de trasladarse á Manila (por Agosto de 1595), cuando llegó al mismo pueblo una nave que conducia seis PP. misioneros de la misma Órden y provincia nuestra, que el Provincial habia despachado para la conversion de Cagayan, en virtud de la licencia que le habian otorgado el gobernador D. Luis Perez Dasmariñas y el cabildo eclesiástico en sede vacante, en 25 de Junio del mismo año.

No es difícil entender cuál sería el contento de aquellos virtuosos misioneros al verse juntos: desde luégo mudaron los primeros de intento, se reunieron á los recien llegados, y todos se presentaron en la ciudad de la Nueva Segovia con intento de dar principio cuanto ántes á las tareas apostólicas. Permanecieron, no obstante, en el convento hasta Setiembre, disponiéndose para tamaña empresa con la oracion, penitencias y ayunos, á fin de alcanzar los auxilios necesarios del Señor. El ejemplo de estos virtuosos misioneros contribuyó en gran manera á excitar y disponer los ánimos de los indios en favor de la religion que predicaban, y su vida penitente les inspiró una idea capaz de hacerles tributar la veneracion que convenia, para que oyesen su doctrina y abrazasen la fe que les debian anunciar con su palabra. Aparejados ya los nuevos operarios para trabajar en el campo del Señor, dieron principio desde

luégo á tres misiones, en las cuales se comprendian todos los pueblos de la costa. Los PP. Fr. Miguel de San Jacinto y Fr. Gaspar Zarfate fueron enviados al pueblo de Pata; el P. Fr. Ambrosio de la Madre de Dios, con el hermano Fr. Domingo de San Blas, lo fué al de Tular ó Abulug; el P. Fr. Antonio de Soria, con otro hermano lego, al de Camalanyugan, y el P. Vicario provincial, Fr. Diego de Soria, con el P. Fr. Tomás Castellar, se quedaron en la ciudad, para cuidar de los españoles soldados de la guarnicion é indios de Lal-lo. En estos pueblos se levantaron iglesias y casas para la habitacion de los PP. misioneros, pero con la pobreza extremada que era consiguiente en aquel tiempo, en que los religiosos carecian de recursos, y no convenia molestar á los infieles, para no hacerles odiosa la vida cristiana, á que se trataba de convertirlos.

Los de Pata fueron los que mejor recibieron á los PP. misioneros, pues los dominaba un indio principal, llamado Iringan, que sin embargo de ser aún infiel, tenía mucho afecto al Gobierno español. Con su actividad las obras de casa é iglesia se llevaron muy pronto á término, y fueron las primeras que nuestros religiosos dedicaron al culto, dándoles por titular la gloriosa Santa María Magdalena, bajo cuyo amparo se dió principio al catecismo, que no rehusaron muchos de sus naturales.

92. No debe dejarse sepultado en el olvido un caso prodigioso, que habia sucedido en este pueblo ántes de la llegada de nuestros misioneros, y que los alentó en gran manera para emprender su conversion. En él ha-

llaron levantada una cruz, y como no habia aún cristiano alguno, les llamó la atencion esta novedad. Preguntaron los misioneros desde luégo cuál habia sido el motivo de tener el distintivo de nuestra santa religion siendo gentiles, y sin dificultad les contestaron que algunos años ántes habia sucedido en el pueblo una enfermedad contagiosa, que causaba estragos horrorosos; que habia á la sazon un encomendero muy humano y pacífico, llamado D. Juan Fernandez de Najara, á quien los habitantes respetaban, y que al verse éstos en extremo afligidos, se le presentaron y le pidieron les facilitase algun remedio saludable para librarse de la calamidad que padecian. El encomendero les confesó ingenuamente que no sabía curar; pero al mismo tiempo añadió: «Dios es el que sabe y puede remediar estos males. Confiemos en él y en su unigénito Hijo, que se hizo hombre y murió en una Cruz, en cuya señal os curará: es cosa que nosotros los cristianos reverenciamos y estimamos mucho, y podrá ser que por esta devocion el Señor se apiade de vosotros: traed los maderos y la trazarémos.» Hizo Najara una cruz, la colocó en aquel sitio y dispuso se la honrase con una salva de arcabucería; y en seguida, puesto él y los suyos de rodillas, á los cuales los indios imitaron, suplicaron al Señor que se dignase suspender aquel castigo por la señal de la Santa Cruz, con la cual Jesucristo habia redimido el mundo. Las oraciones de Najara fueron oidas, pues cesó inmediatamente la epidemia, y los indios respetaron desde entónces aquel instrumento prodigioso de salud. De esta suerte se dignaba el Señor preparar de antemano á los indios caga-

yanes, para que pudiesen recibir dignamente el tesoro inestimable de la fe. El mismo Iringan habia hecho una cruz pequeña á imitacion de la primera, y la conservaba devotamente en su casa, persuadido de que con ella se preservaria de la peste. Tal era la impresion que esta señal admirable de salud habia hecho en su alma.

93. Estas disposiciones, sin embargo, y el afecto de los indios hácia los PP. misioneros, no facilitaban á estos celosos operarios los progresos que debian prometerse. Sus hechiceras ó sacerdotisas los tenian alucinados con embustes, y éstas eran las que con todos sus esfuerzos y tenaz resistencia se oponian á la doctrina santa del Señor. Pero no tardaron en experimentar un manifiesto desengaño, que les anunciaba la próxima ruina de la falsa religion que practicaban. El enemigo comun, cuya causa habian hecho hasta entónces, se apareció en una ocasion á Fulangan, una de ellas, y le dijo: «Ya no me hallarás más, ni puedo estar por más tiempo entre vosotros, de vergüenza por haber recibido en vuestro pueblo á los *encogullados.*» Esta aparicion la manifestó la misma hechicera á los PP. misioneros y á muchos cristianos, y sea cual se quiera la realidad del hecho (que bien pudo ser algun ardid para ponerse en buen lugar la embustera), los efectos se patentizaron por la experiencia, porque desde aquel dia cesaron los oráculos con que los vecinos de este pueblo eran lastimosamente fascinados.

Otra hechicera muy famosa habia en Cabicunga, que hacia notable oposicion á los PP. misioneros, retrayendo á los indios y excitándolos á permanecer obstinados en sus errores. Aquéllos la amenazaron al prin-

cipio, y le dijeron que si no desistia de seducir al pueblo, harian que fuese castigada en la ciudad; pero ella, cada dia más tenaz, los despreciaba altamente, sin desistir de su empeño. Los PP. por fin se resolvieron, ántes de proceder á ulteriores medidas, á enviarle á Iringan para que la redujera, ó á lo ménos procurára que desistiese de seducir á los demas. Este principal no se negó á desempeñar la comision; pero temeroso de algun funesto resultado, no se atrevió á presentarse en la casa de aquella mujer endiablada, á quien todos temian, sino armado con la señal poderosa de la Cruz. El padre misionero se la pintó en el pañuelo que llevaba en la cabeza, y de esta suerte se presentó en Cabicunga. Fué tan eficaz esta piadosa diligencia de Iringan, que la hechicera desapareció al verle, dejando á los indios muy creidos en que el demonio se la habia llevado á los abismos del infierno. En vista de unos hechos que no podian explicarse sino atribuyéndolos á una virtud divina, los indios cagayanes de la costa empezaron á desconfiar de sus sacerdotisas y respetar á los PP. misioneros, que les persuadian á entrar por el sendero de la verdadera religion.

94. Algun tiempo, sin embargo, transcurrió sin que aquella miés, que tanto prometia, estuviese en sazon. En Pata eran los PP. misioneros bien tratados; pero el pueblo, envejecido en sus antiguas supersticiones y errores, no se determinaba, en su grande mayoría, á mudar de religion. El primer triunfo de la gracia fué la conversion de Siriban, obrada por el ministerio y diligencias del vicario provincial Fr. Diego de Soria. En Siriban un indio muy valiente, y por lo mismo temido

y respetado de los indios de toda la comarca, y su autoridad se extendia hasta Masi. Acusado por sus émulos al Sr. Alcalde mayor de la provincia, fué perseguido por este jefe, el cual procedió con muy poco miramiento contra el régulo, atendido su prestigio é influencia. Uno de los cargos que se hacian á Siriban era que tenía muchas mujeres, y el Alcalde cometió la imprudencia de prenderlas y azotarlas, á pesar de que la una estaba á la sazon embarazada. Éste, resentido de una disposicion tan ofensiva, se asoció con algunos compañeros de valor y se retiró á los montes, deseoso de vengarse en la primera ocasion favorable que se ofreciese á sus designios. Esto habia sucedido ántes de la llegada de nuestros religiosos á Cagayan, quienes, enterados de las circunstancias del hecho, aplicaron desde luégo su cuidado á remediar del mejor modo un mal que pudiera ser la ruina de sus planes. Las nobles disposiciones que mostraba Siriban para entablar una honrosa transaccion animaron á aquel ilustre misionero para procurar su conversion. Ante todas cosas interesó á todos los religiosos de la provincia para que pidiesen con instancias al Señor, en sus sacrificios y oraciones, se dignase ablandar el corazon de aquel jefe principal con los auxilios de su gracia, persuadido de que su conversion determinaria la de toda la provincia, como se verificó efectivamente. Oyó sin duda el Señor los ruegos de sus siervos, pues á los pocos dias accedió gustoso Siriban á bajar á cierto sitio convenido, en donde el P. Fr. Diego sin acompañamiento de soldados, le podria decir lo que bien le pareciese. Verificóse en efecto la anunciada conferencia, y fué su resultado

tan extraordinario y sorprendente, que desde luégo el principal bajó á Pata, se puso como un manso cordero en las manos de los PP. misioneros, aprendió el catecismo como un niño, y por la Pascua de Resurreccion de 1596 recibió el santo sacramento del Bautismo, con otros siete principales, en la ciudad de Nueva Segovia. Tales fueron las primicias que nuestros misioneros ofrecieron al Señor en la clase de adultos de Cagayan. Desde entónces aquella viña tan estéril empezó á producir tan copiosos frutos, que para recogerlos no bastáran otros tantos operarios.

95. Desde Pata fué la gracia dilatando la esfera de sus conquistas hasta Tular ó Abulug, en donde el reino de Dios debia anunciarse á la tierra por medio de un prodigio manifiesto. Se habia levantado una iglesia en este pueblo por sus mismos habitantes; mas áun no habia llegado entónces para ellos la hora de su verdadera vocacion al cristianismo; y si se habian prestado á trabajar en la construccion del templo, no era tanto por afecto á la religion á que se dedicaba, sino por temor de la autoridad ya entónces constituida. De esta suerte tenian á los PP. misioneros entretenidos con pretextos y evasivas, excusando la instruccion del catecismo, y permitiendo tan sólo que algunos niños lo aprendiesen. Celebraban juntas, en las cuales discutian y trataban de qué modo podrian expelerlos de su tierra. El resultado de sus reuniones fué, que dos principales, llamados Cafugao y Tuliau, con buena cantidad de oro, se resolvieron á partir para Manila, con el fin de gestionar ante el Gobierno el fin de sus designios. Se hicieron, en efecto, á la vela en una buena embarca-

cion, y despues de haber sufrido algunas borrascas peligrosas, llegaron á la villa Fernandina, en donde manifestaron su proyecto á varios principales conocidos. Éstos, en vez de apoyarles en su necia pretension, como ellos esperaban, procuraron disuadirlos del intento, haciéndoles presente que era un error expeler de su pueblo á los PP. misioneros, estando sometidos á la obediencia del gobierno de Manila. Los comisionados cagayanes se empeñaron, no obstante, en proseguir su viaje, puesto que ya estaban en la mitad de su carrera. Siguieron en efecto costeando hácia el Sur; pero luégo advirtieron con asombro que una virtud oculta los detenia á su pesar, y veian con asombro que otros buques seguian su derrota sin oposicion hácia el mismo punto, sin que el suyo adelantase ni pudiera moverse de su sitio. Cansados ya de forcejar en vano, y desesperanzados de poder llegar por entónces á Manila, regresaron á la misma villa, y sus amigos volvieron á disuadirles de su necia pretension. «Los religiosos que teneis, les decian, no os han de hacer mal alguno; os defenderán, por el contrario, de los agravios que los soldados os hicieren. Los pangasinanes están con ellos muy contentos; comen hierbas y pescado, andan á pié, no van en busca de riquezas, y lo poco que les sobra lo distribuyen entre los necesitados.» Con estas persuasiones eficaces, y la experiencia de lo acontecido en su viaje, se resolvieron á regresar á su pueblo, y manifestar á los que les habian enviado, la verdadera causa de su vuelta. Verificáronlo así, y los que ántes se habian mostrado tan rebeldes á la fe, fueron los más decididos en pedir la instruccion de la doctrina y aprender

el catecismo para recibir el santo sacramento del Bautismo. Otros muchos imitaron su ejemplo, y en breve los fieles de Abulug se distinguieron por su fervor, devocion y caridad, habiendo sido en várias ocasiones el consuelo de toda la provincia.

96. Terminadas ya las obras de casa é iglesia de Abulug, trataron nuestros religiosos de edificar otro templo en Camalanyugan. Este pueblo, sin embargo de ser el más cercano á la ciudad, pues sólo dista de ella poco más de una legua, era el que más se resistia á recibir la doctrina de la fe. Sus vecinos habian profesado siempre mucho afecto á los españoles, á quienes habian auxiliado fielmente en los combates que se habian ofrecido con motivo de la oposicion de otros pueblos á su obediencia; pero no manifestaban las mismas disposiciones respecto á su religion y á sus creencias. No se opusieron, es verdad, á recibir en aquel pueblo á los PP. misioneros que el Vicario provincial les designó, ni á trabajar en las obras necesarias de casa é iglesia; pero estaban muy léjos de pensar que habian de tenerlos por largo tiempo entre ellos. Para mostrar de algun modo el disgusto que su presencia les causaba, se retraian de tratar con ellos pública y privadamente; y si alguna vez se veian á ello precisados, lo hacian con el mayor disgusto, preguntándoles con frecuencia cuándo se marchaban de su pueblo; los padres tomaron el arbitrio de contestarles que lo harian cuando el rio grande que baña este pueblo se secase. Con esto ya no les molestaron más con aquella pregunta importuna; pero no dejaron de portarse con la misma indiferencia con ellos. Las mujeres, aunque muchas

veces por curiosidad procuraban verlos, solian practicarlo á escondidas y por las espaldas, y al verse descubiertas, se apresuraban á ocultarse como fieras. Sucedia á veces que al pasar en frente de algun P. misionero con alguna carga, la tiraban al momento, con el fin de estar más expeditas para esconderse. Á pesar de esta repugnancia y aversion, con la paciencia, constancia y celo de los PP. misioneros los camalanyuganes recibieron al fin la instruccion del catecismo, y se convirtió á la fe todo aquel pueblo, que tan mal dispuesto se mostraba á recibirla. Poco despues se levantó tambien una iglesia en el pueblo de Bugay, el más distante de la provincia por la banda del E., y no léjos del cabo de Engaño, el cual, por contener pocos vecinos, quedó por entónces como anejo ó visita de aquél.

97. Éstos fueron los primeros pueblos que nuestros religiosos convirtieron á la fe en la extensa provincia de Cagayan, los mismos que más de una vez han dado pruebas nada equívocas de fidelidad y adhesion al gobierno que los rige. Cuando S. M. á fines del siglo xvi, con motivo de los irregulares procedimientos de los primeros conquistadores, dispuso que se procurase por medios prudentes y suaves que los indios de las islas prestasen de nuevo obediencia á su corona para aquietar ciertos escrúpulos, los habitantes de estos pueblos tan léjos estuvieron de oponerse á la voluntad del piadoso Rey, que fueron los primeros en apoyarla. Siriban, principal de Pata, de quien se ha hecho mencion, dijo francamente «que por sí y por los suyos daba de muy buena gana esta obediencia al Rey, nuestro señor, por el gran bien que les habia hecho con haberles en-

viado religiosos, á los que si ántes hubieran conocido mejor hubieran ido á buscarlos en su tierra.» Los principales de otros pueblos dijeron «que daban la obediencia con la misma buena voluntad, por haber ido españoles á su tierra, que los libraron de la tiranía de sus régulos, y enviado religiosos que los defendiesen de las vejaciones de algunos de ellos.»

98. El primer obispo de la Nueva Segovia, el señor D. Fr. Miguel de Benavides, en la relacion que dirigió á la Santidad de Clemente VIII acerca del estado de su iglesia, despues de haber hablado de los pangasinanes, refiere lo que de los cagayanes habia visto y oido de testigos oculares en los términos siguientes: «Esta provincia de Cagayan áun es más nueva en la predicacion del Evangelio; tres años sólo há que hay en ella ministros de la Órden de Santo Domingo; pues ántes sólo habia habido uno que otro sacerdote en el lugar de los españoles, y en lo que tocaba á la predicacion de los indios áun no se habia tratado. La gente natural de ella es muy briosa, y su pacificacion ha costado á los españoles harto trabajo y vidas de muchos. Entrando en ella los religiosos de Santo Domingo, se fueron luégo á vivir entre los indios, é hicieron sus iglesias y casas, que más parecian chozas. El no haberlos muerto los indios, sino ántes recibirlos en sus pueblos (aunque hubo sus dificultades para ello en algunas partes), procedió del buen nombre que habia llegado á ellos de los que ya se hallaban en la provincia de Pangasinan, que trataban á los indios como hijos, y los defendian de quien los ofendia. Considerando ellos el modo de los religiosos en su entrada,

su paciencia en los trabajos, su comida de vigilia, sus muchos ayunos, mucha oracion y gran pobreza, su mansedumbre y amor con que los trataban, ha sido Dios servido que en los pueblos donde hay religiosos todos quieren ser cristianos; de manera que no sólo se han allanado para Dios, sino tambien para los españoles; de suerte que los religiosos han pacificado y asegurado lo que ántes no lo estaba, pues eran menester presidios y muchos soldados en donde ahora están de sobra.» Otras várias noticias escribia aquel prelado, que nos dan una idea nada equívoca de los progresos que la doctrina de la fe hacia á la sazon en Cagayan, cuyos habitantes, por otra parte, de un carácter belicoso, se interesaban de un modo extraordinario en tener ministros de la verdadera paz para que les enseñasen los dogmas y preceptos de nuestra santa religion, cuando ántes se habian mostrado tan tenaces y rebeldes. Tales eran los efectos sorprendentes que producia entre ellos la palabra de salud, pronunciada por ministros tan ejemplares y llenos de celo por la gloria de Dios.

TERCER PERÍODO.

COMPRENDE DESDE EL AÑO 1595, Y EXPEDICION AL REINO DE CAMBOJA, HASTA EL CAPÍTULO PROVINCIAL CELEBRADO EN 1602, EN QUE SE ACUERDA LA IDA DE NUESTROS PRIMEROS MISIONEROS Á JAPON, Y SE DA FIN AL PRIMER LIBRO.

CAPÍTULO VII.

Llega una mision á la provincia en 1595. — Expedicion al reino de Camboja de los PP. Fr. Alonso Jimenez y Fr. Diego Aduarte. — Sus trabajos en la mar. — Estado del reino. — Exploran el ánimo de su gobernador. — Su viaje á Churdamue. — Visita el P. Aduarte un monasterio de bonzos. — Los chinos molestan á los españoles, y son privados de sus champanes. — El P. Jimenez se presenta en la córte, y averigua que el intruso trató de matarle con los suyos. — Vuelve solo á Churdamue, y el P. Aduarte va á consolar á los españoles detenidos. — Atacan éstos de noche el palacio, para librarse de las manos del intruso. — Se frustran sus intentos. — Su heróica retirada. — Vadean un rio, á pesar de los esfuerzos de sus perseguidores. — Llegan felizmente á Churdamue. — Llega al mismo punto Gallinato, jefe de la expedicion, y salen para Cochinchina. — El rey del país se declara contra los españoles. — Salen para Manila. — Nuevos trabajos del padre Aduarte. — Combate peligroso con unos piratas. — Se libran los españoles de sus manos y llegan á Malaca.

99. Los religiosos que habian sido enviados á Cagayan á mediados de 1595 para convertir á sus habitantes á la fe, eran de la mision que llegó á Manila el mismo año, reunida en España por el celo del P. fray Alonso Delgado, uno de los que fueron enviados á Macao en 1587. Este laborioso misionero, estando en Madrid, tuvo el consuelo de hallar al venerable Obispo de Manila, el Sr. Salazar, y al P. Fr. Miguel de Benavides, su amable compañero, quienes procuraron que se hiciese cuanto ántes á la vela para Veracruz, con la buena compañía de religiosos que se habian alistado para la provincia del *Santísimo Rosario*, por la suma

falta que hacian en la misma. Por Julio de 1594 ya estaba reunida en Sevilla la mision, y en el mismo mes se embarcó en una de las naves de la flota que debia ir á Nueva España. En la Puebla de los Ángeles enfermaron algunos de los padres, como habia sucedido con los primeros fundadores, y murieron tres de ellos. En Méjico tambien murieron otros dos, y uno de ellos fué el mismo superior de la mision. Los restantes, al verse sin cabeza, nombraron de comun acuerdo al padre Fr. Miguel de San Jacinto por su vicario y presidente, el cual partiendo con ellos del puerto de Acapulco el dia 23 de Marzo de 1595, los condujo felizmente hasta el fin de su viaje. Se les habian agregado en Nueva España otros once religiosos de la Órden, con los cuales llegaron á Manila en mayor número de los que habian salido de la Península, á pesar de los difuntos: aportaron á estas islas el dia 11 de Junio de aquel año. Contaba esta mision, entre los veinte que venian, sujetos muy apreciables, entre los cuales ocupa un lugar muy distinguido el P. Fr. Diego Aduarte, que tanto ilustró á la provincia del *Santísimo Rosario* con su virtud y celo.

100. Poco despues de la llegada de estos religiosos se ofreció una expedicion al reino de Camboja, que no produjo más utilidad que acrisolar la paciencia de dos ilustres misioneros y un hermano lego de la provincia del *Santísimo Rosario*. El Rey de Camboja, que guardaba buena correspondencia con el gobierno de Manila, viéndose amenazado por el de Siam, mucho más poderoso y aguerrido, con quien estaba enemistado, envió á esta capital una embajada, que confió á los capi-

tanes Diego Velloso y Blas Ruiz, portugués el primero y castellano el segundo, pidiendo á su gobernador algun socorro de soldados para librarse de su competidor. Al mismo tiempo, y quizá para dar más fuerza á la demanda, le decia que le enviase algunos religiosos dominicos con el fin de propagar la religion de Jesucristo en sus dominios. Dasmariñas no se hallaba á la sazon en el mejor estado para satisfacer los deseos del soberano de Camboja acerca de su primera pretension, pues era preciso desmembrar las fuerzas españolas de las islas, tan escasas y necesarias para su conservacion. Mas el aliciente que á su piedad ofrecia la segunda parte, que parecia completar el objeto de la embajada, le hizo adoptar un justo medio, con el cual, ni su autoridad quedase en descubierto, ni la religion quejosa. Dispuso, pues, que sólo se enviasen á Camboja cuarenta soldados españoles á las órdenes del capitan D. Juan Suarez Gallinato, á quien nombró por su primer embajador. Mas, sin órden ni conocimiento del Gobernador, se embarcaron tambien furtivamente otros que, reunidos con aquellos, componian una respetable compañía de ciento y treinta españoles, con algunos indios y japones. Oida y aprobada la propuesta de los embajadores de Camboja, se dirigió Dasmariñas á la provincia del *Santísimo Rosario*, para que destinase siquiera un religioso, que, revestido tambien con la calidad de embajador, acompañase á la expedicion. El Prelado trató desde luégo el asunto en Consejo, y en él se acordó que fuese á desempeñar este importante cargo el mismo Provincial, cuyo oficio estaba para espirar. La mayor dificultad que se ofreció entónces á l

padres versaba acerca del sujeto que se debia destinar para compañero del anciano Provincial, que sin hacer falta á la provincia, pudiese llenar este vacío á su satisfaccion. Despues de várias propuestas, fué por último nombrado el P. Fr. Diego Aduarte, que á la sazon sólo tenía veinte y seis años de edad, y para el servicio de entrambos el hermano Fr. Juan Deza. Para llevar á cabo lo dispuesto con la urgencia que requeria el asunto, echaron mano apresuradamente de una fragatilla y dos buques aparejados al estilo de Camboja, llamados comunmente *juncos*. En aquélla se embarcó Gallinato, en el junco mayor Blas Ruiz con la mayor parte de la tròpa, y en el menor los religiosos, con Diego Velloso y el resto de la expedicion.

101. El dia 18 de Enero de 1596, tiempo en que los nortes suelen apretar con violencia en el mar de China, se hicieron á la vela con direccion á la isla de Luban. Habian dispuesto surgir en uno de sus puertos, y continuar en seguida su derrota en convoy hasta Camboja. El junco menor y la fragata llegaron juntos, con efecto, á la isla designada; mas el mayor, que llegó á la misma isla más tarde de lo que convenia, no se atrevió á aportar por entónces, temeroso el capitan de dar encima de algun bajo en su entrada. En aquella noche no pudo éste mantenerse á la capa, como convenia, y sin ser visto de los otros hizo solo su viaje á Camboja. Al amanecer, cuando los que habian quedado fondeados en la isla no pudieron divisarlo, sospechando lo que realmente habia sucedido, levaron anclas y con harta pena siguieron su derrota. El junco que conducia á los religiosos, á los tres dias de nave-

gacion con viento en popa y con poca mar, perdió el palo mayor, y fué preciso que la fragata le alargase un cable, á fin de que no quedase abandonado en tan mal estado en medio de la mar. De esta suerte navegaron hasta que hallaron fondo á las cuarenta brazas, y juzgando que ya no estaban léjos de la tierra que buscaban, recogió el cable la fragata. No tardaron, en efecto, en ver tierra; mas no la del puerto adonde debian dirigirse, habiéndose sotaventado á una gran distancia. En su consecuencia determinaron fondear, con el fin de emprender despues una derrota más segura. El fondeadero, por desgracia, no podia ser más peligroso; distaba más de dos leguas de la playa, y sin embargo, no habia más que tres brazas de agua, soplando al mismo tiempo un viento furioso, que los tenía en un conflicto. La fragata, no habiéndose podido mantener en aquel sitio, se hizo á la vela y fué arrojada á Malaca, doscientas leguas por lo ménos sotaventada de Camboja. El junco, que no estaba en disposicion de seguirla, se quedó allí, casi desesperanzado de remedio.

102. Aquí comienza una serie de sucesos que parecen verdaderamente fabulosos, y sin embargo, la más sana crítica no puede rechazarlos. El historiador que los ha trasmitido á la posteridad es el expresado padre Fr. Diego Aduarte, que los presenció, y sus palabras deben ser el documento más auténtico de su realidad. «Cerróse la noche, dice (lib. I, cap. XLVI), que fué la que medió entre 8 y 9 de Febrero, y todos entendimos que fuera la postrera de nuestros dias, sin que ninguno se prometiese llegar al siguiente: con la fuerza del viento dimos en seco, estando más de dos

leguas de tierra; y nos fué necesario cortar el pedazo de árbol mayor que habia quedado, y echar á la mar el timon y cuanto habia en el navío, que todo nos hacia daño. El batel que pudiera servirnos se anegó, y los marineros que en él habia se entraron en el navío, no para escapar la vida, sino para alargarla algo; porque corria el mismo riesgo de las olas, que á veces le encapillaban; pero no le podian echar á fondo, porque estaba ya varado en tierra. Yo estuve toda la noche sentado en el combés (porque no habia hombre que pudiese estar en pié), y allí confesé á los cristianos y catequicé á los infieles que allí iban, y bauticé á veinte y dos de ellos, de diferentes lenguas, con la disposicion á que el grande aprieto en que estábamos dió lugar; y sacramentados todos, los animaba al trabajo que para no perecer era necesario. Á vueltas de esto, iba algunas veces á la popa á confesarme y confesar al santo viejo, mi provincial, que allí estaba esperando la muerte, en cuyo artículo nos veiamos, con la soga ya (como dicen) en la garganta. Todo era plegarias y apelar de la divina justicia á la misericordia, de quien parecia haber salido ya contra nosotros sentencia de muerte; pero, como era sólo conminatoria, admitió nuestra apelacion por entónces, y diónos espera para que pudiésemos, con su ayuda, pagar nuestras deudas, cuya virtud, en aquella ocasion, casi palpamos con las manos, entre las cuales parecia ya andar la muerte, haciendo ejecucion con las vidas de los que allí estábamos..... Al fin las mismas olas que iban á reventar á la orilla, arrojaron allá el navío que iba casi vacío, como si fuese un palo seco. Esto fué con la creciente del mar, y va-

ciando despues con la menguante, quedamos en seco un tiro de cañon fuera de la mar..... Puestos en tierra, fueron exploradores á unas partes y á otras á reconocerla, y despues de bien cansados, trajeron por nueva que era desierta, y morada sólo de fieras, sin rastro de rio ni fuente, á lo ménos por la costa; y que la tierra adentro parecia inaccesible, por ser anegadiza y todo espesura. Con tales nuevas nos pareció ménos mal la mar que tal tierra, y las tormentas pasadas leves peligros respecto de lo que aquel deseado y desgraciado puerto nos ofrecia.

103. »Como el comer y beber es pension forzosa y de cada dia, y la comida y bebida era muy poca, y nosotros éramos más de cien personas, hicimos grandes diligencias en busca de algun remedio; y porque la sed era lo que más nos apretaba, abrimos pozos en las partes más secas que hallamos, y cuando dábamos con agua, era más salada que la de la mar. Doy fe, como quien lo experimentó, que hasta el rocío del cielo que aparecia por las mañanas en las hojas de los árboles silvestres que allí habia era salado; y así, pues, negándonos la tierra la comida, nos determinamos de volver á la que al fin nos habia perdonado las vidas, y nos daba más esperanzas de poderlas conservar. Para esto era necesario echar mano del triste navío varado en tierra, sin árboles, ni velas, ni timon, ni cosa de provecho; porque entre esto y perecer no habia medio ninguno, y para esto tambien era necesario no alzar la mano del trabajo hasta ponerlo en perfeccion. Lo más que habia que hacer en él era deshacer, y acomodarle á que necesitase de poca agua y pudiese andar cerca

de la costa al remo; porque el remedio se habia de buscar en tierra; pero el que la tierra lo tuviese se habia de buscar por la mar; que ya no tratábamos de conquistas ni embajadas, sino de buscar agua, por la cual diéramos todo lo que ha dado el cerro del Potosí, si fuera nuestro. Tardamos diez dias en acomodar el navío á nuestro intento; quitáronle todas las obras muertas, y de las vivas buen pedazo, y echándole doce remos por banda, quedó á manera de galeota mal trazada; y de timon, árboles y velas, la poblamos de remiendos. Aquellos dias, miéntras andaban unos en estas obras, iban otros á descubrir tierra, haciendo puntas en busca de agua; de los cuales vinieron unos con buenas nuevas, diciendo que como cuatro leguas de allí, por la costa adelante, iba un rio muy grande la tierra adentro, y que, aunque allí junto á la mar era el agua salada, sería el rio arriba dulce; y más, que habian visto huellas de hombres en su playa.» Segun el mismo autor, con tan placenteras noticias se animaron todos al trabajo, y echando el buque al agua, anduvieron en busca del anunciado rio. Entraron luégo por su boca, navegaron por él algunos dias, y despues de haber excitado más la sed con el trabajo de los remos, averiguaron que aquel soñado rio no era otra cosa que un seno de agua salada, internado en la tierra. Desesperanzados ya de hallar el agua apetecida, se resolvieron á retroceder en busca de una choza que habian descubierto; la asaltaron de noche con cautela, y hallaron en ella dos hombres y un niño que estaban durmiendo, los que maniataron para que no se fugasen, y despues de haberles asegurado que no les harian mal alguno,

los subieron á bordo de la nave. Con este hallazgo fué tal el gozo que se apoderó de la gente, que desde luégo se repartió medio cuartillo de agua por persona, y los religiosos entonaron el *Te Deum*, creyendo equivocadamente que en donde habitaban hombres no habia de faltar alguna fuente ó depósito de agua dulce. Pero ¿cuál sería su sorpresa cuando supieron que en aquella tierra no habia gente, agua ni alimentos? Aquellos se habian escapado de la casa de sus amos, y se habian refugiado en aquel desierto: su alimento eran unos pescadillos que casualmente cogian en la playa, y su bebida el agua llovediza que podian recoger en unos tubos de caña que tenian al intento. Les aseguraron, no obstante, que algunas jornadas más adelante habia un rio, y que por él podia irse á la córte; pero no con aquel barco, por ser el rio muy pequeño. Sin embargo de unas noticias tan poco halagüeñas, se resolvieron á proseguir el viaje por no morir de sed.

104. El dia de San Matías descubrieron una isla á unas seis leguas de distancia, y creyendo que hallarian allí el agua deseada, enderezaron á ella la proa; pero el buque estaba tan desmantelado, que habiéndose levantado alguna marejada, se vieron precisados á volverse á la costa. La sed que padecian era tal, que los impelia á tantear toda clase de arbitrios para apagarla; porque, puestos á medio cuartillo de racion al dia, en un país tan caluroso, apénas tenian la necesaria para mojar la boca. Algunos, para ahorrarla, tostaban el arroz, otros mojaban la boca con agua de la mar, sin dejar por esto de probar si podrian aliviar su gran necesidad con el vapor de aquella misma agua; pero en vano,

porque con estas diligencias se acrecentaban sus congojas. Empero, si Dios aprieta, tambien es cierto que no ahoga, como se dice vulgarmente. En efecto, cuando se hallaban más desesperanzados de remedio, y no les quedaba más agua que para dos dias, áun repartida escasamente para no morir, entónces acudió en su ayuda la divina Providencia, pues les sacó de las mortales agonías en que se veian sumergidos. «Ordenó, pues, el Señor de la vida (dice el Ilmo. Aduarte en el lugar citado) que las olas de la mar nos espaldeasen á una ensenada pequeña que hacia allí la tierra, en donde surgimos, con intencion de no levantarnos más de allí, sino concluir en aquel puerto viaje y vida. Sucedió, pues, que un indio de los que iban en nuestro navío se echó al agua para refrigerar, bañándose algo por el gran calor que hacia, y templar alguna cosa la sed que nos mataba. Llegóse nadando á tierra, y allí luégo, en la playa, que era de lama, como toda la que habiamos costeado, al pié de una palma silvestre se le hundieron á él los suyos; y sintiendo que habian dado en agua, sacándolos, aplicó los labios al hoyo que habian hecho, y halló que era dulce, y sin permitirle la sed que esperase á que se asentase, bebió agua y lodo hasta satisfacerse; y dándonos á voces parte de su hallazgo, no habia quien le creyese, hasta que porfiando el indio en afirmarlo, se echaron todos al agua á ver aquella maravilla, que se podia poner á la par de lo que Dios hizo sacando agua de una piedra para que bebiera su pueblo en el desierto; pues no nos pareció ménos milagrosa el agua dulce en tierra tan allegada á la mar. Dimos mil gracias á Dios, y en el regocijo de la fiesta

olvidamos el trabajo y el ayuno que en tan larga vigilia habiamos hecho.»

Aliviados de la sed, y llenas de agua sus vasijas, prosiguieron el viaje en busca de alimentos, y á las pocas jornadas llegaron á la barra de un rio que conducia á la córte de Camboja, en donde habia un presidio guarnecido por los habitantes del país. Aquí les informaron de varios sucesos alarmantes, que les presagiaban un fin funesto. El otro junco estaba fondeado en Churdamue, á unas ocho leguas de la córte y ochenta de allí; pero nada se sabía de la fragata, en donde iba Gallinato, primer embajador de aquella empresa. Les aseguraron que el reino habia sido invadido por el soberano de Siam, y que no hallándose el suyo con suficientes fuerzas para defenderse de su competidor, se habia retirado al reino de los Laos para salvarse; que vencido y saqueado el país, se habia marchado el enemigo; pero que un principal valiente, llamado Nacparan, con las tropas que pudo reunir, le habia picado la retaguardia, arrojándolo del reino á toda prisa con mucha pérdida de gente; que, finalmente, engreido este principal con la victoria, se habia declarado soberano, y que como tal estaba gobernando. Esta relacion era ciertamente poco grata; pues no podia dejar de ocurrírseles que el intruso los miraria como enemigos, siendo el objeto de su expedicion auxiliar al rey legítimo, cuyo trono tenía ocupado. En tal estado las cosas, dictaba la prudencia regresar á Filipinas; pero el junco no estaba en disposicion de hacer aquella peligrosa travesía; sus compañeros, ademas, estaban en lo interior del reino, y se ignoraba el paradero del jefe principal de aquella desdi-

chada expedicion. En tal conflicto, tuvieron por más conveniente ponerse á discrecion del que mandaba; pues juzgaron que éste era el partido ménos espinoso y más prudente que podian adoptar. Desde luégo enviaron á la córte á uno de los soldados más expertos, con el fin de visitar en nombre de todos al intruso, ofrecerle su auxilio, y de paso ponerse de acuerdo con los españoles del otro junco, que estaba fondeado en Churdamue.

105. El comisionado fué recibido bien por el intruso, á quien hizo presente la llegada de sus compañeros al punto en donde los dejára; el fin de su viaje, su situacion, y la disposicion en que todos se hallaban de servirle, en atencion á que ocupaba el supremo puesto del estado; y finalmente, que estaban á sus órdenes, si en algo podian servir á sus intentos. El intruso le dió á entender que agradecia sus ofrecimientos; que él no era el soberano legítimo del reino, sino su lugar-teniente solamente, y que daria órdenes á fin de que pudiesen reunirse con los otros españoles que ya estaban en Churdamue. En efecto, no tardó en despachar una órden al jefe que mandaba en la costa, disponiendo proveyese de carretas y embarcaciones chicas á los españoles que estaban en aquellas aguas, para que pudiesen trasladarse con sus equipajes al expresado puerto: en fin, cuando hubo tomado estas providencias, despidió al enviado con muestras de afecto. Sus disposiciones, al parecer, no podian ser más favorables, y sin embargo, era otro el concepto que los españoles que estaban en Churdamue habian formado de sus miras. Éstos estaban en la persuasion de que sólo trataba de

tenerlos juntos en donde no les fuese fácil escaparse, para desprenderse de todos, cuando se le ofreciese alguna buena coyuntura, si bien juzgaban que convenia por entónces contemporizar con las circunstancias, en atencion á los apuros en que todos se hallaban. Comprendian, sin embargo, la necesidad de reunirse cuanto ántes en un punto, para determinar de comun acuerdo el partido que podian adoptar, á fin de poder salvar la existencia de todos. Con esta confusion y mezcolanza de noticias, al parecer contrarias, regresó el enviado á la costa, y los del junco, adoptando el consejo de los de Churdamue, se aprovecharon del auxilio que les franqueaba el intruso, y se dispusieron para la marcha.

106. La cuaresma á la sazon ya estaba muy adelantada. En Churdamue habia muchos españoles é indios cristianos que debian cumplir con el precepto anual, y en tal concepto dispuso el P. Jimenez que el P. Aduarte se adelantase al convoy, para confesarlos y administrarles la comunion pascual, como lo hizo. En el viaje tuvo este religioso la oportunidad de visitar de paso dos monasterios de bonzos, que siendo para él tan nuevos, no dejaron de llamarle la atencion. Al llegar al primero, el superior de la comunidad, que era un respetable anciano, lo trató con mucha deferencia: se juntaron los bonzos, y le hacian muchas cortesías; entendiéndose con él por señas, por ignorar el Padre Aduarte el idioma del país. Luégo quiso tener el gusto de visitar su templo, cuya descripcion no deja de ser bastante curiosa. «Diéronme, dice, colacion de alguna fruta, y luégo el sacristan me llevó á su templo..... la

puerta era pequeña, y él de bóveda, redondo y pequeño, sin más luz de la que le entraba por una claravoya que tenía en lo alto. Al lado de la puertecilla tenía un altar de tierra, sucio de polvo y sin aderezo ninguno, en que estaban cuatro figuras de hombre de estatura ordinaria, en pié, arrimados á la pared; y tenian la media cara negra, y la media dorada. Delante de estas figuras habia otros tres órdenes de ídolos menores, y al labio del altar, que era algo ancho, estaban unos niños de metal sentaditos, rematando lo alto de las cabezas en un espigoncillo. El sacristan debia de ser devoto, y así se puso luégo en oracion, y entre tanto estaba yo manoseando aquellas figuras y mirándolas con atencion; pero no las trataba con menosprecio, por no escandalizar, haciendo cosa de que no podia dar razon, por falta de lengua: más todavía; le daba á entender con señas que aquello no se habia de adorar, sino otra cosa superior.» Despidióse luégo de los bonzos, y prosiguiendo su viaje, no tardó en hallar otro monasterio, cuyos bonzos rezaban muy temprano en voz alta á dos coros. Éstos, dice el P. Aduarte, iban vestidos de unas mantas amarillas que llegaban hasta los piés, con una especie de rosca á manera de las que usan en sus becas los colegiales, al lado izquierdo. Llevaban los piés descalzos, como todos los del país, y el pueblo los mira con gran respeto; de suerte que si los seglares se encuentran con alguno de ellos, le ceden el lugar más preferente, se paran y le hacen una inclinacion con la cabeza.

107. Despues de algunos dias de viaje, llegó el padre Aduarte á Churdamue, en donde encontró á la

gente del otro junco bastante afligida. Se contaron mutuamente sus aventuras y trabajos, y aguardaron la llegada de los restantes compañeros, que aparecieron sin novedad despues de quince dias. Desde luégo trataron de los medios que podrian adoptar para salir de los conflictos en que todos se hallaban, y no dudaron que el Señor, que los habia librado de tantos trabajos sufridos hasta allí, los libraria tambien de los futuros. Pero no tardó en acontecerles un lance peligroso, que agravó su posicion. Habia en el mismo rio, en donde estaba fondeado el junco de los nuestros, cuatro champanes de chinos mercaderes que traficaban en Camboja. Éstos, con los que ya estaban radicados en el país, ascenderian á dos mil, y no miraban con serenidad y buenos ojos la presencia de los españoles en aquel punto, temerosos de perder con su vecindad las ventajas del comercio. Esta idea equivocada, la proteccion que les dispensaba el intruso, y la superioridad del número, en que ellos ponian su confianza, los inducian á molestarlos con frecuencia, y causarles sentimientos. Blas Ruiz, conociendo su desgraciada posicion, habia procurado contener á sus soldados, exhortándolos al sufrimiento; y entre tanto daba cuenta al intruso de las demasías de los chinos, á fin de que proveyese de remedio. Éste se hacia sordo á sus instancias, y los chinos, cada vez más insolentes, provocaban á cada paso con nuevas tentativas á los nuestros, á quienes al fin faltó la paciencia necesaria para contener la ira, que debian reprimir á todo trance. El primer domingo despues de la Pascua de Resurreccion bajaron tres ó cuatro soldados españoles, con permiso de su jefe, á pa

searse por el pueblo. De allí á una hora volvió uno de ellos muy colérico, con la espada desenvainada, asegurando que los chinos le habian ofendido y maltratado. Con esta novedad se alborotaron los demas, y se armaron para vengar la injuria recibida, sin que ni los ruegos de los padres ni la autoridad del jefe pudiesen contenerlos. El P. Aduarte, que hablaba el idioma de los chinos, se adelantó para ver si podria arreglar con medios pacíficos aquella diferencia; pero á su llegada ya estaban éstos con sus armas, esperando á los españoles en órden de batalla. Entre tanto llegaron setenta de éstos bien armados con espadas y mosquetes, y disparando desde léjos sobre los chinos, los dispersaron en todas direcciones, despues de haber muerto á un gran número de ellos, sin que los Cambojas se tomasen el trabajo de favorecerlos; ántes, por el contrario, daban bastante á entender que no les disgustaba el exterminio de aquellos extranjeros. Cansados ya los españoles de matar chinos, volvieron las armas sobre sus champanes, de los cuales se apoderaron al momento, echándose al agua los que los custodiaban. Comprometidos ya los nuestros con un hecho que no podia ser grato al intruso, trataron de conservar las embarcaciones de los chinos, porque de esta suerte, ni éstos podrian perseguirlos, ni aquél impunemente molestarlos. Al efecto los anclaron en el medio del rio, y los juntaron con el fin de vigilarlos con poca gente. El P. Aduarte, miéntras los españoles estaban maniobrando, subió al junco para ver y consolar al venerable anciano P. Jimenez, harto afligido por el hecho. Luégo se trasladó á los champanes, en donde procuró que se diese libertad á

los chinos prisioneros, y curó caritativamente á los heridos.

108. No tardó en saber el intruso la desgracia de los chinos, y lleno de coraje, mandó preguntar á los españoles por qué habian entrado en su reino y usado de violencia con los chinos. Contestáronle los nuestros que el motivo de su venida era dar la embajada que el gobierno de Manila enviaba al soberano del país; y que si habian castigado á los chinos, habia sido porque ellos los habian provocado; que culpára á la insolencia de éstos y á su propia negligencia en no haberles contenido, despues de haberle dado cuenta tantas veces de lo que estaba sucediendo. Su respuesta fué, que fuesen cuanto ántes á darle la embajada.

No habia llegado todavía Gallinato, ni se sabía en donde estaba: su presencia pudiera librar á la expedicion de compromisos; pero su falta lo entorpecia todo. Sin embargo, como el estado de las cosas estaba ya tan complicado, pareció á todos que el P. Jimenez, que era el segundo embajador, podria satisfacer á los deseos del intruso, y luégo tratarian de salir de aquel complicado laberinto. Presentóse, al efecto, con la mitad de la gente más determinada en la córte: alojáronse en donde el intruso habia ya dispuesto, sitio distante del Real palacio un cuarto de hora solamente; pero interceptado por dos rios, que no podian fácilmente vadearse. A su llegada hicieron los nuestros la salva de costumbre; mas el intruso les mandó decir que no le verian miéntras no entregasen los champanes á los chinos, y que entre tanto se estuviesen en su alojamiento. En demandas y respuestas se pasaron algunos dias sin

provecho; porque el intruso se mantuvo firme en su empeño, á pesar de los esfuerzos que hacia el P. embajador para doblarlo; hasta que al fin se decidió éste á pedirle les permitiese volverse á Churdamue, con el fin de consultar el punto con los restantes compañeros, sin cuyo parecer no podia definitivamente decidirse. Mas el intruso, que ya estaba decidido á matarlos, como se sabía por los espías que los nuestros tenian, y sólo deseaba tenerlos desarmados para llevar á cabo su pérfido proyecto, se lo dió á él tan solamente, disponiendo que los demas se quedasen como en rehenes en la córte, de donde no les sería fácil escaparse. Con harta pena los dejó el P. Gimenez; pero llevando cartas de los mismos, en las que pedian á los de Churdamue que en manera alguna soltasen los champanes, puesto que si ellos perecian en manos del intruso, se pudiesen salvar los que allí quedaban, lo cual no podrian en manera alguna conseguir, si accedian á lo que pretendia aquel malvado.

109. Llegó el P. Gimenez á Churdamue, entregó las cartas de sus afligidos compañeros que habia dejado en la córte, y les habló del conflicto en que estaban. Convencidos éstos de las razones que aquéllos alegaban, adoptaron su opinion, negándose á entregar los champanes á los chinos, cuya resolucion era en cierto modo declarar la guerra al intruso. El venerable anciano ya no se atrevió á volver á la córte: su presencia sólo podria servir de embarazo á los cautivos, y por otra parte no convenia dejarlos desamparados. En atencion á esto, preguntó al P. Aduarte si tendria valor para ir á darles la respuesta, confesarlos y animarlos en

sus conflictos, los que, fuera de duda, eran los más apremiantes. Este virtuoso y valiente jóven bien sabía que acceder á los deseos del Prelado era lo mismo que ponerse espontáneamente en los brazos de la muerte; pero la obediencia y el patriotismo no reparan en peligros: contestóle, pues, muy decidido, que iria con la bendicion de Dios y la suya; y desde luégo, habiéndose confesado como para morir, salió con dos soldados, y se presentó en donde estaban los españoles como presos. Con su llegada se alegraron en el alma, como gente que ya se miraba condenada á muerte, y que deseaba en gran manera tener un confesor. Trataron, sin embargo, de los medios que podrian adoptar para conseguir su libertad; pues ya no pensaban en dar respuesta alguna al intruso, constándoles que sólo pensaba en ejecutar su muerte. En esto estaban todos de acuerdo; pero no en el modo de llevar á efecto su intento, como suele suceder en los casos arriesgados y dudosos; pues unos proponian que se retirasen todos á Churdamue con órden, defendiéndose de los que tratasen de ofenderlos; y los más que sería más acertado atacar de noche al palacio y apoderarse de la persona del intruso, de su mujer y de alguno de sus hijos, para tenerlos en rehenes, y asegurar con su vida la de todos. Para tomar una medida tan desesperada y atrevida, se fundaban los que tenian conocimiento del país, en que de este acontecimiento, áun cuando nada de lo dicho sucediese, resultaria retirarse los indios á los montes, y dejarles el paso franco para su retirada; porque sabian por experiencia que éstos son gamos en huir de los que los acometen, y leones en acometer á los que hu-

yen. Este parecer aterrador, que era el de la mayoría, fué adoptado con poca oposicion, y se dió fin á la conferencia, todos ya dispuestos á realizar este arriesgado pensamiento cuanto ántes, mirándolo como indispensable para su salvacion.

110. Convenidos en atacar aquella misma noche el palacio Real, se dispusieron ante todas cosas con el sacramento de la penitencia, porque el golpe era de vida ó de muerte. El P. Aduarte los estuvo confesando hasta media noche, y en seguida les advirtió lo que era lícito en aquella ocasion, en que sólo se trataba de salvar la vida, injustamente amenazada. Luégo dispusieron el órden que habian de guardar, y aunque el P. Aduarte trataba de quedarse, no por cobardía, sino porque á su vez la tentativa, que no podria dejar de ser sangrienta, era muy ajena de su estado, le fué preciso por fin acompañar á los demas, siquiera para asistirlos en los últimos momentos. Serian las dos de la madrugada, cuando pasaron los dos rios que mediaban entre su alojamiento y el palacio; y á pesar del órden y silencio que guardaron, fueron descubiertos por la gente del país, que desde luégo comenzó á rebullirse y amontonarse en pelotones. Los nuestros, sin embargo, dieron el asalto, penetraron sin oposicion hasta lo más interior del Real palacio, y con el ruido que causaron al entrar, rompiendo puertas y enrejados y cuanto podia embarazarles en su marcha, se escapó el intruso con los suyos, dejándolos burlados con la fuga. Entónces trataban algunos de entregar el edificio á las llamas; mas el P. Aduarte, que no creia este medio adecuado á su defensa, no quiso en manera alguna per-

mitirlo. Encendieron, sí, algunas hogueras, á fin que con la oscuridad no se perdiesen de vista unos otros.

111. No se fugaron los Cambojas, como mal habi conjeturado algunos de los nuestros; ántes, por el co trario, se reünieron en una plaza, con una gritería e pantosa, animados sin duda por el intruso, que no ig noraba el corto número de los que se habian apode rado por sorpresa del palacio. Éstos, al ver frustrado s proyecto, y mirándose cercados de una turba innume rable de enemigos prácticos en el país, que sólo aguar daban la primera luz del dia para despedazarlos, s desanimaron algun tanto. «Quisiera yo entónces (dic el Ilmo. Aduarte) se detuviera el sol en salir lo qu se detuvo en tiempo de Josué en ponerse, porque te nía aquella noche por capa de pecadores afligidos. Per si no hizo el Señor este milagro, por no merecerlo nos otros, hízole por quien él es, en escaparnos: por ta se puede tener, pues fué consejo raro y sobre conse jos y fuerzas humanas. Al amanecer, pues, como y los indios nos comenzaron á distinguir de los suyos nos vieron tan pocos, dieron en nosotros como en re de enemigos, lloviendo flechería sobre nosotros; y d la primera rociada, que fué entre dos luces, salió u soldado atravesado un carrillo de una flecha, y el capi tan Diego Velloso una rodilla con otra, de que no s pudo más menear sino es en hombros de dos hom bres. Hicieron todos una rueda ál rededor de mí e aquel aprieto, y fué Dios servido darme ánimo par darle á todos; y porque el que hacia el oficio de capi tan no estaba de provecho para hacerlo por su herida,

á ruegos de todos le hube de comenzar á hacer yo, porque en tener buen órden estaba nuestro remedio, si alguno teníamos.» (Cap. XLVII.)

112. En tal conflicto, ordenáronse del mejor modo posible, rechazando siempre las avenidas de los enemigos, que por todas partes los estaban atacando. El intruso, montado en un coloso elefante, no cesaba de animar á los suyos al combate, sembrando por donde quiera el espanto y el terror. Cuando ya el dia fué más claro, estando los nuestros en la entrada de una calle, les envió una tropa de valientes con sables y rodelas, que con intrepidez se lanzaron sobre el pequeño escuadron de los españoles. Su capitan venía culebreando para evitar algun balazo, y se acercó de tal manera, que á los pocos pasos ya pudiera repartir sus tajos sobre los nuestros. El P. Aduarte ya estaba decidido á salir y oponerse á este valenton; mas luégo ordenó á Blas Ruiz que lo acometiera, lo que hizo con tal destreza y pujanza, que de un golpe de alabarda le pasó la rodela con el cuerpo, y lo tendió en medio de la calle: en seguida se adelantaron algunos japones que iban con los nuestros, é hicieron tajadas su cuerpo á pesar de los hechizos que llevaba. Muerto el capitan, la tropa de los cambojas que lo seguia se retiró, y los nuestros, entre tanto, tuvieron lugar de salir á despoblado, en donde les pareció que podrian defenderse con más seguridad. Afortunadamente, á los primeros lances cayó herido el intruso, y á las dos horas espiró, preguntando siempre si habian muerto á los nuestros. Por entónces no supieron los nuestros este golpe formidable que habian dado á sus contrarios; mas obser-

varon que los enemigos ya no los atacaban con el b
que á las primeras cargas, y aprovechando estas t
guas, trataron de retirarse al lugar de su alojamien
para escaparse con sus embarcaciones. Sin duda l
cambojas penetraron su intento, porque se adelantaro
á su paso, cortándoles un mal puente de palos y caña
que habia en el rio por donde habian de pasar. Co
esto se vieron precisados á retirarse por tierra con bue
órden, debiendo de hacer doble camino con motiv
de una gran laguna que habian de salvar.

113. Con la retirada de los nuestros se reanimaro
los cambojas, persuadidos de que no les sería difíc
acabar con tan poca gente. Iban armados con flecha
y alfanjes, y formando una media luna, disparaban so
bre ellos sin cesar. Aquéllos habian dispuesto la retira
da con el mejor órden que pudieron en aquellas cir
cunstancias. Iba á la vanguardia el capitan herido, e
alférez con su bandera en el centro, y el P. Aduart
en la retaguardia, que, estando la compañía de retira
da, era el lugar más peligroso. Andaban siempre á pas
lento para no fatigarse, y de vez en cuando disparaba
sus mosquetes sobre la multitud de los cambojas, si
perder tiro: los unos se sucedian á los otros, y los he
ridos se ponian á la vanguardia, cuyo paso era forzos
seguir, si ya no iban á hombros de los sanos. De est
suerte sólo anduvieron cuatro leguas en el dilatad
tiempo de catorce horas, sin haber muerto más que u
japon y un indio, ni quedado herido de gravedad má
que un español, que murió á los pocos dias del com
bate. Despues de una retirada tan heroica, bajo de u
sol abrasador, sin haber comido ni bebido en todo e

dia, llegaron, á la caida de la tarde, á un sitio en donde les aguardaba el mayor riesgo. La tierra se les habia acabado, y para seguir su marcha hácia Churdamue debian vadear un rio caudaloso. No tenian qué comer, ni podian quedarse en la ribera sin entregarse en los brazos de la muerte; carecian ademas de barcas, y muchos de los enemigos estaban ya en la otra banda, adonde habian pasado á nado ó montados sobre elefantes; de suerte que, á juicio de los hombres, todos los nuestros debian perecer en aquel sitio, estando como toros encerrados en el matadero. El conflicto era tal, que ya no temian morir, sino caer vivos en poder del enemigo. Algunos proponian que sería quizás más acertado atacarlos, para morir peleando; y los más cuerdos, discurriendo como cristianos afligidos, dijeron; que debian ponerse en las manos de Dios, puesto que les habia dado tantas pruebas de clemencia, sacándolos de tantos peligros como habian arrostrado hasta allí. Miéntras estaban discurriendo acerca de los medios que podrian adoptar para salir del conflicto en que se hallaban atollados, para mayor prueba de su constancia, se preparó al anochecer una espantosa turbonada, que amenazaba mucha lluvia, la cual inutilizaria, á no dudarlo, sus mosquetes, y entre tanto pudieran los enemigos impunemente acabarlos. Ya se preparaban éstos para darles una furiosa acometida, y los nuestros, cubriendo del mejor modo posible los fogones de sus mosquetes, se formaron en ala, colocados los heridos entre el rio y sus espaldas. El P. Aduarte se paseaba por delante de las filas, confesando á unos y animando á otros, mostrando en lo exterior que deseaba les aco-

metiesen los cambojas. «Llamamos (habla el ilustrísim
Aduarte) de todo corazon á la que es Madre de mis
ricordia y consuelo de los afligidos, y no tardó en oi
nos, haciendo que cesase el agua, con haber habic
amagos de ser grande, y así se quedó tambien en am
gos el acometimiento de los indios; pero la dificult
de pasar el rio siempre se quedaba en pié, y áun par
cia imposible el pasarlo.»

114. Serian las diez de la noche cuando pareció
P. Aduarte, cuya voz era respetada y obedecida de to
dos, que ya era tiempo de probar si estaban de vida
de muerte en aquel trance. El rio tenía en aquel siti
dos vados, á cual más difícil de vencer, y guardad
ademas por los cambojas desde la otra banda, monta
dos en elefantes bien armados. El más ancho era, com
suele suceder, ménos profundo, y se decidieron á pasa
por éste. Tuvieron la precaucion de poner várias mecha
encendidas en las matas, y quedarse atras seis hombre
solamente, haciendo fuego nutrido para que los ene
migos entendiesen que allí quedaban muchos más, y
entre tanto empezaron los restantes á vadear el rio. Ya
estaban todos en el agua, cuando los de la vanguardia
fueron atropellados por los elefantes enemigos y retrocedieron algun tanto; pero animados por el P. Aduarte, vencieron aquella gran dificultad que parecia insuperable. «Cuando yo, dice, los vi en tan grande aprieto, los comencé á animar, diciéndoles que en aquella ocasion sólo estaba la esperanza que teniamos de vivir; pues fuera de ella el morir era cierto, supuesto que no teniamos de donde esperar socorro, ni áun comida ninguna, y la gente que quedaba adonde que-

iamos volver, era más que la que tenian delante; que ues estábamos dispuestos para morir, pasáran adelan-t, pues el retirarse era huir de menor á mayor nú-nero de enemigos. Fué Dios servido, continúa, para nayor gloria suya, por un instrumento tan flaco dar nimo á los más valientes, y fué tal, que volviendo á acer rostro á los que teniamos delante, desde el medio el rio, adonde daba el agua á muchos á la barba, se ió una rociada de arcabucería contra ellos, como se udiera dar en campo raso, y muchos, volviendo á car-ar (que llevaban la pólvora sobre las cabezas porque) se mojase), dieron otra carga; con que abriendo por-lo por entre sus enemigos, á mal de su grado, y con ande asombro suyo, tomaron tierra los delanteros, á s cuales siguieron todos los demas, sin faltar ninguno, n habernos acrecentado la dificultad del pasaje el ser madre del rio de lama, que se nos atollaban en ella ; piernas hasta la rodilla, tanto que para sacar yo las ias, hube de dejar allá en prendas los zapatos y cal-s, que no las pude desatollar; pero de haber sacado pellejo dimos todos á Dios mil gracias, pues estos cesos tanto más parecian mercedes de su franca mano, anto más eran sobre trazas y fuerzas humanas; y así enso que tienen poca ocasion de vanagloria los que hallaron en ellas, y muchísima de hacimiento de acias al Señor, á quien allí debimos la vida segunda z, como si despues de muertos nos hubiese resu-tado.»

115. Habiendo vadeado el rio con el peligro refe-lo, emprendieron la marcha á paso lento, dejando á ; cambojas en el mismo sitio, sin que les molestasen

en toda la noche, ni tratasen de seguir sus pasos en l oscuridad. Por la mañana se desayunaron con la frut de unos árboles que hallaron por especial providenci del Señor, pues ya estaban muy extenuados con moti del hambre y del cansancio. Los heridos eran el may estorbo que tenian, causando notable pena á los cor zones compasivos, y el P. Aduarte se vió precisado cargar uno de ellos un gran trecho, el cual de ot suerte se hubiera quedado en el camino á merced los cambojas, porque harto trabajo tenian todos con a dar y llevar sus armaduras. Afortunadamente hallar poco despues una pequeña embarcacion, en donde c locaron á los tres heridos de mayor gravedad, y les e cargaron que bogando ellos mismos, diesen aviso á compañeros de Churdamue de su próxima llegada que atracasen á la ribera una de sus naves, para q pudiesen embarcarse á la brevedad posible. Esta di gencia los libró de un nuevo peligro. Serian las di de la mañana, cuando los cansados y fatigados cor batientes llegaron al puerto deseado, y no tardaron llegar los enemigos, si bien desordenados; pero con precaucion que tomaron los primeros de poner á espaldas algunas ramas, y luégo con la artillería de naves, se logró embarcar toda la gente sin haber re bido daño alguno, dejando á los enemigos burlado asombrados. Por más cobardes que se quisiera supor á los cambojas, no era posible por el órden natural salvacion de los nuestros en un país desconocido. H cieron, es verdad, prodigios de valor y desplegar un heroismo fabuloso, desconocido por completo las historias verdaderas. Mas, sin una proteccion esp

cial de Dios, no se libráran de las manos enemigas en alguno de los muchos lances peligrosos que tuvieron que vencer. El fin que les habia conducido á la empresa era bueno, y los acompañaban ademas dos venerables religiosos, muy amigos del Señor por su virtud y celo, á quien invocaban de todo corazon. Sólo así puede explicarse el desenlace favorable de una tragedia de tantas maneras complicada y de situaciones tan difíciles.

116. Al verse ya en los buques nuestros héroes, les parecia un sueño cuanto acababan de hacer. Desde luégo se reconocieron deudores de su vida á las misericordias del Señor, y le rindieron gracias infinitas por los favores recibidos. Su satisfaccion pudiera haber sido completa con la llegada de la capitana con Gallinato, que luégo se verificó, si este militar estuviera dotado de un humor ménos destemplado. Cuanto le contaban le parecian fábulas, y áun aquello que creia lo desaprobaba, quizá porque no se halló presente, como nota el P. Aduarte. Sin embargo de la adversidad de los sucesos tan recientes, ni este religioso ni sus valerosos compañeros eran de opinion de abandonar por entónces el reino de Camboja; porque ni habia enemigos extranjeros que combatir, ni era difícil restituir el cetro al rey prófugo. Pero Gallinato, contra la opinion de la mayoría, se empeñó en restituirse á Manila, pretextando escasez de provisiones. Adoptada esta determinacion, y con harto sentimiento de los que se acababan de batir con tanto heroismo, levó anclas y se dirigió á Cochinchina, con el fin de comprar víveres y proseguir en seguida su viaje á Filipinas.

Allí fueron amigablemente recibidos, y averiguaron que los asesinos de Dasmariñas, padre del entónces gobernador de Filipinas, habian aportado á este reino, en donde habian sido despojados del fruto de su perfidia. Gallinato creyó entónces oportuno reclamar el real estandarte é intereses, que el Rey y sus magnates se habian repartido. Esta imprudente exigencia, practicada sin las debidas precauciones, motivó un suceso peligroso, que expuso á la pequeña escuadra española á un evidente riesgo de perderse. La demanda fué mal recibida por el Rey, y el comisionado se dió por muy dichoso de haber escapado con vida de la córte. Rotas ya las amistades entre el rey y Gallinato, debiera éste de haberse hecho á la vela cuanto ántes; pero sin hacerse cargo que trataba con un soberano sin honor, se mantuvo impasible, fondeado en el puerto. A fines de Agosto empezó á extenderse un rumor sobre que el Rey trataba de apoderarse de los españoles y sus buques, y el 3 de Setiembre se vieron las alturas coronadas de mucha gente armada, y en la mar una escuadra que se dirigia hácia nuestros buques, y ademas quince embarcaciones más pequeñas amarradas de tres en tres, con mucha leña, y un hombre que dirigia el timon; la idea era abrasar los buques de los nuestros, y apoderarse en seguida de su gente. La capitana y el junco menor, picando las amarras, pudieron fácilmente zafarse del peligro, á merced de un ligero viento favorable; mas el junco mayor hubiera sido pasto de las llamas, á no dudarlo, si no lográran matar á balazos á los timoneles de las naves incendiarias, las que careciendo entónces de gobierno, se desviaron. A la sazon estaba el P. Jimenez

en el convento de los PP. Agustinos misioneros de la córte, y con este motivo fué preso, despojado de sus hábitos y presentado como reo ante el Gobernador. Éste mandó se le devolviesen los vestidos; pero reclamó á Gallinato un rescate para ponerlo en libertad. Considerando este jefe que la demanda era contra toda ley, é indecoroso el satisfacerla, se desentendió de ella y se hizo á la vela, dejando al venerable anciano en tierra, el cual poco despues logró su libertad, y se embarcó sin oposicion para el puerto de Macao.

117. Poco despues de haber llegado nuestros expedicionarios á Cochinchina, tuvieron noticias muy favorables de Camboja, que Gallinato pudiera haber aprovechado. El intruso, como queda dicho, habia muerto, y los partidarios del Rey, que se habia refugiado á la córte de los Laos, habian logrado apoderarse del supremo mando, y proclamado á éste por su legítimo señor. Así las cosas, habian enviado á buscar y suplicar á los españoles, tan maltratados por aquél, para que regresasen á su reino; mas á la llegada de los emisarios á la mar, los nuestros ya estaban navegando á toda vela, y por ser las embarcaciones de aquellos muy pequeñas, no pudieron alcanzarlos. Gallinato, puesto ya en Cochinchina, no quiso regresar al reino de Camboja, pareciéndole quizá que las turbulencias de aquel país y la ausencia de su rey no le ofrecian la seguridad que deseaba. Permitió, no obstante, á los capitanes Diego Velloso y Blas Ruiz que se trasladasen á la córte de los Laos para ofrecer sus servicios al rey prófugo, como ellos deseaban. Mas si bien mostraron un vivo interes en que el P. Fr. Diego Aduarte los acompañase, éste

no se atrevió á dejar al anciano P. Jimenez, y sól
con ellos hasta Sinoa, en donde estaba gobernand
hijo del rey de los laos. Los recibió muy bien el j
príncipe, y áun mostró un decidido empeño en q
quedase allí el religioso, ofreciéndole que le edifi
una iglesia á su costa. Esto era lo mismo que pe
tirle fundar allí una mision, lo cual era un asunt
mucha gravedad, y no podia abordar este compro
sin expresa licencia del Prelado. Con tan justo pre
se excusó de aceptar la propuesta de aquel gobern
y regresó á Cochinchina, en donde halló todavía á
llinato, que áun permanecia en las mismas aguas

118. Despues del atentado cometido por el gob
cochinchino, ya no estaban los españoles seguros
puerto. Por otra parte, la debilidad y la insignific
de su armada no les ofrecia los recursos que eran i
pensables para tomar la satisfaccion debida; y h
cuenta de esto, se determinó Gallinato á levar an
hacerse cuanto ántes á la vela para la capital de F
nas. La fragata con el viento de bolina hizo felizm
su viaje; mas el junco en donde iba el P. Aduarte,
precisado á arribar. Despues de un mes de traba
de malos tiempos, cuando creian estar en las cerc
de Manila, se hallaron entre unos arrecifes, cuya
tencia y situacion ignoraba el piloto mismo, en
infaliblemente hubieran perecido, si Dios no los
ra. El junco se habia metido por un canal, de
no podia salir sino por donde habia entrado. Los
cifes estaban por una y otra parte á un tiro de p
y tan acantilados, que entre ellos no habia fondo
echar el ancla. Fué Dios, servido por fin, que hal

cambiado el viento, y soplando favorable, saliesen de allí sin avería. Pero este mismo viento, que por entónces los salvó, era contrario al viaje que debian hacer para Manila, y como sólo trataban de salvar la vida, se resolvieron dirigirse á Malaca.

119. En Pulo-Timon fueron avisados que á cinco leguas de allí habia unos corsarios que andaban por aquellas cercanías, y robaban á cuantos tenian la desgracia de caer en sus manos. Esta noticia les dió mucho cuidado, porque siendo ellos pocos y los corsarios muchos, no les sería fácil evitar un lance peligroso. Prosiguieron, pues, en su derrota, y no tardaron en hallar lo que temian. Los corsarios eran más de doscientos, y tenian cuatro buques, el uno grande, fuerte y bien montado, y los restantes más pequeños. Cuando los españoles advirtieron el peligro, sin poderlo evitar, pasaron á són de tambor á vista de los corsarios, para darles á entender que no temian su encuentro. Mas al ver éstos que su buque era pequeño y no contenia mucha gente, se dispusieron desde luégo á batirle y apresarle. Á su misma vista levaron anclas, y toda la noche les siguieron á la caza, hasta la mañana, en que se dió principio á un combate porfiado. La desigualdad de las armas fué la salvacion de nuestra gente, porque las de los corsarios eran unas malas lanzas y puntas arrojadizas, miéntras los españoles estaban bien provistos de arcabuces y cañones. Así que, no obstante ser los corsarios más de doscientos hombres acostumbrados á batirse con valor, cuando los españoles apénas llegaban á la mitad de aquel número, se defendieron éstos como leones indómitos. En el calor del combate se incendió

á los españoles un pequeño depósito de pólvora, que produjo alguna turbacion entre los nuestros y dió ánimo á los corsarios; pero al fin quedaron aquéllos victoriosos, y éstos se vieron precisados á retirarse vergonzosamente derrotados, con pérdida de más de la mitad de su gente. Los nuestros pudieron fácilmente apoderarse de las naves enemigas, si no fueran más veleras que la suya, y esta circunstancia fué la única que salvó á los corsarios de caer todos en sus manos, y que permitió salir con vida del combate á los pocos que no habian perecido en la demanda.

El P. Aduarte, que desde la popa animaba á los suyos, quedó gravemente herido en esta ocasion. Recibió allí un bote de pica en la tetilla derecha, que le obligó á ponerse en otro lugar ménos expuesto; pero no pudo evitar otra herida, que le molestó mucho más que la primera. Hé aquí cómo refiere él mismo este lance: «Recibí el aviso y bajéme; pero ántes de llegar al combés, me alcanzó una lanza en la mejilla derecha, donde quebró la punta y dejó más de cien astillas, como despues en la cura se echó de ver. Al fin, con las dos manos en las dos heridas, fuí á confesar á algunos heridos que estaban de peligro. Viendo los enemigos que les costaba mucho la presa, nos dejaron y se fueron, sin poderlos seguir nosotros, por tener mal navío. Despues supimos en Malaca que de doscientos que eran, habian muerto más de la mitad, y nosotros los más quedamos heridos, y murieron dos ó tres á manos de los enemigos, y otros dos á las de unos bisoños nuestros, que estando en nuestra proa tirando al enemigo, que venía por la popa, dieron á los amigos, y faltó bien

poco para despacharme á mí como á ellos.» (Libro I, cap. XLVIII.)

120. Libres ya de este gravísimo peligro, prosiguieron su viaje con la esperanza de llegar en breve á Malaca, para curarse de las heridas y descansar de sus trabajos; pero tuvieron en el estrecho de Singapore un sobresalto, que los aterró en gran manera. Descubrieron en sus aguas ochenta galeras, con cañones en sus crugías y pedreros; desde luégo se figuraron que serian una escuadra de corsarios, de cuyas manos no les sería posible evadirse; mas luégo supieron que eran del Rey de Achen, que estaba en guerra con el de Lor, hostilizando las embarcaciones que éste tenía en las entradas de los rios. Estos soberanos habian celebrado un concierto con los portugueses de Malaca sobre que podrian éstos proveer á los partidarios de ambos soberanos de víveres y municiones, pero á ninguno con entrambas cosas, debiendo de quedar neutrales en la guerra. Por esto pasó el buque de los nuestros sin molestia, reputado por amigo, y áun fueron convidados por los jefes de las galeras á que subiesen á su bordo; pero se excusaron con motivo del concieto.

En Malaca fué el P. Aduarte caritativamente recibido en el convento de la Órden, y halló entre sus hermanos todo el consuelo que podia prometerse. Estaba horriblemente maltratado y desfigurado, y los religiosos del convento, sin preguntarle de dónde venía, ni por el motivo de sus males, le mudaron la ropa, y se hicieron cargo con el mayor esmero de su cura. Tres meses estuvo padeciendo agudísimos dolores, pues casi todos los dias le sacaba el cirujano algunas astillas de la

herida que tenía en el rostro; mas al fin logró la salud deseada para regresar á Filipinas. Allí se dividieron sus compañeros de trabajos; algunos se marcharon á la India, otros volvieron á Camboja y los demas regresaron con él á Filipinas. En este último viaje no le sucedió más novedad que la de haberse principiado un incendio en la nave, que si no lo atajáran con presteza, hubiera, sin duda, terminado sus expediciones y trabajos. El fuego salió de la bitácora, y tomó desde luégo tanto incremento, que ya parecia imposible el remedio. Habia en el buque trescientas personas á lo ménos, que levantando sus alaridos hasta el cielo, causaban la confusion más espantosa. El capitan, que debiera ser el primero en animar á los demas, postrado á los piés del P. Aduarte le pedia confesion; mas este decidido jóven lo arrojó de su presencia, y le dijo que no era tiempo aquél de confesiones, sino de acudir cuanto ántes al remedio. Animados los demas con sus palabras, mojaron toda la ropa de que se pudo echar mano, la fueron arrojando por el escotillon y por este medio lograron apagar el fuego. Fué tal el asombro que este suceso imprevisto causó en el ánimo de todos, que, segun el mismo P. Aduarte asegura, hizo en ellos el efecto que en los deslumbrados por la caida de un rayo. Por fin el 16 de Agosto de 1597, dia dedicado al glorioso San Jacinto, llegó el P. Aduarte á Manila, y poco despues el ex-provincial P. Jimenez por la via de Macao, habiendo empleado año y medio en una jornada tan penosa, sin haber logrado otro fruto que auxiliar y consolar á sus compañeros de trabajos. Los buenos deseos, sin embargo, de estos venerables religiosos no

quedarian sin recompensa ante la majestad de Dios, por cuya gloria habian emprendido el viaje.

CAPÍTULO VIII.

Eleccion de provincial en la persona del P. Fr. Bernardo de Santa Catalina en 1596, y se admiten algunas administraciones.— Mision del P. Ledesma.— El Sr. de Benavides, obispo de la Nueva Segovia, procura reunir otra mision y llega con ella á Manila.—Junta intermedia de 1598.— Se admiten muchos pueblos y se resuelven casos importantes.— Segunda embajada del Rey de Camboja al gobierno de Manila.— Expedicion desgraciada á este reino, organizada por D. Luis Perez Dasmariñas.— El Padre Aduarte naufraga en Babuyanes, va á Cagayan y regresa á Manila.—Trabajos de Dasmariñas en Lampacao, en donde habia naufragado.— El Padre Aduarte hace un viaje para librarlo con su gente.—Sus trabajos en Canton —Sale Dasmariñas para Manila, y el P. Aduarte para Macao.—Viaje de los PP. Fr. Juan Maldonado y Fr. Pedro de la Bastida á Camboja.— Muere éste en Churdamue.— Entra el primero en Siam.— Crueldades de su rey.— Combate naval para salvar á un padre portugués.— Muere el Padre Maldonado.— Reseña de su vida.— Muerte y reseña de la vida del P. fray Alonso Jimenez.

121. Durante la malhadada expedicion al reino de Camboja, la provincia del *Santísimo Rosario* celebró en Manila su capítulo, el dia 25 de Junio de 1596, y en él salió electo el P. Fr. Bernardo Navarro de Santa Catalina, vicario de Pangasinan. Los capitulares se habian dividido ántes entre dos sujetos que ambos eran muy dignos de ocupar la misma prelacía; pero al fin se decidieron por aquel venerable fundador. Por las actas de este capítulo provincial se advierte un aumento verdaderamente prodigioso en las misiones confiadas á nuestros religiosos: sólo faltaban operarios para atender al cuidado de las muchas doctrinas que de nuevo se estaban erigiendo. En Cagayan se admitieron las casas de Lal-lo (ántes Nueva Segovia), Pata, Tulag, Camalanyu-

gan, Bugay y Nassiping, cuyos pueblos comprendian todo el partido de la costa Siguiran. Pata ya no existe en el dia, y Tulag se trasformó á los pocos años en el de Abulug, habiendo quedado su antiguo nombre en un barrio cercano á la barra del rio de San Juan, en donde Salcedo hizo la segunda mansion cuando fué á reconocer esta provincia. En Pangasinan se admitió la casa de Calasiao, y en Zambales la de Santiago de Bolinao, cuyo ministerio renunció la provincia del *Santísimo Rosario* en 1600, por la gran dificultad que tenía en cuidarlo. Tambien se admitió la casa de Samal en Bataan, separándola de la de Abucay, en cuyo ministerio habia estado comprendida hasta entónces, y finalmente, la de San Gabriel de Binondo, extramuros de Manila, erigida para los chinos cristianos, con el fin de tenerlos separados de los infieles.

122. Poco despues de la celebracion de este capítulo llegó á Manila una mision de religiosos de la Órden, que desde luégo fueron enviados á diferentes ministerios. Este socorro, inestimable en aquel tiempo, lo facilitó el Ilmo. Sr. D. Fr. Miguel de Benavides, electo ya primer obispo de la Nueva Segovia, que hasta entónces habia desempeñado el cargo de procurador general de la provincia en la córte de Madrid. No pudo por entónces el Prelado regresar á Filipinas, ni acompañar á sus hermanos; mas les dió por vicario y presidente al P. Fr. Pedro de Ledesma, que habia trabajado muchos años en las misiones de Nueva España, y á la sazon se hallaba descansando en su convento. Volvió, sin embargo, á sacrificar su amado retiro y tranquilidad, movido por la escasez de operarios evangéli-

cos que padecia la provincia del *Santísimo Rosario*. Por Julio de 1596 llegó esta mision á Manila, en donde fué recibida con tanta mayor satisfaccion, cuanto era más grande el ánsia con que fuera deseada. Desde luégo dispuso de ellos el Prelado, y pueden de algun modo reputarse como fundadores de esta apostólica provincia, por haber sido casi todos destinados á nuevas conversiones.

123. Entre tanto el mismo Ilmo. Prelado, que habia enviado este socorro, no cesaba de practicar las más activas diligencias, para excitar el celo de otros religiosos de la Órden y conducirlos á Manila. Ya entónces habia cambiado la opinion de los cortesanos, que con tanto empeño se habia sostenido por alguno respecto á no mandar nuevas misiones á estas islas, porque S. M. estaba convencido de que estos remotos dominios de su reino sólo podian prosperar abundando en ellos los PP. misioneros. La mision de sesenta religiosos de la Órden, que el P. Fr. Juan Volante habia pretendido organizar desde el año de 1588, para llevar la luz del Evangelio á las naciones infieles, fué otorgada en esta ocasion por el Monarca, sin duda por el poderoso ascendiente que tenía aquel Ilmo. Prelado en la córte. El mismo P. Volante debia ser el conductor de esta mision tan numerosa, y los religiosos ya estaban casi todos en Andalucía, para embarcarse en la flota que debia salir de Cádiz en 1597. Mas la toma de este puerto, que verificaron entónces los ingleses, desvaneció sus esperanzas, porque la flota no hizo su viaje á Nueva España, y aquéllos trataron de restituirse á sus conventos respectivos. El celo del Obispo, sin em-

bargo, alentó á veinte y ocho de los mismos, embarcándose con ellos finalmente en un pequeño buque que se despachó para aquel punto, entre tantas dificultades y peligros. Nada les sucedió, no obstante, en el viaje, y el Obispo, al llegar á Méjico, trató de edificar una hospedería para los religiosos enviados á la provincia del *Santísimo Rosario*. El negocio estaba tan adelantado, que ya iban á cerrarse las escrituras; mas halló el buen Obispo tales dificultades en su ejecucion, que tuvo por más conveniente desistir por entónces del proyecto.

No fué ménos feliz su navegacion desde Acapulco hasta las islas Filipinas, en la cual, ademas de no haberles sucedido cosa alguna que pudiera inquietarlos, experimentaron la providencia del Señor de un modo especial. Estando, con efecto, en aquel puerto, el general del galeon habia apresurado de tal suerte su salida, que los religiosos no pudieron embarcar sus provisiones; mas Dios ocurrió próvida y generosamente á su gran necesidad, proporcionándoles pescado fresco en toda la navegacion; cosa maravillosa y nunca vista en un viaje tan largo y tan difícil. Llegaron á Manila por Mayo de 1598: al entrar se incorporaron con una procesion de rogativas que se estaba haciendo desde la catedral hasta la iglesia de nuestro Padre Santo Domingo, y el obispo que venía con la mision predicó en lugar del que estaba designado, causando su presencia un gran consuelo en los que tuvieron el gusto de oirlo, porque todos lo amaban cordialmente. Profunda debió ser, con efecto, la impresion que no podia ménos de causar en el concurso esta circunstancia extraordinaria.

124. La llegada del Sr. obispo Benavides y su mi-

sion dió mucha celebridad á la junta intermedia del provincialato del P. Bernardo de Santa Catalina, que se tuvo el dia 24 del mismo mes. Animados los padres de ella con el socorro de los muchos y muy buenos religiosos que les acababa de llegar, recibieron un gran número de casas ó ministerios que se leen en sus actas. En Cagayan se hicieron cargo de San Antonino de Dumon, de Santa Catalina de Maquila, de San Ildefonso de Nalavangan, de San Pablo de Pilitan y de San Raimundo de Lobo. En el dia sólo existe el último de estos pueblos, conocido con el nombre de Tabang, anejo ó visita de Piat, bajo la invocacion de Santa Inés. Llamóse en un principio de Lobo, porque con este nombre era conocido el rio chico de Cagayan que lo baña, y se incorpora con el Ibanag en Nassiping. El pueblo de San Pablo de Pilitan era en aquel tiempo uno de los primeros ministerios de aquella provincia, y daba grandes esperanzas á nuestros religiosos, por el prodigioso número de infieles que habitan en sus hermosas y pintorescas vegas, bañadas por varios riachuelos, que las cruzaban en todas direcciones. Contó algunos años de existencia, y por lo regular residian cuatro religiosos en su casa primitiva, ocupados en la conversion de los habitantes de todo el partido llamado de Irraya. Su nombre en la actualidad apénas es conocido en la provincia, y sólo se conservan los cimientos de la iglesia en un barrio llamado Canapi, situado entre Ilagan y Tumauini. Su primer vicario fué el padre Fr. Antonio de Soria, hijo del convento de la Puebla, en Nueva España, á quien se puede reputar por el verdadero apóstol de la Irraya, adonde pasó despues

de haber hecho sus primeros ensayos apostólicos e
Camalanyugan y Bugay. Su celo y sus afanes por
conversion de aquellos infelices, que á su llegada ya
cian en las tinieblas de la gentilidad, le abreviaron l
carrera de la vida, y murió en lo más florido de su
dias. Terminada la junta intermedia de que se ha he
cho mencion anteriormente, en la cual asistió com
definidor dicho misionero, regresó despues á su mi
sion; mas no tardó en caer enfermo gravemente. En
tónces se determinó á trasladarse al convento de l
Nueva Segovia, para aliviarse de sus males y luég
volver á sus tareas apostólicas; mas el Señor, que ya es
taba satisfecho de sus fatigas y trabajos, lo llamó para
sí, con el fin de premiárselos, como es de creer, en l
patria dichosa de los bienaventurados. Bien pudiera
ponerse en el sepulcro de tan jóven y tan celoso mi-
nistro la inscripcion del hombre justo: *Consummatu
in brevi, explevit tempora multa.*

Tambien en Pangasinan se adelantaba por este mis-
mo tiempo la obra de la fe: desde Calasiao cuidaban
nuestros religiosos de los cristianos que habian conver-
tido en Mangaldan, y trabajaban en reunir unas ran-
cherías de infieles, que vivian esparcidos como fieras
en sus vecinos bosques. Más tarde se fundó en este si-
tio el hermoso pueblo de San Jacinto (1), uno de los
más bellos y amenos de aquella provincia populosa.

---

(1) En la actualidad (con fecha 3 de Noviembre de 1869) ha decretado el Superior Gobierno la division de San Jacinto, separando civilmente e barrio de Clarís, erigiéndolo en pueblo con el nombre de Pozorubio; y segun la legislacion vigente, se ha consultado á España el erigirlo en parro quia separada.

La casa de San Gabriel de Binondoc fué en esta junta erigida en vicaría, y se la separó del convento de nuestro padre Santo Domingo de Manila, en donde habian estado asignados hasta entónces los religiosos que se dedicaban á la conversion de los sangleyes. Algunos otros pueblos que ántes se habian recibido fueron de nuevo aceptados, ó más bien erigidos en vicarías, cuyos superiores debian de gozar de voz activa en las futuras elecciones.

125. Hácia este mismo tiempo llegó á Manila otra embajada del soberano de Camboja, con el mismo fin que la pasada. Ya queda referido cómo sus capitanes Diego Velloso y Blas Ruiz desde Cochinchina se trasladaron á la córte del reino de los Laos, para ofrecer de nuevo sus servicios al rey desposeido de aquél. A su llegada lo hallaron ya difunto; mas no por esto desistieron de su empeño, porque animaron á su hijo Prauncar, legítimo heredero de su trono, á que recuperase sus dominios con el auxilio que podia prestarle el de los Laos. Decidido el nuevo príncipe á seguir los consejos de estos valientes capitanes, entró en efecto al frente de sus auxiliares en Camboja, y no tardó en ser reconocido soberano de todas sus provincias. Entónces, agradecido á los servicios que le habian prestado los expresados capitanes, á quienes debia su trono, los elevó á la categoría de *chofas*, los primeros dignatarios del país, y los hizo señores de las provincias de Tran y Babano, dándoles al mismo tiempo muchas tierras y vasallos. Estos capitanes habian hecho, á no dudarlo, su fortuna, elevándose á una esfera superior á sus deseos; pero no la miraban muy segura,

en atencion á los partidos en que estaba dividido aquel infeliz reino, y precaria posicion del Soberano. Ademas no se encontraban bien sin sacerdotes y sin los auxilios espirituales de la religion cristiana. En tal concepto trataron de mejorar su situacion, y al efecto indujeron á su nuevo rey á que pidiese sus auxilios al gobernador de Filipinas, haciéndole pedir tambien á los PP. Jimenez y Aduarte, que tanto habian padecido en su primera expedicion. Al primero de estos religiosos escribió el mismo rey una carta muy afectuosa, en caractéres del país, autorizada con el Real sello en tinta roja, pero traducida en castellano. En ella le daba muestras de su agradecimiento por los servicios que habia prestado á su país y trabajos sufridos en demanda de su embajada, y le decia que habiendo llegado á Camboja, y noticioso de que se habia quedado en Cochinchina, le habia enviado una comision para trasladarlo á su córte; pero que el buque habia sido apresado; que deseaba mucho fuese cuanto ántes á su reino para que descansase y gozase del fruto de sus fatigas entre los chofas capitanes y demas españoles que habia en el mismo; y que llevase, finalmente, en su compañía al P. Aduarte, supuesto que los dos habian contribuido á restaurarlo en su trono. Le ofrecia tambien que les edificaria iglesias, los cuidaria, y daria permiso á los cambojas para que se hiciesen cristianos. Por fin le otorgaba sus poderes para que pudiese reclamar sus intereses en Manila, y se los llevase á Camboja. Esta carta iba acompañada con otras de los capitanes Diego Velloso y Blas Ruiz, suplicándole encarecidamente que accediese á los deseos que mostraba aquel monarca, y

no malograse la bella ocasion que se presentaba para reducir al gremio de la religion al infeliz reino de Camboja.

126. Estas noticias causaron mucha sensacion en los piadosos habitantes de Manila. Todos estaban en la persuasion de que serian muy agradables á entrambas majestades los servicios que se prestasen al soberano de Camboja. El gobernador de Filipinas era á la sazon D. Francisco Tello de Guzman, y D. Luis Perez Dasmariñas vivia como particular en el retiro, entregado enteramente á sus piadosos ejercicios. Mas, si bien se deseaba complacer á Prauncar, la falta de medios pecuniarios tenia perplejo al Gobierno, y no podia resolverse á aceptar tan grave empeño. En tal estado las cosas, el piadoso Dasmariñas no dudó sacrificar sus intereses por la gloria de Dios, ofreciéndose á costear de su hacienda los gastos de la expedicion. Desde luégo se destinaron como ciento y cincuenta hombres á las órdenes del mismo Dasmariñas, y las órdenes religiosas de Santo Domingo y San Francisco nombraron dos misioneros de cada corporacion, para dar principio á la predicacion del Evangelio en el reino de Camboja. Mas la carena de los buques que debian conducirlos se confió al cuidado de oficiales reales, que la hicieron mal y tarde, lo que malogró completamente los costosos sacrificios de esta tambien desgraciada expedicion.

127. El dia 17 de Setiembre de 1598, estacion la más fatal para navegar por los mares de China, se hicieron á la vela los tres buques que se habian destinado al efecto. En la capitana iba Dasmariñas con el

P. Jimenez y los dos religiosos franciscanos, y en la que hacia de almiranta el P. Aduarte, á cuyas órdenes debia atenerse el que mandaba á los soldados, segun dispuso el General. Navegaron al principio los tres buques en convoy, con órden de no separarse hasta Camboja; mas el viento, que no tardó en convertirse en un furioso temporal, desbarató sus planes á los seis dias de navegacion. El buque más pequeño, que era una mala galeota, fué el que salió más bien librado, porque logró refugiarse en un buen puerto de estas islas. La Capitana perdió luégo el batel y el palo mayor, y siguiendo el temporal con el trinquete y mesana, fué arrojada en una mala isla de las costas de China, en donde naufragó el dia 3 de Octubre, víspera de San Francisco. La gente se salvó; pero quedó como sitiada en aquel país ingrato, padeciendo largo tiempo las privaciones y trabajos de un penoso cautiverio. La almiranta, ya repuesta de sus primeras averías, continuó arrostrando el temporal, y poco despues perdió tambien el palo de mesana; y si bien con sólo el de trinquete se podia gobernar regularmente, no tardaron en romperse las hembras del timon, cuya falta tuvieron que suplir con dos palos bien trabados. Durante la tormenta todo el casco amenazaba una total ruina; de suerte que se vieron precisados á sujetarlo con tres amarraduras pasadas por la quilla, y apretadas con cañones de arcabuz encima del combés. Hasta la proa se les queria desprender, la que tambien aseguraron con amarras. En este infeliz estado, salvados como por milagro en alta mar, fueron á parar en una de las islas Babuyanes, sitas al Norte de Luzon, en donde aportaron tristemente. Ya estaba próxima la vís-

pera de San Francisco, cuando amenazados de un nuevo temporal, desembarcaron las municiones y pertrechos, dejando solamente la artillería en el buque; mas éste no tardó, con el mal tiempo, en irse á pique, haciéndose astillas todo el casco. En la playa levantaron unas chozas, y en ellas se guarecieron del viento y lluvia, que duró dos dias solamente. Apaciguada la tormenta, sacaron la artillería, que consistia en cuatrò piezas de un calibre mediano, las que colocaron encima de un fuerte de empalizada que por de pronto levantaron, con el fin de defenderse de los habitantes de la isla en el caso de que tratasen de ofenderlos. No tardaron éstos en aparecer cerca del campamento de los náufragos, armados con lanzas de hierro y otras de ébano arrojadizas; mas los nuestros les hablaron, por medio de un indio, con señales de paz, á las que ellos respondieron enviando tambien á uno de los suyos, que fué tratado con muestras de afecto por los nuestros. Hiciéronle efectivamente algunos regalillos, y le encargaron que dijese á los suyos les trajesen víveres, que era lo que necesitaban; asegurándole desde luégo que serian satisfechos religiosamente por el precio estipulado. A los pocos dias rompieron las paces los isleños; mataron á un japon que iba en la expedicion, é hirieron á un indio, que logró matar al agresor. Rotas ya las amistades, cesaron tambien los isleños de conducir más víveres al campamento; pero, como la necesidad es superior á toda ley, los náufragos se vieron en la precision de tomarlos por la fuerza.

128. Entre tanto el P. Aduarte dispuso que se carenase el batel, que afortunadamente se habia librado

del naufragio, para ir con el piloto y dos hombres bogadores á la provincia de Cagayan, distante unas veinte leguas de allí. Al efecto le alargaron la quilla, le pusieron algunas tablas en los costados, hasta levantar el bordo como una media vara, y con esta débil nave hicieron en tres dias el viaje, sin haberles sucedido avería alguna en aquella peligrosa travesía. El Alcalde, á su llegada, mandó apercibir dos fragatillas, y las envió con comestibles á la isla, para sacar á los náufragos de ella, Por otra parte el P. Aduarte escribió algunas cartas á Manila, dando cuenta del suceso á su prelado y á los agentes del caballero Dasmariñas. Enterado el Gobernador de esta desgracia, dispuso que la gente refugiada en Cagayan prosiguiese su viaje, y el Provincial, por su parte, ordenó inmediatamente que el padre Aduarte regresase cuanto ántes á Manila. Todos dieron cumplimiento á lo dispuesto; pero la falta de este religioso fué la perdicion de aquella gente, porque hallándose en las costas de China, se arrojaron á cometer un atentado, que él hubiera podido evitar con su consejo; si bien recibieron luégo su castigo los perpetradores de aquel crímen, que no pasó finalmente de un conato. Con este motivo el buque varó en unos bajos ignorados, en donde pereció con muchos de los que lo tripulaban; los pocos que lograron salvar la vida fueron tratados como piratas en varios tribunales, en donde tuvieron mucho que sufrir; hasta que al fin fueron á parar á Lampacao, en donde estaba Dasmariñas con los suyos, alimentándose de lo poco que podian recoger en sus desiertas playas.

129. Esta isla está situada al S. O. de Macao, de

onde sólo dista siete leguas. Los portugueses, establecilos desde mucho ántes en este puerto, y que hubieran podido aliviar al afligido caballero Dasmariñas y gente que lo acompañaban en su desgracia, todavía agravaron más su mísera situacion en aquel trance. Persuadidos de que habian hecho aquel viaje en perjuicio de sus negoios mercantiles, desde luégo se declararon sus enemigos nortales, y trataron de arrojarlos con las armas de aquel unto. El P. Jimenez hizo varios viajes á Macao con l fin de procurar algun socorro á los náufragos; pero odos sus esfuerzos se frustraron, pues no le fué posile ablandar la dureza de aquellos hombres codiciosos. l fin logró Dasmariñas enviar algunos de los suyos á Ianila, para dar cuenta al Gobierno de su estado lasmoso, y con el fin de que le enviasen un buen buque ara regresar á Filipinas.

130. Las cartas de este piadoso caballero causaron iucha sensacion en los vecinos de Manila, y desde iégo se dieron providencias para socorrerle en tal exemo. Esta comision se confió al mismo P. Fr. Dieo Aduarte, el cual, sin embargo de que no estaba ara exponerse otra vez á los peligros de la mar, por aridad y obediencia se prestó á desempeñarla. Pero en sta ocasion no se fió ya de nadie, para dejar el buque ue lo habia de conducir en buen estado. Él mismo se ncargó de inspeccionar la carena, la que, á pesar de us más activas diligencias, no pudo terminarse á entra satisfaccion, sino despues de cuatro meses. Al fin e hizo á la vela el dia 6 de Setiembre de 1599, y llegó sin novedad adonde estaba D. Luis en quince dias le viaje. Para dejar á este mal aventurado puerto, áun

fué necesaria una chapa ó licencia del virey de la provincia de Kuan-tung (Canton), y esta diligencia, tan sencilla al parecer, ocasionó muchos gastos y no pocas molestias y trabajos al P. Aduarte, que la procuró personalmente.

131. Halló, por su desgracia, á la sazon en la capital de la provincia un visitador eunuco, que con sus robos y estafas arruinaba á cuantos tenian la desgracia de caer bajo su férula. Los españoles de Manila tenian en China mucha fama de ricos, porque ya era muy conocida á la sazon en el imperio la plata que se acuñaba en Nueva España. Cuando el eunuco llegó á entender que lo necesitaba uno de ellos, creyó haber hallado una mina, que se propuso explotar completamente. El P. Aduarte, acompañado de dos soldados y un indio, se hospedó en una casa de sus grandes arrabales, y á los dos dias fué llamado por el dicho visitador de la provincia, para dar razon de su persona y de la gestion que motivaba su presencia en aquella capital. Ántes de entrar le hizo decir dicho padre, que él no se pondria de rodillas al estar en su presencia; pues los religiosos y capitanes castellanos á nadie hacian esta cortesía, ni delante de los reyes de estos países asiáticos. Porfió por algun tiempo el eunuco en sostener el ceremonial acostumbrado, hasta que al fin, cegado por el interes que aguardaba, le dispensó de practicar esta ceremonia humillante, y le mandó, ó hizo decir que le hiciese la cortesía y reverencia que á su rey solia. Con esta condicion entró el religioso, y halló al visitador eunuco sentado detras de un bufete con mucha gravedad, y una numerosa comitiva de ministriles y

verdugos, que ejecutaban inmediatamente sus mandatos, sin que nadie pudiese apelar de sus resoluciones. No ignorando Dasmariñas la costumbre del imperio, en el cual no es posible obtener cosa alguna de provecho sin ir por delante los regalos, habia entregado el P. Aduarte una pieza de grana y un grande espejo con su cadena de plata, ambas cosas de mucha estimacion en aquel tiempo. En esta primera audiencia creyó que debia hacer este regalo al eunuco, el cual lo recibió muy bien; pero haciendo gestos y mirando hácia el cielo, dándole á entender que él era hombre de conciencia delicada, y que no recibia aquellas cosas como regalo, sino por su valor, que se deberia computar entre los derechos que se le debian satisfacer por la licencia. En seguida pidió el P. Aduarte que ordenase fuese medido el buque, y luégo se volvió á su alojamiento.

Los agentes del eunuco eran, á no dudarlo, tan ladrones como él; los oficiales que mandó á Lampacao eran tan probos, que en la primera medicion del buque hicieron subir los derechos del anclaje á la suma exhorbitante de mil y ochocientos ducados; pero cohechados luégo, y pasando á segunda medicion, rebajaron los mil que habian aumentado injustamente en la primera. El P. Aduarte, entre tanto, persuadido de que ya estaba satisfecha la codicia del eunuco, se estaba muy tranquilo en su posada, esperando el resultado de la medicion del buque y la licencia; mas á los tres dias el eunuco mandó llamar á los dos soldados que lo acompañaban, y á su llegada, con muchas demostraciones de enojo hizo dar cinco azotes al intérprete, porque dijo que no habia prevenido á aquellos

extranjeros acudiesen á su presencia, conforme debian á su dignidad. Luégo ordenó que tambien fuesen azotados los soldados; mas cuando ya estaban desnudos para recibir los golpes de la penca, hizo suspender el castigo y dispuso fuesen conducidos á la cárcel. Bien conocia el P. Aduarte que estas vejaciones se dirigian á sacarle la plata, que no tenía y deseaba aquel inicuo, quien, al fin, el dia de Todos los Santos, despues de haber celebrado el religioso el santo sacrificio de la misa en una capilla que tenian los PP. Jesuitas cerca del rio, lo hizo llamar á su palacio. Al presentarse en su estancia le mandó se pusiese de rodillas ante él, y desde luégo, gritando con voz atiplada, empezó á decirle que sin duda sería algun espía, cuando no le acudia como era de su obligacion. Despues de su sermon lo mandó azotar, y los verdugos lo tendieron inmediatamente en el suelo para ejecutar la sentencia ya pronunciada. En tal conflicto sacó el afligido religioso un gran papel que le habian facilitado los chinos de Manila en sus propios caractéres, en el cual manifestaban los muchos beneficios que los de su nacion recibian de nuestros religiosos en aquella capital. Leyólo el eunuco; pero, como no era acomodado á su intento, lo despreció; mandó, sin embargo, suspender el castigo de los azotes, y lo conmutó en otro no ménos aflictivo. En efecto, hizo acercar al religioso á su bufete, y le pusieron dos cañitas con muezcas en los dedos de entrambas manos, los que fueron apretando de tal suerte, que al fin cayó el paciente desmayado. Entónces mandó el cruel eunuco quitarle las cañitas, y lo despidió de su presencia, diciéndole que si no le daba mil taeles (que

en el dia importan la suma de 1.395 pesos) (1), lo habia de matar.

132. Quedó el P. Aduarte en extremo maltratado, y se fué á su alojamiento como pudo; mas á su llegada se halló con que el dueño habia recibido un mandamiento del eunuco, que le prohibia lo recibiese en su casa. Entónces se refugió en un buque de mercaderes portugueses, que luégo tuvo que abandonar, porque no tardó en comparecer el dueño, diciéndole que la ciudad andaba muy alborotada por haberse presentado él en dicho buque, y le rogó se fuese á otra parte, por el daño que podria hacer á sus negocios. Entónces se vió precisado á dejar aquel refugio y volver á tierra, en donde todos huian de él, temerosos del visitador que sin humanidad lo perseguia. Por su fortuna halló á un chino mercader que habia estado en Manila, y lo recibió en su casa. Luégo recogió trescientos taeles ayudado de su huésped, y los remitió al eunuco, rogándole se sirviese recibirlos. Le suplicaba á la vez que diese libertad á los soldados, y á los tres, permiso para regresar á Lampacao. Ni áun por esto consiguió adelantar un paso; pues el mismo dia fué llamado por el eunuco otra vez, y despues de haberle dicho y repetido que él no entendia la lengua en que le hablaba, lo mandó llevar con cadena al cuello á la misma cárcel en donde estaban sus compañeros de trabajos. Á su lle-

(1) En el último tratado con China se fijó el *peso* en 72 céntimos de *tael*, conforme con las tablas de reduccion de los autores, segun las que cada 100 pesos tienen 72 taeles (aunque no es siempre ni en todas partes igual el valor del tael); segun lo cual, 1.000 taeles son 1.388'89 pesos.

gada fué presentado con una órden del eunuco á u
mandarin, que impuesto de los motivos de su prisio
le dió á entender que parecia injusto aquel decret
pero añadió que nadie podia revocar lo dispuesto p
aquél, y le aconsejó que procurase contentarlo, porqu
de otra suerte no sabía cuándo podia salir libre, e
atencion á que el visitador estaba para salir á una pe
quería de perlas en el golfo de Hainan, y se ignoral
el tiempo de su regreso. En seguida le quitaron la ca
dena y lo metieron en la cárcel.

133. Cuando los soldados españoles vieron al padı
Aduarte, no pudieron ménos de llorar de pena en s
presencia; mas él estaba más tranquilo y consolado qu
cuando se hallaba en libertad; pues por ellos habia pa
decido hasta entónces, y no habia querido abandona
los, marchándose ocultamente sin licencia, como l
hicieron despues, á Lampacao. En la cárcel habia á
sazon como unos trescientos presos, muchos de l
cuales estaban condenados á pena capital. Era tan he
diondo y tan insano aquel lugar, que no tardó el pa
dre Aduarte en sentir las malas influencias, que la su
ciedad, la destemplanza y la carencia de abrigo no po
dian ménos de causar á su delicada complexion. Ma
fué Dios servido que sólo estuviese en él tres dias; pue
habiendo salido su huésped por fiador de los mil tae
les que pedia el eunuco, fué puesto en libertad con lo
soldados. Entónces le acometieron los ministriles, po
teros y satélites, y todos le pedian sus derechos res
pectivos; de suerte que no bastáran otros mil taeles par
pagarlos, y como no los tenía, acometieron al fiado
por todas partes, molestándolo de dia y de noche, par

que les diese lo que el padre no podia concederles. Como el fiador, por otra parte, tampoco permitia que él y los soldados se fuesen á su buque ni saliesen de su casa, éstos al fin lograron burlar su vigilancia. Temeroso el P. Aduarte, de que Dasmariñas, cansado de tanto aguardar se hiciese á la vela, trató de cualquier modo de fugarse con los suyos de la casa de su huésped. A este fin se compuso con un chino que solia visitarlos, quien por la mezquina suma de diez taeles se comprometió á sacarlos de su encierro, y llevarlos á Lampacao. Hizo, pues, su contrabando á media noche, con una embarcacion pequeña por un estero que conducia al rio grande; los puso en otra mayor, y haciéndose á la vela rio abajo, llegaron al dia siguiente adonde estaba Dasmariñas. A las pocas horas llegó tambien el fiador, y su primera diligencia fué inquirir y preguntar por el que los habia sacado de su casa y conducido á la isla; pero nada pudo averiguar. Dasmariñas le pagó inmediatamente la fianza, lo despachó muy satisfecho, y los nuestros se hicieron luégo á la vela para Manila, á excepcion del P. Aduarte, que quiso trasladarse á Macao para descansar y reponerse de su salud tan quebrantada, con motivo de los malos tratamientos y disgustos sufridos en Canton.

134. Miéntras Dasmariñas y los que lo acompañaban en su desventurada expedicion corrian las desgracias que quedan referidas, otros religiosos hacian su viaje al mismo reino de Camboja. El Gobernador de Filipinas, cuando arribó aquella galeota que habia salido de Manila con la Capitana y Almiranta, temeroso de lo que podia haberles sucedido, dispuso que saliese

cuanto ántes otro buque en demanda de la misma expedicion, y en él se embarcaron los PP. Fr. Juan Maldonado de San Pedro Mártir y Fr. Pedro de la Bastida de Jesus, ambos religiosos de la Órden. Su viaje fué más feliz por el pronto que el de los primeros; pero su fin no fué ménos desastroso. El P. Maldonado, á quien el Gobernador habia confiado el cuidado de desempeñar la embajada en el caso de no haber llegado Dasmariñas, se presentó en la córte de aquel reino; pero no fué recibido como era de esperar. A la sazon habia muerto ya Prauncar, que habia pedido el auxilio de soldados españoles, y llamado con empeño á los padres Jimenez y Aduarte, segun queda ya indicado. Le habia sucedido por desgracia un hijo de menor edad, que estaba bajo la tutela de su madrastra, dominada enteramente por los malayos, que no miraban con serenidad, ni á los europeos, ni á la religion de Jesucristo que éstos profesaban. Por otra parte, los pocos portugueses que tenian su residencia en Camboja tampoco conservaban buena armonía con los españoles, porque temian como siempre, que si éstos llegaban á enseñorearse del país, les quitarian sus ganancias. En atencion á esto, no es de extrañar que el padre embajador fuese recibido friamente y despachado con desaire; pues le dieron á entender que el Rey ni habia llamado á los españoles de Manila, ni estaba obligado á observar los tratados que su padre hubiese con ellos celebrado. Con tan triste desengaño, pidió el padre Embajador su pasaporte para retirarse á su buque; mas se le negó rotundamente, y se vió precisado á marcharse sin permiso, con ánimo de retirarse con los suyos á Manila.

135. Habia hallado en el puerto, á su llegada, algunos españoles, portugueses y malayos, todos divididos y enemistados. Ántes habian tenido ya algunas disensiones, y el capitan del buque que habia conducido á los padres, habiendo tratado de reconciliar los ánimos, fué envuelto en la traicion que los malayos tramaron contra todos, alentados y dirigidos por los que estaban al frente del gobierno, que favorecian su partido. Como los ánimos ya estaban predispuestos, no tardaron en romper abiertamente los partidos; los españoles y portugueses se vieron precisados á unirse en aquel trance, para defenderse de los malayos, que eran infinitamente en mayor número. Se dió principio en seguida á un combate muy reñido, en el cual recibieron horroroso daño los malayos, y se dieron por vencidos, porque no sabian manejar las armas de fuego como aquéllos; mas al fin lograron incendiar el buque de Manila. No pudiendo los españoles evitar los efectos del incendio, procuraron salvarse de otros modos, y los que sabian nadar se libraron al abrigo de los otros europeos. Mas el P. Fr. Pedro de Jesus, que carecia de esta habilidad, se desprendió por la popa y se quedó asido del timon, encomendándose á Dios y disponiéndose para la muerte, que ya no podia evitar. Entre tanto, sin haberle podido los nuestros socorrer en aquella situacion, lo cercaron los malayos, y dándole una lanzada, lo precipitaron al agua, en donde acabó de espirar.

136. En el mismo puerto habia otra fragatilla fondeada, del capitan Juan de Mendoza, vecino de Manila, que sólo habia ido á Camboja con el fin de ob-

servar los acontecimientos de este reino y trasladarse al de Siam. El P. Maldonado, herido tambien por los malayos, aunque levemente, se habia salvado á nado con otros compañeros, y se acogió á esta fragatilla, que luégo se hizo á la vela para el dicho reino de Siam. Aquí hallaron á un P. misionero de la Órden, portugués, que estaba como preso en un pueblo cercano de la córte. A su llegada fué á visitarlos, y les dió tales noticias de las crueldades que cometia aún con los suyos el soberano de este reino, que en su vista no pudieron ménos que llenarse de horror. Decia que por los más leves motivos mandaba despedazar á sus vasallos por las trompas de los elefantes, que no pocas veces los hacia freir, y que haciéndoles arrancar sus carnes con tenazas, mandaba á los verdugos que las aplicasen á la boca de los desgraciados pacientes. La relacion de este misionero podia ser tal vez exagerada; mas les supo pintar las cosas de tal suerte, que se las hizo muy creibles. Al fin les suplicó que le hiciesen la caridad de recibirlo en su nave, protestando que se hallaba muy dispuesto á ir con ellos á cualquier parte, sólo por librarse de las manos del tirano. Lastimado el capitan de este afligido misionero, é instado con caridad por el padre Maldonado, se ofreció á recibirle en su buque finalmente. Mas, temeroso de caer por esta causa en desgracia de aquel monstruo, le dió algunas instrucciones, que por no haberlas observado causó á todos la consecuencias más funestas. Como el viaje por el ri debia ser mucho más largo que por tierra, y si el Re llegase á tener noticia de su fuga, estando el buqu cercano á la córte, podria fácilmente apresarlo, acoi

daron que primero saliese éste con las licencias necesarias, y que él podria embarcarse en cierto punto, en donde las corrientes no les estorbáran la salida. Con esto la fragatilla se hizo á la vela, y el P. Maldonado se quedó en compañía del misionero portugues en el lugar de su prision. Empero, temiendo éstos no poder alcanzar la fragatilla, salieron aquella misma noche en su alcance, y la hallaron cuando apénas habia hecho diez leguas de viaje, faltándoles aún más de cuarenta para salir á la mar. Al verlos desde el buque, no pudieron ménos de temer todos algun funesto resultado. Los recibieron á bordo sin embargo, y se dispusieron para lo que pudiese suceder. Por la mañana de aquel mismo dia supo el Rey la fuga del misionero portugues, y presumiendo que debia estar en el buque de Manila, que se habia hecho á la vela el dia anterior, envió desde luégo una armadilla en su alcance. Tras de ésta envió otra, y por fin una tercera. Sus buques eran pequeños, pero conducian á su bordo mucha gente armada con pedreros, arcabuces, lanzas y flechas. Los de la fragata no pasaban de veinte europeos; pero estaban decididos á burlarse de toda la chusma enemiga. No tardaron en verse cercados por todas partes de las naves siamesas, ni tampoco se tardó en dar principio á un combate sangriento y horroroso. Miéntras la marea era favorable podian los nuestros defenderse y ofender con poco riesgo; pero cuando se veian precisados á dar fondo para que la corriente no los arrastrára hácia atras, tenian que pelear como leones para no caer en poder del enemigo. De los siameses morian sin cuento y sin medida, porque, siendo mucho más alto el bu-

que de los nuestros, y estando aquéllos sin reparo, tenian que pelear á pecho descubierto, y las balas y metralla de los nuestros hacian en ellos estragos horrorosos. Bien pudieran aquellos infelices haber evitado tanta mortandad, dejando en paz á los que sólo trataban de marcharse; pero como temian una muerte más cruel si volvian á la córte sin el P. misionero, hicieron esfuerzos de valor. Tres dias duró este combate encarnizado y espantoso; pero al fin los nuestros salieron victoriosos á la mar, y los siameses tuvieron que volverse sin la presa, lamentando para siempre su confusion y su derrota. Mas el triunfo fué bien costoso á los nuestros. Murió el piloto de un balazo, y quedaron muchos heridos, de los cuales algunos murieron en Malaca: tales fueron el capitan Mendoza, un portugues llamado Jorge de la Mota, y en la mar el P. Maldonado. Una bala le habia roto un brazo, y aunque la herida no parecia mortal en un principio, le cortó luégo la carrera de la vida, por falta de remedios y asistencia, y sin el auxilio de un verdadero inteligente en el arte de curar. Se confesó con el P. misionero portugues que motivó estas desgracias; toleró con gran conformidad los dolores agudísimos que le causaba la herida; dictó una carta para los PP. de Manila, en la cual hacia una breve relacion de los sucesos del viaje, y decia que moria consolado por haber hecho la jornada enviado por la obediencia para predicar el santo Evangelio á los infieles, y haber libertado á un hermano; al fin espiró tranquilamente en frente de Cochinchina; cuyo cuerpo fué sepultado en la isla de Pulo-Catovan.

137. El P. Fr. Juan Maldonado de San Pedro Már-

tir, uno de los primeros fundadores de la provincia del *Santísimo Rosario*, nació en Alcalá de Guadiana, y tomó el hábito de la Órden en el convento de San Pablo de Valladolid. Desde los principios de su vida religiosa se distinguió por el amor que tenía á la observancia regular, y como verdadero hijo de nuestro Santo Patriarca, estaba poseido de un celo muy ardiente por la conversion de los infieles. Por esto inscribió su nombre entre los primeros religiosos de la Órden, que debian pasar á Filipinas para fundar esta apostólica provincia. Un año despues de su llegada fué destinado á la conversion de los pangasinanes, y despues de haber trabajado con ardiente celo por algun tiempo en su provincia, fué trasladado al partido de Bataan. Por último se le confió por su prelado el ministerio de los chinos, en cuya conversion habia trabajado ya con mucho fruto, poco despues de su llegada á Filipinas. En todas partes manifestó su celo por la salvacion de las gentes, y convencidos los sangleyes del grande amor que les tenía, lo nombraron su protector oficial en estas islas, con cuyo honroso título, ademas de los oficios de padre y misionero, debia ejercer tambien el de abogado de sus amados feligreses. Era tan notorio el mérito de este insigne misionero, que la inquisicion de Méjico no dudó en nombrarle su Comisario en las islas Filipinas.

Cuando se ofreció la jornada de Camboja, pudiera el P. Maldonado haberse excusado fácilmente con sus muchos años y dolencias; pero en tratándose de la gloria de Dios y de cumplir la voluntad de su prelado, no reparaba en dificultades ni peligros. Pasó á Camboja en clase de embajador, es cierto; pero su intento

principal era fundar una mision para convertir á sus naturales á la fe, lo que no pudo ejecutar por los juicios inexcrutables del Señor, que abre y cierra la entrada á su palabra, segun el beneplácito de su santa voluntad, y los designios profundos de su alta providencia. Allí se libró de un gravísimo peligro; mas luégo á su salida de Siam perdió la vida, como es visto, por haberla procurado á uno de sus hermanos; y es de creer que el Señor, por cuya gloria habia hecho aquel viaje tan heroico, premiaria en el cielo sus trabajos, como mártir de la caridad y de la obediencia religiosa.

138. Por aquel mismo tiempo próximamente pasó tambien á mejor vida en la ciudad de Macao el venerable P. Fr. Alonso Jimenez, uno de los fundadores de la Órden en las islas Filipinas, y segundo prelado provincial de ésta del *Santísimo Rosario*. Era hijo de hábito del célebre convento de San Estéban de Salamanca, que tantos misioneros ha dado á esta provincia religiosa, de donde habia salido en un principio para las nuevas conversiones que hacian por aquel tiempo sus hermanos, en las vastas regiones de la Nueva España. Trabajó efectivamente con mucho fruto algunos años en la provincia de Guatemala; mas por justas y razonables causas regresó finalmente á su convento, deseoso de pasar el resto de sus dias en el silencio y tranquilidad del claustro. Mas su celo inextinguible por la conversion de los infieles, le hizo abandonar de nuevo las conveniencias de la patria, tan luégo tuvo noticia de que el P. fray Juan Crisóstomo procuraba organizar una mision de religiosos de la Órden para su apostólica empresa. Su primer destino, una vez llegado á Filipinas

fué el ministerio de Bataan, cuyas misiones fueron el primer teatro de su celo, donde mostró su gran pericia en el admirable arte de convertir á los infieles y de ganar almas para el cielo. Mas para conseguirlo fué preciso que ante todo aprendiese el idioma del país; en lo cual, atendida su avanzada edad, hizo progresos admirables. Terminados ya el cuatriennio del segundo provincialato y prelatura del P. Fr. Juan de Castro, los padres que debian proceder á nueva eleccion en el capítulo que ya queda mencionado, pusieron desde luégo en él los ojos; pues su gran virtud, celo y prudencia, que son las dotes principales que deben brillar especialmente en un prelado, eran de todos conocidas. Rigió la provincia sabiamente, como era de esperar, y eran tales sus deseos de propagar la luz del Evangelio en los países infieles, que ántes de que se terminase su oficio, no dudó emprender por Dios aquella desgraciada expedicion que le condujo al reino de Camboja, dirigido por un fin piadoso y santo, en armonía con el objeto principal que presidiera á la fundacion de la provincia. Aquel viaje tuvo el desgraciado éxito que ya queda referido; mas no por esto dejó de merecer el varon santo el galardon y la corona prometida por el cielo á los que pelean con valor las batallas del Señor en este mundo.

A pesar de los sucesos tan adversos de la primera expedicion, no se negó á repetir segunda vez aquella jornada dolorosa para conseguir el mismo fin, y esta vez sus padecimientos fueron mayores todavía, y más prolongados que los de la primera. Habiendo naufragado en Lampacao con Dasmariñas, fué allí partici-

pante de las penas con que Dios se dignaba acrisolar la virtud de este piadoso caballero. Desde aquella desventurada isla repetia sus viajes á Macao, para mover á sus vecinos, como cristianos y súbditos de un mismo soberano, á que auxiliasen á los náufragos, y les proporcionasen algun buque para salir de aquel inhospitalario país; pero todas sus diligencias se frustraban, porque el ódio y la codicia tenian sofocados los sentimientos de la humanidad en aquellos habitantes, sin que ni su virtud, ni sus venerables canas lográran ablandar aquellos duros corazones. El ódio y la malevolencia lusitana que allí se hallaba habian llegado á tal extremo, que se llegó al caso de publicar bandos, en que se prohibia, bajo gravísimas penas, que nadie auxiliase á los náufragos de Lampacao, por la sola circunstancia de que eran castellanos. Al fin el venerable anciano sucumbió al peso de tantos trabajos y aflicciones; pues enfermó de gravedad en el mismo puerto de Macao, en donde, despues de haber recibido los santos sacramentos, con no poco consuelo de su alma atribulada, entregó su alma al Criador en el mismo convento de la Órden. Ésta fué la tercera víctima sacrificada en las desgraciadas expediciones al reino de Camboja; habiéndose salvado solamente el P. Aduarte, entre los primeros sacerdotes que envió á evangelizar en aquel país la provincia del *Santísimo Rosario.*

———

CAPÍTULO IX.

Eleccion de Provincial en la persona del P. Fr. Juan de Ormaza.—Circunstancias notables de esta eleccion.—Disposiciones interesantes de este capítulo provincial.—Progresos de las misiones de Cagayan.—Muerte de dos religiosos venerables.—Fundacion de la casa de San Juan del Monte.—Llega á la provincia una mision de treinta religiosos.—Son los primeros que se hospedaron en San Jacinto.—Su viaje de Acapulco hasta Manila.—Son nombrados los primeros misioneros de la Órden que fueron á predicar el Evangelio en Japon.

139. El P. Fr. Bernardo de Santa Catalina habia terminado su cuatriennio felizmente, y los vocales procedieron á nueva eleccion el dia 2 de Junio de 1600, que recayó en la persona del P. Fr. Juan de Ormaza de Santo Tomas. Aconteció una circunstancia en esta eleccion que no debe dejarse sepultada en el olvido. No era fácil hallar un sujeto que pudiese llenar completamente el vacío que dejaba aquel prelado venerable, sin embargo de la santidad y letras de que muchos se hallaban adornados; mas entre ellos habia uno de los primeros fundadores, que á manera de un astro de primera magnitud, se distinguia de los otros. Era éste el venerable P. Fr. Juan Ormaza de Santo Tomas, vicario del partido de Bataan, en cuyo ministerio habia trabajado desde Setiembre de 1587, cuando se confió su conversion á la provincia del *Santísimo Rosario*. Allí habia dado pruebas de su gran prudencia, celo por la gloria de Dios, paciencia en los trabajos, y de una amabilidad que arrebataba los corazones de cuantos le trataban. No dudáran los vocales en decidirse por este venerable religioso, cortado á medida del cora-

zon de Dios, sino temieran quedarse luégo sin prelado, por las muchas enfermedades y achaques de que adolecia. El Provincial que concluia tenía un vivo interes en que le sucediese; pero tenía los mismos cuidados y el mismo temor que los demas; y para salir de la incertidumbre en que estaba por este mismo recelo, consultó el asunto con un médico muy acreditado que habia á la sazon en Manila, rogándole que observára á aquel venerable sacerdote, y le dijera francamente si eran tales sus achaques, que obstáran á la eleccion que se intentaba hacer recaer en su persona. A este fin, dos dias ántes del prefijado para proceder al nombramiento, mandó al expresado P. Ormaza que á la hora de completas fuese á verse con el médico, para consultarle acerca del estado de sus males, pero sin darle á entender de ningun modo el verdadero fin que se encerraba en la consulta. Concluidas las completas, llamó el Provincial á una señora muy devota que frecuentaba la iglesia, y le habló de la gran necesidad en que todos se hallaban de la asistencia de Dios para el acierto de la próxima eleccion, suplicándole al propio tiempo se sirviese encomendar al Señor aquel asunto en sus oraciones fervorosas. «Ya V. ha visto en la *Salve*, añadió, los muchos y venerables religiosos que han venido á Capítulo; pues ha de saber que la mayor dificultad que nos embaraza es la abundancia en donde tantos hay buenos y ninguno mejor.» «Sí contestó la Señora: todos los he visto, y alabo al Señor por su piadosa providencia; pero sepa que no ha estado en la *Salve* el que ha de ser Provincial.» En efecto sólo el P. Ormaza habia estado ausente, y el Provin

cial nada habia dicho á la devota del designio que tenía; de suerte que sus decisivas expresiones, parece que fueron un oráculo de lo que Dios habia decretado en sus consejos, con el fin de consolar á este prelado virtuoso, que tan solícito estaba para dar á la provincia un prelado superior digno de ella. No tardó el P. Ormaza en volver, ni el médico en manifestar su parecer, que fué cual se podria desear; pues que dijo sin rodeos, que si en lo demas tenía condiciones para el caso, por lo que tocaba á la salud, bien podian elegirlo sin cuidado. Con esta respuesta favorable, todos los vocales se decidieron desde luégo en su favor, y lo eligieron Provincial resueltamente. Bien quisiera el electo eximirse de un cargo tan grave y tan pesado, que su profunda humildad se lo representaba muy superior á sus fuerzas, alegando á este propósito su avanzada edad y sus achaques; mas al fin le fué preciso conformarse con la voluntad de Dios, y aceptar la prelacía, compelido por la obediencia religiosa. Gobernó la provincia como era de esperar, y no sólo terminó sin novedad especial su prelatura, sino que ademas Dios le prolongó la vida hasta el año de 1637; habiendo visto diez prelados, que le sucedieron dignamente en sus dilatados dias.

140. En sus actas se renovaron algunas ordenaciones establecidas ya en los capítulos anteriores, con expresion de la que prohibia á los religiosos de la provincia administrar á los indios como curas, ligados con el vínculo de la justicia; insistiendo en que su ministerio habia de ser en todo tiempo de pura caridad en estas islas. Se ordenaron ademas algunas cosas dirigidas á la

conservacion de la paz interior, tranquilidad de conciencia y estrecha observancia regular, que tanto habia honrado hasta entónces á la Corporacion en el país. Tan celosos eran aquellos venerables fundadores de la austeridad proverbial de esta provincia religiosa.

La casa y la administracion de Mangaldan, que hasta entónces se habia mirado como visita y anejo del pueblo de Calasiao, fué separada y erigida en vicaría, á la cual se asignó desde luégo un religioso con sufragio y voz activa en el Capítulo, y se le dió como auxiliar un compañero. Esta disposicion es una prueba de los progresos que nuestros misioneros hacian entre los pangasinanes, tan tenaces en un tiempo en resistir á las inspiraciones de la gracia y á la apostólica voz del misionero.

En Cagayan eran todavía mayores los progresos religiosos. Los PP. que, destinados á sus primeros ministerios, tuvieron que luchar en un principio con tantas dificultades, propagaban ya la doctrina de la fe sin oposicion en todas partes, y sólo faltaban operarios para recoger la miés copiosa que ya estaba en sazon y madurez. La mayor dificultad que en aquel tiempo hallaban los religiosos en el ministerio de las almas, eran las supersticiones é idolatrías que algunos cagayanes practicaban todavía en los sitios más ocultos. Allí tenian sus adoratorios escondidos, en los cuales ofrecian al demonio pedacitos de oro y plata, y una especie de piedras que apreciaban mucho, pidiéndole en recompensa los librára de sus enfermedades y miserias. En ellos veneraban unos idolillos detestables, que miraban como dioses, y como los genios tutelares de su hogar.

Hasta los árboles de sus bosques y praderas eran tenidos en suma veneracion y en gran respeto, y nadie se atrevia á cortarlos audazmente para las necesidades de la vida, que hubiera sido una impiedad para aquellas rudas gentes. En los pueblos de la costa eran más abundantes estos lugares consagrados al padre de la mentira, y nuestros misioneros, que ya gozaban de prestigio en toda aquella provincia, se propusieron destruirlos, y borrar para siempre su memoria de aquel país ya cristiano. Tomadas las competentes precauciones, que dictaba la circunspeccion y la prudencia, se presentaron en los adoratorios escondidos, rompieron los cepillos en donde se depositaban las ofrendas consagradas al demonio; sacaron los idolillos y tesoros que encerraban, y despues pegaron fuego á aquellas inmundas aras de la abominacion y la impiedad. En seguida practicaron la misma operacion con las figuras y con todas las ofrendas del demonio, echando despues sus restos y cenizas execrables á la mar. Entre tanto los cristianos estaban poseidos de terror, y los infieles no dudaban que Satanas realizaria inmediatamente sus espantosas amenazas contra los profanadores de su culto, creyendo que por lo ménos moririan todos al momento. Pero vieron con asombro que no sucedió lo que temian, y los PP. prosiguieron en su celo la grande obra comenzada, hasta que no quedó en todo el país un solo albergue en donde se diesen al demonio aquellos cultos. Esta medida fué de grande importancia y consecuencia para asegurar la doctrina de la fe en el corazon de aquella gente naturalmente tímida y sencilla; pues desengañada de los embustes de sus sacerdotisas detesta-

bles, la nueva religion fué siempre ganando más reno cada dia, y la mentira fué desapareciendo in siblemente del país. Desde entónces las conversic de los cagayanes de la costa fueron ya más numero pidiendo todos ellos con instancia el santo sacrame del bautismo. Coincidieron estos hechos con una p horrorosa de viruelas, que se llevó muchos párvulc cielo. Los misioneros se apresuraban á bautizarlos á primeros amagos de aquel mal, y los infieles no hac la más leve oposicion en esta parte á su santo mini rio. Ántes bien muchos de ellos presentaban muy g tosos á sus hijos para que se les bautizáran, y no pc atacados lograban la salud tambien del cuerpo, desp de haber sido reengendrados en su alma con las ag saludables del bautismo.

141. Poco despues de haberse terminado el c tulo provincial de 1600, falleció el P. Fr. Damian laguer, uno de sus definidores. Pocos años pertenec la provincia del *Santísimo Rosario* este esclarecido sionero, mas puede gloriarse, sin embargo, de haber pleado santamente sus virtudes y su celo en benefici las almas y en fomentar la extension de sus misic Era natural del reino de Valencia, é hijo del conv de Predicadores de la misma ciudad. Tuvo dos her nos en la Órden, el uno de los cuales honró las de Albarracin y de Orihuela, con mucho lustre d nombre y de la corporacion á que pertenecia. Nu Fr. Damian adoptó desde luégo, en su convento tenor de vida muy austero; pues entregado exclu mente al servicio del Señor, procuraba castigar su c po con extraordinarias penitencias, para no hac

réprobo á sí mismo, segun las palabras de San Pablo. En la oracion era asiduo, siguiendo á la letra otro mandato: «orad sin interrupcion.» Celebraba el santo sacrificio de la misa con gran ternura y devocion; y tuvo la costumbre de rezar diariamente el salterio de David, imitando á San Vicente Ferrer en esta parte. El amor de Dios, que ardia en su pecho, le hizo abandonar un dia la tranquilidad del claustro, para procurar la salud de los infieles, y con este fin pasó á la provincia de Guaxaca, á la sazon en que el P. Fr. Alonso Baylo proyectaba dividirla. Desde luégo fué destinado para regentar los estudios de aquella capital; mas, persuadiéndose al fin de que Dios lo habia separado de su patria para propagar la fe entre gentiles, quiso trasladarse en tal concepto á la provincia del *Santísimo Rosario*, como lo verificó el año de 1598. Enviado luégo á Cagayan, en donde sus hermanos empezaban á sembrar la semilla de la fe, aprendió en pocos meses el idioma del país, y luégo empezó á dedicarse á la instruccion de los infieles con un celo muy ardiente y una caridad á toda prueba. El pueblo de Abulug tuvo la dicha de haberle por su primer vicario; pero no pudo disfrutar por mucho tiempo de su paternal cuidado, porque á los dos años de su llegada á la provincia fué trasladado al de Patta, en donde poco despues fué llamado á mejor vida.

Tambien perdió aquella provincia en aquel tiempo al hermano Fr. Domingo de San Blas, que habia trabajado mucho con los primeros religiosos que fueron enviados á la misma, en 1595, para reducirla al gremio de la religion y de la fe. Era hijo de hábito del

convento de San Pablo de Sevilla, y poco despues de su llegada á Filipinas fué enviado con otros religiosos á la provincia referida para la conversion y reduccion de aquellos pueblos. Aprendió el idioma de los naturales del país, y los catequizaba dulcemente con su palabra y con su ejemplo. Era para ellos ciertamente como otro Moisés, que con sus oraciones les atraia las misericordias del Señor. El P. Fr. Ambrosio de la Madre de Dios no dudaba atribuir á sus virtudes las maravillas que Dios se dignaba obrar frecuentemente para consuelo y salud de aquellos indios. En una de las fiestas de nuestro Santo Patriarca se halló el hermano sin pescado para la mesa; estando bastante afligido por esta falta, no tardó el Señor en consolarlo, porque luégo se le presentó un infiel, trayéndole uno de los mejores peces que se cogen en aquella costa, con la circunstancia de no conocer aún aquel infiel á los padres misioneros. En vista de este suceso dieron éstos muchas gracias al Señor y á su Santo Patriarca, por la providencia paternal con que se habia dignado atenderlos en su necesidad y en su penuria. Agradecieron, como era natural, aquel favor al infiel desconocido, pero todavía fué mayor la recompensa que éste recibió poco despues. El mismo dia por la tarde cayó enfermo gravemente, y no tardaron los parientes en llorarlo ya por muerto. Enterados los religiosos de aquel caso, sin saber aún que fuese el mismo que les habia regalado su pescado, se fueron á su casa desde luégo, y lo hallaron en efecto, á su parecer, difunto. Mas no por esto lo dejaron abandonado en aquel trance; ántes, llenos de una santa confianza en el Señor, se pusieron en oracion jun-

to al enfermo, pidiendo á Dios de todas véras se dignase usar de misericordia, en aquel caso, con quien tan misericordioso se habia mostrado para con ellos. ¡Cosa rara! No tardó el Señor en oir los ruegos de sus siervos; pues luégo el que se creia difunto se levantó sano y salvo, con admiracion y asombro de todos los circunstantes. El infiel no fué ingrato, por su parte, á las misericordias del Señor, porque desde luégo se entregó á la instruccion del catecismo, y á su tiempo recibió con gran fervor las aguas saludables del Bautismo. En el capítulo provincial intermedio de 1602 se hizo mencion del fallecimiento de estos dos venerables misioneros; y sin embargo de que los PP. no les tributaron elogio alguno en sus actas, por no ser aún costumbre ni práctica de aquel tiempo, el Ilmo. Aduarte nos legó una relacion muy circunstanciada de la virtud y del mérito de entrambos.

142. En este capítulo intermedio de 1602 pidieron los religiosos que se edificase una casa de convalecencia en las cercanías de Manila, en donde los religiosos achacosos ó envejecidos en el ministerio de los indios pudiesen aliviarse de sus dolencias los primeros, y tener algun desahogo los segundos. Aprobado el pensamiento, se fundó la casa de San Juan del Monte, en una loma que se halla poco ménos de una legua de la capital de Filipinas, donde hay algunos manantiales, cuyas aguas minerales son en extremo salubres y de las mejores que se conocen en toda la comarca. Esta casa se incorporó en el capítulo siguiente al convento de nuestro P. Santo Domingo de Manila; despues fué elevada al rango de vicaría, sujeta inmediatamente al

prelado provincial. Se venera en su iglesia un Santo Cristo de talla regular, al cual los indios profesan una devocion especialísima; de suerte que siempre ha sido mirado como un santuario distinguido, y muy concurrido en ciertos casos. Al pié de la misma loma hay un pueblecito de naturales, que en lo espiritual están sujetos al cura párroco del pueblo inmediato de Santa Ana (1), administrado por los PP. Franciscanos.

143. Durante la celebracion de este capítulo provincial, llegó á Manila una lucida mision de treinta religiosos, entre los cuales se contaban catorce individuos pertenecientes á varios conventos de la Órden de las provincias de España. Su presidente fué el venerable P. Fr. Tomas Hernandez, uno de los primeros religiosos de la Órden, que fueron enviados á predicar el Evangelio en el Japon. Reunió esta mision el célebre Fr. Diego de Soria, que habia sido enviado de procurador general de la provincia á las córtes de Madrid y Roma. Estando estos religiosos todavía en España, dieron una prueba nada equívoca del celo y de la vocacion extraordinaria que los conducia á Filipinas; pues estando la ciudad en donde debian reunirse para la comun partida, invadida á la sazon por una epidemia aterradora, ninguno retrocedió por eso en su camino ni faltó á la cita convenida, confiando plenamente en el Señor que los libraria del azote que diezmaba tristemente la poblacion sevillana. En esta ciudad, donde los estaba aguardando aquel procurador, empezaron á

(1) Hoy está agregado á San Felipe, conocido por Mandaloyon, que se separó finalmente de Santa Ana, y constituye pueblo aparte.

experimentar las ventajas de la vida comun que prescribe la regla y constituciones de la Órden, y los consuelos de la observancia regular que se guardaba en la provincia del *Santísimo Rosario;* pues ya se miraban desde luégo como desembarazados para siempre de todos los cuidados de la tierra, para entregarse exclusivamente á los del cielo. En la navegacion entablaron un sistema de vida tan arreglado como si se halláran en algun convento de la más rigorosa observancia regular. Ántes de llegar á Vera-Cruz sufrieron un terrible temporal, que averió todos los buques de la flota, y uno de ellos se fué á pique, sin que nadie se librára y sin poder recibir socorro de los otros. El que conducia la mision debia naturalmente haber sufrido igual suerte, por ser muy viejo y podrido su destartalado casco; mas los religiosos imploraron con el mayor fervor en aquel trance el amparo de la Vírgen, la cual sin duda los libró de igual desgracia; porque no podia desentenderse de las súplicas fervientes que le dirigian con viva fe unos hijos tan queridos. El beneficio y la proteccion que tan de véras imploraban se hicieron visibles desde luégo, y fué notoria para todos la accion de la Providencia en aquel caso. Cuando más desesperanzados estaban, en efecto, de remedio, rezaron con devocion una parte de rosario, y apénas terminaron su plegaria, cuando cesó de improviso la tormenta.

144. En Méjico fueron los primeros que ocuparon el hospicio de San Jacinto, adquirido poco ántes por el P. Fr. Diego de Soria, con el fin de evitar los graves inconvenientes que podian resultar de hospedarse las misiones en casas extrañas á la provincia, é inde-

pendientes de ella. Allí continuaron el tenor de vida que habian observado estrictamente desde su salida de España; pero con ménos incomodidades que en la mar, porque podian sin tropiezo y sin molestia de nadie orar en las horas respectivas, y levantarse á rezar maitines á media noche, como se acostumbra en la provincia. Guardaban ademas todas las formalidades que regian en los estudios de la Órden, y despues de la comida los teólogos más sobresalientes defendian las conclusiones designadas por el que hacia el oficio de lector. Rara vez salian por la ciudad; pues habia entre ellos quien hacia las veces de procurador para todos los negocios que se ofrecian. De esta suerte aprovechaban aquel tiempo tan precioso, que despues les habia de faltar en las misiones. Entónces se estableció en esta santa casa la norma y tenor de vida que despues guardaron con rigor, bajo la vigilancia de celosos presidentes, los religiosos que en ella se hospedaban de paso para estas islas; lo cual duró hasta que la Nueva España se declaró independiente de la metrópoli, haciéndose desde entónces la navegacion á Filipinas por el Cabo de Buena-Esperanza, llamado tambien de las Tormentas.

145. Cuando pensaban salir para Manila, se hallaron con la triste novedad de que sólo debia salir un galeon, y éste ocupado por la tropa que debia embarcarse entónces con el Gobernador de Filipinas, que lo era á la sazon D. Pedro de Acuña, quien venía acompañado tambien de su familia. No perdieron, sin embargo, la esperanza de hacer aquel mismo año el viaje deseado; pues al efecto redoblaron sus oraciones fervorosas, y celebraron un novenario á la Vírgen de los Re-

medios, para que los consolára y proveyese de remedio. Tenian, en efecto, por un mal grave y funesto para los fines elevados de su mision y su destino la demora de un año más en el hospicio de Méjico, cuando su presencia hacia tanta falta en Filipinas. Ocupados en estas piadosas diligencias, tuvieron el gusto de saber que habian llegado al puerto de Acapulco otro galeon de Filipinas y otros dos más del Perú, y que los tres no debian tardar en hacerse á la vela para el puerto de Manila. Con esto se tranquilizaron prontamente, y dieron rendidas gracias al Señor y á su Santísima Madre. A su tiempo salieron del hospicio para el expresado puerto de Acapulco, y todos al fin se embarcaron, que era lo que deseaban, á excepcion del P. Vicente Leaño, que murió en el mismo puerto.

En la navegacion desde Acapulco hasta Manila, se puede asegurar que sus ejercicios religiosos fueron una mision continuada. Enseñaban á los marineros la doctrina cristina, y les daban prácticas espirituales con frecuencia, las cuales, como iban acompañadas con admirables ejemplos de virtud, que á todos eran manifiestos, obraron una mutacion extraordinaria en el navío. Todos, desde el General hasta el último grumete, se acomodaron muy gustosos con el órden que establecieron para aquellos ejercicios espirituales, y de esta suerte pudieron quedar perfectamente impuestos en las verdades y preceptos de nuestra santa religion, limpiando al fin sus conciencias con una buena confesion. Llegaron á Manila precisamente en una época en que la provincia del *Santísimo Rosario* tenía la mayor necesidad de operarios evangélicos, ora para proveer las

misiones que le estaban confiadas en las islas Filipinas, ora para dar principio á las que trataba de fundar en el Japon, con motivo de haber invitado el Tono de Satzuma á nuestros religiosos para que fuesen á predicar la religion de Jesucristo en sus dominios. Es cierto que á sus celosas miras se oponia un breve de la Santidad de Gregorio XIII, impetrado por los PP. Jesuitas portugueses, que les aseguraba de un modo exclusivo el apostolado del Japon; mas esta dificultad ya estaba zanjada desde el tiempo de D. Gomez Perez Dasmariñas, y por último, el breve fué absolutamente derogado como nocivo á la propagacion del Evangelio. Abierta ya la puerta del Japon á los celosos misioneros de Manila, sólo faltaba que les llegasen nuevos refuerzos de hermanos, para que, sin detrimento de las misiones que administraban en Filipinas, pudiesen dar principio á sus tareas apostólicas en otro campo vastísimo, que ofrecia abundante miés á su apostolado religioso. La provincia del *Santísimo Rosario* vió con especial satisfaccion cumplidos sus deseos con la llegada de esta célebre mision, y por esto en el mismo Capítulo Provincial de 1602, aprovechando la bella ocasion que le ofrecia el expresado Tono de Satzuma, designó á cinco excelentes religiosos para esta empresa evangélica. Hé aquí las palabras que se leen en sus actas con relacion á este objeto: «Para la mision del reino de Satzuma en el Japon nombramos con el oficio de vicario al reverendo P. Fr. Francisco de Morales, y le asignamos por compañeros á los PP. Tomas Hernandez, fray Alonso de Mena, Fr. Tomas de Zumárraga y Fr. Pedro de Santa María para predicar allí nuevamente la pa-

labra de Dios, y en donde queremos que se funde una casa bajo la invocacion de nuestro P. Santo Domingo.»

Con esto damos fin al primer libro de la historia de la provincia del *Santísimo Rosario*, para dar principio al segundo con las empresas gloriosas de nuestros apostólicos hermanos en otros pueblos infieles, en donde les verémos derramar su sangre en defensa y confirmacion de la verdad que predicaban.

LIBRO SEGUNDO.

CUARTO PERÍODO.

COMPRENDE EL ORÍGEN DE LOS PRIMEROS ESTABLECIMIENTOS RELIGIOSOS EN JAPON, SUS VICISITUDES Y PROGRESOS, HASTA EL CAPÍTULO PROVINCIAL CELEBRADO EN 1608 EXCLUSIVE.

CAPÍTULO PRIMERO.

Principios de la religion cristiana en el imperio de Japon.—Embajada de Taycosama á Manila y mision del B. Fr. Pedro Bautista y compañeros.—Primeras perturbaciones y obstáculos á su entrada en aquel reino.—Motivos que alegaban los PP. portugueses para impedir la mision de los padres Franciscanos.—En Manila se resuelve en una junta el derecho indisputable en favor de los segundos.—Terremotos espantosos que suceden en Japon por este tiempo.—Pérdida del galeon San Felipe.—Infamia del régulo de Tosa.—Impostura inventada para hacer odiosos á los españoles en Japon.—Es decomisado el cargamento del galeon de Manila.—El B. Bautista trata de salvarlo.—Cae por esto en desgracia del Emperador.—Nuevas perturbaciones ocasionadas á los PP. Franciscanos.—Se decreta la prision de todos los PP. misioneros.—Son excluidos los PP. y sacerdotes portugueses, y solo tres indígenas son presos.—Reseña de su prision.—Les cortan una oreja y los pasean ignominiosamente.—Espectáculo sorprendente en Osaca.—Son conducidos los confesores á Nangasaqui, en donde son martirizados.

1. La religion de Jesucristo empezó á propagarse en las islas de Japon el año de 1549. Su primer apóstol fué San Francisco Javier, conducido á aquel país por Augüero, piadoso japonés, á quien el Santo habia convertido en Malaca, adonde habia ido con el fin de examinar la doctrina del Señor, que aquel Santo glorioso predicaba. Convertido, finalmente, á Jesucristo, y

enriquecido con el dón precioso de la fe, trató de llevar al santo apóstol á su patria. Éste, que no deseaba ménos propagar la luz del Evangelio en un país tan populoso, se hizo luégo á la vela hácia aquellas islas, y el dia 15 de Agosto de aquel mismo año entró en Congojima, patria del feliz Augüero, en donde dió principio á su predicacion con el éxito feliz que deseaba. De allí, á principios de Setiembre de 1550, pasó á Firando, capital del reino de Figen.

Dos meses estuvo solamente en esta córte, predicando siempre la verdadera religion de Jesucristo y confirmando con prodigios su doctrina. Erigió allí una iglesia, que confió al cuidado del P. Cosme Torres; y á fines de Octubre se fué con el hermano Juan Fernandez á la ciudad de Amanguchi, en donde hizo muchas maravillas y prodigiosas conversiones. A mediados de Diciembre se presentó el Santo en Meaco, capital y córte del imperio; mas habiéndola hallado envuelta en guerras desastrosas, no tuvieron otro efecto sus fatigas que el tomar en cierto modo posesion de esta verdadera Babilonia, en nombre de aquel Dios santo que despues habian de anunciar en ella sus hermanos. A fines de Febrero de 1551 regresó á Manguchi, y se captó entónces de tal suerte la voluntad y afecto de su Tono, que obtuvo ilimitada facultad para predicar el Evangelio en todos sus dominios. Tres mil almas redujo en poco tiempo la palabra de Francisco al redil de Jesucristo, y á la fama de sus portentos y doctrina se estremeció todo el Japon, y se movió el Tono de Bungo á llamarlo á su reino. Los bonzos, al ver las numerosas conversiones del nuevo apóstol, y el aprecio

que su Tono le mostraba, empezaron á temer la decadencia de sus sectas, y desde luégo, como era de temer, conspiraron atrozmente contra su persona y su doctrina. Por entónces no se atrevieron á usar con él de violencias; mas creyendo los más doctos que conseguirian su intento si lograban confundirlo, lo compelieron á tener con ellos algunas discusiones religiosas. El Santo no rehusó el reto infiel, confiado en la justicia de su causa, y de esta suerte quedó más acreditada la doctrina del Señor, porque aquellos pretendidos sabios eran siempre confundidos por la fuerza de la verdad y de la luz. El resultado de esta conferencia fué el pedir muchos japones el bautismo, y pudiera el Santo haber reengendrado á quinientos en un dia, segun él mismo aseguró, si no atendiera más á la virtud que al guarismo de estas conversiones. El Tono, sin embargo, se quedó en su infidelidad, y si bien el Santo lo dispuso para otra ocasion más oportuna, se despidió de él y de Japon el dia 20 de Noviembre del referido año, despues de haber confirmado á sus neófitos en la doctrina de la fe que les habia predicado.

En Amanguchi se quedaron el P. Cosme Torres y el hermano Juan Fernandez, y despues la compañía procuró enviarles compañeros para proseguir la grande obra que Francisco habia comenzado. Las vicisitudes de sus misiones fueron várias: los bonzos fueron siempre sus enemigos implacables; mas los reyes de Meaco, Cubosama y Nobunanga, fueron muy propicios á la verdadera religion. Tambien le fué muy favorable Taycosama en un principio, pues llegó á conceder á lo PP. misioneros la más completa libertad para predicar

el santo Evangelio en sus dominios, y los eximió de las cargas comunales; pero al fin, en 1587 se declaró su enemigo, movido por los bonzos del imperio y por su brutal incontinencia. En efecto, expidió en dicho año un edicto desterrando á los PP. misioneros de todos los dominios del Japon, y prohibiendo, bajo pena de la vida, que nadie predicase en lo sucesivo la religion de Jesucristo. El motivo de esta mudanza fatal de Taycosama, se dijo fué la resistencia que algunas doncellas cristianas habian hecho á su lascivia, calificada de inobediencia por un bonzo, que tenía la detestable comision de presentárselas; haciendo recaer toda la culpa en los PP. misioneros. No podia, ciertamente, aquel ministro del infierno haber tocado un resorte que pudiera irritar con más facilidad á este emperador; porque la ambicion y el despotismo era su pasion predominante, y no disimulaba la más leve oposicion á sus mandatos. El edicto se llevó á efecto, y en su consecuencia se ordenó al capitan Domingo Montero, que debia hacerse á la vela para Goa, se llevase á todos los PP. jesuitas que se hallaban en las islas de Japon.

El P. Gaspar Vello, vice-provincial de la Compañía en el imperio, se apresuró á tomar algunas precauciones para evitar la ruina de aquella iglesia naciente, y al efecto dispuso que sólo se embarcasen tres ó cuatro misioneros, procurando que los demas se ocultasen en el reino hasta que cesase la tormenta. Luégo que llegó á Goa la fatal noticia del destierro de los PP. jesuitas de Japon, dispuso el Virey enviar una embajada á Taycosama, la que confió al P. Valegnani, de la misma Compañía, á quien dió cartas muy atentas y regalos muy

preciosos para aquel orgulloso emperador. Mas esta medida no produjo los efectos deseados. El embajador fué bien recibido en la córte del Japon; pero sin haber podido obtener un despacho favorable acerca del objeto principal de su gestion, cual era la libertad de los PP. misioneros; pues el edicto se sostuvo con teson, y éstos se vieron precisados á permanecer ocultos para salvar su existencia y no dejar enteramente abandonada una cristiandad tan floreciente.

2. Tal era el estado de la iglesia de Japon, cuando la Divina Providencia la quiso consolar con nuevos operarios evangélicos, que favorecidos por el mismo Taycosama, dieron principio á sus misiones con éxito feliz en várias partes del imperio. Este emperador habia llegado á la sazon al apogeo del poder; era el conquistador más afortunado en sus empresas que habian visto hasta entónces las islas de Japon; el único que pudo subyugar y avasallar á los Tonos y señores que ántes, como soberanos independientes, las mandaban á placer, formando así de todas ellas un imperio poderoso. Envanecido, pues, de su fortuna, y orgulloso, finalmente, de su grandeza y poderío, despreciaba los monarcas de los países extranjeros, y juzgaba que todos debian doblarle la rodilla. Esta idea le inspiró el designio de conquistar el grande imperio de la China, despues de haber sujetado con sus armas la Corea. Ya hemos visto tambien que, noticioso de que no muy léjos de sus islas estaban las Filipinas, sujetas á otro soberano poderoso, quiso que le reconociesen por su señor exclusivo y le pagasen vasallaje. Esto motivó las dos embajadas de Manila, desempeñada la primera por nuestro

Fr. Juan Cobo, de la que ya se hizo mencion; y la segunda por el B. Fr. Pedro Bautista, de la órden de San Francisco. Éste llevaba la doble comision de arreglar los negocios políticos entre Taycosama y el Gobernador de Filipinas, y de propagar el Evangelio en los dominios del Japon, despues de haberse zanjado las grandes dificultades que presentaba al efecto el famoso breve de Gregorio XIII, concedido á los misioneros portugueses. Las circunstancias que acompañaban la mision del segundo embajador de Filipinas enviado á Japon, no podian ser más oportunas. Proscritos los padres Jesuitas del imperio por los decretos del tirano; abandonada su cristiandad naciente, é instados los padres Franciscanos de Manila por los fieles de aquél, para que fuesen á consolarlos en su lamentable orfandad, el interes de la misma religion exigia imperiosamente que se proveyese cuanto ántes de remedio á los males que los buenos deploraban. Los misioneros portugueses sintieron, sin embargo, vivamente que se infringiese la letra de aquel breve, que miraban como el baluarte de su exclusivo apostolado, y desde luégo se propusieron sostenerlo con todos sus esfuerzos, á pesar de su precaria posicion en el imperio.

El santo embajador fué recibido afectuosamente por el orgulloso Taycosama, y en su consecuencia quedó Manila libre de temores. Esta favorable acogida lo animó á dar principio á la predicacion del Evangelio, para la cual obtuvo el permiso competente, edificando desde luégo una iglesia y convento en Meaco, cuyas obras estaban terminadas el dia 4 de Octubre de 1594, época en que debe fijarse el principio de la mision de los

PP. Franciscanos en el imperio de Japon, cuarenta y cinco años despues de la entrada de San Francisco Javier en Congojima. Fundada la primera iglesia de la religion seráfica, el B. Fr. Pedro Bautista y compañeros empezaron sus tareas apostólicas con éxito brillante; mas no tardaron en sufrir graves disgustos por parte de los PP. portugueses, que tenian por errada su mision. A fines del mismo año se presentó aquel superior en Nangasaqui, llamado por los españoles, quienes le habian ofrecido edificar una iglesia para los religiosos de su Órden, á fin de que en ella pudiesen cumplir sus deberes religiosos en aquella cristiandad. Mas este paso dió motivo á sucesos más ruidosos todavía que no deberian temerse ni esperarse ciertamente. El dia 18 de Diciembre llegó aquel santo misionero á Nangasaqui, y una de sus primeras diligencias fué visitar al Vice-provincial de los PP. portugueses, con quien sostuvo una larga discusion acerca del mencionado breve, el cual, en su concepto, no destruia la legitimidad de su mision. Este superior se portó en esta ocasion con la prudencia que las circunstancias exigian. Tenía una carta del obispo del Japon D. Pedro Martinez, escondido en otra parte, en la cual le decia sin rodeos que la mision de los PP. Franciscanos no podia ser legítima si no tenian algun breve que derogase el de Gregorio XIII, con cédula Real de S. M. sobre su ejecucion; sin cuyos requisitos, proseguia, no se les debia permitir, en buena conciencia, el ejercicio del ministerio de las almas en Japon. Despues de haberle manifestado de un modo tan terminante su dictámen, le decia que, no obstante, examinase los moti-

vos que podian favorecer á los nuevos misioneros, y determinase en su nombre los que fuese más justo segun Dios, para lo cual le facultaba. El santo Comisario le mostró los documentos que habian tenido á la vista los PP. de la junta de Manila, ántes de salir con sus compañeros de esta capital, los cuales fueron para él de tanto peso, que no tuvo inconveniente en permitirle ejerciese por entónces el ministerio de las almas en aquella cristiandad. Con esta especie de treguas, edificaron los PP. Franciscanos algunas iglesias y hospitales, y predicaron la palabra de salud á los japones, convirtiendo á muchos de ellos á la fe; mas no tardó en alterarse esta bonanza, permitiendo el Señor, para mayor corona de aquellos celosos misioneros, que fuesen afligidos por quien debia consolarlos y animarlos en sus tareas apostólicas.

3. Entre los PP. portugueses habia misioneros poseidos de un celo verdadero por la gloria de Dios, y creian compatible en aquel reino el concurso de otros operarios evangélicos; pero tambien los habia que deseaban se mantuviese en todo su rigor el breve Gregoriano, que les garantizaba en el Japon un apostolado exclusivo. Esta diversidad de pareceres no podia ménos de amenazar un ruidoso rompimiento, el que desgraciadamente se verificó á la llegada de aquel obispo á la ciudad de Nangasaqui. Las medidas que se tomaron para expeler á los PP. Franciscanos de Japon pueden verse en la crónica de la provincia de *San Gregorio*, part. III, libro II, cap. IX. En uno de sus documentos decia el B. Fr. Pedro Bautista: «El domingo infraoctavo de Nuestra Señora de Setiembre, como soy informado, no

sin gran dolor y sentimiento de mi corazon, por cartas de VV. CC. y de otras personas que se hallaban presentes, y vinieron de Nangasaqui (donde el Sr. Obispo reside), en la iglesia de los PP. portugueses y japones, por mandato del Sr. Obispo, su señoría, en una plática que les hizo, entre otras cosas que les dijo, ordenó y mandó fueran éstas. Primeramente publicó una descomunion *in scriptis*, añadiendo la pena de cien taeles de plata, á cualquier persona que trajese frailes de San Francisco ó de cualquiera otra religion á Japon, por virtud del breve de Gregorio XIII..... Lo segundo que en dicha plática ordenó el Sr. Obispo (bien que no puso descomunion, aunque dijo que podia), fué vedar á todas sus ovejas, así portugueses como japones, que no fuesen á oir misa ni sermon, ni á sacramentarse á la casa de los frailes de San Francisco, sino á la casa de los PP. portugueses. Lo tercero mandó su Señoría que no nos diesen ayuda ni limosna para edificar convento é iglesia en forma, segun teniamos de intento.» Despues de esta relacion, trae el citado cronista otras declaraciones de lo que pasó á la sazon en Nangasaqui, relativas al asunto, que manifiestan el rigor con que procedia aquel prelado contra los hijos de San Francisco; si bien debe salvarse su intencion, como dictan la caridad y el buen sentido siempre que se tratan asuntos de esta naturaleza y de particular apreciacion. Los temores procedian más bien de los comerciantes portugueses que de los mismos misioneros; pues se creia que, despues de los PP. Franciscanos, irian tambien los nuestros y los PP. Agustinos, y con ellos los mercaderes españoles de Manila, en perjuicio del lu-

crativo comercio que hacian casi exclusivamente los portugueses en Japon.

Por más fundadas que parezcan las pretensiones del Ilmo. Martinez, eran ya á la sazon intempestivas. La cuestion del breve se habia presentado ante el tribunal del Papa, y sólo él podia dirimirla. Este documento pontificio, obtenido por los PP. portugueses, habia sido examinado por los varones más doctos de Méjico y Manila; los religiosos de Filipinas eran los únicos que podian consolar á los cristianos afligidos de Japon; y el Gobernador de Manila, como vice-patrono de estas islas, debia proveer lo conveniente para el bien de las cristiandades comprendidas en la demarcacion de la corona de Castilla, bajo de la cual se consideraban las islas de Japon. Los PP. Franciscanos, finalmente, se hallaban competentemente autorizados, por breves del mismo Gregorio XIII, para predicar el Evangelio en cualesquiera países de infieles, sin haberlos excluido de este imperio. No era, pues, tan fundada la opinion de aquellos buenos sacerdotes para proceder de tal manera contra aquellos celosos misioneros.

4. Pero veamos los motivos que alegaban los padres portugueses para sostenerse en su opinion. Su visitador, el P. Valegnani, decia : «Me parece sin duda que el venir á Japon otras religiones, no sólo no sería buen remedio, mas sería grande escándalo, confusion y perturbacion para esta nueva iglesia; especialmente porque la calidad y disposicion del Japon no es capaz del modo de proceder que tienen los religiosos de Europa; y como esto no se puede bien entender sino despues de mucho tiempo y mucha experiencia, viniendo

otras religiones han de dar primero en los yerros qu nosotros dimos, que serán ahora peores, y no harái más que deshacer lo que nosotros ahora comenzamo á hacer, despues de tanta experiencia de Japon. Ademas no se ha de hacer fundamento en poderse conservar la iglesia de Japon por hombres extranjeros, ni una nueva iglesia como ésta es capaz de diversidad de religiones.» Aun eran más peregrinos los pretextos que los mismos PP. portugueses alegaban para conseguir su fin, en una consulta que extendieron al efecto. Decian, entre otras cosas: que las costumbres del país son diferentes de las nuestras, habiendo grandes dificultades tanto en el gobierno de la cristiandad como en la conversion de los gentiles... Que sería, en fin, un grande impedimento para una gente de tanto ingenio y tan altiva, si todos los PP. misioneros no guardaban conformidad en todo. Hé aquí el fundamento del privilegio exclusivo de los PP. portugueses de Japon. Esto habian alegado para su consecucion, y con las mismas razones pretendian sostenerlo. Si los japones eran de tanto ingenio como querian suponer, de la diversidad de corporaciones religiosas debian deducir la verdad de nuestra sagrada religion, predicada por diversos misioneros, que debian necesariamente convenir en lo esencial de la doctrina. Las controversias y disensiones que temian, podrian ser, con efecto, un mal funesto par aquella cristiandad; mas la prudencia de los PP. mi sioneros podia y debia evitarlas, sometiendo sus opi niones, en los puntos controvertibles, al juicio de la S lla Apostólica. Hubo portugueses que dijeron que l japones, como tiernos en la fe, no conocian la pobre

de San Francisco, y de aquí tomaban pié para censurar la sencillez con que los verdaderos hijos de este santo Patriarca procedian en sus misiones. Mas esto ya se ve que era proceder segun el espíritu humano y los cálculos positivos de los comerciantes portugueses; cuya máxima les hizo mucho daño, porque con ella causaron celos al tirano Taycosama, y lo decidieron á sostener el decreto de proscripcion que arrojaba de sus dominios á los sacerdotes portugueses. ¡Qué contraste! Miéntras un emperador infiel destierra de sus estados á aquellos buenos sacerdotes, los portugueses quieren desterrar á los PP. Franciscanos de los mismos, y practicaban por su parte diligencias encaminadas á este efecto.

5. El santo comisario de los PP. Franciscanos, en medio de sus disgustos y pesares, envió á Manila una relacion exacta de las medidas que se habian tomado en el Japon contra él y sus dignos compañeros. Como procedia en el asunto con la más sana intencion, procuró que nada faltára en su luminoso informe para ilustrar la materia cuanto era de desear, y al efecto tomó declaraciones jurídicas á los que eran testigos presenciales de los hechos para corroborar sus aserciones. Consultaba ademas la línea de conducta que habian de observar segun conciencia, en la situacion embarazosa en que se hallaban. Cuando sus despachos llegaron á la capital de Filipinas, era su gobernador D. Francisco Tello de Guzman, quien no dudó en convocar otra junta numerosa de teólogos ilustrados para el exámen del asunto, como lo habia hecho su antecesor D. Gomez Perez Dasmariñas. En la junta se

presentaron cuantos documentos se habian visto en la primera, con la relacion y datos que habia remitido el santo Comisario, y se ventiló la cuestion profundamente con los argumentos que en pro y en contra se ofrecieron. Despues de largas conferencias, segun pedia estrictamente la gravedad del asunto para ver de qué parte estaba la razon, se resolvió por unanimidad de votos que el breve de Gregorio XIII en favor de los PP. portugueses de Japon no podia tener fuerza contra los privilegios de los PP. Franciscanos para predicar el Evangelio en todas partes; añadiendo, finalmente, que, supuesto habian éstos suplicado del mismo breve por medio de la majestad católica, no estaban obligados entre tanto á conformarse en esta parte con las exigencias portuguesas, hasta que Su Santidad, despues de haber visto y ponderado las razones de la súplica, dispusiese lo conveniente en este asunto. En conformidad de esto, declararon «que los PP. Franciscanos de Japon obraban en buena conciencia en la predicacion del Evangelio en aquellas islas, y que no debian de abandonar á los cristianos que se hallaban á su cargo. (*Crónica de San Gregorio*, parte 3.ª, lib. II, capítulo x.)

6. Las medidas odiosas que se tomaron en Japon contra los PP. Franciscanos coincidieron con otra clase de sucesos, que consternaron altamente á todos los habitantes de ese país desgraciado. No habia memoria en la historia de estas islas que hubiesen sucedido en ningun tiempo las catástrofes terribles de que hace mencion en su *Crónica* el sabio analista de la *provincia de San Gregorio*. Trascurria el año 1596, cuando empezó

á descubrirse un cometa aciago y espantoso que, segun las ideas de los tiempos, debia presagiar sin duda calamidades horrendas. Se dejó ver aquel astro por espacio de dos semanas solamente. Su cola era muy larga, y su disco de poca elevacion, pero tan cargado de vapores, que no podia discernirse su natural color. Los japones, á su vista, exclamaban *¡uza, uza!* ¡triste cosa, triste cosa! No tardaron, con efecto, en coincidir con el fenómeno trastornos extraordinarios. El dia de su desaparicion en el espacio coincidieron casualmente en várias partes algunas convulsiones subterráneas, de las que no se hizo mucho caso por entónces. Mas el dia 4 de Setiembre repitieron con tanta violencia los temblores y sacudimientos de la tierra, que arruinaron en poco tiempo innumerables edificios, quedando sepultados en sus ruinas muchos millares de personas entre aquellos infelices habitantes. Duró este terremoto el largo espacio de veinte y cuatro horas, segun datos. Despues fué repitiendo sucesivamente en várias partes del imperio. En la isla de Cami fueron sus estragos mucho más horrorosos y funestos. En Meaco se arruinó la mayor parte de las casas y fortalezas que el Emperador habia mandado fabricar, sin que se salvára el suntuosísimo palacio recien hecho. No quedaron más que pocos templos de los mil que se contaban en esta capital tan populosa, habiendo perecido en ellos la mayor parte de los diez y ocho mil bonzos que conservaban el culto de sus ídolos. El famoso templo de Daybut, que Taycosama habia mandado fabricar á toda costa, se arruinó por sus cimientos, y su ídolo, hecho pedazos, se vino rodando por el suelo. Otros sun-

tuosos templos de la más remota antigüedad se desplomaron igualmente con estruendo, castigando el Señor de esta manera los pecados y las abominaciones de aquel pueblo, que cerraba obstinado sus miradas á la luz de la verdad.

7. No fué aún el terremoto el azote que más afligió á los japones en aquellos dias aciagos; pues parecia que los cuatro elementos conspiraban de consuno, para destruir completamente aquel desgraciado imperio. En el reino de Figen cayeron, á manera de saetas, centellas innumerables, que causaron horribles mortandades. En las entrañas de la tierra se oian truenos pavorosos, como descargas de gruesa artillería, y á las horrendas convulsiones que trabajaban la tierra, se abrieron por todas partes grandes boquerones en los campos, profundas grietas en las rocas, y desaparecieron por completo algunos montes. Las aguas de los rios salian de sus madres con violencia, y se desbordaban rebramando, sin poder alimentar en su seno á sus vivientes. El mar, no hallando salida en Ximonojiqui á sus irritadas hondas, rompió furiosamente por las partes de Ximo y de Meaco, anegando muchos pueblos y ahogando irremediablemente á sus desgraciados habitantes. En el reino de Bungo se internó el mar con estruendo unas veinte leguas por los campos, causando estragos horrorosos. La villa de Vaguinojama desapareció completamente, y en su sitio apareció una laguna siniestra, que se comunicaba con la mar por un extremo. Las pérdidas y desgracias personales fueron incalculables en el reino. Sólo en Sacay faltaron, en aquel gran cataclismo, más de treinta mil vecinos. Es muy digna de no-

tarse la particular observacion que hace el cronista de la provincia de *San Gregorio* sobre tan horrible expiacion. Despues de haber hablado de los estragos que sucedieron en esta capital, termina su relacion en estos términos: «El mayor milagro entre tantas maravillas, y el argumento mayor que podian convencer á la protervia más obstinada, fué el haber quedado privilegiadas de tan universales y lamentables ruinas, y sin lesion de ningun género, solas las iglesias con los conventos, hospitales y personas de los PP. Franciscanos; las casas de los RR. PP. de la Compañía y algunos de los cristianos, donde se solia decir misa y administrar la doctrina cristiana.» (Parte 3.ª, lib. II, cap. IV.)

8. Poco despues de estos extraordinarios sucesos apareció en aquellas islas el galeon de Filipinas llamado *San Felipe*, que hacia su viaje á Nueva España, interesado en más de un millon y medio de pesos. Habia sufrido hasta allí un terrible temporal, que lo dejó en un estado lastimoso. Vagando á manera de un leño sin mástiles ni timon, fué arrojado por las corrientes á las costas de la isla de Xicon, que no dista largo trecho del puerto de Urando. Los habitantes de la isla lo habian visto tres dias ántes en aquella desgraciada posicion, y creyeron que debian dar aviso de la novedad á Chusugami, señor de Tosa, el cual dispuso desde luégo que el galeon fuese conducido á remolque hasta el puerto referido. En seguida mandó un refresco á los náufragos por su mismo secretario, y poco despues pasó á bordo con el aparente fin de consolarlos y ampararlos, pero con el designio verdadero de informarse del estado de la carga, para dar cuenta al Em-

perador de sus tesoros. Ya se hallaba el galeon en el fondeadero, y su capitan trataba de anclar, cuando el pérfido Chusugami mandó más embarcaciones para conducir el galeon á un sitio, segun decia, más seguro. Sus emisarios, empero, instruidos de antemano, lo encaminaron á un banco, en donde quedó varado y perdido enteramente. La gente que conducia el galeon, sin advertir la mala fe de aquel régulo, desembarcaron sus avíos, y todos se tenian por dichosos de haber saltado á tierra vivos.

9. Quien viera la solicitud de Chusugami, y el afecto que mostraba á los náufragos, creyera que se hallaba animado de los sentimientos más filantrópicos; pero no tardó en descubrirse su perfidia, si bien procuraba siempre paliar sus injustos procederes. Mirando desde luégo como propio del Emperador el rico cargamento del navío, dispuso fuese desembarcado sin demora, y lo colocó en un lugar bien seguro, cerrado con una fuerte estacada bien guarnecida de soldados. Poco despues de esta diligencia, y estando el mar en calma, se abrió el galeon por su quilla, lo cual movió á la tripulacion y pasajeros á mostrarse más agradecidos al Señor, de quien se consideraban protegidos por una extraordinaria providencia. Quedó, pues, la gente libre, sumergido el galeon y asegurado el cargamento, ignorando todavía los españoles la suerte que les habia de caber postreramente. Entre tanto Chusugami, que los tenía entretenidos con muy buenas palabras, dió cuenta á Taycosama del suceso, sin omitir que, segun ley, aquellas riquezas eran suyas. Desde aquel momento empezó para los nuestros una serie de acontecimientos tan

extraños, que la más templada pluma no acertára á describirlos con la delicadeza que demandan la caridad y la justicia. Salen á la vez á la palestra portugueses y españoles, todos se lamentan de sus desgracias respectivas, y á la historia pertenece restablecer la verdad de los sucesos.

10. Un autor tan favorable á los misioneros portugueses, como poco enterado de las causas que determinaron tristemente tan difícil situacion, no tuvo reparo en trasmitirnos una fábula insulsa, que despues fué muy creida en Japon por los enemigos del nombre cristiano. Áun no falta quien supone que los autores del cuento fueron los herejes holandeses, que no debian mirar con buenos ojos el establecimiento del reino de Dios en el Japon. Dice, pues, el cándido historiador á que nos referimos, que uno de los pilotos del navío *San Felipe*, al tomarle declaracion el comisionado que mandó á Urando Taycosama, hablando del Rey de España y Portugal, ensalzó en gran manera su poder, y manifestó que para efectuar las conquistas de la India y Nuevo Mundo enviaba por delante misioneros que procuraban bautizar á la gente del país; y que cuando ya contaban como suyos un buen número de ellos, entraba la gente armada, que, unida con los nuevos cristianos, despojaban de la tierra á sus señores. Por más indiscretos que se quiera suponer á los españoles de aquel malogrado galeon, no es creible diesen una declaracion tan falsa y tan perniciosa á sus intentos; pues ella sola motivára, á no dudarlo, la ruina y el exterminio de todos los españoles y portugueses que habia á la sazon en el imperio. Esta fábula, sin em-

bargo, ha sido creida por alguno sin razon y sin criterio, y de ella se han valido los enemigos de la fe para desacreditar al Católico Monarca de Castilla, y la religion que protegia eficazmente en todas partes.

11. El comisionado, hechas algunas averiguaciones de ceremonia, mandó cerrar de noche con alta y fuerte estacada el recinto en donde estaban alojados los españoles, quienes al siguiente dia se vieron precisados á salir sin más haberes que la ropa de sus cuerpos, despues de haber sido rigorosamente registrados. Bien quisieran resistirse con las armas cuando se les intimó esta despótica medida; pero se hallaban encerrados y faltos de recursos: de suerte que cualquiera tentativa hubiera sido inútil, y les hubiera ademas costado la cabeza, privados, como se hallaban, de todo medio de defensa. Desde luégo procedió el comisionado á erigir su tribunal en la misma casa en donde habian estado alojados los indefensos españoles, y mandó desenfardar en su presencia el cargamento, tomando nota de las piezas que contenia su registro, las que fueron aplicadas al tesoro de su emperador. A los españoles sólo entregó algunos efectos averiados, y los que nada valian en el país; pero en cambio les mandó, bajo pena de la vida, que entregasen todo el oro que tuviesen, hasta el último real de su bolsillo. Con este nuevo despojo los dejó en la mendicidad, atenidos á la caridad de algunos hombres piadosos, que miraban indignados la tiranía insoportable de aquel esbirro imperial. Los padres Jesuitas se portaron, en tan solemne ocasion, como verdaderos hijos de su Santo Patriarca; pues enviaron un propio á Urando con dinero y comestibles para

aliviar en lo posible á los despojados españoles. Entre tanto el comisionado y Chusugami embarcaron en funeas (1) el cargamento para trasportarlo á la córte imperial, á excepcion de lo que se reservaron para sí. Entónces dos PP. Franciscanos, el general del galeon y algunos españoles determinaron presentarse ante el Emperador mismo, para reclamar los intereses confiscados, en nombre de su gobierno; mas el comisionado retardó con estudio la salida de aquellos representantes, y á su llegada ya estaba el negocio terminado.

12. Desde que llegaron á la córte las noticias del naufragio del navío San Felipe, los PP. misioneros Franciscanos fueron mirados con la mayor desconfianza por los aduladores oficiosos del codicioso Taycosama. El santo comisario Fr. Pedro Bautista, como representante del gobierno de Manila, habia procurado la restitucion de las mercancías confiscadas á sus dueños, y este paso, que conceptuó debia practicar en virtud del cargo de embajador que ejercia, le atrajo el ódio del Emperador desde aquel dia, preocupado ya por los informes que le habia dado el pérfido Chusugami. Y era así efectivamente, pues que miéntras el infame entretenia con palabras lisonjeras á los náufragos en el puerto de Urando, labraba su ruina para siempre en la córte del imperio. Al ver el santo Comisario que se le cerraban las puertas de palacio, se valió para vencer este obstáculo de Güenifoin, gobernador de Meaco, que siempre le habia sido muy propicio, y por su medio se habian librado los PP. misio-

(1) Barquichuelo.

neros de las vejaciones con que los bonzos y gentiles habian tratado de mortificarlos en toda ocasion y en toda hora. No se negó este ilustre personaje á prestar en esta ocasion un nuevo servicio al santo Comisario; mas entónces ya estaba su causa decidida; pues no sólo habia sido aplicado el cargamento del navío al erario, sino que ademas se habia decretado quitar la vida á los PP. misioneros. Sin embargo del mal estado del negocio, Güenifoin hizo cuanto estuvo de su parte en favor de los PP. misioneros; y convencido de la imposibilidad de conseguir la restitucion de los intereses confiscados, procuró á lo ménos salvar á los proscritos. Recordó en efecto á Taycosama las relaciones amistosas que siempre habian mediado entre él y el embajador de Filipinas; la chapa ó licencia por escrito que, como prenda de su seguridad, le otorgára, y el permiso en cuya virtud los PP. Franciscanos habian erigido sus iglesias, casas y hospitales, en donde practicaban las obras más heroicas de humanidad, de lo cual era testigo, y más de una vez él mismo habia elogiado sus obras.

13. No halló razones Taycosama para satisfacer al discurso de su gobernador; estaba ya preocupado, y la codicia lo habia decidido á sacrificar la inocencia. Quiso, no obstante, dar algun color á su inicuo proceder, hablando muy colérico en los términos siguientes: «Desde que estos padres están en mis dominios no me han sido de provecho. En mi tierra les he dado casa y sustento, y me han sido tan poco agradecidos, que áun ahora me quieren quitar la fortuna que se me ha venido á las manos, practicando diligencias para que se

dé á los castellanos, que son de su país, aquel navío que por justo derecho y ley es sólo mio. No culpo tanto á ellos como á Foranda Kiemon, que me los introdujo, y á Fagengaba Fungen, que me los alabó por buenos y amigos, asegurándome que por su respeto me habian de venir grandes conveniencias y ventajas.» Estaba presente en esta conferencia un hijo de Fungen, muy querido del Emperador, que era su paje de catana, el cual, temeroso de que su padre cayese en su desgracia con motivo de haber favorecido á los proscritos, se tomó la libertad de defenderlo, y acriminar á los PP. misioneros, diciendo que éstos habian predicado la ley de Jesucristo en contravencion á sus decretos, y que no habia sido de la incumbencia de su padre este cuidado. Entónces Taycosama aparentó estar satisfecho de la conducta de Fungen, y volvió á manifestar su enojo contra los PP. misioneros. Al ver Güenifoin que no apreciaba sus palabras, miró como desesperada la causa de los padres, y desde entónces dejó de protegerlos; quedando los proscritos abandonados á la merced de una chusma miserable de enemigos sin ley ni religion. La noticia de lo que pasaba en palacio no tardó en divulgarse: los enemigos de la fe aplaudian la caida de los PP. misioneros, y éstos se iban preparando para la corona del martirio.

14. Miéntras en el palacio del cruel y codicioso Taycosama se trataba de la suerte que habia de caber á los proscritos, entró en la córte el Obispo, manifestando su desaprobacion contra la mision de los padres Franciscanos, como lo habia hecho en Nangasaqui, por su manera de ver y de estimar sus derechos. Esto ya

se ve que era agravar la triste posicion de estos virtuosos misioneros, permitiendo el Señor, para su mayor corona, esta nueva tribulacion y desconsuelo. Sin embargo de estas disposiciones tan poco favorables del Prelado, el santo Comisario y compañeros le guardaron los respetos que debian á su dignidad y á su carácter. Noticiosos de su llegada, fueron luégo á visitarlo, y preocupado de sus fueros, que él creia equivocadamente lastimados, les habló inmediatamente de la cuestion tan debatida, que no podia serles grata en aquel caso. El santo Comisario defendió su causa con el respeto y el valor que le inspiraba su buena conciencia; pero nada se adelantó en la materia, porque entrambas partes sostuvieron los derechos que, de buena fe sin duda, creian respectivamente competirles.

15. Entre tanto llegaron á la córte las mercadurías confiscadas, y el Emperador y sus esbirros sólo trataron de sacrificar á los que habian procurado, como era justo, su restitucion. Entónces los enemigos del nombre cristiano, viendo la actitud hostil del codicioso Emperador, creyeron que era llegada la ocasion más oportuna para vengarse vilmente de aquellos inofensivos sacerdotes. Estaban allí Foranda Kiemon y Xacuin, altamente resentidos de los PP. misioneros de ambos institutos, porque siempre se habian opuesto á sus perversos planes, y no dudaron ahora provocar la ira del tirano contra ellos. El dia 8 de Diciembre de 1596 llegó á Meaco el cargamento del navío San Felipe, y en el mismo se pronunció sentencia de muerte contra todos los PP. misioneros, en la cual fueron envueltos igualmente los PP. Jesuitas, si bien despues lograron

evadirse casi todos. En su consecuencia fueron cercadas las casas religiosas é iglesias de Osaca y Meaco, y en ellas fueron presos los PP. misioneros que las tenian á su cargo, con algunos cristianos virtuosos que les servian fielmente. El Obispo, que á la sazon se hallaba en aquella ciudad misma, al rumor de las prisiones de los PP. Franciscanos, se escapó con otros cuatro PP. Jesuitas, y se refugió con ellos en Sacay, ocultándose en las casas de algunas familias piadosas.

16. La prision de los PP. misioneros se confió á Xirobioye, que profesaba un singular afecto á los sacerdotes portugueses, el cual, deseoso de salvarlos, fué omiso de intento en su aprension, y les dió lugar para que pudiesen eludir el tiránico decreto. Güenifoin, por otra parte, que tenía dos hijos y un sobrino cristianos, que debian ser envueltos en la ruina de los PP. Jesuitas, procuró tambien salvarlos con todos sus esfuerzos é influencia. A este fin se presentó personalmente á Taycosama, y le alabó la obediencia que los PP. Jesuitas siempre habian prestado en el imperio á sus disposiciones y mandatos. Como estos PP. portugueses no habian procurado la restitucion del cargamento del navío San Felipe, que habia sido el principal motivo de su cólera contra los PP. misioneros, no le fué difícil ablandarlo. Con esto logró excluir á los PP. Jesuitas de la sentencia de muerte, pronunciada ya sin distincion contra todos los PP. misioneros. En virtud de este indulto, Xibunojo quitó las guardias puestas en las casas y viviendas de los PP. portugueses, y tan sólo tres de ellos, naturales del país, pero de su mision y de su gremio, fueron comprendidos en la proscripcion de los

demas, por un descuido ó negligencia, que despues hizo irremediable. Efectivamente, cuando intentai salvarlos finalmente, el Gobernador de Osaca no qu declararlos indultados, temeroso de los cargos que pudiera hacer el Emperador si con este motivo lleg por ventura á descubrir que tambien los PP. Jesu tenian casa é iglesia en la ciudad, y que habian p dicado en ella el Evangelio, cuando se le habia ma festado lo contrario.

17. Once eran los PP. misioneros Franciscanos á la sazon habia en el imperio, cinco de los cuales c siguieron evadirse finalmente. El uno se quedó er los cristianos escondido, y los cuatro restantes fue expulsados del imperio. Los que estaban condenado la pena capital fueron detenidos desde entónces en respectivos calabozos, hasta el dia 30 de Diciembre, el cual fueron conducidos á la cárcel pública de la c dad de Meaco. Allí se les debian cortar bárbarame las orejas y narices, segun ley, y ser paseados en e ignominioso estado por las calles y plazas públicas la córte, y de Osaca, y de Sacay y otras ciudades, h ta en la de Nangasaqui finalmente, en donde deb de morir crucificados. Esta cruel disposicion se mo ró posteriormente, pues sólo se les cortó la oreja quierda, pero cumplióse á la letra lo demas. La sent cia estaba concebida en estos términos: «Mando ca gar á éstos, porque vinieron de los Luzones en c de embajadores, y se quedaron mucho tiempo en pon, predicando la ley de los cristianos, que tengo p hibida, y por haber levantado iglesias y hecho desc tesía; y despues de esto, mando sean crucificados

Nangasaqui.» Firmada esta inicua sentencia, se presentó el teniente de Xibunojo en el convento de Nuestra Señora de los Ángeles, para prender al santo comisario Fr. Pedro Bautista y compañeros, que á la sazon estaban en el coro rezando vísperas. Noticioso el Santo del suceso, y terminado el rezo, tomó el Crucifijo, y saliendo con otros cuatro religiosos como en procesion, se entregó en manos de los aprehensores. Al mismo tiempo fueron presos los tres niños, Antonio, Luis y Tomé, que hacian el oficio de acólitos, y algunos otros cristianos aplicados al servicio de los PP. misioneros y su iglesia. Asegurados ya los santos confesores, entonaron el cántico *Te Deum*, y al salir de aquella santa casa obsequiaron á la Vírgen, su patrona, con el himno *O Gloriosa Domina*. En Osaca habia otro P. Franciscano, el cual fué preso asimismo, con tres japones cristianos que lo asistian en el ministerio de las almas. Tambien fueron presos en esta ciudad los tres japones jesuitas, á quienes su gobernador no quiso indultar, segun dejamos indicado.

18. Veinte y cuatro eran los santos confesores destinados á la muerte, los cuales fueron sacados de la cárcel el dia 3 de Enero de 1597, para cortarles la oreja y pasearlos ignominiosamente por la córte. La cruel ejecucion se hizo en una gran plaza pública, en donde habia una varela ó templo dedicado á los dioses de Japon. Casi en la misma puerta de este abominable edificio cortaron los verdugos la oreja izquierda á los adoradores del verdadero Dios, los cuales desde este dia empezaron á derramar su sangre por la gloria de su nombre. Aquellos viles esclavos del tirano arrojaban con

desprecio en el suelo las orejas de los santos confesores; mas los cristianos las recogian devotamente, empapando al mismo tiempo sus pañuelos en su sangre. Acabada esta cruel ejecucion, fueron los santos confesores colocados de tres en tres, en unos carros tirados de una vaca, y de esta suerte, bien asegurados, con las manos atadas en las espaldas, los pasearon por las plazas y lugares públicos de aquella capital. Despues les hicieron sufrir la misma ignominia en otras ciudades inmediatas, montados en caballos, triunfando así la crueldad de la inocencia, pero vencida aquélla, en realidad, por la virtud de los que alegres padecian contumelias por el nombre del Señor.

19. Cuando fueron llevados á Osaca para hacerles sufrir la misma ignominia, tuvo lugar un espectáculo digno de ser consignado por la historia. Poco ántes habia entrado Taycosama en esta gran ciudad con un aparato verdaderamente imperial, con el fin de posesionar á su hijo Fideyori de una fortaleza que habia levantado para su seguridad. Esta suntuosa entrada la describe D. Bernardino de Ávila, cuyo relato copió el cronista de la provincia de San Gregorio (tomo III, lib. II, capítulo XXIV), no dudando de su veracidad. «Entraron, dice, primero diez ó doce mil hidalgos, todos ellos señores de vasallos, á caballo; cada uno con tres criados, un hombre de armas que le llevaba delante una nanguinata, un paje y un mozo de caballo. Luégo iban seiscientos hombres de armas cubiertos de ellas, con sus nanguinatas doradas y catanas, puestos en órden. Seguian á éstos seiscientos maceros, con unas mazas gruesas en las manos, y en la cintura grandes catanas. Luégo seguian



los hacheros, que eran dos mil, y despues doscientos bastoneros vestidos de carmesí. A éstos seguian treinta caballos muy hermosos y costosamente enjaezados; llevaban cada uno cuatro japones vestidos de unas como almillas carmesí, que les llegaban sólo á la cintura, y embragados con sus paños, y lo demas descubierto y al aire. Luégo venia un norimono cubierto de oro y azul con quita-sol muy rico, en que venía el Príncipe, que era entónces niño de cinco años. Al rededor de este norimono iban los cuatro gobernadores descalzos y arremangados, y con ellos otros muchos señores de los principales del reino, y otra gran suma de gente de los criados del Príncipe. Venía despues el ejército de gente de á caballo y á pié, en donde estaba Taycosama, que se recogió dentro de la soberbia fortaleza. Luégo asomó el campo de los santos mártires, que aunque de tan pocos caballeros, habia mucho que ver en él, y no fué poco notado.»

20. Es digno ciertamente de notarse un acontecimiento tan sorprendente. Los justos son despreciados y proscritos, miéntras los impíos son ensalzados con las grandezas de la tierra. Sólo la fe es capaz de manifestarnos el misterio que se halla encerrado en tan extraordinaria diferencia. La Justicia divina recompensa en este mundo el bien que alguna vez practican accidentalmente los malos, y castiga las imperfecciones de los buenos, ó les ofrece medios para merecer, y premiarlos, finalmente, por toda la eternidad en la otra vida. Los gentiles miraban con asombro estos encontrados espectáculos, mas los cristianos veian en ellos una leccion interesante. No son raros en el mundo estos contrastes,

que vienen á presentarse á los ojos de la razon y de fe como un argumento poderoso de la existencia otra vida, que ha de restablecer completamente la monía del mundo moral y de sus leyes.

De estas extraordinarias escenas fueron testigos oc lares algunos españoles del navío San Felipe, que j gando por oportuna á su intento esta fiesta, se bian presentado en Osaca; mas los guardias no permitieron entrar en donde estaba Taycosama, y vieron precisados á regresar á Nangasaqui, desesper zados de remedio. Parecia natural que el tirano, motivo de la fiesta con que honraba á su hijo, u de alguna indulgencia con los santos confesores, harto habian padecido hasta entónces; pero su fier no conocia la clemencia. Léjos, pues, de indultarl en aquellos mismos dias en que se hallaba embriag do de placer, confirmó la sentencia pronunciada p ántes en los términos siguientes: «Por cuanto es hombres vinieron de los Luzones con título de em jadores, y se quedaron en Meaco predicando la cristiana, que yo habia prohibido muy rigorosame los años pasados, mando sean ajusticiados juntame con los japones que se hicieron de su ley. Y así e veinte y cuatro serán crucificados en Nangasaqui vuelvo á prohibir de nuevo la dicha ley para en a lante, para que venga á noticia de todos; y ma sean ejecutados. Y si alguno fuese osado á quebra este mandamiento, sea castigado con toda su gen cion: el primer año de Quercho, á los veinte dia la undécima luna (sello real).» Pronunciada esta nitiva é irrevocable sentencia, se pasaron tres dias

lamente en preparativos para conducir á los santos confesores al lugar de su martirio, los cuales se ocuparon en este breve tiempo en escribir algunas cartas á las personas á quienes estaban más obligados, y en disponerse para merecer la gracia del martirio.

21. El dia 9 de Enero salió de Osaca la santa procesion de los confesores de la fe, con direccion á Nangasaqui. Los padecimientos que en el largo trecho de cincuenta leguas (1) españolas que hay entre ambas ciudades toleraron, no es posible describirlos. Iban descalzos y poco abrigados por el hielo, nieves y escarchas, con las manos atadas en las espaldas y sogas en el cuello. En sus semblantes, sin embargo, se descubria una santa conformidad y alegría, efecto de la gracia del Señor, que los alentaba para tolerar con fortaleza una muerte semejante á la suya. El P. Organtino, jesuita, les envió desde Meaco un criado con dinero, para cubrir en lo posible las necesidades que debian padecer en su largo viaje. A éste se agregó otro piadoso cristiano, con deseos de prestar sus servicios á los santos confesores, y ser participante de su suerte. Con la mutacion de conductores hallaban estos celosos cristianos en unos benignidad, pues disimulaban, ó no reparaban; mas en otros encontraban frecuentes motivos de padecer por su ardiente caridad, hasta que por fin dieron con unos soldados de tan mala condicion, que no les permitieron continuar en su caritativo ministerio. Aquellos fieles servidores porfiaban y no desistian de importunar á los satélites, para

(1) Mas de *cien* leguas, segun la *Crónica* de San Francisco.

proseguir en prestar sus servicios á los santos confesores; mas ellos les correspondian con malos tratamientos. Su constancia, por fin, les mereció lo que tanto deseaban, porque preguntados si eran cristianos, no tuvieron la menor dificultad en confesar su fe, y por su generosa confesion fueron agregados, por su dicha, al coro predestinado de los santos confesores, completando de este modo el número de veinte y seis campeones que fueron los sacrificados poco despues en Nangasaqui.

22. El 4 de Febrero llegaron los santos confesores á Conoquí, distante ocho leguas solamente del fin de su jornada, y allí los visitaron dos PP. Jesuitas, con el fin de consolarlos y administrarles los santos Sacramentos; mas los conductores no les dieron lugar para prestarles este auxilio tan consolador y necesario en aquellas circunstancias. ¡Admirable religion católica, que unes los entendimientos en una fe, y las voluntades en unos mismos sentimientos, áun de aquellos que están divididos en pareceres distintos. El santo comisario Fr. Pedro Bautista tuvo, no obstante, oportunidad en esta ocasion de suplicarles, en su nombre y en el de sus amados compañeros, diesen satisfaccion al Sr. Obispo y demas PP. portugueses, por las molestias que de ellos hubiesen recibido: iban entónces á despedirse para siempre del Japon y de la vida para ir á Jesucristo, que era lo que aquéllos habian siempre deseado y con vivas ánsias pretendido. Fazamburo, encargado de la ejecucion de la sentencia, temiendo algun tumulto en Nangasaqui, en donde habia muchos cristianos, tomó algunas precauciones, que sólo sirvie-

ron para excitar el celo y la caridad de éstos, y la curiosidad de los gentiles. Al efecto publicó un bando, prohibiendo, bajo pena de la vida, que nadie saliese á recibir á los santos confesores, y para su firmeza mandó poner guardias en los caminos por donde habian de pasar; pero nada fué suficiente para contener á la muchedumbre piadosa, que deseaba ser participante de alguna reliquia preciosa de los que iban á dar su vida por la fe. Unos llevaban pañuelos de seda y ricas toallas para recoger su sangre, otros conducian algunos refrigerantes para confortarlos de algun modo en medio de los tormentos, y no pocos se arrojaban á sus piés para besárselos con amor y regarlos con sus lágrimas. Era esta piadosa conmocion un espectáculo nunca visto en el país. Y no fué de poca utilidad en aquel caso aquella demostracion extraordinaria; porque con el ejemplo de los santos confesores, que iban como corderos al lugar del sacrificio, y con la fervorosa piedad de los cristianos, manifestada como nunca á vista de los tormentos, los tibios se robustecieron en la fe, y muchos deseaban, con una santa emulacion, ser participantes de su muerte.

El ejecutor impío que habia de llevar á cabo la sentencia, avisado de antemano por una órden de la córte acerca del género de muerte que habian de sufrir los santos confesores, habia mandado preparar las cruces en el repecho de un montecillo cercano á Nangasaqui, á la derecha del camino que dirige rectamente á las ciudades de Osaca y de Meaco, en donde solian ajusticiar á los malhechores. Mas la piedad de los cristianos no pudo tolerar que padeciesen en aquel lugar infame



los atletas invencibles de la religion de Jesucristo. Así que los portugueses y algunos buenos cristianos suplicaron á Fazamburo que mandase trasladar las cruces á la izquierda del camino, para librarles de la pena que aquella ignominia les causaba. El ejecutor condescendió gustoso en aquel caso con tan piadosos deseos, y áun añadió que si fuera árbitro de librar á los sentenciados de la muerte, lo verificára sin demora. Las cruces destinadas á los discípulos amados del Señor tenian en el centro un palo recorvado para apoyarse las víctimas, y en las extremidades tres argollas con cordeles, en donde debian asegurarles los piés y manos sin clavarlos. Trasladáronlas al sitio que pidieron los portugueses por favor, y las colocaron con simetría de Oriente á Poniente, á unas cuatro varas de distancia, y mirando todas hácia el Sur. Estaban en el centro las que habian de servir para los seis santos Franciscanos, y las demas colocadas en uno y otro lado en línea recta. La piedad de los fieles, y áun la historia, ha consagrado aquel lugar con el nombre de *Calvario de Nangasaqui*, en memoria de los Santos Mártires.

23. Al descubrir los santos confesores las cruces levantadas á lo alto, no pudieron ménos de dar gracias al Señor, como el apóstol San Andres, por la singular merced que les hacia en concederles una muerte tan semejante á la suya. A su llegada se apoderaron de ellos los verdugos; los tendieron en las cruces, colocadas á lo largo sobre el suelo; les sujetaron los piés y las manos con argollas, y á una señal del juez ejecutor las levantaron á un tiempo, causando su vista repentina una conmocion profunda en los ánimos de los espectadores.

Luégo se oyó un grito de indignacion contra uno de los verdugos, porque habiendo colocado mal la argolla de los piés al santo Fr. Felipe de Jesus, con el golpe que en el hoyo dió la cruz al caer perpendicular desde lo alto, se resbalaron los miembros del santo mártir, y se le descarnaron hasta los huesos. Con la vehemencia del dolor invocó el dulce nombre de Jesus, y en seguida mandó el juez que sin demora le quitase la vida el verdugo; lo que hizo de una lanzada, enviando su dichosa alma al cielo para recibir la palma del martirio.

24. El santo Fr. Francisco Blanco fué el segundo atleta á quien atravesó con su lanza otro verdugo. Con la furia del golpe se le separó la mano de su argolla; mas el santo mártir la volvió á meter con gran sosiego, y al segundo golpe espiró. El tercero fué el santo fray Martin de la Asuncion, el cual fué traspasado de otro golpe miéntras estaba alabando al Señor con el salmo *Laudate Dominum omnes gentes*. En seguida lo fué el santo Fr. Gonzalo García, encomendándose á Dios, al espirar, con las palabras que San Dímas decia al Redentor del mundo, estando pendiente de la cruz: *Memento mei dum veneris in regnum tuum*. Imediatamente fué tambien atravesado el santo Fr. Francisco de San Miguel, que esperaba aquella dicha por su turno. Entre tanto el santo niño Antonio, que sólo tenía once años de edad, y se hallaba al lado del santo Comisario, al ver que el verdugo echaba mano de la lanza para traspasarlo, le dijo: «Padre, ¿no se acuerda que nos dijo en el camino que cuando nos hallásemos colocados en las cruces habiamos de cantar el salmo *Laudate*

pueri Dominum? Ea, padre, comenzad, que ya es tiempo.» El santo Comisario, que sin duda estaba sumergido en la contemplacion de las bondades del Señor, no advirtió lo que el santo niño le decia; mas al ver el santo niño que su glorioso maestro no se habia apercibido de su oportuno recuerdo, él mismo entonó aquel salmo y lo prosiguió hasta el fin, acompañado del santo niño Luis, que, sin embargo de no tener más que diez años de edad, estaba poseido en aquel trance de tan inefable gozo, que bailaba de alegría en el mismo madero de la cruz. Al terminar el *Gloria*, fueron los dos alanceados, y sus venturosas almas volaron juntas al empíreo para cantar las alabanzas del Señor ante el trono de Dios y del Cordero. Áun estaba vivo el santo Comisario, que, con los ojos elevados á lo alto, imploraba los auxilios del Señor para salir victorioso de este valle de miserias. Al ver que el verdugo iba á enarbolar su lanza para traspasarlo, dijo con ternura aquellas últimas palabras de nuestro divino Redentor: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum,* y concluidas espiró; quedando su rostro santo muy agradable á la vista, y en una postura grave todo el cuerpo, con la cual se daba bien á entender haber sido el verdadero caudillo de aquella celestial milicia. Así fueron inmolados sucesivamente los restantes, pasando á recibir allá en el cielo la gloriosa palma del martirio. El Sr. Obispo fué á verlos, y con lágrimas de tierna devocion los elogió como verdaderos mártires. Los cuerpos, á pesar de las medidas que preventivamente se tomaron, fueron presa de los fieles, que todos deseaban tener alguna parte de sus preciosas reliquias.

Los españoles, que, como parte, despues los reclamaron, sólo pudieron lograr algunos pequeños fragmentos, que metidos despues en una caja hubieron de perderse por desgracia. El cielo no tardó en mostrarse propicio á su memoria, obrando por su intercesion muchos prodigios, que probados jurídicamente en la Congregacion de Ritos, movieron á la santidad de Urbano VIII á beatificar solemnemente á los veinte y seis atletas, que pudiéramos llamar los proto-mártires del imperio del Japon.

CAPÍTULO II.

Nueva persecucion contra la religion cristiana en el Japon.—Llegan á Nangasaqui otros dos PP. Franciscanos.—Llega al Japon otro obispo.—Muere Taycosama.—Jeyaso, rey del Kuanto, nombrado regente del imperio, se hace cargo de su gobierno y toma el nombre de Dayfusama.—Se declara en favor de los PP. misioneros.—Entrada de nuestros religiosos en Satzuma, y son tratados honoríficamente por su Tono.—Dan principio á su mision.—Edifican una iglesia en Cojiqui y otra en Quiodomari.—Conversion y martirio de un caballero llamado Leon.—Mision en Camboja.—Su rey hace un magnífico recibimiento á nuestros religiosos.—Caso raro y conversion de un japon en aquel reino.—Mueren dos PP. misioneros, y el tercero se vuelve desconsolado á Manila.—Se sublevan los chinos en esta capital.—Matan á D. Luis Perez Dasmariñas, con otros españoles.—Se libra la plaza, y los chinos se retiran.—Son perseguidos y exterminados.—El Gobernador envia una comision al Virey de Fo-Kien para que permita que los chinos vengan á Manila, como ántes.

25. Sin embargo de que los PP. portugueses fueron excluidos de la sentencia de muerte que Taycosama habia pronunciado contra todos los misioneros del Japon, su permanencia, no obstante, era muy precaria en el imperio, y áun se agravó su posicion poco despues por un hecho ruidoso que aconteció sin culpa suya. Un so-



brino del Emperador, deseoso de ascender á una dignidad que no le correspondia, llegó á inspirar celos á su anciano y cruel tio con sus imprudentes pretensiones, y de resultas fué condenado á pena capital. Con este motivo, sospechando el tirano que los PP. portugueses habian tenido alguna intervencion en las pretensiones del sobrino, expidió un nuevo decreto de expulsion contra aquellos misioneros, permitiendo solamente que se quedasen tres ó cuatro en Nangasaqui, para el cuidado de los portugueses que tenian comercio en este puerto, pero con prohibicion estrecha de comunicar con los gentiles en puntos de religion. Esta nueva persecucion causó incalculables perjuicios á la iglesia del imperio, porque, temerosos muchos Tonos de caer en desgracia del Emperador, tomaron un vivo interes por la observancia del tiránico decreto. Habiéndose divulgado en la comarca de Ximo que el Emperador debia de trasladarse á Nangasaqui para continuar la guerra que habia declarado á Corea, fueron derribadas todas las iglesias. En los reinos de Arima, Omura y Firando fueron destruidas ciento y treinta iglesias y capillas, salvándose tan sólo la de Amacusa, por respetos á Don Agustin, que gobernaba en el distrito. En vista del rigor con que se ejecutaba el decreto imperial, salieron once PP. Jesuitas para el puerto de Macao.

26. Antes de llegar la noticia de estos sucesos á Manila, enviaron los PP. Franciscanos dos nuevos misioneros al Japon, con el fin de proseguir las tareas apostólicas, que sus santos hermanos habian tan felizmente comenzado. Su llegada á Nangasaqui, que no tardó en publicarse, aconteció cuando los PP. Jesuitas estaban

en su mayor conflicto con motivo del nuevo decreto imperial. El P. Fr. Jerónimo de Jesus, uno de ellos, desembarcado con la mayor cautela, logró burlar la vigilancia de los perseguidores, ocultándose en las cercanías de Meaco, en donde estaba cuando fueron presos los primeros; mas su compañero fué encarcelado, y luégo se reembarcó para Manila. Los gobernadores de aquel puerto practicaron entre tanto las más activas diligencias para prender al P. Fr. Jerónimo; pero todo fué en vano, porque el Señor lo conservaba para el bien de la Iglesia, perseguida en aquel imperio.

27. Poco despues llegó tambien á Nangasaqui el Ilmo. Sr. D. Luis de Sequeira, sucesor del Ilmo. Martinez, que habia muerto en el viaje huyendo de la persecucion. Sus ideas, como buen portugues, no fueron ménos estrictas que las de su antecesor por la rigorosa observancia del famoso breve, ya citado, de Gregorio XIII. A su llegada no se descuidó en publicar que la mision de los PP. Franciscanos era errada, sin considerar que los misioneros portugueses estaban tan embarazados como los de la Orden seráfica para propagar la religion que todos deseaban mantener. Habia venido revestido con la calidad de embajador de Portugal, y como tal se presentó en la córte de Meaco; pero ya no pudo desempeñar su elevada comision por hallarse Taycosama á la sazon enfermo gravemente.

28. Era ya llegada la tremenda hora, en la que este monarca poderoso habia de pagar el tributo impuesto á todos los mortales. Educado en los errores de la idolatría, y acostumbrado á verter sin compasion la sangre de los cristianos, estaba sumergido en una fria in-

diferencia, sin mostrar remordimientos de sus crueldades é injusticias. Como réprobo y carnal, sólo le mortificaba la memoria de la suerte que habia de caber al imperio y á su hijo, que dejaba en la menor edad, sin acordarse un momento del fin desgraciado de su perversa vida. Persuadido de la gravedad de su dolencia, trató de asegurar lo que por sí ya no podia conservar. A este fin llamó á Jeyaso, rey de Kuanto, el más poderoso de los Tonos de Japon, que le habia prestado servicios muy importantes para pacificar y sujetar á los señores de su imperio, y cuya decision á su favor le habia merecido la posesion de ocho reinos, sin el suyo. Era, pues, muy natural que Taycosama se acordase en esta ocasion de este favorito para confiarle el cuidado de su amada prenda y las riendas del imperio durante su menor edad. Puesto Jeyaso en su presencia con otros Tonos y señores, le dirigió la palabra, y le dijo: que ya no dudaba de su cercana muerte; pero que no sentia tanto el morir, como el dejar á su amado hijo en una edad tan tierna, incapaz de gobernar su vasto imperio: que habiendo meditado acerca del sujeto en quien podria depositar su confianza, habia puesto los ojos en él, y no dudaba de su fidelidad que en llegando su hijo á la mayor edad, lo pondria en posesion de la herencia que le dejada. Para tener Taycosama más obligado al favorito, añadió: que supuesto tenía una nieta, nacida de su legítimo heredero, deseaba enlazar con ella á su hijo; pues así sería la alianza más segura y su muerte ménos sensible y aflictiva. Oyó Jeyaso con asombro el discurso del moribundo Emperador; accedió gustoso á cuanto le propuso, y disponiendo le trajesen á la nieta,

se celebró desde luégo el desposorio, con la fiesta que las tristes circunstancias permitian. Despues fueron los desposados trasladados á la fortaleza de Osaca, en donde Taycosama habia hecho ensanchar sus muros y construir algunos suntuosos edificios para la seguridad y regalo de su hijo, durante su menor edad; y si bien quedó algo tranquilizado, creyendo que así se perpetuaria en su familia el imperio que habia levantado con su valor, se retiró, no obstante, á lo interior de su palacio, meditando acerca de la suerte que luégo le habia de caber. Algunos cortesanos, que le eran más afectos, le comunicaron la llegada del Embajador de Goa, asegurándole que le traia regalos de mucha importancia, persuadidos de que le sería grata esta noticia. Mas él la recibió con la mayor indiferencia, y sólo permitió que entrase á visitarle el P. Juan Ruiz, intérprete del Ilustrísimo Sequeira, con quien tuvo una ligera conferencia. Se dijo que este sacerdote trató de aprovechar aquel momento precioso en beneficio de su alma; pero sus palabras no produjeron efecto alguno en el corazon del que habia perseguido con tanta crueldad á los ministros del Señor. Murió, pues, en su reprobacion, con la mancha de cruel, por la mucha sangre que habia derramado, y con la infamia de tirano, por las víctimas que habia sacrificado en ódio de la verdadera religion.

29. Por su muerte se hizo cargo de las riendas del gobierno su regente Jeyaso, quien tomó el nombre de Dayfusama; esto es, gobernador ó gran jefe de la regencia. Desde luégo se vió en la necesidad de reprimir las pretensiones de algunos Tonos y señores, que trataban de sacudir el yugo que les habia impuesto Tayco-

sama, y recobrar su antigua independencia; mas el Regente los contuvo, y logró asegurar el absoluto señorío que le confiára el difunto. Mas no se limitó á esto su intencion. Desvanecido al encontrarse en la cumbre del poder, se declara soberano del imperio, haciendo traicion á la confianza que en él depositára su más decidido bienhechor. Sus miras y su conducta acerca de la religion de Jesucristo fueron al principio más propicias que las de su antecesor. El interes y la propia conveniencia le hicieron cambiar por el pronto el sistema de política que habia planteado Taycosama, y en vez de perseguir á los PP. misioneros, se declaró abiertamente en su favor. No tuvo por conveniente á sus estados el monopolio mercantil que los portugueses ejercian en la ciudad de Nangasaqui, y creyó que les debia oponer á los españoles de Manila, con los cuales los japones ya mucho ántes contrataban en esta misma capital. Noticioso de que se hallaba escondido en las partes de Meaco el P. Fr. Jerónimo de Jesus, hizo diligencias á fin de que se le presentase, ofreciéndole un salvo-conducto á este propósito. El P. misionero, convencido de la buena fe con que procedia el Regente, se puso en sus manos desde luégo, y se entabló entre los dos una correspondencia amistosa desde entónces. Las primeras pretensiones del Regente fueron que el P. misionero procurase atraer el comercio de las islas Filipinas á sus puertos, y á este fin envió poco despues una embajada al Gobernador supremo de Manila. El P. Fr. Jerónimo se aprovechó de esta bella ocasion para procurar la libertad á la iglesia del imperio, y abrir su puerta á las corporaciones religiosas de Ma-

nila, en atencion á ser muy vasto el campo en donde todas ellas podian trabajar con desahogo en la propagacion del Evangelio. Con su gran prudencia y exquisitas diligencias, consiguió, en efecto, lo que deseaba, y desde entónces principió en las islas de Japon una nueva época de gloria para la religion de Jesucristo, cual no se habia visto en el Imperio desde los tiempos de San Francisco Javier. Obtuvo sin dificultad un permiso para fabricar una iglesia en Yedo, metrópoli de Kuanto, que tituló de Nuestra Sra. del Rosario, y los cristianos volvieron otra vez á ejercer públicamente su culto y sus actos religiosos. Hasta los PP. Jesuitas, proscritos hasta entónces aparecieron con sus trajes, saliendo de la oscuridad para continuar sus tareas apostólicas á la sombra de la libertad, que les alcanzó, como era justo, un religioso Franciscano.

30. Tal era el estado de la iglesia del Japon cuando nuestros religiosos de la provincia del *Santísimo Rosario* entraron en el reino de Satzuma, llamados por su Tono. Los japones convertidos, á pesar de los esfuerzos del tirano Taycosama, nunca dejaron de profesar la religion de Jesucristo, ni por esto interrumpieron su comercio con las islas Filipinas. Mas éste fué luégo más activo, con la libertad que les otorgaba Dayfusama. Estas mismas relaciones, y el prestigio de que gozaba en la córte el citado misionero Fr. Jerónimo de Jesus, movieron á varios señores del imperio á pedir que los religiosos de Manila pasasen á sus reinos á predicar la religion de Jesucristo; aunque no era, ciertamente, el celo de la gloria de Dios lo que principalmente les movia, sino el interes que esperaban de su

trato. Ellos creian atraer con su influjo el comercio de los españoles á sus puertos, como lo habian hecho en Nangasaqui los PP. Jesuitas respecto de los comerciantes portugueses. Entre los buques de japones que en 1601 llegaron á Manila, habia algunos del reino de Satzuma, y entre sus mercaderes habia tambien varios cristianos, que admiraban altamente el esplendor y la magnificencia del culto que se tributaba al verdadero Dios en los templos de esta capital. Con este motivo solian frecuentar las iglesias de las corporaciones religiosas, y no tardaron en aficionarse á las mismas, ora por la vida santa que sus individuos observaban, ora por el afecto con que los recibian en todas partes. Uno de ellos, llamado Juan Sandayas, que frecuentaba nuestra iglesia, llamó la atencion del P. Fr. Francisco de Morales (1), que á la sazon era prior del convento por su gran modestia y devocion en los actos religiosos. Un dia le llamó dicho prior y le preguntó si sería posible que los religiosos de su Órden fuesen tambien á su país para predicar en el imperio la religion de Jesucristo. El neófito japon, que no deseaba otra cosa, le contestó afirmativamente, y áun añadió que él se ofrecia á conducirlos, si se determinaban á ir, al tiempo de su regreso. Ya daba por concluido este negocio, segun los deseos que le habia manifestado el Prior; de suerte que, al despedirse del convento, fué á verse inmediatamente con el capitan del buque y contrató el pasaje de los PP. misioneros que se designasen al efecto. Finalmente volvió á verse con el men-

(1) Está ya beatificado como mártir.

cionado superior, asegurándole que el Tono, su señor, tendria mucho gusto en verlos en su reino. El Prior llevó entónces á los japones á la presencia del Provincial, y allí reiteraron sus ofrecimientos y promesas; pero la escasez de religiosos que á la sazon padecia la Provincia, no permitió que se realizasen por entónces los deseos de aquel celoso misionero. El Provincial, no obstante, practicó algunas diligencias al intento, y dispuso las cosas de tal suerte, que á su tiempo se pudiese establecer una mision de religiosos de la Órden en Satzuma. A este fin escribió una carta muy atenta á su Tono, dejando muy alegres y esperanzados á aquellos japones fervorosos, que no dudaban tener en su país algunos religiosos Dominicos.

31. El año siguiente de 1602 llegó á Manila la embajada de Dayfusama, de que se ha hecho mencion anteriormente, en virtud de lo acordado entre éste y el P. Fr. Jerónimo de Jesus. El mensaje fué bien recibido y despachado por el gobierno de Manila. Entónces llegaron tambien á esta capital algunas cartas de ciertos señores de Japon, pidiendo misioneros con instancia, y en su vista se trató seriamente del asunto. La provincia del Santísimo Nombre de Jesus envió desde luégo á los PP. Fr. Pedro de Guevara y Fr. Estacio Ortiz, los cuales salieron de Manila el dia 25 de Junio del mismo año, y llegaron en 12 de Agosto al puerto de Firando. La provincia del *Santísimo Rosario* tambien se decidió á enviar al imperio del Japon algunos misioneros, pues ademas de los motivos generales que animaban á las demas corporaciones, habia recibido ya una carta del Tono de Satzuma, que esta-

ba concebida en estos términos: «El maestre de campo del reino de Satzuma, Tin-Tionguen, con diligencia y vigilancia escribió á los PP. de Santo Domingo del reino de Luzon respetuosamente. El año pasado fué un navío de mercancía de mi reino á ese reino precioso, y los que iban en él rogaron á los padres que viniesen con ellos á este mi reino, y no tuvo efecto. Yo he oido que tratais muy bien á los que van ahí de este mi reino, y se les ha dicho á los que viven en él para que lo sepan. Yo os estoy esperando con gran contento; venid en todo caso luégo, y no falteis á mi deseo. Ruégoos no olvideis esta mi carta: el sexto año del Keycho, á 22 del mes nono.» Con esta invitacion los padres trataron seriamente de un negocio de tanta importancia, y en el capítulo intermedio, celebrado en 27 de Abril de 1602, se designaron cuatro sacerdotes y un lego, todos religiosos de gran virtud y celo, para dar principio á la mision dominicana en las populosas islas del Japon, como queda ya indicado al fin del libro anterior, núm. 145.

32. El 1.° de Junio del mismo año, dia en que celebraba la Iglesia la fiesta de la Santísima Trinidad, se hicieron á la vela felizmente para el imperio del Japon, desnudos en un todo y para siempre de los bienes de la tierra, y puestas sus esperanzas en la divina Providencia. Ni siquiera quisieron llevar consigo las limosnas que los fieles les habian dado para sus necesidades; pues las entregaron á Leon Quizayemon, su conductor, con encargo de que en llegando á su país las distribuyese entre los pobres. Lo que más apreciaban era una hermosa imágen de Ntra. Sra. del Rosario,

de cara y manos de marfil, que les habia regalado el devoto caballero D. Luis Perez Dasmariñas, para que una tan amada y poderosa compañera los consolase y protegiese en las tribulaciones tan frecuentes que suelen padecer los ministros evangélicos en las nuevas conversiones. Al dejar las Filipinas, tuvieron algunas calmas, que les retardaron la llegada; mas al fin vencieron la corta travesía del mar de China, y aportaron el 3 de Julio á la isla de Cojiqui, segun las instrucciones que habia dado á los conductores el Tono de Satzuma, con el fin de disponerles el honroso recibimiento que habia tratado de hacerles en su córte. A su llegada, fueron hospedados en el mejor edificio del puerto, que era una pagoda, confiada al cuidado de un bonzo, el cual, apénas vió á los ministros del verdadero Dios, recogió sus ídolos y los llevó á otra parte. Entónces nuestros misioneros bendijeron y purificaron este templo y lo dedicaron al Señor, erigiendo desde luégo un altar á la Reina de los cielos, en el cual colocaron su sagrada imágen del Rosario. En vista de un hecho tan extraordinario, no pudieron ménos de recordar las antiguas maravillas del Dios de Israel; pues así como Dagon no pudo subsistir delante del Arca santa, tampoco los falsos dioses de Japon pudieron permanecer ante la imágen que representaba fielmente la verdadera Arca del Verbo encarnado. Quince dias estuvieron allí nuestros venerables misioneros, en los cuales se preparaban para combatir la idolatría y propagar la verdadera religion, en tanto que esperaban las órdenes del Tono en dicho punto.

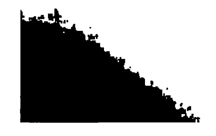
Llegaron por fin el dia 18 dos nobles, enviados por

aquella autoridad á nuestros misioneros, á quienes saludaron respetuosamente y felicitaron en su nombre. Luégo les entregaron algunas cosas de regalo, segun costumbre del país, y en seguida los condujeron á la córte. El viaje debia de durar cuatro dias á lo ménos, y al efecto les tenian caballos preparados en la costa, los que rehusaron con modestia los PP. misioneros, por creer más conforme á su pobreza caminar á pié con su humilde traje y apostura, que montados, al estilo de los nobles, en caballos ricamente enjaezados.

En la córte fueron hospedados en una casa que se les habia preparado de antemano, y á los dos dias fué á visitarlos el mismo Tono en persona, mostrándoles estar muy satisfecho de su llegada. Luégo los convidó á un banquete, que, sin embargo de haber sido uno de los más extraordinarios que daba aquel magnate, más sirvió de molestia que de regalo á nuestros mortificados misioneros. En una magnífica sala habia preparadas siete mesas, todas ellas bien provistas de manjares y adornadas con primor al estilo del país. La comida se principió al mediodia, y no se terminó hasta la noche. Los japones llaman á esta clase de banquetes Xichigoson, que sólo se suelen dar á los señores de mucha distincion; pero ni las viandas estaban guisadas al gusto de los PP. misioneros, ni podian avenirse con las raras é importunas ceremonias que los convidados les hacian. Terminóse la comida con la música, y luégo el Tono y los demas señores se entretuvieron en hacerles várias preguntas acerca de los usos y costumbres españolas. Uno de ellos, admirado de su vida mortificada y penitente les preguntó, por qué vivian de aquella suerte,

estando tan apartados de las ocasiones y libres de los vicios de los demas hombres. Y como entendiese que su fin era asegurar por este medio la salvacion eterna, añadió que él sabía otro muy fácil y seguro para alcanzarla, cual era invocar al dios Amida, uno de los más famosos de Japon, de quien se asegura que vivió muchos años haciendo penitencias asperísimas por los pecados que los hombres cometiesen. Escucharon nuestros religiosos la respuesta, y contestando á ella con modestia, dijeron que era opuesto á la sana razon hacer uno penitencias para que los demas vivan en la disolucion. El Tono, ora por conviccion, ora por cumplimiento, que es lo más probable, se decidió por la sentencia de los PP. misioneros, y con esto se terminó la conferencia. El secretario de Estado, primer ministro de Satzuma, quiso tambien tener el gusto de convidar á nuestros religiosos, y su banquete, aunque no fué de tanto lujo como el anterior, fué, sin embargo, más acomodado á su fin; porque presentó buenos pescados, que era lo que ellos más apetecian, por ser su comida propia, sin las enfadosas ceremonias del primero. Despues, á insinuacion del mismo Tono, fueron á visitar á su hermano en la ciudad de Tumanguchi, en donde fueron tambien obsequiados con un espléndido banquete y otros honores distinguidos.

33. Lo que más llamaba la atencion de los japones era la serenidad que los religiosos conservaban en medio de los señores principales, sin haberles nunca visto, y de aquí deducian que debia de residir en ellos cierta superioridad, que no comprendian. El traje religioso los tenía muy edificados, así como la comida or-



dinaria de pescado. La casa en donde fueron hospedados convirtióse en un convento, en donde observaban la vida regular con el mayor rigor. Rezaban el oficio divino á sus horas; se levantaban á media noche para los maitines; tenian algunas horas de oracion mental, y colocada la imágen sagrada de la Vírgen en su altar, le cantaban la *Salve* diariamente y la obsequiaban con otras alabanzas, sin omitir el santo sacrificio de la misa. La hermosura y majestad de aquella preciosa imágen llamó la atencion de los señores que visitaban á nuestros religiosos, y á su vista, sin conocerla, la adoraban, preguntando muchos por su nombre con respeto. Los religiosos procuraban enseñar la salutacion angélica á los que más frecuentaban las visitas, y de esta suerte los iban preparando para recibir la luz brillante de la fe. En esta misma casa tuvieron el consuelo de recoger las primicias de su celo; pues admirados los dueños de su santa vida, y prendados de la doctrina que predicaban, quisieron abrazarla desde luégo, y despues fueron reengendrados con el santo sacramento del bautismo. Quemaron desde luégo cuantos ídolos tenian; perseveraron fervorosos en la vida cristiana, y tuvieron un dichoso fin en recompensa de sus merecimientos y servicios. Despues de estas felices conversiones, aconteció una desgracia, cuyo resultado fué muy satisfactorio para nuestros religiosos. Un yerno del Tono habia tratado de apoderarse de su reino, quitándole la vida; pero no pudo la conspiracion ser tan secreta que no llegase á traslucirse. Noticioso el Tono de los intentos de su yerno, y deseoso de evitar una guerra civil, se valió de una estratagema para burlar su intentona. A este fin, le

convidó á una diversion de caza, le condujo á un sitio en donde le tenía preparada una emboscada, y allí perdió la vida á manos de asesinos. Pero la victoria del Tono no pudo conseguirse sin que le costase mucha sangre, porque los amigos del engañado yerno se defendieron con valor, y en la refriega quedó herido, entre otros, un caballero de la comitiva de aquel régulo. Cuando trataron de llevarlo á su casa para curarle las heridas, quiso que fuese conducido á la morada de nuestros religiosos, y con este motivo, despues de haberse restablecido de la herida, se instruyó en la doctrina de la fe, y sin embargo de una ley vigente en Satzuma, que habia publicado Taycosama, prohibiendo á los nobles, bajo pena de la vida, hacerse cristianos, recibió á su tiempo el santo sacramento del bautismo.

Acabados los primeros cumplimientos de estilo en el país, trataron nuestros religiosos de dar principio al ministerio apostólico, y para prevenir los inconvenientes que luégo podrian ofrecerse, pidieron el permiso competente al que hasta entónces se les habia mostrado tan afecto y complaciente. Mas en esta parte anduvo más despacio de lo que nuestros celosos misioneros deseaban. Era este Tono muy adicto al culto de los ídolos, y los bonzos, con la preponderancia que tenian sobre él, entorpecian la marcha del negocio. Por otra parte, no le parecia decoroso desairar á unos religiosos que él mismo habia llamado á su país, y á quienes acababa de prestar obsequios distinguidos. Tres meses los tuvo en la espectativa, sin concederles ni negarles la licencia ya pedida, atajado siempre en sus deseos por la oposicion de los bonzos, á quienes no queria disgustar. Esta de-

mora hizo perder á nuestros misioneros las esperanzas de obtener la autorizacion que deseaban, y en su consecuencia se decidieron á pedirle que siquiera les permitiese levantar una casa é iglesia en la isla de Cojiqui, en donde habian desembarcado á su llegada. En esto no tuvo el Tono la menor dificultad; pues creia que de esta suerte quedaba bien con los bonzos y con los religiosos.

34. Con este requisito salieron nuestros misioneros de la córte de Satzuma y se dirigieron á Cojiqui, acompañados del mismo capitan que los habia traido de Manila. A su llegada levantaron una casa y capilla para dar principio al ministerio apostólico; mas estos edificios, que sólo costaron ocho pesos, apénas les servian para librarlos de las inclemencias del tiempo; pues las lluvias, nieves y vientos entraban por sus rendijas como en campo descubierto. Aquí pasaron, sin embargo, tres inviernos rigorosos, sin que la comida miserable con que se alimentaban fuese capaz de desalentarlos en su empresa. Todo su alimento se reducia á un poco de arroz sin condimento, y unos rábanos silvestres de grandes hojas y de poca raíz, que el hermano recogia en los inmediatos campos. A veces les daban los vecinos, de limosna, algunos pescadillos, que para ellos eran un regalo exquisito en su penuria. Esta vida tan pobre y penitente, que no pudo ocultarse al Tono de Satzuma, llenaba de admiracion á los japones, y el mismo Tono no pudo ménos de pensar más seriamente sobre esto y en proporcionarles algun alivio en su escasez. Llamólos, pues, un dia, y les dijo que estaba determinado á remediar la necesidad que padecian en Cojiqui, y que

para ello les concedia las rentas de un pueblo. Mas aquellos pobres misioneros, que no habian ido á Japon en busca de comodidades ni de riquezas, le agradecieron la merced, y le dijeron que, como pobres, no podian poseer, ni la corporacion á que pertenecian les permitia la propiedad. Añadieron, sin embargo, que si su alteza tenía por bien darles alguna vez limosnas, las recibirian con accion de gracias. Con esto quedó el Tono más edificado y satisfecho de nuestros religiosos, y desde luégo les señaló doce hombres para su servicio y el de su iglesia, los que no rehusaron ciertamente, porque en realidad los necesitaban para cuando se viesen precisados á pasar á tierra firme. Tres años estuvieron en la miserable isla de Cojiqui, sin haber hecho grandes adelantos en la propagacion del Evangelio. Esta consideracion poco halagüeña; las frecuentes travesías que habian de hacer por un brazo de mar de siete leguas, que no siempre estaba en bonanza; el tosco idioma que hablaban aquellos rudos isleños, y la necesidad de las cosas más precisas para la vida, los decidieron á pedir al Tono, por segunda vez, una licencia para establecerse en tierra firme. Éste, que ya estaba prendado de nuestros misioneros, se compadeció al fin de sus trabajos y de su situacion desventajosa. Comprendió que nada podrian adelantar entre aquellos idiotas degradados, y en su vista les otorgó lo que pedian, concediéndoles, en efecto, el permiso competente para levantar una casa é iglesia en la ciudad de Quiodomari, adonde trasladaron desde luégo sus pobres muebles y la preciosa imágen de Nuestra Señora del Rosario.

35. Era Quiodomari uno de los sitios más bellos y

pintorescos del reino de Satzuma. Situado en la orilla de la mar, ofrecia á la vista una agradable perspectiva. Disfrutaba de un temperamento saludable, y sus alimentos eran buenos y abundantes. El lugar que el Tono designó para las fábricas de convento é iglesia era ciertamente muy ameno, pero su vecindad tan mala y tan molesta, que para evitarla pudieran los PP. misioneros abandonar gustosamente las demas ventajas de aquel sitio. En frente de su iglesia habia un templo de ídolos, y otro ademas á su lado, cuyos bonzos, con sus cantos y gestos extravagantes, interrumpian con frecuencia la tranquilidad y el sosiego de que necesitaban los cristianos para sus actos religiosos. El venerable P. Fr. Jacinto Orfanell (1), testigo ocular de estos hechos, hablando en un manuscrito de estos bonzos, dice, entre otras cosas, lo siguiente: «Uno de ellos siempre rezaba muy alto y con un tonillo bien molesto; porque aullaba al modo de un perro cuando ladra y está algo enfadado, levantando y bajando la voz más ó ménos, segun los gestos y ceremonias que hacia delante del ídolo. Era aquél un espectáculo que más parecia una burla que otra cosa; porque siempre que rezaba estaba haciendo inclinaciones y jugando de manos, haciendo mil figuras y visajes, todos tan á propósito para mover á risa, que para no provocar yo al lector, los dejo de poner aquí. Este bonzo que digo, era tan puntual en levantarse á media noche á rezar sus maitines al diablo, que bien po-

(1) Hoy mártir beatificado.

cas veces le ganaban los padres por la mano; ántes muchas les dispertaba la campana del bonzo.»

La iglesia de Quiodomari se dedicó á nuestro santo Patriarca, segun la disposicion de los PP. definidores del capítulo citado de 1602, en que se designaron los primeros religiosos de la Órden para predicar el santo Evangelio en los reinos del Japon. Se cantó en ella la primera misa el dia 2 de Julio de 1606, cuatro años despues de su llegada. La casa religiosa, ó convento, de esta ciudad era el centro de las tareas apostólicas de nuestros misioneros; pues de él salian para predicar la palabra de salud en los pueblos y comarcas inmediatas. Con su ardiente celo, y ejemplos de una vida verdaderamente apostólica, no tardaron en reducir á la grey de Jesucristo un considerable número de fieles, y fundar una iglesia respetable de miembros vivos del Señor. Sin embargo, era preciso que esta nueva iglesia fuese acrisolada con el fuego de la tribulacion y del dolor, para su mayor corona. En efecto, envidioso el infierno de las conquistas gloriosas de aquellos santos misioneros, les declaró la guerra más atroz, para sostenerse en un país en donde siempre habia dominado á su placer. A este fin movió al mismo Tono, que tan afecto se habia mostrado hasta entónces á los que él mismo llamára de Manila, para expelerlos de su reino, con cuantos cristianos se negasen á dejar la divina religion que ya habian abrazado.

36. Aunque Dayfusama, á instancias del P. Fr. Jerónimo de Jesus, habia permitido que los cristianos del Japon pudiesen libremente profesar la ley de Jesucristo, los Tonos ó señores, poco afectos á la misma,

sostenian, sin embargo, con rigor la disposicion de Taycosama, que prohibia á los nobles, bajo pena de la vida, la recepcion del santo sacramento del bautismo; prohibicion que era sostenida con preocupaciones y mentiras por la influencia de los bonzos. En las conversaciones que estos fanáticos tenian con el Tono de Satzuma, le aseguraban que los partidos en donde los cristianos abundaban, habian sido desgraciados en todas sus empresas y colisiones políticas. Para comprobar su dicho, le traian á la memoria los contratiempos de D. Agustin Isunotami, hombre muy honrado y poderoso, que habia sido vencido con sus vasallos por el Emperador, en pena, decian, de haberse hecho cristiano. Por la misma causa, proseguian, habia sido vencido y muerto D. Francisco, rey de Bongo; puesto que tenía indignados contra sí, por tal motivo, á los dioses del imperio. Que el reino de Satzuma, por el contrario, siempre se habia conservado poderoso, á pesar de haber tenido tantas guerras, porque los tenía propicios con sus obras, particularmente á Fagiman, que entre los japones es tenido como el Marte de los griegos y romanos. Estas precauciones, que los bonzos procuraban fomentar entre los Tonos, tenian obcecado á este régulo, y eran el motivo principal, á no dudarlo, de haber mantenido en todo su vigor aquella cruel disposicion de Taycosama.

37. La primera víctima que fué sacrificada en Satzuma, en ódio de la verdadera religion, fué un noble militar, llamado Xichiemon, quien, admirado altamente de la vida ejemplar de nuestros misioneros y de la sublimidad de su doctrina, trató de informarse detenida-

mente de sus misterios y preceptos, para ver lo que debia hacer en un asunto de tanta importancia. Sujetóse como un niño á la instruccion del catecismo, se impuso con el mayor cuidado en su doctrina, y de vez en cuando solia poner sus objeciones contra lo que no podia entender. Era de un entendimiento despejado, y al mismo tiempo no le faltaba la docilidad conveniente para sujetarse á las razones con que los PP. misioneros daban solucion á sus dificultades. Al fin, mediante el auxilio de la gracia, abandonó el culto de los dioses del país y pidió el santo sacramento del bautismo. El P. Fr. Tomas de Zumárraga (1), que lo catequizaba, noticioso de la ley que condenaba á pena capital á los caballeros cristianos, le manifestó la gran dificultad que se ofrecia para administrarle las aguas de salud; pues debia tener bien entendido que, despues de bautizado, era preciso morir ántes que abandonar nunca esta enseña del cristiano. De otra suerte, fuera ménos mal para su alma quedarse en el estado de gentil, que despues de haber recibido el bautismo renunciar á la fe de Jesucristo. Mas el fervoroso catecúmeno, con una sonrisa agradable, le contestó de esta manera: «Yo, padre mio, por lo que he oido, sé que hay salvacion para los hombres, y que ésta se alcanza por la religion cristiana; y así le aseguro que nada será capaz de apartarme de ella, aunque haya de perder la vida.» Con una protesta tan sincera de su fidelidad y su constancia, ya no dudó el P. misionero en administrarle el santo sacramento que pedia; lo que verificó, con gran satis-

(1) Hoy ya está beatificado como mártir.

faccion de los cristianos, en la iglesia de Quiodomari, imponiéndole el nombre de Leon. Un capitan que custodiaba la fortaleza de Firaza supo poco despues la novedad, y le pareció que no debia dejarla pasar desapercibida y sin castigo. Al efecto llamó al neófito Leon; lo reprendió ásperamente por el hecho; procuró que abandonase la religion que habia abrazado, y por último le dijo que no podria ménos de proceder á imponerle la pena de la ley si persistia tenaz en su propósito. Mas el neófito, siempre más firme en la fe, despreció las promesas y amenazas del capitan enojado, y desde entónces fué disponiéndose para recibir la palma del martirio. Noticiosos sus parientes del suceso, se apresuraron á persuadirle accediese á los deseos de aquel jefe para librarles de la deshonra que, decian, iba á resultarles por su muerte. Le representaron el desamparo en que su mujer é hijos quedarian en este mundo, y las esperanzas que toda la familia podia prometerse de su valor y su talento en la edad más hermosa de la vida, si la empleaba en servicio de su Tono. Mas él, correspondiendo á los auxilios de la gracia, se portó con el valor y nobleza de Leon; pues se negó constantemente á las sugestiones de la carne y de la sangre, y áun procuró convertir á los mismos que procuraban su prevaricacion y apostasía. A su mujer le dijo que si de véras le amaba, no podria darle mejor prueba de su amor que hacerse cristiana; pues sólo así podria quedarle la esperanza cierta de unirse otra vez con él en la patria de los hijos de Dios. Lo mismo dijo á su hijo mayor, que ya tenía diez y seis años de edad, aconsejándole que se entregase en manos de los ministros de

la verdadera religion de Jesucristo, para recibir la fe, por la cual daba él la vida muy gustoso. Tambien destinó otro hijo de siete años de edad al servicio de la iglesia, con el fin de que pudiese recibir más fácilmente el santo sacramento del bautismo. Arreglados de esta suerte los asuntos de su casa, procuró tener una conferencia con alguno de los PP. misioneros, para saber lo que habia de hacer á la hora del martirio. Afortunadamente llegó poco despues al pueblo inmediato á Firaza el P. Fr. Jacinto Orfanell, y el venerable confesor, que bajo palabra de honor andaba libre, fué á visitarlo á su vivienda. El P. misionero lo exhortó elocuentemente á sufrir con fortaleza la muerte por la fe de Jesucristo, trayéndole á la memoria el ejemplo de muchos valerosos mártires, que admiraron al mundo con su heroico valor y constancia en los tormentos. Despues volvieron los parientes á tentarle, y redoblaron el combate para derribar á esta columna de la fe. En esta ocasion apoyaron sus razones en la obediencia que como militar debia á su jefe. Pero no adelantaron en esta vez más que en la primera; porque el invicto confesor de Jesucristo sabía hasta dónde llega la obediencia que se debe á los hombres, la cual no debe ser en perjuicio de la que debemos al Señor, que nos prohibe estrechamente abandonar su santa religion. Los tres dias de plazo que le concedió su jefe para deliberar sobre su suerte, los empleó el venerable confesor en prepararse y lograr los auxilios de la gracia para merecer en el estadio la corona del martirio.

Llegó por fin el dia 17 de Noviembre de 1608, en cuya madrugada, y miéntras el P. misionero estaba ce-

que le estaba prohibida, que mirase por su v
su honor y su familia, y no persistiese terco e
solucion; pero nada pudieron conseguir con sus
siones y consejos, porque el venerable confes
profundamente cimentado sobre la piedra de l
la religion que habia abrazado. Convencidos
inutilidad de sus palabras, se resolvieron á eje
órden que tenian de su jefe; y como se trataba
noble, le rogaron que él mismo se cortase la
estilo del país. Mas á esto contestó el venera
sin embargo de que no ignoraban su valor,
en manera alguna lo que le aconsejaban; po
bien mandaba la religion de Jesucristo ante
muerte á la apostasía, prohibia rigurosament
cidio. Tenía el venerable un vivo empeño e
la sagrada Eucaristía, pero los soldados no
permitirle este consuelo. Le dieron, sin emba
gar suficiente para disponerse y vestirse á su gu
sose el venerable un vestido blanco, se lavó
se ciñó dos catanas á la usanza del país, y and
sus p... hasta una encrucijada, en donde quis

media hora por lo ménos. Al fin, recogiendo la imágen, y envolviéndose el rosario en la muñeca, despues de otro rato de oracion, al decir que ya habia terminado, de un solo golpe le separaron la cabeza de los hombros. Así triunfó gloriosamente este neófito dichoso, dejando á los PP. misioneros tristes por su prematura muerte temporal, y alegres de su felicidad y vida eterna. Era tambien un consuelo para ellos el ver coronados sus trabajos apostólicos con este fruto precioso de su predicacion y de su celo. El cuerpo del venerable fue enterrado y custodiado por los gentiles; pero la piedad de los cristianos consiguió burlar su vigilancia: á los pocos dias pudieron, en efecto, recogerlo, colocáronlo devotamente en una caja, y lo entregaron á nuestros religiosos, que despues lo trasladaron al convento de Ntro. P. Santo Domingo de Manila, y allí fué depositado en el capítulo, en donde yacen los restos de los religiosos de la Órden. Con las alternativas de calmas y tormentas continuaron nuestros religiosos sus misiones en Satzuma, Figen y Nangasaqui, hasta la general persecucion que levantó el mismo Dayfusama, cuya conducta fué al fin todavía más cruel que la de su antecesor. Mas para llevar de frente todos los acontecimientos que deben ocupar un lugar en esta historia, es preciso suspender por ahora la narracion de los sucesos pertenecientes á nuestras misiones del Japon, y retroceder un paso para variar la escena de los hechos que nos incumbe referir.

38. Era por el año de 1603, cuando, despues de haber principado nuestros religiosos sus misiones en Japon, se les ofreció otra jornada apostólica al reino de

Camboja, que no fué más feliz que las de 1596 y 1598. La pérdida de los venerables misioneros que en ellas habia sufrido la Provincia, y las pocas esperanzas que podia prometerse de la inconstancia de los cambojas, pudieran haber desengañado ya bastantemente á los padres que á la sazon tenian la direccion de los negocios; mas el celo por la propagacion del Evangelio, que era el primer móvil de aquellos apostólicos varones, y los deseos de no disgustar al gobierno de Manila, los decidió finalmente á enviar á otros religiosos al expresado reino para promover su conversion.

No era ya el soberano de Camboja aquel rey que, por el influjo de los portugueses y malayos, habia recibido tan mal anteriormente la embajada de Manila, que desempeñó el P. Fr. Juan Maldonado; aquel inexperto jóven habia sido despojado del reino y de la vida por una insurreccion malaya, y este país desgraciado era tiranizado por esta pérfida raza, que al fin agotó completamente la paciencia general de los cambojas, y dió lugar á que éstos, capitaneados con valor por algunos señores de prestigio, lográran sacudir aquel yugo degradante, y colocar en el trono á un sobrino del difunto. El reino, sin embargo, estaba dividido ferozmente en facciones tumultuosas, y no era fácil ni hacedero al nuevo soberano de Camboja el conservar la pública tranquilidad de sus estados sin el auxilio eficaz de algun aliado poderoso. Como todavía era muy reciente la memoria de los servicios señalados que los españoles habian hecho á sus predecesores en el reino, le pareció que para consolidar su trono vacilante debia procurar á todo trance la amistad y alian-

za deseada del gobierno de Manila. Para conseguir más fácilmente el fin principal de sus gestiones, creyó conveniente el pedir con tal motivo algunos religiosos de la Órden para predicar la religion de Jesucristo á sus vasallos. Con este objeto y designios, envió una embajada á Manila el año de 1603, gobernando las islas Filipinas D. Pedro de Acuña. Era este caballero, como piadoso, muy propenso á favorecer en todo caso las empresas religiosas; pues deseaba vivamente que el nombre santo de Dios fuese adorado en todas partes, y no podia, en tal concepto, negarse absolutamente al doble fin de la embajada. Por su parte destinó algunos soldados españoles, y al propio tiempo suplicó á nuestro P. Provincial que enviase misioneros de la Órden para predicar el santo Evangelio en aquel reino; puesto que ya tenian hechos tantos sacrificios á este fin, y lo habian procurado eficazmente en todas las expediciones anteriores. No pudo negarse la Provincia á los deseos piadosos del Gobernador supremo de Manila, y desde luégo designó para el efecto á tres excelentes religiosos, que fueron los PP. Fr. Iñigo de Santa María, Fr. Jerónimo de Belen y Fr. Alonso Cuéllar de Santa Catalina. Luégo se hicieron á la vela con la tropa en una buena fragatilla, que hizo felizmente el viaje hasta el famoso Churdamue, despues de haber costeado los reinos de Cochinchina y de Chiampa.

39. Noticioso el Rey de su llegada, les envió á los dos dias su propio elefante y caballos para conducirlos á la córte. Aquel celoso animal estaba ricamente adornado con un sillon suntuoso de una grandeza real, y en frente un bufete de respeto, con una caja dorada, en

donde debian colocarse los despachos que el Gobernador de Filipinas le mandaba. Los religiosos, como misioneros apostólicos, rehusaron los caballos, y anduvieron por sus piés las ocho leguas que hay de aquel puerto á la córte. Tambien habia andado á pié este camino, algunos años ántes, el P. Fr. Diego Aduarte, en aquella jornada peligrosa de que hase hecho mencion en el primer libro de esta Historia. Mas en esta ocasion, parece que se propuso el nuevo rey dar una satisfaccion la más completa á los enviados de Manila por los agravios que otros españoles habian recibido anteriormente de sus antecesores y vasallos. Desde el puerto los hizo acompañar con un aparato verdaderamente régio por la guardia Real hasta el palacio, en donde los recibió vestido de seda encarnada y corona en la cabeza á manera de tiara, acompañado de los grandes dignatarios. A la entrada de los religiosos el Rey se sentó en un estrado bajo, y los grandes lo hicieron en el suelo con las manos tendidas, que es la mayor señal de reverencia, segun las usanzas del país. En seguida fué saludado de los nuestros, y él les dijo que se sentasen en las gradas de su trono. Entónces le entregaron los despachos y le dieron la embajada con mucha gravedad. La primera pregunta que hizo á los padres fué, si debian quedarse en su córte; y habiéndole contestado en sentido afirmativo, mostró quedar muy satisfecho. Así se terminó la primera audiencia, que envolvia graves compromisos de ambas partes. Despues hacia llamar á los religiosos con frecuencia á su palacio, los trataba con mucho agrado, y solia hablarles de lo mucho que debian los cambojas á los portugueses y españoles, que

los habian ayudado en sus guerras contra los enemigos del Estado.

El afecto y familiaridad con que el Rey solia tratar á nuestros religiosos excitaron grandes celos en los chinos y malayos, que querian gobernarlo á su placer. Para indisponerlo contra ellos le decian que los españoles no intentaban otra cosa que apoderarse de su reino. Mas él jamas dió acogida á sus palabras seductoras: cada dia fué formando más elevado concepto de aquellos ejemplares misioneros, y no cesó de protegerlos hasta donde alcanzaba su poder. Esta conducta generosa del monarca estimulaba á los demas; los señores más distinguidos de la córte procuraban imitarlo, y hasta los bonzos principales tenian á mucha honra el ser admitidos en su casa. No tuvo el Rey dificultad en que levantasen una casa é iglesia á medida de su gusto, cuyas obras se comenzaron con la decencia que las circunstancias permitian, aunque no se pudieron terminar, desgraciadamente, por las guerras y alborotos que poco despues se suscitaron. En estos sucesos peligrosos mostró el Rey mucho carácter, aprovechándose de los consejos que le daban los españoles enviados de Manila, habiendo triunfado así más de una vez de los perturbadores de la paz. Si en esta ocasion hubiera tenido en su apoyo una buena compañía de soldados españoles, hubiera consolidado, á no dudarlo, su trono mal seguro; pero la mala condicion de los auxiliares extranjeros que tenía á su lado comprometia á cada paso el órden y tranquilidad de este desgraciado reino. Entre los hombres de armas que solia enviarle el soberano de Siam, habia muchos malayos turbulentos, que siempre

promovian disturbios y disensiones, y eran precisamente los que más se oponian al espíritu religioso de nuestros celosos misioneros. La religion, no obstante, hubiera prosperado con la decidida proteccion del soberano, si el país se hallára en un estado más pacífico y en condiciones más estables.

40. Un lance sucedió, estando nuestros religiosos en Camboja, que prueba la debilidad de aquel gobierno, agitado sin cesar por elementos encontrados. El Rey de Cochinchina habia enviado á la córte á un chino en calidad de embajador, y los japones que allí habia no dudaron en matarlo. Este chino era uno de los asesinos del gobernador D. Perez Gomez Dasmariñas, el cual habia tomado despues el oficio de pirata. En una ocasion se habia apoderado de un buque de aquellos mismos japones que se hallaban en Camboja. Luégo que éstos lo reconocieron, trataron de vengar la ofensa recibida; pero habiendo llegado á traslucirse su intencion, nuestros religiosos se apresuraron á impedirlo. Poco despues llegaron dos buques más de su nacion, y entónces ya no vacilaron en asesinar á cara descubierta al antiguo pirata y á la sazon embajador, con cuantos quisieron defenderlo. Estos desórdenes, que sucedian con frecuencia, sin que el Rey pudiese evitarlos ni ménos contenerlos, dieron lugar á que uno de nuestros religiosos tuviese que venir á Manila para pedir un auxilio respetable de soldados españoles, y algunos otros compañeros de la Órden para dar un plan más vasto á sus tareas apostólicas. Con este fin se embarcó para esta capital el P. Fr. Iñigo de Santa María; pero desgraciadamente murió de una enfermedad

que le sobrevino en el viaje. Con él se malograron las esperanzas que se tenian de la mision; porque faltando quien agitase el negocio en Manila, no se envió el auxilio deseado al reino de Camboja. Murió tambien otro de los religiosos que allí quedaban, y el tercero, al verse solo, sin seguridad alguna en su persona, se determinó á dejar aquel país y regresar á Filipinas, despues de haber fabricado una iglesia dedicada á S. Pedro Mártir.

No fueron, sin embargo, infructuosos los trabajos de nuestros religiosos, en esta ocasion, en el reino de Camboja; pues los naturales ya frecuentaban sus sermones y escuchaban con afecto la doctrina del Señor. Los mismos bonzos oian con admiracion la palabra de salud, y no cesaban de admirar la vida santa y penitente de nuestros celosos misioneros. El superior de ellos, persona respetada del mismo Soberano, convencido en una ocasion de la verdad de nuestra sagrada religion, les habló en estos términos: «Padres, todos deseamos salvarnos, y lo que nosotros alcanzamos es lo que hacemos. Vosotros sabeis más en esta parte, y por esto nos alegramos de que hayais venido, para que nos enseñeis lo mejor.» Estas disposiciones tenian muy esperanzados á nuestros religiosos de que al fin la palabra de la fe habia de triunfar de la supersticion y del error en el reino de Camboja, como en efecto hubiera sucedido si los misioneros hubieran podido permanecer pacificamente algunos años más en aquel reino. Empero, por los juicios inescrutables del Señor, aquellas esperanzas se desvanecieron como el humo, haciéndose imposible sostener en aquel país agitado y turbulento ningun establecimiento religioso.

41. Miéntras estaban trabajando nuestros religiosos en la conversion de los cambojas, les aconteció un caso que les fué de gran consuelo. Un japon muy devoto de los ídolos llamados Xacá y Amida, que son los principales de los muchos que en su imperio se veneran, deseoso de conocer á los naturales de Camboja y de Siam, de donde procedieron dichos ídolos, se propuso ir en romería á estos reinos, para ver por experiencia la realidad de los elogios que sus bonzos les prodigaban; pues decian que eran bienaventurados los países que habian dado tales dioses, con los hombres que tenian la dicha de habitarlos. Llegó, en efecto, el japon al reino de Camboja, guiado tan sólo de esta idea; observó á los naturales del país y sus costumbres; mas al verlos tan bárbaros y viciosos, le pareció muy indigno y contrario á la razon y al buen sentido, el venerar como bienaventurados á unos hombres tan degradados y perversos. Al mismo tiempo observó la vida santa y ejemplar de nuestros misioneros, y de ella deducia que debia ser muy santa y excelente la ley que los formaba. Inspirado en esta idea, quiso enterarse del dogma de nuestra santa religion, y cotejando despues la sublimidad de su doctrina con las absurdas creencias de la abominable idolatría, se convenció finalmente de que la religion de Jesucristo era la única verdadera, y en fuerza de esta profunda conviccion, se decidió á recibir el santo sacramento del Bautismo.

42. Los acontecimientos lamentables que sucedieron en Manila el año de 1604 contribuyeron en gran parte á que se malográran los trabajos de nuestros religiosos en Camboja. E[illegible]mer lugar, el dia 3 de

Abril (1) hubo un incendio en la ciudad, que en breve tiempo redujo á cenizas y pavesas la tercera parte de sus edificios. El fuego salió del hospital de los indígenas, que á la sazon estaba en frente del convento de San Francisco, y de allí fué propagándose á las casas inmediatas hasta el convento de Ntro. P. Santo Domingo, último edificio entónces de la ciudad por la parte del rio. Nuestros religiosos, por haber atendido con demasiada solicitud á la necesidad ajena, se olvidaron de la propia, habiendo descuidado el convento y cuanto en él tenian, que fué pasto de las llamas miéntras los padres acudian al socorro de sus prójimos. Sólo se preservó del voraz incendio una pequeña parte del convento, la imágen de Ntra. Sra. del Rosario, el copon con las formas consagradas, un lienzo de Nuestro P. S. Francisco y los papeles del Santo Oficio. En la ciudad, ademas de haber consumido el incendio muchas y magníficas casas, perecieron tambien veinte y cinco personas, entre ellas un canónigo de la iglesia catedral. La pérdida ascendió á un millon de pesos fuertes, la cual arruinó á un número considerable de familias, que de la opulencia pasaron á la mendicidad.

43. En el mismo año (2), por el mes de Octubre, se sublevaron los chinos ó sangleyes que habitaban en los contornos de Manila. Estos hombres orgullosos y cobardes con sus mismas imprudencias se hicieron sospechosos al gobierno; y el temor, efecto de su mala

---

(1.) Otros colocan este suceso, como tambien el levantamiento de los chinos, en el año 1603.

(2) Véase la nota anterior.

conciencia, los precipitó á cometer un atentado que labró su perdicion. El año anterior habian venido á esta capital tres mandarines de su nacion en clase de embajadores. Entraron con grande aparato en sillones dorados y embutidos de marfil, llevados por cuatro hombres al estilo de la China. No pareció tan extraña su entrada en aquella forma como la idea insensata que dijeron habia motivado su venida. El Gobernador los recibió como convenia al decoro que se debia á unos enviados de un monarca vecino y poderoso; mas luégo que descubrió el fin de su mensaje los trató con el mayor recelo y desconfianza, como gente sospechosa. Decian que su emperador los habia enviado para averiguar si era cierto que la isla de Cavite era de oro, como se lo habia asegurado Tiong-ong, que ántes habia estado en Manila; el cual se sujetaba á la pena capital en el caso de no ser verdadera la noticia. Aquel jefe, sin embargo de lo absurdo del pretexto, y de la poca habilidad para inventar otra filfa ménos grotesca y ridícula, les permitió que fuesen al expresado puerto con su Tiong-ong, y viesen con sus ojos si era ó no verdad lo que éste habia asegurado á su emperador, segun ellos torpemente aseguraban. Se presentaron, en efecto, los tres mandarines en Cavite, y al ver que su suelo era de arena ordinaria, sin haber vislumbrado en ninguna parte el oro pretendido de su fábula, aparentaron hacer cargos al chino delator, y se dijo que Tiong-ong les dió satisfaccion de esta manera: «Si quereis que esta isla sea oro, oro es (aludiendo á los adornos de los indios y riquezas de los españolas que se desembarcaban), y si quereis que sea arena, arena es.» Con esta respues-

ta peregrina aparentaron quedar algo satisfechos, y en seguida regresaron á Manila. El Ilmo. Sr. D. Fr. Miguel de Benavides, arzobispo á la sazon de esta capital, que habia tratado muy de cerca á estos extranjeros, y los religiosos de la Orden, que los adoctrinaban, manifestaron desde luégo el peligro que amenazaba á las islas si prolongaban aquí su permanencia aquellos supuestos embajadores, tan insolentes como despreciables y ridículos. En su concepto debia procederse contra ellos, ó despacharlos cuanto ántes, porque de otra suerte podian imponerse fácilmente de la debilidad de la guarnicion y fortificaciones de la plaza, y fraguar algun plan de rebelion con sus compatriotas, que por entónces no bajaban de veinte mil en las inmediaciones de Manila; siendo muy contados los españoles que podian tomar las armas en aquella circunstancia para oponerse á sus intentos. Desde entónces empezaron los chinos á verter expresiones subversivas, que debieran haberles valido la expulsion general de Filipinas. Entre otras cosas, decian que no tardarian en declararse independientes, auxiliados por una escuadra poderosa que les habia de venir de su país. Los españoles, por otra parte, les aseguraban que ántes de verificarse este caso los acabarian á balazos. De esta suerte los ánimos se iban preocupando, y se preparaban todos á un sangriento rompimiento. Los chinos cristianos, que eran los más acaudalados, deseaban la paz á todo trance; y para que el Gobierno no dudase de su fidelidad, le comunicaban las ideas alarmantes que los infieles hacian circular entre los suyos. El asunto se fué formalizando de tal suerte, que el Gobernador creyó que debia prevenirse para

un evento posible, reparando ante todas cosas las murallas.

44. Miéntras se estaba trabajando en las obras, Eng-cang, uno de los chinos que se quedaron en las islas cuando vino á ellas Li-ma-ong con su escuadra, se ofreció á levantar un baluarte contra sus mismos paisanos, protestando adhesion al gobierno de Manila; mas su proposicion fué desechada, porque se presumió con fundamento que procedia con doblez. Esta repulsa, y el espionaje de los japones enemigos de los chinos, iban precipitando á estos infelices, hasta que el Superior Gobierno tuvo que asegurarles, por medio de las personas más cualificadas, que nada se meditaba contra ellos. Sin embargo, el temor y la desconfianza de los chinos hacian mirar las garantías de la autoridad como otras tantas prevenciones para asegurarse de ellos, y sorprenderlos descuidados para degollarlos, ántes de que llegase la escuadra. Esta persuasion los decidió á sublevarse en masa el dia 3 de Octubre, víspera de nuestro P. San Francisco. El cura de Quiapo tuvo noticia de la conspiracion ántes de verificarse, por medio de una india, y lo comunicó desde luégo al Arzobispo, y éste al Gobernador. Sin pérdida de tiempo se tomaron las medidas más enérgicas para impedir los resultados; pero los chinos ya estaban comprometidos. A media legua de Manila, en el territorio de Tondo, se habian fortificado un gran número de ellos, y las primeras diligencias del Gobierno fueron convidarlos con la paz y el perdon. A este fin les envió algunos españoles con Eng-cang, que hasta entónces se habia mantenido fiel en la apariencia, mostrándose

adicto al Gobierno; pero nada se pudo conseguir por este medio; pues los enemigos, confiados en el número, eran cada vez más insolentes.

45. Consumada la conspiracion, entraron los traidores de tropel en el pueblo de Binondo al són de instrumentos bélicos, y enarboladas sus banderas, se lanzaron desatentados á la lid. Sus primeras tentativas se dirigieron á reducir á los chinos cristianos á su bando; mas éstos se mostraron fieles al Gobierno; y animados por el valiente y piadoso D. Luis Perez Dasmariñas, los rechazaron con la mayor energía, y les obligaron á retirarse al pueblo de Tondo, en cuyo convento é iglesia se hicieron fuertes. Pasó este dia sin haber los enemigos conseguido más ventaja que el engrosar su número en su improvisado fuerte, para proseguir con más empeño la campaña. Dasmariñas veló toda la noche por la conservacion del pueblo de Binondo, y le pareció muy oportuno que el dia siguiente se atacase al enemigo, sin dejarlo descansar. Al efecto envió á Manila á uno de nuestros religiosos, para proponer al Superior Gobierno su proyecto, ántes de que los enemigos pudiesen contar con más recursos. El gobernador D. Pedro Brabo de Acuña trató el punto en consejo de guerra, y en él se resolvió por unanimidad que sin demora se llevase á efecto el plan de Dasmariñas. Todos los españoles querian tener parte en aquel primer ataque, y las personas más condecoradas eran las primeras en ofrecerse para presentarse al enemigo. Ciento y treinta españoles se consideraron suficientes para destruir el campo de los chinos, lo que sin duda consiguieran si las primeras ventajas que obtuvieron

no los alucináran, ó se condujeran en el vencimiento con prudencia y desconfianza, siempre en tales casos necesarias. En efecto, el dia 4 de Octubre salieron estos valientes de Manila. En Tondo los recibieron los chinos con las armas; pero á los primeros tiros abandonaron sus ventajosas posiciones, retirándose desordenadamente por los campos, para salvar sus vidas en el fuerte donde estaba su fuerza principal. Los españoles, al ver la cobardía de los chinos, los persiguieron imprudentemente hasta sus trincheras; mas allí, rechazados y oprimidos por un enemigo atrincherado y mucho más numeroso, perecieron casi todos en medio de campos pantanosos, en donde se atollaban hasta la rodilla. Murió en esta ocasion el noble y piadoso Dasmariñas, los sobrinos del Gobernador y del Arzobispo, y otros ilustres españoles, que no pudieron evadirse con la fuga de la multitud de enemigos que los perseguian en todas direcciones, fiados tan solamente en su valor numérico.

46. Esta desgracia fatal cubrió de luto la ciudad, y se miraba ya como presagio de otras calamidades más funestas. Sin embargo, fué preciso aguardar al enemigo, y salvar la capital á todo trance. Viéronse entónces salir los religiosos del retiro, abandonando sus conventos para cooperar á la comun defensa. Las murallas estaban coronadas de fieles defensores, y los más delicados echaban mano de la mecha ó del fusil, para oponerse al asalto de un enemigo engreido con la efímera victoria que acababa de ganar. No tardaron, en efecto, en presentarse los insolentes chinos en frente de la capital con una gritería espantosa, llevando máquinas de

guerra, escaleras y otros instrumentos para el asalto. En sus banderas tenian escritas en grandes caractéres sínicos las siguientes expresiones: *Ciento á uno, y nuestra es la victoria.* ¡Magnífica confesion de su valor, que sólo cifraban en el número! Pero esta misma muchedumbre, que tanto los insolentaba en un principio, sólo contribuyó para que fuese más gloriosa la victoria de las armas españolas. Luégo que los chinos estuvieron á la vista de la plaza, se dió principio al fuego de la artillería y arcabucería, y no tardó en verse el campo enemigo cubierto de cadáveres: hubo tiro de cañon que se llevó con su metralla á treinta chinos, y toda aquella orgullosa muchedumbre, en vez de avanzar, como al principio, se procuró algun refugio en la derrota, para no acabar de perecer, abandonando cobardemente los heridos que no pudieron salvarse por sus piés. Los más se refugiaron en la iglesia y convento de Dilao, que á la sazon estaba sito en Bagumbayan; pero ni allí hallaron la seguridad que deseaban; pues luégo se destacó una compañía al mando de Gallinato y Velazco, para desalojarlos de aquel sitio ventajoso. Entre tanto se dió el Parian, ó pueblo de los chinos, al saco del soldado, con el cual muchos se enriquecieron, y perecieron cuantos enemigos se habian refugiado en sus casas. Se asegura que en esta accion perecieron más de cinco mil chinos, y que nuestro P. San Francisco se apareció en las murallas defendiendo la ciudad, cuya presencia, dicen que acabó de desalentar á los enemigos, como algunos de ellos despues lo confesaron. Al ver los chinos la imposibilidad de apoderarse de Manila, y que todas sus tentativas se frustraban, trataron

de internarse en las provincias para salvarse con la fuga. Al efecto se marcharon en gran número para la de La-Laguna, y los españoles entre tanto dieron gracias al Señor, y mandaron enterrar los muertos en el mismo sitio en donde los hallaron.

47. Libre ya Manila del peligro, se trató de perseguir al enemigo hasta rendirlo ó aniquilarlo. A este fin se destinó un buen destacamento, compuesto de españoles, indios y japones, bajo el mando del sargento mayor D. Cristóbal de Azcueta, que siguiendo sus pisadas, los alcanzó en Cabuyao, seis leguas distante de la capital, en donde se dió el primer ataque. No convenia hostigarlos en demasía, ni obligarles á un combate decisivo, porque la muchedumbre desesperada pudiera oprimir á sus perseguidores, que eran en mucho menor número. Lo más acertado era perseguirlos lentamente y cansarlos, hasta que la necesidad les obligára á dispersarse. Los españoles habian tenido la precaucion de llevar una estacada ambulante, para formar su campamento doquiera tuvieran necesidad de hacer alguna detencion, y con ella se aseguraban de las acometidas que intentára el enemigo. De allí pasaron los chinos á San Pablo de los Montes, provincia de Batangas, en cuyos ventajosos sitios se hicieron fuertes; pero con un nuevo refuerzo que llegó á la tropa de Manila, fueron dispersados completamente, y perecieron casi todos en manos de los indios. Los historiadores contemporáneos afirman que pasaban de quince mil los chinos que en esta campaña perecieron, y no falta quien hace subir á veinte y cinco mil las víctimas miserables de tan loca tentativa. Lo cierto es, que de

todos los rebeldes sólo mil quedaron prisioneros, que luégo fueron condenados á galeras. Otros más culpados fueron ahorcados, y sólo dos mil quedaron sin castigo, por no haber tenido parte en la rebelion. Engcang, que al fin tomó una parte muy activa en la sublevacion de que se trata, á pesar de sus mentidas protestas, pagó su perfidia con la horca, y su cabeza, colocada en una jaula, fué expuesta en lugar público, para que sirviese de escarmiento á los traidores. La ciudad se reconoció deudora á la proteccion de San Francisco, en cuyo dia se habia dado el golpe decisivo al enemigo, por lo que ambos cabildos lo votaron por patron. La memoria de este beneficio se recuerda todavía, asistiendo anualmente ambos cabildos á la misa de su fiesta, acompañando la imágen del Santo Patriarca desde la iglesia catedral hasta la de su convento.

48. Duró esta campaña hasta el dia 20 de aquel mes (Octubre), en el cual ya no habia enemigos que vencer, porque los más habian muerto, y los que no se entregaron á discrecion, anduvieron errantes por los montes, pasando una vida todavía más penosa que los condenados á galera. Quedó libre Manila de una faccion más temible por el número que por su valor en las batallas. Mas el exterminio de una gente tan laboriosa y necesaria á la vida industrial de estos pueblos fué un mal que, para remediarlo, hubo que recurrir por precision al país de los vencidos. En efecto, como los chinos eran los que ejercian todas las artes mecánicas, no habia en las islas quien los sustituyese en esta parte, y el Gobernador se resolvió á enviar al virey de la provincia de Fo-kien una persona, que, condecora-

da con el título de embajador, le diese cuenta del suceso con la exactitud posible, y le rogase que no por esto embarazase la salida de los que quisiesen trasladarse á Manila, como ántes, en donde serian bien tratados, con tal que no provocasen nuevas perturbaciones y disturbios en estos dominios españoles. La comision fué confiada al capitan Márcos de la Cueva y al V. padre Fr. Luis Gandullo, de cuya gran prudencia y virtud nadie dudaba. El Virey los recibió muy bien; se hizo cargo de la justicia con que habian sido castigados los rebeldes, y no tuvo dificultad en que viniesen á Manila, como ántes, los mercaderes, labradores y artesanos. De esta suerte volvieron los chinos á poblar el Parian y las cercanías de Manila, dedicándose, como ántes, á la industria y al comercio, sin pensar en producir nuevos trastornos despues de un castigo tan ejemplar y espantoso.

CAPÍTULO III.

Eleccion de provincial en la persona del P. Fr. Miguel de San Jacinto en 1604. —Llega una mision á Manila.—Visita y viaje del provincial á Cagayan.—Reduccion de los pueblos de Itaves.—Nuestra Señora de Piat.—Muerte y reseña de la vida del Ilmo. Sr. D. Fr. Miguel de Benavides.—Muerte de algunos religiosos de señalada virtud.—Es tomada la plaza de Ternate por la intercesion de Nuestra Señora del Rosario.—Su rey se pone en manos del gobierno español, con algunas condiciones.—Llega á Manila otra mision.—Muerte de dos religiosos venerables.

49. El dia 9 de Mayo de 1604 celebraron los padres su capítulo provincial acostumbrado, y en él eligieron al P. Fr. Miguel de San Jacinto. Era uno de los primeros misioneros que fueron enviados á Caga-

yan para convertir á sus habitantes á la fe. Allí habia dado pruebas de un gran fondo de prudencia, celo por la conversion de los infieles y una virtud nada comun. En las actas de este capítulo provincial se aceptaron las casas de N. P. Santo Domingo de Satzuma, en el Japon, de San Vicente Ferrer de Daluda y Tocolana, de San Miguel de Nassiping, de San Pedro Apóstol (1) de Tuguegarao, de San Raimundo de Lobo, de Santa Inés de Piat, de Santa Catalina de Sena de Nabunga y de Nuestra Señora de la Asuncion de Talama; todas ellas en la citada provincia de Cagayan, y de las cuales ya se habian recibido algunas en congregaciones anteriores. La mision de San Raimundo de Lobo lo habia sido en 1596; pero su fundacion no pudo entónces llevarse á efecto, por falta de ministros. Este pueblo es conocido en el dia con el nombre de Tabang, visita ó anejo de Piat. A entrambos se dió despues nuevo patron ó titular, siendo el del primero Santa Ines de Monte Policiano, y el del segundo N. Santo Patriarca. En el mismo año se dió principio á la fundacion del pueblo de Tuao, bajo la invocacion de los santos ángeles custodios; y estos tres pueblos, con el de San Raimundo de Malaoeg, son los que antiguamente eran conocidos por los del valle y rio de Lobo, y hoy dia forman el partido llamado de Itaves, bañado por las aguas de este rio, confinante por el O. con los montes que median entre esta provincia é Ilocos Norte.

---

(1) En las actas antiguas se encuentra várias veces Tuguegarao bajo la denominacion de los santos apóstoles Pedro y Pablo; pero su patron es San Pedro Apóstol, y así fué aceptada como vicaría la casa en 1633.

50. Luégo que se terminó el capítulo provincial de este año, llegó á Manila la mision que se esperaba, organizada y conducida por el Ilmo. Sr. D. Fr. Diego de Soria (1), consagrado ya obispo de la Nueva Segovia, en virtud del nombramiento que S. M. habia hecho en su persona, luégo que vacó aquella silla por traslacion del Sr. de Benavides al arzobispado de Manila. Fué su vicario el P. Fr. Bernabé de Reliegos. En la primera etapa de su viaje, ántes de llegar á Nueva España, les sucedieron dos lances lastimosos: el primero fué la pérdida de dos hombres, que se cayeron en la mar, y el otro una furiosa acometida de los bárbaros, que poblaban á la sazon la Guadalupe. El general de la flota no ignoraba la costumbre de aquellos feroces habitantes, que solian asesinar á cuantos aportaban á sus playas si no tomaban de antemano las precauciones convenientes. Con este fin, destacó una compañía de soldados para contener sus irrupciones; pero la demasiada confianza de los que bajaron á la isla cubrió de luto á la flota. En la playa se habia celebrado el santo sacrificio de la misa con el mayor contento y regocijo, y cuando se hallaban más desprevenidos principiaron á llover sobre ellos innumerables saetas, que los bárbaros lanzaban desde los matorrales inmediatos. Cuando los incautos advirtieron el peligro, ya el daño estaba hecho; pues de la primera rociada quedaron varios heridos, de cuyas resultas murieron seis de nuestros religio-

(1) Esta mision es la segunda que organizó el Ilmo. Sr. Fr. Diego de Soria, y distinta de la que mandó siendo procurador de la provincia. Véase el cap. IX del libro primero, núm. 143.

sos, con algunos españoles (1). Los demas se salvaron con la fuga, y luégo se ocultaron los salvajes en sus bosques, satisfechos de haber ensayado de algun modo su barbarie. La flota, despues de llorar esta desgracia, y de hacer la aguada necesaria para el resto del camino, se hizo á la vela desde luégo, en proseguimiento de su viaje. La mision de nuestros religiosos, que contaba veinte individuos al salir de la Península, quedó reducida entónces á catorce solamente, los que llegaron felizmente á Filipinas, y luégo fueron repartidos en diferentes ministerios, segun las necesidades de nuestra administracion.

51. El nuevo Provincial emprendió, poco despues de la llegada de esta mision desgraciada, la visita anual de la provincia, y al salir para la de Cagayan, en donde habia trabajado tantos años en la conversion de los infieles, escogió cuatro religiosos de los nuevos misioneros y se los llevó consigo. Hizo el viaje embarcado, y llegó sin novedad especial hasta el cabo Bojeador, en donde le sobrevino un peligro inminente de naufragio. Ántes de doblar el promontorio bajó de improviso de los inmediatos montes una nube muy espesa, y tras de ella un furioso torbellino, que ni siquiera dió tiempo á la tripulacion para arriar velas. Los religiosos, en vista del peligro, rezaron las oraciones que la Iglesia tiene prevenidas para semejantes casos, y observaron con sorpresa que cedia el torbellino miéntras practicaban este

---

(1) Segun la historia de la provincia por el Ilmo. Aduarte (Lib. I, capítulo LXXVI), cinco de estos religiosos murieron en el acto, y el otro despues por las heridas.

medio, y repetia con más furia cuando dejaban de rezar. Estas circunstancias, que observaron por tres veces, les dió á entender bastantemente que alguna extraordinaria virtud causaba este raro temporal, que Dios preparó, sin duda, para probar una vez más la fortaleza de su fe, su resignacion y su confianza. Entónces el Provincial, esperanzado en el Señor, le prometió sinceramente que si los libraba del peligro dedicaria á los Santos Angeles Custodios uno de los pueblos cristianos que de nuevo se fundasen en la provincia mencionada. Apénas formulado dicho voto cesó repentinamente aquella peligrosa tempestad. Este pueblo es el de Tuao, que hasta hoy se ha conservado en un estado floreciente, bajo el favor y la tutela de tan poderosos protectores. Otro suceso, no ménos extraordinario, les sucedió poco despues: el viento era contrario, las corrientes más poderosas que los remos, y á juicio de los mismos marineros, iban á estrellarse sin remedio en unos arrecifes inmediatos, adonde la fuerza de las olas iba empujando el bajel rápidamente. Á vista de aquel peligro, uno de los religiosos echó al agua una reliquia de San Raimundo, envuelta en un lienzo, con respeto, y al momento experimentaron el favor y la proteccion visible de este Santo. Al recibir las aguas el contacto de aquella reliquia prodigiosa se calmaron las olas de repente; y para que fuese más completa la merced que recibieron, se les tornó el viento favorable, que los condujo tranquilamente al rio Ibanag, que era su ruta.

Tambien experimentaron las misericordias del Señor al llegar á Cagayan. El Provincial debia proveer

de misioneros á los pueblos de nueva creacion, pero á su arribada habia enfermado uno de ellos gravemente. Los de Nassiping, deseosos de iniciarse en la doctrina de la fe, le pidieron con instancias que les diese un religioso que les instruyese y bautizase; mas el Provincial les contestó que lo haria inmediatamente que el P. Fr. Francisco Jurado de la Cruz se mejorase de su grave enfermedad. Desde aquel momento se fué éste restableciendo de su mal, hasta que recuperó perfectamente la salud. Este pueblo habia sido erigido mucho ántes, y en el capítulo provincial de este año se le dió el título de San Miguel, quedando el primitivo de Santa Catalina de Sena para su anejo de Gattáran, lo que se confirmó en el definitorio del capítulo siguiente.

52. Los pueblos del valle de Lobo, ó partido de Itaves, sin embargo de haberse aceptado y recibido en el capítulo presente, todavía carecian de ministros que los adoctrinasen. El Provincial debia de satisfacer los deseos de los definidores, y á este fin destinó á tres de los cuatro que habia sacado de Manila, los cuales empezaron desde luégo sus tareas evangélicas para convertir las rancherías de infieles que habia en aquel risueño valle y en todo el partido que se extiende desde Nassiping á Malaoeg. Estos indios eran los más fieros y valientes que habia en toda la provincia, particularmente los que habitaban en las cercanías del pueblo, que ahora se llama Malaoeg. Por la facilidad de remontarse á sitios inaccesibles, y por ser su reduccion tan difícil y costosa, los habian dejado hasta entónces en la más completa independencia; pero cuando parecia que estaban más lejanos del camino de salud, el

Señor se apiadó de ellos, enviándoles finalmente apóstoles fervorosos, á quienes escucharon con la mayor docilidad. La extraordinaria y repentina mutacion de estos bravos habitantes la describió uno de los primeros misioneros que entraron en sus pueblos. Sus palabras, tales como nos las ha trasmitido el Ilmo. Sr. Don Fr. Diego Aduarte (Lib. 1, cap. 59), en su Historia, son un testimonio nada equívoco de las mercedes del Señor, que se dignó llamarlos finalmente al cristianismo con una voz poderosa, que penetró todos los senos de su corazon y de su alma. «Como la mano del Señor, dice, ha andado tan franca en estos indios, por las de los religiosos que asisten entre ellos, ha sido grande y maravillosa su mudanza de un extremo á otro, casi sin pasar por el medio, despues que los religiosos los tienen á su cargo, siendo ellos ántes tan libres, sin Dios, sin ley y sin rey, sin persona á quien respetasen en órden á sus gustos y pasiones, de que son testigos las guerras que sin órden ni traza han tenido entre sí, y las borracheras é insultos que han cometido sin respeto á Dios y á los hombres. Ántes, el que era temido entre ellos era más borracho, porque, como más rico, alcanzaba más que beber. Casábanse y descasábanse cada dia con una y con muchas mujeres; al fin, gente bárbara en todo género de insolencias. Con ser esto así, en entrando el ministro entre ellos le estaban tan sujetos como si toda la vida hubieran aprendido á obedecer, y con ponerles el religioso luégo un general entredicho á todos sus vicios tan antiguos, y obligarlos á que hagan compañía sólo con sus legítimas mujeres, y á muchos á que dejen su tierra y

pueblos antiguos para que vengan adonde hay doctrina, y finalmente, á que entren de golpe y por punto en policía divina y humana, no saben á cosas de estas decir de no; y esto sin castigos ni apremios, sino con blandura y mansedumbre; de manera que los que no sabian más que matar y beber hasta caer, y correr tras todo género de vicios desenfrenadamente, ya no se acuerdan de esto para ponerlo en ejecucion, como yo vi en estos tres primeros pueblos de este partido de Itaves. El dia que entramos en ellos, los hallamos á todos echados por las calles, borrachos perdidos, y despues acá, si ha habido alguno, no ha sido hasta llegar á perder el juicio; y esta misma reforma ha habido en todas las demas cosas; pues no les obligó á ello el miedo de los españoles; pero en entrando los religiosos se redujeron á pueblos grandes para poder ser mejor adoctrinados, estando ántes repartidos en muchos pequeños á modo de rancherías.» Tal es la pintura del estado lastimoso de Tabang, Piat y Tuao, ántes de que la benéfica influencia de la religion obrase sobre ellos tal mudanza, y despues que recibieron su doctrina.

53. Tan cierto es que sólo el Evangelio es capaz de domar las costumbres más feroces de los bárbaros y reducirlos finalmente á vida política y social. Los tres pueblos referidos todavía subsisten en el dia, y sus vecinos son muy buenos cristianos, muy afectos á los religiosos que los administran, y muy sumisos á la autoridad civil de la provincia. Sin embargo, la conversion de los Itaves no se realizó sin sacrificios. De los tres misioneros que entraron en sus pueblos, los dos enfermaron muy pronto

de peligro, y el uno falleció poco despues, llevándolo Dios á mejor vida. Mas la provincia del *Santísimo Rosario* se tenia por bien recompensada de esta pérdida, por los frutos abundantes que de sus fatigas recogia en aquella viña del Señor. Tampoco faltaron prodigios en favor de los Itaves, acreditando con ellos el señor la doctrina que sus ministros predicaban. El Ilmo. señor Aduarte, al fin del capítulo citado, refiere algunos casos singulares, que prueban mi aseveracion, dando fin á su relato con las palabras que se siguen: «Á este modo suceden cada dia casos maravillosos, con que se ve el cuidado del Señor para salvar estos pobres indios, con que los religiosos, animados, pasan alegremente los muchos trabajos que al ministerio acompañan.»

54. Al hablar de Cayagan, cumple al deber del narrador dedicar algunas líneas al célebre santuario que allí existe, sumamente concurrido en todo tiempo. Se venera, con efecto, en una ermita de Piat una prodigiosa imágen de Nuestra Señora del Rosario, que ha sido siempre el consuelo universal de toda la provincia. Es de talla, fabricada en Macao, y traida á Manila por nuestros religiosos, que la llevaron á Cayagan desde el principio de aquella cristiandad, y la colocaron desde luégo en la iglesia de la ciudad de la Nueva Segovia. Cuando los Itaves empezaron á iniciarse en la doctrina de la fe, esta sagrada imágen fué colocada en la iglesia de Piat, y se veneró por mucho tiempo en uno de sus altares colaterales. El P. Fr. Juan de Santa Ana, que fué vicario de este pueblo en el provincialato del P. Fr. Miguel Ruiz, por los años de 1622, deseoso de tener una imágen más

hermosa, la mandó hacer en Manila y la colocó en lugar de la primera, cediendo ésta á la iglesia de Tuguegarao. Luégo que los de Piat advirtieron que se les habia quitado la imágen primitiva, se mostraron tan sentidos é hicieron tales instancias á fin de que se les devolviese su tesoro, que el Vicario se vió en el caso de acceder á sus deseos, y al efecto mandó pintar otra igual y reclamó la imágen ya cedida. Informado, con este motivo, de las maravillas que los indios afirmaban haber obrado la Vírgen mediante esta imágen prodigiosa, y vista la extraordinaria devocion que les inspiraba dicha Vírgen, trató de levantar una ermita entre los pueblos de Piat y de Tuao, y dedicarla á su culto especialmente, para que pudiera ser de todos venerada con más comodidad en aquel sitio. Propuesta la idea á entrambos pueblos, vinieron en ello muy gustosos, y desde luégo se dió principio á la obra, que terminó felizmente en el año de 1623. Despues se dispuso la traslacion de la imágen, que se hizo con una pompa y solemnidad extraordinarias, el dia de San Estéban del mismo año. Más tarde se edificó otra ermita más sólida y capaz en el mismo territorio de Piat, y el viajero ó peregrino saludan hoy aquel santuario en una eminencia que se eleva al lado del rio Chico, á poco ménos de una milla de la iglesia parroquial. La devocion de los pueblos cagayanes hácia la sagrada imágen no se ha entibiado con el tiempo; pues hasta hoy solemnizan su fiesta aniversaria con demostraciones extraordinarias de piedad. Andan muchas leguas para visitar aquel santuario, y pagan el tributo de sus votos á la divina Señora, que aquella devota imágen representa,

en agradecimiento de los muchos beneficios que reciben y han recibido siempre de su mano.

55. Desde el orígen de estos cultos se ha mostrado la Vírgen generosa en favor de sus devotos, quienes, sin embargo de ser aún muy tiernos en la fe, acudian á implorar su poderosa proteccion. Un hecho extraordinario refiere el Ilmo. Aduarte (Lib. I, cap. LX), que comprueba lo que llevo indicado. Aconteció por el año de 1624 una horrible sequedad en el partido de Itaves, que tenía consternados á sus infelices habitantes. Tres veces hicieron la siembra de sus granos, y tres veces se perdió aquella semilla por falta de lluvias oportunas. Los vicarios de Piat y Tuao, que lo eran á la sazon los PP. Fr. Francisco de Santa Ana del primero, y Fr. Andres de Haro del segundo, conferenciaron entre sí sobre la conveniencia de hacer una rogativa pública para lograr del cielo el remedio de aquella calamidad que los pueblos padecian. Sólo abrigaban el temor de que, si no se lograban sus deseos, podrian aquellos neófitos atribuir el resultado á falta de poder y providencia en el Señor. Era, en efecto, fundado este recelo, habida consideracion á la corta capacidad de aquellas gentes, y á la infancia y debilidad de sus creencias; pero como la necesidad era tan apremiante y espantosa, se decidieron, por fin, á realizar su pensamiento. Ante todas cosas, el vicario de Piat manifestó su propósito á los principales de su pueblo, y los halló muy bien dispuestos para aquella expiacion y desagravio que debian á Dios por sus pecados. Luégo hizo á todo el pueblo una plática enérgica sobre las calamidades públicas, y los medios con que los fieles suelen

obtener el remedio de sus males. Les manifestó que los vicios y pecados de los pueblos son la causa de las desgracias generales con que Dios les aflige alguna vez en su justicia, y que sólo una verdadera penitencia puede aplacar sus enojos. Al efecto les manifestó la conveniencia de que se dispusiesen desde luégo para recibir los santos sacramentos de confesion y comunion, é implorar la misericordia de la Vírgen, celebrándole una fiesta en su santuario. La propuesta del vicario de Piat halló en sus neófitos la más favorable acogida; desde luégo se fueron disponiendo para confesarse como convenia, y fueron tantas las personas que respondieron á tan piadoso llamamiento, que los dos vicarios no pudieron satisfacer á los deseos de todos. El dia de domingo era el designado para las comuniones, y los vecinos de ambos pueblos acordaron, de comun consentimiento, que si en dicho dia no llovia, el lúnes irian en procesion á la ermita de la Vírgen para cumplir el voto deseado. Mas, satisfecha de antemano esta celestial Señora de la fe y disposicion de los de Piat, los consoló desde luégo, enviándoles en la noche de aquel mismo dia una lluvia copiosa y fecundante. Cuando el Vicario vió á la gente reunida el dia siguiente para ir en procesion á la ermita celebrada, juzgando haber sido la lluvia general en la provincia, les dijo: que ya no era necesaria por entónces aquella solemnidad, y que bastaba se cantase una misa en la iglesia del pueblo, en accion de gracias á la Vírgen por el beneficio recibido. Mas los indios, poseidos de un santo entusiasmo, respondieron desde luégo que deseaban se prosiguiese la procesion proyectada y prometida, y se cantase la misa

en el mismo santuario. El Vicario accedió á la segunda parte del programa; pero no á la primera, por estar el camino verdaderamente intransitable. Iban aquellos habitantes poseidos de religion y de piedad á cumplir su promesa fervorosa, admirando á la vez la eficacia de los santos sacramentos para aplacar las iras temerosas del Señor, y el poder inmenso de la Vírgen para impetrar toda gracia y toda misericordia del Altísimo. Pero su admiracion subió de punto al encontrarse en la ermita con la gente de Tuao, que habia hecho hasta allí su procesion de rogativa, por no haber llovido en su pueblo todavía. Entónces los mismos indios conocieron que la Vírgen no habia oido sus clamores, porque áun no se habian confesado ni limpiado de sus culpas. Desde aquel dia solemne los habitantes de Tuao, bien así como los que en Piat no habian podido practicar tan piadosa diligencia, se apresuraron á purificar sus conciencias en las aguas saludables de la vida. Terminada la funcion de la mañana, cantaron por la tarde una Salve solemnísima á la Vírgen de su esperanza y de su amor, y en seguida se volvieron á sus pueblos respectivos llenos de conpuncion y de piedad. En aquella misma noche empezó el cielo á cubrirse de nubes consoladoras, que derramaron por tres dias una lluvia abundantísima. Con este beneficio extraordinario de los cielos quedó más acreditada la eficacia de los Santos Sacramentos entre los neófitos de Itaves, y acreció la devocion á la sagrada imágen de la Vírgen, que se venera en el santuario de Piat. Desde entónces ha sido su ermita un gran centro de piedad, que los devotos cagayanes visitan á cada paso con toda la fe sentida de

su corazon sencillo, para ofrecer rendidos sus obsequios á la Reina de los cielos ante el pedestal sagrado de su imágen.

56. Miéntras los hijos de la provincia recogian alegres el fruto de sus fatigas en aquella provincia religiosa, se cubria esta capital de luto y de dolor por la muerte tan sentida de su dignísimo arzobispo, el ilustrísimo Sr. D. Fr. Miguel de Benavides, que con tanto lustre de la Órden habia gobernado las dos sillas de Nueva Segovia y de Manila. Era natural este grande hombre de Carrion de los Condes, en Castilla, comprension del obispado de Palencia. A los quince años de edad tomó el hábito de la Órden en el convento de San Pablo de Valladolid, y por sus grandes talentos fué nombrado colegial de San Gregorio, en donde sólo ingresaban las capacidades distinguidas. Allí tuvo la gloria de oir las sábias lecciones del insigne maestro Fr. Domingo Bañes, verdadera lumbrera de la ciencia. No desmintió nuestro jóven las esperanzas que de él habian concebido los prelados, pues apénas terminó su carrera literaria mereció regentar, y regentó con gran aplauso, las cátedras de filosofía y teología, en cuyo desempeño se hallaba precisamente, cuando llegó á su noticia la circular del P. Fr. Juan Crisóstomo, convocando misioneros para fundar esta provincia del *Santísimo Rosario.* Con este motivo abandonó los honores de la cátedra, deseoso de consagrar el resto de sus dias á la propagacion del Evangelio. En Manila presidió las conclusiones con que solemnizaron nuestros venerables fundadores la primera fiesta de nuestro Santo Patriarca, y fué tambien el primer ministro que tuvieron los sangleyes

en Manila. En este cargo aprendió su difícil idioma, y luego pasó á su imperio con el provincial Fr. Juan de Castro. En esta jornada padeció muchos trabajos por la gloria del Señor: fué preso y tratado como espía; mas Dios le libró con su mano poderosa, y lo restituyó sin lesion á Filipinas, sin haber podido dar principio á la predicacion del Evangelio en aquel país abyecto, que era el principal objeto de aquella expedicion sin resultado. Poco despues tuvo que acompañar al Sr. obispo Salazar en su viaje á España, y en él tuvo la desgracia de caerse á la mar, si bien el Prelado venerable lo libró, con sus oraciones, de la muerte, como todo queda dicho en el primer libro de esta obra. En la córte apoyó con todos sus esfuerzos al Ilmo. Prelado; le ayudó con sus escritos á desvanecer los proyectos que contra nuevas misiones allí se agitaban, segun en su lugar queda referido, y cooperó eficazmente al logro de sus propósitos. Como á la vez desempeñaba el cargo de procurador general de la Provincia, hizo cuanto estuvo de su parte para enviarle misioneros, y al efecto tuvo várias conferencias con el Real Consejo de las Indias. En una de las sesiones, preocupado un consejero por los informes que siniestramente le habian dado algunos desafectos á la Órden, contrarió sus pensamientos. No dejó el P. Benavides de contestar á su objecion, y le habló inmediatamente en estos términos: «Por lo que á nosotros toca, no tenemos necesidad de pasar á Indias; y lo que pretendemos, pasando á ellas, esta capa pobre lo indica.» La capa vieja y remendada que al decir estas palabras mostró á los señores consejeros fué la razon más enérgica que los edificó á todos, y con-

fundió para siempre al preocupado consejero. Tres misiones muy lucidas envió en su tiempo de procurador á la Provincia, y tuvo la gran satisfaccion de acompañar la última á estas islas, nombrado ya y consagrado primer obispo de la silla de Nueva Segovia. Al llegar á Manila en esta ocasion, dió principio á la defensa de los indios en un sermon que predicó, dando cuenta al auditorio de las ámplias facultades que S. M. le habia confiado en beneficio de los mismos. Procuró poco despues ejecutar su espinosa comision, y obtuvo que los indios reconociesen nuevamente la obediencia que debian al Rey, nuestro señor, subsanando de este modo los defectos de los primeros capitanes, consiguientes á la perturbacion primitiva de estos pueblos.

Muerto el arzobispo Santibañez, se vió precisado el nuevo Obispo á presentarse por dos veces en Manila, con el fin de componer algunas disensiones que se habian suscitado en esta capital; y sabida en la córte la noticia del fallecimiento de aquél, fué trasladado á esta silla, con aplauso universal de estas provincias, por ser tan conocidas sus virtudes. Con la nueva dignidad, no abandonó jamas la austeridad inflexible de su vida mortificada y penitente. La pobreza y sencillez de su persona eran las de un perfecto religioso. Su profunda humildad se ve retratada en una carta que en los últimos años de su vida escribió á los religiosos de la Órden, que habia dejado en Cagayan ocupados en la propagacion del Evangelio. «Un pobre hermano de vuestras reverencias, les decia, harto falto de salud, y harto lleno de trabajos y miserias propias, escribe ésta á vuestras reverencias, sus verdaderos hermanos, que en sus

descansos y nuevas dehesas del verdadero paraíso andan apacentando las manadas del gran Pastor, y regalando sus almas con los juegos y corredillas que los nuevos corderillos hacen por las laderas de los collados, al salir la luz del verdadero sol. Regálense vuestras reverencias, y coman de esa celestial leche, que cria maná envuelta en miel por esos montes: gocen del buen tiempo ahora que lo es, que yo ya algun tiempo probé de esos gustos, aunque me duró poco, por mis pecados y soberbia, y ahora me veo cual ningun ruin como yo se vea..... Páguenme en moneda de amor y compasion. *Valete in Domino, viscera mea: felices, valete in æternum.*» Sus expresiones eran tan conformes con sus verdaderos sentimientos, que no sabía hablar de sí mismo de otro modo. De este conocimiento de su nada, y del gran respeto con que miraba á la majestad de Dios, provenian los escrúpulos que con frecuencia padecia, porque temia siempre disgustarle.

57. Como verdadero sabio, era muy amante de la ciencia divina; razon por la que profesaba un singular afecto á la doctrina del Angélico Doctor, y en sus cristalinas fuentes habia bebido su grande sabiduría. Esta inclinacion lo decidió á procurar con el mayor empeño la fundacion de un colegio público en Manila, en donde existiesen los estudios necesarios para la carrera eclesiástica. Entre tanto no pudo realizar su pensamiento, mantenia en su iglesia una cátedra especial para explicar la Suma teológica á los que debian ascender al sacerdocio, dejando despues cuanto tenía para su proyectada fundacion. Su extraordinaria virtud la debia á la devocion que profesaba á la Santísima Virgen del Ro-

sario, á quien amaba tiernamente, y á la que rezaba el *Ave María* siempre que debia principiar alguna obra en el discurso del dia. Esta práctica devota, segun él mismo confesó al Sr. Dean de su cabildo, D. Francisco de Arellano, se la habia inspirado esta celestial Señora por sí misma. Su vigilancia pastoral fué el gran peso de sus dias, hasta los últimos instantes de su vida. El pueblo de Mariveles, que por falta de sacerdotes del clero secular, á quien estaba confiado, se hallaba casualmente sin ministro durante la última enfermedad de aquel prelado, tenía harto inquieta su conciencia, y para su tranquilidad en tal extremo llamó al provincial de los PP. Dominicos, y le suplicó encarecidamente destinase á cubrir por el pronto aquel vacío con alguno de sus súbditos. La contestacion favorable que era de esperar en aquel caso de nuestro P. Provincial, le dejó algo descansado, y desde entónces creyó que sólo debia atender á los cuidados de su alma. Nuestros religiosos, que lo miraban como padre, estaban notablemente afligidos por su pérdida; miéntras él con ánimo sereno iba exhalando su vida gradualmente, encomendando su alma á la Vírgen del Rosario y á su Santo Patriarca, para hallar á Dios propicio al despedirse de este mundo. Llegó por fin y por desgracia su hora fatal al gran Prelado, y espiró dulcemente en el Señor, el dia 26 de Julio de 1605, despues de haber gobernado santamente por espacio de cinco años la iglesia de la Nueva Segovia, y por tres la de Manila. Su cuerpo fué tratado con la veneracion y el gran respeto que sus virtudes merecian. A las insignias pontificales se añadió en fin una palma, como símbolo precioso de

su virginidad angelical; y al llegar á su presencia la comunidad de los PP. Franciscanos, dijo el superior (que lo era el venerable P. Fr. Vicente Valero) estas palabras: «Este cuerpo santo es, y como tal debe ser tenido.» En seguida le besó los piés humildemente, y á su imitacion hicieron lo mismo los religiosos de su Órden y todos los presentes á la escena. Se le hicieron las exequias con la mayor solemnidad, y su cadáver fué enterrado al lado del Evangelio en el presbiterio de la iglesia catedral. Su muerte fué muy sentida y llorada de nuestros religiosos, y su memoria vivirá para siempre muy impresa en el corazon de esta Provincia, que tanto ilustró con sus cuidados y virtudes.

58. Por este mismo tiempo fallecieron otros religiosos con opinion de santidad. Se distinguia entre ellos el P. Fr. Pedro de San Vicente, natural de Zalamea, é hijo del convento de San Estéban de Salamanca, de donde salió en 1594 para la provincia del *Santísimo Rosario.* La obediencia lo destinó primero al partido de Bataan, y despues al pueblo de Binondo; y fué de gran provecho en uno y otro ministerio para la salud espiritual de sus vecinos. Era sabio, prudente y muy edificante para todos en todos los detalles de su vida. Por tan apreciables dotes, y por su gran desinteres, era de todos muy amado. En 1604 fué nombrado para asistir al capítulo general que á la sazon debia celebrarse en Europa, y se le confió al mismo tiempo el distinguido cargo de procurador general en ambas córtes. Mas en el viaje á la Península, terminó por desgracia, el curso de sus dias. Era tan amante de la pobreza religiosa, que, sin embargo de haber estado diez años en las is-

las Filipinas, y administrado á los chinos mucho tiempo, á la hora de la muerte sólo tenía una manta pobre, única herencia que dejó á un criado que lo acompañaba; protestando que moria como religioso dominico, sin oro, ni plata, ni otra cosa alguna de valor; circunstancia que edificó en gran manera á todos los presentes.

59. No fué ménos sentida la muerte del P. Fr. Jacinto Pardo, que aconteció hácia el mismo tiempo. Era natural de Cuéllar, é hijo del convento de San Pablo de Valladolid. Poco despues de haber llegado á Manila fué destinado á Cagayan, en donde trabajó con celo muy ardiente en la conversion de los fieles. Desde luégo procuró adquirir con la perfeccion posible el idioma Ibanag, que sólo se hablaba por entónces en la costa y en Siguiran, y fué el primero que lo sujetó á ciertas reglas, para facilitar su adquisicion á los nuevos misioneros. Trasladado al pueblo de Tuguegarao, aprendió tambien el peculiar idioma de la Irraya, que hablaban comunmente sus vecinos, y de esta suerte sus sermones y pláticas devotas eran de todos perfectamente comprendidos. En su tiempo tuvo el gravísimo disgusto de presenciar una sublevacion en este último partido, todavía semibárbaro, en la cual sus feroces habitantes mataron á un encomendero en un acceso de furor y de locura. El misionero tambien fué amenazado con la muerte por los mismos sublevados, si no se retiraba de su presencia; pero tan léjos estuvo de temer sus amenazas, que permaneció entre ellos con la mayor intrepidez, procurando apaciguarlos con la dulcedumbre celestial de su palabra, y reducirlos finalmen-

te á la obediencia del Gobierno. Mas no pudo soportar por mucho tiempo las molestias y disgustos que tuvo que sufrir por esta causa; pues á los pocos dias enfermó de gravedad, y luégo falleció á muy poco tiempo. Los españoles de aquella provincia opinaron que fué envenenado por los mismos sublevados, que no querian les hablase de religion ni obediencia.

Tambien murió entónces el P. Fr. Juan de la Cruz, uno de los primeros fundadores de la provincia, destinado en un principio á la conversion de los pangasinanes. Esta sola circunstancia es el elogio más completo que puede hacerse de su mérito y de su virtud á toda prueba. Padeció entre aquellos bárbaros las contradicciones y molestias de que ya ha hecho mencion el primer libro, las cuales fueron minando su salud profundamente. Enviado á Manila para curarse de sus males, y restablecido ya de sus dolencias, hubiera vuelto muy gustoso á padecer nuevos trabajos en aquellos penosos ministerios, si la obediencia á los Prelados no dispusiera otra cosa. Pero, temeroso nuestro Padre Provincial de perder á un misionero tan celoso en la primavera de sus dias, si lo destinára otra vez á la provincia en donde habia contraido una enfermedad tan peligrosa, lo envió al partido de Bataan, que por ser de un temperamento más benigno, lo conceptuó más acomodado ciertamente á su débil complexion. Aquí se vió en la necesidad de entregarse al estudio de un nuevo idioma, y lo adquirió con tal perfeccion y tal primor, que dejó varios tratados escritos con mucha elegancia en esta lengua; tratados que tenía en mucha estima el P. Fr. Francisco de San José, reputado por

el Ciceron de los tagalos, y de los cuales se aprovechó para dar á luz sus obras, que hasta hoy son tenidas como clásicas por todos los maestros de este idioma. En este nuevo ministerio contrajo la penosa enfermedad del asma, que, con otros achaques y dolencias que venía padeciendo, lo tenía en un contínuo martirio. No por esto, sin embargo, dejaba de trabajar con todos sus esfuerzos en el ministerio de las almas. Mas el arzobispo Benavides, compadecido al fin de sus trabajos, y deseoso de aprovecharse de sus conocimientos y virtudes, lo eligió por su confesor y secretario privado, cuyos cargos desempeñó á gusto del prelado virtuoso, y á cuyo fallecimiento sobrevivió muy poco tiempo. Es de creer que el Señor le premiaria sus trabajos y fatigas con la corona de los justos en la gloria. De su muerte se hace mencion en las actas del capítulo provincial celebrado en 16 de Abril de 1806, aunque no se lee elogio alguno de su mérito, porque todavía no se habia introducido la costumbre de honrar por esta manera la memoria de los religiosos beneméritos.

60. En este capítulo se aceptó el breve de Clemente VIII *De largitione munerum*, con algunas declaraciones dirigidas á tranquilizar las conciencias de los religiosos de la Provincia. En el mismo se dispuso que los PP. asignados al ministerio de Pilitan, que comprendia una gran parte de la Irraya, en Cagayan, procurasen con esmero que los indios hablasen el idioma ibanag, que, como ya queda indicado, era peculiar de la costa y de Siguiran. Esta sábia providencia ha contribuido en gran manera á que todos los pueblos de aquella gran provincia, desde Gamú hasta la mar, pue-

dan ser administrados con un solo idioma; siendo así que en un principio eran necesarios cuatro, á saber: el ibanag y el itaves, el irraya y el gaddan. Mas la serie de los tiempos nos obliga á cambiar notablemente la decoracion histórica, y á variar el escenario de la narracion frecuentemente, retrocediendo algun tanto en la carrera de los años, para dar la explicacion de los sucesos y sus causas.

Coincidió efectivamente con los hechos anteriores la bienhadada noticia de la victoria completa que las armas españolas reportaron en Ternate. Con ella, la Provincia tuvo doble motivo de congratularse en la jornada; porque, ademas de la comun satisfaccion consiguiente á un triunfo tan glorioso, era público y notorio el haberse conseguido victoria tan señalada por la devocion piadosa á la Vírgen del Santísimo Rosario. La division tan antigua entre castellanos y portugueses, retardaba la sujecion de los ternates y facilitaba al holandes la entrada en aquellos mares, para posesionarse de sus islas, y destruir, si fuese dable, la religion de Jesucristo que San Francisco Javier habia tan gloriosamente predicado á los ternates. El dia 1.º de Febrero de 1605 se dejaron ver aquellos enemigos de la fe en frente de Amboyno con una escuadra poderosa, compuesta de diez buques mayores, cuatro pataches y veinte embarcaciones bien montadas de malayos auxiliares. La sola presencia de esta armada consternó profundamente á la guarnicion portuguesa de aquel punto. Su capitan era quizás el único que se hallaba dispuesto á defenderlo hasta morir; pero como la empresa era arriesgada, juntó ante todas cosas su consejo para deter-

minar lo conveniente en tan apremiadoras circunstancias. La primera resolucion de aquel consejo fué, que debia defenderse la fortaleza á todo trance, y que se enviase una comision al enemigo, para interpelarle sobre el fin y designio de aquella visita sospechosa, pero con el verdadero objeto de explorar el estado de sus fuerzas. La contestacion del almirante holandes fué ruda y amenazadora. Dijo terminantemente que su objeto era bombardear su fortaleza y posesionarse de aquel punto. Aún añadió, por via de consejo, que se abstuviesen de toda resistencia; porque de otra suerte toda la guarnicion sería pasada á cuchillo. Oida aquella contestacion aterradora, volvió el capitan á consultar con los jefes de la guarnicion, manifestando á la junta que, si bien estaba determinado á defender la fortaleza, no queria aventurar la vida de los demas; que tuviesen presente la poca gente que tenian, la escasez de víveres y municiones, y el poder colosal del enemigo con aquella escuadra formidable. Todos fueron de dictámen, oidas sus razones poderosas, que el partido más prudente era capitular en aquel caso, y entregar la fortaleza con ventajosas condiciones, puesto que la defensa, sobre inútil, parecia temeraria. Así se hizo con efecto; mas el enemigo aleve, aceptando aquellas condiciones por el pronto, no cumplió lo estipulado y se apoderó á placer de aquella fortaleza lusitana. De esta suerte empezaron los holandeses sus conquistas en la grande Oceanía, fundando un imperio marítimo sobre las reliquias mal guardadas de las posesiones portuguesas, que hubieran podido conservarse con el auxilio eficaz de las armas españolas que Portugal rechazaba por sus

antiguas querellas, áun despues de estar sujeto á la corona de España.

61. A la toma de Amboyno se siguió la de Tidore; mas ésta no salió tan barata al enemigo, pues le costó mucha sangre, por hallar en esta plaza hombres valientes y aguerridos, que supieron defender con dignidad el honor de su nacion. El capitan Abreu, que mandaba la guarnicion, tuvo noticia anticipada del plan del enemigo, y se propuso oponerle una resistencia heroica. Al efecto compró algunas provisiones de guerra, y se allegó otros recursos que le ofreció un buque inglés estacionado en sus aguas. No tardaron los holandeses en presentarse á su vista; pero ántes de intimar la rendicion procuraron atraer á su partido al reyezuelo de la isla, el cual no quiso por entónces decidirse á su favor. Contaban, para salir bien de la empresa, con cuatro navíos formidables, otros tantos pataches bien armados y el poder de los ternates que trajeron á su alianza. Sin embargo de que los portugueses no tenian más que dos malos navíos, trataron de atacar á la escuadra poderosa de la Holanda ántes de que hiciese el desembarque. Sostuvieron un combate porfiado, con ventaja por su parte en el principio; pues herido el almirante holandes, iba á decidirse la victoria en favor de Portugal; mas entónces, avergonzados los holandeses de su debilidad escandalosa, hicieron posteriormente prodigios desesperados de valor, y obligaron á los portugueses á retirarse á su presidio. Dueños ya los enemigos de la mar, intimaron á aquéllos la entrega de la fortaleza con las mismas amenazas que en Amboyno; pero su capitan les contestó que los reveses de la mar no ha-

bian abatido el valor de la gente que mandaba, y que sólo con su muerte podrian conseguir lo que exigian con sus bravas amenazas. A respuesta tan digna y terminante ya no le quedaba al jefe holandés otro recurso que retirarse, ó batirse de una manera sangrienta. Creyendo, sin embargo, que no podrian resistir por mucho tiempo los asendereados portugueses despues de la derrota naval que habian sufrido, hizo el desembarque desde luégo sin oposicion alguna; levantó sus trincheras en frente del baluarte portugués, y dió principio á un combante porfiado, que sostuvo la victoria indecisa por tres dias, hasta que al fin lograron los holandeses enviar la muerte, con sus fuegos, al caudillo lusitano y tomar la fortaleza por asalto. Ya cantaban los holandeses la victoria, y parece que no quedaba más arbitrio á los defensores que rendirse; mas la fortuna de las armas varió repentinamente, obligando al enemigo á emprender una retirada vergonzosa, y á abandonar su proyecto para ocasion más favorable. Vueltos ya los holandeses á sus naves, la victoria estaba al fin decidida por los defensores del presidio; mas un suceso imprevisto volvió á cambiar tristemente la suerte de la jornada. Entregados los portugueses á los excesos de alegría que suele inspirar el vencimiento, vieron arder de improviso los edificios del presidio, sin poderlos apagar por ningun medio. El incendio se propagó rápidamente, y volaron al instante sesenta barriles de pólvora, con todas las municiones y pertrechos del baluarte. Murieron abrasados por las llamas veinte y seis hombres de guerra. A tan horrible desgracia abandonaron los demas aquella plaza de muerte, y se refu-

giaron desde luégo entre los vasallos del reyezuelo de la isla. Los holandeses, que ya estaban dispuestos á partir sin haber logrado sus designios, volvieron á desembarcar toda su gente; se apoderaron del presidio sin la menor oposicion, y se declararon á sí mismos señores absolutos del país. Los fugitivos portugueses fueron tratados vilmente en su desgracia por el innoble reyezuelo, á cuyo amparo se habian acogido en tal extremo; pues les negó el inhumano los alimentos más precisos, y las atenciones garantidas en semejantes circunstancias por el derecho de gentes. En tal situacion se resolvieron á salir de un país enemistado, del cual ya nada podian prometerse; y á este fin pidieron á los holandeses los auxilios necesarios para trasladarse á las islas Filipinas. Con tres pataches bien armados y una galeota de guerra, aportaron á Zebú, en donde estaban aún los que habian entregado poco ántes la fortaleza de Amboyno, y luégo prosiguieron juntamente su viaje hasta Manila, en donde ofrecieron sus servicios al gobernador de la colonia.

62. Tal era el estado de las Molucas cuando el caballero D. Pedro de Acuña concibió el atrevido pensamiento de recuperar á viva fuerza con las armas españolas todo lo que habian perdido los desgraciados portugueses. A este fin reunió una escuadra poderosa, y determinó humillar ante todo á los ternates, que eran los amigos más decididos y valientes, con quienes contaban los holandeses para asegurar sus posesiones usurpadas. Antes de salir de las islas Filipinas, celebró un armisticio con los enemigos de Visayas, con quienes tenía entónces sus querellas, y por Febrero de 1606 ya

a todas las fuerzas reunidas. Éstas consistian en mil
cientos españoles, seiscientos indios de las cercanías
Manila, y los portugueses con sus auxiliares que ha-
ı salido de Amboyno y de Tidore. Entre los cape-
ıes de esta fuerza estaba el P. Fr. Andres de Santo
mingo, de nuestra Órden, el cual, como verdadero
ɔ de nuestro Santo Patriarca, procuró fundar en el
npo católico de Otong (1) la cofradía del Santísimo
sario, para lograr por este medio la proteccion y los
ilios de la Reina de los cielos. Bajo su amparo po-
oso, no dudaba que se conseguiria el deseado fin de
ıella empresa. El sargento mayor, á quien el devoto
igioso comunicó su proyecto, se dirigió al General y
nas capitanes del ejército, persuadiéndoles la gran
ıveniencia pública de adoptar esta medida, que fué
todos acogida con el mayor entusiasmo. El Obispo
Zebú con su autoridad fomentó el fervor de los sol-
los, y éstos fueron inscribiendo desde luégo sus nom-
s respectivos en aquella devota sociedad, bajo los
picios de María. Despues se celebró una solemne
ıcion, cuya misa cantó este prelado, y en ella predi-
el P. Fr. Andres, conforme á las constituciones pon-
cias, por ser el único religioso dominico que habia
la escuadra española. Al fin se dió la comunion á los
dados, y el Gobernador, con los demas jefes del ejér-
ɔ, ofrecieron á la Vírgen del Rosario una parte de
sueldos para mantener su culto, y fundar la mis-
cofradía en la primera ciudad que se ganase á los

———

) En la isla de Panay, una de las Visayas.

ternates. Prometieron asimismo dar al primer pueblo conquistado el glorioso nombre del «Rosario», en memoria del beneficio que todos esperaban de su divina patrona. Despues de estas funciones religiosas, en las que resplandece vivamente la levantada piedad de aquellos tiempos, se paseó en procesion la sagrada imágen de la Vírgen, pintada en actitud de entregar su santísimo Rosario al Gobernador, capitanes y soldados de la escuadra, disponiendo el General que se bordase aquel cuadro religioso en el real estandarte. El entusiasmo ferviente que con estas piadosas ceremonias se apoderó del soldado era tan extraordinario, que no sufria diques su impaciencia por ir á medir sus armas con los enemigos de la religion y de la patria. Animados de este espíritu, dejó por fin aquel puerto (el de Otong) nuestra escuadra, é hizo su viaje felizmente hasta las islas del Moluco.

63. En Tidore celebraron la Semana Santa en paz y en recogimiento, cumpliendo todos allí con la comunion pascual, y encomendando el resultado de su empresa al poderoso Señor de las batallas. Luégo celebraron sus tratados con los régulos amigos de la isla, y con los de Siacao y de Bac-kan. En la única factoría que los holandeses habian levantado en la isla, sólo se hallaron dos hombres de esta nacion orgullosa, los cuales fueron hechos prisioneros, y sus haberes confiscados. Con el refuerzo de los nuevos aliados, y las noticias recientes que tuvieron del país, trazó el General el plan de campaña ántes de emprender sus primeras operaciones militares. De allí salió nuestra escuadra para la isla y córte de Ternate, adonde llegó el últi-

mo dia de Marzo, fondeando á tiro de cañon de su fortaleza principal. El Rey, confiado en su ventajosa posicion y auxilio que los holandeses le prestaban, no se amedrentó con la vista imponente de aquella armada española, que se dispuso desde luégo á rechazar con todos sus esfuerzos. El sábado de la semana de Pascua, un dia despues de su llegada, dispuso nuestro general el desembarque de sus tropas, que se llevó á cabo felizmente y sin la menor oposicion. Luégo se manifestó de repente un entusiasmo extraordinario en todo el ejército español, que hizo presagiar á todos el desenlace feliz de la campaña. Lo habia motivado una voz desconocida y misteriosa, que resonando propicia en el espacio, les aseguraba la victoria, y cuyo eco celestial, nadie vaciló en atribuir á la Vírgen del Rosario, que los alentaba á la pelea en aquel dia señalado que la Iglesia dedica especialmente á las solemnidades de su culto. Hácia el mediodía se dió principio al combate. Ante todo se batieron los muros de la fortaleza enemiga, y en seguida avanzaron las columnas sobre ella, despreciando con audacia los fuegos del enemigo. Una desgracia aconteció desde los primeros momentos del ataque, capaz de entorpecer el valor de nuestros combatientes, si no se halláran animados de un valor superior á toda prueba: una de las piezas enemigas se llevó de un solo tiro á siete valientes españoles, que recibieron á boca de jarro su metralla; mas esta contrariedad no podia abatir en aquel caso el valor español, una vez comprometido á pelear. Ántes bien inflamó los corazones á la lid, para vengar la memoria de sus muertos. Por eso es que se arrojaron con la mayor in-

trepidez sobre la brecha, y cual sangrientos fantasmas escalan la fortaleza con la rapidez del pensamiento, dejando petrificados de estupor á los molucos y holandeses. Poseidos de terror y sorprendidos de espanto, huyeron por todas partes, abandonando sus posiciones y baluartes á las huestes vencedoras. El Rey y sus auxiliares se escaparon embarcados, y se refugiaron todos á la isla del Moro, ó Batachina. Los nuestros se posesionaron en seguida de la fortaleza principal, del palacio del Rey, factoría holandesa y demas puntos, sin hallar en parte alguna enemigos que vencer.

64. Cuando el General recibió de improviso la noticia inesperada del asalto y de la toma instantánea de la plaza, estaba postrado delante de una imágen de la Vírgen, y al oir tan feliz nueva dirigió á la divina Señora estas palabras: «Humildad os pido; pues por Vos se ha ganado la victoria.» (Aduarte, lib. I, cap. LXIII.) El dia siguiente dispuso que se levantase un altar, y se colocase en él la imágen de Ntra. Sra. del Rosario, delante de la cual estuvo postrado humildemente con todos los capitanes y soldados del ejército, miéntras se le cantó solemnemente una misa con *Te Deum*, en accion de gracias por el triunfo que acababan de obtener tan felizmente. Terminados estos actos religiosos, se sacó de la mezquita el sillon ceremonial, en donde los sectarios de Mahoma solian explicar el libro del Coran, y la que hasta entónces habia sido asiento de la mentira, fué trasformada de repente en cátedra inmortal de la verdad, habiendo predicado en ella por la primera vez el P. Andres, que magnificó oportunamente las glorias y la grandeza de María, á quien rindió hu-

mildes gracias, en nombre del campo español, por la victoria conseguida. Luégo se dió cumplimiento á la promesa que se habia hecho en Otong, y en su consecuencia titularon aquella capital y fortaleza de Ternate con el nombre glorioso del *Rosario*, y fundaron su célebre cofradía en la iglesia nuevamente erigida á tal efecto.

65. Cumplidos los votos del ejército, trató el General español de pacificar la isla y de reducirla á la obediencia de los reyes de Castilla. Guiado por esta idea, envió á la Batachina á mil valientes con los mejores capitanes, y con algunos religiosos, asociados tambien á la jornada. El rey prófugo estaba indefenso y desprovisto, y muy pronto hubiera sido presa de la hueste castellana, si la prudencia no aconsejára por entónces otras miras, que estaban en armonía con el intento deseado. Se le propuso, pues, la paz al rey vencido, y se le dió un salvo-conducto para que pudiese presentarse sin temor ante el General en jefe, á fin de conferenciar personalmente con el mismo sobre las bases convenientes de un arreglo estable y amistoso. Así se verificó efectivamente el dia 9 de Abril, pasando el rey destronado al campo de los nuestros, y aceptando á la letra, una por una, las siguientes condiciones: 1.ª Que él y demas reyezuelos de la isla jurarian para siempre vasallaje al Monarca de Castilla, y entregarian todas las plazas y todas las fuerzas de la misma. 2.ª Que restituirian desde luégo todos los cautivos, tanto cristianos como infieles, que fueran ó hubieran sido súbditos de Su Majestad Católica. 3.ª Que harian igual entrega de todos los holandeses que estaban en su poder, así como tam-

bien de los españoles que, traidores á su patria, hubiesen pasado á su servicio. 4.ª Que tambien entregarian todos los pueblos de la isla Batachina, que habian sido cristianos en un tiempo, con los de Morayta y del Herrao, y toda su artillería. 5.ª y última. Que él deberia trasladarse con la escuadra á la ciudad de Manila, y podria nombrar en todo caso á quien mejor le pareciese para gobernar la isla en todo el tiempo de su ausencia. Aceptadas y firmadas estas cinco condiciones por el Rey, con los demas señores de Ternate, nombró el monarca vencido por sus gobernadores y regentes á sus dos célebres tios, Cachil Sugui y Cachil Quipat. Orillado ya este asunto, todos ellos prestaron juramento de fidelidad al Rey de España en manos del General, sentado bajo de dosel para este acto imponente. Luégo se acordó el regreso de la escuadra á Filipinas, y entre tanto se dispuso lo necesario y conveniente para asegurar una conquista tan rápida y asombrosa. A este fin nombró el General en jefe por su lugar-teniente en la isla de Ternate al maestre de campo D. Martin de Esquivel, dejándole desde luégo, para hacerse respetar y obedecer de aquellas gentes, seiscientos infantes, doce artilleros, sesenta y cinco gastadores, dos galeotas y otros tantos bergantines. En Tidore dejó de comandante al capitan D. Pascual de Alarcon con cien soldados. Luégo se hizo á la vela con el resto de la escuadra, trayendo por delante á los reyes vencidos de ambas islas, con veinte y cuatro señores principales de las mismas, que pudieran perturbar en cualquier caso la tranquilidad y el órden de los pueblos conquistados. La escuadra regresó prósperamente, y el dia último de Mayo

del mismo año entraba en la bahía de Manila. Noticiosa la ciudad del éxito feliz de la jornada, determinó hacer un recibimiento extraordinario al General, que rehusando modestamente el honor de la victoria, dispuso por su parte que se hiciera desde luégo una solemne procesion en accion de gracias por el triunfo de las armas españolas, y protestando altamente que si bien el valor de sus soldados habia rayado en heroismo fabuloso, la victoria se debia principalmente á la proteccion visible de la Vírgen del Rosario (1).

66. Despues de un acontecimiento tan glorioso, recibió la Provincia un refuerzo de veinte y ocho religiosos, muy necesarios por cierto, para poder ir cubriendo sus crecientes atenciones. El Sr. Aduarte sólo dice de esta mision fervorosa, que llegó á principios de Agosto, sin expresar en su Historia el número de religiosos que traia, ni la circunstancia especial de que entre éstos habia seis colegiales de Alcalá y uno de Valladolid, trece individuos del convento de Salamanca y algunos de otros conventos. Sin embargo, segun la diferencia que se nota en las actas de los capítulos de 1606 y 1608, en cuyo intermedio llegaron, su número debió de ser el referido. Algunos religiosos de esta célebre mision fallecieron en el viaje. El mismo Aduarte hace mencion especial del P. Fr. Pedro Rodriguez, religioso de singular virtud, á quien se llevó Dios cuando la nao ya estaba en frente de la contra-costa de Lu-

(1) Así se probó en juicio, por informacion que se mandó abrir posteriormente sobre el caso, ante el tesorero D. Luis Herrera de Sandoval, provisor que era de este arzobispado por el año 1609.

zon, como á otro Moisés al acercarse á la tierra prometida. Su temprana muerte fué muy sentida de sus amados compañeros de viaje; porque, si bien creian que habia pasado á mejor vida, miraban á la provincia del *Santísimo Rosario* privada de un jóven de grandes esperanzas, á quien habian ademas cobrado mucho afecto por su vida santa y su gran conformidad en los trabajos sufridos en su larga enfermedad. Solo pudo recibir el santo sacramento de la Extremauncion; pues no era posible administrarle el Viático en el mar. Murió plácidamente en el Señor, despues de haber pronunciado los dulcísimos nombres de Jesus y de María, y su cuerpo fué sepultado al lado del Evangelio de la iglesia de Casiguran.

Otro religioso no ménos apreciable murió tambien por aquel tiempo, que habia trabajado con mucho celo en la Provincia desde su fundacion. Era éste el célebre P. Fr. Domingo de Nieva, el verdadero apóstol del partido de Bataan, y gran ministro de Binondo. Era natural de Villoria de Campos, é hijo del convento de San Pablo de Valladolid. Habiendo llegado á Manila en 1587 con los primeros fundadores, y siendo aún diácono, fué destinado á la conversion de los indios de la provincia ya citada. Allí, como más jóven que los otros, aprendió con más facilidad el idioma del país, y en él predicaba y enseñaba el catecismo á los indígenas, sirviendo muchas veces de intérprete á los demas compañeros en el ministerio y conversion de las almas. Despues fué trasladado al ministerio de los chinos de Binondo, en donde aprendió tambien su difícil idioma, y en él compuso varios tratados religiosos, que

fueron de grande utilidad posteriormente para los religiosos que le sucedieron en el cargo. Tradujo ademas, en caractéres sínicos, el *Memorial de la vida cristiana*, compuesto por el venerable P. Fr. Luis de Granada, y escribió en los mismos caractéres varios cuadernos piadosos sobre asuntos de meditacion y de oracion, con otros relativos al sacramento de la penitencia y comunion. Tambien desempeñó el honroso cargo de prior del convento de Manila, y nombrado procurador general de ambas córtes, falleció en el mismo viaje, ántes de llegar al puerto de Acapulco. En sus últimos momentos tuvo el consuelo de poder asegurar que no le remordia la conciencia de haber dicho ó hecho cosa alguna que, advirtiéndolo él, hubiese podido ser de escándalo á los chinos ni á los indios que él administrára en estas islas, durante el largo período de los diez y nueve años que estuvo viviendo entre ellos, y que por lo mismo moria muy conforme con la voluntad divina.

QUINTO PERÍODO.

COMPRENDE DESDE EL AÑO 1608 HASTA LA SEGUNDA SUBLEVACION DE LOS INDIOS DE LA IRRAYA, Y DEMAS SUCESOS POSTERIORES, OCURRIDOS EN EL AÑO DE 1615.

CAPÍTULO IV.

Eleccion de Provincial en la persona del P. Fr. Baltasar Fort en 1608, y se admite el pueblo de Manaoag.—Tambien se admiten las casas de Malaoeg é Iguig en Cagayan.—Se sublevan los indios de aquel punto, y son luégo reducidos.—Primera sublevacion de la Irraya.—Progresos de la fe en Iguig.—Muerte de dos venerables religiosos.—Llega una mision de la Península.—Reduccion de los fotoles.—Se edifica una iglesia en Bataoag.—Muerte de algunos religiosos virtuosos.—Capítulo provincial de 1610.—Entran nuestros misioneros en Figen.—El Tono los admite, prévia consulta con un famoso bonzo.—Se fundan allí várias iglesias.—Conversion singular de un gentil.—El Tono de Satzuma expele á nuestros misioneros de su reino, y prohibe la religion de Jesucristo.—La fe progresa en Figen.—Reseña de la vida del P. Fr. Luis Gandullo.

67. Las misiones de la provincia del *Santísimo Rosario* estaban por este tiempo en un estado floreciente. En Bataan ya no habia indios que convertir. Sólo los *aetas* ó negritos, que hasta hoy andan errantes y ocultos en la espesura de los montes, eran los que permanecian sumergidos en las tinieblas de la infidelidad; y esto no por falta de celo y diligencias, que desplegaron en grande escala nuestros fervorosos misioneros para atraerlos á la sociedad cristiana, sino por su instinto, casi irresistible á la vida montaraz. En Pangasinan las rancherías más rebeldes humillaban su cerviz al yugo suave de la fe; los pueblos ya constituidos y formados iban siempre progresando en la vida social y religiosa, y la palabra de salud era oida con respeto en todas par-

tes. En Cagayan faltaban ya obreros para recoger los frutos copiosos que la gracia producia abundantemente en aquella gran viña del Señor; pues los cristianos obedecian sumisos á la voz de sus pastores, y los infieles procuraban con empeño entrar en el redil de Jesucristo. Hasta en el Japon se propagaba felizmente la luz celestial del Evangelio, que nuestros misioneros llevaban por todas partes con su palabra y con su ejemplo; pues si bien el inconstante Tono de Satzuma empezaba á molestarlos por desgracia en aquel reino, se les franqueaba la entrada en Figen y en Nangasaqui, donde trabajaban sin descanso con un celo infatigable en el ministerio de las almas.

68. En medio de estos prósperos sucesos tuvo la satisfaccion de acabar su cuatrienio el P. Fr. Miguel de San Jacinto, y la Provincia procedió á nueva eleccion el dia 26 de Abril de 1608, la que recayó acertadamente en la persona del P. Fr. Baltazar Fort, que reunia á sus virtudes grandes prendas de gobierno. En este capítulo provincial se aceptó la casa de Manaoag, en Pangasinan, cuyo pueblo administraba la Provincia desde el año de 1605. Sus primeros cristianos habian sido bautizados por los PP. Agustinos que residian en Lingayen, los cuales, segun el P. Gaspar, lo habian aceptado en la congregacion que celebraron el 31 de Octubre del año 1600. En él habian levantado una casa é iglesia bajo la advocacion de Santa Mónica, la que cuidaban celosos desde aquella apartada residencia. Esta administracion debia serles muy gravosa; pues necesitaban dos dias de viaje para servirla y atenderla, dada la falta de caminos y difíciles comunicaciones de aquel

tiempo. La reducida cristiandad de aquel remoto ministerio, las pocas esperanzas que daba de aumentarse, la imposibilidad de poder asegurarle por entónces un padre misionero, y su distancia, por fin, de Lingayen, donde los PP. Agustinos estaban establecidos, les movieron á dejarlo en manos del diocesano, el Ilmo. Señor D. Fr. Diego de Soria, quien la encomendó inmediatamente á los misioneros dominicos, que desde Mangaldan podian atender más fácilmente á su administracion, pues sólo dista dos leguas de aquel punto. Su primer vicario fué el P. Fr. Juan de San Jacinto, misionero de gran celo, constancia y caridad, el cual logró finalmente reducir las rancherías de infieles que habia en sus inmediaciones, y formar con estos grupos un pueblo regular y organizado.

69. Manaoag era en aquel tiempo molestado por las frecuentes correrías de los igorrotes y negritos, que habitaban en las vertientes de sus vecinos montes, cuyas razas bravías degollaban cruelmente á sus vecinos, y despues se llevaban á sus niños y mujeres para venderlos como esclavos á otros infieles más distantes, tan degradados y feroces como aquéllos. Las frecuentes agresiones de estos bárbaros tenian en contínua alarma á los infelices habitantes de Manaoag, que hubieran abandonado mil veces sus hogares, si la sombra tutelar de nuestros buenos religiosos no los protegiera y animára en sus desgracias. Para atajar aquellos males, que al fin hubieran aniquilado por completo á esta poblacion cristiana, de donde debia partir la propagacion del Evangelio á las partes más distantes de aquella provincia, no hallaron nuestros religiosos otro medio que la

proteccion constante de la Santísima Vírgen del Rosario, su patrona, á la cual dedicaron desde luégo una iglesia más capaz que la antigua y primitiva de aquel pueblo. Su ereccion se celebró con una solemnidad extraordinaria, y con un entusiasmo fervoroso de los pueblos inmediatos. Contribuyó especialmente á dar interes marcado á aquel acto religioso la circunstancia de bautizarse felizmente en aquel dia un gran número de catecúmenos, en tanto que muchos otros se animaban tambien para en su dia hacerse dignos de igual gracia. La poblacion de Manaoag, despues de aquel dia solemne, y por muchos conceptos memorable, no tardó en ser toda cristiana, habiendo recibido al poco tiempo el santo sacramento del Bautismo todos los infieles y salvajes de las vecinas rancherías. La sagrada imágen de la Vírgen del Rosario que se venera en dicho pueblo se ha hecho posteriormente muy famosa, por los favores singulares que por su medio é intercesion han recibido siempre sus devotos. Un cristiano muy piadoso (1) edificó despues á sus expensas una iglesia de ladrillo muy hermosa, que donó á la provincia del *Santísimo Rosario*, y es hoy el célebre santuario de Ma-

---

(1) El nombre de este bienhechor no se puede aquí omitir. Llamábase don Gaspar Gamboa, vecino de Manila y residente en Lingayen, profeso de nuestra V. Tercera Órden. La escritura de donacion de la iglesia y *humilladero* (ó sea un camarin que estaba á la salida del pueblo, hasta donde llevaban en procesion la devota imágen de la Vírgen) está hecha en Lingayen, el año 1722, y fué dada por buena en 1733 por el Sr. Alcalde de Pangasinan con presencia de Doña Ágata Yangta, viuda de Gamboa. Hay en el archivo de Manauag traslado legal de la escritura de donacion, y una copia en el archivo de Provincia. El actual Vicario de Manauag ha escrito la historia de várias gracias y favores que la provincia de Pangasinan ha recibido de la Vírgen, segun las noticias que ha podido recoger de padres antiguos.

naoag, en donde suelen ir en romería de todas las provincias inmediatas, para ofrecer sus homenajes á la celestial Señora.

70. En el mismo capítulo provincial, de que hemos hecho mencion, se admitieron las casas de Malaoeg é Iguig, con la administracion de los indios que habitaban en la ciudad de la Nueva Segovia, á solicitud é instancias de su obispo (1). La iglesia del primero se fabricó en el sitio llamado de Nalfotan, que era como centro y cabeza del partido conocido con el nombre de Malaoeg. Se le dió por patron al glorioso San Raimundo de Peñafort, y se principió desde luégo la conversion de los infieles que lo poblaban. Los vecinos de estas rancherías eran, sin disputa, los más valientes y belicosos de toda la provincia, y robustecidos con la alianza que tenian con los infieles de Gattáran y Talapa, nunca habian sido subyugados por otras hordas salvajes. Ya la religion era conocida y acatada de toda la provincia, segun dejamos indicado en el libro primero de esta Historia, cuando los bravos malagueyes yacian todavía por desgracia en la sombra de la infidelidad. Mas el Señor se dignó iluminarlos finalmente con la luz del Evangelio, franqueándoles el tesoro de la religion y de la fe, mediante un jóven caudillo, llamado Pagulayan, á quien los habitantes de Nalfotan obedecian como jefe. Era valiente á toda prueba, y dotado al mismo tiempo de un corazon generoso, nacido para

(1) Habia alguna razon para que el Obispo así lo desease, puesto que nuestros religiosos fueron los que habian formado y amamantado en cierto modo aquella cristiandad, desde los primeros albores de su fe.

hacer la felicidad de cuantos le obedecian, que no sintieron jamas el suave yugo de su mando. Cuando supo que en Taban y en Piat y en Tuao habian recibido sus vecinos la religion de Jesucristo, y noticioso de los efectos maravillosos que producia entre ellos, suavizando su carácter y moralizando sus costumbres, se sintió hondamente conmovido, y animado por un súbito deseo de abrazarla y de proponerla desde luégo á su tribu respectiva. Despues de esta santa inspiracion estuvo meditando algunos dias acerca de un punto de tanta gravedad, hasta que al fin se resolvió á manifestar su pensamiento á los suyos, que adoptaron sin oposicion su grande idea, conformándose con la voluntad de su Señor. Áun estaba en Cagayan el provincial Fr. Miguel de San Jacinto girando su visita regular, cuando Pagulayan, acompañado de algunos principales de su tribu, se le presentó en Nueva Segovia, pidiéndole con instancias les diese un religioso misionero para instruirles en la doctrina de la fe; si bien tuvo que contentarse por entónces con promesas y esperanzas, porque el prelado no tenía sujetos disponibles. Empero los deseos del caudillo eran tan ardientes y sinceros, y tal su afan por instruirse en la ley del Evangelio, que no quiso regresar al distrito de Nalfotan sin llevar siquiera en su compañía algun sujeto iniciado en aquella religion, que ya amaba sin saberlo, y con quien pudiese aprender los rudimentos de la fe. Llevóse en efecto á un niño perfectamente instruido en la doctrina cristiana, y tan luégo hubo regresado á sus hogares, dió principio á la construccion de una capilla, para tener más obligado al Provincial. Vió Pagulayan al fin realizados sus de-

seos por Agosto de 1607 (1), y el prelado Provincial cumplió fielmente su palabra, destinando al P. Fray Pedro de Santo Tomas para misionero de Nalfotan. Cuando llegó á dicho punto halló acabada la capilla, y fué recibido con extraordinarias demostraciones de afecto y de alegría por aquellas rudas gentes. El P. misionero, al ver el grande entusiasmo con que los nalfotanos se apresuraban á recibir el Evangelio, se convenció de que la obra era de Dios, y se propuso desde luégo consumarla por su parte con el empeño que su ardiente celo le inspiraba. Mas el enemigo del hombre, que por tantos siglos habia ejercido su reinado entre estos infelices, no pudo mirar con indiferencia el despojo que iba á sufrir su tiranía.

71. Empezó el P. Fr. Pedro sus tareas apostólicas, anunciando la palabra del Señor por los valles y montañas del nebuloso Malaoeg. Ora se le veia trepar por aquellos riscos, como un pastor amoroso, que busca por todas partes á la oveja descarriada, para conducirla sobre sus hombros al redil de Jesucristo; ora sentado y tranquilo á la orilla de un torrente, en medio de turbas bravas que bajaban de los montes á escucharle con placer. Así fué como los habitantes del país iban abandonando las tinieblas en presencia de la luz, y suavizando sus bárbaras costumbres al soplo civilizador del Evangelio. Mas, cuando la obra de Dios iba progresando felizmente, el espíritu del mal empezó á turbar

(1) Como se ve, estos hechos se refieren al provincialato anterior, siendo precisado el narrador á este ligero retroceso para ligar los acontecimientos, haciéndolos remontar hasta su orígen.

la paz y á destruir en sus principios lo que con tan bellos auspicios se habia comenzado. Valióse al efecto de Caquenga, que, como sacerdotisa del infierno, servia con gran fidelidad á sus designios. Esta mala hembra tuvo tal habilidad de representar perfectamente el papel de Satanas, que consiguió sembrar en breve tiempo la discordia feroz en los hogares, y encender el fuego de la rebelion en las montañas. Como no todos los indios querian variar de religion, Caquenga fomentaba su mala disposicion con sus discursos, y les decia á todas horas que serian los hombres más ingratos si abandonaban las costumbres que les habian legado sus mayores. Y despues de amenazarles con toda suerte de males, concluia asegurando que serian unos impíos si cambiaban su antigua religion y sus costumbres por las que les proponia un visionario extranjero. Al propio tiempo procuraba aprovecharse de todas las coyunturas favorables á sus miras para separar á los amigos de Pagulayan de los que no pensaban como ellos, representando papeles enteramente distintos, con el fin de inducirlos á un violento rompimiento. Al fin las tramas diabólicas de esta mujer infernal produjeron sus efectos; pues sublevándose en los montes algunos indios mal aconsejados por aquella pitonisa del demonio, se pasaron al partido de los que hasta entónces habian sido enemigos de Nalfotan. Pagulayan, siempre fiel á sus principios, hizo cuanto estuvo de su parte para contener á los rebeldes. Á este fin mandó á uno de sus principales confidentes para que se viese con Furaganan en las montañas (jefe de los sublevados), y le persuadiese eficazmente las conveniencias de la paz, ofre-

ciéndole el perdon bajo la palabra sacerdotal del padre misionero, si aceptaba la amistad que le ofrecia; y que de lo contrario sería severamente castigado, con los suyos, por los soldados de la Nueva Segovia, si persistia en su rebelion escandalosa. Para que Furaganan no dudase de la buena fe con que procedia en el asunto, el emisario le mostró un libro del misionero, que le habia entregado á este propósito, y en esta sencilla garantía vió el jefe de los rebeldes una prueba suficiente de haber empeñado el misionero su palabra en su favor. En vista de todo esto, depuso toda su ferocidad y sus enojos; prometió verse con el padre, y en señal de su amistad y buena fe entregó al emisario la cuchilla de que usaba para degollar á sus contrarios. Con este rasgo expresivo de su levantado corazon quiso dar á entender que desde entónces quedaba desarmado en su presencia, para que el P. misionero pudiese tratarlo con franqueza. Bajó, en efecto, Furaganan el dia designado, lleno de altivez y gallardía; oyó con docilidad la elocuente peroracion del P. misionero, y se mostró muy enojado contra la infame Caquenga, que con su doblez y malas artes á todos tenía engañados.

72. Restablecida la paz en las tribus de Nalfotan, y entabladas las buenas relaciones de armonía entre los jefes del partido, creyó el P. misionero que ya estaba terminado aquel asunto. Mas aquella misma noche, estando muy tranquilo el religioso rezando sus maitines, tuvo el disgusto y la amargura de ver arder la iglesia y convento, con otras casas cercanas, que habian incendiado alevemente los partidarios del pérfido Furaganan. Pagulayan acudió sin pérdida de tiempo á sal-

var al P. misionero, á quien libró de la voracidad del fuego, con lo más precioso que tenía, que era el recado para celebrar el santo sacrificio de la misa, y un lienzo de Nuestra Señora del Rosario, con algunas otras cosas del servicio de la iglesia. Con este acontecimiento creyó que debia por entónces abandonar á Nalfotan, en donde su vida peligraba, con la de los adictos al fiel Pagulayan. Ocultó lo que se habia preservado del incendio en un sitio adonde no creia llegasen los rebeldes, y se fué rio abajo con algunos indios fieles para refugiarse con ellos en Tuao. Los rebeldes, siguiendo sus pisadas, hallaron los sagrados ornamentos escondidos, y como gente sin Dios, ni religion, ni cultura, los profanaron de mil modos, sin respetar á una imágen de la Vírgen, que insultaron igualmente con sacrílegas maneras. Este hecho escandaloso fué castigado despues ejemplarmente; pues su principal autor fué á expiarlo á las galeras, en donde sufrió su merecido de sus mismos compañeros, por haberlos inducido á impiedad tanta.

73. Por aquellos mismos tiempos se sublevaron los infieles de las llanuras de Zimboey y de la Irraya; pues áun no tenian misioneros que los adoctrinasen en la fe y en la religion cristiana. En el calor del alzamiento degollaron á su encomendero D. Luis Enrique, á quien odiaban. Despues de asesinarle ferozmente, hicieron pedazos de su cuerpo, y compusieron de sus huesos una escalera siniestra para subir á la casa del principal que los regía. Tan luégo como la noticia de estos hechos detestables llegó á la capital de Filipinas, la Real Audiencia que á la sazon tenía el gobierno de las islas,

envió á la provincia de Cagayan á D. Cristobal de Azcueta, con la gente necesaria para castigar, como era justo, crueldades tan nefandas. Este jefe, á su llegada, ántes de proceder hostilmente contra ellos, quiso informarse de la verdadera causa que los habia inducido á sublevarse, y no tardó en descubrir que los embustes y dobleces de Caquenga habian precipitado á los de Nalfotan, y la poca prudencia de D. Luis Enrique á los de Zimboey y sus llanuras. Procedió luégo á castigar á los jefes principales de aquellas sublevaciones, perdonando á los de Nalfotan, porque se adelantaron á pedirle perdon de su delito, suplicándole á la vez que volviese á su pueblo el misionero que ya habia principiado su enseñanza.

Pudiera el P. Fr. Pedro haberse excusado razonablemente de volver á unas rancherías cuyos indios lo habian tratado con tanta indignidad; mas el celo que lo habia conducido á la provincia, y las muestras de cariño que Pagulayan y algunos de los suyos le habian mostrado, le hicieron olvidar los agravios recibidos, y lo decidieron á exponerse otra vez á sus insultos. La prudencia, no obstante, de este excelente misionero, y la caridad con que solia atender á los que más le habian ofendido, le hicieron olvidar pronto las injurias de la anterior rebelion, y fueron preparando aquel terreno lleno de malezas y cizañas, para recibir la semilla de la fe. Fué tan extraordinaria la mudanza de los que más rebeldes se habian mostrado hasta entónces á la fe de Jesucristo, que se trasformaron finalmente todas aquellas rancherías de gente dura y feroz en un pueblo fervoroso de verdaderos creyentes; y de-

jando su antiguo nombre de Nalfotan, se apropió desde entónces el de Malaoeg, que hoy conserva, y que era el de todo el partido anteriormente. Pagulayan y su hermana fueron los primeros que recibieron las aguas saludables del Bautismo, cuya piedad y fe santa fueron el alma y la vida de esta cristiandad naciente; pues con su ejemplo los demas dejaban gustosamente sus antiguas supersticiones idolátricas, y entraban de todas partes al redil de Jesucristo. A los diez y ocho años de esta fecha, el número de bautizados en Malaoeg y en sus montañas era de cuatro mil seiscientos y setenta, sin contar con los que habian recibido el santo Sacramento á la hora de la muerte.

74. Por este mismo tiempo se levantó la iglesia de Iguig. Hubo por patron al apóstol Santiago, bajo cuya proteccion ha prosperado y perseverado hasta el presente, si bien sujeto á peripecias y á las vicisitudes de los tiempos. Este pueblo, distante una jornada y media de la Nueva Segovia, habia sido mucho ántes reducido á la obediencia del Gobierno por sus encomenderos; mas descuidando éstos, por desgracia, el procurarles misioneros que los adoctrinasen en la fe y en la religion de Jesucristo, habia adelantado poco en los caminos de la vida. Convencidos al fin aquellos señores de que la mano de Dios se habia agravado sobre ellos con toda suerte de desgracias, por la indiferencia con que miraban á sus encomendados en punto á la religion y á la moral, tolerando entre ellos la idolatría con sus prácticas nefandas, tuvieron al fin mejor acuerdo, y procuraron recurrir á nuestro P. Provincial para pedirle misioneros, segun las instrucciones de la Ma-

jestad Católica, empeñando su palabra de no volver á turbarles en su santo ministerio. Con esta sola diligencia, aquel pueblo de idólatras vióse trasformado al poco tiempo en un pueblo de cristianos. ¡Tanta era la buena disposicion de aquellas gentes para recibir el Evangelio!

La iglesia de este pueblo ha sido reedificada cuatro veces, y la actual está situada en una eminencia que corona un vistoso panorama, adonde no pueden llegar las inundaciones del gran rio (el Ibanag) que la ciñe como una cinta de plata, bañando y fertilizando las hermosas vegas que domina. Con estas mutaciones, el pueblo de Iguig hubiera desaparecido, á no dudarlo, de la carta, si los PP. misioneros que lo han adoctrinado con su caridad, celo y constancia, no hubieren sido para él sus ángeles tutelares, consolando y ayudando á sus vecinos en todas sus vicisitudes y desgracias.

75. Por este tiempo fallecieron los PP. Fr. Juan Bautista Gacet y Fr. Miguel del Oro, ambos religiosos de gran mérito. El primero era hijo del convento de Predicadores de Valencia, y tuvo la dicha de pasar el noviciado bajo la disciplina de San Luis Beltran, cuyas lecciones sublimes de santidad comprobada no podian ménos de conducirle á un grado muy superior de perfeccion y de virtud. No fueron menores los progresos que hizo en la carrera literaria, que le hubieran proporcionado, sin disputa, los primeros honores de la Órden, si su profunda modestia no procurára evitarlos. Con este fin, habia concebido el pensamiento de alejarse de su patria, trasladándose á la Nueva España

para trabajar, humilde obrero, en aquella viña del Señor, adonde fué con efecto destinado en calidad de socio consultor del P. Maestro Fr. Juan Baylo, á quien el Maestro General y Su Majestad Católica habian conferido la alta y delicada comision de separar las provincias de Guaxaca y de Santiago. Como su vocacion era la conversion de las gentes, se propuso ejercer su apostolado en donde hubiese mayor necesidad de operarios evangélicos, y en tal concepto se agregó á una mision que pasaba á la provincia del *Santísimo Rosario*, presidida por el P. Fr. Pedro de Ledesma. Por su avanzada edad no fué destinado á las provincias lejanas, cuyo idioma le hubiera sido difícil adquirir; mas en Manila no cesó de trabajar en beneficio de las almas, predicando y confesando y adquiriendo nuevos méritos para el reino de los cielos con su vida penitente, que recordaba el fervor de los primitivos tiempos de la Órden. Finalmente, en 1607, satisfecho el Señor de sus merecimientos y virtudes, lo llamó para sí amorosamente con la dulce muerte de los justos.

El P. Fr. Miguel del Oro era hijo del convento de San Pablo de Valladolid, y terminó la gloriosa carrera de sus dias en la Nueva Segovia, el 20 de Julio del mismo año, dejando viva para siempre su memoria en el corazon de sus ovejas. Este venerable misionero, aunque no llegó á poseer con mucha perfeccion el idioma de los indios, por su avanzada edad, fué, sin embargo, muy útil en aquellas nuevas conversiones por su ejemplar y santa vida, que suele ser el móvil principal para la propagacion del Evangelio; siendo ademas el prudente consejero y director de los más jóvenes. Su

penitencia era extraordinaria, y entre los aflictivos instrumentos con que mortificaba sus miembros, segun el mandamiento de San Pablo, llevaba ceñida á la raíz de las carnes una cadena de hierro de diez libras de peso, la cual, en un país como las islas Filipinas, en donde el sudor es siempre constante, debia ser insoportable. Aun parece más increible este hecho, por otra parte incontestable, habida consideracion á su ancianidad y á la natural debilidad de su existencia. Con estas mortificaciones asombrosas, procuraba, como el Apóstol, su propia santificacion y la ajena, temeroso de merecer su propia reprobacion, miéntras trabajaba con ardor en la salvacion de los demas. Llegó por fin, con un tenor de vida tan austero, al término feliz de aquellos dias que deseaba dejar por Jesucristo, á quien se unió postreramente en las eternas moradas de su reino.

76. La falta de estos religiosos ejemplares, y la de otros que fallecieron en el cuatrienio pasado, fué reemplazada felizmente por una nueva mision, que el dia 11 de Abril de 1608 llegó á la capital de Filipinas, con su gobernador D. Juan de Silva. Su vicario y presidente, desde Cádiz hasta Méjico, fué el P. Fr. Gabriel Quiroa (ó Quiroga), hijo del convento de Ocaña, que algunos años ántes habia dejado la Provincia, por no haber podido aprender como queria el idioma de los chinos, á cuyo ministerio habia sido destinado á su llegada, que fué en 1795. Las prendas extraordinarias de que se hallaba adornado, y la nobleza de su alcurnia le merecieron en la córte el afecto de los grandes, cuyos aplausos lo hubieran conducido tal vez al precipicio, si el Señor no lo mirára con ojos de miseri-

cordia y de piedad. Lleno de remordimientos por haber interrumpido, siquiera por breve tiempo, el curso de su carrera, pidió licencia al maestro de la Órden para reunir una mision en la Península, y volver con ella á Filipinas. Recabó efectivamente del General de la Órden el permiso que pedia en 1607; mas cuando ya estaban los PP. misioneros en Sevilla, faltó la flota que habia de salir para la América, y tuvieron que regresar á sus conventos. No debian, sin embargo, esperar mucho tiempo su partida. A fines del mismo año, debiendo embarcarse para Méjico el Gobernador de Filipinas, anteriormente mencionado, el P. Quiroa volvió á reunir sus misioneros, y con treinta excelentes religiosos se hizo alegremente á la vela, para volver á estas playas, que nunca pudo olvidar en la Península. Las incomodidades del viaje, y los contratiempos que sufrieron en la navegacion, le agravaron la enfermedad de asma que padecia de muchos años, cortándole el hilo de la vida cuando iba á empezar de nuevo una carrera gloriosa; pues llevaba en sus despachos, sin saberlo, el real nombramiento de obispo de Nueva Cáceres. Esta noticia aumentó más el sentimiento que su fallecimiento habia causado á sus compañeros de viaje. Éstos, con la falta de su amado director y de su guía, las molestias que habian padecido en la navegacion hasta aquel punto, la falta de navío que pudiese conducirlos por entónces á Manila, y el deseo de trabajar en la viña del Señor, que abraza toda la tierra, inclinó el celo de algunos á fijar su apostolado en los países dilatados de la América, que ofrecian un campo inmenso á los operarios evangélicos.

77. Los misioneros que prosiguieron su viaje hasta las islas Filipinas fueron un grande consuelo para la provincia del *Santísimo Rosario*, porque con ellos pudo cubrir por entónces las bajas de los difuntos, proveer al ministerio de Fotol, y hubiera dado tambien misioneros fervorosos á los habitantes del valle de Ituy, si no se hubiese frustrado su proyecto. Fotol estaba situado á las orillas del rio de Abulug, distante media jornada de este pueblo. Se compuso en un principio de unas tribus montaraces y feroces, que no reconocian otra ley que la de sus bárbaras costumbres. Los españoles habian conseguido, finalmente, que pagasen algunas bagatelas, en señal de reconocimiento y vasallaje al Monarca de Castilla. Mas era preciso ir bien armados y prevenidos á cobrarlas, habida consideracion á su barbarie. Solia acompañar á los soldados, en estas espediciones, alguno de nuestros religiosos, y entónces procuraba atraer el afecto de los bárbaros, para disponerlos gradualmente á recibir en su dia el espíritu civilizador del cristianismo. Con los lances y ocurrencias que solian tener lugar frecuentemente en esta clase de visitas, conocieron los fotoles cuán útil les sería la presencia permanente entre ellos de algun P. misionero, cuya idea les inspiró el pensamiento de pedirlo, y al efecto se presentaron al P. Fr. Miguel de San Jacinto, vicario de Abulug, rogándole les concediese un religioso siquiera, que les enseñase el catecismo. Éste, que lo deseaba más que ellos, les envió al P. Fr. Diego Cárlos, el cual fué recibido con extraordinarias demostraciones de afecto por aquellas tribus bárbaras. Sus tareas apostólicas muy pronto produjeron los efectos deseados, por-

que los fotoles se dedicaron con una santa emulacion á instruirse en las verdades de nuestra religion santa, y muy en breve se hizo Fotol un verdadero pueblo de cristianos, que no se distinguian de los demas de la provincia. Se dió el título de Nuestra Señora del Rosario á la iglesia que en él se erigiera en un principio, y despues de doscientos años de existencia, su poblacion fué decayendo, hasta que los pocos cristianos que al fin contaba en su seno, fueron trasladados totalmente al antiguo pueblo de Abulug. Muchos otros pueblos de Cagayan han tenido que sufrir la misma suerte, efecto, ya de la escasez de religiosos que los administrasen, ya de la insalubridad de la provincia, ya por otras causas, que no han permitido el desarrollo de la poblacion como en otras partes de las islas.

78. En Bataoag, pueblo situado en las orillas del rio Ibanag, y constituido por el celo del P. Fr. Luis Flores (que despues fué glorioso mártir en Japon), se edificó tambien hácia este tiempo una iglesia muy capaz. Habia subido á aquel punto este celoso misionero solo y desarmado, sin más auxilio que la firme confianza en la divina Providencia, y comenzó á predicar la ley santa del Señor á sus feroces habitantes, que lo escuchaban como á un ángel de caridad y de dulzura. En breve se formó un pueblo respetable de cristianos, de donde debia partir la luz del Evangelio á otras bárbaras naciones, que habitaban en sus vecinos montes. Mas la inconstancia natural de unos salvajes acostumbrados á vivir como fieras en los bosques, y de la que tantas pruebas tenían dadas otros pueblos, contribuyó á la ruina desastrosa de aquella cristiandad; pues cansa-

dos al fin de la nueva vida social y cristiana, se remontaron como fieras á sitios inaccesibles, para vivir en sus guaridas como sus antepasados.

79. En medio de estas alternativas de progresos y reveses, en esta lucha constante de la civilizacion con la barbarie, perdió la Provincia algunos religiosos de singular virtud y santidad, que la honraban altamente. El año de 1609 fué uno de los más fatales para ella en tal concepto. Murió con efecto por entónces en la provincia de Cagayan el V. P. Fr. Juan de Anaya, natural de San Pedro de las Dueñas, é hijo de San Pablo de Valladolid. Habia llegado á Manila en 1598, y destinado á aquella provincia desde luégo, trabajó como un apóstol en la conversion de los infieles. Persuadido del grán valor de una sola alma convertida, no perdonaba trabajos ni fatigas para procurarles la salud; y á este fin andaba por las breñas y por las aberturas de las rocas, á imitacion del buen Pastor, para reducir á la oveja descarriada al redil de Jesucristo. Haciéndose, como el Apóstol, todo para todos dulcemente, con el fin de ganarlos para Dios, ademas de la doctrina de la religion cristiana, enseñaba á los indios á labrar sus tierras con su ejemplo, siendo el primero en coger el arado con su mano, y sembrar las semillas en sus campos, para familiarizar aquellas gentes con la agricultura y el trabajo. Con su celo, constancia y paciencia inagotable atrajo á vida social y cristiana á un gran número de bárbaros, que yacian tristemente en sombras de muerte y de pecado. Era tal el amor que profesaba á sus neófitos, que le afectaban más sus males que los propios. Sus desgracias le causaban las mayores amarguras, y sus

calamidades eran tan sensibles á su tierno corazon, que al fin lo condujeron al sepulcro. Habiendo acontecido, con efecto una grande inundacion en el pueblo de Pilitan, en donde estaba de vicario, lo afectó de tal suerte este siniestro, que enfermó de gravedad, y murió poco despues en el Señor.

A su muerte sucedió la del P. Fr. Vicente Alonso, natural del reino de Valencia é hijo del convento de Predicadores de aquella ciudad; religioso muy caritativo y muy humilde, que jamas hizo paz con el demonio en los caminos de la iniquidad y del pecado. Como verdadero misionero, su principal ocupacion era instruir por sí mismo á los indios más rudos y salvajes, á quienes cuidaba ademas con sus propias manos en sus enfermedades asquerosas, como una madre solícita llena de sensibilidad y de ternura. A los pobres y desnudos los cubria con su ropa, y partia con ellos su alimento con la mayor caridad. Las fatigas que su celo le ocasionaba á cada paso por la salud eterna de las almas; sus muchas penitencias, ayunos y maceraciones inauditas lo debilitaron de tal suerte, que no pudo soportar la fuerza devoradora de una fiebre perniciosa que despues le sobrevino. Recibidos con gran devocion los Santos Sacramentos, llegó al fin de su carrera, pasando á vida mejor para reunirse á Jesucristo.

Falleció tambien por aquel tiempo, en Pangasinan, el P. Fr. Francisco Martinez, vicario de Binalatongan, era natural de Zacatecas é hijo del convento de Méjico. Se distinguió en la observancia regular, ajustando en un todo sus acciones y su sistema de vida á las constituciones de la Órden y ordenaciones primordiales de

esta Provincia religiosa. Mas no por esto dejaba de trabajar con todos sus esfuerzos en la salud y provecho de las almas. Empleaba la mayor parte del dia en el tribunal de la penitencia y en la instruccion de los indios que le estaban encomendados, y de noche se dedicaba especialmente al estudio de su idioma con aquella perfeccion que era posible, para escribir en su lengua los sermones doctrinales y los ejemplos de los Santos, que eran para todos de mucha utilidad y gran provecho. En una ocasion, por su desgracia, cayó en manos de unos piratas japones, que, como gente feroz y sanguinaria, lo maltrataron cruelmente, y lo amenazaron de muerte várias veces. Mas el Señor le proporcionó por fin la libertad, mediante un rescate providencial y oportuno que le facilitó para el efecto. Despues prosiguió tranquilamente en sus tareas apostólicas, y al llegar precisamente en sus piadosos escritos á la peticion del Padre nuestro, *venga á nos el tu reino*, le asaltó una terrible enfermedad, de que murió poco despues, recibidos con toda la devocion de un alma pura los Santos Sacramentos.

80. Pasaron tambien á mejor vida, en la ciudad de Manila, dos venerables religiosos que habian merecido siempre bien de la religion y del país. Eran éstos el padre Fr. Bartolomé de Nieva y Fr. Pedro Rodriguez. Aquél habíase ausentado de su patria siendo todavía jóven y del estado secular; mas obedeciendo en Méjico á los impulsos de la gracia, que lo llamaba á la Orden con una voz secreta y poderosa, fué recibido á la misma en el convento de nuestro P. Santo Domingo, que él visitaba con frecuencia en aquella capital ame-

ricana. Allí empezó sus estudios desde la gramática latina; cursó despues filosofía, y pasó, finalmente, á la provincia del *Santísimo Rosario* con la mision que conducia el P. Fr. Alonso Delgado, uno de los primeros fundadores. Su avanzada edad no le permitió aprender con perfeccion el idioma de los indios; mas no por eso estuvo ocioso, ni dejó de ser útil operario en la viña del Señor, donde hay trabajo para todos cuando arde en el alma el celo santo por la gloria del Señor. Destinado en un principio al ministerio de los chinos, cuando áun no se habia trasladado á Binondo, su parroquia, atraia con caridad los paganos de la fe, y aliviaba con su celo al vicario de la casa en aquella administracion harto penosa. Desde allí acudia con frecuencia á la iglesia de Manila, cuyo púlpito y confesonario frecuentaba con buen éxito, conduciendo á muchas almas por las sendas misteriosas de la perfeccion cristiana. Celebraba el santo sacrificio de la misa con gran recogimiento y devocion, y era tan exacto en la oracion, á la que dedicaba muchas horas, que por nada ni por nadie la omitia, como no fuese en beneficio de las almas. Era muy mortificado y penitente; ayunaba y castigaba su cuerpo debilitado con disciplinas y cilicios, y no salia del convento sino para el servicio de Dios ó de sus prójimos. Sus enfermedades eran contínuas y penosas; y sin embargo, era el primero en celebrar el santo sacrificio de la misa, en la asistencia del coro y en el cumplimiento exacto de los demas deberes religiosos. Ocupado habitualmente en estos santos ejercicios, se le agravaron sus achaques al extremo de postrarlo para siempre en el lecho del dolor, para no salir

de él sino para la eternidad, que era su dicha. Treinta dias estuvo padeciendo en la postura más aflictiva y trabajosa; y entónces, cuando no le era ya posible levantarse de su lecho para ir á coro á todas horas, rezaba en la cama sus maitines á las doce de la noche, como lo practica el coro y la comunidad en el convento, segun la ley de la Provincia. Así perseveró aquel varon fuerte hasta el fin de su carrera; de suerte que en la última noche de su vida rezaba en la misma hora el oficio parvo de la Vírgen, pasando á ofrecerla, finalmente, sus obsequios filiales en el reino de los cielos.

El religioso Fr. Pedro Rodriguez fué uno de los primeros fundadores de esta provincia religiosa. Ayudó desde un principio al Vicario general en la construccion del convento de Manila, y cuando se hubo fundado el hospital para el cuidado de los chinos, á él se debió principalmente el buen resultado de esta empresa; pues, ocupados los demas en el ministerio de las almas, él cuidaba con amor de los pobres enfermos y apestosos, los consolaba en sus males, recogia limosnas y socorros para sus necesidades, y no perdonaba diligencias para dar impulso y desarrollo á un establecimiento tan benéfico. Tres veces se reedificó aquella fábrica durante el curso de sus dias, y en la última fué trasladado el hospital á la isla de Binondo, en donde fueron mayores sus cuidados, por haberse aumentado con este motivo los enfermos. Su caridad no se limitaba á procurarles la sola salud del cuerpo; pues su mayor solicitud se dirigia á facilitarles la salvacion eterna de sus almas, y muy particularmente cuando la enfermedad se iba agravando, y reclamaban más cuidado

las almas y los cuerpos juntamente. Por esto era muy raro el enfermo que moria sin el santo sacramento del Bautismo. Desde el año de 1590 hasta el de 1609, que tuvo á su cargo el hospital, fueron bautizados más de dos mil y seiscientos chinos en la hora de la muerte, con otros muchos, ademas, que despues de bautizados recuperaban la salud, como él mismo lo atestiguó en un escrito que áun existe en el archivo general de la Provincia, firmado de su mano poco ántes de entregar su alma á Dios.

Sus modales religiosos eran tan edificantes, que inspiraban el mayor respeto hasta á las personas distinguidas. El gobernador D. Juan de Silva, poco despues de haber llegado á Manila, quiso visitar el hospital, y al ver delante de sus ojos á tan venerable religioso, noticioso ya de sus virtudes, le besó la mano con el mayor respeto y reverencia, y le ofreció todo el favor que podia dispensarle en beneficio de la casa. Mas, se aproximaba finalmente este hombre justo al término feliz de su carrera. Enfermó, pues, de gravedad, y conociendo que su hora era llegada, se dispuso para ir á Jesucristo, cuyo reino se acercaba para aquel varon glorioso. En esta dulce confianza recibió los últimos auxilios de la religion y de la Iglesia, entregando su alma al Criador en la casa de Binondo.

De todos estos venerables religiosos se hizo mencion especial en el Capítulo intermedio que celebró la Provincia en 8 de Mayo de 1610; y hablando en particular del último que se cita, se expresaron los padres capitulares en los términos siguientes: «En la doctrina de Binondo murió Fr. Pedro Rodriguez, de la obe-

diencia, uno de los primeros religiosos que vinieron para fundar esta Provincia, y muy benemérito del hospital de San Gabriel de los chinos, el cual habiendo sido destruido, lo reedificó tres veces, y hasta el fin de su vida trató caritativamente á los infieles enfermos, los curó y favoreció, y sabemos positivamente que con su diligencia, celo y buen ejemplo, muchos de ellos fueron convertidos á la fe.»

81. En este Capítulo provincial se aceptaron las actas de los generales celebrados en Roma y Valladolid en 1601 y 1605, con ciertas explicaciones que se dieron acerca de algunas disposiciones especiales, de las cuales se suplicó en sentido reverente, segun los privilegios primitivos de esta Provincia religiosa, por no ser aquí posible su rigorosa observancia. En el mismo se aceptaron como vicarías de la Órden las casas de Tuguegarao (á la cual se agregó como visita la de Iguig), de Manaoag y de Fotol, con las de Meaco y Nangasaqui, en el imperio del Japon. Despues se acordaron algunas disposiciones relativas á la administracion de los Santos Sacramentos á los indios, con el fin de conservar la uniformidad posible entre todos los religiosos de la Órden encargados de la administracion espiritual en las provincias.

La ereccion de las dos casas que se aceptaron en el imperio del Japon, la una en la misma córte, y la otra en el puerto principal de aquel imperio, nos descubre los progresos religiosos que hacian nuestros misioneros en aquellas regiones apartadas. Es verdad que el Tono de Satzuma, al ver que no llenaban sus miras codiciosas, trataba ya de expelerlos de su reino; mas entre tanto el

Señor les abrió la puerta de otro campo más espacioso todavía, adonde podrian libremente llevar con su apostolado la esplendorosa luz del Evangelio. Éste era el reino de Figen, uno de los más ricos y poblados del Japon, cuyos habitantes apénas habian oido todavía la palabra de Dios en su país. Nuestros religiosos, pues, deseaban fundar en él una mision, lo que no era fácil conseguir por los medios ordinarios, por ser su Tono muy adicto al abominable culto de los ídolos. Mas al fin vieron cumplidos sus deseos en el año de 1606, con motivo de un suceso que en manera alguna podian prever los misioneros.

Habiendo ido, con efecto, el P. Fr. Alonso de Mena á Nangasaqui para asuntos relativos á la mision dominicana, tuvo noticia que habia arribado á Fucafori, en dicho reino de Figen, un capitan español con un buque mercante de Manila. Este honrado español, que se llamaba Francisco Moreno Donoso, era muy afecto á los PP. misioneros, muy conocido ademas de nuestros religiosos de Manila, y bienhechor especial de nuestra Órden; lo que no ignorando el P. Mena, se hizo un deber de visitarle y de ofrecerle sus servicios; atencion que él debia apreciar por mucho en aquellas circunstancias, hallándose en un país cuyo idioma ignoraba totalmente. Donoso habia salido de Manila con algunos PP. Franciscanos para uno de los puertos del Kuanto; mas un incidente providencial é inesperado le obligó á tocar en Fucafori, como vamos á referir sucintamente.

82. Habia salido de Manila el dia 22 de Julio, y el viaje habia sido feliz hasta el 20 de Agosto, en que le

asaltó una tempestad amenazadora y espantable, que desarboló completamente su bajel. Sin velas y sin los mástiles, y rota la caña del timon, ya no quedaba otra esperanza á los afligidos navegantes que la de Dios y de María. Acudieron, en efecto, á la oracion, y parece que el Señor tenía reservada en sus consejos la gloria de librarlos del naufragio á su Madre clementísima bajo la dulce advocacion del *Santísimo Rosario*. Por eso que la tormenta, á pesar de sus plegarias, iba en progresion creciente, y todos estaban ya en la firme persuasion de que era inevitable su naufragio. Sin embargo, el dia de San Bartolomé, lleno el capitan Donoso de una secreta confianza, preguntó por el patron de la iglesia del Kuanto, y habiendo averiguado, por su dicha, que era Nuestra Señora del Rosario, la invocó de todo corazon en aquel trance, y la ofreció para su culto dos lámparas de plata de ciento y cincuenta pesos de valor cada una, realzando con su piedad aquella ofrenda. No tardó, con efecto, mucho tiempo en ser oido; pues si bien siguió la tormenta todavía, al picar el palo mayor bajo el amparo y en nombre de la Vírgen del Rosario, cesó casi de repente aquel peligro; pues replegando la tempestad sus negras alas, la mar contuvo sus iras, y sobreviniendo en seguida la bonanza, un viento fresco y favorable los condujo desde luégo al puerto de Nangasaqui. Donoso, que conocia el carácter de los portugueses, y los inconvenientes que pudiera ofrecerle una arribada en aquel punto, pasó de largo aquellas aguas, y aportó en Fucafori para componer sus averías. Con este motivo la presencia del P. Mena le fué de utilidad y gran consuelo en aquellas desgraciadas circunstancias.

Sabida por el Tono su llegada, ordenó inmediatamente á Nichizayemon, gobernador de aquel distrito, que fuese personalmente á visitarle, y le prestase á la vez todos los auxilios necesarios. En esta ocasion se dió á conocer el P. Mena á este gobernador, el cual quedó muy prendado y satisfecho de su trato cariñoso, y le manifestó que sería de su gusto de que lo visitase en su fortaleza con frecuencia. Informado de las verdades de nuestra santa religion, hablaba de ella con respeto, asegurando al P. misionero que cuanto enseñaban las sectas del país era, en su comparacion, verdadera locura y necedad. Desde entónces se mostró muy inclinado á recibir el santo sacramento del Bautismo; más no llegó á realizar aquellos votos, temeroso de caer en desgracia de su Tono, en cuyos dominios estaba en todo su vigor la ley de Taycosama, que prohibia á los nobles, bajo pena de la vida, profesar la ley de Jesucristo. ¡Juicios y consejos formidables del Altísimo! ¡Conocia la verdad, y se adhirió por temor á la mentira! Queria, no obstante, y deseaba, que el padre Mena se quedase en su distrito, en donde podria desempeñar su ministerio libremente. Por entónces no creyó oportuno el P. misionero aceptar los ofrecimientos de este gobernador; pero se aprovechó de su afecto y valimiento para dar principio á la predicacion del Evangelio en la misma córte de Figen.

83. El P. Alonso prosiguió desde allí su viaje á la ciudad de Nangasaqui, y el Gobernador de Fucafori debia presentarse entre tanto á la córte de su Tono. Como aquél le habia manifestado que deseaba fundar una mision en aquel reino con los requisitos necesarios,

le encargó el caballero que á su vuelta se le hiciese encontradizo en la misma córte, en donde esperaba favorecer sus pretensiones. Hízolo así el P. Mena; mas la primera entrevista no fué favorable á sus deseos, porque el caballero halló de mal humor al Tono, y no creyó conveniente hablarle de un asunto que presumia no le sería grato en aquel caso, é insistió en que podria predicar el Evangelio en su distrito. Nada parecia más opuesto á los deseos del P. misionero, que la mala disposicion del Tono de Figen; pues, atendido su carácter, ni áun en el distrito de Nichizayemon le sería fácil el fundar con seguridad una iglesia, ni establecer allí su apostolado. Pero Dios, en cuyas manos están los corazones de los reyes, dispuso las cosas de tal suerte, que todo salió postreramente á medida de su voluntad y sus deseos. Por la noche de aquel mismo dia, el Gobernador de Fucafori, en una conversacion que tuvo con el Tono, le habló en favor del P. Mena; le aseguró que era un hombre extraordinario, lleno de santidad y de virtudes, y de un trato dulce y agradable, que cautivaba al instante los corazones bien nacidos. Estas alabanzas justas, y la noticia simultánea de que hablaba perfectamente el idioma del país, excitaron la curiosidad del Tono, y lo interesaron por el P. misionero, áun ántes de conocerle ni tratarle. Al dia siguiente de estos hechos recibia el P. misionero un aviso de atencion, poniendo en su conocimiento que el Tono deseaba conocerle y recibirle en su palacio.

Coincidió la llegada del P. Mena á la córte de Figen con la del capitan Donoso, que tambien deseaba

visitar al Tono, á quien traia algunas cosas de regalo para ganarle el afecto; cuya circunstancia fué tambien muy favorable á las pretensiones y designios del padre misionero. Pasaron entrambos á palacio para sus fines respectivos, y Donoso entregó al Tono sus presentes, que recibió con demostraciones expresivas de gratitud y de afecto. Cuando el Tono hubo de corresponder, segun usanzas, con algunos obsequios de su parte, Donoso se contentó con recibir una catana que aquél se habia quitado de su cinta; y áun le dijo con finura que se quedaba con aquella prenda de su estima, por ser cosa de su Alteza; pero añadió que se reservaba pedirle una gracia de otro órden, que, si tenía el gusto de lograrla, se tendria por bien recompensado. Llevaba Donoso un hermoso sombrero, engalanado con cintas y plumas muy vistosas, que llamó la atencion del Tono, el cual quiso tener el gusto de ponérselo. Los señores que lo acompañaban lo aplaudieron altamente, diciéndole que sentaba muy bien á su persona. Satisfecha su curiosidad, lo iba á devolver al capitan; mas éste rehusó admitirlo, diciendo que se lo cedia muy gustoso. A este rasgo de generosidad añadió una preciosa espada y la daga que traia, con lo cual dejó al Tono tan contento que le dijo podia pedir lo que gustase, pues estaba dispuesto á concedérselo. El piadoso capitan, más amante de la gloria de Dios que de sus conveniencias temporales, se limitó á suplicarle que se sirviese conceder á los padres de nuestra Órden su permiso para predicar y propagar la religion de Jesucristo en sus estados. Su contestacion no fué tan favorable como era de esperar; pues le dijo que, si bien le otor-

gaba desde luégo la merced que deseaba, no queria se edificasen iglesias en la córte contra la voluntad del bonzo Gaco, con quien solia consultar frecuentemente los asuntos de gravedad y trascendencia.

84. Esta segunda condicion disgustó en gran manera al P. Mena; porque temia que Gaco no habia de consentir se permitiese la predicacion del Evangelio, tan contrario á las doctrinas que su secta enseñaba á sus prosélitos. Era el bonzo natural del reino de Figen; habia estudiado en el Kuanto, y habiéndose distinguido en su carrera sobre sus contemporáneos, mereció el afecto del mismo Dayfusama, quien lo tenía siempre á su lado, oyendo sus consejos y dictámenes con el mayor respeto y deferencia. A la sazon habia venido á su patria para visitar á sus parientes, y creyó el Tono en su caso que, hallándose presente dicho bonzo, debia contar con su anuencia para conceder la libre predicacion del Evangelio. Al efecto le envió su propio secretario, por medio del cual le manifestó sus intenciones, y las circunstancias que habian mediado para hacerle la propuesta. Le alabó las cualidades del P. misionero, ensalzó su gran modestia y su desinteres reconocido, y le dió á entender muy claramente que tendria mucho gusto en conceder la merced que le pedian, para lo cual contaba con su asentimiento en aquel caso. Gaco, ora fuese por condescender con los deseos del Tono, ora movido tal vez por una virtud secreta, de la cual no podia aún darse cuenta, le contestó desde luégo que, siendo el misionero un varon justo, tal como se lo habia pintado el secretario, bien podia concederle sin peligro el permiso que pedia. Con esta respuesta favo-

rable quedó el negocio terminado; pues el Tono dió al P. Mena la licencia deseada para extender y propagar la religion de Jesucristo en el reino de Figen, y éste se apresuró á dar principio á su mision fervorosa, anunciando en todas partes la nueva del Evangelio.

85. La primera iglesia de Figen se fundó en Lamamachi, bajo la invocacion de Nuestra Señora del Rosario, en contemplacion á los deseos del capitan Donoso, que habia sido el instrumento principal de una concesion tan favorable. Luégo se levantó otra en Caxima, dedicada á San Vicente Ferrer, y posteriormente otra en Sanga, córte de aquel mismo reino, cuyo permiso se habia denegado en un principio. Ótras muchas iglesias se hubieran podido levantar, si no faltáran ministros evangélicos para tenerlas bien servidas; pero los pocos que habia gozaron de la más completa libertad por largo tiempo, y el mismo Tono era su bienhechor especial en aquel reino. De esta suerte se comprende que nuestros misioneros pudieran formar una cristiandad floreciente en sus estados, cuando ántes apénas era conocido el nombre del Señor de aquellas gentes.

86. Una de las muchas conversiones que obró el Señor en este reino por el ministerio santo del célebre P. Mena, fué la de un gentil, muy rico de bienes de fortuna; pero que sentia profundamente la necesidad de un bien absoluto y soberano, superior á todos los bienes de la tierra. Guiado por esta idea, se habia consagrado mucho tiempo al estudio de las sectas conocidas del país; pero ninguna podia satisfacer á sus deseos, ni calmaba la inquietud que atormentaba su alma.

Tambien habia examinado la doctrina de nuestra santa religion; pero como los japones, con quienes habia consultado en aquel caso, no tenian la instruccion suficiente para desatar sus argumentos, se quedaba en su infidelidad y en sus zozobras. El P. Mena tuvo noticia, por fin, de las diligencias que este gentil habia practicado tanto tiempo para buscar la verdad; y persuadido de la buena fe que le guiaba en su constante inquisicion, se le hizo en una ocasion encontradizo, y le habló seriamente del asunto que tan inquieto y perturbado le traia. Le demostró palmariamente, en sus largas conferencias, que no hallaria la salud eterna de su alma en ninguna de las sectas conocidas, y que sólo podria proporcionarle esta dicha deseada la religion de Jesucristo, única y verdadera revelacion del Criador, que encierra en su seno los destinos y la felicidad de los mortales. En cuanto al primer aserto, no tenía cosa alguna que oponer, porque ya estaba convencido por sí mismo de que las sectas del Japon eran una mentira y una farsa, insuficientes, por tanto, para dirigirle en los caminos de la verdad y del bien. Mas en cuanto al otro punto opuso sus dificultades, que el celoso é ilustrado P. Mena resolvió perfectamente, dejándole tan convencido y satisfecho, que abriendo el gentil los ojos á la luz de la verdad, abandonó para siempre la idolatría nefanda y entró en la iglesia de Dios por el Jordan sagrado del Bautismo. Su fe era tan sincera, que probada despues por algun tiempo con el fuego de la persecucion y los trabajos, lo convirtió en un caudillo valeroso de los cristianos de Figen, á muchos de los cuales hizo triunfar en la lucha con las potestades del

abismo, enseñándoles á pelear varonilmente las batallas del Señor con la fuerza poderosa de su palabra y de su ejemplo.

87. Poco despues de haber obtenido nuestros religiosos el permiso para predicar la religion de Jesucristo en el reino de Figen, fueron expelidos de Satzuma por el mismo Tono de aquel reino, que los habia llamado anteriormente. Su designio al invitarles no habia sido ciertamente el celo por el bien espiritual de sus vasallos, sino el interes y la codicia; pues creia que por su medio el comercio de Manila se hubiera dirigido á sus mercados. Mas al ver que despues de tanto tiempo los PP. misioneros de la Órden sólo trataban de la predicacion del Evangelio, y no se ocupaban para nada en sus intereses temporales, se convenció, finalmente, que nada adelantaria por esta parte con retenerlos y protegerlos en su reino. Este manifiesto desengaño de sus miras codiciosas, su celo por las sectas de los dioses del país, y las instancias de los bonzos que le hablaban sin rebozo contra nuestros misioneros, fueron el orígen verdadero de la conducta desleal é inconsecuente de aquel Tono despreciable.

Sin embargo de todo esto, no quiso por de pronto declararse abiertamente contra ellos; si bien creyó que podria llevar á cabo su perfidia, quedando en buen lugar en todo caso, por medio de una estratagema que abortó por dicha nuestra. Resuelto, pues, á expeler á los religiosos de su reino, los llamó á su presencia, y les dijo brevemente: que el Regente le habia dirigido una queja contra ellos porque no se le habian presentado todavía, como cumplia á su deber, y que por consiguiente

era preciso que cumplieran cuanto ántes esta indispensable diligencia. Ya el P. Fr. Alonso Mena habia cumplido, en esta parte, con el Regente del imperio, y los demas religiosos podian igualmente desmentirle; mas con esto sólo hubieran conseguido exasperarlo, y creyeron más oportuno contestarle que no tenian inconveniente en subsanar esta falta, conforme á su indicacion y á sus deseos. No esperaba el Tono ciertamente esta respuesta y vistos frustrados sus intentos, trató de imposibilitar aquello mismo que dijo era indispensable; pues les dijo que para presentarse todos ellos al Regente, debian prepararle, ante todas cosas, un regalo, segun la costumbre del imperio, y que de tan digno obsequio él mismo les daria la minuta. Entrególes, en efecto, una lista de algunas cosas preciosas, cuyo valor fabuloso no podia soportar su conocida pobreza. No se negaron abiertamente nuestros religiosos á la manifestacion disimulada de su perverso designio; mas le dijeron que, si bien les era imposible presentarse al Regente del imperio con el regalo precioso que él les habia designado, procurarian, no obstante, en Nangasaqui, que los españoles, sus paisanos, les ayudasen al efecto, para no faltar á su deber en aquel punto. El Tono se conformó, al parecer, con su contestacion y su promesa, y los PP. misioneros resolvieron desde luégo que el P. Fr. Francisco de Morales, como superior de la mision, se presentase en nombre de todos al Regente. En órden al regalo sobredicho, no todos los religiosos eran de un mismo parecer: algunos opinaban que sin este requisito no tendria aquella visita un resultado favorable, y áun dudaban de la posibilidad de

conseguir la entrada en palacio en aquel caso sin algun obsequio de valor. Otros decian, por el contrario, que supuesto no podian, como pobres, presentar un regalo muy costoso, sería tal vez más conveniente el omitirlo. Se adoptó, por fin, la opinion de los segundos, y el padre Morales se puso en camino para Meaco, poniéndose enteramente en las manos amorosas de la divina Providencia. Su primera diligencia, á su llegada, fué encomendar el negocio á su buen Dios, del cual no fué desatendido en tal extremo, pues logró visitar al Regente sin presentes, aseguró ademas la permanencia de sus religiosos en Japon, y obtuvo por escrito un permiso terminante para residir en Nangasaqui, que era lo que él deseaba, por ser esta gran ciudad uno de los puntos más seguros y como el verdadero emporio de los comerciantes europeos. De esta suerte el Tono de Satzuma, que se habia propuesto, en su falsía, tender un lazo engañoso á los pobres misioneros, quedó burlado en sus designios; mas no por esto desistió de llevar á cabo su proyecto de expeler de sus estados á nuestros buenos religiosos. Noticioso, sin duda, del buen éxito que habia tenido la visita del P. Morales al Regente, sin aguardar siquiera su regreso, expidió un decreto draconiano contra todos los PP. misioneros, desterrándolos á todos de su reino, é incluyendo en esta proscripcion á los cristianos sus vasallos. Ordenó tambien al mismo tiempo que fuesen derribados desde luégo todos los templos cristianos que se habian levantado en sus estados, lo que se llevó á efecto sin demora en todos los extremos del decreto.

¿Cuál sería la sorpresa del P. Fr. Francisco de Mo-

rales al regresar tan alegre y contento de la córte, y hallarse con la novedad de aquella ley, que destruia su mision de un solo golpe, á pesar de las garantías que habia recabado del Regente? Prisiones, destierros, castigos y toda suerte de violencias estaban tolerando á la sazon aquellos buenos cristianos, sin otra causa para ello que haber abrazado una religion autorizada y protegida por las autoridades del imperio. La principal iglesia fué destruida por los mismos cristianos de Figen, con el fin de que no fuese profanada por los enemigos de la fe, y de poder conservar las piezas de madera de que estaba construida, las que fueron trasladadas en seguida á Nangasaqui. Muchos fieles fervorosos acompañaron á los PP. misioneros en su proscripcion á todas partes, y no faltaban entre ellos personas ricas y opulentas que prefirieron el padecer por Jesucristo, á los bienes de fortuna, de la familia y de la patria. Todos los tesoros que nuestros religiosos sacaron de Satzuma consistieron en las maderas de la iglesia, en algunos lazarientos que se llevaron consigo para mantenerlos y asistirlos en su asquerosa enfermedad, y en el cuerpo, finalmente, del venerable Leon, cuyo martirio glorioso queda ya referido en su lugar.

Los PP. Fr. Jacinto Orfanell y Fr. José de San Jacinto, que á la sazon estaban trabajando con gran celo en los estados de Satzuma, fueron enviados finalmente, el primero al reino de Figen, y el segundo á la córte de Meaco, en donde edificó una iglesia con el título de Ntra. Sra. del Rosario. Preciso era que el P. Fr. Jose visitase á su llegada á Dayfusama y tuvo el gusto de tratar, con tal motivo, al famoso Masamune, Tono del

reino de Voxu, que entónces se hallaba en la córte casualmente. Este príncipe leal y bien nacido deseaba que nuestro misionero fuese á predicar la religion de Jesucristo en sus estados, á cuyo fin le ofreció su proteccion y sus tierras para levantar iglesia en sus dominios; mas la escasez de operarios que la mision de la Órden padecia, no permitió se realizasen sus deseos, y el P. José se vió precisado á quedarse por entónces en Meaco. Entre tanto el P. Fr. Francisco de Morales se estaba ocupando en edificar una iglesia en Nangasaqui, bajo la misma advocacion de Ntra. Sra. del Rosario, con los materiales de la que habia sido destruida en Quiodomari, perteneciente al reino de Satzuma.

Con la tormenta levantada por el Tono de este reino, nuestros religiosos conocieron la gran merced que les habia hecho el gran padre de familias, trasladando su heredad al hermoso reino de Figen. Esta mision fervorosa era el ameno campo destinado á sus tareas apostólicas, en donde la obra de la fe progresaba felizmente de una manera asombrosa. Allí trabajaban sin descanso casi todos en aquella rica viña del Señor, sin abandonar por esto las reliquias preciosas de su iglesia, que como primicias de su predicacion se habian quedado en Satzuma, en donde destruidos los altares y las aras de la Cruz, los corazones cristianos eran verdaderos templos del Señor.

88. Tal era el estado de nuestras misiones en Japon, cuando el P. Fr. Juan Ormaza de Santo Tomas hubo de pasar á Nangasaqui, para visitar solícito á nuestros celosos misioneros, que trabajaban allí en la propagacion del Evangelio. Empero, más bien que una visita,

el verdadero objeto de su viaje era para ser testigo d las maravillas de la gracia, y animar con su presenci á aquellos operarios del Señor. Este prelado venerabl habia tenido la gloria de enviar, durante su gobiern los primeros misioneros de la Órden á Satzuma (1) y si bien á su llegada la cristiandad de este reino esta ba sufriendo los efectos de la más cruel persecucion, e cambio, la de Figen, gozaba por su fortuna de los bene ficios de la paz. El fervor de sus neófitos, los progres de su fe, y las grandes esperanzas que habia de reduc aquel rebaño al redil de Jesucristo, eran motivos pode rosos para llenar de consuelo al santo anciano, que tan to habia trabajado por la prosperidad de aquella iglesi y por ver glorificado el nombre de Dios en el Japon

89. Mas no se limitaban los afanes de nuestros reli giosos á los pueblos en donde habian levantado ya al gun templo; hacian ademas sus excursiones apostólica á otros puntos muy distantes, y de ellos solian regresa siempre triunfantes, con alguna conquista religiosa. A pasar el P. Fr. Juan Rueda de los Angeles, en una d estas jornadas, por un puente solitario y poco transitad de las gentes, advirtió que habia debajo una muje abandonada, y no quiso pasar más adelante sin averi guar la novedad y la verdadera causa de aquel aconte cimiento. Bajó, con efecto, adonde estaba aquel ser in fortunado, y vió con admiracion á una vieja ya caduc de setenta años de edad, muy debilitada y consumid tirada quizás por sus parientes en aquel sitio apartad

(1) Habia sido Provincial, y despues pasó al Japon como Vicario Provi cial de la mision, acompañado del hermano Fr. Antonio de San Vicente.

para que allí acabára la infeliz el resto miserable de sus dias. A vista de aquella escena tan desgarradora y triste, se le conmovieron al misionero sus entrañas de misericordia y compasion; sacó á la infeliz mujer de aquel lugar escondido, donde yacia olvidada y moribunda. Al respirar el aire libre, y al sentir el suave calor del sol naciente, volvió en sí la pobre anciana, y el misionero procuró catequizarla para administrarle inmediatamente el santo sacramento del Bautismo; lo que se verificó, con gran consuelo de aquella alma predestinada, despues de una breve explicacion de la doctrina. Habian trascurrido aún pocos instantes, cuando su espíritu dichoso pasaba al seno de Dios adornado con las galas de la gracia bautismal. Este mismo misionero, que era la visible providencia de todos los desgraciados, halló en Firando á un pobre anciano, envuelto groseramente con un pedazo de estera, lleno todo de inmundicias y abandonado de los suyos, que le miraban con desprecio y con horror, como un mueble ya gastado que sólo sirve de estorbo al propietario. ¡Todavía no eran cristianos! El caritativo misionero no pudo ménos de conmoverse y lastimarse al ver aquel espectáculo, y procuró al infeliz la salud eterna de su alma, ya que la del cuerpo no era dable, ni ofrecia esperanza alguna de vivir por mucho tiempo. Lo lavó, sin embargo, con sus manos, y le asistió con ropa y con medicinas y alimentos que pedia de limosna á los cristianos; finalmente, le instruyó en los misterios más principales de la fe, y le administró igualmente el santo sacramento del Bautismo, para enviarlo á Jesucristo ceñido con la estola del Cordero. Estos y otros prodigios de la gracia, que su-

cedian con frecuencia en el Japon, endulzaban las fatigas de aquellos varones apostólicos, cuyo principal designio era promover en todas partes la gloria de Dios y de su templo.

90. Por este mismo tiempo falleció, en el convento de N. P. Santo Domingo de Manila, el V. P. Fr. Luis Gandullo, varon esclarecido á toda luz por su santidad y sus virtudes. Nació en Aracena, del reino y arzobispado de Sevilla, y habiendo pasado á América, fué recibido al santo hábito en el convento de la Puebla, en Nueva España. Antes de profesar solemnemente le aconteció un contratiempo que lo llenó de sinsabores y amarguras, retardando, á su pesar, la consumacion del sacrificio y la santa profesion que deseaba. Habia prestado mucho ántes una fianza que, bien examinada por los padres del convento de la Puebla, en manera alguna le obligaba en el fuero interior de la conciencia, y ni áun *pro foro externo*, si la parte interesada hubiera querido confesar todo lo que de verdad habia en el caso. Llegó el tiempo de la profesion prescrito por el derecho, y los padres volvieron á examinar la naturaleza de aquel crédito; y sin embargo de que formaron la misma conciencia sobre el caso, le dilataron la profesion por algun tiempo; mas, despues de algunas vicisitudes, que no es de este momento el referir, profesó solemnemente como tanto deseaba. Vivió sin novedad en aquel religiosísimo convento algunos años, con notable aprovechamiento de su alma, hasta el de 1588, en que pasó á la provincia del *Santísimo Rosario*, desterrado por el Virey de Nueva España, con motivo de haber predicado con santa libertad contra los

vicios de que resultaba cómplice aquel alto dignatario, si bien el orador se dirigia al público en general, y se abstenia, discreto, de hacer referencias personales. Por este medio logró este venerable misionero lo que habia deseado mucho tiempo, adorando los juicios del Señor en esta parte, por la providencia especialísima con que le condujo á su destino. Poco despues de haber llegado á Manila, fué destinado á la provincia de Pangasinan, en donde trabajó con mucho celo en la conversion de los infieles, con los primeros misioneros de la Órden que emprendieron con tanta constancia y heroismo aquella conquista religiosa. El campo más principal de sus tareas apostólicas fué el pueblo de Calasiao, en donde el Señor se valió de su virtud para obrar algunas maravillas en beneficio de los indios. Entre otros casos prodigiosos que refieren nuestras crónicas, y de los que habla el autor de la primera parte de la Historia primordial de la Provincia, se refiere la resurreccion de un niño, muerto despues del bautismo (lib. I, cap. LXXI). Llamado, pues, este venerable religioso para que viese al difunto, lo halló en efecto sin vida, de lo cual tuvo gran pena; y fué mayor su sentimiento al oir los impíos insultos de un indio muy principal, llamado Catongal, que delante de todos le decia toda suerte de improperios. Afirmaba el insolente que los religiosos mataban con el bautismo á los infantes, puesto que muchos de los que recibian aquellas aguas lustrales morian á muy poco tiempo. Esto en parte era verdad, porque los pangasinanes al principio sólo permitian que sus niños fuesen bautizados en la hora de la muerte, y no era de extrañar que muchos de ellos se muriesen

despues de bautizados. El buen P. misionero trató con su acostumbrada mansedumbre de apaciguar á Catongal, pero fué vano su empeño; porque este hombre feroz y de condicion airada siempre se mostraba más colérico contra los ministros del Señor, á quienes aborrecia profundamente. Era, pues, necesario amortajar al niño ya cadáver, y el P. misionero dió la órden de conducirlo á la iglesia para enterrarlo en sagrado, á fin de evitar con esto las supersticiones detestables que en semejantes circunstancias practicaban generalmente los infieles. Mas ántes de emprender la marcha fúnebre, sintió el religioso en su interior un impulso extraordinario de rezar en presencia del difunto el Evangelio de San Juan: *In principio erat Verbum.* Al fin hizo la señal de la cruz sobre el cadáver; y animado su semblante de una santa inspiracion, pronunció conmovido estas palabras: «Señor, yo no os pido milagros; mas si conviene por ventura á vuestra gloria, al crédito de vuestra fe y á la conversion de estos gentiles, hacedlos por esta vez»; y poniendo en seguida la mano sobre la cabeza del cadáver, añadió con voz ferviente: *Evangelica lectio sit tibi salus et protectio.* Dichas estas palabras poderosas, el niño resucita al instante, sano y salvo, con asombro y estupor de todos los circunstantes, que lo vieron aplicar con afan su tierna boca á los pechos de su madre, con la sonrisa del ángel, como si despertára á la sazon de un dulce sueño.

En proporcion de las mercedes con que le favorecia el Señor en todo tiempo, aumentaba este venerable misionero sus mortificaciones cotidianas, y trabajaba con más celo en la conversion de los gentiles. No satisfecho

aún de los frutos abundantes que recogia á manos llenas en aquella viña de su cargo, deseaba en gran manera que el nombre del Señor fuese conocido y adorado en el grande imperio de la China, con cuyo objeto acompañó muy gustoso á un alto representante del gobierno de Manila, enviado á la provincia de Fo-kien para reclamar oficialmente lo que habian robado y destruido los asesinos del gobernador D. Gomez Perez Dasmariñas. Mas en esta expedicion no tuvo otro consuelo su buena alma que el de haber reducido y reconciliado con la Iglesia, en la provincia de Canton, algunos malos cristianos, que escapados de Macao vivian, como los infieles, entregados á las supersticiones idolátricas.

Desempeñó con mucho lustre de la Órden y gran reputacion pública el oficio de prior del convento de Manila. Despues fué enviado á Cagayan, en donde su presencia fué muy útil para consolar y animar á sus hermanos, ocupados en las nuevas conversiones de aquella naciente cristiandad. Sin embargo de que no llegó á poseer el idioma del país, jamas faltó pábulo á su celo en la viña del Señor; pues adoctrinaba á los soldados, y administraba por sí mismo los santos sacramentos á todos los españoles que guarnecian la ciudad y tenian su residencia en la capital de la provincia. Varios de los pacificadores primitivos de aquella provincia belicosa necesitaban en efecto toda la virtud y la prudencia de este venerable misionero para avenirse á la razon y al buen consejo en ciertos casos. Como varon adornado de tan eminentes cualidades, era al mismo tiempo el confesor y director del Obispo, y

como tal lo acompañaba en la visita y en las confirmaciones de la diócesis. Conociendo, finalmente, que su vida no podia ser ya duradera, con la vénia del Obispo y de nuestro P. Provincial se retiró al convento de Manila con el fin de disponerse para la última jornada. Aquí toleró postreramente con una paciencia santa los dolores tormentosos de una breve enfermedad, que lo condujo al sepulcro, despues de recibidos á su tiempo los santos Sacramentos, lleno de fe y de esperanza en las promesas de Dios y de su reino. El corto elogio que los Padres del Capítulo provincial celebrado en 1612 hicieron de este venerable misionero, nos descubre claramente su perfeccion religiosa. «En el convento de Manila, dicen, murió en el Señor Fr. Luis Gandullo, sacerdote y padre antiguo, varon observantísimo y esclarecido ejemplar de todas las virtudes.» No fué ménos gloriosa la memoria que los padres del Capítulo general celebrado en 1615 hicieron del mismo venerable; pues se leen en ella estas palabras tan expresivas y elocuentes: «Siendo de setenta años de edad, volvió al Señor su alma santísima.»

CAPÍTULO V.

Eleccion de Provincial en la persona del P. Fr. Miguel de San Jacinto en 1612.—Fundacion del colegio de Santo Tomas de Manila.—Bases principales y escritura de su fundacion.—Cédulas de nuestros reyes y bulas de Su Santidad para erigirlo en universidad.—Verdadero orígen de sus rentas.—A instancias del Sr. Obispo de Macao pasan á aquel puerto dos religiosos de la Órden, y son expelidos por las autoridades portuguesas.—Orígen de la persecucion que luégo se declaró contra la religion de Jesucristo en el imperio del Japon.—Nuestros misioneros son expelidos de Figen.—Conversion extraordinaria del Gobernador de Congu.—Martirio de algunos caballeros de Arima.—El P. Fr. Baltazar Fort en Nangasaqui.—Edicto contra la religion de Jesucristo.—Suplicios ignominiosos que inventan los tiranos para que los cristianos apostaten de la fe.—Milagroso valor y fortaleza de una doncella cristiana en Sacay.

91. En 1612 celebró la Provincia su Capítulo correspondiente á aquella fecha, en el cual eligió segunda vez por su prelado Provincial al P. Fr. Miguel de San Jacinto. En sus actas se admitió la fundacion del colegio de Santo Tomas de Manila, y en ellas fué nombrado el P. Fr. Domingo Gonzalez para lector de teología, á quien los padres encargaron que procediese desde luégo á organizar y perfeccionar debidamente la enseñanza en este establecimiento religioso.

No habian faltado en la Provincia, desde su fundacion, varones doctos, que hubieran podido honrar con sus talentos las más célebres universidades de la Europa; mas como el objeto principal que los habia separado de su patria y de sus conventos respectivos era la propagacion del Evangelio por toda la haz de la tierra, sólo por necesidad destinaba la Provincia algun religioso á la enseñanza para explicar teología, y áun filosofía alguna vez, á los religiosos jóvenes que áun no

habian podido concluir estos estudios en los conventos de España. A esta escuela conventual solian asistir algunos hijos de españoles que deseaban entrar en la carrera eclesiástica, habiéndose aumentado con el tiempo estos alumnos externos, hasta el punto de hacerse necesario un establecimiento público en donde pudiera darse con más comodidad esta enseñanza. El ilustrísimo Sr. D. Fr. Miguel de Benavides, arzobispo de Manila, lo procuró con todos sus esfuerzos, como quien conocia por experiencia la necesidad de sacerdotes. Este varon venerable y en todo concepto insigne estaba en la persuasion de que los religiosos de la Órden no llenarian perfectamente el fin de su institucion, si todos ellos se habian de consagrar exclusivamente á las misiones, sin dedicarse tambien á la enseñanza, en la que se han de formar continuamente nuevos operarios evangélicos, para trabajar en el ministerio de las almas como dignos sacerdotes del Señor. Hondamente poseido de tan alto pensamiento, apénas fué promovido á la silla metropolitana de Manila, nombró á un religioso de la Órden para explicar en la iglesia catedral la suma de Santo Tomas á los jóvenes seglares que deseaban ascender á las órdenes sagradas, por no ser áun bastante á cubrir esta necesidad la reducida escuela conventual de Santo Domingo de Manila. Esto le movió á idear la fundacion de un colegio en donde se perpetuase aquella cátedra, lo que no pudo llevar á efecto por su muerte prematura. Dejó, no obstante, á este fin todo lo que tenía, con su hermosa biblioteca; pero sus expolios fueron de tan poca importancia, que todo su valor no pasó de mil y quinientos pesos, suma insu-

ficiente á toda luz para llevar á su término una empresa tan costosa. Es preciso, sin embargo, confesar en obsequio de la justicia y la verdad, que esta idea generosa era tambien de la Provincia, y estaba en su pensamiento ántes que nadie promoviese esta gestion. Por eso se apresuró á realizarla por medio de su representante el P. Fr. Bernardo de Santa Catalina, albacea del Sr. de Benavides, y encargado especial de la proyectada fundacion, el cual halló algunos bienhechores que le facilitaron algunos recursos para dar principio á dicha obra. Tales fueron D. Pablo Rodriguez de Araujo, D. Andres Hermosa y D. Juan Morales, que le ofrecieron al efecto, el primero tres mil seiscientos cuarenta pesos, el segundo dos mil, y el tercero ochocientos solamente. Poco despues el obispo de la Nueva Segovia, D. Fr. Diego de Soria, legó tambien su librería, y tres mil ochocientos duros ademas, para el mismo fin y objeto. Cantidades que sirvieron para comprar algunas casas, donde se daba en un principio la enseñanza, y más tarde se destinó su local para levantar el edificio que hoy existe, si bien ensanchada, finalmente, su planta primitiva con otras fincas y anejos, que sucesivamente se compraron á expensas de la corporacion.

92. Hasta el año 1611 no se publicaron las bases de la nueva fundacion, porque no contaba todavía la Provincia con suficientes fondos para llevarla á efecto. La escritura de fundacion se otorgó en 28 de Abril de este año, ante el escribano real D. Juan Illan, firmada por el Provincial, el P. Fr. Baltazar Fort y los padres Fr. Francisco Minayo, prior del convento de Manila,

y Fr. Bernardo de Santa Catalina, ya citado, comisionado especial del Ilmo. Sr. de Benavides para cumplir en esta parte su última voluntad. En ella se declara: que el Colegio se fundaba con los mil quinientos duros de los expolios de este Ilmo. Prelado, y cantidades de los tres bienhechores mencionados: que como fundadores de esta casa, querian que el Provincial de la Órden tuviese la prerogativa y privilegio de nombrar todos los lectores que fuesen necesarios con el tiempo para llenar el objeto de esta piadosa fundacion: que el estudio de Humanidades, Filosofía, Teología dogmática y moral, debia estar á cargo siempre de los religiosos de la Provincia; y finalmente, dispusieron lo conveniente para asegurar la propiedad de las rentas y bienes del colegio. Efectivamente se previene en la escritura que si, en algun caso posible, alguna potestad constituida tratase de entrometerse en su gobierno, ó quisiese perturbar ó intervenir la administracion de este instituto, se traslada el dominio de sus bienes habidos y por haber á la Provincia religiosa del *Santísimo Rosario.* «Establecemos y ordenamos, dicen, que por cuanto el dicho colegio se funda con la limosna que para él dedicó el dicho Sr. Arzobispo y los demas difuntos, como está declarado, al arbitrio de mí el dicho P. Fr. Bernardo de Santa Catalina, queremos y es nuestra voluntad que si en algun tiempo pretendiere de hecho y de derecho tener algun dominio, por via de patronazgo, ó en otra cualquier manera, algun príncipe eclesiástico ó seglar, para querer disponer de los bienes y rentas del dicho colegio, y de entrometerse en la administracion y gobierno de él, ó impedir

y perturbar su efecto, por cualquier modo y forma que sea, y por cualquier juez ó persona poderosa, ú otro cualquier que lo haga; desde luégo para entónces aplicamos los dichos bienes y hacienda con que se funda el dicho colegio á la dicha Provincia y religiosos de la Órden, para que todo ello, con las dichas casas y colegio, y sus aumentos y mejoras, lo haya y goce como bienes propios, adquiridos con justo y derecho título, y damos por nula y ninguna esta fundacion, como si no se hubiera hecho, con cargo de tener cuidado la dicha Órden de decir misas y otros beneficios y sufragios para las almas del dicho Sr. Arzobispo y los demas con cuya limosna y bienes se da principio á esta fundacion, y de los demas que adelante, en cualquier tiempo y manera, dejaren y aplicaren algunos otros bienes para ella, de manera que por este modo se haga satisfaccion por parte de la dicha Provincia de las dichas limosnas á los dadores de ellas.»

Los recursos con que contaban los fundadores por entónces eran insuficientes ciertamente para la realizacion del pensamiento; por esto los primeros catedráticos, incluso el Rector de este colegio, que, segun las actas del Capítulo provincial de 1616, ya estaba instituido en este año, vivieron por algun tiempo en el convento de Santo Domingo, y hasta el año de 1619 no se dió la última mano á dicha obra. En el Capítulo provincial que se celebró en aquella fecha, fué instituido rector el ex-provincial Fr. Baltazar Fort, uno de sus fundadores, á quien asociaron por entónces dos catedráticos de teología, uno de filosofía y dos hermanos legos de la Órden. En el mismo año la Provincia solicitó del

superior Gobierno de estas islas, y de los dos cabildos eclesiástico y civil, de esta ciudad, el permiso competente para la ereccion formal y apertura del colegio, contando con el de S. M. C. que se obtuvo á su tiempo para el caso. En su virtud, el dia 15 de Agosto de aquel año, el Rector dió la beca á doce colegiales españoles, hijos de las primeras familias de Manila, á los que despues se agregaron otros muchos. En esta forma quedó establecida por entónces la enseñanza pública y compententemente autorizada de establecimiento literario. El Sr. D. Felipe IV aprobó y confirmó dicha enseñanza, con el permiso y autorizacion anteriormente obtenidos, por una cédula real, fechada en 27 de Noviembre de 1623, que ha formado la ley 53, tít. XXII, lib. I de la Recopilacion de Indias, en los términos siguientes: «Por cuanto con licencia del Ordinario y Gobernador de las islas Filipinas, y acuerdo de la Real Audiencia de ellas, los religiosos de la Órden de Santo Domingo, en la ciudad de Manila, fundaron un colegio, donde se lea gramática, artes y teología, en que pusieron dos religiosos de cada facultad y veinte colegiales seglares, de que ha resultado y resulta grande provecho á la juventud, predicacion del santo Evangelio y enseñanza de los hijos de los vecinos; mandamos que usen los dichos religiosos de la licencia que el Gobernador les dió para fundar el colegio y leer en él las dichas facultades.»

93. Los sumos pontífices Paulo V y Urbano VIII, por sus breves de 11 de Marzo de 1619 y 7 de Enero de 1629, concedieron facultad á nuestra Órden para que pudiesen conferir los grados de bachiller, licenciado, doctor y maestro á los alumnos de sus colegios es-

tablecidos en las Indias Occidentales, los que fueron extendidos á los de las islas Filipinas por el Real Consejo de las Indias. Despues, en 20 de Noviembre de 1645, la santidad de Inocencio X concedió al colegio de Santo Tomas el título de universidad, cuyo breve, que sólo hablaba de las facultades de artes y teología, fué extendido por Clemente XII á las de derecho canónico y civil, y demas que en el trascurso del tiempo se fundasen, por una bula despachada en 2 de Setiembre de 1734. Todas estas gracias, no sólo obtuvieron el competente pase regio, sí que tambien hanse obtenido á instancia de S. M. C.; confiriendo, en virtud de ellas, los rectores de dicho establecimiento, todos los grados académicos en las expresadas facultades á los alumnos en quienes concurran los expresados requisitos prescritos por los estatutos de la universidad. Posteriormente, por cédula Real de 17 de Mayo de 1680, S. M. recibió la universidad bajo su Real proteccion, y declaró ser su patrono á instancias de la Provincia. Finalmente, y por otra Real cédula de 7 de Marzo de 1785, le confirió el título de Real, elevándola al rango de las universidades más ilustres de la monarquía española.

Como el objeto principal que se propusieron los fundadores del colegio habia sido el educar á la juventud de Filipinas, y darla por este medio la instruccion más conveniente para que pudiesen aspirar y ser promovidos dignamente al sacerdocio los que fuesen llamados por Dios al verdadero servicio de su templo, se contentaron al principio con establecer las cátedras de gramática latina, retórica, artes y teología dogmática

y moral, para cuyo desempeño ha destinado siempre la Provincia un número conveniente de religiosos que pudiesen ilustrarla con su saber y buen ejemplo. Empero estas facultades, si bien llenaban el objeto de aquellos venerables fundadores, no bastaban á satisfacer las exigencias y necesidades del país, que echaba de ménos desde entónces la carrera del derecho en este plan incompleto de enseñanza. Persuadido S. M. de las razones que aconsejaban llenar este vacío, autorizó y ordenó posteriormente la enseñanza general de ambos derechos para abrir á los hijos del país las puertas del foro y de la Iglesia. Organizados de esta suerte los estudios de esta universidad, nadie tiene necesidad de abandonar este su país nativo para seguir una carrera en la Península, ni hacer gastos al efecto, que los más no podrian soportar seguramente.

94. Las rentas que en el dia posee este colegio han sido todas ellas adquiridas por los mismos religiosos, pues los donativos gratuitos que los primeros bienhechores franquearon, fueron invertidos en la compra de algunas casas que despues han sido derribadas para levantar en sus solares una parte de la fábrica que en la actualidad existe. Entre las obras pías que la santa mesa de la Misericordia administra, habia algunas mandas destinadas para costear dos becas de colegiales; pero se han cobrado pocas veces, y en el dia bien poco se cobra, efecto de los siniestros y grandes vicisitudes que han debido sufrir aquellos fondos. Con el producto de algunas capellanías, cuyas cargas desempeñaban los religiosos profesores, y con las tierras que sucesivamente se fueron adquiriendo, gravándolas al efecto con toda

suerte de censos é hipotecas, es como los religiosos de la Órden han podido asegurar su subsistencia, sin ser gravosos al Estado, ni depender del erario este gran establecimiento de enseñanza. Mantienen ademas los religiosos dominicos, en este colegio de su cargo, numerosas becas de españoles, completamente gratuitas, y sin que la Corporacion esté obligada á tan grande sacrificio por ninguna fundacion que exista para el efecto.

Aquí tienen, pues, los hijos de las honradas familias españolas un recurso inapreciable para dedicarse á los estudios sin gastos ni gravámen alguno de sus padres, que entregando sus hijos desde niños á nuestros religiosos profesores, pueden estar seguros de recibirlos á su tiempo perfectamente educados en los deberes cristianos y civiles, sin haber tenido que hacer expensa alguna en este establecimiento.

95. Por este mismo tiempo trataba la Provincia de fundar una mision en el vecino y populoso imperio de la China. Con este fin habia destinado dos insignes religiosos en el Capítulo provincial de 1612, que fueron enviados á Macao con el Ilmo. Sr. D. Juan Pinto de la Piedad, obispo de aquella diócesis, al regresar de estas islas á su iglesia. Este prelado venerable habia tratado muy de cerca á nuestros religiosos residentes en aquella Capital, y los miraba con mayor respeto cada dia por su conducta edificante y ejemplar. Deseaba, por otra parte, en gran manera extender por todas partes el reino de Jesucristo en los países que le habian sido encomendados, y trató con la Provincia de llevarse algunos misioneros de su seno, sin reparar por entónces que eran religiosos españoles, á quienes los de su nacion mira-

ron siempre con la mayor desconfianza. Escribiendo al Maestro General de nuestra Órden, despues de haber elogiado sus virtudes, su pobreza religiosa y su celo, finalmente por la conversion de los infieles, le decia conmovido estas palabras: «Cuando me acuerdo que he de volver á Macao, muero de pesar. Sólo un remedio espero, y es que será nuestro Señor servido de consolarme por medio de V. Rma., el cual será en grandísimo servicio de Dios, nuestro Señor, bien y honra de nuestra sagrada religion, y aumento de la cristiandad de la China, y consuelo mio y de los infieles, y es restituir V. Rma. á estos PP. españoles el convento que sus pasados edificaron en Macao, y que esté sujeto á esta provincia de Manila, que con esto se reformará y volverá á su perfeccion. Hay aquí religiosos que saben la lengua china grandemente, y que harán grande fruto en la tierra donde resido y en las demas que están por cultivar.» La carta de este celoso obispo de Macao, fechada en Manila á 25 de Junio de 1610, llegó á Europa cuando estaba para celebrarse el Capítulo general de París de 1611, en el cual se vió y atendió su peticion; pues se confirmó en él el derecho, mucho ántes declarado, que la Provincia del *Santísimo Rosario* tenía sobre nuestro covento de Macao, y perpetuo en sus actas una memoria muy grata á esta provincia religiosa. «Con gran gozo de todos nosotros, decian los definidores, hemos sido informados con relacion cierta que nuestra Provincia del *Santísimo Rosario* de Filipinas ha hecho y hace cada dia grandes frutos en la conversion de los gentiles de aquel orbe; y que está muy en su vigor la observancia regular; y aunque pe-

ıeña en el número de religiosos, con todo esto ha tendido larga y anchamente sus ramas áun en los nos del Japon; y cuáles hayan sido las ganancias que han tenido, puédese colegir de que algunos de los ɔnes por ellos enseñados, áun recien convertidos á stra santa fe, están tan crecidos en caridad, que mu-on por ella, como en relacion cierta é impresa se ha referido; y áun no contentos con esto, se apres-para enviar algunos de sus religiosos al pobladísimo ıo de la China, adonde los llama el Ilmo. prelado Fr. Juan de la Piedad, obispo de Macao, portugues.»

Estas honoríficas y consoladoras letras áun no se han recibido en Manila cuando la Provincia celebró Capítulo de 1612, en el que se destinaron para China ıs RR. PP. indicados para llenar los deseos de aquel strísimo prelado. Eran los PP. Fr. Tomas Mayor y Bartolomé Martinez, ambos instruidos en el difí-idioma de los chinos, y ministros muy celosos de la ria de Dios y de su templo. Llegaron, con efecto, ıy animosos á Macao, confiados en el valimiento del ɔispo, quien, como padre y prelado, podia y debia ɔcurar á todo trance fervorosos misioneros á la in-ensa muchedumbre de paganos, esparcidos, por su al, en el vastísimo campo de su diócesis. Pero los nue-s misioneros no eran portugueses, como es visto; y ɔmo habia sucedido en el Japon, hallaron tambien ı la China la oposicion más obstinada; oposicion que o podian superar ni sus virtudes, ni su celo, ni áun la ıtoridad de aquel prelado, que los habia llamado *motu opio* para anunciar en la China la religion de Jesu-isto. Contrariados, pues, nuestros religiosos por los

portugueses de Macao, desistieron por entónces de su empresa. El resultado fué, que el P. Fr. Tomas Mayor, al ver frustrados sus deseos de predicar en la gran China el Evangelio de Dios, se desanimó hasta el punto de regresar á su convento, y el P. Martinez se volvió á Filipinas, esperando que el Señor le ofreciera otra ocasion más oportuna para ejercitar su celo en la salvacion eterna de las almas.

96. En el Japon tambien sufrian por entónces nuestros celosos misioneros la oposicion de los sacerdotes portugueses, que en union con el Obispo que allí tenian, y en su manera de ver, áun creian subsistente el breve de Gregorio XIII, despues que habia sido revocado por la Silla Apostólica, que lo declaró sin efecto tan luégo como llegó á entender que aquel privilegio exclusivo, obtenido sin instruccion bastante de las causas, redundaba en perjuicio de la fe, que se debia de propagar por todo el mundo. Aun existe una carta original en nuestro archivo de Manila, del P. Fr. Alonso de Mena, vicario provincial de nuestros religiosos en aquellas islas, en la que se quejaba amargamente de las molestias que sufrian de aquellos sacerdotes portugueses. «Uno de los mayores trabajos que tenemos, decia, es el no poder convencer á estos ministros de Dios de las razones que tenemos para poder predicar á Jesucristo en estos reinos, y ahora el Obispo que todavía nos cita el breve de Gregorio XIII, y ha mandado que no nos den en sus iglesias recado para decir misa; lo cual guarda al pié de la letra: y así al P. Fr. Tomas de Zumárraga y á mí nos sucedió, estos dias pasados, que andando el camino llegamos á una visita de estos bue-

nos sacerdotes, y el padre que está una legua de allí envió á mandar al sacristan que no nos dejase decir misa; y así, aunque nosotros llevamos todo recado de decirla, y no pediamos más que el altar, no nos dejaron, y nos volvimos con harta vergüenza, porque estaban ya muchos esperando para oirla; y ellos nos tuvieron harta lástima.» Era muy triste, por cierto, que miéntras las autoridades paganas del Japon no tenian el menor reparo en que los religiosos españoles predicasen la ley de Jesucristo en sus dominios, los ministros portugueses les molestaban de mil modos para que abandonasen las tareas apostólicas, que tan felizmente habian comenzado en aquel reino. Los inconvenientes que de esto debian naturalmente resultar, fueron quizás los que principalmente provocaron la persecucion general que sobrevino á todos los cristianos del Japon. Darémos algunos antecedentes, sin embargo, sobre otras causas, que pudieron exacerbar las circunstancias, y que la historia severa debe consignar en sus anales.

Era por los años de 1609, cuando apareció en las aguas de Macao un buque del Tono de Arima con efectos mercantiles. Los marineros japones de su bordo habian tenido una contienda muy reñida con algunos portugueses, que, capitaneados por Andres Pezon, quitaron la vida á varios de ellos de una manera sangrienta. El mismo año fué este portugues á Nangasaqui con un buque de su nacion, y tuvo varios encuentros con Safioye, gobernador gentil de la ciudad. Éste, que no ignoraba el suceso desagradable de Macao, se propuso arruinar á su imprudente adversario, que no habia sabido prever el resultado fatal de esta jornada.

El gobernador Safioye, que acechaba la ocasion de sacrificarle á su venganza, elevó contra él una terrible acusacion á Dayfusama. La respuesta del Regente fué, que se asegurase el cargamento del navío portugues, y la persona de Pezon fuese desde luégo remitida á la córte de Meaco. El acusador japon, al recibir la órden del Regente, trató de llevarla á efecto, auxiliado del Tono de Arima. Era un dia nebuloso, cuando el buque portugues apareció de repente, rodeado de embarcaciones numerosas, montadas por gente armada, de cuya fuerza formidable no le era posible ya evadirse. Mas no por esto el portugues se rindió á sus enemigos, y en la desesperacion de su coraje puso fuego á la pólvora del buque, pereciendo él mismo en la explosion, con la tripulacion y el cargamento. Este acontecimiento desgraciado, al paso que irritó más á Dayfusama, le reconcilió al mismo tiempo con el Tono de Arima, que habia caido anteriormente de su gracia. Desde entónces el Regente le prodigaba con frecuencia toda clase de favores, que motivaron su ruina estrepitosa. Envanecido este régulo con la nueva privanza del Regente, se dejó llevar de sus codiciosos sentimientos, pretendiendo á todo trance la indemnizacion completa de unas ricas posesiones que habia perdido en la guerra. Para conseguir su fin, comprometió en su negocio á algunos cristianos tépidos, cuya conducta no fué nada conforme, en aquel caso, con la sencillez y pureza de intencion que prescribe el Evangelio. Tenía relaciones este régulo con D. Pablo Dayfachi, secretario de magnate del imperio y gran privado del Regente. Con su cooperacion y por su medio creyó que le se-

ría fácil y hacedero llevar adelante su propósito, habiendo en cuenta el afecto interesado que éste le mostraba á todas horas. Para llevar á cabo su designio, franqueaba todas las sumas que Dayfachi le pedia, pero sin adelantar mucho en su negocio. Cansado ya de esperar y gastar inútilmente, le dijo finalmente, despechado, que le devolviese su dinero, ó le alcanzase la gracia prometida; ó que, en caso negativo, lo acusaria al Regente de sus crímenes. Mas como quiera que el malvado no pudiese cumplir ningun extremo de aquella disyuntiva indeclinable, el Tono realizó sus amenazas, y en su consecuencia, fué Dayfachi condenado finalmente al suplicio de las llamas, como estafador infame del imperio. Esta sentencia horrorosa, que parecia por el pronto el triunfo de la justicia en aquel régulo, fué la causa principal y determinante de su ruina; pues los parientes y deudos del desgraciado Dayfachi, resentidos hondamente de aquel Tono, juraron destruirlo para siempre y consumar su exterminio. Para conseguir el fin de su venganza, hicieron conocer á Dayfusama la iniquidad de los medios con que trataba de recuperar las posesiones de que habia sido justamente despojado, y en fuerza de sus revelaciones espantosas fué condenado al último suplicio con dos hijos, de los cuales sólo pudo salvarse D. Miguel, por estar casado con su nieta. Estos hechos espantables exacerbaron hondamente el ánimo del Regente, y sus iras temerosas, que necesitaban desbordarse, vinieron á estrellarse, finalmente, contra todos los cristianos. Desde luégo promulgó un edicto furibundo, disponiendo que todas las iglesias del Camí y del Kuanto fuesen inmediatamente derriba-

das, y que todos sus vasallos que hubiesen abrazado el cristianismo renegasen para siempre de su Dios y de su fe. El tiránico decreto se ejecutó sin pérdida de tiempo en todas partes, y sólo se libraron las iglesias de los PP. Franciscanos de Fugimi, la nuestra de Meaco y una de los PP. Jesuitas, que pudieron finalmente rescatar. Desde esta época, que comenzó en 1612, data la segunda persecucion que padeció la iglesia del Japon, que no cesó ya de ensangrentarse contra los adoradores de la cruz, miéntras hubo sacerdotes y cristianos que sacrificar á su furor.

97. El Tono de Figen todavía toleró á nuestros misioneros algun tiempo, á pesar del edicto que habia publicado el Regente; pero temiendo caer en su desgracia si llegaba á su noticia que protegia en sus estados la religion verdadera que él se habia propuesto destruir, el dia 23 de Setiembre de 1613 les pasó un aviso atento para que se fuesen buenamente, por haberlo ordenado así (segun decia) el regente Dayfusama. Desde este dia nefasto cesó ya la proteccion á los PP. misioneros, y todos se dispusieron á partir de aquel país desgraciado. Renunciamos, por imposible, á describir las escenas de ternura, de sentimiento y de dolor que no pudo ménos de producir tan triste y desgarrador apartamiento en todos los corazones fervorosos de aquella perseguida cristiandad.

98. Estaban en Figen á la sazon los PP. Fr. Alonso de Mena, Fr. Jacinto Orfanell y Fr. Juan de Rueda; los dos primeros salieron para la ciudad de Nangasaqui el dia 8 de Octubre, y el tercero, vestido de japon, se fué al reino de Omura para animar y consolar

á los cristianos, que ya se estaban disponiendo para el último combate. La llegada consoladora y oportuna de este venerable misionero fué muy útil, en efecto, para aquella grey amenazada; pues los fieles de aquel reino estaban hondamente poseidos de su profunda desgracia, y con su dulce presencia cobraron ánimo y valor. A los PP. Alonso y Orfanell les ocurrió, en su viaje á Nangasaqui, un caso providencial, que debe y merece consignarse en letras de oro. Altamente preocupados de la gran calamidad que pesaba sobre ellos, les sale al encuentro, en el Congu, un mandatario del gobernador de aquel distrito, suplicándoles por Dios y por el cielo, de parte de su señor, que pasasen un momento á su morada; pues deseaba comunicarles un secreto de urgente necesidad y alta importancia. Los padres misioneros accedieron gustosos á una indicacion tan grave, presintiendo interiormente algun desenlace extraordinario de la gracia, cuyos efectos milagrosos solian experimentar frecuentemente. Al acercarse, en efecto, á la casa-habitacion de aquel funcionario público, les sale al encuentro presuroso, vertiendo de sus ojos abundantes lágrimas y articulando apénas algunas palabras inconexas de sentimiento y de dolor. Compadecidos los padres de su pena, le dijeron con ternura que si estaba en su mano el consolarle en aquel caso, les manifestase francamente el motivo de sus penas. Entónces cobrando el afligido prefecto algun aliento y confianza, les habló de esta manera: «Yo, padres mios, soy el hombre peor del mundo, é indigno de besar los piés al último criado de mi casa; porque, por condescender con la voluntad del Tono de Arima, á quien

estoy sujeto, he abandonado la fe de mi Dios y mi Señor.» Por la confesion espontánea de este caballero, conocieron los PP. misioneros que Dios lo llamaba á penitencia por su misericordia. Su caida habia sido ruidosa á la verdad, y la reparacion completa del escándalo debia ser muy difícil; mas, como estaba dispuesto á todo, y se prestó sin dificultad á las instrucciones y penitencias que le dieron, no dudaron los PP. misioneros en reconciliarlo con la Iglesia, y administrarle desde luégo el santo sacramento de la Penitencia, que pedia.

El parentesco que el miserable Tono de Arima habia contraido con el regente Dayfusama, despues de haberlo inducido á la más vergonzosa apostasía, lo iba precipitando cada dia en un abismo sin fondo, donde se agitaba su conciencia, atormentada sin cesar por sus maldades. Mas, no contento el Regente con la conducta criminal de aquel cobarde desertor del cristianismo por lo que tocaba á su persona, quiso ademas que indujese á los de Arima, con su palabra y con su ejemplo, á que abandonasen para siempre la religion de Jesucristo. Persuadido Dayfusama de lo difícil y arriesgado de su empresa (casi todo el reino era cristiano), le asoció en esta obra de impiedad un hábil bonzo, para que lo ayudase en su proyecto con su astucia proverbial y malas artes. Este ministro del diablo acompañó, con efecto, al Tono infame por las principales ciudades de su reino en prosecucion de su demanda; mas su apostolado impío no produjo, ni de mucho, los efectos prodigiosos que se habia propuesto el tirano en su delirio. Creyendo el bonzo, finalmente, que la esterilidad

de sus amaños contra la obra de Dios procedia de la tibieza con que el Tono se conducia en la persecucion de los cristianos, lo acusó á Safioye (diputado especial de Dayfusama para destruir la religion de Jesucristo en aquel reino), diciéndole claramente que, si bien en lo exterior habia renegado de la fe, en lo interior debia ser aún cristiano, habida consideracion al poco celo con que procuraba cumplir en esta parte el rigoroso mandato del Regente. En virtud de esta denuncia escribió Safioye desde luégo al apóstata de Arima, y le reprendió ásperamente por su culpable tibieza en el cumplimiento rigoroso de su deber oficial en aquel punto. Y para obligarle por el temor, que era su flaco, á desplegar más energía en la persecucion de los cristianos, le prevenia desde luégo que le denunciaria á la córte si no daba cumplimiento con más estricta exactitud á lo que se le habia ordenado con tanta seguridad por el Regente del imperio, si no secundaba sus designios con mayor actividad. Apretado el apóstata de Arima por estas severas amenazas, suplicó á sus criados que apostatasen á su ejemplo, para que de esta suerte pudiese dar alguna prueba de obediencia á Dayfusama, y cubrir de algun modo su responsabilidad en aquel caso. Pero aquellos cristianos, más amantes de su fe que de su Tono, despreciaron su propuesta, y no quisieron acceder á sus deseos. Al ver frustrados por esta via sus intentos, é instado siempre por Safioye y por su consorte, áun infiel, motivo principal de su caida, hizo llamar á ocho caballeros de su reino, y les rogó que se compadeciesen de su triste y desgraciada posicion, abandonando la religion de Jesucristo, que todos

ellos profesaban, siquiera fuese en lo exterior, para sacarlo del grave compromiso en que se hallaba. No faltó alguno, por desgracia, que, por una compasion mal entendida, se prestó cobardemente á tan impía exigencia, abandonando á su Dios por conservar á todo trance aquella efímera amistad que su señor les prometia. Uno de estos miserables era el Gobernador del Congu, á quien nos venimos refiriendo, y por cuya falta fué abandonado justamente de su cristiana consorte y de sus fieles criados, despues de haberle afeado su abominable conducta. Desde entónces, acosado por los remordimientos incesantes de su culpa, y avergonzado y confuso por su debilidad inexcusable, se entregaba noche y dia á la más triste pesadumbre, hasta que por fin halló el consuelo de purificarse de esta mancha, y de limpiar su conciencia en las aguas saludables de la vida por medio de una sentida y dolorosa confesion de sus pecados. Los otros régulos cómplices, arrepentidos tambien postreramente de su nefanda apostasía, se presentaron al mismo Tono, su señor, y le dijeron que habian hecho mal en renegar de su fe; que entendiese para siempre que eran cristianos como ántes, y que se hallaban muy dispuestos á morir, si era preciso, por Dios y sus creencias. Mas el Tono, que sólo habia dado aquel paso para salvar su compromiso, no trató de molestarlos en su caso.

99. Los otros religiosos caballeros, que se habian negado firmemente á las sugestiones del apóstata, consiguieron poco despues la gloriosa palma del martirio; pues, noticioso Safioye de su noble y generosa resistencia, mandó al miserable Tono que los prendiese al

momento, y los hiciese arrojar en una pira para ser abrasados por las llamas, con sus hijos y mujeres juntamente. La prision de estos caudillos, que se verificó el dia 6 de Octubre de aquel año, fué una de las más famosas y más célebres que se habian visto jamas en el imperio. A esta noticia funesta, que voló por todas partes con la rapidez del rayo, se presentaron en la cárcel y en sus alrededores y cercados más de quince mil cristianos, que apénas podian convencerse de lo mismo que veian. No podian, en efecto, comprender que tres caballeros distinguidos, tres Tonos acreditados, tres régulos del imperio, se viesen encarcelados por haber sido fieles á su Dios, y por órden y ministerio de aquel mismo que profesaba poco ántes la misma religion y el mismo culto. Asustado el bonzo infame á vista de aquella innumerable muchedumbre de cristianos, y temiendo desde luégo alguna sublevacion aterradora, dió parte inmediatamente al sanguinario Safioye, que residia á la sazon en Nangasaqui. Asustado tambien éste de la imponente actitud de los cristianos, no tuvo más arbitrio, que llamar á los regidores del distrito, que todos eran cristianos, á fin de que le sugeriesen algun medio para evitar las consecuencias de aquella reunion espantadora, que se habia agrupado prestamente, y como por encanto incomprensible, en derredor de la cárcel de los Tonos cristianos. Sin embargo de que le aseguraron por de pronto que nada tenía que temer, el dia siguiente los venerables confesores fueron conducidos al último suplicio, ántes que cundiese más el movimiento y fuese más peligrosa la actitud amenazadora de los pueblos.

Apénas rayó, en efecto, aquel dia memorable, sacaron de la cárcel tenebrosa á los campeones de la fe, para llevarlos, cual víctimas, al lugar del sacrificio. Aquélla fué una escena nunca vista, un espectáculo, un hecho desconocido é inenarrable en las islas del Japon. Iban vestidos los Tonos con unas túnicas blancas, y llevando reverentes una cruz en las espaldas, y otra ademas en el pecho, como símbolo glorioso de su religion y de su fe. Los hermanos y asociados de una santa cofradía, á que pertenecian aquellos régulos, los acompañaban al suplicio con candelas encendidas y con rosarios en sus manos, cantando en procesion pública la letanía de la Vírgen con la más solemne entonacion. El aspecto de los venerables confesores infundia reverencia á toda aquella muchedumbre, que se agrupaba piadosa al andar de su camino. Léjos de temer aquellas víctimas los efectos de las llamas, en medio de las cuales iban á ser sacrificadas muy en breve, mostraban en sus semblantes una alegría y majestad incontrastable, con la cual alentaban á los débiles y llenaban de confusion á los gentiles. Llegaron, por fin, los campeones al lugar del sacrificio, y miéntras los ministros de justicia estaban levantando una estacada al rededor de la hoguera, los fieles procuraban cambiar su ropa y sus prendas con las de los venerables confesores, para conservarlas siempre como reliquias preciosas. Ya estaba la leña prevenida, y los verdugos siniestros con las teas en la mano iban ya á encender la pira, cuando Leon Taquedomi, uno de aquellos paladines de la cruz, hablando en nombre de todos, levantó su voz y dijo: «Morimos, Señores, por la fe que hemos recibido en

el bautismo. Debemos este homenaje al autor de nuestra vida, que es el verdadero Dios de los cielos y de la tierra. Él nos da á conocer su santo nombre, y morimos libremente por su religion y por su culto. Esta es la fe verdadera, que deben conservar siempre todos los cristianos del Arima.» En seguida se encaminó con la mayor serenidad y grandeza de espíritu al lugar que le estaba prevenido. Entónces sacó de su seno una imágen religiosa, la adoró devotamente, y en seguida la entregó con expresion de ternura á su mujer, que no estaba muy distante de su esposo. Era cristiana como él, y tambien iba á morir por su Dios y por su fe. Encendida ya la leña, y colocados los atletas venerables en medio de las llamas, no dieron señal alguna de flaqueza al sentirse devorados por el fuego. El venerable Leon Taquedomi vió quemarse las amarras con que sin necesidad le sujetaban, y sin moverse del fuego espiró poco despues, haciendo la señal de la cruz sobre su frente. Un niño tierno y hermoso, que se llamaba Jacobo, al ver tambien abrasadas sus ataduras y sus cuerdas, se encaminó por sus piés en el estado más lastimoso y más horrible adonde estaba padeciendo su dulce y piadosa madre, y al verla ya moribunda, sólo se oyeron estas voces: «¡Madre mia! ¡Hijo mio! ¡Jesus! ¡Jesus!» Al espirar en sus labios este dulcísimo nombre, volaron al cielo juntamente sus almas predestinadas para no separarse ya jamas el hijo y la madre en la otra vida. ¡Qué espectáculo! ¡Qué escena! ¡Qué religion y qué grupos! Si Tito Livio ó Genofonte hubieran presenciado este suceso en las plazas de Roma ó de la Grecia, hubieran hecho de su narracion una epopeya, y hubieran

hecho resonar toda la tierra con las cien trompas de la fama. De esta suerte consumaron estos venerables confesores del Señor el sacrificio de sus vidas por la fe que profesaban, dejando á las generaciones venideras un ejemplo de constancia y de fortaleza invictas, capaces de alentar en los combates de la religion y de la fe á los cristianos más débiles y corazones más tímidos.

Por entónces cesó la persecucion en el reino de Arima, y el apóstata, su Tono, en pago de la fidelidad con que trataba de dar gusto á Dayfusama, fué privado para siempre de la herencia de los suyos, y trasladado al reino infeliz de Finga, mucho más pequeño y pobre que el que dejaba por sus vicios. Sin embargo, no por esto dejó de ser un vil esclavo del anciano Dayfusama, á quien procuraba complacer para conservar su vida. Para darle gusto en todo, hacia alarde á todas horas de su apostasía nefanda, y caminando de este modo de precipicio en precipicio, llegó á ofrecer incienso, finalmente, y adorar con torpes cultos á las deidades del imperio. A tan infeliz estado de abyeccion se vió reducido, finalmente, aquel Tono despreciable, en castigo formidable de sus abominaciones.

100. En medio de estos contratiempos, casi todos los PP. misioneros se habian retirado á Nangasaqui, ora lanzados con violencia por las autoridades del país, ora de su propio movimiento, á esperar otra ocasion más oportuna para volver á reedificar el destruido templo del Señor. El ex-Provincial de ésta, Fr. Baltasar Fort, que á la sazon desempeñaba el oficio de Vicario Provincial de nuestros misioneros en aquella ciudad célebre, al ver tantos sacerdotes reunidos en aquel

puerto famoso, despachó á dos de sus súbditos para alentar en todas partes á los cristianos perseguidos, y administrarles tambien en todo caso los santos sacramentos. El uno se quedó para este efecto en las aldeas de Arima y Amaguza, y el otro fué al reino de Figen con las precauciones necesarias para el caso. Otros religiosos dieron principio en este mismo tiempo á esta clase de misiones, que pudiéramos llamar conservadoras, y que fueron de grande utilidad para los fieles; pero que no pudieron ocultarse á la suspicaz política del tirano Dayfusama. Luégo que traspiró el nuevo sistema de estas misiones dispersas, se publicó otro decreto del Regente, dirigido á todos los Tonos del imperio, por el cual les comunicaba bajo las penas más severas que prendiesen inmediatamente á todos los PP. misioneros de sus distritos respectivos, y los enviasen, bien asegurados, á la ciudad de Nangasaqui. Tambien se les mandaba al mismo tiempo que derribasen do quier todos los templos cristianos, y obligasen con su autoridad á sus vasallos á que abjurasen públicamente la religion y la ley de Jesucristo. Uno de nuestros religiosos fué sorprendido en su retiro con tres PP. Jesuitas y dos misioneros Agustinos, estando juntos en Usaqui. Mas este incidente desgraciado, léjos de abatir el ánimo y el valor de los demas, los inflamó de tal modo por la gloria de Dios y de su reino, que abandonaron por fin sus retiros ignorados, y se esparcieron sin temor por los cuatro vientos del imperio á la faz de los cielos y la tierra. No podian en efecto contener los arrebatos de su celo, al ver á los cristianos perseguidos y los peligros que corria la causa de la religion y de la fe. Nuestro

venerable P. Fr. José de San Jacinto fué enviado por esta causa á la misma córte de Meaco, en donde el peligro y la necesidad era mayor, y trabajó allí por mucho tiempo, sin haber sido denunciado felizmente por los perseguidores de la cruz, á pesar de las pocas ó ningunas precauciones que tomaba.

101. Publicado, finalmente, el último decreto del Regente, se llevó á efecto en todas partes con todo rigor y todo apremio. A la prision y destierro de los PP. misioneros se seguia la destruccion de sus altares y sus templos, y luégo toda clase de resortes y de medios vergonzosos para pervertir á todo trance la fe y el corazon de los cristianos. No reparaban los monstruos de aquella persecucion universal en la eleccion de los medios si podian conducir á sus designios, por más horrendos que fuesen á los ojos de la humanidad y del pudor. Algunos de ellos publicaron que los inobedientes y tenaces serian ignominiosamente paseados por las calles y por los lugares públicos, desnudos enteramente, sin exceptuar á las doncellas; y que éstas, despues de todo, serian arrojadas finalmente á los lupanares del imperio, para que juntamente con la honra perdiesen tambien la castidad. Este ardid de los infiernos fué la ruina miserable de muchas cristianas débiles, que prescindiendo de este caso hubieran dado muy gustosas la vida en medio de las llamas, ántes que sufrir tamaña afrenta. Múchos, sin embargo, permanecieron constantes en la fe, despreciando con razon las imprudentes amenazas de los Tonos. Entre los pocos que sufrieron esta clase de suplicio se distinguió especialmente un cristiano fervoroso, llamado Benito por su nom-

bre, con Águeda, su mujer, y con Juan y Melchor, dos hijos suyos. Despues de haberlos desnudado enteramente, fueron paseados por Faqueda, ciudad del reino de Bungo, y no satisfecha aún la crueldad de los tiranos con haberles hecho padecer tan vergonzosa ignominia, los metieron al fin en unos sacos llenos de paja de arroz, y los amontonaron en el suelo, burlándose en su impiedad de aquellas víctimas. Así fué como Benito murió allí mismo á los tres dias, oprimido y asfixiado, como es justo comprender. Su cuerpo fué luégo entregado á las llamas ya cadáver, y sus cenizas lanzadas á las aguas de un torrente, para privar á los devotos cristianos de la posesion de sus reliquias.

102. En Tucuta, ciudad del reino de Chicuyen, padecieron por la fe, hácia el mismo tiempo, algunos cristianos, que se prepararon desde luégo con los santos sacramentos para salir victoriosos en el dia de los combates. Entre los que practicaron estas santas diligencias con nuestro misionero, el venerable P. Fr. Juan de Rueda, se ha conservado la memoria de un médico del país, llamado Joaquin desde el bautismo, con la de otro cristiano, llamado Tomé en la ciudad, y muy conocido en la poblacion por su religiosidad y sus virtudes. Siendo estos buenos cristianos tan fervorosos y exactos en el cumplimiento de la ley santa del Señor, fueron los primeros en sufrir los efectos de la persecucion y del furor, que provocaron en el reino la noticia y la publicacion aterradora del decreto neroniano. Atados, en efecto, por un pié á las ramas de algun pino, fué probada de varios modos su constancia, hasta que cansados los tiranos de hacerlos padecer inútilmente,

los bajaron maltratados, y en seguida les cortaron la cabeza á golpe de hacha.

103. En Meaco, Osaca, Sacay y Fugimí padecieron tambien á la sazon todos los cristianos del país grandes tribulaciones y trabajos por la fe de Jesucristo, si bien no experimentaron, felizmente, las crueldades nefandas que en otras partes del imperio, por la generosa índole de sus gobernadores respectivos. Hacuradono, que lo era de Meaco, se contentaba tan sólo con meter en unos sacos á los que permanecian más constantes, y los amenazaba con la muerte si persistian en su creencia; mas todos sus rigores y amenazas no pasaban de palabras, porque trataba solamente de salir del paso en estos lances, y cubrir de cualquier modo el expediente y las apariencias de la ley. El de Osaca desterró algunos cristianos, y el de Sacay sólo procedió con rigor, en sus dominios, contra una pobre doncella, llamada Catalina segun el nombre de bautismo, é hija de padres infieles, que la arrojaron de su casa por no querer abjurar de ningun modo la religion de Jesucristo. Noticioso el Gobernador del hecho, se empeñó en combatir la fe robusta de aquella vírgen cristiana; mas halló en su alma preciosa un castillo inexpugnable, capaz de resistir á los ataques de todas las potestades del infierno. Cansado de exhortarla inútilmente á que renegase de su fe, la mandó desnudar de medio cuerpo y colgarla de un gran palo en actitud vergonzosa, expuesta á las burlas é indecencias de los hombres inmorales. Sufrió la vírgen heroica tan afrentoso tormento por espacio de tres dias con una constancia milagrosa, hasta que los cristianos obtuvieron el pe

miso de bajarla medio muerta. Mas un hermano de la Órden de nuestro P. San Francisco la curó perfectamente, y vivió aquella heroina hasta una edad avanzada. Otros muchos venerables mártires y confesores del Señor hubo en el imperio del Japon por este tiempo, que sólo son conocidos en la presencia de Dios. Estos ataques, sin embargo, que entónces sufrió la religion en el imperio, sólo fueron los preludios de la persecucion general y prolongada, que no tardó en declararse bajo la tiránica opresion de Dayfusama, en toda la extension de sus dominios.

CAPÍTULO VI.

Capítulo intermedio del P. Fr. Miguel de San Jacinto.—Se constituyen y organizan las vicarías de provincia.—Se admiten las casas de Lingayen y de Bagnotan, hoy Dagupan.—Diferencias y transacciones entre las provincias del *Santísimo Rosario* y Santísimo Nombre de Jesus, sobre la fiesta del Corpus y otras gestiones pendientes.—Muerte y reseña de la vida del Ilmo. Sr. D. Fr. Diego de Soria.—Idem del V. P. Fr. Francisco Minayo.—Se sublevan los indios de la Irraya.—Llega á Manila una mision de treinta y dos religiosos de la Órden.—Sucesos y vicisitudes de su viaje.

104. Por los años de 1614 se celebraba en Manila el Capítulo intermedio del P. Fr. Miguel de San Jacinto. Constituidos en sesion los PP. capitulares, discutieron varios puntos que se conceptuaron necesarios para el bienestar orgánico y gobierno general de la Provincia. En primer lugar, determinaron que los vicarios provinciales ocupasen el lugar preferente al superior, y que en todos los actos de comunidad, estando ausente el Prior ó el vicario de la casa, presidiese á los

demas, no estando á la sazon el Provincial dentro de la vicaría ó de su circunscripcion. Luégo declararon, con autoridad apostólica habida para el efecto, algunos puntos de las constituciones de la Órden, determinando al mismo tiempo que sus declaraciones eran de perpétua duracion por su importancia y gravedad. Entre las disposiciones saludables que se tomaron entónces, se acordó señalar en cada provincia ciertos distritos especiales, con el nombre particular de Vicarías, en las cuales residia un superior, que debia ejercer su autoridad sobre todos los religiosos misioneros de su peculiar jurisdiccion. En Cagayan, las vicarías designadas fueron éstas: el convento de la ciudad de la Nueva Segovia, con un sacerdote y un lego; las casas de Santa María Magdalena de Patta, Abulug, Massi, Fotol y Capinatan, con un vicario y seis sacerdotes; las de Camalanyugan, Aparri, Buguey, Tocolana, Gattaran y Nassiping, con un vicario, seis sacerdotes y un lego; las de Tabang, Tuao, Piat, Malaoeg y Santa Cruz, con un vicario, cinco sacerdotes y un lego; las de Tuguegarao é Iguig, con un vicario y tres sacerdotes. La provincia de Pangasinan se organizó en dos distritos, á saber: las casas de Binalatongan, hoy San Cárlos, Balunguey, Telban, Lingayen y Binmaley, con un vicario, cinco sacerdotes y un lego; y las de Calasiao, Mangaldan, Manaoag, San Jacinto y Bagnotan, con un vicario y cuatro sacerdotes. Así se clasificaron y dividieron otras vicarías. Todo el partido de Bataan se redujo á una sola vicaría, con un vicario y tres sacerdotes. Binondo fué tambien clasificado como vicaría, á la que se destinó un vicario con tres sacerdotes y un lego. En

Japon habia entónces nueve misioneros sacerdotes de la Órden, y todos ellos fueron asignados al convento de la ciudad de Nangasaqui; los demas de la provincia lo fueron al de N. P. Santo Domingo de Manila, á excepcion del procurador de Méjico, que lo fué, con un sacerdote y un lego, al hospicio de San Jacinto, que formaba tambien su vicaría.

Esta sábia ley orgánica era sin duda por entónces la más adecuada y oportuna, habida consideracion, como era justo, á la razon de los tiempos, para mantener en todo su vigor la observancia regular de esta Provincia. De esta suerte, los religiosos destinados al ministerio de los indios tenian un superior inmediato, que podia fácilmente vigilar su proceder, segun las medidas é instrucciones que en el mismo Capítulo provincial se adoptaron al efecto. Cuatro veces al año debian los vicarios visitar las casas de sus distritos respectivos, y debia durar esta visita una semana completa en cada residencia religiosa, en cuyo tiempo tenian lugar suficiente para poder informarse y observar lo conveniente respecto al celo particular de cada uno, y á la manera de conducirse en sus pueblos y cristiandades respectivas. Medida muy conveniente en aquel tiempo de organizacion social y religiosa.

105. En este Capítulo provincial se aceptaron las casas de Lingayen y de Bagnotan, en la provincia de Pangasinan, y la que se debia fundar á breve plazo en los *mandayas* de Cagayan, segun estaba resuelto y acordado. Lingayen habia sido desde antiguo la poblacion principal de la provincia, que los PP. Agustinos habian adoctrinado con gran celo, desde que sus naturales re-

conocieron al Gobierno. Mas sus conquistas religiosas en aquellos tiempos primitivos, y ántes que nuestros religiosos tomáran á su cargo esta provincia, se limitaron casi á los indios de aquella sola poblacion, por la tenaz oposicion y resistencia que los demas ofrecian á su fervoroso apostolado. Nuestros misioneros, sin embargo, tomaron con el mayor empeño y eficacia, como hase visto anteriormente, el ablandar la dureza de aquella gente feroz, y con el auxilio de la gracia y una constancia tenaz, consiguieron su objeto finalmente, y triunfaron de su obstinacion y de su braveza; quedando los PP. Agustinos por entónces como aislados de algun modo en la circunscripcion de Lingayen. Mas su celo, siempre activo, ensayó posteriormente la reduccion de Manaoag, que luégo se vieron precisados á resignar en manos del Obispo por la mucha distancia de aquel punto, y la difícil comunicacion tan necesaria con su residencia principal. Esta sola circunstancia y demas precedentes indicados les ponian en el caso de ceder á la provincia del *Santísimo Rosario* el pueblo de Lingayen, tan luégo como se les ofreciese alguna coyuntura decorosa y favorable. Esto se verificó en 1613 con motivo de una transaccion honrosa para las dos corporaciones, con la que terminó el ruidoso pleito sobre la preferencia en celebrar la fiesta del Corpus en el domingo infraoctavo, que ambas comunidades pretendian. Los PP. Agustinos fundaban su pretension y su derecho en la posesion en que estaban de esta gracia ántes que llegasen los PP. Dominicos á Manila, y ademas en un breve de Clemente VIII, que obtuvieron al efecto durante el tiempo del litigio. A nosotros nos favo-

recian igualmente los breves de S. Pío V, de Gregorio XIII y otro del mismo Clemente VIII. De esta suerte, creyendo las dos corporaciones tener derecho de su parte, hacian la cuestion interminable. Al fin, resolvióse en dicho año á satisfaccion de todos, con motivo de un incidente desagradable que aconteció en Narvacan, de la provincia de Ilocos, en donde administraba un religioso de la Órden por disposicion y encargo del Obispo.

Extraño pareceria á primera vista que nuestros religiosos se hubiesen encargado de la administracion de aquel distrito, que no les habia confiado el vice-patrono de las islas, circunvalado ademas por otros pueblos, cuya administracion estaba á cargo de otra corporacion religiosa. La Historia del Ilmo. Sr. D. Fr. Diego Aduarte (lib. II, cap. XLIV), haciendo mencion del venerable P. Fr. Tomas Gutierrez, asegura que fué ministro de aquel pueblo por espacio de un año; y añade despues á este propósito, que estando los demas pueblos de la provincia de Ilocos á cargo de los PP. Agustinos, nuestra Órden entregó la administracion de Narvacan á dichos padres, por otro pueblo de la provincia de Pangasinan, que es su limítrofe (1), para que de esta suerte toda la administracion de esta provincia fuese de nuestros religiosos, así bien que la de aquélla perteneciese igualmente á los PP. Agustinos. Mas el ilustrísimo Aduarte no refiere el motivo principal de esta permuta, que se aclara en un manuscrito interesante que

(1) Hoy no lo es, por la provincia de la Union, que está por medio, y que formaba parte en un principio de la provincia de Ilocos.

existe en el archivo del convento de nuestro padre Santo Domingo de Manila. Era á la sazon obispo de aquella diócesis, que comprende ambas provincias, el ilustrísimo Sr. D. Fr. Diego de Soria, y tenía un empeño decidido en abrir una comunicacion por el centro de los montes entre Pangasinan y Cagayan, que pertenecia tambien á su obispado. En aquella época lejana, sólo eran conocidos los primeros pueblos que se hallan al otro lado del monte Caraballo, situados en el valle y territorio de Ituy, ignorándose la posicion, y la distancia y demas condiciones topográficas del país, que se extiende desde allí hasta los últimos pueblos de Cagayan, ya reducidos por nuestros celosos misioneros. Las grandes esperanzas que se tenian por entónces de un descubrimiento tan precioso, hacian mirar este proyecto como de grande importancia, y para llevarlo á cabo consideraba el Obispo como necesaria é indispensable la reduccion de aquel país, áun desconocido, por medio de nuestros religiosos, que ya administraban los extremos de aquellas provincias apartadas.

Nuestra corporacion, que ya abundaba en los mismos sentimientos, suplicó al gobernador D. Juan de Silva que le encomendase la reduccion definitiva de aquel valle, cuyos industriosos habitantes, con motivo del beneficioso tráfico que venian manteniendo con los pangasinanes en su tiempo, habian cobrado mucho afecto á los religiosos de la Órden, que adoctrinaban ya entónces á los de esta Provincia. Silva no tuvo dificultad en conceder la gracia suplicada por los nuestros; gracia que nadie hasta entónces habia pretendido ni gestionado formalmente en los términos explícitos que lo

verificó nuestra Provincia. Más los PP. Franciscanos, noticiosos al fin de esta gestion de los PP. Dominicos, reclamaron para sí esta concesion, fundándola en la proximidad reconocida de los montes de Baler, en donde ellos habian principiado sus misiones. Entónces el Gobernador revocó la gracia otorgada á la provincia del *Santísimo Rosario*, para que los PP. Franciscanos pudiesen ejercer su celoso ministerio en el deseado valle. Al ver el Obispo frustrado su proyecto, y como hombre poseido de tan levantado pensamiento, concibió la posibilidad de realizar su gran proyecto por otra parte distinta, y creyó que Narvacan, cuyas vecinas montañas estaban habitadas por infieles de la raza tinguiana, que trataba de reducir y de civilizar cristianamente, sería tambien conveniente como punto de partida para abrir la famosa comunicacion de Cagayan. Este pueblo pertenecia por entónces al clero secular de aquella diócesis, y hallándose vacante á la sazon, el prelado debia proveerlo en aquel caso de un sacerdote capaz de administrarlo espiritualmente. Mas no pudiendo al efecto disponer de ningun sacerdote secular, lo entregó al P. Gutierrez, que á la vez ejercia en aquella diócesis el oficio de su vicario general. Empero omitiendo hacer mencion de las diferencias que mediaron con semejante motivo entre ambas corporaciones, al fin hubo honrosas transacciones de ambas partes, que se zanjaron felizmente sin la menor oposicion. En su virtud, los PP. Agustinos se quedaron con el partido de Narvacan, que comprendia los anejos de Santa María, San Estéban y Santiago, y nosotros con Lingayen, como se ha dicho; sobreseyendo tambien la provincia del San-

simo Nombre de Jesus sobre el derecho que preten-
ia acerca del barrio de Baybay, habitado por los chi-
os cristianos, incorporados desde antiguo con el pue-
lo de Binondo. El clero secular de la Nueva Segovia
ué indemnizado tambien, por el derecho que con el
ministerio de Abra tenía á Narvacan, que los padres
gustinos habian reducido á la fe desde un principio.
Finalmente, se arregló la competencia sobre el dia ani-
ersario para la fiesta del Corpus, del modo más satis-
actorio y fraternal. De suerte que los PP. Agustinos
l tenor de este convenio, deben celebrarla un año en
uestra iglesia, y á su vez los Dominicos deben cele-
rarla otro año en la iglesia conventual de los prime-
os, alternando de este modo fraternal en sus funcio-
es, y siempre con asistencia de ambas comunidades
eligiosas. Esta célebre é ingeniosa transaccion se cele-
raba por Julio de 1613, y se autorizó, finalmente, en
oda forma, por una escritura pública, ante el escribano
e número de Manila, D. Diego de Rueda, con la
ancion poderosa de los señores el gobernador de las
slas Filipinas D. Juan de Silva, el arzobispo de Ma-
ila D. Diego Vazquez de Mercado, el obispo de la
Nueva Segovia D. Fr. Diego de Soria, todos los pro-
inciales de las órdenes religiosas de Manila y los pa-
res más graves de cada corporacion, residentes por en-
ónces en la misma capital. De esta suerte quedó la paz
establecida, y se dió solucion satisfactoria á todas las
iferencias suscitadas.

106. El Ilmo. Sr. D. Diego de Soria sobrevivi
muy poco tiempo al convenio referido; pues en el C
ítulo provincial de este año se hace mencion de su

llecimiento, elogiando los padres su memoria. Era natural de Yébenes é hijo del convento de Ocaña. Destinado al colegio de Alcalá, despues de haber emitido la solemne profesion, se aplicó con gran cuidado al estudio de las ciencias y de las virtudes de los santos, observando con rigor todas las leyes y constituciones de la Órden. Luégo que oyó en la soledad de su retiro la primera circular del P. Fr. Juan Crisóstomo, haciendo un llamamiento fervoroso á todos los escogidos, para fundar en Filipinas una provincia religiosa destinada á anunciar y propagar el Evangelio en los países infieles, pidió con humildad ser admitido entre ellos, y desde luégo abandonó las esperanzas con que su talento y sus virtudes pudieran acariciarle en la Península. Incorporado, pues, á la mision organizada por los primeros fundadores, y tan luégo como aportára á este país, el Vicario general lo destinó para fundar y dirigir el convento de esta capital, del cual fué nombrado su primer vicario por el pronto, y finalmente prior. En este cargo importante descubrió un gran fondo de prudencia, con la cual subyugaba siempre las voluntades. La entereza con que decia la verdad y señalaba á todos el peligro de perderse en los caminos del pecado, le conquistaron por fin una gran reputacion pública. Es por demas interesante el hecho que vamos á referir en comprobacion de esta verdad. Confesaba en cierta ocasion á un personaje de superior jerarquía y de alta representacion en estas islas; y habiéndose atravesado una cuestion de conciencia, éste decia que su opinion en la materia era ajustada á la razon y á la justicia; el P. Soria sostenia lo contrario, y al ver que su penitente sos-

tenia con insistencia su opinion, altamente poseido de su ministerio y su carácter, le dijo de esta manera: «V. S. en este asunto está sujeto al fuero de la conciencia, y siendo reo en este tribunal, no puede ser juez al mismo tiempo; yo tengo bien meditada la materia, y no puedo formar otro juicio; y si no quiere acomodarse á mi sentencia, puede desde luégo buscar otro confesor.» El personaje, que no dudaba de la gran capacidad del P. Soria, y ménos de su virtud, miró mejor el punto de la cuestion y no tardó en desengañarse. Entónces fué personalmente á visitarle, y le suplicó con mucha humildad lo confesase; pues estaba ya resuelto á seguir en todo su dictámen.

Despues de haber desempeñado dignamente el oficio de prior, fué destinado á los penosos ministerios de Pangasinan, como ya es dicho, en donde participó de los trabajos y amarguras con que fué probada la constancia de los primeros misioneros de la Órden, á quienes se confió su conversion. Allí desplegó todo su celo y su caridad sin límites en cristianizar aquellas gentes supersticiosas é idolátricas. Mas Dios le tenía reservado en sus consejos otro campo más vasto todavía, para derramar en él la semilla celestial de su palabra. Esta heredad 'predilecta del gran Padre de familias era la provincia de Cagayan, con sus montañas y sus valles, y las hermosas riberas de sus rios. Don Luis Perez Dasmariñas la encomendó á la provincia del *Santísimo Rosario*, cuando sus entónces feroces habitantes yacian todavía en las tinieblas de la gentilidad y del error. Empezada ya, bajo su auspicio, aquella conquista religiosa, se vió precisado á abandonarla, porque Manila tenía

esidad de su presencia. Era la segunda vez que lo nbraban prior de Santo Domingo, cuya casa contual acreditó en gran manera con su virtud y santa a. Mas como la corporacion tenía gran necesidad personal en proporcion que se dilataba el horizonte sus trabajos apostólicos, creyó el Provincial que namejor que el P. Soria podria sacarla del ahogo en : se hallaba á la sazon por la escasez de ministros. n este fin, fué nombrado representante y procura- general de la Provincia en las córtes de Roma y de adrid, adonde tuvo que trasladarse en desempeño de cargo.

Sus primeras diligencias, al llegar á Nueva España, ron la adquisicion de una casa, en donde se debian spedar los religiosos enviados á la provincia del *Sanimo Rosario;* proyecto que no habia podido realizar Ilmo. Sr. D. Fr. Miguel de Benavides, por más que habia deseado.

En Madrid fué luégo conocido por su alta reputan de santidad y por sus grandes talentos; bien que r su larga experiencia y conocimiento especial de e país, merecian todo concepto sus gestiones en la te. No tardó, efectivamente, en ser el profundo culo del Real Consejo de las Indias, que no resoljamas ningun asunto importante sin haber oido es su dictámen. Hasta las personas reales le dispenan su confianza, honrando sus altas prendas con mil sideraciones y respetos. Predicaba con frecuencia en capilla de los Reyes, que oian siempre con placer elocuentes discursos.

Entre tanto vacó la silla de Nueva Segovia, por la

promocion de su primer obispo ... spado de Manila, y S. M. C. puso al momento los ojos en el padre Soria, sin haber precedido gestion alguna en este asunto. Era un pensamiento espontáneo y privativo del Monarca. La Reina queria conservarlo en la córte, ó promoverlo á otra silla en la Península; mas él se resistió constantemente á su empeño, y le manifestó que en todo caso admitiria solamente la primera, por haber trabajado muchos años entre los naturales de estas islas, á quienes amaba tiernamente como hijos predilectos, á muchos de los cuales habia reengendrado en Jesucristo. Entónces cedió la Reina de su empeño, se libró al P. Soria el real despacho, y confirmado por el Papa, recibió en la misma córte la consagracion episcopal. Al aproximarse su partida, fué el Ilmo. anciano á despedirse de los Reyes, que quisieron darle en aquel caso una prueba más del alto aprecio que les merecia su persona. Efectivamente, al levantarse para darles cordialmente su última despedida, la Reina se quitó un precioso anillo de su dedo, y lo entregó al nuevo Obispo, diciendo de esta manera: «Tomad este anillo para vuestro pontifical, y deseo que os sea de recuerdo para encomendar á Dios al Rey mi señor y á mí.» Confuso quedaria realmente aquel humilde prelado en vista de una distincion tan honorífica; pero ninguno de tantos favores hacian mella á su virtud, porque los miraba dirigidos más á la dignidad que á la persona.

Llegó á Filipinas en 1604 con una mision de religiosos de la Órden, que habia organizado en la Península, como se ha dicho de pasada en su lugar. Colocado ya en su silla episcopal, se portó con sus ovejas

como un pastor amoroso y tierno padre, siendo su alivio y consuelo en las desgracias, y trabajando siempre por su bien. Su renta, á excepcion de una pequeña parte que se reservaba para cubrir sus necesidades más precisas, era el patrimonio de los pobres y del esplendor del templo. El trato que daba á su persona era el más austero y penitente. Su comida cotidiana eran hierbas y pescado solamente, con algun huevo ademas, como plato extraordinario en las festividades muy solemnes. Su vestido era de lana, y tan escaso de todo, que le faltaban con frecuencia túnicas para mudarse. Su oracion era contínua, pues áun estando fuera del oratorio y del palacio, prorumpia con frecuencia en soliloquios fervientes. Profesaba, sobre todo, una devocion especial al Santísimo Sacramento del altar, al que acompañaba siempre, cuando salia el Viático, donde quiera que se ofrecia aquel venturoso encuentro. Por este amor inefable á tan divino Sacramento jamas omitia la celebracion del santo sacrificio de la misa, ni áun en sus viajes y jornadas, que fueron asaz frecuentes. De esta manera llegó al término de sus dias, despues de haber trabajado veintisiete años cumplidos en la salud de las almas y en beneficio de los indios. Hé aquí algunas circunstancias de su muerte bienhadada.

Era á principios del año 1614, y hallábase á la sazon en la Villa Fernandina, su ordinaria residencia, cuando le sobrevino de repente una violenta calentura, que lo avisó préviamente de su última partida. Inmediatamente se dispuso para hacer una confesion general con el párroco de Vigan, porque no tenía entónces á su lado ningun sacerdote de la Órden. El párroco de

la Villa no podia persuadirse del peligro en que se hallaba su Prelado, y le aconsejaba que aplazase aquella grave diligencia para cuando la calentura le cesase; á lo que el Obispo contestó en términos bien concretos y precisos, como quien estaba cierto interiormente de que su hora era llegada. «Me muero, dijo, y muy pronto: ésta es la calentura de la muerte.» En seguida dispuso de la pobreza que tenía; escribió edificantes cartas de última despedida al Arzobispo de Manila, á diferentes religiosos y á varios amigos personales, y procuró tambien con eficacia que fuese con gran premura alguno de sus hermanos para auxiliarle y consolarle á la hora de la muerte; y aunque los más próximos á Vigan eran nuestros misioneros de Pangasinan, consiguió por fin este consuelo de su corazon y de su alma. Recibió con la mayor devocion los santos Sacramentos, y despues de veintisiete dias de enfermedad, espiró plácidamente en el seno del Señor, á quien siempre habia procurado agradar en este mundo.

Su venerable cuerpo fué enterrado en la iglesia de Vigan, y á los diez ó doce años fué trasladado á la de Nueva Segovia. Legó tres mil pesos y su buena librería al colegio de Santo Tomas, recien fundado, y el sobrante del gran pobre fué repartido tambien entre los pobres. Su muerte fué muy sentida y llorada en estas islas, y la provincia del *Santísimo Rosario*, que él tanto habia engrandecido y honrado por mil conceptos, perdió en el venerable Obispo un padre amoroso y tierno, y una de sus columnas más robustas.

107. Tambien se hizo mencion, en este mismo capítulo, del fallecimiento harto sensible del V. P. Fray

Francisco Minayo, varon de vida ejemplar y de virtudes apostólicas. Era natural de Arévalo, en Castilla la Vieja, é hijo del convento de San Pablo de Valladolid, que tantos hombres ilustres ha dado á nuestra provincia. Pasó á ella por los años de 1595 en compañía del Ilmo. Sr. D. Fr. Miguel de Benavides que regresaba á Filipinas, consagrado ya primer Obispo de la Nueva Segovia. Destinado por el pronto á Cagayan, desplegó desde luégo un celo heroico por la conversion de los infieles; pues no satisfecho todavía con procurar la salud eterna de las almas á los que ya estaban reunidos en los pueblos, hacia frecuentes expediciones á los montes para evangelizar entre los riscos á las rancherías de los bárbaros que coronaban las alturas, disponiéndolos con dulzura y suavidad para recibir la fe de Jesucristo, y procurando que bajasen á las hermosas llanuras de Cimboey, en donde podian ser más cómodamente adoctrinados é instruidos. Con su virtud y paciencia ganó el afecto amoroso de aquella gente bravía, y recorria solo con frecuencia aquellos sitios fragosos con la mayor seguridad de su persona. ¡Dijérase, ciertamente, que era el ángel tutelar de sus montañas, ó sea el genio poderoso de la religion cristiana, que cernia sus blancas alas sobre las horrendas sombras de la infidelidad y la barbarie! Confiado el grande hombre en la divina Providencia, se propuso destruir á todo trance los cultos abominables que aquellas míseras gentes daban, en su ceguedad, al espíritu satánico, y á este fin se internaba sin temor en sus bosques apartados para destruir uno por uno sus adoratorios infernales. No dejaba Satanas de manifestar sus quejas á los indios, por el desamparo

que sufria de los suyos, que se trasladaban con sus tiendas al reino de Jesucristo. Unas veces se les aparecia en sueños bajo formas espantables; otras, poblaba sus bosques de visiones y de vestiglos horribles, y hacia resonar los montes con voces y ruidos infernales, amenazando á los infieles porque habian admitido en sus hogares á los de los dientes blancos (así llamaba á los PP. misioneros, porque aquellos indios se los teñian de negro), y porque tan fácilmente se dejaban seducir de su palabra. Eran curiosos los diálogos que solian tener lugar en estos casos entre el demonio y los paganos. Éstos solian replicarle que si él era tan poderoso como blasonaba á todas horas, ¿por qué no arrojaba de allí inmediatamente á aquel pobre é indefenso misionero? Á este argumento les contestaba Satanas, con mucha gracia, que no lo ejecutaba desde luégo por no degradarse hasta ese punto, entrando en lid manifiesta con adversario tan débil. Pero entre tanto la verdad ganaba más terreno cada dia, al paso que la mentira iba abandonando el campo, porque las razas infieles llegaron á comprender que los PP. misioneros eran muy superiores en poder al que hasta entónces habia sido el objeto de su culto.

Trabajando de este modo en su acostumbrado ministerio, y hallándose un cierto dia con sus queridos salvajes, supo que Guiab el bravo, uno de sus principales y más valientes caudillos, estaba enfermo de mucha gravedad en la montaña, y que los curanderos del collado le habian recetado la sangre de un niño, que debian degollar para su cura. Con esta triste noticia, el compasivo misionero se apresuró á impedir á todo

trance aquella abominacion, que ya estaba decretada por el consejo fatal de los ancianos. Cuando llegó á la casa del enfermo, la pobre é inocente víctima estaba ya muy próxima á ser sacrificada, y con sus exhortaciones elocuentes, y con el efecto mágico de aquella voz conocida, que habia triunfado tantas veces de su ferocidad y su barbarie, consiguió al fin que no se llevase á efecto aquel designio, y no llegára á consumarse el sacrificio nefando. La docilidad con que Guiab obedeció sin replicar á este venerable misionero le mereció la salud eterna de su alma, ya que su enfermedad era mortal, y no se encontraron medios hábiles para salvarse la vida. Recibió con efecto, y sin demora, las aguas saludables del Bautismo, y murió muy resignado en el seno de la Iglesia. El niño, librado finalmente de las garras de la muerte, fué tambien bautizado desde luégo, dándole el P. misionero el nombre nuevo de Félix, por la dicha de haber recibido el beneficio de la vida temporal y de la gracia.

Era en extremo compasivo este buen religioso con los indios, á quienes acudia con el mayor afecto en sus necesidades y en sus cuitas, en particular cuando tenian alguna enfermedad grave. Entónces no se desdeñaba de servirles y auxiliarles con sus manos, por nauseabundas que fuesen sus enfermedades y dolencias. Toleraba en todo caso sus impertinencias mansamente. Cumpliendo de esta manera con los deberes de padre y de perfecto misionero, quiso el Señor purificarlo en el crisol de las tribulaciones y amarguras, permitiendo que un malvado lo acusase de un crímen horroroso, del cual debia conocer la santa Inquisicion. El acusador

dió tales visos de verdad á la calumnia, que la hizo creible áun á los mismos religiosos, que tenian bien probada la profunda solidez de su virtud. El venerable P. Fr. Luis Gandullo, vicario provincial de Cagayan y juez en la materia, quedó asombrado del suceso, y sin embargo se vió precisado á proceder contra el inocente religioso, el cual, á pesar de su virtud y de su gran corazon, sintió de tal manera la imputacion infame de un pecado que no estaba en su conciencia, que empezó á perder las fuerzas y la salud corporal, llegando hasta desmayarse en el santo sacrificio de la misa. Era llegada la hora de proceder contra él, y entónces el supuesto reo, que ya habia recuperado el valor del corazon, que la inocencia le inspiraba, dijo al juez estas palabras con la mayor serenidad: «Míreme vuestra paternidad muy bien, y averigüe cuanto fuere servido; que no ha de hallar en mí la menor cosa del mundo.» Ambos religiosos eran santos: el juez y el supuesto reo rogaban con instancias al Señor sinceramente que se dignase descubrir la verdad en un asunto tan delicado y tan grave, que podia comprometer el honor y la inocencia de aquel venerable religioso. No podia Dios desoir esta plegaria de sus siervos. En efecto, el mismo encargado de presentar la acusacion en nombre y representacion del calumniador infame, y que estaria sin duda en el secreto, dióse trazas al momento para que se pudiese descubrir fácilmente la calumnia. Se procedió entónces al exámen de los testigos presentados, los cuales no temieron declarar que nada habia de lo dicho, y que habian sido inducidos á confirmar con su dicho la calumnia. En su vista, de-

clarada la inocencia del venerable acusado, fué puesto inmediatamente en libertad, y honrado luégo con el priorato del convento de nuestro P. Santo Domingo de Manila. Mas el falso acusador no tardó en experimentar, por su desgracia, los efectos pavorosos de la justicia divina, que más tarde ó más temprano siempre suele volver por la inocencia, y vengar con mano airada sus agravios. Efectivamente, al poco tiempo fué asesinado en su lecho el calumniador infame por los bárbaros del monte, sin haber logrado los auxilios de la religion ni de la gracia que él habia despreciado en todo tiempo con su vida escandalosa. Castigo horrendo y espantoso, que más de una vez se ha reservado por la cólera de Dios al calumniador de la inocencia.

Durante su oficio de prior, se reedificó el convento, y sin embargo de su notoria pobreza y escasez, nunca le faltó la divina Providencia para poder continuar aquella obra. La devocion hácia la Vírgen del Rosario se acrecentó extraordinariamente en su tiempo y por su amor á la divina Señora. Al mismo debió su imágen muchos adornos preciosos, y le dedicó ademas un retablo devotísimo. Al fin volvió á Cagayan, ejerció por algun tiempo todavía el ministerio apostólico, y lleno de merecimientos y virtudes, murió con la muerte de los justos en la ciudad de la Nueva Segovia, despues de haber recibido con todo el fervor de su alma pura los santos sacramentos. La opinion de su extraordinaria virtud habíase extendido á todas partes, y por lo mismo su muerte fué muy sentida y llorada de las gentes, y muy particularmente de sus queridos hermanos.

108. Otra pérdida tuvo la Provincia hácia este

tiempo, que le fué todavía más sensible: tal debia ser y tal fué el desgraciado fin de las misiones que nuestros religiosos habian fundado con tantos sacrificios y trabajos en los últimos confines de Cagayan y sus montañas. Era que los feroces habitantes de la Irraya, mudables como las hojas de sus bosques y el viento murmurador de sus collados, se retiraron de nuevo á la espesura de sus antiguos matorrales. Nacidos estos neófitos en medio de las selvas, y familiarizados con la vida libre y licenciosa del salvaje, no se acomodaban fácilmente á vivir en sociedad, y como poco cimentados todavía en la fe de Jesucristo, sentian gravoso y pesado el suave yugo de su ley. Los habitantes de Bataoag habian empezado á bautizarse de algunos años atras, y no obstante la influencia de la religion cristiana cuando está bien arraigada en el corazon de un pueblo, áun no habia domado las feroces y las bárbaras costumbres de la tribu. Era, pues, lógico y consiguiente suponer que, faltándoles el freno de la fuerza, abandonáran tambien las conveniencias sociales que áun no conocian bastantemente, para gozar á su arbitrio de su antigua libertad. Tuvo su orígen siniestro este suceso desgraciado en las vanas observancias de unas viejas, que ejercian aún ocultamente un ministerio nefando. Eran unas verdaderas pitonisas del espíritu infernal, y cometian toda clase de abominaciones idolátricas en el ejercicio impío de su profesion escandalosa. El religioso encargado de administrar este pueblo no pudo descubrir tan pronto como fuera deseable las abusiones infames de las viejas, y cuando trató de aplicar el remedio conveniente á tanto mal, ya fué tarde por desgracia. Sus pri-

meras diligencias se encaminaron á descubrir los autores del desórden que trataba de cortar, lo que sabido con tiempo por aquellas Medusas infernales, persuadieron á los indios á que se retirasen á los montes para vivir á sus anchuras la vida, que tenian por feliz, de los salvajes. La seduccion triunfó completamente de estos indios inconstantes; pues al oir este discurso se sublevaron al momento, y abandonaron aquel pueblo apénas constituido, sin que pudiese detenerlos la poderosa voz del misionero. Estos cambios repentinos suelen producir entre los bárbaros una diminucion muy notable de las razas; pues, al desbordarse libremente sus pasiones comprimidas, se consumen y perecen en la misma embriaguez de sus excesos. En esta vez, por fortuna, estuvieron comedidos con los PP. misioneros, y no intentaron siquiera la más pequeña violencia contra ellos. Sólo se hicieron sordos para siempre á sus exhortaciones y consejos, resueltos á vivir en sus montañas y riscos inaccesibles, sin más ley que su fiereza como sus antepasados. Luégo se retiraron los afligidos misioneros de aquel ya desierto aprisco, con algunos cristianos consecuentes, que no quisieron en manera alguna abandonar á sus pastores. Mas tarde fueron bajando algunos otros, acosados por los remordimientos é inquietudes de su negra apostasía; pero quedaron remontados aún muchos infieles, que hasta hoy viven como salvajes en la espesura de los bosques.

109. Poco despues de este suceso lamentable consoló el Señor á la Provincia con la llegada de treinta y dos misioneros de la Órden, que el P. Fr. Diego Aduarte habia reunido en la Península y conducido hasta

Méjico. El objeto de este ilustre religioso era regresar á Filipinas, cumplida esta comision; mas estando en aquella capital, recibió carta del Prelado, en que le significaba sus deseos de que regresase á la Península, por la dificultad de mandar á la sazon un sujeto competente que estuviese á la altura de aquel cargo. El Padre Aduarte miró la carta de su Provincial como un mandato, y en tal concepto nombró presidente de la mision hasta Manila al P. Fr. Angel Ferrer Orsuchi, vicario que era de San Jacinto, y despues glorioso mártir del Japon.

Aun no habian abandonado el suelo patrio, cuando estos celosos misioneros empezaron á ejercer su ministerio. Vivia á la sazon en Cádiz una doncella famosa, á quien un alférez corrompido habia sacado furtivamente de un convento de Jerez para vivir con ella en mal estado. Esta desgraciada jóven llegó á enfermar de peligro á consecuencia de un mareo, que habia sufrido en el trayecto de Santa María á Cádiz. Hubo de ser este accidente tan peligroso y violento, que todos creian por el momento que no habia salvacion para su vida. Noticiosos, por fortuna, los que la asistian en su lecho de la llegada de nuestros religiosos á aquel puerto, suplicaron al superior de la mision se sirviese destinar á dos de ellos para velar á la enferma, y confesarla, si era dable, en los cortos intervalos que la dejaba el accidente. Fueron inmediatamente enviados con este encargo los PP. Fr. Pedro Muriel y Fr. Pedro Mártir, que procuraron ejercer eficazmente los deberes amorosos de confesores y enfermeros. La desgraciada doliente no tardó en mejorar con sus cuidados de su grave enfer-

medad, y entónces descubrió las hondas llagas de su corazon y de su alma á nuestros venerables misioneros, que procuraron remediar aquel escándalo con la cautela necesaria, despues de haberla confesado y purificado su conciencia. La jóven arrepentida no tuvo dificultad en volver á su convento, del cual habia sido extraida con engaño, y los mismos religiosos dispusieron el negocio de tal modo, que fué restituida al monasterio con todo el sigilo y precauciones que reclamaba estrictamente la naturaleza del asunto. Así salvaron aquella alma de las garras del demonio sin ruidos y sin escándalos, que tanto eran de temer en aquel caso.

110. En Méjico tuvo lugar otro suceso no ménos consolador para aquellos santos misioneros que el de la doncella de Jerez. Habia en la cárcel de la córte de aquella gran capital un preso sevillano, muy famoso por su vida aventurera, y acusado, finalmente, de un crímen asaz nefando. Encerrado el infeliz en un oscuro calabozo, permaneció inconfeso y negativo por espacio de diez meses; pero como habia contra él pruebas harto convincentes, procedió el juez á la tortura, segun la usanza terrible de aquellos remotos tiempos. Por este medio espantable el reo se confesó culpable de aquel crímen, y en seguida reveló tambien algunos cómplices, que no se pudieron haber por la justicia. El infeliz habia tomado el partido de citar nombres supuestos para librarse del tormento; pero sólo sirvió para fundar contra él otras sospechas, que movieron al juez de aquella causa á volverlo á la tortura, con el fin de que manifestase claramente los cómplices verdaderos que se suponia tener en el delito. Entónces varió de rumbo, y empezó

á amontonar nombres de personas respetables, pero de inocencia conocida y reputacion sin mancha. Como buen andaluz, y sevillano á mayor abundamiento, se despachaba á su gusto, mareando á los jueces, acumulando mentiras y vomitando revelaciones horrorosas. Su objeto era embrollarlo todo, y aburrir al juez de aquel proceso para que no sacára nada en limpio. En solas tres ocasiones ensartó treinta y ocho nombres respetables, cuya complicidad supo pintar con tan detalladas circunstancias, que los más inocentes é inculpables temblaban de sólo oirlo. Dos de los infelices delatados, á quienes tambien dieron tormento, murieron en esta prueba, y padecieron otros muchos por la crueldad y la sevicia de aquel juez desapiadado. Coincidió con estos hechos la llegada de nuestros religiosos, y no se hablaba entónces de otra cosa en aquella capital americana. Era general el pánico y la consternacion y la zozobra en todos sus habitantes. Muchos prelados y religiosos venerables habian ido á visitar á dicho preso, que se llamaba á sí mismo *mozo cruo*, y le aconsejaban que enmendase el camino errado en un principio; mas era pedir peras al olmo: aferrado el *mozo cruo* en sus embrollos y en sus mentiras colosales, creyó más conveniente aturdir toda la tierra con sus salidas estupendas, para ver si de ese modo le dejaban en libertad por imposible, y porque no aumentase más enredos á la madeja horrorosa de su causa. La noticia escandalosa de estos hechos llegó al hospital de San Jacinto, y nuestros buenos misioneros, compadecidos de aquel hombre harto miserable y desgraciado, se resolvieron tambien á visitarle para ver si podrian reducirlo á la razon.

El mismo P. Muriel, con la vénia del Vicario del hospicio, salió de su retiro y soledad para visitar al preso sevillano. Obtenido el permiso competente, entró en la cárcel de la córte, se avistó con el reo que buscaba, y tuvo con él una larga conferencia sobre cosas indiferentes y triviales, sin hablarle una palabra del asunto principal. Esto es conocer á fondo el corazon de los hombres..... Al fin le regaló una cajita de conserva, y se despidió de él, dejándolo, al parecer, muy consolado. Pero ántes de salir le preguntó si gustaria de que repitiese sus visitas; á lo cual el preso contestó, que podia hacerlo con frecuencia, y que áun se lo suplicaba encarecidamente, porque la dulzura de su conversacion le habia enternecido el alma, al paso que se la habian endurecido los rigores con que otros lo trataban. Por la tarde de aquel dia volvió el padre á visitarle; le hizo otro pequeño obsequio, y empezó á tocarle con la mayor suavidad el asunto de su alma. Las palabras fueron en esta ocasion tan penetrantes y la gracia del Señor tan generosa y eficaz, que no tardó en ablandarse la dureza y la grande obstinacion de aquel culpable, que era tenido poco ántes como réprobo. El primer síntoma que dió de la revolucion profunda de su espíritu fué convertir sus pupilas en dos torrentes de lágrimas. Como tocado de repente por un resorte divino, dijo en seguida al misionero, con una resolucion incontrastable, que se queria confesar sinceramente arrodillado á sus plantas, y que desde aquel momento se entregaba enteramente en sus manos bienhadadas, dispuesto á practicar literalmente cuanto se sirviese ordenarle en su conciencia, para alcanzar el perdon de sus pecados.

Las primeras diligencias fueron reparar en lo posible el escándalo causado á tantas gentes, y restituir el honor que habia quitado con sus falsas delaciones á tantos inocentes y almas justas. Al efecto declaró en audiencia pública que sólo habia levantado aquellos falsos testimonios para librarse del tormento que le preparaba el tribunal, y que por su parte se hallaba ya muy dispuesto á sufrir todo castigo que quisiesen imponerle por sus crímenes, y por razon especial de sus escándalos. Luégo se dispuso lo mejor que pudo en su conciencia para hacer una confesion general de sus pecados con el mismo P. misionero, en la cual ocupó exclusivamente los quince dias completos que duró su causa aún, hasta la sentencia definitiva de garrote y la combustion de su cadáver por el delito nefando. Su arrepentimiento y su dolor fueron extraordinarios; pues recibió dos veces todavía con profunda y sentida devocion el divino Sacramento del altar en los tres dias que estuvo en la capilla expiatoria, derramando con frecuencia muchas lágrimas de verdadera compuncion y de dolor. Desde que estuvo en capilla, ya no se separó un momento de su lado el ángel de su consuelo, hasta recoger en el patíbulo el postrimer aliento de su vida. Á la salida de la cárcel hizo otra declaracion pública como la que habia hecho anteriormente, y caminó hácia el lugar del suplicio con la mayor tranquilidad, seguro ya en su conciencia sobre la eternidad de sus destinos. Ejecutada la sentencia, su rostro se tornó plácido y bello, con admiracion de todos, sin que nadie dudase que su alma habia pasado á mejor vida.

Este hecho providencial y extraordinario, en que se

mostraron tan visiblemente los efectos de la misericordia de Dios y de su gracia, fué de gran consuelo y satisfaccion para los padres, al ver que ya empezaban á recoger los frutos de su celo, animándolos á proseguir su largo viaje, á pesar de la demora que sufrieron por haber faltado en aquel año galeones de Acapulco, que pudieran conducirlos á Manila. Hasta el principio del año siguiente de 1615 no tuvieron proporcion para embarcarse y continuar su viaje á Filipinas, adonde llegaron, finalmente, el dia 19 de Junio del mismo año, sin más novedad ni contratiempo que pertenezca á la historia. Esta nueva falange religiosa llenó de gozo y de satisfaccion á esta Provincia; pues, entre los misioneros que llegaron, habia muchos sujetos de altas prendas, que fueron destinados finalmente al imperio del Japon, en donde pelearon lealmente las batallas de la cruz, y murieron al fin por Jesucristo y por el advenimiento de su reino.

SEXTO PERÍODO.

COMPRENDE LA NARRACION DE LOS SUCESOS OCURRIDOS DESDE 1616 HASTA LOS GRANDES TERREMOTOS DE 1619, Y FIN DEL LIBRO II.

CAPITULO VII.

[illegible] del P. Fr. Bernardo Navarro de Santa [illegible] en [illegible] primer año de su oficio.—Se da [illegible] visita.—La re[illegible] cristiana es de nuevo perseguida en el Ja[illegible]pón [illegible] Nagasaqui.—Llega Safioye á la ciudad, y [illegible] todos los PP. misioneros.—Se embarcan, y [illegible] arcarse ocultamente.—Persecucion en [illegible] los verdugos.—Manda el tirano [illegible] de religion que pudo haber á sus [illegible] caballeros cristianos.—Fideyori, [illegible]lara contra el tirano y usurpador D[illegible] por el usurpador.—Las acepta [illegible]yori, y [illegible] do.—Tareas apostólicas de los padres [illegible] PP. Franciscanos son presos y [illegible] cárcel.

111. Cuando aportaba á las islas esta célebre mision, el provincial Fr. Miguel de San Jacinto habia entrado en el cuarto año de su alta prelatura, y con este refuerzo poderoso dejó provisto el servicio de todos los ministerios y misiones que tenía á su cargo la Provincia. Su cuatrienio terminó el dia 30 de Abril de 1616, y en el mismo se reunieron los vocales en el convento de nuestro P. Santo Domingo de Manila, para elegir en su lugar el P. Fr. Bernardo Navarro de Santa Catalina, que ya habia gobernado la provincia por cuatro años, segun hase dicho en su lugar. Mas no tardó en enlutarla con su muerte, que aconteció el mismo año, estando de visita en Cagayan.

Era natural este venerable misionero de Villanueva de la Jara, comprension de la provincia y del obispado de Cuenca, é hijo ademas del convento antiguo de Villa-escusa, de la misma provincia y obispado. Enviado al colegio de Alcalá para cursar la carrera de la Órden, se distinguió de tal manera entre sus muchos condiscípulos, que le confiaron sus catedráticos la defensa de unas conclusiones públicas habidas en un capítulo provincial que tuvo lugar entónces durante sus estudios académicos. Apénas terminó los cursos designados por las leyes, fué nombrado lector de artes en el convento de Trianos. Su talento pudiera haberle facilitado ciertamente los grados más honrosos de la Órden, si hubiese continuado la carrera del profesorado en la Península; pero como su vocacion era el apostolado de las gentes, luégo que supo que el P. Fr. Juan Crisóstomo convocaba religiosos para fundar una provincia de la Órden en las islas Filipinas, pidió ser admitido en el número de los que se inscribieron al efecto, y fué uno de los primeros fundadores. A los dos meses de su llegada á Manila, fué nombrado superior de los primeros misioneros que el Vicario general envió á la provincia de Pangasinan para cristianizar á sus feroces y supersticiosos habitantes. Lo que en esta penosísima mision padeció por la gloria de Dios y de su Cristo, es imposible consignarlo en los reducidos límites á que nos hemos circunscrito. Algo se ha dicho ya en el primer libro de esta Historia de la tenaz oposicion que los pangasinanes hicieron á nuestros misioneros, desde los primeros años de su lucha gigantesca con las potestades del abismo; y es preciso confesar que este venerable

religioso, como superior de los demas, era el blanco favorito de su ódio, y el que más tenía que sufrir del rencor y aversion que les tenian. Sin embargo, su constancia fué tan firme, que ni las persecuciones de los indios, ni las erradas persuasiones de algunos españoles, ni los deseos que personas respetables habian manifestado al prelado provincial para que abandonasen nuestros religiosos la empresa comenzada, pudieron doblegarla ni rendirla. Su fuerza de voluntad incontrastable y sus oraciones fervorosas consiguieron, finalmente, ablandar la dureza de aquella gente indomable, y atraerla á los destinos de la civilizacion y del cristianismo.

Fué testigo en su penoso ministerio de muchas maravillas y prodigios, con que plugo á Dios acreditar aquel glorioso apostolado. El Ilmo. Aduarte (cap. IV, lib. II) refiere algunas cosas admirables de este varon de dolores, que son una prueba nada equívoca de la privanza que tenía con la Majestad de Dios, por quien trabajaba noche y dia en el establecimiento de su reino. Su vida era verdaderamente santa, y poseia las virtudes del sacerdote y del apóstol en el grado más heróico. La abstinencia, la mortificacion y el celo más laborioso é infatigable por la salvacion eterna de las almas, se veian retratadas en este venerable misionero, como en uno de aquellos héroes y centinelas avanzados de Israel que Dios suele escoger entre millares, para esforzar con su ejemplo á los demas operarios evangélicos.

En 1596, hallándose tan útilmente ocupado en su ministerio apostólico, fué elegido provincial, con harto sentimiento de su alma, porque esta prelacía le obligaba á dejar por algun tiempo á sus ovejas, á quienes

profesaba un amor de verdadero padre, pues los habia reengendrado en Jesucristo. El que era en el ministerio de los indios un ejemplar de misioneros, lo fué tambien de prelados, promovido al gobierno y direccion superior de la Provincia. Dejando á un lado los honores, y escogiendo para sí lo más penoso de su cargo, hacia sus visitas á pié generalmente, y pocas veces embarcado; sólo el que ha estado en los países que él ha corrido con su báculo, puede formar algun concepto de lo que debia padecer en sus jornadas, en unos tiempos en que no habia comunicaciones aún de ningun género, y era preciso caminar por entre breñas y bosques impenetrables, habitados solamente por las fieras y salvajes primitivos. Su gobierno era verdaderamente paternal, y nunca se veia precisado á proceder como juez entre los suyos. Terminado el tiempo de su oficio, deseaba regresar al primitivo aprisco de su grey; pero llamado por voluntad y mandamiento superior al desempeño de la comisaría del Santo Oficio, tuvo que fijar su residencia en esta capital por la causa de la fe. Pasados los intersticios prescritos por la ley, fué promovido por segunda vez al gobierno superior de la Provincia. Pero sus fuerzas naturales ya estaban agotadas por los trabajos de su vida laboriosa, y no pudieron soportar por mucho tiempo las penalidades que eran consiguientes á los deberes sagrados de tan ardua prelacía.

En efecto, á fines del mismo año en que fué elegido provincial segunda vez, trató de pasar á Cagayan con el fin de visitar, animar y consolar á sus amados súbditos. Al efecto se embarcó en un pequeño buque,

y navegó sin novedad por la costa de Ilocos hasta doblar el cabo Bojeador. Mas allí empezaron á soplar con violencia los arrebatados vientos del nordeste, que en aquellos meses suelen ser muy peligrosos en el norte de Luzon, y se vió precisado á arribar, para salvarse, á las playas solitarias y desiertas que hay á lo largo de las costas de Ilocos y Cagayan, con el capitan D. Pedro Rojas, que lo acompañaba en aquel viaje. Allí, para colmo de sus penas, le sobrevino un furioso huracan y lluvias fuertes, que le obligaron á pasar en una desprovista y mala choza, teniendo que proseguir despues su viaje por una tierra ignorada. Aquel camino de fieras, largo, escabroso y sombrío, cortado frecuentemente por barrancos espantables, no pudo ménos de debilitar profundamente las fuerzas de entrambos viandantes, los cuáles al fin llegaron al remoto pueblo de Abulug desconocidos y acabados.

Todas las ánsias y afan de nuestro anciano venerable, en medio de sus penas y fatigas, se limitaban al deseo de llegar al primer pueblo de Cagayan para tener el consuelo de morir con los Santos Sacramentos entre sus amados hijos: por esto solia decir entónces al Señor: «No, mi Dios, no aquí: dejadme llegar en donde haya sacramentos.» Llegó, por fin, como deseaba, al citado pueblo de Abulug, y no tardó en ir á visitarlo un médico que habia en Nueva Segovia. El estado del capitan Rojas era más grave, al parecer, que el del P. Provincial; de suerte que el médico dipuso desde luégo que le administrasen los Santos Sacramentos, lo cual tenía en extremo afligido el venerable Prelado, porque consideraba su vida más necesaria que la suya

propia, y que le habia sucedido este trabajo por haber querido acompañarlo. En medio de sus penas, pidió á Dios que se dignase librar al compañero de la muerte, ofreciéndole la suya en recompensa. Apénas acabó su fervorosa oracion, dijo á Rojas, miéntras le administraban el Viático, «que confiaba mucho en que recuperaria la salud, porque así lo habia pedido al Señor, á quien habia ofrecido su vida en sustitucion y cambio de la suya.» El éxito mostró poco despues que su divina Majestad habia aceptado, en efecto, su caritativo sacrificio. Rojas, sin embargo de que deseaba la salud, no queria fuese á costa de la vida de su amado padre y amigo, y sintió se le hubiese comunicado tal noticia, porque ya no dudaba de la realidad al saber que era un favor pedido con eficacia al Hacedor de la existencia por el anciano y venerable provincial. ¡Tanta era la fe que tenía en sus oraciones! No debia tardar el Sr. Rojas en experimentar los efectos de aquella santa plegaria. Su mejoría fué visible desde entónces, hasta que recuperó completamente la salud providencial que le redimiera con su vida el amigo de sus dias. Entre tanto se agravó en Camalanyugan la enfermedad del Provincial, y entónces ya no dudó de que Dios habia oido sus ruegos anteriores, y se dispuso, por fin, para la última jornada. Hízose llevar á la enfermería del convento de Nueva Segovia, en donde, despues de haber recibido con gran consuelo y devocion los Santos Sacramentos, murió en la paz del Señor.

El dia 8 de Noviembre, en medio de su enfermedad y sus dolencias, habia escrito una carta pastoral á la provincia de su cargo, como verdadero padre, que

al despedirse de sus hijos en el lecho de la muerte, se complace en inculcarles sus últimas exhortaciones y consejos. Les recomendó particularmente las ordenaciones primordiales de esta Provincia religiosa, que miraba como el sosten y manantial de su prosperidad y desarrollo. La observancia de las leyes, la santificacion propia y la salvacion eterna de las almas, eran el gran testamento que les legaba á sus hijos aquel padre cariñoso. Llegó, por fin, á Manila la noticia de su fallecimiento, que fué sentido en gran manera de todos nuestros religiosos, y áun de todos los particulares que habian tenido la dicha de conocerle y de tratarle. Los indios de Pangasinan, que lo miraban como un ángel que Dios les habia enviado de lo alto para su salud eterna, participaron tambien del general sentimiento, y lo demostraron con sus obras. Agradecidos por los muchos beneficios que de él habian recibido, hicieron aplicar en todas partes un gran número de misas en sufragio de su alma: cosa rara entre neófitos que todavía son tiernos en la fe y no conocen bien á fondo la eficacia y el poder de los sufragios. En Manila se le hicieron unas honras muy solemnes, con oracion fúnebre y sentida, que dijo el P. Fr. Juan de Santo Domingo, su más antiguo y amado compañero. Los oficiales del Santo Oficio tambien quisieron honrar, por su parte, la memoria de su venerable comisario, haciéndole, por su parte, sus honras extraordinarias, en las que predicó el P. Fr. Antonio Gutierrez.

112. No debe darse al olvido una circunstancia especialísima con que plugo á Dios honrar la memoria de este venerable religioso, y de la que hace mencion

el autor de nuestra *Crónica*. En Pangasinan habia, á la sazon, un religioso, á quien el difunto provincial estimaba especialmente por sus grandes virtudes y talentos. Luégo que tuvo noticia de su muerte, quiso celebrarle muchas misas para pagarle de algun modo su especial benevolencia. Estando una tarde muy triste y afligido, pensando en la muerte de su amado padre, se acostó hondamente impresionado de este sentimiento, cuando hé aquí que á primera noche notó fuera del convento una extraordinaria claridad; levantóse al momento de su lecho, y vió con admiracion una blanca nubecilla del tamaño y de la forma de un hombre, que, hermosa y resplandeciente, subia perpendicular hácia el empíreo, hasta perderla de vista en las alturas. Con esta vision exraordinaria quedó muy contento y consolado aquel excelente religioso, y entendió perfectamente que Dios le habia querido mostrar la gloria de su amigo, por el grande amor que le habia profesado en este mundo.

El Capítulo provincial que se celebró el año siguiente dejó en sus actas una honorífica memoria biográfica de este varon admirable, que traducida en romance, dice así: «En el convento de nuestro P. Santo Domingo, de la Nueva Segovia, murió el M. R. P. provincial Fr. Bernardo Navarro de Santa Catalina, uno de los primeros y principales fundadores de esta Provincia, que habiendo echado desde un principio profundísimas raíces de humildad y paciencia en la religion, fué creciendo de tal suerte en estas y en las demas virtudes, que elevado á la perfeccion de la caridad, hablando siempre de Dios ó con Dios afectuosamente, provo-

caba áun á los tibios al amor divino. La conversion de los indios de Pangasinan fué fruto muy especial de sus virtudes, pues á los que no pudieron domar las armas españolas sujetó él sin ellas. Colocado, efectivamente, entre ellos con muy pocos compañeros, contra la opinion y las esperanzas de los hombres, despues de haber sufrido innumerables trabajos por Jesucristo, venció á aquellas gentes indómitas, ofreciéndolas á Dios cual pacíficas ovejas sujetas al suave yugo de la fe; y, finalmente, abrasado con el celo de la religion, miéntras desempeñaba por segunda vez el alto cargo de prelado provincial, murió alegre en el Señor, consumido de trabajos, habiendo llegado al fin de su carrera, que él tanto deseaba, lleno de méritos para con Dios, para con los españoles y para con los indios, llorado con muchas lágrimas de todos, como padre comun de cada uno.» Mas las leyes de la narracion nos obligan á variar por un momento la escena de los acontecimientos, para llevar de frente los sucesos que pertenecen á esta historia.

113. Como es visto anteriormente, la iglesia del Japon venía sufriendo, hacia tiempo, los ataques más temibles por parte del Regente y de sus Tonos. Desde la muerte del tirano Taycosama, no se habia observado en los perseguidores y enemigos de la fe un empeño tan feroz en destruirla y aniquilarla para siempre en sus dominios. El terrible Safioye, muy parecido, en el ódio que abrigaba contra la religion de Jesucristo, á los feroces prefectos y magistrados romanos enviados á todas partes para perseguir doquier á los cristianos afligidos, no desistia de la empresa que el tirano Dayfu-

sama le habia recomendado eficazmente. En primer lugar, habia apurado todos los ardides y mentiras que le inspiraba su astucia para reunir á todos los sacerdotes del Señor en la ciudad de Nangasaqui; y conseguido su intento, finalmente, expidió decretos fulminantes y tomó las medidas más severas para que todos se embarcasen desde luégo con direccion á Macao, si no querian regresar á Filipinas. Como no ignoraba la dificultad de poder llevar á cabo su proyecto, estando aún en la córte de Meaco, escribió una carta llena de amenazas é improperios á los cristianos de aquel puerto, con el fin de amedrentarlos y de anular su influencia poderosa en Nangasaqui. Era esta ciudad famosa el gran mercado del Asia para los pueblos de Occidente; y todos sus habitantes, salvas raras excepciones, estaban bautizados felizmente. Es la razon verdadera porque sus iglesias y sus aras habian sido hasta entónces respetadas, y nadie se habia atrevido á insultar á sus ministros, ni maquinar la ruina de sus templos. Mas esta vez llegó á temerse con razon que su floreciente cristiandad no sería de mejor condicion que las otras del imperio. Ántes de la llegada del tirano, aquellos fervorosos cristianos se apresuraron á pedir á Dios su gracia para tolerar con fortaleza los tormentos y la muerte, ántes que renunciar á Jesucristo y su evangelio. A este fin hacian rogativas, procesiones y demostraciones públicas de extraordinarias penitencias, para atraer sobre sus almas las misericordias del Señor.

114. La procesion inaudita que el segundo dia de Pentecostés de 1614 salió del templo católico de los misioneros Dominicos, fué una de las más extraordi-

narias que jamas se habian visto y conocido en las islas del Japon. Un sacristan, con una cruz en alto, en són de trofeo religioso, acompañado tambien de dos acólitos, rompia la marcha solemne de aquella congregacion penitenciaria de cristianos afligidos. Luégo seguian los asistentes ó catequistas de los PP. misioneros, vestidos de sobrepellices, con los niños, que cantaban á dos coros las letanías de los santos. Tras de éstos venian más de dos mil mujeres, ordenadas en dos filas, entre las cuales se contaban las matronas y doncellas más nobles de la ciudad. Su traje era en extremo edificante: llevaban unas túnicas blancas con velos negros, que les cubrian hasta medio cuerpo; una corona de espinas en la cabeza, y en las manos crucifijos, rosarios y otros símbolos religiosos. Seguian despues unos ocho mil cristianos con túnicas blancas y candelas encendidas, y en seguida la comunidad de nuestros religiosos, que acompañaba un alto crucifijo cubierto con un velo negro. El Gobernador cristiano de la ciudad, con sus hijos, seguia enternecido esta procesion fúnebre, y un inmenso concurso la admiraba consternado. En todos estos dias estuvo expuesto el Santísimo en las iglesias de la Órden y en las de los PP. Jesuitas, y las confesiones fueron esta vez innumerables. Todos los cristianos, en fin, se concertaron de palabra y por escrito, ofreciéndose y comprometiéndose á morir, padeciendo por su Dios toda suerte de tormentos ántes de negar la verdadera religion de Jesucristo. Mas Safioye sólo trataba por entónces de quitarles sus pastores, bien persuadido de que sin ellos no sería muy difícil doblegarles y hacerles abandonar su religion.

115. El dia 23 de Junio llegó el perseguidor á Nangasaqui, y disimuló al principio sus intentos; de suerte que se dejó visitar de los prelados, á quienes recibió con muestras afectadas de cariño, segun usanzas del Japon cuando se respira el mayor ódio. Por eso apénas dejaron los umbrales de su casa, les mandó notificar una órden del Regente, en la que se disponia que todos los sacerdotes de la religion de Jesucristo existentes en las islas del Japon, debian de salir de ellas en el otoño inmediato, y que entre tanto procurasen algun buque que los condujese á Macao, á no preferir tal vez su regreso á Filipinas. Esta órden terminante hubo de turbar en gran manera la cristiandad de Nangasaqui, y los proscritos trataron desde luégo de eludirla, con el fin de no dejar desamparada aquella iglesia, que ellos habian edificado en Jesucristo. Mas el ciego y obstinado Dayfusama habia decretado exterminarla, y sus ejecutores no perdonaban diligencias para llevar á cabo su designio.

Por Agosto envió el tirano á Nangasaqui al sagaz Surugadono, para coadyuvar á Safioye en su obra de destruccion y de exterminio. Con su cooperacion y sus consejos, Safioye desplegó aún más energía. Desde luégo pasó éste una órden á los superiores de los PP. misioneros, dándoles el mes de Octubre por término improrogable para salir del imperio, si querian salvar sus vidas. Por Setiembre reiteró la misma órden. Su desconfianza era tal, que sin embargo de haberle contestado que ya tenian preparados buques al efecto, no quedó satisfecho hasta saber sus nombres y su ruta. Poco despues hizo llamar á los regidores de la ciudad, y les hizo firmar un documento por el cual se debian

obligar, bajo pena de la vida, con la de sus hijos y mujeres, y confiscacion de sus haciendas, á que ninguno de ellos ocultaria ni permitiria ocultarse en sus calles y distritos respectivos á ningun misionero ni sacerdote cristiano, para quedarse, finalmente, en el imperio. Luégo hizo firmar la misma obligacion á todos los presidentes de las juntas y corporaciones, y por último publicó un bando dirigido al mismo fin, imponiendo igual pena á todos los habitantes de la ciudad y sus contornos. En aquellos dias de conflicto estaban los cristianos oprimidos de tristeza y de dolor, por la pérdida de sus amados padres y maestros, que temian les abandonasen para siempre. Y queriendo aprovechar aquellos últimos momentos, frecuentaban la confesion y comunion para encontrarse más fuertes en el gran dia de la prueba, y los PP. misioneros se veian tan agobiados con la muchedumbre de cristianos que se presentaban á sus piés para limpiar su conciencia, que apénas les quedaba tiempo para el oficio divino.

El 11 de Octubre volvió Safioye á repetir sus órdenes apremiantes, y señaló entónces el dia 16 del mismo mes como plazo perentorio para la salida decretada de todos los misioneros. Entónces los superiores le dijeron que por su parte ya estaban prevenidos y dispuestos; pero que no les era posible dar cumplimiento á su órden en el dia designado, por no estarlo los buques fletados al efecto. Esta contestacion era ciertamente razonable, y en ella pudieran los proscritos descansar para retardar su salida algunos dias más; pero nuestros religiosos, que no esperaban condescendencia alguna del inexorable Safioye, arrancaron las

cruces que tenian en el patio de su iglesia y cementerio, y recogieron ademas todos los cuadros y símbolos religiosos, para que no fuesen profanados en su dolorosa ausencia. El dia siguiente consumieron el Santísimo, apagaron su lámpara sagrada y quitaron el velo que cubria la custodia, consagrando un suspiro á cada objeto que retiraban del culto. Estos actos fueron presenciados por una multitud inmensa de cristianos y gentiles, que lloraban confundidos en un mismo sentimiento; pues hasta los paganos respetaban la divina Majestad de nuestros templos. Al fin recogieron la custodia y levantaron los altares, dejando únicamente las paredes de aquel recinto sagrado. Poco despues hicieron lo mismo los padres de la Compañía de Jesus, y todos embarcaron sus reliquias, reservando solamente algunos ornamentos para los que se habian determinado á quedarse en el imperio, con peligro inminente de la vida, por no abandonar enteramente aquella gran cristiandad.

Hasta el dia 25 no se habia dado cumplimiento á las órdenes apremiantes del activo Safioye, el cual dispuso, en tal concepto, que el dia 27 de aquel mes todos los PP. misioneros se trasladasen al puerto de Firando, en donde deberian embarcarse para salvar su existencia, tan pronto como los buques que debian conducirlos estuviesen prevenidos. Esta órden se llevó á efecto sin demora, y desde luégo dispuso el tirano que todas las iglesias de la ciudad de Nangasaqui fuesen derribadas al momento, con la circunstancia de que los mismos regidores cristianos debian ser los ejecutores de la órden. Mas alegando éstos el cansancio motivado por

las tribulaciones y fatigas de aquellos dias agitados, les admitió la disculpa y mandó que la demolicion se hiciese por los gentiles bajo la inmediata direccion de los Tonos de Omura y de Firando. Ésta fué la prueba más cruel que habian sufrido hasta entónces aquellos cristianos afligidos, presagio de otras desgracias y otros males todavía más funestos, porque no podian ménos de oir con estremecimiento y con horror el ruido aciago y siniestro producido por la ruina estrepitosa de los templos, al desplomarse con estruendo bajo el golpe redoblado y estridente de la piqueta destructora.

116. Sin embargo de las precauciones y medidas rigurosas que habian adoptado préviamente los astutos prefectos del imperio para llevar á efecto á todo trance el decreto del tirano, su vigilancia fué burlada por la intrepidez y el valor santo de treinta y siete campeones, que despreciando los peligros de la vida y los temores de una muerte despiadada y tormentosa, se determinaron á quedarse en las islas del Japon por la salud de sus hermanos. Entre los buques fletados para conducir á los proscritos habia uno de Toan, gobernador cristiano de la ciudad de Nangasaqui, y en él se embarcaron, finalmente, los que se habian decidido á permanecer en el imperio y afrontar todos los riesgos de su proceder heroico. Ya la nave bienhadada daba sus lonas al viento, y los centinelas puestos por las autoridades en su bordo la habian desamparado, muy ajenos del piadoso contrabando que encerraba, cuando á las pocas horas salieron á encontrarla dos embarcaciones de cristianos decididos, que la aguardaban escondidos detras de unas isletas y arrecifes para recibir en

ellas á los venerables misioneros. Eran éstos siete Clérigos indígenas, veinte Jesuitas, seis Franciscanos, un Agustino y siete religiosos de la Órden, que todos, ó casi todos, derramaron á la postre su sangre generosa por la fe, con un valor muy parecido al de los primeros héroes de la Iglesia.

Los que no miran con los ojos de la fe los grandes hechos y virtudes de los varones inmortales que con peligro de la vida predican á Jesucristo en las regiones paganas, tendrán quizás por temeraria la resolucion sublime de estos sacerdotes del Señor, volviendo á internarse en un imperio de donde eran expulsados por sus gobernadores y prefectos, y áun los juzgarán tal vez como culpables, por no obedecer fielmente á las autoridades constituidas del país; pero si se quiere recordar el noble ejemplo que nos dieron los apóstoles, es preciso repetir, con el gran Céfas, que primero se debe obedecer á Dios que á los hombres en tal caso, y que la caridad todo lo arrostra por amor de Jesucristo. No volvieron, ciertamente, á sus misiones por su propia conveniencia, ni guiados por las miras de conseguir la palma gloriosa del martirio, sino con el fin sublime y altamente generoso de consolar en aquel trance á los cristianos afligidos, animar á los flacos en la lucha, y conservarlos en la fe que con tantos trabajos y fatigas habian conseguido al fin introducir en el imperio. Disfrazados en traje de paisanos, se ocultaron por de pronto en las comarcas más inmediatas á la ciudad de Nangasaqui, y desde allí se trasladaron á otras partes más distantes, en donde los cristianos perseguidos tenian mayor necesidad de misioneros. El P. Fr. Alonso

Navarrete, religioso de la Órden, andaba por los rios y riberas en donde los cristianos tenian sus pobres domicilios, á quienes aparecia de tiempo en tiempo como una vision del cielo, para animarlos al combate, si combatir era preciso. El P. Fr. José de San Jacinto, de la misma, se internó atrevidamente hasta los contornos de Meaco, en donde el riesgo era mayor, y más terribles aún las tribulaciones de los fieles, por estar á la vista el tirano. ¡Qué léjos estaba éste de pensar, á la sazon, que tenía cerca de sí aquel paladin de Jesucristo! El P. Fr. Juan de los Ángeles, su compañero y hermano, se habia refugiado al principio en una choza miserable, colocada en la espesura de un bosque triste y sombrío; mas luégo se trasladó al mismo reino de Arima, en donde el sanguinario Safioye, á manera de un tigre ó de pantera, despedazaba ferozmente á los cristianos que se negaban con valor á sus impías exigencias. En el mismo reino estaba el P. Fr. Jacinto Orfanell, cuya presencia era tambien necesaria en aquellas azarosas circunstancias, que constituian á los cristianos con frecuencia en la dolorosa alternativa de abandonar el dón inestimable de la fe, ó sufrir los tormentos más crueles. El P. Fr. Alonso de Mena se fué al reino de Figen, su antigua residencia, y cuyos fieles lo miraban como un ángel que Dios enviaba á sus hogares para procurarles la salud eterna de sus almas y animarlos con su ejemplo á las batallas de la cruz. Los demas religiosos de la Órden permanecieron ocultos en la misma ciudad de Nangasaqui, con no ménos riesgo de caer en manos de los perseguidores de la fe. Todos, en fin, arrostrando peligros y dificultades inauditas, tra-

bajaban sin cesar ocultamente en aquella viña muy amada del Señor, sin amedrentarles ni el furor de los tiranos, ni la falta de alimento, ni la privacion completa de las cosas más necesarias á la vida, ni, en fin, las pesquisas rigurosas de aquellos tristes heraldos del abismo, que sospechaban sin duda su presencia en el imperio.

117. Las crueldades con que el tirano Safioye probó la fe de los cristianos de Arima, sólo pueden compararse con las de Diocleciano y Maximiano en los primeros siglos de la Iglesia. Sediento de sangre y vidas cual tigre devorador, habia obtenido un decreto especial de Dayfusama, segun el cual, todos los objetos adorables de nuestra religion santa debian ser entregados á los jueces, y los cristianos renegar inmediatamente de su fe, so pena de ser juzgados como reos de estado, y rebeldes á los mandatos imperiales. Desterrados los PP. misioneros de las playas japonesas, y derribados los templos de la religion cristiana, creia el tirano prefecto que le sería fácil la ejecucion de su proyecto; y como los cristianos de este reino eran el principal objeto de su odio por la generosa resistencia que habian hecho á las órdenes impías de su Tono, y al bonzo infernal que le inspiraba, empezó á desbordarse su furor contra los habitantes de Figen, como fieles adoradores de la cruz.

El dia 17 de Noviembre se presentó en este reino, acompañado de una turba numerosa de satélites. El pueblo de Cochintra oyó por la vez primera el edicto draconiano, y vió á sus ejecutores á sus puertas, amenazando con cadenas, y prisiones y destierros á los con-

traventores de la ley. Al principio aseguraban á los fieles que no trataban de quitarles en absoluto la existencia, para que no creyesen que en la muerte hallarian, por su dicha, la gloriosa corona del martirio; pero que debian estar en la inteligencia que no por esto serian menores sus trabajos, pues se les atormentaria hasta el extremo de inutilizar sus miembros para los oficios de la vida, y que sus hijas y mujeres serian colocadas en las casas públicas, y entregadas á disposicion de todo infame que las quisiese violar en su torpeza. Desde allí pasó á la capital del mismo reino; publicó tambien allí su fiero edicto, y en seguida envió sus mandatarios á las casas principales de los fieles, para obligarles á prestar obediencia á lo mandado. Muchos infelices se dejaron vencer de su flaqueza; pero tambien mostraron otros el valor y la constancia que inspira siempre al cristiano la conciencia de su fe y la gracia de Dios en todo caso. Entre los muchos que entónces padecieron por la fe, se distinguieron tres caballeros cristianos, naturales de Figen, que habian sido desterrados desde ántes con nuestros celosos misioneros. Noticiosos al fin, de los combates que los fieles de Arima iban á sufrir por aquel tiempo, y movidos por sus sentimientos religiosos, dejaron la ciudad de Nangasaqui, antigua mansion de su destierro, y se encaminaron animosos á la capital de aquel reino, en donde Safioye habia erigido su sangriento tribunal. Su espontánea aparicion llamó la atencion del juez tirano, y en su vista les preguntó de dónde eran, y por qué se le habian presentado de aquel modo, sin haber sido llamados. A esta pregunta severa no temieron contestar que eran

cristianos, antiguos habitantes de la ciudad de Nangasaqui, y que noticiosos, finalmente, de la gran persecucion que iban á sufrir por aquel tiempo los fieles de Arima, habian venido para dar testimonio de su fe y vindicar la religion que profesaban. Esta respuesta generosa enfureció al juez tirano, el cual mandó á sus satélites que inmediatamente los apaleasen á su vista, y en seguida los condenó á muerte á todos, sufriendo aquellos atletas los tormentos más atroces con la mayor resignacion, hasta inmolar su existencia en las aras amorosas de su religion y de su fe.

118. Entre tanto envió Safioye á otras provincias de Arima algunos jueces subalternos tan crueles como él, de los cuales existe todavía la memoria detestable de Gozayemon y Matagiro, que llevaban el espanto y el terror por todas partes. En Ariye prendieron á un cristiano de alta y noble jerarquía, llamado por nombre Adriano, que tentado inútilmente con amenazas y promesas, no pudieron sacarle otra respuesta que «yo soy cristiano, y no más.» Cansados ya los satélites de mortificar en vano su constancia, lo abandonaron por el pronto á los rudos combates de la carne y de la sangre para vencerle en la lid, en tanto se desbordaba su furor en otros pueblos. Algunos de sus amigos, que habian caido, como flacos, en el estadio sangriento, lo incitaban con su ejemplo á la defeccion, por lo ménos exterior, de sus creencias; mas él, siempre constante servidor de Jesucristo, rechazaba victoriosamente su nefanda apostasía, y les manifestaba el deber indeclinable en que todos se hallaban de reconciliarse prestamente con su Dios y con su Iglesia; echándoles en cara de esta

suerte su criminal debilidad. Entraron luégo sus hijos y sus nietos y sobrinos, rogándole tiernamente, con lágrimas abundantes, que siquiera por el amor que les debia y que le profesaban todos ellos, accediera á la voluntad y á los deseos del poderoso prefecto; no siendo posible de otra suerte librarse, en su situacion, de una muerte ignominiosa, ni evitar la deshonra general de la familia. Mas el atleta generoso les contestaba con firmeza que, si bien amaba la vida temporal, como era justo, por ser un dón muy precioso de su Hacedor soberano, preferia, sin embargo, las delicias de la eterna, y no dudaba sacrificar por un momento la primera por no perder la segunda, siendo traidor á su Dios. «No os han de matar, le replicaban, sino que os cortarán á pedazos los miembros de vuestro cuerpo, hasta dejaros inhábil para todo.—No importa nada de esto, contestaba vivamente el venerable confesor, porque de esta suerte viviré más satisfecho, padeciendo por mi Dios y mi Señor.» Los satélites infames, que no esperaban un resultado tan contrario á sus intentos, volvieron de nuevo á maltratarlo, y luégo lo llevaron al tribunal de Matajiro, el cual, noticioso y cerciorado de su constancia invencible, ordenó que fuese inmediatamente degollado. Los crueles ejecutores le cortaron por el pronto todos los dedos de las manos, y preguntado por ellos si le dolian las heridas, el mártir de Jesucristo contestó de esta manera: «Soy hombre, y como tal, no puedo prescindir de los dolores; mas yo espero en el Criador del cielo y de la tierra, á quien los cristianos adoramos, que me premiará en lo alto lo que por su amor padezco.» Entónces, desesperanzados los verdugos de

vencer con sus tormentos á aquel varon de dolores, cortaron el hilo precioso de sus dias al redoblado golpe de su acero. Fué martirizado á los sesenta y un años de su edad.

Cansado el tirano Matajiro de atormentar á los cristianos de Ariye, fué á incorporarse con su digno compañero Gozayemon, y los dos mancomunados fueron á levantar su sangriento tribunal en Cochinotra, en el mismo sitio donde se levantaba poco ántes el templo de los cristianos. Inmediatamente se dispersaron sus satélites con gente armada por el pueblo, con órden de conducir á su presencia á cuantos cristianos persistiesen en confesar á Jesucristo. El que tenía valor para oponerse á renegar de su Dios, era desde luégo atormentado cruelmente por los sayones impíos. Despues de apalearle con horror hasta reventar la sangre de sus venas, le cortaban las extremidades de los dedos y le apretaban las piernas con dos palos, hasta que apostataba de la fe ó perdia los sentidos con la violencia del tormento. Entre los muchos campeones que en esta ocasion suprema dieron un brillante testimonio de su fe, sobresalió un coreano avecindado en el Japon. En medio de las torturas y de los procedimientos más atroces, no abria la boca el grande atleta sino para proferir los dulcísimos nombres de Jesus y de María. Fatigados los verdugos de mutilarle y despedazar inútilmente sus descoyuntados miembros le atravesaron el pecho con una daga homicida, y con ella dieron fin á su existencia generosa.

Durante el estrago impío de esta borrasca furiosa, el P. Fr. Jacinto Orfanell se hallaba en las cercanías

de la capital del reino, confesando á los cristianos que acudian para el efecto; y no siéndole posible entrar en la ciudad misma, envió un cristiano principal, que estaba en su compañía, para invitar de su parte á los fieles cochinotras á que fuesen sin cuidado adonde él estaba hospedado ocultamente, para animarlos á la perseverancia en los combates, y fortalecer su espíritu en el dia de la lucha. Todos los PP. misioneros estaban entónces escondidos en albergues solitarios, no porque temiesen los tormentos y la muerte, que ellos deseaban padecer por Jesucristo, sino para consagrarse al ministerio espiritual de los cristianos, que tanto lo habian menester en aquellas circunstancias. Y era verdad que en su retiro ejercian sus funciones apostólicas, como pudieran hacerlo en tiempo de seguridad y de bonanza. Los que se hallaban en los contornos de Nangasaqui apénas tenian una hora de reposo, porque temiendo que Safioye, despues de haber saciado su fiereza en los cristianos de Arima, volveria contra ellos los rayos de su furor, procuraban disponerse á la lid aterradora con el sagrado banquete del altar. Mas por entónces no llegaron á verificarse sus temores, porque comenzó á divulgarse la noticia de la guerra que Fideyori, legítimo sucesor de Taycosama, habia declarado ya al Regente que trataba de usurparle el trono y la corona del imperio. Esta grave circunstancia obligaba por entónces al miserable Safioye á suspender sus trabajos de persecucion y de venganza para presentarse en la córte á su señor, como uno de sus más adictos servidores. Antes de salir de Nangasaqui, ya que no le era posible por entónces consumar el sacrificio de todos sus ha-

bitantes (eran cristianos casi todos), quiso aterrales con un acto capaz de irritar á los cristianos más indiferentes y más tépidos. Mandó formar en una plaza una pira levantada de cruces, imágenes sagradas, rosarios y otros objetos de nuestra religion santa, que habia arrebatado, impío, á los cristianos de Arima, y lo mandó quemar públicamente. El P. Fr. Alonso Navarrete dió un brillante testimonio de su piedad y de su fe en aquel trance supremo; pues al ver que por abominacion y por desprecio eran entregados á las llamas aquellos objetos tan sagrados, se arrojó sobre la pira para salvar alguna cosa con sus manos, y manifestar á los enemigos de su Dios que no temia arrostrar sus iras cuando se trataba de vindicar la religion de sus ultrajes. Su celo le costó algunos golpes violentos, que le dieron los míseros servidores del tirano; pero tambien le cupo la gran satisfaccion de haber dado á los cristianos un ejemplo de heroismo, y una leccion elocuente á los paganos.

119. Al incendio de los símbolos sagrados añadió aquel cruel prefecto otro acto de barbarie, que por sí solo nos descubre su carácter inhumano. El tirano de Arima, D. Miguel, habia despojado de sus bienes á cuatro caballeros de alta alcurnia que no quisieron abandonar la fe de Jesucristo; pero les otorgaba todavía el beneficio de la vida. Retirados desde entónces á un monte muy apartado, se alimentaban de la caza, y preferian vivir en la miseria á la apostasía final de sus creencias. Noticioso Safioye del suceso, no se conformó con la condescendencia del prefecto, y se propuso, ántes de abandonar á Nangasaqui, hacerles renegar de Jesucristo, ó quitarles la vida cruelmente. A este fin

envió sus ministros al collado en donde habitaban aquellos nobles confesores de la fe, á quienes intimaron desde luégo la órden inesperada del tirano. Mas los atletas de Dios, que habian tolerado hasta entónces las privaciones del destierro y el abandono completo de sus bienes y familia por no rendir vasallaje á Satanas y á sus obras, se opusieron con igual valor á esta exigencia. Desengañados los satélites de poderlos reducir á su propósito con palabras solamente, procedieron á las obras. Ante todas cosas les cortaron las narices cruelmente; despues los dedos de los piés y de las manos; á continuacion los marcaron con hierros candentes todo el cuerpo, y por fin los despeñaron á un arroyo, con prohibicion severa de que nadie los sacase ni socorriese en aquel trance. Dos de ellos no tardaron en pasar á mejor vida, y los otros dos salieron de aquel sitio medio muertos, no sin especial providencia del Señor, para animar con su constancia á los fieles de aquel reino perseguido. Tal fué por entónces el fin de esta persecucion general; pues ocupados los tiranos en la guerra, no pudieron llevar á efecto en todas sus partes el edicto neroniano del ambicioso Regente.

120. Esta guerra que Fideyori habia declarado á Dayfusama era sin duda más justa por su parte. Se miraba el infeliz, no sólo despojado de su herencia, sino tambien amenazado en su vida á todas horas; porque, abusando el tirano de su imperial omnipotencia, habia determinado perpetuar la corona del imperio en su familia por línea recta de varon, poniéndola desde luégo en las sienes de su hijo. Sus planes ya eran conocidos de antemano. Tres años ántes habia dado á entender

á Fideyori que debia hacerle una visita, siquiera para tributarle las atenciones que como yerno le debia; á cuya invitacion, que por otra parte parecia justa y razonable, no pudo negarse el inexperto y jóven príncipe. Con este fin salió por la primera vez de la fortaleza de Osaca, acompañado de varios señores que habian servido fielmente á su padre, y entró en la córte de Meaco, en donde residia Dayfusama. Éste lo recibió con extraordinarias demostraciones de afecto; lo festejó segun la calidad de su persona, y le convidó á un espléndido banquete, al fin del cual le ofreció de propia mano una taza de té, que los amigos del Príncipe tuvieron por sospechosa. Éste, sin embargo, para no desairar al suegro, la aceptó; mas entónces Gazayemon, Tono de Fingo, que habia sido uno de los principales capitanes de Taycosama y profesaba un singular afecto á Fideyori, se anticipó á su señor; alargó la mano á la misteriosa taza; dijo que su soberano no podia tomar té en aquella ocasion, por estar algo indispuesto, y haciendo una profunda reverencia á entrambos, tomó la fatal bebida en presencia y con espanto de todos los circunstantes. No se dió por ofendido el pérfido Regente con la accion aterradora de este Tono, que si bien frustraba su proyecto, á lo ménos le libraba de un poderoso rival, que le servia de estorbo. En efecto, no habian transcurrido muchas horas, y moria Gazayemon en medio de los dolores más acerbos.

Descubierto de un modo tan espantoso el pérfido designio del tirano, pudiera desde luégo Fideyori pedir la satisfaccion debida á su persona; mas aquél era depositario del poder, y se habia creado un gran par-

tido en los muchos años que habia tenido en sus manos las riendas del imperio: en tal concepto, creyó que debia por entónces disimular con prudencia la ofensa recibida. Entre tanto Dayfusama se iba desprendiendo de los Tonos y señores que podrian oponerse á sus ambiciosas miras, despachando á unos con venenos y á otros con su pérfida política; y por fin acusó al Príncipe de haber faltado al respeto que le debia como Regente del imperio, con motivo de un incidente el más sencillo. Habia Fideyori hecho fundir á sus expensas una magnífica campana para el templo de Daybut, y en ella hizo inscribir su nombre, omitiendo el de Dayfusama, sin la menor intencion de faltarle ni ofenderle. Noticioso éste del suceso, se quejó de él amargamente, lo que visto por el yerno, y agotado ya su sufrimiento, no dudó declararse contra él abiertamente. Desde luégo se le adhirieron los muchos confinados inculpables y cristianos perseguidos, con varios Tonos y señores de superior jerarquía, que habian sido favorecidos por su padre; y su partido no tardó en ser el de la gran mayoría del imperio. A los pocos meses de haber sacudido Fideyori el ominoso yugo de aquella larga tutela, ya no se dudaba de su triunfo. Dayfusama, sin embargo, como diestro general, juntó á la brevedad posible todas las fuerzas de que podia disponer á la sazon, y sin cuidarse de batallas parciales, se precipitó con la rapidez del pensamiento sobre Osaca, para sorprender á su adversario. Mas la buena posicion de esta gran plaza, el valor de los que la defendian y el rigor de la estacion no le permitieron finalizar con un golpe atrevido la campaña. Puso cerco á la ciudad, ya que no

pudo tomarla por sorpresa; intentó várias veces el asalto, é hizo cuantas tentativas su larga experiencia le dictaba; pero siempre sin efecto, porque sus tropas, acampadas sin abrigo, estaban debilitadas y ateridas por el rigor del invierno. Convencido al fin de la imposibilidad de apoderarse de la plaza, y temiendo, por otra parte, la desercion de sus mejores tropas, echó mano de la perfidia, tan proverbial á su carácter, para conseguir por el engaño lo que no podia por la fuerza de las armas. Por el pronto ofreció la paz á los sitiados, con algunas condiciones, que para mayor seguridad del cumplimiento firmó con la sangre de sus venas, y las confirmó con el más solemne juramento por los dioses imperiales. Las primeras eran muy favorables al incauto Fideyori, mas la última contenia el veneno que habia de perder á este infeliz, muy fácil, por otra parte, de descubrirse, si en Osaca no existieran traidores, que habian determinado venderlo á su rival. En ella se le exigia que habia de allanar uno de los tres muros que aseguraban su castillo, y cegar completamente todos los fosos y reductos que cercaban el castillo. Para cohonestar su pretension, alegaba que su retirada, sin haber logrado ninguna clase de ventajas, sería muy indecorosa á su persona, lo que él debia evitar en todo caso. El muro, pues, fué derribado, los fosos se cegaron y el pérfido Regente se retiró con los suyos á Meaco por Enero de 1615, dejando muy satisfecho á Fideyori, que se creia seguro con el juramento de un traidor, que no reparaba en atropellar las leyes más inviolables y sagradas.

Pasada la estacion de aquel invierno, y concluidas

las fiestas del año nuevo que empezaba, trató Dayfusama de consumar, finalmente, la obra de iniquidad que le inspiraba. Ante todas cosas buscó nuevos motivos para volver á romper con Fideyori, y al efecto le hizo escribir una carta confidencial y amistosa, por medio de su mismo secretario, aconsejándole que despidiese de su servicio á varios señores que citaba, en atencion á no serle necesarios y consumirle inútilmente sus tesoros. Esta carta llenó de indignacion á los partidarios del príncipe imperial, porque desde luégo penetraron los designios del tirano. Contestó, sin embargo, Fideyori con política y finura, diciéndole en breves términos que los señores que lo acompañaban más eran amigos que soldados, y que no podia desconocer los servicios y la lealtad de sus adictos. Despues le manifestó algunas otras exigencias cuyo cumplimiento era imposible, y por fin el mes de Junio volvió otra vez con su ejército sobre los muros de Osaca, que ya no se hallaban en disposicion de resistir por mucho tiempo á sus fuerzas poderosas. Pocos dias bastaron, en efecto, para apoderarse por asalto de aquella ciudad infausta. habiendo perecido en la refriega el desgraciado Fideyori, con otros muchos señores y partidarios de su bando.

Estaban allí á la sazon los PP. Fr. Apolinario Franco, de la Órden Seráfica, Fr. Hernando de Ayala, Agustino calzado, y el presbítero Toan, hijo del Gobernador de Nangasaqui, que habian concurrido á aquella plaza con el fin de asistir á los muchos cristianos que servian á Fideyori. Los dos primeros se salvaron con la fuga; mas el tercero sucumbió bajo la cuchilla ven-

cedora. Con esta accion decisiva quedó terminada la campaña, y al fin del mismo mes entró Dayfusama como en triunfo en la ciudad de Suruga, aclamado por los pueblos, siempre aduladores del más fuerte. Desde aquel dia se consideró el tirano como emperador legítimo de las islas de Japon; varió la era primitiva, que habia regido hasta entónces, y mandó derribar las fortalezas del imperio, á excepcion de las que habia en las capitales para la seguridad de sus gobernadores y habitantes. El exterminio y la venganza amenazaban de cerca á los que habian seguido el partido del malogrado Fideyori. Perdonó tan sólo en parte á un hijo que habia dejado este infeliz, conmutándole la pena capital en la de muerte civil; pues mandó se le cortase el pelo como infame, y que fuese encerrado en un monasterio de bonzos, en donde acabó su triste vida. Entónces fueron mayores los conflictos de los PP. misioneros, pues habiendo sido desafectos al tirano en la guerra con el Príncipe, temian con razon que procediera desde luégo contra ellos.

121. En medio de los trastornos que eran consiguientes á los azares de aquella breve campaña, los padres misioneros y ministros que con traje del país residian en la ciudad de Nangasaqui, aprovechando las treguas que les concedian los enemigos del nombre cristiano, salieron sin precauciones para ejercer el ministerio apostólico en otras provincias del imperio. Los nuestros recorrian animosos los reinos más apartados y distantes, y en todas partes fructificaba felizmente la palabra del Señor. Sólo en el reino de Arima el padre Fr. Juan de Rueda reconcilió con la Iglesia á más de

mil miserables, que tan sólo por evitar en aquel trance los tormentos y la muerte habian apostatado exteriormente de la fe. El P. Fr. Tomas de Zumarraga fué enviado á las comarcas de Meaco, despues de la toma de Osaca, con motivo de haber enfermado el P. fray José de San Jacinto, que habia trabajado por aquellas partes hasta entónces. El P. Fr. Jacinto Orfanell ejercitó su celo fervoroso en los reinos de Chicugo, Chicuyen, Bungo y Buyen, en los cuales estaban los cristianos absolutamente destituidos de ministros. En Nangasaqui se quedaron por entónces los PP. Fr. Alonso Navarrete y Fr. Francisco de Morales, que cuidaban con esmero de aquella grey numerosa. Su mayor peligro les venia, á la sazon, de las pesquisas rigorosas con que los emisarios del tirano perseguian sin compasion á los que habian defendido á Fideyori.

122. A consecuencia de estas averiguaciones y pesquisas, cayeron en poder de los esbirros dos religiosos Franciscanos. El P. Fr. Diego de San Francisco, que era uno de los dos aprisionados, fué encerrado desde luégo en un espantoso calabozo, cuyos horrores describia él mismo, en una carta, con los términos siguientes: «Nunca leí en las historias una cárcel tan cruel; porque se mataban los presos unos á otros, y de noche mataban á los enfermos, echándolos contra las bigas; y porque los reprendí, me respondieron, que con esto se les hacia un bien, quitándoles de presto las penas que padecian. Del hambre que por allí se padecia no digo nada, porque habia siempre más de treinta que no tenian quien les diese de comer, y vivian algunos dias con lo que arrebataban á los otros, que no te-

nian para sí. La sed, como es más penosa de sufrir, para aliviarla recogian con una vasija el agua que se caia de la cabeza de los que yo bautizaba. Estábamos tan estrechos, que á veces se hallaba uno vivo entre dos muertos, envidiando la suerte de ellos, los cuales solian quedar casi podridos, sin que los quitasen de la misma cárcel en muchos dias. El hedor y la corrupcion era el mayor tormento que yo sentia. Estos cadáveres, con la hediondez que despedian, corrompian á los cuerpos vivos, y así estábamos todos leprosos; é yo de piés á cabeza no tenía cosa sana, con una comezon tan rabiosa, que no podia concluir el decenario sin echar las uñas á las carnes, y como las tenía tan largas, que sólo podia cortarlas con los dientes, me lastimaban grandemente.» En este horrible calabozo estuvo este venerable misionero por espacio de año y medio, padeciendo los trabajos y agonías de la muerte. Mas al fin logró su libertad y se embarcó para Manila, con motivo de una embajada que habia enviado á Japon nuestro católico Monarca. El otro misionero era el venerable P. Fr. Juan de Santa María, preso por el Tono de Omura, el cual, despues de haber sufrido con admirable resignacion tres años de prision y de tormentos, fué condecorado, finalmente, con la palma del martirio.

---

se hallaron muy trocados y fuertes.» En confirmacion de esto, refiere algunos hechos admirables de constancia con que muchos devotos del Rosario acreditaron fielmente que sabian morir en el estadio ántes que renunciar á Jesucristo. El mismo fué testigo presencial de la respuesta generosa que los cofrades del Rosario dieron á un Tono de Arima, cuando queria obligarles por la fuerza á contribuir con sus personas é intereses á la construccion famosa de un templo pagano. «Nosotros, dijeron, somos cristianos, y no podemos cooperar á una obra de esta naturaleza: mándanos otra cosa permitida, y no dudes que, aunque sea más gravosa, darémos cumplimiento á tus mandatos.» Por esta sola resistencia pudiera el Tono condenarlos á la pena capital, segun las leyes vigentes del imperio, lo cual aquellos cristianos no podian ignorar de modo alguno; mas por entónces no pasó más adelante este negocio, y tuvieron la satisfaccion de haber cumplido con su deber sin ulteriores consecuencias, que ellos hubieran afrontado en todo caso; pues estaban prevenidos para toda contingencia. Bella y edificante perspectiva de aquella grey perseguida, muy satisfactoria, ciertamente, para nuestros misioneros, los cuales se tenian por muy felices al ver el buen resultado de sus trabajos apostólicos.

124. Así las cosas del imperio, y sin embargo de no ignorar Dayfusama que muchos de los cristianos habian seguido el partido de su yerno Fideyori, ocupa[illegible]
á la sazon en perseguir y castigar á los seño[illegible]
habian sido desafectos, no los molestaba
con el rigor que se temia. Quiso, no ob[illegible]
gunas pruebas en la córte de que no lo[illegible]

una devocion tan saludable, mostraba bien claramente que aquel movimiento extraordinario de los ánimos no era obra de los hombres. De todas partes se elevaba á las alturas el concierto de aquel salterio divino, y no habia cristiano ferviente que no procurase poseer alguna imágen de la Vírgen del Rosario que á este fin se habia grabado en Nangasaqui. Los frutos abundosos y admirables que este santo ejercicio producia en sus devotos, eran de todos conocidos, y entre ellos debe contarse la reforma de costumbres de los fieles, áun de los que hasta entónces solo habian sido cristianos en el nombre. A la misma se debe atribuir aquel valor nunca vencido con que tantos cristianos entregaban la vida por su Dios; bien así como el haberse conservado en aquel punto la verdadera fe de Jesucristo por mucho tiempo despues de haber faltado á los cristianos sus sacerdotes y sus templos. El venerable P. Fr. Jacinto Orfanell, en un escrito que compuso, relativo á los últimos sucesos del Japon, decia así: «¡Qué de cristianos, que vivian como medio desesperados de su salvacion, por la devocion del Santísimo Rosario han vuelto á cobrar aliento, y viven muy consolados! ¡Qué de hombres perdidos y pecadores públicos vemos que se han convertido, y cada dia se convierten! Verdaderamente es esta devocion como una lima, que poco á poco va comiendo el candado de los vicios con que el demonio nos tiene presos, y cuando ménos lo pensamos nos hallamos libres y totalmente trocados; y si no, véase en muchos, que ántes de esto se hallaban flacos en las cosas de la fe, que al primer empellon cayeron; y despues que entraron en la cofradía, y trataron de véras de rezar el Rosario,

se hallaron muy trocados y fuertes.» En confirmacion de esto, refiere algunos hechos admirables de constancia con que muchos devotos del Rosario acreditaron fielmente que sabian morir en el estadio ántes que renunciar á Jesucristo. El mismo fué testigo presencial de la respuesta generosa que los cofrades del Rosario dieron á un Tono de Arima, cuando queria obligarles por la fuerza á contribuir con sus personas é intereses á la construccion famosa de un templo pagano. «Nosotros, dijeron, somos cristianos, y no podemos cooperar á una obra de esta naturaleza: mándanos otra cosa permitida, y no dudes que, aunque sea más gravosa, darémos cumplimiento á tus mandatos.» Por esta sola resistencia pudiera el Tono condenarlos á la pena capital, segun las leyes vigentes del imperio, lo cual aquellos cristianos no podian ignorar de modo alguno; mas por entónces no pasó más adelante este negocio, y tuvieron la satisfaccion de haber cumplido con su deber sin ulteriores consecuencias, que ellos hubieran afrontado en todo caso; pues estaban prevenidos para toda contingencia. Bella y edificante perspectiva de aquella grey perseguida, muy satisfactoria, ciertamente, para nuestros misioneros, los cuales se tenian por muy felices al ver el buen resultado de sus trabajos apostólicos.

124. Así las cosas del imperio, y sin embargo de no ignorar Dayfusama que muchos de los cristianos habian seguido el partido de su yerno Fideyori, ocupado á la sazon en perseguir y castigar á los señores que le habian sido desafectos, no los molestaba por entónces con el rigor que se temia. Quiso, no obstante, dar algunas pruebas en la córte de que no los tenía olvida-

dos, y que áun vivia en su corazon su antiguo é implacable ódio contra el Cristo del Señor. Por su órden fueron presos, en efecto, y martirizados en Suruga doce valientes de Israel. Mandó ademas degollar á seis cristianos leprosos, y á otros seis les hizo cortar los dedos de las manos, descoyuntarles los huesos y marcarles con hierros candentes todo el cuerpo, en cuyos tormentos indecibles espiráran dos de ellos. Más; se acercaba la hora postrera de aquel monstruo, que habia logrado asegurar en la frente de su hijo la diadema imperial, que habia usurpado. Era por el mes de Julio de aquel mismo año, y habia salido á divertirse con sus criados á la caza. Las peripecias y fatigas de aquella partida peligrosa le produjeron una especie de desmayo, que vino á interrumpir fuera de tiempo aquella malhadada diversion. Los que estaban á su lado echaron mano al momento del repuesto en donde solia tener algunos cordiales á propósito para estos casos posibles; pero, sin saberlo ni advertirlo, le suministraron la bebida de un frasco emponzoñado, que él solo conocia perfectamente. Vuelto en sí del parasismo, preguntó de qué frasco le habian dado la bebida, y averiguada la verdad, aseguró (segun dicen) que no podia vivir más tiempo. Retiróse inmediatamente á su palacio, se puso en cura inútilmente, y á los pocos dias de haber tomado aquella pócima acabó su vida abominable en medio de los dolores más horribles. ¡Digno fin de aquel tirano, que habia dado tantas veces igual género de muerte á los caballeros más honrados, y sacrificado de este modo á muchos cristianos inocentes, sin más causa ni motivo que no querer abandonar la verdadera religion de Je-

sucristo! Dios suele herir al impío con aquellas mismas armas que él ha usado por ventura para exterminar al justo.

125. Con la muerte del tirano Dayfusama parecia que los cristianos habian de hallar algun alivio en sus penas y amarguras; pero no sucedió así. Los dignatarios del imperio, que tenian en sus manos la direccion y las riendas del gobierno, eran los mismos por desgracia, y el nuevo príncipe, conocido con el nombre de Jogunsama, áun más cruel y sanguinario que su padre, se propuso con empeño destruir enteramente el nombre cristiano en sus dominios. Así se comprende bien que muy poco despues de coronado emperador del Japon, tan malamente heredado por la usurpacion triunfante de su padre, lo empezó á manchar con sangre de víctimas inocentes. Yedo, Meaco y demas ciudades del Cami presenciaron con horror sus crueldades nefandas; pues renovó desde luégo los tiránicos edictos, que los Tonos ya miraban con alguna indiferencia. Con este motivo, Acuradono, señor de una gran comarca, á pesar de su genio apacible y bondadoso, creyó que debia afectar algun rigor por no aparecer omiso, cuando sólo se trataba de agradar por este medio al nuevo monarca del Japon. Entre tanto el Gobernador de Chicugo quitaba la vida cruelmente á un pobre labrador de su distrito, y atormentaba á otros muchos por adoradores de la cruz. Llamábase Luis el uno de ellos; era ademas muy devoto del Santísimo Rosario, y bienhechor especial de los PP. misioneros. Toleró con invicta paciencia el tormento de las cañas, con que le atravesaron los muslos en várias y distintas direcciones.

Colgado despues de una viga en la actitud más violenta, estuvo mucho tiempo así pendiente, como un sangriento espectáculo entre los cielos y la tierra.

La nueva tempestad que habia estallado al aparecer el astro horrendo, cuya malhadada faz y disco infausto hacia presagiar muy tristes dias para los hijos de Israel, rugia tambien por todas partes en el reino de Figen. Una de las muchas víctimas sacrificadas en ódio de la religion y de la cruz fué el mayordomo de la cofradía del Rosario, conocido con el nombre de Pablo entre los cristianos de aquel reino. Con su ejemplo se animaron muchos fieles y devotos del Rosario á perder ántes la vida que abandonar á Jesucristo. Asimismo daba testimonio de su fe un jóven de alta jerarquía, crucificado en Bayen por sostener varonilmente su doctrina.

El puerto de Nangasaqui, que hasta entónces habia sido tratado por todos los tiranos del imperio con más consideracion que otras ciudades, empezó tambien á perturbarse por Diciembre de este año, con motivo de haber sabido Safioye que allí se hallaba Nayquidono, cristiano muy distinguido é hijo de Amjicadono, uno de los capitanes más valientes que habian sostenido la causa del infortunado Fideyori. Con el fin de capturarlo, envió á este puerto con sigilo á dos pesquisidores de confianza, que con sus procedimientos espantables alborotaron la ciudad por todas partes. A fuerza de tormentos y violencias pudieron averiguar que habia estado Nayquidono con un P. Jesuita, y el resultado inmediato de esta delacion infame fué reducir á prision á un pobre hermano de la misma Compañía, que á los

tres años de su encierro murió gloriosamente por la fe. Estos y otros descubrimientos, obtenidos por la policía siniestra de los Tonos, les hicieron comprender que áun habia en el imperio sacerdotes cristianos, cuyo exterminio era urgente para secundar las miras del nuevo y sanguinario emperador. Con el fin de precaver los resultados, algunos misioneros se trasladaron á los reinos más remotos, y otros aparentaron nuevamente que regresaban á Manila.

126. Cuando se supo en la córte que habian quedado todavía misioneros en las islas, el Tono de Omura, que estaba allí casualmente, tuvo que sufrir una reprension muy dura de los ministros imperiales, por lo moroso que habia sido en esta parte. Para sincerarse de este cargo hizo alarde y vanidad de su abominable apostasía, y de hijo que habia sido de la Iglesia, se convirtió desde entónces en su perseguidor infatigable. A su vuelta de la córte mostró un empeño decidido en prender con mano armada á cuantos sacerdotes y ministros se hallaban en la ciudad de Nangasaqui; pero, sabido su intento, se tomaron precauciones oportunas, que frustraron finalmente sus más exquisitas diligencias. Al ver que se cansaba sin provecho, se marchó disgustado de aquel puerto; mas luégo envió de repente á su privado Jirobioye para ensayar una sorpresa cuando estuviesen más descuidados los cristianos y los sacerdotes allí ocultos. Empero sus engaños y pesquisas tampoco produjeron esta vez los efectos que los perseguidores esperaban. Es verdad que, por desgracia, lo que no pudieron conseguir en Nangasaqui, lo consiguieron al fin en una de las aldeas ó pueblos circunvecinos; pues cayeron en



sus manos los PP. Fr. Pedro de la Asuncion, religioso Franciscano, y el P. Juan Bautista Machado de Tavora, de la Compañía de Jesus, que murieron por la fe el dia 22 de Mayo de 1617 (1).

127. Creia el tirano de Omura que en vista del rigor y los tormentos usados á tal extremo con los primeros sacerdotes que habian caido en sus manos, los demas se marcharian del imperio, ó se ocultarian de tal suerte, que no llegase á la córte la noticia de su permanencia en el Japon; pero tambien se engañó por esta vez. Los PP. Fr. Alonso Navarrete, vicario provincial de nuestros misioneros, y Fr. Hernando de Ayala, religioso agustiniano, llenos de un santo celo por la causa de la fe, no temieron exponerse á las iras del apóstata, bien persuadidos entrambos de que con su predicacion y con su ejemplo, é inmolando en todo caso su existencia en las aras de la cruz, los fieles se levantarian finalmente del abatimiento en que yacian. El martirio de aquellos venerables misioneros, de que hase hecho mencion en los anteriores números, produjo efectivamente una sensacion profunda en todos los cristianos del imperio, por ser los primeros misioneros que en esta persecucion perdieron la vida por la fe. El venerable Navarrete, luégo que tuvo noticia del suceso, pensó seriamente sobre la conducta que, como superior de sus hermanos, deberia adoptar en aquel caso, y

(1) Por estos dos mártires empieza la séria cronología de los que nuestro santísimo padre Pío IX beatificó solemnemente en 7 de Julio de 1867, que comprende los martirizados desde esa fecha (22 de Mayo de 1617) hasta el 3 de Setiembre de 1632.

pidió al Señor le iluminase en circunstancias tan difíciles. Al fin, sintiéndose inspirado por un superior impulso, creyó que era llamado á la barrera de la religion que predicaba, para dar un brillante testimonio de su fe. Ocupado en estas reflexiones, llegó la víspera del Córpus, que señaló para siempre su resolucion definitiva. Llamó, en efecto, á su presencia á su catequista Pablo, en quien tenía mucha confianza, y le habló de esta manera: «Ya sabes, Pablo, que ántes de ayer martirizaron á los benditos PP. Fr. Pedro de la Asuncion y Fr. Juan Bautista, ¿tendrás valor para ir allá y traerme sus cuerpos venerables?» Le hizo el P. Navarrete esta propuesta, con el único objeto de explorar la disposicion en que estaria respecto á seguirle en todo caso, como luégo se lo manifestó más claramente. Pablo, poseido de un santo entusiasmo religioso, le contestó inmediatamente que á todo se atrevia por su Dios. Entónces lo llevó delante de un altar, se postró con él humildemente, hizo una breve oracion, y en seguida le dió su bendicion, haciéndole tomar agua bendita. Despues de esta breve ceremonia, le dijo sencillamente: «Escucha, Pablo, y guárdate de descubrir á persona alguna lo que ahora te voy á manifestar. Sepas que yo estoy resuelto á presentarme en Omura para ayudar á los afligidos cristianos, y aconsejar al Tono que desista ya de sus maldades; lo cual espero que será muy provechoso para los fieles de Nangasaqui, que se hallan poseidos de temor. Dime ahora francamente: ¿tendrás valor para seguirme y decir al Tono lo que yo te ordenáre? Pablo contestó, sin vacilar, que á todo estaba dispuesto, y el venerable Navarrete aceptó gustosa-

mente su espontáneo ofrecimiento. Al dia siguiente comulgaba fervorosamente el catequista, preparando su alma pura con el pan divino de los fuertes para seguir á todas partes al venerable maestro, dispuesto á morir en todo caso por su Dios y por su fe. El dueño de la vivienda en donde estaban hospedados, llamado Gaspar Ficoyuro, sin embargo del sigilo con que habian tratado aquel asunto, traslució su pensamiento, y animado de los mismos sentimientos, dijo al P. misionero: «Yo entiendo, mi padre amado, que habeis determinado ir al reino de Omura; si verdaderamente es así, os suplico que me lleveis en vuestra compañía, porque estoy resuelto á sufrir el martirio si fuese necesario, y dar la vida y mi sangre por mi señor Jesucristo.» A una manifestacion tan espontánea, que revelaba la fe viva y extraordinaria de su huésped, no pudo negarse el venerable misionero, y le dijo que se preparase para la marcha sin pérdida de tiempo.

Como superior que era el venerable Navarrete de nuestros misioneros en Japon, creyó que no debia llevar á efecto su arriesgado pensamiento, sin disponer lo conveniente para su gobierno y sustitucion de su persona en el caso de morir en la demanda. A este fin les escribió una carta edificante, que muestra asaz á las claras la pureza de su celo. «Ya ven vuestras reverencias, les decia, como esta cristiandad se va acabando poco á poco, y así es menester dar buen ejemplo á estos cristianos; por lo cual pido á vuestras reverencias, por las entrañas de nuestro buen Jesus, procuren ser hijos de nuestro Padre Santo Domingo, y tener mucha paz y hermandad con los demas religiosos. Yo voy

á Omura á confesar y consolar á aquellos cristianos: ahora es buen tiempo para eso; pues con la sangre de los mártires estarán más animados. ¡Plegue á su divina Majestad sea de algun servicio suyo mi vida! Y porque pudiera ser que me pusiesen en la cárcel, dejo en mi lugar al P. Fr. Francisco de Morales. Y si acaso me quitasen la vida, podrán vuestras reverencias nombrar un P. Vicario Provincial, que les gobierne, como disponen las Constituciones. Y perdónenme por amor de Dios el mal ejemplo que les he dado, y no se olviden de mí en sus oraciones y sacrificios. Pido á vuestras reverencias muy encarecidamente que á la mujer de Pablo y su hijo sustenten, pues él va conmigo para ayudar á los cristianos, y podria ser lo martirizasen igualmente. La obra de los niños perdidos (1) se la encomiendo mucho. Hoy dia de la traslacion de nuestro Padre Santo Domingo, á 24 de Mayo de 1617.— FR. ALONSO NAVARRETE.»

Profesaba este venerable misionero una amistad especial al venerable P. Fr. Hernando de Ayala, ya citado, vicario provincial que tambien habia sido de los misioneros Agustinos, el cual vivia casi siempre con los nuestros, á quienes amaba como hermanos. La casa en donde habitaba el venerable Navarrete no distaba mucho de la suya, y como eran tan parecidos en el

(1) Se refiere á una casa de *expósitos* que fundó con medios que habia escogitado y limosnas que recogia en aquel país, devastado por las guerras y persecuciones, en cuya casa recogia y alimentaba á los niños y niñas que por pobreza ó por crueldad de sus padres eran abandonados. Así se practicaba entónces la bella obra de la *Santa Infancia*, que en la actualidad con tanto celo se va desplegando en la Europa.

celo, le comunicó su pensamiento. El venerable Ayala, aunque abundaba en los mismos sentimientos, temia emprender una obra tan heroica sin el mandato superior de su prelado, que no tenía en el Japon. Sin embargo, como se confesaba con el venerable Navarrete, se puso en sus manos á este fin, y le prometió obediencia si le mandaba acompañarle. ¡Sublime ejemplo de humildad y de abnegacion cristiana! Con este rasgo de heroismo quedó muy consolado y satisfecho nuestro venerable Navarrete, y ante todas cosas encargó á su nuevo súbdito que encomendase de véras al Señor aquel negocio tan grave, á fin de que se dignase inspirarles en tal caso lo que fuese más conforme á su divina voluntad. Al terminar el venerable Ayala su fervorosa oracion, se ofreció de nuevo á la voluntad y al mandamiento del venerable Navarrete, y éste, movido sin duda por el espíritu de Dios, le mandó que lo siguiese en la expedicion que habia determinado hacer al reino de Omura. Entónces escribió una carta muy devota á los misioneros del imperio y á sus hermanos de Manila. Estos hechos ocurrian el dia 25 de Mayo, y en aquella misma noche salian los dos venerables religiosos de la ciudad de Nangasaqui, y se hospedaron juntamente en la morada de Pablo, sita en uno de los arrabales de la misma. Por la noche fueron visitados con sigilo por el P. Fr. Francisco de Morales. Este insigne misionero se propuso examinar el espíritu verdadero que les movia á emprender una jornada tan arriesgada y tan difícil. Todavía se conservan algunos pormenores importantes de esta célebre visita, que debia decidir postreramente de su glorioso desti-

no. «Aunque la obra es tan santa y perfecta, les decia, deben vuestras reverencias reflexionar si sería más conveniente aguardar un poco más, para ver en qué pára la tormenta: puede suceder muy bien que no les quiten la vida si los prenden, sino que los echen del Japon, ó los tengan detenidos por mucho tiempo en una cárcel. Tambien se dice que ha de haber persecucion en Nangasaqui, y por lo mismo es necesario considerar si se podrán abandonar tantos cristianos, que van á quedar por estos sitios como ovejas sin pastor.» Contestaron desde luégo aquellos venerables misioneros de un modo satisfactorio á los dos reparos enunciados; de suerte que el venerable Morales nada tuvo que oponer. «¿Es acaso algun asunto de poca entidad, decian, el padecer cárceles y destierro por el nombre de Jesus? ¿No sería hacer un gran servicio á la causa de la religion y de la fe el dar este ejemplo de valor á los fieles del Japon, para que no rehusen estas penas y esta persecucion siempre creciente, que es un verdadero martirio prolongado? La tempestad que amenaza á Nangasaqui es dudosa todavía, y no parece razonable dejar lo cierto por lo incierto; y dado que llegue este caso, hay allí suficientes sacerdotes para atender á las necesidades de su cristiandad, lo que no sucede en Omura ciertamente. Vamos, pues, á desempeñar nuestro sagrado ministerio, y venga lo que viniere. Nosotros no tratamos de obtener la dignidad grande del martirio, sino de ayudar en lo que podemos á los perseguidos cristianos.» Al despedirse el venerable Morales pidió la bendicion al venerable Navarrete, su vicario, y ántes de marcharse recordó al

venerable Ayala cierto contrato piadoso, que habian celebrado anteriormente, de aplicar el que sobreviviese de los dos doce misas por el alma del que primero falleciese, y añadió, «si era su voluntad que se las aplicase en todo caso, áun en la suposicion tan verosímil de que le quitasen la vida por la fe en los sangrientos combates que tal vez le esperaban en Omura.» A lo cual el venerable Ayala contestó «que en tal caso le condonaba la obligacion, y que no pasase cuidado por ella.»

128. A los primeros albores de la mañana siguiente se pusieron en camino, y no pasaron de una aldea situada á tres horas de distancia de la ciudad de Nangasaqui. Se detuvieron tres dias en aquel pueblo cristiano, para confesar á muchos que les suplicaban esta gracia. Entre estos hombres devotos compareció tambien el gobernador de aquel distrito, que pocos dias ántes habia cooperado á la prision del venerable padre Fr. Pedro de la Asuncion, segun se ha visto. Mas ahora, avergonzado de su vil apostasía, se confesó, con señales muy sensibles de un verdadero arrepentimiento. Desde allí se trasladaron los venerables misioneros á otra aldea, en donde se vieron precisados á detenerse tambien algunos dias por la misma causa y necesidad que en la anterior. La tercera etapa de su viaje fué la ciudad populosa de Nangaye, uno de los puertos principales de Omura: allí estuvieron algun tiempo, trabajando siempre en el ministerio de las almas, y consagrados enteramente al bien y provecho espiritual de los cristianos, que de todas partes les salian al encuentro en su camino. En aquellos pocos dias, que habian de ser los



postreros de su predicacion y de su vida, su palabra produjo frutos admirables de virtud en aquella viña predilecta del Señor. Bautizaron á muchos niños y adultos, que estaban ya preparados al efecto, y reconciliaron con Dios á una inmensa multitud de pecadores de todos sexos, edades y condiciones. Con sus pláticas sentidas y ejercicios espirituales animaban á los fieles para conservar el dón precioso de la fe, que su Tono les queria arrebatar á mano airada. ¡Como si el hombre pudiera arrancar del corazon esa semilla del cielo cuando ha echado hondas raíces en la conciencia cristiana! El concurso extraordinario de aquella grey fervorosa iba en progresion creciente, hasta el punto de verse precisados á ejercer su ministerio bajo un toldo de ramaje, y disponer allí mismo un altar en la floresta para que todos pudiesen asistir al santo sacrificio de la misa, y escuchar atentamente los postrimeros acentos de su palabra divina. ¡Qué espectáculo tan bello! El Dios del amor hermoso y de las gracias celestes recibiendo en la enramada la adoracion de un gran pueblo sobre una alfombra de flores (era en Mayo), al són arrebatador de cantadoras avecillas!..... Entónces conocieron ciertamente aquellos hombres de Dios que la noticia de su proximidad y de su permanencia en aquel punto no podria ocultarse al fiero apóstata, y que no tardarian en ser presos de su órden. En esta conviccion é inteligencia se abrieron la corona con presteza y se vistieron con sus trajes religiosos, para tener siquiera el gran consuelo de llevar por algun tiempo estas insignias venerables de su estado, pues ya era inútil su disfraz en aquel trance. No se equivocaban, en

efecto: á la mañana siguiente, cuando se estaban disponiendo para celebrar el santo sacrificio de la misa, vieron tres embarcaciones que se dirigian á aquel puerto, en las que venian los emisarios del apóstata Omuradono con órden de capturarlos y de conducirlos á la cárcel. No se alteraron los venerables misioneros con su vista, ni trataron siquiera de ocultarse, pues su principal intento era animar á los fieles con su ejemplo, para mantenerlos firmes en las luchas formidables que se preparaban á su fe. A su llegada les hicieron los esbirros una profunda reverencia al estilo del país, y tomando en seguida uno de ellos la palabra, dijo así: «Padres mios, mucho nos pesa de venir á lo que venimos; pero somos mandados, y no podemos hacer otra cosa, so pena de perder nuestras rentas y la vida: el Tono, nuestro señor, nos manda que os prendamos.» Al oir estas palabras, los cristianos prorumpieron en llantos inconsolables, capaces de enternecer al corazon más insensible; pero los venerables confesores los animaban, diciéndoles que no debian en manera alguna entristecerse por su prision, sino dar gracias al Señor porque les concedia la gran dicha de padecer por la gloria de su nombre.

Estando ya los atletas de la cruz en poder de los ministros, sólo trataron de disponerse para recibir en el estadio la corona del martirio. Léjos de manifestarse disgustados por la traicion infame del apóstata, hicieron algunos regalos á sus verdugos y aprehensores, y el venerable Navarrete, sacan[illegible] del bolsillo una carta que tenía prevenida, la entreg[illegible] uno de ellos, rogándole humildemente que la pus[illegible] su Tono. Su

contenido era el siguiente: «Los superiores de San Agustin y Santo Domingo, andando escondidos ayudando á esta cristiandad, supimos como habiais hecho martirizar á dos padres, de lo cual quedamos muy maravillados, porque semejante pecado entre gentiles es muy grande, y en los que están bautizados es gravísimo. Por lo cual, lastimados, señor, de vos y de vuestros vasallos, hemos venido aquí para amonestaros que os arrepintais de tan gran pecado, os confeseis y permitais que vuestros vasallos se levanten y conviertan, porque de otro modo os iréis al infierno sin remedio; y os enviamos por delante esta carta, para que os sirva de aviso.» El que recibió la carta les aseguró de todos modos que llegaria á su destino; pero se ignora si dió cumplimiento á su palabra. El fervoroso y valiente dueño de la casa en donde habia estado hospedado el venerable Navarrete en Nangasaqui, al ver que los ministros sólo se apoderaban de los padres, se dirigió al que mandaba la cuadrilla, y le habló de esta manera: «Yo soy, señor, el que he tenido en mi casa por tres años á estos padres contra el mandato del Emperador; si por esto me quereis prender y quitarme la vida, aquí me teneis dispuesto.» ¿Quién puede inspirar al hombre sentimientos tan sublimes? Sólo la verdadera religion de Jesucristo. Esta sola confesion era de sí suficiente para condenarlo á muerte, segun los edictos imperiales; mas ni él ni el buen catequista Pablo fueron presos por su Dios, como tanto deseaban, pues los esbirros miserables no tenian órden del Tono para ello.

Fué tan estrepitosa la prision de estos venerables misioneros, que apénas empezó á divulgarse su noticia,

acudió de todas partes una muchedumbre innumerable de cristianos y gentiles al puerto en donde debian embarcarlos; los unos atraidos instintivamente por la novedad del caso, y los otros para darles el *adios* postrimero de la vida. Cuando los ministros de justicia se los llevaban á sus naves, acercábanse los fieles para besarles las manos y las extremidades del vestido, y los más atrevidos y piadosos llegaban á cortarles alguna parte de sus hábitos, para conservarlos en su poder como reliquias del cielo. Tal era la fe y la devocion de aquellos cristianos fervorosos, que poco ántes estaban amedrentados de terror. Al llegar los venerables á la mar, no faltaron cristianos decididos que intentaron impedir los embarcasen; mas ellos les disuadian su atrevida pretension, asegurándoles que con la muerte esperaban alcanzar una vida más dichosa, y favorecer más eficazmente á los cristianos cabe al trono del Altísimo. Todo su empeño en esta parte era animar á los fieles de Omura, y quitarles el horror de la muerte sufrida por la gran causa de la religion y de la fe. Embarcáronse por fin, y aquella muchedumbre de cristianos afligidos los seguia por el agua hasta donde pudieron hacer pié, y hasta que los ministros de justicia los trasbordaron á otra nave fondeada más adentro, haciéndose á la vela prestamente. Aun entónces los acompañaban por la playa, hasta que desaparecieron enteramente de su vista. ¡Oh religion! ¡Oh iman del cielo, que así atraes y encadenas con amorosa lazada el corazon de los hombres en la tierra! ¡Qué tristeza! ¡qué dolor! ¡qué pesadumbre para aquella grey piadosa el separarse para siempre de sus amados misioneros! No podemos resis-



tir á dar la copia de un hermoso trozo de Aduarte sobre esta circunstancia singular.

«Lo que pasó desde la casa donde estaban hasta el embarcadero, ¿quién podrá explicarlo? Estaba toda la playa llena de hombres y mujeres de toda suerte, y entre ellas muchas principales, que á la fama de los benditos padres, habian venido á pié tres y cuatro leguas (cosa bien ajena de su costumbre), pasando muchos malos caminos, lodosos y de cuestas, rios y arroyos, que como entónces llovió tanto, habia muchos, y todos los pasaban á pié y descalzos, sin sentir nada de esto, con el deseo que tenian de recibir la bendicion de los que debian ir al martirio; pues como ellas y toda la otra multitud de gente que allí se habian congregado viesen que los santos se iban á embarcar, y entendiendo que no los verian más, se afligian, lloraban á gritos y alaridos, y de golpe acudieron todos, procurando besarles las manos y los hábitos, y fué tanto el concurso de la gente, que corrian peligro los benditos padres, y los lastimaron con el aprieto, queriéndolos más que á sus propias vidas. Los soldados de guardia no estaban entónces ociosos; ántes procuraban apartar la gente, atropellando y derribando algunos por los suelos, dando á otros con palos y pegándoles achas encendidas á las caras. Pero los devotos cristianos decian que los quemasen ó apaleasen, que por todo pasarian. Y diciendo y haciendo, se entraban por los palos y por el fuego, por llegar á sus padres amantísimos, quedando tristes y desconsolados los que no podian llegar, que fueron muchos.

»Los que llegaron se pagaron del trabajo que les ha-

bia costado, tomando por reliquias los hábitos de los religiosos; y como los que tomaban eran tantos, en breve rato los hicieron nesgas, sin que les quedase figura de hábitos; tanto, que el santo Fr. Alonso tuvo necesidad de ponerse otro, porque de la capilla abajo le habian quitado todo el escapulario, y de la saya no le habian dejado la mitad; otros se contentaban con besarles la mano ó el hábito, tocarles ó alcanzarles á mirar, ó ser vistos de ellos; algunos de los que más cerca llegaron, abrazándose con los benditos padres, quisieran estorbar la prision, aunque les costára la vida; pero los santos con palabras dulces los sosegaban y consolaban, diciendo que se alegrasen de su bien; pues en el suelo no le hay mayor que padecer y morir por Cristo. En oyendo *muerte* y entendiendo que no los habian de ver más, el sentimiento y llanto era grandísimo, semejante al de los cristianos cuando San Pablo se despidió de ellos en Efeso, caminando al martirio y diciéndoles que no les habian de ver más.

Al embarcarse los benditos padres fué el sentimiento de todos tal, y tal el grito que todos á una voz levantaron, que parecia se rompian las nubes, y sin saber lo que se hacian, olvidados de sí mismos, hombres y mujeres se entraban por el agua, deseosos de seguirlos, sin reparar en que se les mojasen ó echasen á perder los vestidos, y por más que se lo estorbaban, entraron tantos en la embarcacion, que se iban anegando; y así pasaron á los santos á otra, con los dos mozos que les habian dado para su compañía; y comenzaron á caminar, siguiéndolos toda aquella multitud por la playa adelante, dando gritos que los ponian en el cielo.

Fué este espectáculo de mucho sentimiento, donde mostraron los japones gran devocion y espíritu, porque por grande rato se quedaron en la playa suspensos y llorando; y así hablaban ya con los santos, ya consigo, ya con el Tono, ya con los ministros de justicia, ya con la embarcacion que los llevaba, ya con el mar por donde iban, y decian:

«¡Oh santos mártires (que como á tales los trataban ya en vida), para vosotros es la dicha, que con tantas ventajas vais á gozar de Dios para siempre! ¡Cuitados de nosotros, si se nos van los pastores, cuáles quedarémos en medio de los lobos carniceros! ¡Oh Omuradono, que tal mandas! ¿No te acuerdas que recibiste el agua del Bautismo y que eres hijo de la Iglesia? Pues ¿cómo te has hecho tan cruel contra tu misma Madre? ¿Dónde los llevais, sacrílegos ministros? ¿Por qué no nos llevais en su compañía? ¡Oh embarcacion, que los llevas al puerto de claridad eterna! ¡Oh mar, que has de ser sepultura de tan preciosos cuerpos! ¡Oh Dios omnipotente, que tanto amais á la cristiandad, pues la regais con tan excelente sangre! ¡Oh sagradas Órdenes, cuánto os debemos; pues tanto os cuesta cultivar esta viña!» (*Aduarte*, lib. II, cap. VII.) Sus querellas más sentidas se dirigian á su Tono por haber ordenado la prision de aquellos ministros del Señor, á quienes, como hijo de la Iglesia, y en su carácter de cristiano por el santo sacramento del Bautismo, debia proteger á todo trance contra todas las potestades de la tierra.

Mas este vil esclavo de la córte no estaba, de otra parte, muy tranquilo por la entrada de nuestros venera-

bles en su reino, y la ruidosa prision ejecutada en sus personas. Temia, como hombre cobarde, que, sabido en la córte aquel suceso, se le agravaria por mucho el cargo que se le hiciera anteriormente por su poca vigilancia en este punto. Llevado de este temor, juntó secretamenre su Consejo, y le pidió su dictámen acerca de su proceder en aquel caso. Como los sujetos de que se hallaba rodeado eran todos enemigos de nuestra religion santa, el resultado de su acuerdo no podia ser dudoso. En él se pronunció por voto unánime sentencia impía de muerte contra los venerables confesores, la que debia ejecutarse en una isla despoblada, á fin de que no se divulgára su noticia. Tambien se habia adoptado á este propósito la medida extraordinaria de prohibir severamente que saliese por entónces persona alguna de la córte; mas á esto se opuso tenazmente el ministro que debia ejecutarla, por la gran dificultad que presentaba, la que manifestó al Tono con este lacónico discurso: «Las leyes, señor, se publican para que la gente tema: estos hombres, esto es, los cristianos, no temen la muerte; es, pues, inútil publicar lo que no ha de ser obedecido.» En esto no iba mal fundado; pues habia aún en aquella capital muchos cristianos que no habian adjurado su creencia, y no habia que esperar de ellos que pudieran obedecer aquel mandato. Y, en efecto, muchos de ellos, sin embargo del rigor de aquella ley, se marcharon á la isla de Usujima, en donde estaban detenidos los venerables varones, luégo que tuvieron noticia de estos hechos. Entre aquella piadosa muchedumbre se hallaban la abuela y una tia de aquel Tono, deseosas de confesarse con los santos

misioneros, y á las que los ministros no pudieron negarles el permiso, agrupándose en su torno otros muchos cristianos para practicar con ellas la misma diligencia.

La proximidad de aquella isla no era muy acomodada á los designios del tirano, que ya no ignoraban sus ministros. Esta circunstancia explica por qué trasladaron los venerables confesores á otra mucho más distante, conocida con el nombre de Ameyora ó Amagera; pero ni allí pudieron sustraerlos á la piadosa muchedumbre que á todas partes les seguia, y los condujeron á Coguchi, adonde llegaron el último dia de Mayo. Al amanecer aparecieron en las aguas de esta isla algunas embarcaciones con ministros de justicia, y mucha gente allegada por la curiosidad que les inspiraba aquel acontecimiento. Los esbirros llevaban la sentencia de muerte pronunciada contra los dos sacerdotes del Señor, y los cuerpos de los venerables que ántes habian sido degollados en Omura por la misma causa, con un venerable catequista llamado Leon, que habia servido al P. Fr. Francisco de Morales en sus viajes y peregrinaciones apostólicas. Esta novedad extraña reveló desde luégo á nuestros venerables misioneros el verdadero fin de su venida; y al ver que con rodeos rehusaban notificarles la sentencia, los provocaron ellos mismos á que les manifestasen la verdad; «pues nos hallamos, decian, muy dispuestos á sufrir la muerte por la fe que hemos predicado.» Entónces uno de los ministros, con modo cortés y muy urbano, hubo de hablar en estos términos: «Padres mios, el Tono, á quien conoceis, os manda quitar la cabeza: aparejaos, pues,

para el efecto, porque ha de ejecutarse presto la sentencia, sin que nosotros podamos obrar de otra suerte.» No se asustaron los venerables confesores al oirle; ántes bien le dijeron y afirmaron que no podia haberles comunicado una noticia más alegre. ¿Cómo os llamais, le preguntó el venerable Navarrete? y dicho que se llamaba «Yoyemon» (que en lengua del país quiere decir *bueno*), añadió el venerable: «¡Oh qué bueno! ¡Buenas nuevas! ¡Todo bueno! ¿Qué os podré yo dar en albricias? Tomad esa frazada, pues no tengo otra cosa mejor y de más valía que daros.» A este regalo añadió el venerable Ayala un cobertor, y desde entónces ya no pensaron entrambos sino en prepararse interiormente para ser dignos del martirio, y morir por defender el arca santa, como los fuertes de Israel.

No pareció aún aquella isla bastante retirada á los esbirros para llevar á su efecto la sentencia del tirano, por cuyo motivo se trasladaron á Tacajima. En el trayecto escribieron los venerables confesores algunas cartas expresivas á sus prelados de Manila y á otros misioneros de Japon, suplicando encarecidamente á los primeros que se apresurasen á enviar religiosos misioneros para sostener aquella cristiandad, sin reparar en las dificultades que debian presentarse, y exhortando á los segundos á que viviesen en paz y armonía, prometiéndoles su ayuda desde el cielo. Todas estas cartas estaban llenas de una uncion y alegría extraordinarias, y se descubria en ellas el espíritu del Señor, de que estaban poseidos sus autores. Al llegar al lugar de su martirio repartieron los libros y pobres alhajas que tenian entre los cristianos, á quienes los ministros de justicia

despacharon inmediatamente, para que no viesen y asistiesen al triunfo de sus amados padres y maestros. Algunos, sin embargo, se quedaron, confundidos con los marineros, y pudieron despues atestiguar su fin dichoso.

Al dia siguiente, que era el 1.º de Junio de 1617, estaba todo preparado para la ejecucion de la sentencia. Llegado el supremo instante tan vivamente deseado, fueron conducidos al suplicio los venerables confesores, alegrándose de morir por Jesucristo para hacerse dignos de su reino. Una vez en el estadio, postróse el venerable Navarrete en la presencia del Señor, y le ofreció el sacrificio de su vida con la efusion más amorosa de su corazon y de su alma. Lo mismo hicieron el venerable Ayala y el catequista Leon, que estaban postrados á su lado. Los verdugos los trataron, sin embargo, con el mayor respeto y reverencia, y ni siquiera se opusieron esta vez á sus espansiones santas. El venerable Ayala quiso darles en aquellos últimos momentos una prueba de valor, y manifestarles el amor que le inspiraban hasta los instrumentos de su muerte; pidió su catana al verdugo que debia cortarle la cabeza, la besó con gran respeto, la puso sobre su cabeza, y luégo se la devolvió con alegría. Finalmente dirigió su palabra elocuente al gran concurso, compuesto, en su mayoría, de cristianos renegados, y les dijo de este modo: «Oidme, señores, con atencion: nosotros, como sabeis, hemos venido de tierras muy lejanas, dejando á nuestros padres y parientes, no para ganar reinos ni riquezas, sino con el fin de enseñaros el camino de la salvacion y de la gloria. No entendais que somos tan ignorantes,

que no estimemos la vida como es debido; mas el perderla ahora de nuestra voluntad, es porque esperamos con la muerte alcanzar bienes innumerables y eternos. Volveos á Dios, hermanos mios, y entended que todo lo demas es nada. Sabed que la muerte que ahora vamos á sufrir es una carta viva firmada con nuestra sangre, que pasará á España y Roma á pedir ministros para esta tierra, y por cada uno que mateis han de venir otros muchos.» Despues les suplicó que le dejasen descansar un breve rato: recogióse unos momentos; levantó despues la mano para darles á entender que habia terminado su oracion, y el verdugo le cortó de un solo golpe la cabeza. Entre tanto el venerable Návarrete estaba como extasiado en la contemplacion más elevada, con una cruz en una mano y una candela con el rosario de la Vírgen en la otra, cuando el verdugo, temblando, descargó su primer golpe por debajo de sus sienes, siendo preciso que le hiriese por tres veces para cortar el débil lazo de su preciosa existencia. Tal era el estremecimiento que sentia al segar con su cuchilla aquella vida generosa. A continuacion dieron la muerte al venerable catequista. El cuerpo del venerable Navarrete fué colocado en la misma caja en donde estaba encerrado el del venerable P. Bautista, y el del venerable Ayala lo fué en la que contenia los restos del venerable P. Fr. Pedro de la Asuncion, las que aseguradas, finalmente, con unas piedras enormes, fueron arrojadas á la mar.

Luégo que la noticia del martirio llegó á la ciudad de Nangasaqui, se trató de recobrar á todo trance aquellos restos venerandos, y á este fin los superiores

de las órdenes religiosas hicieron un convenio de practicar solidariamente las diligencias necesarias, con la precisa condicion de que los cuerpos se entregarian inmediatamente á las corporaciones respectivas. Para el logro de esta empresa dispusieron desde luégo várias embarcaciones con garfios y redes dirigidas por el piadoso D. Andres Tocuan, hijo del Gobernador de Nangasaqui, á quien acompañaban muchos fieles, deseosos de contribuir al hallazgo del tesoro que buscaban. Mas no tuvieron la ventura de vęr satisfechos sus deseos, á pesar de los esfuerzos que hicieron para conseguirlo. Por fin, á los dos meses salió á la playa una de las dos cajas, impelida por las olas, y en ella se hallaron los cuerpos de los venerables Fr. Pedro de la Asuncion y Fr. Hernando de Ayala, quedando nuestros religiosos y los padres de la Compañía de Jesus privados del consuelo de poseer las reliquias preciosas de sus mártires.

Aunque Dios suele conceder la gracia del martirio á quien le place, no faltan razones, sin embargo, para suponer que los merecimientos y virtudes de estos atletas cristianos obtuvieron esta gracia, de muchos apetecida y á no pocos denegada. Habian profesado ambos un particular afecto á todos los PP. misioneros que trabajaban en Japon, procurando conservar la paz y buena armonía entre ellos, trabajando á la vez con un celo infatigable en levantar á los caidos, enfervorizar á los más tépidos y convertir en todas partes á los que yacian en las tinieblas de la infidelidad y del pecado. El venerable Ayala tenía tambien una particular devocion á las almas del purgatorio, en cuyo sufragio habia celebrado más de tres mil misas, y algun tiempo

ántes de su martirio glorioso aplicaba ademas todas las obras satisfactorias que ordinariamente practicaba. Si alguna vez le ofrecian limosnas para celebrar por otros fines, las entregaba á otros sacerdotes, á fin de tener la intencion libre, y poder continuar de esta manera su obra de caridad; prefiriendo padecer algunas necesidades personales á privar de los sufragios á las almas, que, sin embargo de ser esposas muy amadas del Señor, se ven precisadas á expiar en la otra vida el reato de sus faltas y defectos temporales. De sus virtudes heroicas dan testimonio sus obras y su celo extraordinario por la salvacion eterna de las almas. El espíritu de Dios y la contínua oracion, en que se inspiraba su alma pura, eran el móvil secreto de su vida.

128. El venerable P. Fr. Alonso Navarrete era natural de la ciudad de Logroño, é hijo del convento de San Pablo de Valladolid. Se incorporó á esta Provincia y aportó á las playas de Manila por los años 1598, y fué luégo destinado á la conversion de los infieles, que se estaba llevando á feliz término en la provincia de Cagayan y sus comarcas. Aquí trabajó con fruto y con celo infatigable; mas no tardó en alterarse su salud de una manera alarmante; motivo por que pidió, y obtuvo fácilmente el permiso deseado de regresar á su convento en la Península. Restablecido ya de su salud, pidió al General de la órden la autorizacion correspondiente para reunir y organizar una mision con destino á esta Provincia, que él mismo presidió y condujo felizmente á las islas Filipinas, desembarcando los treinta que eran en estas playas por los años de 1611. Como su mérito y virtudes eran harto conocidas, fué recibido en esta ca-

pital con un afecto singular, y no tardó en ser destinado á las islas del Japon, en donde su ardiente celo halló un anchuroso campo para ejercer la caridad de su elevado ministerio. Fundó allí la cofradía del Santísimo Nombre de Jesus; una obra pía para el amparo de los niños expósitos; y auxiliado por los PP. Franciscanos y Agustinos, una hermandad, que tituló de la Caridad Cristiana, destinada al socorro de las necesidades espirituales y temporales de los pobres. Comprendido en la expulsion decretada por Safioye, de todos los PP. misioneros del imperio, fué embarcado, finalmente, en el puerto de Firando con los demas misioneros; mas su celo inextinguible le obligó á regresar ocultamente á Nangasaqui, con grave peligro de la vida. Desde su retiro solitario asistia con su caridad acostumbrada á los fieles del contorno, y les administraba con sigilo los santos sacramentos, realzando su mision con su palabra y con su ejemplo. Su intrepidez y su celo le habian merecido anteriormente el sufrir en este mundo por el nombre del Señor cuando el tirano Safioye mandó quemar públicamente en Nangasaqui las imágenes sagradas de nuestra religion santa, y la sublime grandeza de su alma le inspiró, como ya es visto, el osado pensamiento de marchar, como los héroes, á morir sobre la brecha, donde acababan de perder la vida por la fe dos PP. misioneros. Todas sus empresas religiosas llevaban el sello remarcable de sus grandes concepciones, y de aquella caridad ilimitada que encerraba en su seno al universo. Por eso es que al despedirse de la vida, no podia olvidarse de aquella piadosa institucion que dejaba en testamento á los fieles del Japon, destinada á

recoger y cristianizar á los niños expósitos y abandonados de sus padres. Todavía existe el contenido de una carta que en el último dia de su vida escribió á un cristiano fervoroso, capitan español, llamado Pablo Garrucho, de la ciudad de Nangasaqui, dirigida á recomendar eficazmente la conservacion y el desarrollo de aquella obra piadosa. Hé aquí algunas palabras de su texto. «Jesus sea en el alma de V. y le dé mucha salud. No se olvide V. de llevar adelante la limosna de los niños expósitos, que es de muy gran servicio de Dios. Ésta la escribo en una isla despoblada, donde nos tienen, aguardando la muerte: el Señor haga lo que fuere servido de nosotros. Hoy nos matan: ya nos han notificado la sentencia. No me olvidaré de V.—Fray Alonso Navarrete.» ¡Qué palabras! ¡Qué serenidad, y qué grandeza en su misma sencillez! Y esto en el momento mismo de morir..... Sólo Dios y su doctrina pueden hacer estos milagros.

Su determinacion de trasladarse al reino de Omura en aquellas circunstancias parecia á primera vista temeraria; mas los frutos abundantes que á su martirio se siguieron son una prueba evidente de que Dios les inspiraba aquella empresa. Desde luégo se observaron innumerables conversiones en la ciudad de Nangasaqui y sus contornos. Los fieles frecuentaban mucho más los santos sacramentos, y los que ántes no se atrevian á recibir á los PP. misioneros en sus casas, eran los primeros en llamarlos, depuesto todo temor y todo respeto humano. En el reino de Omura, donde, por haber sido expulsados mucho ántes los venerables misioneros, abundaban en todas partes los apóstatas, se

notó desde el martirio de estos varones de Dios una reaccion tan repentina, que muchos confesaban públicamente sus excesos; se reducian al gremio de la Iglesia, y clamaban por sacerdotes que les ayudasen á salir del mal estado en que se hallaban. Esta mutacion maravillosa fué progresando de tal suerte, que el superior de nuestros religiosos no pudo ménos de enviar allí á dos misioneros de la Órden, que, asociados con un padre Franciscano, fueron de grande utilidad para la salud de los cristianos. Este acontecimiento tan notable inauguró con efecto una era más dichosa para las misiones del Japon, y los asuntos de la religion mudaron de aspecto en todas partes; pues los fieles, animados con el ejemplo de los mártires, no temian oponerse á la voluntad de los tiranos, que para destruir la religion se vieron precisados á echar mano de los tormentos más crueles, excitando de este modo el heroismo que inspira siempre la verdad, cuando es contrariada por la fuerza.

129. Los misioneros que entraron en los estados de Omura despues del martirio de los venerables Ayala y Navarrete, fueron los PP. Fr. Tomas de Zumarraga, Fr. Juan Rueda de los Ángeles y Fr. Apolinario Franco, los dos primeros Dominicos, y Franciscano el tercero. Empezaron á ejercer el ministerio de las almas con las más prudentes precauciones, y sin embargo, no descansaban un momento, trabajando noche y dia en el prolijo desempeño de sus funciones sagradas. Avergonzados, en efecto, los cristianos de su culpable cobardía, trataban con eficacia de volver á los caminos de la verdad y del bien, de los cuales se habian des-

viado tristemente, acosados sin cesar por las amenazas del tirano. Pero el consuelo de estos infelices no fué de larga duracion, por su desgracia; pues ántes de cumplirse los dos meses de aquella renovacion piadosa de sus almas, dos de los tres misioneros (el P. Fr. Tomas de Zumarraga y el P. Fr. Apolinario Franco) fueron á dar en las manos de los perseguidores de la Cruz, habiéndose librado el P. Fr. Juan de Rueda por una particular providencia del Señor. Con el venerable padre Franco prendieron á siete cristianos, y á seis con el venerable P. Fr. Tomas de Zumarraga, entre los cuales se contaba un catequista que los habia auxiliado grandemente en sus tareas apostólicas, y aquel famoso y buen Pablo, que lo habia sido tambien del venerable Navarrete. La prision del venerable Tomas de Zumarraga se verificó en una isla, en donde se hallaba administrando los santos sacramentos á los fieles, é instruyendo á los paganos en las verdades divinas de nuestra religion santa. El fervor de los cristianos, y sus deseos de limpiar sus conciencias angustiadas, lo delataron, finalmente, á los tiranos. Al ver el venerable confesor el concurso numeroso que se agolpaba á su morada, temiendo con fundamento lo que no podia dejar de suceder, trató de marcharse á otra parte ocultamente, siquiera para no comprometer con su presencia al dueño de aquel asilo hospitalario; mas éste, que deseaba en gran manera obtener la gracia del martirio, no se lo permitió de ningun modo. Sus temores no tardaron en verificarse exactamente; pues en aquel mismo dia vió aparecer á los umbrales de su mansion escondida á los esbirros del Tono, con órden de prenderle desde lué-

go, y de conducirle asegurado á las cárceles del reino. El venerable misionero sin la menor turbacion ni sobresalto salió á recibir á sus verdugos, dando gracias al Señor por la merced que le hacia de ofrecerle ocasion de padecer por su amor y por la gloria inefable de su nombre. Asegurado el venerable misionero, prendieron á cuantos lo acompañaban en su asilo, incluso el huésped fervoroso, que celebraba interiormente aquella hazaña. Inmediatamente los llevaron á sus veleros bajeles, y de allí á la cárcel de Satzuma, distante dos leguas solamente de la fortaleza de Cujima, en donde el apóstata Omuradono solia tener establecida su ordinaria residencia. Allí encontraron encerrados al venerable Franco y compañeros, de quienes fueron recibidos como confesores de la fe, esperando todos vivamente la felicidad suprema de rubricar con su sangre la verdadera religion de Jesucristo.

130. Como la prision de estos venerables confesores tambien habia sido harto ruidosa, no se creyó prudente por entónces imponerles la pena capital, sin consultar aquel caso con el nuevo emperador. Con este fin hizo su viaje á la córte el Tono de aquel distrito, dejando por su lugar-teniente en los estados de Omura á su gran privado Jirobioye, á quien habia confiado anteriormente la captura de los PP. misioneros, que, segun sus presunciones, se hallaban ó debian hallarse en la ciudad de Nangasaqui. Mas este terrible Saulo, que con tanto furor habia perseguido el nombre cristiano, fué trocado felizmente en vaso de eleccion por la mano poderosa del Señor. Esta mudanza, verdaderamente prodigiosa, ya se habia principiado á manifestar en cierto

modo cuando fueron aprendidos los venerables padres Fr. Pedro de la Asuncion y Juan Bautista; mas áun no se habia querido declarar, tal vez para conservarse en la gracia de su Tono. Empero, fortalecido con el tiempo en la fe de Jesucristo, de la que viviera algunos años en un triste apartamiento, juzgó que ya no debia permanecer un solo momento más en aquel estado lamentable, que le tenía divorciado de la religion y de su Dios. Asistido, finalmente, con los auxilios de la gracia, se declaró públicamente cristiano durante la ausencia de su Tono; manifestó un sincero arrepentimiento de sus culpas, y empezó á predicar por todas partes las grandezas de la misma religion que ántes habia perseguido cruelmente. Con su ejemplo muchos gentiles se convirtieron á la fe; un gran número de renegados lloró amargamente su caida, y la cristiandad atribulada empezó á levantarse desde luégo de su profundo abatimiento. El Tono, á su vuelta de la córte, apénas podia persuadirse de la realidad milagrosa de aquel cambio; mas los bonzos, que bramaban de coraje por la mutacion inesperada del privado, se lo confirmaron con sus actos públicos é incontestables, y le predispusieron contra él profundamente. Los venerables confesores, á quienes Jirobioye hubo de favorecer en lo posible, fueron las primeras víctimas de la indignacion de aquel tirano: les redobló las guardias de la cárcel; les privó del gran consuelo que los cristianos les proporcionaban en su encierro con obras de caridad; les quitó los ornamentos con que celebraban el santo sacrificio de la misa, y los puso, finalmente, en la incomunicacion más rigorosa. Luégo mandó prender á

todo trance á un caballero cristiano, llamado Domingo Yamanguchi, por haberse reconciliado con la Iglesia, él y toda su familia, despues de haber apostatado de la fe y de las ignominias de la cruz. Por el pronto lo condenó, inexorable, á un ostracismo cruel, y despues á la pena capital, que mandó ejecutar el 1.º de Noviembre de 1617.

Con este acto de rigor, ejecutado en un noble, creyó el Tono de Omura que podria vencer á su privado, suponiéndolo espantado por este rasgo de su cólera. Para cerciorarse por sí mismo de aquella simple conjetura, le hizo venir á su presencia y le habló de aqueste modo: «¿Es verdad, Jirobioye, que sois cristiano?—Sí, señor.—¿Es verdad, prosiguió el Tono, que en mi ausencia habeis persuadido eficazmente á los mismos á quienes vos habiais hecho renegar, que se reconciliasen con su Dios?—Es verdad», contestó el noble confesor serenamente. Entónces, enfurecido el tirano contra él, prosiguió de esta manera: «Pues ahora mismo, aquí, en mi presencia, habeis de retractaros de todo eso.» Pero al verle siempre firme en la profesion cristiana de su fe, y desesperanzado de poderlo inducir segunda vez á su nefanda apostasía, entró bramando de furor en su retrete, y pronunció sentencia de muerte contra él. Moria Jirobioye degollado por la fe de Jesucristo, el dia 4 de Noviembre, tres dias despues del martirio de Domingo Yamanguchi.

131. Por aquellos mismos tiempos daba testimonio de su fe un fervoroso catequista, discípulo muy notable del venerable P. Fr. Tomas de Zumarraga, y cuyo nombre era Andres por la gracia de la religion y del

Bautismo. Deseoso de ver y saludar á su amantísimo padre, se presentó con la mayor intrepidez en la cárcel tenebrosa de los venerables confesores; pero los centinelas que guardaban aquella prision horrenda no quisieron permitirle el pasar de sus umbrales. Preguntado por los mismos acerca de su persona, de su religion y de su estado, no temió el jóven contestar rotundamente que era cristiano puro y neto, y discípulo, ademas, del venerable Zumarraga, y que habia estado mucho tiempo en las aldeas de Omura, animando á los cristianos para que permaneciesen fieles á su Dios, á cuyo fin les leia algunos libros excelentes que le habian dado, por su dicha, los PP. misioneros. Indignados al oir una confesion tan generosa, lo detuvieron en la cárcel, sin dejarle ver á su maestro, y lo denunciaron al tirano. Este malvado Neron, que, endurecido en su malicia, se mostraba cada dia más cruel, se propuso derribar á esta columna de la fe con rigores y tormentos inauditos. Al efecto mandó fabricar una jaula bien segura, y encerró en ella al valiente confesor, exponiéndolo desnudo á las inclemencias del invierno y á los frios rigorosos propios de aquella estacion. Allí estuvo el atleta del Señor muy cerca de un mes encerrado, sin más cama ni abrigo que una simple esterilla que le proporcionó la caridad cristiana, tolerando con valor y resignacion cristiana las lluvias, nieves y escarchas, que caian á todas horas sobre sus desnudos miembros. Atendida la condicion humana, no era posible que el venerable confesor sobreviviese mucho tiempo en tal estado; pero Dios, que para confundir al soberbio babilonio preservára en otro tiempo á los tres santos mancebos de la

voracidad de las llamas, quiso ahora preservar de los rigores del frio á su siervo muy amado, para animar con su ejemplo y la constancia de su fe á los demas paladines de la cruz. Para mayor confusion de sus tiranos, el venerable catequista aseguraba á los verdugos que nunca se habia sentido más feliz que en aquel estado, tan lastimoso y miserable á los ojos de los hombres. Viendo, por fin, el tirano que nada se adelantaba por este medio cruel, y que la constancia del venerable confesor confirmaba aún más á los cristianos en la fe de Jesucristo, dispuso que lo sacasen de la jaula y lo encerrasen en la cárcel, con separacion completa de los otros confesores. Allí permaneció siempre constante por espacio de tres meses, aguardando con impaciencia la sentencia de muerte, que esperaba con todo el ardor de su fe viva; mas no pudo por entónces ver cumplidos sus deseos; pues avergonzado y confuso Safioye de no poder vencer en el estadio á aquel atleta de Israel, le dió por fin libertad, y el venerable confesor de Jesucristo volvió al antiguo servicio de los PP. misioneros de la Órden que todavía estaban libres, y andaban ejerciendo ocultamente el ministerio de las almas en diferentes cristiandades del imperio.

132. Coincidió por este tiempo la conversion de un gentil muy distinguido, llamado Niyemon, á quien habia catequizado Jirobioye, é iniciado en los misterios de nuestra religion santa. Era muy adicto á la doctrina de las sectas del país; mas, convencido á la postre de su falsedad impía, deseaba ardientemente hallar la verdad donde estuviere, para abrazarla y sostenerla con toda la energía de su alma. Persuadido, finalmente, de

que sólo en la religion de Jesucristo hallaria su corazon lo que tanto deseaba, se trasladó á Nangasaqui, en donde aprendió el catecismo y recibió postreramente el sacramento del Bautismo. Habiendo vuelto ya cristiano á los estados de Omura, visitaba con frecuencia á los venerables confesores, oia con gusto sus devotas pláticas, y de esta suerte su fe se hacia cada dia más robusta y remontaba su vuelo sobre los montes de Dios. Luégo se alistó en la cofradía del Rosario; predicaba á los demas las magnificencias de María y las bellezas inefables de nuestra religion santa. Los hechos de este neófito, y la fama ruidosa de su nombre, llegaron por fin á oidos del miserable tirano, el cual no pudiendo tolerar de ningun modo la santa libertad con que anunciaba las verdades de la fe, lo mandó prender á sus esbirros, dándole al pronto por cárcel su misma casa, custodiada noche y dia por una guardia numerosa. Desde entónces comprendió perfectamente su destino, y sólo pensó en prepararse y disponerse á morir por Jesucristo. Publicada su prision, iban de todas partes los cristianos á visitarle y animarle en la barrera de lid, pidiéndole ademas sus oraciones para el gran dia de Dios. Mas, entre los hijos de la gracia, no debia faltar un Satanas, que fuera á mortificar con sus blasfemias á aquel héroe de la fe. Era un miserable bonzo, que inspirado en aquel trance por el espíritu del mal, fué á visitarlo en su morada el dia de Navidad. Allí le ponderó los beneficios de la libertad y de la vida; le habló de la necedad de una muerte voluntaria; pintó con vivos colores el soberano bien de la existencia; pulsó todos los resortes de la carne y de la sangre, y acabó por

aconsejarle el abandono final de sus creencias. «Supuesto que no tienes más delito, le decia, que profesar una religion proscrita, ¿no es una lástima perder por ella una vida tan apreciable?» Mas el confesor de Cristo, sin entrar en contestaciones con aquel ministro del error, le dió á entender con una mano que no temia dar la vida por la fe, y con la otra que se fuese. Salióse el bonzo, corrido y despechado, de la casa, é inmediatamente se presentaron en la misma los ministros de justicia, enviados por el Tono para cortarle la cabeza. No se turbó el venerable con su vista; recibiólos cortésmente; regaló un vestido al ejecutor de la sentencia, y se puso en oracion para ofrecer á Dios el sacrificio de su vida. Arrodillado en seguida bajo la cuchilla del verdugo, rodó su cabeza á un solo golpe, y su dichosa alma salió triunfante de la lucha, para recibir allá en el cielo la gloria y los honores del martirio. En vano fué que los verdugos cebasen cruelmente sus catanas en su venerable cuerpo, haciéndolo pedazos diminutos para ocultarlo á los cristianos; pues éstos allegaron cuidadosamente aquellos restos venerandos, con toda la sangre que pudieron recoger en sus vestidos.

133. Cesaron por entónces las crueldades del apóstata; los PP. misioneros prosiguieron trabajando en su elevado ministerio, y los venerables confesores imploraban en la cárcel las misericordias del Señor en beneficio de la cristiandad perseguida del imperio. Entre tanto la fama de los mártires sacrificados hasta entónces voló á los reinos de Europa, y muchos religiosos se animaron á traspasar el Océano para llenar el vacío que dejaban tantos mártires en las misiones famosas del Japon. Los

que habitaban en la ciudad de Nangasaqui disfrutaban de alguna más libertad en esta parte; pero no les era permitido ejercer públicamente su sagrado ministerio. Algunos se habian internado en el imperio, arrostrando con valor todos los peligros de una vida proscrita por los tiranos; y si bien no eran infructuosos los trabajos de su mision apostólica, aquella iglesia desolada corria con velocidad hácia su ruina, por la porfiada resistencia y persecucion tenaz de aquellos Tonos, inspirados al efecto por las potestades del abismo.

CAPÍTULO IX.

Eleccion de Provincial en la persona del P. Fr. Melchor del Manzano en 1617. —Fúndase el ministerio del Parian, bajo el cuidado de un Vicario.—Se reedifica várias veces su iglesia.—Se publica en Manila un jubileo.—Caso de un pecador escandaloso.—Vuelve el P. Fr. Bartolomé Martinez á Macao.—Se intenta fundar una mision en el reino de Corea.—Se admiten várias casas en el Capítulo provincial de 1619.—Reduccion de los indios de las islas Babuyanes.—Orígen del convento de Cavite.—Terremotos espantosos de 1619.—Muerte de tres venerables religiosos.

134. Durante la tempestad que nuestros santos misioneros venian afrontando con valor en los reinos del Japon, la provincia del *Santísimo Rosario* se vió precisada á celebrar un Capítulo extraordiario con motivo del fallecimiento del P. Fr. Bernardo Navarro de Santa Catalina, ya conocido en esta Historia. El lugar designado á este propósito por el Capítulo anterior habia sido el convento de Manila, y sin embargo, lo celebraron en el de Binalatongan, quizás para honrar, como era justo, la memoria del difunto, que habia sido el

apóstol inmortal de aquel partido. Al efecto se juntaron en San Cárlos los vocales que pudieron concurrir, y el dia 16 de Abril de 1617 eligieron al P. Fr. Melchor del Manzano, sujeto de todas prendas y de una virtud probada. Era hijo y profeso de la Órden en el convento de Ocaña, y habia pasado á la provincia en 1606. En esta congregacion se renovaron algunas ordenaciones antiguas, y se hicieron otras nuevas, en armonía con las nuevas necesidades de la corporacion en el país.

135. En este mismo año se reformó tambien el ministerio espiritual de los sangleyes, que habitaban en las cercanías de Manila. Ya queda referido extensamente cómo la Provincia se hizo cargo de la conversion y administracion espiritual de aquesta raza desde que sus primeros fundadores llegaron á las islas Filipinas. Tambien hase dicho en su lugar la traslacion que se hizo de los cristianos sangleyes, que habitaban el Parian y barrio de Baybay, al pueblo y feligresía de Binondo. Esta medida se habia mirado en aquel tiempo como muy ventajosa á los intereses de la religion y de la fe, para alejar el peligro que corrian los recien cristianizados, á vista del mal ejemplo y supersticiones idolátricas que los demas chinos practicaban en el interior de sus hogares. Empero, si esto era un bien en un sentido concreto, en cambio se retardaba la conversion de los infieles, y venía á ser inútil la creacion de aquel primitivo ministerio originariamente instituido para reducirlos á la fe. Y era preciso que así fuera; pues si bien los vicarios de Binondo aprendian perfectamente el idioma de los chinos, los infieles del Parian no se cuidaban

de ir á su iglesia para oir sus instrucciones, ni aquéllos podian dedicarse exclusivamente á su enseñanza, porque harto tenian en que entender con el cuidado de sus propios feligreses. Esta gran dificultad sólo podia zanjarse creando otra casa-ministerio en el Parian, cuyo vicario no tuviese otro deber que el de procurar la conversion de los infieles que habitaban en su pueblo. Persuadida la Provincia de las ventajas que este nuevo ministerio debia necesariamente producir en beneficio de la fe, levantó á su costa una iglesia y convento vicarial, bajo la advocacion y patrocinio de los santos reyes. Estos edificios se principiaron en 1617, y el ministerio se aceptó en el Capítulo provincial celebrado en 1619, como vicaría de la Órden, con voto futuro en los Capítulos que despues se celebrasen.

La iglesia primitiva de este ministerio fué de corta duracion; pues habiéndose edificado de madera en un sitio pantanoso, no tenía condiciones para resistir por mucho tiempo á la accion siempre constante del calor y la humedad. El P. Fr. Bartolomé Martinez, que á la sazon era su vicario, emprendió una nueva fábrica más consistente y capaz que la primera, sin contar para el efecto con más recursos pecuniarios que los que podria depararle la divina Providencia. Para dar principio á la nueva obra fué necesario destruir la primitiva, y en esta operacion ocurrió una circunstancia singular, que pudiera haber debilitado en gran manera el crédito invulnerable de nuestra religion santa en el concepto de una gente que suele atribuir todas las adversidades de la vida á los genios y divinidades de su antiguo paganismo. Habíase principiado á destechar el antiguo



edificio, sin haber tomado ántes las convenientes precauciones, cuando hé aquí que de improviso se desploma la techumbre y quedan sepultados en sus ruinas algunos diez operarios, que fueron oprimidos bajo el peso material del edificio. Al ruido acudió la gente para socorrer á los peones, que ya se suponian muertos, ó por lo ménos contusos y en gran manera maltratados; pero todos quedaron sorprendidos cuando los vieron salir de entre las ruinas sin lesion alguna corporal que les pudiese inutilizar para el trabajo. Admirados los gentiles de este hecho providencial, se inclinaban á creer en la omnipotencia é inefable bondad de nuestro Dios, que así velaba por sus hijos y por la gloria de su templo. Este singular fenómeno, que no era fácil explicar por el curso ordinario de la naturaleza y de sus leyes, movió á muchísimos paganos á pedir de corazon el santo sacramento del Bautismo.

136. La nueva iglesia de los chinos se hizo tambien de madera; pero con tanta gracia, solidez y maestría, que llamaba la atencion de todos los inteligentes en el arte. Todas sus piezas estaban trabadas con muezcas y espigas de una manera admirable, y debian levantarse á la vez, para dejar constituido el edificio. Cuando ya sólo faltaba esta última operacion, enfermó gravemente el propio artífice, y nadie se creia capaz de ejecutarla sin su presencia y direccion. Más el órden con que estaban numeradas las tres mil piezas hermosas de que se componia el edificio, y las explicaciones que él daba desde el lecho del dolor, facilitaron al fin su colocacion esbelta y elegante, y quedó, con su auxilio, terminada aquella iglesia, que semejaba de algun modo, por su



construccion y por su forma, el antiguo tabernáculo de Dios en medio de los pabellones de Israel. El Señor se dignó recompensar con un premio inestimable aquella hermosa concepcion y su trabajo, recibiéndolo en su reino despues del santo sacramento del Bautismo, que pidió de todas véras en las horas postrimeras de su vida. Su cuerpo fué sepultado dentro de aquel mismo templo, que él habia edificado por su dicha.

Este precioso monumento, que nacionales y extranjeros admiraban altamente, por el primor y buen gusto con que estaba ejecutado, fué poco tiempo despues preservado maravillosamente de un incendio. El fuego se habia presentado desde un principio voraz y amenazador por todas partes. Todos los edificios inmediatos, como construidos de madera y elementos combustibles, fueron pábulo bien pronto de las llamas, y nuestra iglesia, enclavada en medio de aquel grande arrabal, devorado ya por el incendio, debiera de haber sufrido la misma suerte en su caso, á juzgar tan solamente por el órden de las causas naturales y de las leyes que las rigen. Los mismos infieles se burlaban de nuestro Dios y Señor, y retaban su poder en estos términos: «Vamos á ver si el Dios de los cristianos preserva ahora su casa del incendio.» Mas el cielo se burló de aquellos mofadores del santuario: la casa de Dios quedó preservada enteramente del fuego devorador en medio de las cenizas de aquel pueblo. Este prodigio acreció la devocion de los cristianos hácia aquel templo admirable, que se miraba protegido por una especial providencia del Señor. Los mismos infieles del Parian no podian dejar de respetarlo, y se sentian atraidos por un impul-

so interior á renunciar en sus aras su impotente paganismo. Mas la hermosa perspectiva de aquel templo encantador tampoco debia de ser muy duradera, por las mismas causas que abreviaron la efímera existencia del primero. La pobreza y escasez de los recursos obligaba muchas veces á este género de construccion más económica, que, por muy acabada que ella fuese, al fin sólo podia ser provisional. Entónces idearon una construccion más sólida y duradera, y se hubiera llevado á efecto finalmente si la seguridad de la plaza permitiera obras de mampostería en el radio señalado para la defensa de sus muros. Logróse postreramente edificarla de pilares, y con algunas precauciones que dictaba la experiencia, resultó un templo capaz y de bastante consistencia. Adornáronlo despues con muchos cuadros y con pinturas preciosas, que representando los misterios de nuestra santa religion, avivaban la fe y la devocion de los cristianos. Los frutos abundantísimos de este nuevo ministerio eran ya de todos conocidos. Muchos infieles que miraban con la mayor indiferencia nuestra santa religion y sus creencias, se fueron acristianando por el celo y la instruccion de sus vicarios, y los enfermos que no cabian en el hospital de San Gabriel, recibian casi todos en la hora de la muerte el santo sacramento del Bautismo; cuando ántes no era posible el sorprender en todo caso aquellos últimos momentos de la gracia, para salvar tantas almas en las postrimerías formidables de la vida. La estadística religiosa de aquel tiempo viene á confirmar el resultado satisfactorio que daba aquel ministerio. Desde el año 1618 hasta el de 1633 se sumaban cuatro mil seiscientos

ıcuenta y dos bautismos; los dos mil cincuenta y cin- administrados en estado perfecto de salud, y los res- ıtes en el artículo inminente de la muerte.

Más tarde pudo edificarse la iglesia de este ministe- de piedra sillar perfectamente labrada, y era tenida nunmente por la más bella de cuantas se habian fa- cado hasta entónces en las islas. Estaba adornada con nparas, frontales, gradillas y sagrario preciosísimos, n hermosos candelabros y riquísimos adornos. Allí se ebraban con religiosa pompa y gravedad los sacro- ıtos misterios de nuestra religion consoladora. Pero e precioso templo, con el pueblo en donde estaba edi- ado, fué destruido, de órden del superior Gobierno, ines del siglo último, por razones elevadas de públi- seguridad y de política. La parroquia fué trasladada, olicitud del señor Gobernador, á la capilla del anti- o hospital de San Gabriel, de la propiedad de esta ovincia, la cual no tuvo inconveniente en cederla á e propósito, miéntras los chinos cristianos edificasen a iglesia, que hasta hoy no han pensado en cons- ıir. Desde entónces todos los chinos cristianos de las ıs se consideraron agregados á esta iglesia, cuyo re- tado debia ser la nulidad del ministerio; pues su pár- :o no podia velar sobre las ovejas que le estaban con- das (1).

137. Era tambien por este tiempo cuando llegó á anila el gobernador D. Alonso Fajardo de Tensa, y

---

1) Posteriormente los chinos fueron agregados á las parroquias respecti- donde se hallan radicados, y las del arrabal de Binondo están á cargo de ministro, que los administra espiritualmente, y debe saber su idioma para empeñar este destino.

con él un breve de la santidad de Paulo V, que concedia un jubileo especial de quince dias. Esta gracia extraordinaria con que la Silla Apostólica facilitaba los tesoros de la Iglesia á todos los fieles de la tierra, abria al mismo tiempo á la caridad y al celo de los sacerdotes de Manila un nuevo y fecundo campo para trabajar en él, y recoger á manos llenas frutos abundantes de salud. Su publicacion se habia acordado para Noviembre de 1618, y entónces precisamente apareció en la bahía de esta capital una escuadra holandesa, compuesta de seis navíos, para hostilizar estas riberas. Muchos opinaban que, pidiendo el jubileo mucho recogimiento religioso para conseguir eficazmente los elevados fines de esta gracia, no parecian aquellas circunstancias oportunas; pues nadie podia ocuparse entónces de otra cosa que de los preparativos de defensa contra un enemigo poderoso. Otros, animados quizá de sentimientos más piadosos, discurrian de otra manera, y sostenian firmemente que la misma necesidad en que se hallaban de ocurrir á Dios para que los protegiese en aquel trance, les ponia en el caso de aprovecharse mejor del jubileo, con oraciones, confesiones y ejercicios espirituales, fundándose para esto en que la proteccion y la misericordia del Altísimo es la defensa más segura de las ciudades y los pueblos. Esta piadosa opinion prevaleció generalmente; y en su consecuencia, el jubileo quedó publicado para el dia 11 de Noviembre de aquel año.

Los beneficios de este jubileo no s[illegible]imitaron á los alrededores de Manila; pues las mi[illegible] tendieron á otros pueblos, predic[illegible]

ıones en idioma del país. Quizás no se habia visto en ɔdo el orbe un jubileo más universalmente concurri-o. Manila era en aquel tiempo el emporio del Orien-:. Se agitaban en su pequeño recinto, ademas de los ɜpañoles y naturales del país, muchos chinos y japo-es, negros del Congo y de Angola; malabares, coro-ıandeles, bengalas, ternates, borneos, tidores, minda-aos, joloes, malayos, parias, tártaros y macedonios; ırcos, armenios y griegos; numerosos europeos de di-:rentes reinos y naciones; canarienses, en fin, y ame-icanos, y toda raza de gentes y de pueblos. Dijérase ue Manila era verdaderamente un mundo abreviado n aquel tiempo.

138. Muchos se aprovecharon ciertamente de aque-la gracia fecunda, que debia traer sobre estos pueblos as misericordias del Señor; pero tampoco faltaron hom-ıres inmorales y perversos que miraron con la mayor ndiferencia estos dias aceptables de penitencia y de sa-ud. Las historias nos refieren un hecho raro y sorpren-lente que sucedió por entónces, capaz de hacer estre-necer profundamente á todo pecador que abusa de las ɔondades y de las misericordias del Altísimo. Habia en Manila, á la sazon, un mercader sevillano de mucha :elebridad y nombradía. Era rico y poderoso, y tan fe-iz á los ojos de los hombres como miserable á los de Dios, que es el verdadero apreciador del corazon y de as acciones de los hombres. En medio de sus placeres riquezas, vivia olvidado enteramente de su Dios y de í mismo, sin querer romper los lazos de la iniquidad del pecado. En aquel estado lamentable de corrup-:ion y de impiedad, se vió de improviso á los umbra-

les de la eternidad de Dios, sorprendido por su ira en las delicias del pecado. Los que le asistian de cerca en el lecho del dolor llamaron á un padre de la Compañía para que lo confesase en tal extremo, á fin de que el público y la gente creyese que por lo ménos moria como cristiano el que habia vivido como impío. Cuando llegó el confesor, sus disposiciones parecian á los circunstantes las mejores; pues al verlo empezó á llorar amargamente. Mas luégo significó que sus lágrimas no eran efecto de una verdadera contricion, sino producidas por el horror que le causaba la memoria del infierno, que ya tenía como cierto por la muchedumbre de sus culpas. «Yo me hallo tal y tan apretado, decia al confesor, que me ahogáran con un hilo de estambre. La vida se me va acabando, y muero con el mayor desconsuelo, porque no me queda esperanza alguna de salvarme. Mis pecados son tales, que me han colocado en el extremo á que hombre alguno pueda llegar. Vuestra reverencia óigame con gran cuidado lo que dijere, sin interrumpirme; pues quiero desahogar mi corazon, y despues me dirá lo que tuviere por conveniente. Ni repare en que mis pecados se publiquen, pues han de ser notorios finalmente en el tribunal de Dios, y me parece que este Juez inexorable ya me está juzgando con todo el rigor de su justicia.»

Luégo que acabó este preámbulo terrible, empezó á confesar en voz alta sus pecados, cuya relacion aterradora hizo estremecer al mismo sacerdote, mayormente cuando advirtió que á cada maldad interpolaba alguna merced que de Dios habia recibido. «Yo (dijo entre otras cosas) me embarqué años pasados en uno de

estros galeones, llevando en mi compañía la causa de
. perdicion. Levantóse en alta mar una tempestad tan
:ia, que dándonos todos por perdidos, pediamos á Dios
sericordia. En este conflicto se estrelló la nao en una
las costas de Japon; yo, que era el más digno de que
ios me quitase la vida en el naufragio, debí á su pie-
d una tabla, con que me pude mantener, viendo con
s ojos perecer á muchos de mis compañeros de via-
Todo era confusion y llanto, y lástimas y clamores.
ntónces vi batallar entre las olas á la infeliz ocasion
mi ruina, y que, para mayor tormento mio y peli-
o de mi alma, se asió de la misma tabla que yo te-
a. Pero ¡qué mudados estaban nuestros corazones á
vista del peligro! Detestábamos las culpas cometi-
s; haciamos propósitos de la enmienda; clamábamos
Dios sinceramente, y le ofreciamos emplear nuestras
las en su servicio, con mil votos y promesas; y al fin
dignó Su Majestad que cesase la furia de los vientos
se aplacasen las olas, y saliéramos á tierra salvos ya
aquel peligro. Besábamos la playa cuando hubimos
sado sus arenas, y no acabábamos de dar gracias á
ios, porque habiendo visto tantas muertes y desdichas
nuestros conocidos y compañeros de mar, nos vi-
os en tierra libres de la furia de las olas. Mas ¡oh fla-
eza del corazon humano! luégo que se pasó el susto,
vidados ya de él, como si nada dijera aquel aviso del
:lo á nuestra vida pecadora, volvimos á la comuni-
cion antigua, y en ella hemos continuado hasta aho-
» De estos antecedentes criminales, el infeliz sacaba
r consecuencia que, despues de tantas recaidas, su
al era ya incurable, y en su vista llenaba el aire de

suspiros, derramaba de sus ojos lágrimas de compuncion, y le parecia que ya estaba á las puertas del infierno, al repasar en su mente la historia horrorosa de sus vicios.

Duró la relacion más de dos horas; y sin embargo de que el confesor estaba ya estremecido de tanta abominacion y tanto escándalo, procuró animar al enfermo como pudo; le habló como convenia de la infinita misericordia del Señor, y le mostró que áun podia obtener el perdon de sus pecados, si aprovechaba al efecto los momentos fugaces de existencia que el Señor le concediese. Al decir esto el Sacerdote, exclamó el miserable con presteza: «¡Cómo! ¿áun hay perdon para mí?—Sí, señor, replicó el confesor serenamente; pero ante todas cosas, añadió, es necesario que V. arroje de su casa y compañía á la que ha tenido tanta parte en sus pecados.—¡Que salga, pues, dijo el enfermo, y ojalá nunca la hubiera conocido!» Echaron en efecto de la casa á la manceba, y él se confesó inmediatamente, al parecer muy compungido. En todo lo halló el confesor muy bien dispuesto: prometió el doliente obedecer á cuanto le ordenase por su bien, y fué absuelto, finalmente, de sus culpas, con señales inequívocas de una verdadera penitencia.

Con esta saludable medicina quedó su alma tan aliviada de la pesadumbre de sus crímenes, que comunicando al cuerpo el interior consuelo de su espíritu, empezó á mejorar visiblemente de aquella peligrosa enfermedad. Con tal motivo los amigos le daban la enhorabuena, y él correspondia á la buena voluntad que le manifestaban, prorumpiendo en mil elogios y ala-

banzas de su confesor y padre, á quien, despues de su Dios, se reconocia deudor de su alivio y mejoría. Cuando, al parecer, ya estaba fuera de todo peligro, las visitas eran más frecuentes, y entre sus falsos amigos no faltó quien reprobase como ligereza del confesor el haberle ordenado la separacion de su manceba. Con este fatal recuerdo su corazon empezó de nuevo á enternecerse, se fué olvidando de los sentimientos que la gracia le habia inspirado anteriormente, y renaciendo más viva la pasion, exclamó de esta manera: «¡Oh! ¡cuántos trabajos habrá pasado la infeliz! Traigan otra vez á mi morada á esa jóven sin ventura.» Se la trajeron, en efecto; mas al acercarse la malvada principió á quejarse amorosamente de su inicuo proceder, y concluyó por hacerle mil caricias, que él no supo rechazar como debiera. Entónces se desbordó la cólera del Altísimo sobre aquel pecador incorregible, y sobreviniendo un accidente áun más terrible y fulminante que el primero, ni siquiera le dió lugar á confesarse. Llamaron, en efecto, al cura párroco; mas su presencia fué inútil, pues sólo pudo llegar á tiempo para verlo ya cadáver al lado de su manceba desvergonzada y procaz. Este horroroso suceso, que no tardó en publicarse, motivó muchas conversiones en Manila y extramuros; y se comprende muy bien que habiendo sido tan notorio el castigo como lo fuera el escándalo, muchos abandonáran para siempre los caminos culpables de su vida.

139. Libre ya esta capital de aquella escuadra holandesa, que habia tomado otro rumbo, se trató de impedir de todos modos que cayesen en sus manos las ri-

cas y valiosas mercancías que de las plazas de China se exportaban á estas islas. A este fin dispuso inmediatamente el Gobernador de Filipinas que el P. Fr. Bartolomé Martinez se presentase en los puertos de Canton y de Chincheu para prevenir á los mandarines respectivos que no permitiesen por entónces la salida de ningun buque mercante para el puerto de Manila, porque la escuadra holandesa tenía bloqueadas de algun modo estas islas españolas. La provincia del *Santísimo Rosario* accedió gustosa á los deseos del Gobierno; pues, ademas de la utilidad que los intereses públicos pudieran reportar de este mensaje, era de esperar que aquel excelente religioso procuraria allanar todas las vias para que nuestros misioneros pudiesen establecerse en alguna parte del imperio, con el fin de propagar en la gran China la verdadera fe de Jesucristo, que era el objeto constante de sus piadosas ambiciones.

A principios de Enero de 1619 se hizo el bajel á la vela con rumbo al puerto de Macao, para dirigirse desde allí á los puntos designados por el superior gobierno de Manila. Mas á los pocos dias de navegacion, y á la altura de Zambales, sobrevino un furioso temporal, que rompió el palo mayor de la fragata, y luégo arrojó su casco sobre unos arrecifes espantosos, en donde perdió el timon y una gran parte de la popa. La tripulacion procuró salvarse en el esquife, y el P. Martinez se quedó espontáneamente en la destrozada nave, con el santo fin de confesar y disponer para la muerte á los que no pudieron salir con los primeros. Quiso Dios que toda la gente se salvase; pero la fragata quedó abandonada enteramente al arbitrio de las olas, que

se estrellaban con furor sobre su quilla. De allí pasaron, por fin, á Pangasinan, de cuya provincia no distaban, y el P. Martinez dió cuenta á Manila del siniestro que acababa de ocurrir, aguardando en Lingayen la determinacion que el Gobierno hubiese de tomar en aquel caso. Entre tanto concibió la noble idea de reducir á la fe á los numerosos chinos que se hallaban en aquella poblacion ocupados solamente en sus intereses temporales, y olvidados por completo de sus destinos eternos. A su breve y fervorosa mision de pocos dias debióse la conversion de unos veinte mercaderes, á quienes administró el santo sacramento del Bautismo. Desde Lingayen se trasladó, prévio aviso, á Cagayan, en donde recibió á muy poco tiempo una órden del Gobierno para proseguir el viaje comenzado, en otro buque que se le mandó para el efecto. Apénas perdió de vista las costas de Cagayan, cuando le asaltó de nuevo un temporal horroroso, que le obligó á refugiarse por dos veces á los puertos de Formosa; y con este motivo reconoció toda la isla, auxiliado en esta empresa por un muy hábil piloto, que dirigia la derrota, llamado Gaspar de Nuñez. Era que tomaba posesion de la Formosa en el nombre augusto de la patria, por elevadas razones de justicia, que se dirán más adelante.

Por fin continuó su ruta hasta Macao, en donde fué recibido por las autoridades portuguesas con la mayor indiferencia. Mejor dicho todavía: lo recibieron con desconfianza y con recelo, y en vez de ayudarlo eficazmente en la interesante comision que el gobierno de Manila le habia confiado en tal extremo, le opusieron

desde luégo dificultades y obstáculos, que no pudo superar de ningun modo. En tal concepto opinó que, para evitar desavenencias y disgustos, debia regresar á las islas Filipinas, sin haber podido secundar las elevadas miras del Gobierno ni las grandes esperanzas de esta Provincia religiosa.

140. Entónces se ensayaron otras vias para llevar la luz del Evangelio al imperio de la China. La gran Corea, bañada por los mares de Japon, áun no habia sido visitada por ningun predicador de Jesucristo. Su situacion ventajosa ofrecia las más lisonjeras esperanzas á aquellos apostólicos varones, cuyas principales miras eran extender el reino de Dios por todas partes. Desde allí pudieran fácilmente internarse en la Tartaria y en las provincias septentrionales del imperio, y tener un refugio en todo caso para sus hermanos perseguidos en los reinos del Japon. Empero, genios ocultos, que la historia no revela, frustraron tambien por esta vez su magnífico proyecto. La ocasion que se ofreció no podia ser más favorable y oportuna. Vivia por entónces en Manila un cristiano coreano, hijo de un gran privado del monarca que regía los destinos del pais. Este jóven sin ventura habia tenido la desgracia de caer, con otros nobles, en manos del famoso Taycosama en la desoladora guerra que declaró á la Corea, y en el desvalido estado de esclavitud en que gemia tuvo la dicha inefable de ser iluminado finalmente por el espíritu de Dios y de recibir el santo sacramento del Bautismo. Habiendo logrado fugarse del Japon, y muy verosímilmente en algun buque de Manila, aquí tuvo intimidad con nuestros religiosos de aquel tiempo, con

quienes mantuvo siempre relaciones amistosas. Su padre, que llegó á obtener la dignidad de secretario ó primer ministro del soberano de su reino, lloraba su ausencia sin cesar, y mandaba á todas partes numerosos emisarios para averiguar su suerte y su destino. Al fin sintió volver á su seno la dicha paternal, que habia perdido, al saber que su hijo amado vivia en la ciudad de Manila, libre de toda servidumbre y bastante acomodado. Cuando estuvo bien seguro de su descubrimiento venturoso despachó en su demanda á un deudo de la familia, para que pudiera restituirse con toda seguridad á los hogares paternos, donde nadie podia ser feliz con su triste apartamiento. Al recibir el neófito este mensaje amoroso, lo consultó desde luégo con nuestros religiosos de Manila, y les rogó que le dijesen francamente lo que debia hacer en aquel caso. Ante todo les previno que, si bien deseaba complacer á su buen padre y regresar á su país, como parecia natural, sin embargo, que preferia la religion á todas las consideraciones de otro género, y que tuviesen presente el riesgo á que se exponia regresando á una nacion enteramente pagana, donde el verdadero Dios carecia absolutamente de templo y de sacerdotes. Concluia, finalmente, por añadir, que, á su juicio, deberian acompañarle en todo caso algunos religiosos de la Órden, con la esperanza de hallar á la sombra de su padre una verdadera tolerancia para la verdadera religion de Jesucristo, y de poder anunciar el reino de Dios entre los suyos.

Las observaciones del fervoroso coreano parecieron

muy sensatas á los PP. Dominicos, quienes trataron el asunto con la circunspeccion y la cordura que su gravedad pedia; y despues de haber pesado las razones que por una y otra parte militaban, resolvieron, finalmente, enviar á tres religiosos en compañía del neófito, que debian dar principio á una mision dominicana en la Corea, aprovechando al efecto circunstancias tan propicias. El punto más conocido y más inmediato á dicho reino era la ciudad de Nangasaqui, y el dia 13 de Junio de 1619 zarparon de esta bahía con direccion á aquel puerto. Esta primera etapa de su viaje se habia hecho felizmente y sin contradiccion de ningun género; mas no tardaron en experimentar dificultades que no habian podido prever. Dispuestos á llevar á cabo aquella empresa, fletaron un bajel para el efecto, y cuando debian hacerse á la vela en direccion á su destino, uno de los gobernadores de la ciudad, movido *por una mano oculta* (dicen las antiguas crónicas), opuso su autoridad á su salida. No por esto se desanimaron nuestros celosos misioneros; pues no les faltaron fiadores que respondiesen en todo caso de la inocencia de sus miras. Pero los opositores habian decidido impedir á todo trance la proyectada mision de los PP. Dominicos, y al fin lograron su intento, procurando que uno de los fiadores se retirase de su empeño, y manifestase algun recelo con reticencias ofensivas. Con esto ya no hallaron nuestros religiosos ningun buque que pudiese conducirlos, y el neófito se vió en la necesidad de partir solo; pero en la firme resolucion de que en llegando á la Corea, les enviaria embarcacion de su confianza,

que les conduciria sin tropiezo al término deseado de su viaje. Pero desgraciadamente los asuntos del Japon fueron siempre empeorando, y en la agitacion constante en que se hallaban los ministros del santuario por la persecucion sangrienta que venian sufriendo en el imperio, nuestros religiosos no tuvieron más noticia de aquel fervoroso cristiano, que tal vez les buscaba con afan, sin hallar ocasion para conducirlos á su reino. El P. Fr. Juan de Santo Domingo, uno de los destinados para la mision de la Corea, se quedó en Nangasaqui, y sufrió despues la muerte por la fe. Los otros dos regresaron á Manila, finalmente, quedando así desvanecidas las hermosas esperanzas que de esta mision frustrada se habia prometido la Provincia.

141. El celo y la solicitud con que nuestros santos misioneros procuraban extender el reino de Jesucristo en países extranjeros, en nada perjudicaba á las misiones de las islas Filipinas. El Capítulo Provincial que se celebró en Nueva Segovia el dia 20 de Abril de 1619 habia acordado la admision de muchos ministerios y doctrinas que se fueron creando nuevamente, y que prueban en la historia el desarrollo de nuestra administracion espiritual en el país. Dan testimonio de esto las residencias vicariales de Malaoeg, Telvan, Parian, Búhi, Sumpao, Massi, Malabbu, Gacu, Bafulayan, Bacurauan y otras, con el convento de San Telmo de Cavite. Los habitantes de algunos de estos pueblos estaban ya cristianizados, segun es visto en esta Historia; pero sus casas áun no habian sido erigidas formalmente en vicaría, por la escasez de operarios que habia padecido hasta entónces la Provincia. Mas esta razon

ya no existia, por haber llegado en el año anterior una mision de veinte y cuatro religiosos (1).

142. La conversion de los indios que habitaban las islas Babuyanes, á donde pertenecia el pueblo citado de Gacu, habia sido proyectada mucho ántes, pero nunca realizada hasta aquel tiempo, ora por falta de arbitrios para establecerse en aquel punto, ora, y muy especialmente, por la escasez de misioneros. Estas islas miserables están situadas al Norte de Luzon, y casi á la vista de sus costas. Las primeras distan unas ocho leguas solamente de la barra del gran rio conocido en esta Historia con el nombre de Ibanag. Despues se encuentra otro grupo más distante, que son las islas Batanes, y que ya no dista demasiado de Formosa. Los infelices babuyanes solian ir en el buen tiempo á Cagayan, en donde cambiaban algunos comestibles y productos por otros muy necesarios, de que solian ellos carecer. Los religiosos de la Órden que residian en la costa de Cagayan los observaban con estudio, y al verlos tan humildes y sumisos, sentian en el alma la imposibilidad de poder establecer una mision en su país; medio indispensable para llevar á sus playas la revelacion del cristianismo. Sus deseos se cumplieron, finalmente, hácia este tiempo, enviando la Provincia á dichas islas á los PP. Fr. Jerónimo Morer y Fr. Andres Sanchez, los cuales dieron principio á la fundacion de un ministerio bajo la advocacion de Santa Úrsula, que se conservó por muchos años, hasta que sus habitantes fueron trasladados por fin á tierra firme, y se establecie-

(1) Diez y nueve, segun otros.

ron, finalmente, en Cagayan. Por entónces quedaron aquellas islas casi desiertas; mas despues se han ido repoblando de toda suerte de prófugos y de gente foragida, procedente en su gran parte de las islas de Luzon y de Visayas. Obedeciendo á nuestro plan de ir siguiendo paso á paso el desenvolvimiento de la vida y organizacion religiosa de esta Provincia de la Órden, cumple á nuestro pensamiento el decir alguna cosa sobre el orígen histórico del convento de Cavite, y la razon especial de su existencia.

143. El convento de San Telmo de Cavite ha sido siempre de un carácter puramente regular, sin tener cura de almas ni administracion espiritual obligatoria. En tanto duró el comercio de Manila con Nueva España, fué siempre de mucha importancia esta casa religiosa, por los grandes elementos de animacion y de vida que se agitaban entónces en su seno. En Cavite se fabricaban y carenaban los galeones, pataches y galeras que cruzaban estos mares; se cargaban las ricas mercancías que se remitian á Acapulco, y desembarcaban allí los pasajeros que pasaban á las islas con todos los efectos y capitales que traian. Era mirado entónces este puerto como la segunda capital de Filipinas, en donde podian ocuparse santamente muchos religiosos y ministros en el confesonario y en el púlpito, siquiera no tuviesen á su cargo la administracion espiritual, como ya es visto. La cofradía del Santísimo Rosario, que se fundó y radica todavía en la iglesia de San Telmo, se propagó maravillosamente entre los habitantes de aquel puerto, y se ha conservado siempre con fervor, celebrándose al efecto su fiesta aniversaria

con toda la solemnidad que permiten sus recursos. Tambien es notable el culto y la devocion especialísima con que se honra á San Vicente en aquel templo. Dado el concurso extraordinario de navegantes y de buques procedentes de todas las partes de la tierra, y dado tambien, como es sabido, que San Pedro Telmo es el patron de todos los marineros, dicho se está que su iglesia es una especie de santuario para todo marinero que ha invocado á su patron en medio de las tormentas. Esta casa vicarial tiene voto en los Capítulos.

144. Por este tiempo hubo de sentirse un terremoto, cuya trepidacion extraordinaria se notó en toda la zona que se extiende desde Cagayan hasta Manila. Ninguno de los historiadores antiguos de las islas hace mencion de este fenómeno, á excepcion del Ilmo. señor D. Fr. Diego Aduarte. Empero, los detalles espantosos de su terrible relacion, y la circunstancia muy notable de ser autor contemporáneo el narrador, dejan fuera de duda la verdad de tan aciago suceso. Dice así el ilustre autor: «A últimos de Noviembre de 1619, dia de San Andres, hubo en estas islas, desde Manila hasta lo último de la provincia de Nueva Segovia, que son como 200 leguas, ó algo ménos, un terrible temblor de tierra, que nunca se habia visto semejante: hizo mucha impresion y daño en toda esta tierra. En la provincia de Ilocos enterró palmares por doquier, dejando solo los cogollos defuera; dándose los unos montes contra otros con la gran furia del temblor, derribando muchos edificios y matando gentes; pero su mayor furia fué en la Nueva Segovia, donde abrió los montes y descubrió

nuevas bocas de agua. Escupia la tierra grandes golpes de arena, y temblaba de suerte, que no pudiéndose la gente tener en pié, se sentaban los hombres en el suelo, y se mareaban en tierra como si estuviesen en la mar atormentada. En los altos de los indios llamados Mandayas se cayó un monte, cogiendo un pueblo debajo, lo arruinó y mató la gente que en él halló. Una gran parte de la tierra junto al rio se hundió, y siendo entónces montecillos, y lo más de ella alta, está ahora casi igual con la márgen del agua. En la madre del rio era tan grande el movimiento, que levantaba crespas ondas como si fuera en el mar, ó como si sus aguas estuviesen azotadas por un furioso viento. Los edificios de piedra sintieron mayor daño: la iglesia y convento de la ciudad de Nueva Segovia se vino todo abajo, faltando por partes los mismos cimientos por haberse hundido la tierra. Y no fué poco consuelo el poder hallar el Santísimo Sacramento en tan lastimosa ruina, sin que se quebrase ni padeciese detrimento alguno ninguna de las formas consagradas. Habia nueve religiosos entónces en el convento de Nueva Segovia, de los cuales tres se hallaban fuera de casa, y los demas escaparon, no sin particular providencia divina. El padre Fr. Ambrosio de la Madre de Dios, que era el vicario, se quedó en el hueco de una ventana, habiéndose caido todo lo que al rededor estaba. Personas hubo que atestiguaban haber visto por encima de las paredes de la casa venir una matrona con el traje y manto que suele tener Nuestra Señora; y no fuera nuevo el venir tán soberana Princesa á favorecer á sus hijos en un apuro tan grande; pero, con la mucha turbacion y descuido

que ordinariamente se tiene de la religion en estos casos, se dejó de averiguar esta verdad.» (Lib. II, capítulo XV.) No debe confundirse este terremoto con el que sucedió en el mismo dia el año de 1644, porque en éste el Sr. Aduarte ya no existia, habiendo fallecido, como es cierto, por los años de 1637.

145. Poco ántes de haber acontecido el terremoto referido, perdió la Provincia en el mismo Cagayan un religioso venerable, cuya falta fué de todos muy sentida. Era el P. Fr. Juan Leiva, natural de Greñon, en la Rioja, é hijo del convento de Ntra. Sra. de Atocha. Desde sus primeros años perdió á su madre querida, pero halló, por su ventura, en la que lo es de todos, el consuelo y la proteccion de su débil existencia. Era, en efecto, muy devoto de la Vírgen y su hijo predilecto. Recomendado, en su orfandad, á una persona muy honrada, que lo llevó consigo á Valencia del Cid, vióse otra vez desamparado de los hombres por fallecimiento de su querido protector. Entónces, que ya tendria unos doce años de edad, se trasladó el pobre niño á la villa de Madrid, y en el viaje que hizo á pié experimentó sensiblemente el amparo de María. En la iglesia de Atocha le rindió humildemente sus obsequios; le mostró su tierno agradecimiento con toda la efusion de su alma pura, y la Vírgen le proveyó de un nuevo y generoso protector, que le dió una educacion cristiana, y le facilitó los medios para instruirse en los primeros rudimentos de las ciencias. Despues tomó el santo hábito en el mismo convento de Ntra. Sra. de Atocha, á cuya sagrada imágen profesó toda su vida la más tierna devocion. Deseoso despues de emplearse

en la conversion de los infieles, resolvió para el efecto pasar á Filipinas, como lo verificó en realidad por los años de 1608. Destinado por la obediencia al ministerio de Binondo, empezó á dedicarse con ahinco al estudio del idioma de los chinos. Mas por el movimiento del personal religioso, tan frecuente en la Provincia, su presencia se hizo luégo más necesaria en Cagayan, en donde habia mucha miés y muy pocos operarios. Allí aprendió con admirable perfeccion el Ibanag; y desde luégo reveló las disposiciones más brillantes para dominar con el poder de la palabra aquella raza bravía, y afirmar á los neófitos en la doctrina recibida. Era en todo muy pulcro y aseado, y muy particularmente en la casa del Señor. Él cuidaba por sí mismo de la lámpara sagrada, que ardia continuamente ante las aras de Dios. En la oracion era contínuo, muy parco en la comida, y á todos atraia con el suave olor de santidad que exhalaba por doquier el purísimo vergel de sus virtudes. En Iguig salvó de la muerte á un indio con el extraordinario poder de su oracion. Asistia á los enfermos con mucha caridad en todas partes, y parecia multiplicarse su existencia para estar siempre presente, como los genios benéficos, á todos los que yacian en la miseria y el dolor. Solícito á la vez que de las almas, de las necesidades y sufrimientos de los cuerpos, era el médico y el padre de aquellos pueblos incultos. Colmada ya la medida de sus venturosos dias, murió al fin en el Senor, despues de recibidos con fervor los últimos sacramentos de la vida. Falleció en Tuguegarao, y en las actas del Capítulo provincial por los años de 1621 se hizo de este venerable religioso la me-

moria póstuma que sigue: «En la casa de Tuguegarao, provincia de la Nueva Segovia, murió el padre Fr. Juan Leiva, sacerdote y padre antiguo, vicario de aquella casa, varon verdaderamente pío y devoto, muy sediento de la salud espiritual de los indios, y muy aplicado al provecho temporal y espiritual de ellos.»

Otros dos varones eminentes perdió por este mismo tiempo la Provincia, cuyo nombre debe ocupar justamente un lugar muy distinguido en los antiguos anales de nuestra Corporacion. El uno de ellos falleció en el hospicio de San Jacinto (Méjico), y el otro en el mar Océano, cuando iba á sustituirle. Era el primero el P. Fr. Atanasio de Moya, pariente muy cercano de Santo Tomas de Villanueva. Recibió el santo hábito en el convento de Segovia, en donde hizo progresos admirables en la vida religiosa. En la horrorosa epidemia que despoblaba esta ciudad por los años de 1699 brilló cual hermoso astro el P. Moya, por el fuego inextinguible de su caridad ardiente; asistiendo personalmente á los enfermos con otros religiosos de la Órden, constituidos como él en la mansion del dolor, y sin querer abandonar el hospital miéntras hubo un sólo enfermo que asistir. Esta misma caridad le inspiró el gran pensamiento de afiliarse á esta Provincia para poderse dedicar á la conversion de los infieles, como lo verificó efectivamente en la mision organizada el año de 1601. Era tan observante de las leyes de la Órden, y tan penitente fué su vida, que hizo á pié todo el camino desde la ciudad de Méjico hasta el puerto de Acapulco, cuando áun los jinetes se fatigan en aquel largo trayecto. Llegado que hubo á Manila, fué desti-

nado al poco tiempo á la provincia de Bataan, en donde trabajó con mucho celo en la evangelizacion de aquellas gentes. Despues de haber desempeñado algunos años felizmente aquella antigua mision, fué traslada al hospicio de San Jacinto de Méjico, donde pudiera decirse que habia resucitado en su persona el fervor primitivo de la Órden. Vivia en la austeridad y en la pobreza; tenía las horas de oracion que prescriben las ordenaciones primordiales; rezaba en el coro diariamente todo el oficio divino; se levantaba á media noche para los maitines de costumbre, segun la ley de la Provincia, y practicaba, finalmente, las maceraciones y asperezas que pudieran envidiar los más rígidos anacoretas del desierto. Con su presencia venerable infundia el mayor respeto á cuantos cultivaban su amistad, y era el dechado perfecto de todos los religiosos de la Órden que pasaban de España á esta Provincia, á quienes con su palabra y con su ejemplo enseñaba á todas horas lo que debian de ser y practicar en las islas Filipinas. Llegó, por fin, para él la hora postrimera de su vida, en que Dios tenía determinado abrirle las puertas de su reino, para ceñir á sus sienes la corona de los santos. Sufrió muy paciente y resignado las postrimeras dolencias de su vida; recibió con devocion y con ternura los Santos Sacramentos, y pasó á vivir con Jesucristo en las moradas eternas de la celestial Jerusalen. Parece que el Señor le reveló la hora postrera de su vida; pues, habiendo preguntado al enfermero, en la última noche de sus dias, qué hora podria ser á la sazon, y habiéndosele contestado que las diez, exclamó prestamente en estos términos: «Válgame Dios, dijo, que

¡aun me faltan dos horas de vida!» Daban, efectivamente, las doce de aquella noche cuando espiró dulcemente en el seno amoroso del Señor.

Luégo qne se supo en Manila la noticia de su fallecimiento, harto sentido, fué nombrado inmediatamente el P. Fr. Juan Anaya para sucederle en aquel cargo. Mas el Señor, que se habia dignado conducir á este siervo muy amado por la senda dolorosa de la cruz, cortó repentinamente el hilo precioso de sus dias ántes de llegar á su destino. Era natural de Aragon é hijo del convento de Calatayud. Desde los primeros años de su vida religiosa puso el mayor cuidado en cultivar su inteligencia con el estudio de las letras, y su hermoso corazon con el ejercicio general de las virtudes. Nada prueba mejor el mérito extraordinario de sus prendas, que el haber sido nombrado, siendo muy jóven aún, maestro y director de los novicios, desplegando en el desempeño de este cargo las más elevadas dotes de santidad y de prudencia. Profesaba una devocion muy tierna á la Reina de las vírgenes, bajo la piadosa advocacion de su Santísimo Rosario. Por medio de esta plegaria libró de la esclavitud en que yacia á una mujer desgraciada, que posesa y agitada por el espíritu del mal, proferia sin querer mil blasfemias horrorosas, con espanto universal de cuantos estaban al alcance de sus terribles acentos. Por fin, Dios le llamó de lo alto para llevar su santo nombre á la muchedumbre y á la fortaleza de las gentes, y al efecto hubo de incorporarse á la mision que llegó á esta provincia por los años de 1604.

En Guadalupe tuvo la desgracia de ser uno de los

que fueron acometidos por los bárbaros, segun queda referido en su lugar; mas el Señor se dignó librarlo de sus manos de un modo maravilloso. Atacado de improviso, no tuvo más arbitrio para salvar su existencia, que meterse más adentro; pero la resaca era tal, que por tres veces lo puso en evidente riesgo de ahogarse. En una de estas ocasiones vió cerca de sí á un bárbaro que cortaba la cabeza á una mujer; y al observar que el salvaje se preparaba despues para hacer lo mismo con la suya, sumergió en el mar todo su cuerpo, dejando tan sólo á descubierto su cabeza para poder respirar fuera del agua. El bárbaro, sin embargo, le disparó con gran fuerza un flechazo, que le pasó un brazo parte á parte. En aquel grave conflicto invocó de todo corazon á Dios, y luégo vió á dos hombres muy robustos tirando piedras á los bárbaros, y acometiéndolos, espada en mano, por la playa. Merced á este auxilio extraordinario, quedó el campo libre de enemigos; pero él no vió desde entónces á sus libertadores generosos, y dió gracias al Señor, que tan visiblemente lo habia librado de la muerte. Anduvo, sin embargo más tiempo por el agua, y la resaca lo arrebató mar adentro con violencia tan irresistible y poderosa, que ya se daba por perdido. Entónces invocó de nuevo á Dios, y ve de repente á un hombre que se coloca á su lado con el pecho atravesado de una flecha, el cual, asiéndolo fuertemente de una mano, le dirigió estas palabras: «Démonos prisa, P. Fr. Juan; no sea que vuelvan los bárbaros.» Y miéntras este buen padre se arreglaba su vestido para poder andar con más agilidad, desapareció tambien aquel genio tutelar, sin verlo despues en parte alguna. Este hecho extraordi-

sario acabó de confirmarle en la verdad de que Dios habia velado por su vida en tan apurada situacion. Por fin llegó á los navíos, dió gracias á Dios, como era justo, por una merced tan grande, y lloró con los demas el horrible destrozo que los bárbaros habian hecho en sus hermanos y compañeros de viaje.

Poco despues de haber llegado á Manila fué destinado á Cagayan, cuya provincia estaba todavía á la sazon muy poblada de infieles; vasta y hermosa viña áun inculta del gran padre de familias, donde podia desplegar las anchas alas de su caridad y de su celo. Más el Señor, quizás para probar por este medio los muy subidos quilates de su heroica paciencia, le envió una enfermedad muy peligrosa, que por espacio de un año lo inhabilitó para el trabajo en aquel laboratorio de la religion y del Evangelio. Su enfermedad iba progresando con el tiempo, sin dar señales de cortarse, hasta que otro religioso muy devoto le aconsejó, por su dicha, que se pusiese enteramente en las manos de la Vírgen. En efecto, el dia de su Visitacion, con el permiso competente del Prelado, le hizo un voto religioso, formulado en los términos siguientes: «Yo, Fr. Juan Anaya, puesto en esta larga enfermedad, considerándome muy impedido para el ministerio á que de España vine, humilde y devoto cuanto puedo, hago voto desde ahora y prometo á la Santísima Vírgen María, mi Señora, que administraré á los indios en este ministerio, estando y asistiendo en él á voluntad de mis prelados, en reverencia y honor de esta Santísima Vírgen, mi Señora, por siete años continuos, desde el dia de su Visitacion, contados á 2 de Julio de 1605, si se digna de alcanzarme de su

Santísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, la competente salud, con que pueda practicar lo que es necesario para el ministerio; y alcanzado, ejercitarlo.» Sus votos fueron oidos, en efecto, ante el trono poderoso de María; pues al mes de aquella fecha ya estaba sano y robusto, y empezó á trabajar en las misiones, conforme á sus ofrecimientos y deseos. Y para que no llegase á dudar en ningun tiempo que su salud era obra de la Vírgen, á los siete años de su voto se sintió de nuevo enfermo con síntomas alarmantes y señales precursoras de una muerte prematura. Entónces repitió á la Vírgen su voto primitivo por solos cuatro años más, y volvió á recuperar la salud que habia perdido, trabajando sin descanso en la cristianizacion de aquellos pueblos.

Era tal el valimiento que este venerable misionero tenía con María Santísima en el cielo y en la tierra, que en una ocasion aciaga apagó con su rosario un incendio pavoroso. Hallábase de Vicario en Abuatan, antiguo pueblo de la Irraya, cuando á la una de la noche, estando orando en el coro con otros religiosos de la Órden, prendió fuego en una casa de las principales que cercaban la residencia vicarial. Advertido el pueblo del peligro, se alborotó en gran manera; pero sin poder remediar aquel siniestro, que se extendia amenazador por todas partes. Al observar el P. Anaya que, segun la direccion y la violencia aterradora de los vientos, todo el pueblo corria peligro de ser pasto de las llamas, poseido de una fe robusta como su amor y su confianza en la Vírgen, se puso de rodillas á rezar devotamente su rosario en frente de aquel incendio formidable. ¡Cosa

prodigiosa! Al segundo padre nuestro el viento cambió de direccion completamente y el fuego se volvió de la otra parte. Mas entónces se dirigia hácia los graneros; y al observar este cambio el devoto religioso, levantó en alto su rosario, como imperando con él á todos los elementos, y calmó el viento de improviso, sin que el fuego devorante avanzase un paso más en su carrera. Con esta maravilla tan visible la devocion del Rosario se arraigó profundamente en el corazon de aquellos pueblos, y la fama se encargó de hacer resonar en todas partes el nombre y la santidad del P. Anaya.

Sin embargo de que era un dechado en todas las virtudes, sobresalió particularmente en la oracion, que le ocupaba muchas horas, y parecia ser en cierto modo el contínuo pensamiento de su vida. Habido conocimiento de la muerte del P. Moya en San Jacinto de Méjico, fué nombrado para sucederle en el cargo de Vicario de aquel establecimiento; mas la navegacion habia sumado el número precioso de sus dias, y despues de una breve enfermedad, en la que se confesó generalmente, murió la muerte del justo el dia de San Juan Bautista. Los pasajeros que habian tenido ocasion de experimentar su santidad, no dudaban atribuirle la salvacion y la vida, en las grandes tempestades que señalaron aquel viaje. El capitan de la nave quiso interrogarle en los últimos momentos de su vida, si terminarian por fin aquella navegacion tan azarosa, y á una señal afirmativa que pudo hacer con la cabeza, quedó aquél tranquilizado. Espiró aquel santo religioso á las nueve de la noche, y su cuerpo venerando, léjos de causar horror, infundia amor y respeto á todos los circuns-

tantes. Toda la pobreza de sus ropas y prendas de su vestido fueron repartidas desde luégo entre los pasajeros del bajel como reliquias de un santo. A los pocos dias de su fallecimiento calmó el recio temporal que estaban atravesando, y tuvieron á la postre vientos más propicios en su viaje. Al observar esta bonanza, todos decian á una voz: «El P. Fr. Juan se ha visto con Dios, y nos envia viento favorable.» Y llegaron en efecto al deseado fin de su jornada, sin más novedad ni contratiempo, segun les habia asegurado el P. Anaya.

Las actas del Capítulo provincial de 1621, hicieron memoria de este venerable misionero en los términos siguientes: «El P. Fr. Juan Anaya, sacerdote y padre antiguo, murió en la mar, viajando para la casa de San Jacinto de Méjico, de la cual era Vicario. Mucho ántes habia empezado á derramar su sangre por Jesucristo, traspasado con saetas por los bárbaros de la isla de Guadalupe, miéntras venía á esta Provincia, en donde, con muchos progresos de religion y de virtud, amado de Dios y de los hombres, mereció el nombre de santo en su muerte, tanto de los religiosos de nuestra y demas órdenes, como de los seglares que en la misma nave viajaban; y venerado de todos como tal, se distribuyeron entre sí con mucho afecto sus vestidos, disciplinas y otras cosas, para conservar de esta suerte la memoria de su santidad.» La Historia le llama Naya; pero varios documentos antiguos le apellidan Anaya.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



Idem. . . . . . .
Depende del anterior
Como Davao. . . .
Depende directament
Idem. . . . . . .
Idem. . . . . . .

HISTORIA DE LA PROVINCIA DEL SANTÍSIMO ROSARIO DE FILIPINAS.

LIBRO PRIMERO.

PRIMER PERÍODO.—*Comprende la fundacion de esta Provincia y los primeros trabajos de los misioneros, basta el primer Capítulo provincial celebrado en* 1588.

Páginas.

Páginas.

Páginas.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

